

R. 3826 R-1956

HISTORIA
DE
LA ELOCUENCIA CRISTIANA.

SU MISION EN NUESTROS DIAS Y MEDIOS DE REALIZARLA.

POR

D. Antonio Bravo y Tudela,

Abogado del Ilustre Colegio de Madrid, Académico é individuo de varias Corporaciones científicas y literarias de España.

OBRA RECOMENDADA POR LA CENSURA ECLESIASTICA, POR LOS RR. PREGADOS Y LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLITICAS EN INFORME COMETIDO POR EL GOBIERNO DE S. M. EN REAL ORDEN DE 9 DE MAYO DE 1864.

TOMO TERCERO.

MADRID.
Imprenta de Manuel Minuesa,
calle de Juanelo, núm. 49.

1865.

Esta obra es propiedad de su autor.

Se divide en dos partes: 1.^a Historia. 2.^a Tratado de la predicacion cristiana. La primera consta de dos tomos y se vende á 50 reales; la segunda de uno, su precio 20 rs. Toda la obra 60 rs.

Los pedidos al autor, calle de la Magdalena, núm. 20.—Madrid.

PARTE SEGUNDA.

(TRATADO DE LA PREDICACION CRISTIANA.)

TRATADO
DE
LA PREDICACION CRISTIANA.



TRATADO
DE
LA PREDICACION CRISTIANA.

SEGUNDA PARTE DE LA HISTORIA DE LA ELOCUENCIA CRISTIANA,

Ó SEA

MISION DE LA PALABRA SANTA EN NUESTROS DIAS

Y MEDIOS DE REALIZARLA,

POR

D. ANTONIO BRAVO Y TUDELA,

Abogado del Ilustre Colegio de Madrid, Académico é individuo
de varias Corporaciones científicas y literarias de España.

~~~~~  
TOMO ÚNICO.  
~~~~~

MADRID.

Imprenta de Manuel Minuesa,
calle de Juaneto, núm. 19.

—
1866.

Esta obra es propiedad del autor, quien se reserva los derechos que la ley y los tratados vigentes sobre propiedad literaria le conceden, habiendo cumplido para ello los requisitos necesarios.

La primera parte de esta obra ó sea la HISTORIA, consta de dos tomos: su precio 50 rs.—Este TRATADO cuesta 20 rs —Toda la obra 60 rs.

Los pedidos al autor, calle de la Magdalena, n.º 20.—Madrid.

CENSURA Y APROBACION ECLESIASTICA.

Al dar por terminada la honrosa comision que V. S. tuvo á bien confiarme de revisar y censurar la obra que con el titulo de HISTORIA DE LA ELOCUCION CRISTIANA, SU MISION EN NUESTROS DIAS Y MEDIOS DE REALIZARLA ha escrito el Sr. D. Antonio Bravo y Tudela, abogado del Ilustre colegio de esta corte, tengo una verdadera satisfaccion en emitir mi parecer sobre el *tomo tercero y último*, que es un TRATADO DE LA PREDICACION CRISTIANA del más grande interés y novedad.

Digno término de las tareas que el autor de este libro se impuso, es el tomo á que me refiero en esta censura. Confirmado mi humilde parecer sobre los anteriores por la Real Academia de Ciencias morales y políticas, me siento alentado á recomendar de nuevo á los sacerdotes mis hermanos esta obra, recompensando los nobles propósitos del autor, que *ha ido más lejos de sus ofertas*.

El *tomo tercero*, lejos de contener cosa alguna contraria al dogma y á la moral cristiana, es una exposicion habilísima de las doctrinas más aceptables acerca de la manera de ejercer el ministerio evangélico; lo que los Apóstoles, los concilios, los Padres y maestros de la palabra han dicho de más notable, todo esto reunido, ordenado y enriquecido bajo un plan enteramente nuevo, con reflexiones preciosas y atinadas, sin que resulte recargado ni difuso.

Estas INSTITUCIONES vienen á llenar un vacío en las escuelas, y no dudamos que los RR. Prelados y el Profesorado las recomendarán á la juventud estudiosa. Por mi parte lo hago con plena satisfaccion y confianza, seguro de prestar un servicio con esta indicacion. Al sacerdocio toca premiar los asiduos trabajos que el autor de la HISTORIA DE LA ELOCUCION CRISTIANA se ha impuesto.

Por todo lo cual no hallo inconveniente ninguno, *salvo meliori*, en que se expida la competente autorizacion para la impresion de este *tercer tomo*.—Dios guarde, etc —Fecha y firma.—Es copia.



NOS D. JOSÉ LORENZO Y ARAGONÉS,

Presbitero, Consejero de Instrucción pública, Vicario Eclesiástico de esta H. V. y su partido.

Por la presente y por lo que á Nos toca, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse el *tercero y último* tomo de la *Historia de la Elocuencia cristiana, su misión en nuestros días y medios de realizarla*, por D. Antonio Bravo y Tudela, Abogado del Ilustre Colegio de esta Corte, mediante que de nuestra orden ha sido examinado y censurado y no contiene cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral.—Madrid 14 de Diciembre de 1865.
Doctor Lorenzo.—Por mandado de S. S. Licenciado Juan Moreno Gonzalez.—Hay un sello.

Informe de la Real Academia de Ciencias morales y políticas respecto de la primera parte de esta obra ó sea la HISTORIA DE LA ELOCUENCIA CRISTIANA.

Real Academia de Ciencias morales y políticas.—Excmo. Sr.—Evacuando esta Real Academia el informe que por Real orden de 9 de Mayo del año último le ha cometido el Gobierno de S. M. sobre la obra titulada HISTORIA DE LA ELOCUENCIA CRISTIANA por D. Antonio Bravo y Tudela, Abogado de esta corte, expone á la consideración de V. E. los dos puntos siguientes:—1.º Idea general de la obra.—2.º Mérito de la misma para ser subvencionada por el Gobierno con arreglo al Real decreto de 10 de Febrero del año anterior.—Comienza el autor por una introducción, donde consigna algunas ideas fundamentales y muy genéricas; la palabra y su origen; idioma primitivo; la palabra como expresión del pensamiento y como arte; elocuencia y sus aplicaciones, la naturaleza y el arte; su combinación; nacimiento del arte oratorio; la elocuencia en los pueblos antiguos, causa de su desarrollo en Grecia y en la antigua Roma; educación oratoria y su necesidad; idea general de su reforma en las Universidades y Seminarios conciliares.—En el libro I habla del nacimiento de la elocuencia sagrada, de las causas generales por que no se conoció en los pueblos de la antigüedad; de los Profetas, de San Juan Bautista y de Jesus, y como modelos del mismo Salvador sus parábolas.—En el capítulo II y restantes del libro I habla de la predicación apostólica, de los Padres apostólicos, de los apologeticos, de los apologetas griegos y latinos, y presenta como modelos las cartas de San Clemente y el Obispo San Ignacio á los fieles de Roma, y un pasaje de las prescripciones de Tertuliano; la edad de oro por lo que respecta á la elocuencia cristiana; Padres de la Iglesia griega y latina, insertando modelos de todas clases.—En el libro II y época segunda el capítulo I se reduce á consideraciones generales sobre la segunda época de la elocuencia cristiana; estado de la oratoria durante la primera mitad de los siglos medios, consignando tambien algunos modelos y trozos del libro titulado *La Consolacion*, escrito por Boecio. En el capítulo II y restantes de este libro consigna los oradores sagrados y varones insignes que florecieron en España en aquella época; examen y juicio crítico de sus trabajos bajo el punto de vista de los estudios á que esta obra se refiere; invasión de los bárbaros, establecimiento de la Monarquía Visigoda, decadencia general, algunos hombres dignos de mención especial en la época sobredicha de la escuela cristiana de Sevilla, como San Leandro, San Isidoro y San Fulgencio, las Cruzadas, Pedro el Ermitaño, Urbano II, fin de la primera cruzada, trozos escogidos del Padre San Bernardo; predicación de las órdenes mendicantes; estado de la elocuencia cristiana en España durante la segunda mitad de los siglos medios; oradores notables ántes del siglo XV y consideraciones acerca de sus trabajos. En el libro V y época tercera, en cinco capítulos habla del renacimiento é inserta modelos de varios oradores españoles y extranjeros; habla despues del misticismo; del origen y vicisitudes del panegirico; riqueza de nuestra lengua, escuela mística española, Juan de Avila y Fr. Luis de Granada, insertando los modelos correspondientes y haciendo lo propio en la continuación de la escuela mística española con Fr. Luis de Leon, Lanuza, Estella, Nierenberg y el siglo de Luis XIV con varios oradores franceses, hasta el tiempo de Masillon, y misioneros célebres hasta el siglo XVIII.—En el libro IV y cuarta época habla de los predicadores anteriores á la revolución, de los Padres Lacordaire, Ravignan, Ventura y Félix. Concluida así la Historia de la Elocuencia sagrada, la Aca-

demia ha visto también el prospecto del *Tratado de la predicación cristiana*.—Este libro estará dividido según el prospecto, en seis títulos: el 1.º sobre la predicación en general, y comenzará por los estudios previos; seguirán las materias predicables, dogma moral, hechos religiosos, destinos del hombre, etc., escollos que deben evitarse, cualidades de las predicaciones y precauciones oratorias. En el título 2.º hablará de la estructura y partes de un discurso completo, predicación de memoria y de concepto, improvisación, uso de los sermonarios. En el título 3.º materias predicables, modo de tratar el dogma, el de predicar sobre virtudes y vicios y acerca de los Sacramentos.—Y en el título 4.º, de la homilía, el panegírico, la oración fúnebre, las conferencias, pláticas, misiones y catecismo.—Y habiéndose discutido en las sesiones de 3 y 16 del actual si el examen y calificación de esta obra correspondía á la Academia de Ciencias morales y políticas ó á la de la lengua, y declarándose por mayoría que pudiera considerarse de la competencia de la nuestra, esta emitirá su juicio sobre el mérito de la obra, que en verdad no deja de ser una producción notable.

En efecto, se dan en ella noticias biográficas de grande interés y novedad acerca de los más grandes oradores; se señalan las fuentes á donde debe acudir el predicador, presentándose modelos muy escogidos de elocuencia sagrada; se recorren con grande erudición y delicado criterio todos los períodos que comprende la historia de la elocuencia sagrada desde el nacimiento del cristianismo y caída del imperio, dando noticias muy extensas sobre los apologistas, tanto griegos como latinos, cuyas obras son muy poco conocidas en nuestro siglo.

Esta historia puede conducir ciertamente á la formación de buenos oradores. Conocer la historia de una ciencia, ó de un arte cualquiera, ha dicho un célebre jurisconsulto, es conocer el arte y la ciencia misma; por eso el autor ha creído que el medio más fácil de apreciar toda la importancia y dificultades de la predicación es su propia historia. El que la lee no oye los preceptos de un maestro cualquiera; no es una autoridad más ó ménos reconocida la que le dirige y enseña, son todas las autoridades competentes en la materia, siempre que haya, como aquí lo ha habido, acierto en la elección de los textos y pasajes, buen gusto y fino criterio en su apreciación y solidez y oportunidad en las reflexiones que de los textos se derivan.

El trabajo del autor era una necesidad de la época; materiales muy preciosos había y hay esparcidos en obras de reconocida nombradía; pero hasta hoy la historia de la elocuencia sagrada no se había escrito entre nosotros. La empresa era muy difícil, se necesitaba una grande erudición que no se adquiere sino con muchos años de estudio perseverante, de sumo recogimiento, de continuas vigiliias y de una actividad ilimitada; pero respecto de estos sacrificios, notorio es que son hoy muy raros los hombres que se los imponen, porque la época es de agitación y movimiento, de sensualidad y de placeres, y para esta clase de estudios tan pesados y abrumadores, el hombre por lo comun se encuentra dominado por la acción indeclinable de una inercia fatalista. El autor ha tenido el mérito de superar estas dificultades y se ha impuesto un trabajo impropio y verdaderamente insostenible para la generalidad de los escritores.

La historia de los apologistas griegos y latinos y la apreciación de casi todas sus obras, es de una importancia capital, y más cuando media una coincidencia de grande significación, y es que por los tiempos en que florecieron los panegiristas gentiles apareció la apología cristiana; cuando una elocuencia servil tendía á persuadir á los emperadores que su poder no tenía límites y que su voluntad era la ley, entónces mismo la palabra cristiana, independiente y severa los enseñaba que sobre las arbitrariedades de los hombres está el poder y la justicia del Dios Omnipotente.—Da también el autor una idea completa del profundo

Orígenes y del célebre Tertuliano, el más elocuente de los apologistas latinos, y aunque su mérito se ensalzó justamente por San Agustín y San Gerónimo, por Fleuri y por Bossuet, por Chateaubriand y Balzac, no se habla aun llamado entre nosotros la atención de la juventud estudiosa sobre las obras de este escritor incomparable.—Lo propio dice la Academia de San Agustín: el carácter de sus asombrosas producciones es la universalidad, la penetración, la fuerza y la energía; San Agustín, que teniendo presentes los preceptos de Cicerón, como él mismo lo proclama, y aprovechando su gran talento natural y su vasta erudición, destruye, deleita, conmueve y abrasa. Metafísico profundo, orador patético, teólogo invencible, historiador original, controvertista infatigable, combate todos los sofismas de su tiempo y todos los errores posibles, siendo muy notable que apenas ha brotado uno solo en estos últimos siglos que no haya sido previsto y pulverizado por aquella capacidad sin límites. Era importante detallar los tres períodos que encierra la vida de este hombre insigne, y así lo ha hecho el autor de la HISTORIA DE LA ELOCUCIÓN á que este informe se refiere. Censor imparcial nota los ligeros defectos de que adolecen las obras de este gran Doctor, siendo el principal que la lengua latina es en sus labios áspora y sutil por efecto del cuidado con que se ajusta en sus expresiones al valor de las ideas; sacrifica la belleza alguna vez y la novedad y el encanto á las profundas distinciones de una dialéctica rigurosa.

De esta censura y de otras que la Academia pudiera citar se desprende que el autor no se ha dejado arrastrar por su entusiasmo y que ha sido imparcial en sus apreciaciones.

Respecto á los oradores sagrados y varones insignes que florecieron en España durante la primera mitad de los siglos medios, eran muy escasas las noticias; había un vacío en nuestra historia literaria, y el autor se ha propuesto llenarlo, y lo ha llenado. Los críticos extranjeros, respecto de esta época, nos miraban con desden; nada dijeron de los oradores ilustres que en aquellos siglos tuvo España, grandes maestros de la oratoria, continuadores en el primer período de la elocuencia de los PP. é iniciadores en el segundo del renacimiento de las letras. Y pasando á la época cuarta de la elocuencia sagrada, los acontecimientos que tuvieron lugar á fines del siglo pasado, y los que han sobrevenido después, han ejercido y están llamados á ejercer una influencia notable en la oratoria del púlpito. El autor al llegar á estos tiempos anuncia que la elocuencia sagrada atraviesa un período de renovación y propone modelos inmejorables; con reflexiones oportunas alienta á los que comprendiendo este nuevo carácter, indispensable hoy en la oratoria, se esfuerzan por combatir las funestas teorías filosóficas que legaren al mundo atrevidos innovadores, y han conmovido funestamente la sociedad en lo más profundo de sus antiguos cimientos.

Mucho más pudiera decir la Academia acerca de la HISTORIA DE LA ELOCUCIÓN CRISTIANA escrita por el Sr. Bravo y Tudela, pero se haría muy difusa y se expondría á molestar la atención de V. E.—Respecto del *Tratado didáctico de predicación cristiana* que aparte de los dos volúmenes que contienen su HISTORIA, se propone publicar el autor en un tomo suelto y en concepto de unas instituciones, ignora la Academia lo que será; pero á juzgar por el prospecto y el orden de las materias que contiene, y vista por otra parte la competencia del autor, presume que también ha de ser cosa muy útil. De todos modos sin estudiarla previamente no es posible dar una calificación definitiva.

Por tanto, concretándose la Academia á los dos volúmenes ya impresos y que completan la obra primera de la elocuencia sagrada, cree se puede decir al Gobierno de S. M. que esta obra es de un mérito recomendable y que puede ser de una utilidad positiva; que estando ya impresa puede el gobierno auxiliar al

autor con la adquisicion de un buen número de ejemplares, recomendándola á los establecimientos públicos y corporaciones que corresponda, ó del modo que más conveniente le parezca. Tal es el dictámen de la Academia que somete á la ilustracion de V. E. en cumplimiento de la Real órden que se le ha comunicado. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 22 de Mayo de 1865.—Excmo. Sr.—El Presidente accidental, Cándido Nocedal.—Por acuerdo de la Academia.—El Secretario, Pedro Gomez de la Serna.—Excelentísimo Sr. Ministro de Fomento.—Es copia.—Silvela.

INTRODUCCION.

Dos lugares augustos hay en el templo, el *altar* y el *púlpito*: en el primero se dirigen las plegarias, en el segundo se enseña el Evangelio: en el altar, el sacerdote habla á Dios en nombre del pueblo; en el púlpito se dirige al pueblo de parte de Dios; en el ara santa, Jesucristo se hace adorar en la verdad de su cuerpo; en el púlpito, se da á conocer en la verdad de su palabra.

La *oracion* y la *enseñanza*: ved aquí en resumen todos los deberes del ministro del Señor. *Tu homo Dei*, llama San Pablo (1) al sacerdote, y del mismo modo designan los historiadores sagrados al que es su vicario, su intérprete, su embajador, al que habla al pueblo en su nombre y al que le gobierna segun su voluntad y su ley. Su vida

(1) Tim., VI.

debe ser un trabajo continuo, una fatiga diaria, un sacrificio constante, si ha de corresponder á la gran mision de ser el hombre de Dios y el soldado de Cristo: *Tu vigila in omnibus, labora, opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple!*

Para comprender la alta mision del sacerdote, basta fijarse en su principio y su fin: esta mision viene de Dios: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos* (1); el objeto es realizar los altos designios de Jesus: *Sic Deus dilexit mundum ut Filium unigenitum daret* (2); y en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo se recibe en prueba de su divinidad, alta excelencia y especial prerogativa.

De aquí que Jesucristo sea el ideal de la vida del sacerdote: *Mihi vivere Christus est* (3); que el sacerdote sea TODO VERDAD: *Ego doctor in veritate* (4), LUZ DEL MUNDO, SAL DE LA TIERRA, luz que brilla, sal que purifica, luz que enseña, dirige é instruye, sal que consume todo vicio y quita toda corrupcion: *Vos estis lux mundi, vos estis sal terræ.*

El sacerdote es pastor, pescador de almas, obrero del Señor, testigo de Jesucristo, lámpara que brilla y luce, Apóstol y Evangelista; caracteres todos que se resúmen en su persona, ora le con-

- (1) Joan, XX.
(2) Id., III.
(3) Philip., I.
(4) Tim., II.

templemos asistiendo á la Iglesia para celebrar los divinos oficios y administrar los Sacramentos, ora en la cátedra santa enseñando al pueblo el camino de la virtud por medio de su ejemplo y de su palabra.

Tan alta gerarquía y excelsa dignidad, tan sublime carácter lleva consigo naturalmente grandes deberes y grandes preeminencias, grandes obligaciones y sublimes atributos: entre estos figura en primera línea la *predicacion*, complemento de la oracion, y que en realidad es *una funcion santa, por medio de la cual se instruye á los hombres en las verdades cristianas, exhortándoles á conformar su conducta con los mandamientos de la ley de Dios y de su Iglesia.*

Todo es santo en la predicacion: Jesucristo, es decir, la santidad misma, es su fundamento: *Prædicatæ Evangelium omni creaturæ* (1), y de aquí que exija un ministro santo por su carácter y sus virtudes. La predicacion es tan antigua como la religion, y solo con ella concluirá; inmutable en sí misma, solo es variable en los accidentes externos de su manifestacion; por ella se echaron los cimientos de la fé; por ella se propagó la verdad; por ella, en fin, se ha realizado el bien en todas las épocas y en todos los siglos.

Se han escrito libros inimitables sobre este asunto, y se escribirán otros mucho mejores que

- (1) Marc., XVII, 15.

el nuestro: no obstante, llevemos humildemente una piedra más al gran monumento de enseñanza que nos legaron los maestros, y en esta época aciaga prestemos resueltamente un servicio á la causa santa de la verdad.

Casi por conveniencia propia hemos hecho más extensa nuestra tarea: escrita la HISTORIA DE LA ELOCUCION CRISTIANA, estaba cumplido nuestro deber; pero aquellos estudios nos obligaron á leer libros hermosísimos y casi olvidados; por placer, por descanso á las fatigas habituales que impone el escribir diariamente para el público, quisimos resumir en un TRATADO el fruto de esas lecturas y más adelante el de los sábios consejos que se nos han dado.

Debemos, pues, desde la primera página quitar á nuestra tarea el carácter de presuntuosa que pudiera tener, manifestando, ó mejor todavía, confesando que sin la ayuda de otros trabajos reputadísimos, así nacionales como extranjeros, y sin el aliento del consejo nada hubiéramos podido escribir sobre puntos que en cierto sentido conocemos que nos están vedados.

No mireis, pues, al autor de este trabajo, sino á los autores que ha consultado; no mireis al se- gular que se lanza á una materia propia del sacer- dote, sino al escritor humilde que por sus tareas, como primer redactor y fundador de un periódico dedicado al Clero, ha llegado á comprender que en los seminarios falta un libro, que en la ense-

ñanza de las universidades se necesita un estímulo que haga revivir en la facultad de Teología una de las asignaturas más olvidadas; en esta persuasion traza un plan, y al verle acogido con entusiasmo, lo amplía y procura realizar con él tan legítimas y nobles aspiraciones.

El sacerdote no es el único llamado á hablar ante un público numeroso; mas solo á él está confiada la explicacion del Evangelio: el sacerdote es el abogado de Dios, de Jesucristo y de la Iglesia: conocer á Dios, á Jesucristo y á la Iglesia es el primer deber de un sacerdote; así lo enseñan los más ilustres expositores de la verdad, los grandes maestros de la religion santa que profesamos.

La palabra del sacerdote es inmutable, y decir que la predicacion varía segun las ideas del siglo, es sentar un gravísimo error: si se da á entender respecto de ciertas formas, de accidentes relativos al gusto literario y á la mayor ó menor pureza de la diction, ya hemos dicho que el principio es aceptable; pero en lo que se refiere al fondo, la predicacion es invariable, no ha sufrido ni sufrirá alteracion.

De esas cualidades *inmutables, permanentes*, vamos á tratar con preferencia en este libro; de las accidentales hablaremos tambien con extension, no desdeñándolas, como otros hacen, por conceptuar equivocadamente reñida la cultura de la forma con la severidad del fondo, tratándose del ejercicio de la predicacion.

Hechas estas salvedades entremos en materia, solicitando de nuevo la indulgencia de nuestros lectores, como repetidas veces lo hemos hecho en el trascurso de esta publicacion, interrumpida muchas veces por causas extrañas á nuestro interés y voluntad.

1.

EXCELENCIAS DE LA PREDICACION. *Se demuestran:* 1.º Por la sublime mision del predicador. — 2.º Por la majestad de su palabra. — 3.º Por la elevacion de los asuntos que trata. — 4.º Por el fin que se propone. — 5.º Por sus resultados en bien de la sociedad y del orador mismo.

1. Despues del santo sacrificio de la misa y de la administracion de los Sacramentos, no hay en el ministerio eclesiástico funcion más sublime que la de predicar al pueblo las grandes verdades de la fé; esta fué la ocupacion principal de Jesucristo durante los tres años de su vida apostólica, esta la de sus Discipulos, la de los primeros Pastores del rebaño místico, y en todos tiempos las grandes lumbreras de la Iglesia han esparcido sus más vivos resplandores desde la cátedra del Espíritu Santo.

Fiando solo en nuestras propias fuerzas, es decir, en los recursos humanos, no es posible contemplar sin temor los grandes deberes del predicador y las dificultades de su desempeño: el sacerdote es en el púlpito más que el intérprete de Dios, es el órgano visible de sus

mandatos, hasta el punto de poder decir sin temor: *Pro Christo legatione fungimur* (1).

¿Cómo, pues, sondear la alta importancia del sacerdotado al ejercer esta parte tan esencial de su ministerio? ¿Cómo dar á conocer toda la grandeza de que se halla revestido el que no solo es embajador de Dios, sino la personificación misma de Jesucristo?... Los primeros cristianos consideraban á los predicadores como ángeles y recogían sus exhortaciones como emanadas del Señor: *Accepistis illud non ut verbum hominum, sed sicut est vere verbum Dei* (2).

2. *La palabra del sacerdote se diferencia de la palabra del hombre; es decir, hay una distancia inmensa entre el discurso sagrado y la peroración ó el discurso profano. Una autoridad irrecusable para ciertos hombres que miran las cosas por su lado ménos elevado, Timon dice (3), que apenas hay punto de contacto entre la elocuencia sagrada y la profana: en todo son distintas: en la persona, en el lugar, en el asunto, en el auditorio. «El orador, añade, recibe su misión de su talento, el predicador de su carácter... el predicador habla en nombre de Dios, el orador en su propio nombre...» Ved aquí un testimonio digno de no olvidarse, siquiera tenga para nosotros, al lado de los que hemos consignado, ménos valor.*

La palabra del predicador es siempre verdadera y santa: como verdad, manda con soberano imperio sobre todas

(1) II. Cor., v. 20.

(2) Joan, II. Cor., v. 20.

(3) *Libro de los Oradores*, cap. IV.

las inteligencias; como santidad, tiene derecho para hacerse obedecer por todas las voluntades, para reprobado todo lo que no esté conforme con la virtud, y para humillar á toda criatura que se levanta orgullosa contra la ley de Dios.

Al ejercer tan sublime misión, la palabra del predicador toma del cielo mismo una fuerza invencible, esto es, la gracia de Jesucristo, necesaria para conmover y gobernar los corazones en unión con la autoridad de Dios, bastante para corregir, para reprender y para decir todas las verdades que en ningún otro sitio podían tener mejor sanción. Por sábios ó poderosos que sean los oyentes, la palabra del predicador, como palabra de Dios, es superior á ellos, y domina su ciencia y su poder con toda la ciencia y con todo el poder de Dios: ante su majestad los reyes mismos se anonadan y el pueblo se postra; y reyes y pueblos concurren al templo para instruirse y recibir lecciones del que habla en nombre de Dios: y esa misma palabra de verdad juzgará al mundo en el último día, dice Nuestro Señor: *Sermo quem locutus sum, ille judicavit eum in novissimo die* (1); ella será, en fin, el texto de la ley según la cual se dará para cada uno en riguroso derecho la sentencia de una eternidad feliz ó desgraciada. Esta palabra es, por último, la que San Agustín proclama no ménos digna de respeto que el cuerpo mismo de Jesucristo: *Non minus est verbum Dei quam corpus Christi* (2). Partiendo de estos principios, la tribuna desde la cual se anuncia la palabra del

(1) S. Juan, XII, 48.

(2) *Serm.* CCC.



predicador, se denomina *cátedra sagrada*, y ante ella desaparecen todas las grandezas de la tierra; y las gerarquías, los títulos, las fortunas se confunden á sus piés, reconociendo la supremacía del orador que habla en nombre de Aquel ante el cual todos los hombres son iguales, y del cual descienden del mismo modo todas las supremacías y los poderes.

Contemplad la majestad de la palabra santa; ved cuán augusta se percibe en el silencio del templo, cuando los cánticos han cesado, cuando el humo del incienso se pierde en el espacio, cuando la luz exterior desaparece, cuando el recogimiento del auditorio es mayor, y hasta diríamos que alumbran de un modo nuevo las mil estrellas que rodean el tabernáculo del Señor sacramentado.

¡Momento solemne, momento sublime aquel en que todos callan y escuchan y solo el predicador habla! Allí está presente, sancionando la doctrina, los consejos paternales, las dulces reconvenciones del orador, el Dios en cuyo nombre se dirige al pueblo. Testigo de la predicación, Jesucristo infunde en el alma de su ministro la sabiduría infinita, y su palabra penetra en los corazones que la escuchan con fé, llevando á sus más oculos y recónditos pliegues la paz y la ventura santa.

¡Gran privilegio, exclama San Agustín, gran privilegio el del orador, que solo está llamado á tratar de cosas grandes! *Dictor est rerum magnarum.*

3. Poco espacio necesitamos para demostrar la *elevación de los asuntos* que el predicador está llamado á tra-

tar: la antigüedad, hemos dicho antes de ahora (1), no puede ofrecernos nada comparable á la elocuencia cristiana: el predicador es dueño de su asunto, y ese asunto es magnífico como la creación, sublime é infinito como Dios, sin que puedan limitarle las montañas ni los mares. En las grandes calamidades que afligen al género humano, la voz del sacerdote es la única que se percibe majestuosa é imponente: nacida la oratoria sagrada de una region elevada, apenas se detiene en los intereses transitorios y en las efímeras grandezas de la tierra, y el predicador alivia todos los dolores é infunde aliento en todas las almas.

Una florecilla silvestre que el viento arranca de su tallo, un volcan que se precipita en lavas ardientes sobre las techumbres de una ciudad, un niño que muere, un trono que se desploma, un poder que se acaba, un instante que se pasa... nada es ajeno á la elocuencia del púlpito.

Dios y sus perfecciones, Jesucristo y sus leyes, la eternidad, los oráculos y los misterios, ved aquí los asuntos que ha de tratar el orador sagrado, asuntos en que alternativamente puede desplegarse el tono patético y el terrible, el afectuoso y el severo, todo cuanto favorece el vuelo del genio, interesa el sentimiento y admira la imaginación: *Omnia magna quæ dicimus* (2). La Providencia que gobierna el mundo, la inmensidad divina que llena los espacios, la Encarnación, la Redención, la Eucaristía, todos estos milagros de amor constituyen la esencia del catolicismo: las grandezas del cristiano que tiene á Dios por pa-

(1) HISTORIA DE LA ELOCUCIÓN CRISTIANA, tomo I, pág. 51.

(2) S. AGUST. *De doct. crist.*, lib. IV, cap. 35.

dre, á Jesucristo por hermano, á los ángeles por servidores, á los demonios por esclavos, y que en la otra vida está llamado á ser soberano del más hermoso imperio que puede imaginarse: las postrimerías que colocan al orador frente á frente de la eternidad y abrazan grandes arcanos: las leyes sublimes de la moral cristiana que nos aconsejan el amor, el respeto y la veneración hácia Aquel que padeció por nosotros martirio y muerte de cruz, que nos muestran que todos somos descendientes de un mismo origen y todos individuos de una gran familia de hermanos, que nos enseñan el modo de vivir la vida de los bienaventurados dentro de un vaso de frágil barro, que nos manifiestan el medio de pasapar los límites del horizonte estrecho que nos rodea y llegar con nuestra vista hasta los impenetrables designios de la Providencia..... ¡qué mayor horizonte, qué mayor grandeza y variedad de miras!

Nada hay para el orador sagrado ofimero y pasajero. Un vaso de agua fría, *res minima atque vilissima*.... ¿Hay cosa más trivial? y sin embargo, dice San Agustín, la religión enseña al orador el modo de elevarse desde esa pequeñez á las más altas miras y hacer brotar de ese vaso de agua fría toda una llama de caridad, capaz de encender en el corazón de los más tibios oyentes un santo deseo de dedicarse á las obras de misericordia por la esperanza de la recompensa celestial: *Tamquam de illa aqua frigida quædam flamma surrexit quæ etiam frigida hominum pectora ad misericordiæ opera faciendâ spe cælestis mercedis accenderet* (1).

(1) *De doct. crist.*, lib. IV, cap. 37.

4. El fin de la predicación es uno de los medios de que se valen reputados autores para demostrar las excelencias del ministerio del púlpito; medio oportunísimo seguramente y que por nuestra parte no debíamos desaprovechar.

La elocuencia, dice Eurípides, es la soberana de las almas (1): eleva, añade, sobre los demás hombres al que la posee, dándole un poder personal que, según Pascal, no conoce igual en la tierra; el poder de dirigir á su arbitrio las voluntades, de dominar á sus semejantes por medio de la convicción y de la persuasión, de excitar en los corazones nobles sentimientos y de conseguir desenvolver los mayores asuntos y las más difíciles empresas.

Conforme en un todo con estas apreciaciones, Cicerón declara (2) que no conoce nada más excelente y magnífico, nada más sublime y majestuoso. Pero si tanta es la grandeza de la palabra humana considerada en su fin, ¡cuánta mayor no ha de ser bajo el mismo aspecto la excelencia de la palabra divina!

Reconciliar la tierra con el cielo, cooperar con Jesucristo á la gran obra de la redención del mundo, procurar el imperio de la verdad, he aquí los fines de la predicación. No se trata de salvar un sitio, de defender un reo, de conmover una ciudad; se trata de ganar para bien de la tierra un alma encenagada en el vicio, y para la gloria eterna un alma que es imagen de Dios.

El predicador se propone un fin más alto que excitar

(1) *Hecub.*, v. 775. ¡O flex anima atque omnium regina serum oratio!

(2) *De orat.*, lib. I, 30 y sig.

los impulsos naturales del afecto ó la aversion, de la alegría ó del temor: el predicador sale siempre de este estrecho círculo, y produce en el ánimo de sus oyentes impulsos sobrenaturales que disponen al alma para la justificación y la gracia.

Teniendo en cuenta que un fin tan elevado es superior á todas las fuerzas de la elocuencia humana, el predicador se asocia al espíritu de Dios para producir en los corazones esas sensaciones celestiales, meritorias, de la gloria eterna, y el mismo espíritu le ayuda en su obra: *Dei enim sumus adjutores* (1), dando de este modo á su discurso una forma persuasiva y patética, propia para unirse con la acción tan dulce como eficaz de la gracia, que mueve las voluntades según le place y sin la menor violencia. De esto dimana la UNCIÓN, principio fecundo, propio del celo apostólico y que no conviene á ningún otro género de oratoria.

¿Puede darse algo más magnífico ni más divino que cooperar eficazmente á la conversión de los pecadores, y formando santos y produciendo elegidos, unir la unción de los discursos con la de la gracia, para salvar á los hombres y compartir de esta manera con Dios mismo la obra de la regeneración de la estirpe humana?

5. Hemos llegado insensiblemente á la última de las consideraciones que hemos creído oportunas para demostrar las excelencias de la predicación; es decir, la de señalar sus *principales efectos* respecto del predicador mis-

(1) I. Cor., III.

mo y de la sociedad en general, y aquí nada nos parece superior á lo que Limoges escribe sobre este particular.

Los Sacramentos, dice, producen sin duda maravillosos efectos, frecuentemente celebrados por la elocuencia de los Padres y de los Doctores de la Iglesia; pero entre el sacerdote que los administra y el predicador existe la diferencia de que la acción del primero se limita á un solo hombre, mientras que la del segundo se extiende á todo un pueblo; el uno es un pescador de caña á quien no es dado coger de una vez más que un solo pescado; el otro es pescador de red, que de un solo golpe coge una gran multitud de peces. El predicador obtiene, sin grandes esfuerzos del corazón humano, los más penosos sacrificios que en este mundo pueden realizarse, el sacrificio de sus pasiones, el de su orgullo y el de sus más arraigados afectos; humilla bajo el influjo de su poder á los soberbios, suavizando los más duros corazones, y los prepara para el amor de Dios y de sus hermanos, purifica, en fin, las almas más extraviadas restituyéndolas la blancura de la inocencia: *Vox Domini confringentes cedros.... concutientis desertum.... Vox Domini in virtute, vox Domini in magnificentia* (1)... *Vivus est enim sermo Dei et efficax et penetrabilior omni gladio ancipiti et pertingens usque ad divisionem animæ ac spiritus* (2).

Por ministerio de los Apóstoles la palabra de Dios obró la conversión del mundo é hizo posible en la tierra las mayores virtudes. Osio, San Ildefonso, San Isidoro, San

(1) Psalm. XXVIII.

(2) Heb. IV.

Leandro, San Vicente Ferrer y otros varones ilustres en España, de que hemos hablado en nuestra historia; San Dionisio en Francia, San Bonifacio en Alemania, San Agustín en Inglaterra, San Francisco Javier en las Indias, San Carlos Borromeo en Italia, San Francisco de Sales en Chablais, San Francisco Regis en Cévennes, y otros muchos santos predicadores en todos los puntos del globo han demostrado al mundo la imperecedera virtud de la palabra de Dios; á nuestra vista misma se obran diariamente, por ministerio de los varones apostólicos, grandes maravillas, y en Oceanía, en América y en otros países lejanos se sienten los civilizadores efectos de las misiones que llevan la verdad á los climas más inhospitalarios y peligrosos.

No importa que repitamos aquí lo que hemos dicho en muchos pasajes de nuestra historia; ese gran poder de la palabra humana, esos efectos grandiosos de un discurso que sale de los labios de un hombre, es privilegio exclusivo de la enseñanza católica. Muchos grandes genios han intentado transmitir la ciencia y lo han conseguido: Platon, Sócrates, Ciceron y Séneca dieron lecciones inolvidables, pero jamás ganaron para la virtud una sola ciudad ni un solo pueblo. La predicacion evangélica es la única que tiene el sublime privilegio de conmover en buen sentido las masas, de arrancarlas del vicio y de prepararlas para la virtud: el universo rescatado es un testimonio auténtico de estas verdades.

¿Cuán elevado aparece á nuestra vista un ministerio que produce tales efectos, cuando el orador acierta á sostener la virtud de su palabra con la santidad de su vida!

5. La predicacion, á más de los grandes bienes que está llamada á producir en el orden de la religion, es de la mayor utilidad para la *sociedad civil* y la *prosperidad del Estado*. Veámoslo.

¿Puede imaginarse, políticamente hablando, una institucion más preciosa, más civilizadora ni más favorable á la seguridad pública y á los intereses bien entendidos de todo gobierno, que la que reúne á los ciudadanos en un sitio silencioso para exponerles, en nombre y á presencia de Dios, todas sus obligaciones, repitiéndoles á cada paso este hermoso compendio de moral: *Prout vultis ut faciant vobis homines, et vos facite illis similiter* (1); recomendándoles todo lo que es puro, justo y santo, todo lo que es bueno y respetable, todo lo que es virtuoso y digno de elogio; en una palabra, prohibiéndoles de parte de Dios todo lo que puede perturbar la sociedad misma, dañar los intereses particulares, marcándoles reglas de conducta para afianzar la paz pública, la seguridad general, la dicha de todos y el bien individual?

No conocemos otro medio superior á este de inculcar la honradez y formar buenos ciudadanos; de obtener la obediencia á las leyes, el respeto á la autoridad, la paz en las familias, la buena fé en los contratos y el comercio, la caridad y dulzura en las relaciones mútuas; y los predicadores que en diferentes puntos de un reino instruyen al pueblo reunido, contribuyen más eficazmente al bien del Estado que todos los agentes de la fuerza pública, que todos los que tienen, en fin, en sus manos las riendas del

(1) S. Luc., VI, 31.

gobierno. La antigüedad, repetimos una vez más, no nos presenta nada semejante, é inútilmente hubiera imaginado una institucion como esta; porque el cristianismo, siendo la religion verdadera, era el único que podia inspirarla. ¡Cuán excelente debe parecer á los ojos del seminarista y del sacerdote que ama á los hombres una obra tan fecunda en preciosos resultados! ¡Y desgraciado de aquel que no acierte á recoger para sí mismo el fruto del ejercicio de tan santa mision!

Aplicate, decia San Pablo á Timoteo, á instruirte en el estudio de los buenos autores para poder instruir á los demás: *Atende lectioni, exhortationi* (1). Enseñando á los otros, llegaréis á ser buenos ministros de Jesucristo, porque desempeñando esta funcion, os alimentareis con los documentos de la fé y con la sana doctrina, incorporándolos á vuestras almas como alimento espiritual y divino: *Hæc proponens fratribus, bonus eris minister Christi Jesu, enutritus verbis fidei et bonæ doctrinæ* (2). Necesita el predicador profundizar las verdades que debe trasmitir, los puntos de la Sagrada Escritura que debe explicar y los autores que han tratado mejor estas materias. ¿Qué puede haber más útil para el sacerdote que esta mision de instruirse, que esta especie de imposibilidad de ser ignorante que va aneja á su ministerio?

Para predicar bien no es bastante estudiar, es preciso ejercitarse en sérias meditaciones, penetrarse de lo que se ha de decir, adquirir una fé viva y un sentimiento pro-

(1) I. Tim., IV, 6.

(2) Id.

fundo; y este ejercicio es precisamente el más á propósito para hacer grandes progresos en el camino de la virtud. Nada más lógico que al intentar convencer á los otros, convencerse á sí mismos: *Qui inebriat, ipse quoque inebriabitur* (1); nada más natural que apropiarse uno mismo lo que se dice á los demás (2), que animarse animando, corregirse corrigiendo y salvarse contribuyendo á la ajena salvacion (3). Dice el Apóstol: *Hoc faciens, teipsum salvum facies, et eos qui te audiunt*; y muchos maestros de la vida espiritual, y en especial San Ignacio, hallan muy natural y aconsejan á los predicadores que traten en el púlpito con preferencia á cualquier otro asunto, si las circunstancias se lo permiten, las materias que convienen mejor á sus propias necesidades.

¿Qué mayor consuelo para el ministro de Jesucristo que instruir, guiar y dirigir á su pueblo? El párroco que pudiendo se excusa de dispensar á los hijos de Dios el pan de su palabra, pierde la consideracion en su iglesia, porque todos saben que falta á su deber: *Qui abscondit frumenta maledicetur a populis* (4). Por el contrario, el buen pastor que rige su rebaño, de todos es querido y estimado: es un bienhechor, un padre á quien todos se complacen en consultar, á quien todos acuden en sus necesidades y aflicciones: si habla, recogen sus palabras con religioso respeto: si amonesta, si aconseja, le obedecen, le bendicen,

(1) *Prov.*, XI, 25.

(2) Véase á Rodriguez, tom. IV, trat. 1.º, cap. VI; y á Clemente de Alejandria, lib. I de Stromatas.

(3) I. Tim., IV, 16.

(4) *Prov.*, XI, 26.

le aman y consideran: ¿qué mas dulce recompensa para un buen sacerdote, para un párroco, que ese cariño entrañable de sus hijos y el cumplimiento del oráculo del Espíritu Santo *Vir peritus multus eruditus et animæ suæ suavis est* (1)?

Mayores recompensas esperan en la otra vida al sacerdote, al párroco que de tal manera cumple sus deberes: oíd la magnífica descripción que de ellas hace el Espíritu Santo: *Qui ad justitiam erudiunt multos, fulgebunt quasi stellæ in perpetuas æternitates* (2)..... *Qui fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno cælorum* (3). Los Doctores nos dicen que los santos predicadores tendrán en el cielo una gloria proporcionada al número de los que hubieren evangelizado: las almas que les deban su salvación cantarán sus alabanzas, formarán su cortejo de honor (4), y Dios adornará su cabeza con una magnífica corona, corona de gloria (5), según las siguientes palabras del Apóstol: *Quæ est nostra spes aut corona gloriæ? Nonne vos* (6)..... *gaudium meum et corona mea* (7)?

Hemos procurado ofrecer ante vuestra vista un cuadro magnífico: habeis podido contemplar las excelencias del ministerio que habeis de ejercer algún día ó ejercerán quizá aquellos á quienes vaya á parar este libro: no hemos

(1) Eccles., XXXVII, 32.

(2) Daniel, XII, 3.

(3) Matth., v. 19.

(4) S. Gregorio. Homilía XVII sobre el cap. XXV de S. Mateo.

(5) Hug. Card., cap. XII. Sto.—Tomás, suppl. q. XCVI, cap. 7.

(6) I. Thess., II, 19.

(7) Philip., IV.

hablado nosotros mas que rara vez; tampoco en el trascurso de este libro podremos atrevernos con frecuencia á emitir nuestra propia opinion.

Cuando escribíamos la HISTORIA DE LA ELOCUCION CRISTIANA, los hechos ayudaban nuestro entendimiento; hoy, que nos proponemos recopilar la enseñanza de los grandes maestros de la palabra santa, tenemos el deber de ser excesivamente comedidos y respetuosos; no por copiar seremos tildados, si sabemos copiar con oportunidad y acierto.

¿Para qué atribuirnos glorias que pertenecen á la Iglesia universal? ¿para qué desnaturalizar el peso, la importancia de estas lecciones? En el método, en el plan general, en la exposicion de la doctrina hay algo nuestro, reflexiones inspiradas por nuestro buen deseo y nuestro entusiasmo por la predicacion; pero lo mejor de este libro pertenece á lo que ha sancionado como tal la autoridad infalible de la Iglesia. Recopilamos lo mucho que hemos encontrado en libros reputados; otras cosas son ménos conocidas, y todas deseamos ardientemente que constituyan un precioso ramillete digno de adornar la humilde estantería del escolar y el cuarto no ménos humilde por lo comun del Pastor de almas, á quien el deber de predicar está más especialmente recomendado.

II.

NECESIDAD DE LA PREDICACION. *Se demuestra:* 1.º Por la obligacion de predicar, impuesta á los Pastores de almas.—2.º Por la extension de este deber.—3.º Por la frivolidad de los pretextos alegados para eludirle.—El deber de la predicacion es en el dia más urgente que en otras épocas para todo Pastor de almas, y en general para todo ministro del Señor.

1. Hallamos consignado en muchos pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento, en los escritos de los Padres y Doctores, en los concilios y en obras justamente reputadas, no solo la *necesidad*, sino el *deber* inexcusable de la predicacion.

San Agustin dice á los jóvenes sacerdotes: «Predicad con sabiduría y elocuencia, y si esto no os fuera posible, predicad al ménos con instruccion y buen ejemplo; añadiendo, para que ninguno pueda creerse excusado de esta obligacion, pronunciad, si otra cosa no os es dable, lo que otros hayan escrito con acierto y oportunidad.»

De tal modo se expresa este gran maestro, y aunque lo que acerca de la excelencia del ministerio del púlpito, del mandato y las promesas de Dios hemos dicho hasta aquí, debia parecer bastante para inclinar á todo sacerdo-

te, y muy especialmente á los Pastores de almas, á ejercitarse en la predicacion, no estará fuera de propósito que nos fijemos en ese *deber* con más preferencia y extension, inculcándolo en los escolares desde el principio de nuestras explicaciones, y si es posible, grabándolo en sus corazones de un modo indeleble, para que cualquiera que sea el puesto que ocupen algun dia en la gerarquía eclesiástica, no lo olviden nunca, y se dirijan sus esfuerzos y sus trabajos á llenarle *debidamente*.

Que la predicacion es un deber para todo Pastor de almas, es una proposicion indudable (1).

En el Antiguo Testamento se llama á los encargados de enseñar al pueblo, *centinelas* (es decir, hombres de actividad y vigilancia), y el Espíritu Santo fulmina terribles anatemas contra los que pudieran mirar con descuido funciones tan importantes: *Speculatores ejus cæci... Canes muti non valentes latrare* (2)... *Speculatorem dedi te domui Israel; si non fueris locutus ut se custodiat impius a via sua, sanguinem ejus de manu tua requiram* (3); palabras á las que positivamente aludia San Pablo, cuando escribia á los de Efeso: *Mundus sum a sanguine omnium; non enim subterfugi quominus annuntiarem omne consilium Dei vobis; per triennium non cesavi cum lacrymis monens unumquemque vestrum* (4).

(1) Véase á Habert, *De ordine*, cap. V, párr. 12.—*Pastoral de Limoges*, tom. II, tit. II.—Collet, *Obligaciones de un Pastor*, V.—*Espejo del Clero*, tom. II.—*Guia de los que anuncian la palabra de Dios*, lib. III, especialmente págs. 372 y 373.

(2) Isaias, LVI.

(3) Ezequiel, XXXIII.

(4) *Act. Apost.*, XXI.

En el derecho canónico vemos también consignada esta observación: *Mundus a sanguine eorum non esset, si eis Dei consilium annuntiare noluisset, quia cum increpare delinquentes noluerit, eos procul dubio tacendo Pastor occidit* (1); de lo cual deducimos que así el Antiguo Testamento interpretado por San Pablo, como el derecho canónico, hacen responsable al Pastor de la suerte espiritual de todas las almas que están bajo su dominio si no hubiese procurado su instrucción.

Si del Antiguo pasamos al Nuevo Testamento, hallaremos la misma doctrina consignada con toda claridad, pues no solo dijo Jesús á los Apóstoles: *Prædicate Evangelium omni creature* (2)... *docete omnes gentes* (3), sino que de entonces acá y hasta por el concilio de Trento se ha declarado que aquellas palabras se refieren principalmente á todos los que tienen cura de almas: *Præcepto divino mandatum est omnibus quibus animarum cura commissa est, oves suas.... verbi divini prædicatione... pascere* (4); y el texto del Evangelio nos lo confirma muy claramente. Jesucristo habla en este pasaje á un gremio de pastores que debe durar hasta el fin de los siglos, porque les dice: *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem sæculi*; se dirige á los sucesores perpétuos de los Apóstoles. ¿Y quiénes son estos? No son únicamente los Obispos, porque no pueden multiplicarse en cada parroquia de su diócesis para predicar, sino los Pastores de se-

(1) *Dist.*, XLIII, c. Ephesiis.

(2) S. Marc., XVI.

(3) S. Mat., XXXVIII.

(4) Sess. XXIII, c. I *De Reform.*

gundo orden establecidos en cada una de las iglesias para reemplazar al Prelado. A estos es á quienes se dice *docete*: por cuya razón cuando el gran Apóstol, este excelente intérprete del Evangelio y de las voluntades de su Maestro, enumera las gracias que el Espíritu Santo derrama sobre la Iglesia, une al mismo tiempo, y como cosas inseparables, la cualidad de Pastor y la de Doctor: *Alios vero pastores et doctores* (1), según lo afirma Santo Tomás, adoptando el parecer de San Agustín y de San Jerónimo: *Sub eodem addit pastores et doctores ad ostendum quod proprium officium pastorum Ecclesiæ est docere ea que pertinent ad fidem et bonos mores* (2).

Queriendo el mismo santo inculcar á Timoteo la obligación de predicar, emplea, para que le comprenda mejor, las instancias, los ruegos, todo cuanto el lenguaje humano tiene de más enérgico, y aun lo emplaza para ante el tribunal de Dios y de Jesucristo que ha de juzgar al mundo: *Testificor coram Deo et Jesu Christo qui iudicaturus est vivos et mortuos, prædica verbum, insta opportune, importune; argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina* (3). Por esto pregunta San Agustín: ¿Quién es el que después de haber oído una exhortación tan encarecida no procurará predicar con todo el celo y toda la solitud que recomienda el Apóstol? ¿qué Pastor, después de semejantes palabras, se atreverá á descuidar el sagrado deber de la instrucción? *Quis hæc audiens ab hac diligen-*

(1) Eph., IV, 11.

(2) S. Thom., in Ep. ad Eph., VII.

(3) II. Tim., IV.

tia et instantia conquiescat? Quis sub hac testificatione regnis esse audeat (1).

La obligacion, el deber que nos ocupa ha sido promulgado en todos los siglos desde el origen del cristianismo. Los cánones apostólicos mandan sea excomulgado el sacerdote que no instruye, y depuesto el que no se corrige: *Presbyter qui negligentius circa populum agit neque in pietate eos erudit, a communione segregetur: si vero in ea socordia perseveraverit, deponatur* (2); San Basilio llama *homicidas* á los morosos en el cumplimiento de este deber: *Cui docendi munus commissum est, si is annuntiare neglexerit, perinde ac homicida judicatur* (3); San Gregorio dice en el mismo sentido: *Tot occidimus, quot ad mortem ire quotidie tepidi et tacentes videmus, quia peccatum subditi, culpa præpositi, si tacuerit, reputatur* (4); San Juan Crisóstomo va todavía más léjos, y añade que el silencio del Pastor es peor que el arma del homicida, porque esta hace morir el cuerpo, y la negligencia en instruir trae consigo la muerte eterna de las almas: *Quantum melior est anima quam corpus, tanto gravior peccatum animabus laborantibus spirituales eleemosynas non præstare quam corporibus corporales... sciant Pastores quantum beatitudinis sibi acquirant si diligentes fuerint circa verbum Dei, et quantum damnationis si fuerint negligentes* (5); San Isidoro de Sevilla escribe: Sa-

(1) Lib. I. Contr. Crescent., c. VI, n. 8.

(2) Can. LVII.

(3) Reg., brev. 24.

(4) Hom. XII in Ezech.

(5) Hom. LV in c. XXV, S. Matth.

cerdotes pro populorum iniquitate damnatur, si eos aut ignorantés non erudiant, aut peccantes non arguant (1); y por último, á esto podemos añadir importantes disposiciones de los concilios.

Oportet, dice el VI general (2), *eos qui præsumunt ecclesiis, omnibus quidem diebus, sed præcipue diebus dominicis, omnem clerum et populum docere... Omne opus eorum*, añade el IV de Toledo, *in prædicatione et doctrinæ consistit* (3). *Ad evangelizandum missi sunt parochi*, afirma el I de Colonia; *væ ergo illis in non evangelizaverint*; y por último, el de Trento, más explícito todavía y más enérgico, consigna estas palabras (4): *Curam animarum habentes, per se vel alios idoneos, si legitime impediti fuerint, diebus SALTEM dominicis et festis solemnibus plebes sibi commissas, pro suá et earum capacitate pascant salutáribus verbis... Si quis eorum præstare negligat, per censuras ecclesiasticas cogantur*; palabras que manifiestan tratarse de una obligacion inexcusable, porque sabido es que no pueden imponerse censuras sino por una falta gravísima.

No satisfechos los Padres del concilio con un mandato tan formal, vuelven otra vez á tratar del mismo asunto. Y en la sesion veinte y dos (5) dijeron: *Mandat sancta synodus pastoribus et singulis curam animarum gerentibus, ut frequenter inter missarum celebrationem vel per se vel*

(1) Sent., lib. III.

(2) C. XIX.

(3) C. XXV, can. I.

(4) Cap. XI, secc. 5 *De reform.*

(5) Cap. XIII de Sacrif. Missæ.

per alios.... aliquid exponant... diebus præsertim dominicis et festivis. Por último, en la sesión veinticuatro (1) añadieron: *Præcipit sancta synodus... ut inter missarum solemnium aut divinorum celebrationem sacra eloquia et salutis monita... singulis diebus festis explanent, eademque in omnium cordibus... inserere atque eos in lege Domini erudire studeant.*

Autoridades tan decisivas, y otras que pudiéramos añadir, confirman que el deber de predicar no solo es inherente al Pastor de almas, sino que se extiende por regla general á todos los ministros del Señor. A más de estos testimonios, por sí solos suficientes, la razón misma, ilustrada por la fé, basta para hacernos comprender que sin el cumplimiento de esa sagrada obligación no se concibe la conquista pacífica y segura del género humano.

El dominio de la fuerza es un dominio efímero y pasajero; el de la persuasión dura, se extiende, se difunde prodigiosamente y llega á convertirse en universal é imperecedero. Cada parroquia, cada iglesia, según la constitución misma de la sociedad cristiana, es una gran escuela, y el Prelado en primer término y el párroco en segundo, y todo ministro del Señor, es un maestro llamado á instruir á los fieles, que son sus discípulos; el que guarda silencio defrauda la confianza depositada en él y desatiende los altos intereses que le están encomendados.

Dios mismo ha señalado ese puesto de preeminencia al Pastor de almas, haciéndole principal custodio de la religión y de la virtud de sus feligreses: si no instruye,

(1) Cap. VII *De Reform.*

pues, si no enseña, aconseja y dirige, es un custodio infiel; y según la triste predicción del Profeta, que dijo: *Lex peribit a sacerdote* (1), deja perecer la religión y la virtud en la parte de la iglesia confiada á sus desvelos. Sabido es que en el pueblo donde se descuida la predicación se pierde la fé, se abandonan los Sacramentos y las solemnidades, todos los vicios se desbordan y las costumbres se pervierten en proporción de la ignorancia: *Non est scientia Dei in terra, maledictio, et mendacium, et homicidium, et furtum, et adulterium inundaverunt* (2).

De todas las pruebas que acabamos de agrupar, fácil es inferir cuán exacta es la siguiente conclusión de Medina, con la cual se hallan conformes todos los teólogos: *Advertant quicumque in Christi Ecclesia ad pastoralis officii dignitatem assumpti sunt; ad apostolicum predicationis munus exercendum naturali, divino et ecclesiastico jure ita esse constrictos ut, nisi id diligenter expleverint, certum subituri sint damnationis supplicium;* y cuán justos son también estos anatemas del Sumo Pontífice Nicolás, en su carta al Emperador Miguel: *Dispensatio caelestis seminis nobis credita est: vae si non sparserimus, vae si tacerimus, vae nobis qui ministerii opus suscepimus, si Domini veritatem quam Apostoli prædicaverunt, prædicare neglexerimus!*

2. La extensión del deber de predicar de que acabamos de ocuparnos, es una nueva prueba de su nece-

(1) Ezech., VII, 26.

(2) Oseas, IV, 2.

sidad. No es excusa decir *Aquí no llego, de aquí no paso*; el deber de predicar no conoce limite dentro de la posibilidad y el esfuerzo humano: no saber por ignorancia é ignorar por negligencia, son gravísimos delitos en el órden moral y social tratándose del sacerdote de Jesucristo (1).

Si los fieles están obligados *sub gravi* á conocer todos los puntos de doctrina, natural es que el Pastor, por una obligacion correlativa, esté obligado á enseñárselos de modo que no puedan excusarse de conocerlos, si tienen deseos y buena voluntad: de otro modo, al imponerles Dios este deber les impondria un mandato imposible, porque los más carecen de medios de aprender, como no sea por la enseñanza oral de su Pastor. De esto se deduce sin violencia que todo párroco es responsable ante Dios de la ignorancia en que acerca de los dogmas esenciales de la fé se hallen sus feligreses; y solo podrá considerarse tranquilo cuando consultando su conciencia pueda decir: —Si alguno de mis hijos espirituales desconoce las verdades; si todos los años en la época de la Pascua alguna absolucion resulta nula por ignorancia en el penitente; si, lo que estremece pensar, algun moribundo recibe una absolucion inútil porque desconoce los primeros misterios y las condiciones esenciales de una perfecta contricion, no es culpa mia; yo he llenado con escrupuloso cuidado mi mision y en su perfecto cumplimiento no he escaseado diligencia ni medio alguno.

(1) Collet, *Obligaciones de un Pastor*, cap. V, n. 3, 8, 9, 10. — Benedicto XIV, *De sinod.*, lib. IX, c. XVII. — Bullar., tom. I, *constit.* 42, instit. 9, 10, 72. — Segneri, cap. V. — *Guía de los que anuncian la palabra de Dios*, pág. 360 y siguientes.

Mientras este lenguaje no pueda emplearse, es muy dudoso poderse librar de la terrible responsabilidad que pesa sobre el Pastor de almas, y ántes de aceptar tales compromisos es preciso comprender toda su extension y trascendencia.

No basta predicar de vez en cuando; el párroco debe *predicar con frecuencia*: San Francisco de Sales decia «Nunca se predicará bastante;» y San Francisco Javier recomendaba á sus compañeros la repeticion de los sermones; y esta convicción estaba tan arraigada en el ánimo de San Ligorio, que no solo no omitia ocasion de instruir á su pueblo, sino que daba por sí mismo, ó hacia dar por sus sacerdotes, frecuentes misiones en todas las parroquias de su diócesis y exigia los retiros muchas veces al año.

Partiendo de estas ligeras indicaciones, no vacilamos en afirmar con el concilio de Trento: «Que todo Pastor, si no tiene impedimento legitimo, está obligado á predicar por lo ménos todos los domingos y todos los dias de fiestas solemnes del año: *diebus saltem dominicis et festis solemnibus* (1), todos los dias durante el Adviento y la Cuaresma, ó al ménos tres veces á la semana en esta época, puesto que el pueblo necesita esta instruccion frecuente, quiera ó no concurrir á ella (2).»

Los teólogos convienen en que la ley del concilio de Trento, ó más bien el derecho divino de que aquella es intérprete, no obliga *sub gravi* respecto á cada domingo

(1) Sess. V, cap. 2 *De Reform.*

(2) Sess. XXIV, cap. V *De Reform.*

ó cada fiesta en particular. Pero ¿cuál es el número preciso de domingos en que no se puede omitir la predicacion sin que haya pecado mortal? Esto es muy difícil de determinar, y en este punto, como en otros muchos, las más veces solo Dios sabe el riguroso limite que separa lo mortal de lo venial. El Pastor que al pié de un crucifijo medite acerca de sus deberes, apénas se cuidará de esta ó la otra solucion; sino que instruirá lo más que pueda y temerá siempre no haber instruido bastante.

En cuanto á los que pudieran exigirnos una contestacion precisa, les responderemos con una autoridad á quien hemos consultado: 1.º Que el concilio de Trento, puesto que manda al Obispo fulminar censuras eclesiásticas contra el Pastor que dejare pasar tres meses al año sin dar instrucciones (1), declara que esta omision es suficiente para un pecado mortal, porque solamente la falta mortal es la que puede ser castigada con censura. 2.º Que segun el dictámen de los teólogos, no se necesita para que haya pecado mortal, que se omita la predicacion durante tres meses seguidos, sino que es suficiente que se omita el valor ó suma de tres meses en el curso de un año, esto es, trece domingos, sin incluir las seis semanas de los trabajos de recoleccion, durante cuyo tiempo el Obispo puede permitir la suspension de las instrucciones, ni los casos de legitima dispensa, de que hablaremos más adelante: de todo lo cual puede deducirse el error de los que creen que predicando cada quince dias están exceptuados, porque entónces dejarán pasar de hecho seis meses ó la

(1) Sess. V, cap. II.

mitad del año sin cumplir este deber. 3.º Que dejar pasar un mes seguido de predicar, á no ser en el tiempo de vacaciones, es, á juicio de muchos teólogos, materia suficiente para un pecado mortal. Y en apoyo de todas estas afirmaciones podriamos citar á Navarro, á Azor, á Antoine, á Collet, á Bonacina, á San Ligorio y á Mons. Bouvier; pero nos contentaremos con recomendar á nuestros lectores á estos tres últimos (1).

La instruccion de los fieles no excusa el cumplimiento que tiene el Pastor de predicar, y la razon de esto es porque aun los que más saben en materias religiosas, necesitan no olvidar lo que aprendieron, mantener su fé y afirmar cada vez más sus convicciones. Por otra parte, ¿dónde no será precisa la instruccion evangélica? ¿dónde faltarán vicios que desarraigat, escándalos que reprimir, almas tibias que animar, voluntades débiles que fortalecer y pensamientos de fé que despertar? Siempre, siempre es necesaria la predicacion, por instruidos que se hallen los feligreses. Cuando estos son ignorantes, la obligacion aumenta, se hace más imperiosa en proporcion de la ignorancia; pero no por ser instruidos puede excusarse el cumplimiento del deber que nos ocupa.

El Padre Jeune (2) recomienda á los párrocos como de gran utilidad que prediquen en la primera misa. «De otro modo, dice, los criados y personas que concurren solo á esta misa, no aprenderán nunca su religion.» De aqui procede que Mons. Bouvier (3) declare culpables á

(1) *Tratado del Decálogo.—Praxis Confess.—De offic. paroch.*

(2) *Prefacio de sus sermones.*

(3) *Lugar citado, pág. 330.*

los párrocos que nunca predicán en esta misa, y con mayor razón á los que no quieren dejar predicar en ella á su teniente ó coadjutor. Obliga también *sub gravi* á los párrocos á que procuren instruir en conferencias privadas á los ignorantes de edad avanzada, á quienes la vergüenza ó los trabajos alejan de las instrucciones que se dan á los niños, ó que en razón á su torpeza necesitan explicaciones particulares; aconsejándoles que elijan para ello la hora del día que les sea más cómoda; pareciéndole por lo común la caída de la tarde, porque entónces todos los trabajos han cesado y son ménos exigentes las obligaciones mundanas.

Todo párroco ó vicario que no predica de modo que se haga entender, ora sea porque emplee un estilo demasiado elevado, ora porque á causa de no prepararse, pudiendo hacerlo, hable sin orden ni claridad, es tan culpable como si no predicara. La razón de esto es, porque falta completamente al fin de la predicación, y porque en vez de ser útil á las almas, las aleja de la palabra de Dios poniendo dificultades y obstáculos á su futura conversión.

Este precepto de la predicación frecuente nada tiene de penoso si se comprende bien, porque no son sermones largos los que se requieren; ántes, por el contrario, el ser largos puede llegar á ser un defecto, según diremos después: se trata únicamente de pláticas concisas en cada domingo, sin comprender, no obstante, las explicaciones de la doctrina cristiana. ¿Quién puede decir que esto sea exigir demasiado? Todo ello se reduce á una hora al mes de predicación, doce horas al año, y aun ménos todavía en razón de las vacaciones.

Tan tolerante, tan bondadosa se muestra la Iglesia

cuando impone un deber, cuando dicta un precepto. Las juiciosas observaciones que hemos consignado son de todas épocas, de todos tiempos y lugares, y las hemos tomado de infinitas pastorales escritas por los más sábios Obispos de España y el extranjero.

¿Se cumplen por todos estos deberes?... ¿Será inútil recordarlos á la juventud y consignarlos en este libro? Nó; son pocos los que se fijan en la extensión del deber y la necesidad de predicar, y en cambio son muchos los que se excusan con pretextos frívolos, que debemos resueltamente combatir.

3. Es de tal naturaleza el deber que tienen los Pastores de almas de instruir al pueblo por medio de la predicación, que los Padres y escritores ilustres no han dudado en aconsejar á los que no puedan cumplirle que dimitan un cargo para el cual no han nacido (1).

Si solo se trata de un período más ó ménos largo de temporadas excepcionales, podrán muy bien, de acuerdo con el Prelado, excusarse personalmente de esta obligación, haciendo que otros le sustituyan en la cátedra del Espíritu Santo, que no debe permanecer, ni aun en estos casos, muda y silenciosa; pero fuera de las vacaciones ordinarias, ó sea durante las faenas de la recolección ó de una enfermedad ó disgusto grave, el Pastor de almas debe subir al púlpito y evangelizar á sus feligreses, según dejamos manifestado.

(1) Véase á Segneri, cap. V y VI.—*Obligaciones del sacerdocio* por el presbítero Mathieu, tom. III, pág. 248.—Limojes, tom. II tit. II, cap. 3.º

Se excusan algunos y alegan pretextos frívolos, de que debemos ocuparnos para instrucción de los jóvenes seminaristas. Estos pretextos son infinitos, pero pueden reducirse á tres grupos principales, que hallamos extensamente tratados en varias de las obras que hemos citado.

Proviene unos de *parte del pueblo*, otros de *parte del Pastor mismo*, y algunos de *los superiores y compañeros*.

I. Pretextos de parte del pueblo.

1.º Muy poco ó nada se consigue con una predicación frecuente: el pueblo donde más se predica, no por esto es el mejor.

Respuesta. Hace cerca de tres mil años que Dios mismo destruyó esta objeción por boca del Profeta Ezequiel: *Si annuntiante te ad impium ut a viis convertatur, non fuerit conversus a via sua, ipse in iniquitate sua morietur: porro tu animam tuam liberasti* (1). Así, pues, aun cuando la feligresía no se aproveche de la instrucción del Pastor, este gana siempre con haber cumplido su deber y puesto su alma á cubierto de las iras de Dios, que le pedirá cuenta de su celo, no del fruto de su predicación (2), puesto que le ordena que siembre, no que haga crecer las semillas.

El que de tal modo se conduce merecerá en el cielo igual recompensa que si hubiese conseguido su fin, y una

(1) Ezech., c. XXXIII.

(2) *Curam exigeris, non curationem*; S. Bern. *De convid.*, lib. IV, c. II.

recompensa más excelente todavía, porque el trabajo sin éxito es más penoso y por consiguiente más meritorio; una recompensa más segura, porque es ménos peligroso que el amor propio se la arrebatase.

Por lo tanto, aunque el párroco esté seguro de que la predicación no ha de producir fruto, debe predicar igualmente. El sol, dice San Juan Crisóstomo, no deja de alumbrar los desiertos, ni los manantiales dejan de correr sobre los áridos y estériles arenales.

El fruto de la predicación, aunque no sea sensible en el momento en que se habla, no suele ser por esto ménos positivo. No se verifica entónces la conversión, pero se prepara; es una semilla arrojada en las almas, que necesita tiempo para germinar y desarrollarse, y algun día, no siempre lejano, se ven sus resultados: *Noli subtrahere verbum*, dice el Espíritu Santo, *si forte audierit et convertatur unusquisque a via sua mala* (1).

Jamás debe el buen Pastor desesperar de la conversión de sus ovejas; una madre cariñosa no abandona á su hijo moribundo mientras respira, aunque los médicos más hábiles le hayan desahuciado (2). El amor espera siempre é intenta remedios hasta el fin.

«Hoy, dice á este propósito San Juan Crisóstomo (3), no he persuadido á mi oyente; pero quizá le persuadiré mañana, acaso dentro de tres ó cuatro días ó de más tiempo. El pescador que ha echado inútilmente las redes un día

(1) Jerem., c. XXVI.

(2) *Nemo desperandus est dum in hoc corpore constituitur. De pœnit.*, dist. 7.

(3) 1.ª Homilía acerca de Lázaro.

entero, suele coger, al anochecer y en el momento en que ha de retirarse, el número de peces que se prome-
tia, y acaso más. El labrador no deja de cultivar sus tier-
ras porque no haya tenido buenas cosechas por espacio de
muchos años, y al fin, uno abundante suele reparar con
frecuencia los perjuicios sufridos durante los de escasez. »

Por otra parte, ¿deja el demonio de tentar á cada uno
de los fieles porque prevea que muchos han de salvarse?
Ved con qué desvelo, con qué infernal perseverancia, con
qué detestable solicitud persigue el alma hasta que exhala
el último suspiro: hasta entónces no desespera. «¿Y creéis,
añade el santo Doctor, que vuestro Obispo hará ménos
por salvar vuestra alma que hace el diablo por perderla?»

Jesucristo sabía perfectamente que Judas no se con-
vertiría, y sin embargo, hasta el fin quiso intentar su con-
version, y con este objeto le reconviene por su falta en
términos afectuosos: *Amice, ad quid venisti?* Luego si Je-
sucristo, el modelo de los Pastores, trabajó hasta el fin en
la conversion de un hombre desesperado, ¿qué no deben
hacer los párrocos con los que se muestren más obstinados
y endurecidos (1)? La experiencia demuestra que entre
los oyentes hay siempre algunos que recogen el fruto de la
predicacion, y que, en resumen, las parroquias donde la
instruccion ha sido esmerada están mejor que aquellas en
que esta se ha descuidado. Si á veces no hay más comunio-
nes en una que en otra, puede ser porque en la primera
haya ménos sacrilegios. Por último, por poco que sea el

(1) Véase acerca de este asunto el juicio de S. Francisco de Sales
en la *Guia de los que anuncian la palabra de Dios*, pag. 71.

fruto de la divina palabra, debe el predicador, en vez de
desanimarse, hacer servir en su provecho espiritual la es-
terilidad misma y sacar de ella, con un nuevo grado de
humildad, un doble motivo de celo y perseverancia.—Si
mi palabra ha sido estéril, debe decirse á sí mismo, consiste
en que no soy bastante santo; no he edificado bastante ni
orado bastante. Si otro que yo hubiese predicado, si un
San Francisco Javier ó un San Francisco de Sales hubie-
sen enseñado al pueblo, ¿cuántos pecadores se habrían
convertido! Por consecuencia, es menester que dejando
de quejarme de mis oyentes, me censure á mí mismo y
ore más y procure mi propia santificacion.

2.º Son muy pocos los que asisten á oír la
palabra de Dios, y esto desalienta y quita la
gana de predicar.

Respuesta. No sería justo, si esta objecion fuese deci-
siva, que el corto número de cristianos que asisten al tem-
plo fuese castigado por la ausencia criminal de sus herma-
nos: el Pastor debe la instruccion á ese corto número,
igualmente que á una gran concurrencia; y aun cuando
no hubiese más que una sola alma que se aprovechase de
los consejos del predicador, merece muy bien todo el tra-
bajo que el Pastor se hubiese tomado en subir al púlpito y
predicar.

Jesucristo pronunció una de sus más bellas instruccio-
nes en beneficio de una sola mujer, de la Samaritana, y
siguiendo el sistema de convencer por medio de ejemplos
preguntamos: las fuentes colocadas de distancia en dis-
tancia por mano de la naturaleza, ¿dejan de correr cuando
nadie viene á disfrutar sus aguas? Los sacerdotes son los

arroyos del que dijo: *Soy manantial de agua viva; venid á mí todos los que teneis sed.* Por lo tanto, es preciso que las aguas de la gracia broten sin cesar de sus labios, á fin de que si alguno de sus hermanos tiene sed, halle siempre en esta palabra un refrigerio contra las pasiones que le devoran.

No debe rehusarse la divina palabra á un auditorio reducido, porque es en el que precisamente suele derramarse con mayor consuelo: el corazon del predicador se conserva entónces más humilde, su intencion parece más pura, y el cielo le dispensa por lo comun mayores gracias: «Tened gran júbilo, decia San Francisco de Sales (1), cuando al subir al púlpitó veis que hay en el templo escasa concurrencia. Una práctica de treinta años me ha enseñado que la predicacion da mayores frutos en las reuniones pequeñas que en las grandes.» Y en efecto, el santo Obispo predicó cierto dia delante de siete personas, y una de ellas se convirtió.

3.° Los sermones no agradan al pueblo; este los oye con disgusto y aburrimiento, ó más bien no fija en ellos la atencion, siendo lo más frecuente que piense en otras cosas durante la instruccion.

Respuesta. La Iglesia, que no ha podido ignorar esta objecion, no la ha creído nunca fundada; y la prueba es que no por eso ha dejado de ordenar al Pastor de almas que predique al ménos todos los domingos y en las grandes festividades del año. San Pablo es de igual parecer, porque dice á Timoteo: *Prædica verbum, insta oppor-*

(1) *Guía de los que anuncian la palabra de Dios*, pag. 82 y 206.

tune, importune; esto es, segun lo explica San Cesáreo (1): *Opportune volentibus, importune nolentibus.*

Jesucristo y todos los Apóstoles se expresaron del mismo modo; y sabiendo que muchos judíos no gustaban de su predicacion y la oían distraídos, no por eso dejaron de predicar.

El predicador es comparado mil veces en el Evangelio al labrador que siembra su campo; y decidme: porque algunos granos de semilla se pierdan y otros sean arrebatados por el viento, el labrador ¿deja por ello de sembrar? Nó; convencido de que si algunos granos se pierden será indemnizado por los que fructifican, siembra siempre y deja á Dios el cuidado de recompensar sus afanes.

A todas estas razones añadiremos una que destruye por su base los tres pretextos que acabamos de combatir; las más veces no depende del pueblo, sino del sacerdote, deshacer tan frívolos obstáculos, y por lo comun las reconvencciones que se atribuyen á los oyentes solo son imputables al orador.

Sea la predicacion cual debe ser, y los pueblos se aprovecharán de ella, acudirán sin excusa y la oirán con interés y atencion; pero si, como sucede con frecuencia, el predicador habla sin orden ni solidez, sin claridad y sin calor, en un estilo trivial y fatigoso; si se incomoda y enfurece contra los ausentes dirigiéndoles expresiones tan desagradables para los que las oyen como inútiles para los que no las escuchan (2); si, siendo demasiado largo en sus

(1) *Hom. XXVI.*

(2) *Guía de los que anuncian la palabra de Dios*, pág. 112.

discursos y olvidando que las personas enfermas ó displicentes no pueden tomar sino poco alimento á la vez, cansa y aburre á su auditorio, no tiene motivo para quejarse de los fieles, sino de sí mismo, dejando de alegrar como pretesto y excusa aquello que ha de servir sin remedio para su propia condenacion.

II. Pretestos de parte del pueblo.

1.º No tengo tiempo, dicen algunos, para preparar los sermones, porque todos mis instantes están consagrados á otros cuidados.

Respuesta. Veamos primeramente si es cierto que el Pastor no puede disponer de tiempo bastante para preparar sus discursos. Examínese á los piés de un crucifijo, siguiendo el consejo de San Francisco, y vea si no pierde muchos instantes en conversaciones inútiles, en visitas superfluas, en comidas, juegos y entretenimientos, en asuntos temporales en que el Apóstol le prohíbe que se mezcle; pregúntese á sí mismo si tiene orden en la inversion de sus días, si observa esa vida arreglada, que es el gran secreto de multiplicar los instantes, si desde el principio de la semana va preparando la plática del domingo, por si en los últimos días confesiones inesperadas, visitas imprevistas ú otros asuntos le quitan el tiempo para ello; y si la conciencia le reconviniere sobre cualquiera de esos particulares, desde ahora decimos que el Pastor carece de excusa y el pretesto que nos ocupa es ineficaz.

Pero supongamos que no puede en efecto conciliar la preparacion de los sermones por sus muchos trabajos; entonces debe hacer sin vacilar una de estas dos cosas: ó que

otro le sustituya en el púlpito, ó abandonar parte de esas atenciones. Si se hace reemplazar por otro, no está obligado á predicar habitualmente, porque en la suposicion de que no puede, se provee de otra manera la instruccion del pueblo: mas no por esto está enteramente dispensado de predicar cuando pueda, ya porque todo el que acepta un ministerio debe cumplir por sí mismo las obligaciones que le son anejas, ya porque existe una gracia de estado, una eficacia particular unida con la palabra del Pastor. La leche de la madre, dice á este propósito San Bartolomé de los Mártires (1), sienta mejor al niño que la de la nodriza, que esta sea más sana y nutritiva.

Si, por el contrario, no se hace reemplazar, debe tomar de sus ocupaciones el tiempo que necesite, á fin de predicar con la frecuencia que hemos dicho y manda la Iglesia, y como lo exigen cada vez más las necesidades de los pueblos. Esto es lo que nos enseña el ejemplo de los Apóstoles; pues de haber una ocupacion santa é importante que hubiese podido dispensarles de la obligacion de instruir al pueblo, habria sido sin duda el cuidar á esos generosos cristianos, pobres voluntarios, que habian renunciado todos sus bienes por amor á Jesucristo; ¿y qué es, no obstante, lo que leemos en las Actas? Los Apóstoles, abrumados por la muchedumbre de esos pobres, no se excusan de predicar, y exclaman: *Non est æquum nos derelinquere verbum Dei, et ministrare mensis* (2). Por santo y excelente que sea el cuidar á los pobres, prefirieron dejar á otros

(1) *Stimulus pastorum*, 2.ª part., c. V; ó *Vida de Bartolomé de los Mártires*, lib. IV, c. V.

(2) *Act. Apost.*, c. VI, 2.

este cuidado, y así lo verifican ántes que abandonar la predicacion de la verdad.

En tan alta estima tuvieron los Apóstoles el ministerio de la palabra, el primero y más esencial deber del Pastor de almas. Y en verdad que obraban con razon, porque el cuidado de los pobres no alivia sino miserias corporales; pero la predicacion cura las almas, sin que haya nada capaz de reemplazar la instruccion, porque sin ella el pueblo cae en el olvido de Dios, la fé se pierde y la religion se acaba.

2.º Hacer un buen sermón, dicen, es negocio superior á mis fuerzas; además, mi salud se resentiria con predicar con tanta frecuencia, y en fin, soy tan tímido, que no me atrevo á hablar en público.

Respuesta. Si semejantes objeciones fuesen fundadas y serias, podria contestarse al Pastor que las propusiera:— Abandonad el curato; es un principio invariable que no es lícito conservar un puesto cuya ocupacion principal no puede desempeñarse. Mas no es verosímil que por lo comun tales dificultades sean verdaderas.

La preocupacion que induce á creerse incapaz de predicar, dimana por lo comun de la falsa idea que se forma del ministerio. Se imaginan algunos que es preciso componer modelos de elocuencia, discursos inimitables; ignorando que en realidad no se trata sino de explicar la doctrina cristiana con sencillez, con piedad, con uncion, y sobre todo con certeza, sin vacilaciones, en términos claros y al alcance del pueblo. Si así se practica, con seguridad se conseguirá el aprecio de todos, así de los sábios como

de los ignorantes, de los grandes como de los pequeños. ¿Qué es menester para esto? No se necesita tener grandes talentos; basta leer algun buen autor acerca del asunto que se quiere tratar, y despues de hallarse bien penetrado de la materia, dividirla en dos ó tres reflexiones, encenderse en amor hácia sus feligreses, en un deseo ardiente de lograr su salvacion, y bajo la inspiracion de la caridad escribir las ideas y sentimientos de que se está poseido. «El amar bien, dice San Francisco de Sales (1), es bastante para *decir bien*;» el corazon hace elocuentes á los que ménos lo son y suple todas las gracias del estilo.

Un padre, sin ser orador, da buenos consejos á su familia, y lo verifica con mejor éxito que nadie, porque todas sus palabras son oidas con placer y recogidas con gusto, porque sus hijos le aman y son amados por él: del mismo modo un Pastor que tiene para con sus ovejas corazon de padre, que habla con sencillez, pero de una manera cordial y paternal y con deseo de salvarlas, es querido necesariamente y produce siempre su palabra frutos de salvacion. Posible es que al empezar, la dificultad de componer y de aprender, ó quizá tambien ciertos vicios orgánicos, le hagan creer que es incapaz de ejercer esta parte del ministerio; pero la experiencia demuestra que el ejercicio vence todos esos obstáculos: poco á poco se adquieren bríos, se hace uno dueño de sí mismo, y en breve se consigue una seguridad y un aplomo, que no se podian ni sospechar. Demóstenes, el más perfecto orador de Grecia y de toda la antigüedad, tenia en su juventud una

(1) *Carta al Arzobispo de Bourges.*

dificultad en la lengua que hubiera alejado de la tribuna á cualquier hombre ménos laborioso (1). San Carlos Borromeo experimentó igualmente al principio grandes dificultades, y á fuerza de trabajo consiguió predicar con facilidad y nobleza, arreglando perfectamente el giro de sus discursos y sosteniéndolos con el vigor y solidez de sus razonamientos (2).

La salud tampoco puede comprometerse á causa de la predicacion; ¿cómo es posible que moleste hasta el punto de dañar la salud un cuarto de hora de instruccion cada ocho dias? A veces nos fatigamos más sosteniendo conversaciones inútiles é innecesarias, leyendo periódicos ó libros que nos interesan, y no por esto nos quejamos; prueba evidente de que en esta parte de los pretextos que nos ocupan hay más de imaginacion que de realidad. Además, si la salud se hallase verdaderamente comprometida, sería menester participarlo á la autoridad y sujetarse por entero á sus decisiones.

La timidez es precisamente uno de los obstáculos más fáciles de vencer; desde un principio es necesario formar una voluntad decidida de triunfar de todo temor pueril, considerando la terrible cuenta que el Soberano Juez pedirá al Pastor de las ovejas descarriadas y perdidas. Cimentada una vez la voluntad, es necesario, para ponerla en accion, mirar con fé viva la autoridad y grandeza del ministerio; en el púlpito el sacerdote es más, como hemos dicho, que embajador de Dios, es representante de Jesu-

(1) Viaje de Anacarsis, c. LXI.—Véase el tomo primero de nuestra HISTORIA DE LA ELOCUENCIA CRISTIANA, *Introduccion*.

(2) Prefacio de sus *Homilias* publicadas en Milán en 1747.

cristo, y no á él, sino al auditorio, es á quien toca temblar. El sacerdote es juez y su palabra es decisiva: es maestro, y está autorizado para reprender y enseñar.

Es precisa una intencion recta y pura. El predicador que tenga ante su vista la grandeza de Dios, no se inquietará con la opinion de los hombres ni temerá la confusion que le produciria un olvido involuntario: digase, pues, con el Apóstol: *Mihi pro minimo est, ut á vobis judicet aut ab humano die* (1). Conviene al mismo tiempo no exagerar el mérito del auditorio: en todas partes la mayoría de los oyentes son incapaces de apreciar un discurso, hallándose dispuestos á juzgarlo bien, con tal que sea claro, piadoso, bien ordenado y que se pronuncie con un tono firme y decisivo. Por último, es menester hacer ensayos y decidirse. Cuanto más se demora el empezar, más crece la timidez, y cuanto más tarde se principia, más se retarda el triunfo. «Predicad con frecuencia, decia San Francisco de Sales (2), esto es lo que sirve para hacerse maestro: hablad con intrepidez y con valor, decid por amor de Dios cuatro palabras, despues ocho y más tarde doce, y hasta media hora; subid, subid al púlpito, pues nada hay imposible para el amor.»

3.° Soy demasiado viejo y no puedo ya predicar.

Respuesta. «Bien lo veo, dice un célebre escritor, venerable anciano; mas entónces perdóname te dé un consejo sin faltar á tus cabellos blancos: abandona, aban-

(1) I. Cor., IV, 3.

(2) *Carta al Arzobispo de Bourges*.

dona un cargo para el cual se necesita fuerza y vigor.»

Nunca se honra, en efecto, más un anciano que cuando, comprendiendo su impotencia, deja por sí mismo un puesto superior á sus fuerzas. Si, no obstante, el Obispo insiste en que el Pastor permanezca en medio de su pueblo, como un padre en medio de su familia, que otra vez instruya las ovejas (1). Ved si no el ejemplo de Valerio, Obispo de Hipona, que hacía predicar á Agustin en su lugar; y recordad á San Juan, que en los últimos dias de su vida se hacía conducir á la iglesia para repetir á los fieles: *Filioli, diligite alterutrum*. Las palabras de un sacerdote anciano, encanecido bajo la sombra del santuario, son siempre afectuosas y oportunas. No dice sino breves frases, pero estas llegan casi siempre al corazón. La palabra divina, al pasar por sus labios, adquiere mayor peso; le oímos con veneración, como á un maestro á quien un largo ejercicio ha hecho más hábil y más capaz de dar juiciosos consejos. Esos esfuerzos de *una voz que decae, de un ardor que se apaga*, débiles restos de lo que en otro tiempo fué, consuelan y alegran á sus hijos. Son los vestigios de un excelente monumento, que admiramos y respetamos hasta en su caída. La vejez, realzada por una vida honrada, dice el Espíritu Santo (2), es una corona de gloria; y en la cabellera blanca hay siempre una majestad que hace eficacísimas las palabras del anciano.

(1) *Guia de los que anuncian la palabra de Dios*, pág. 362 y 372.

(2) *Corona dignitatis senectus quæ in viis justitiæ reperitur*. Prov. 16, 31.—*Dignitas serum canities*. Ibid. 20, 29.

4.º Hago con frecuencia lecturas en el púlpito, y esto equivale á predicar.

Respuesta. El concilio de Trento pide más que lecturas, quiere la predicación; porque este último género de instrucción tiene una virtud enteramente distinta para excitar la atención, provocar el interés y mover los corazones; de tal manera es esto cierto, que aun cuando el mismo sacerdote hubiera compuesto la instrucción, sería todavía ménos oportuno leerla en el púlpito que decirla con trabajo y dificultad. Esta lectura quita á la palabra el movimiento y la vida, la priva de eso poder de persuasión que una arenga animada y natural ejerce sobre el auditorio, y en cierto modo paraliza los rasgos más elocuentes y oportunos. Semejante práctica es además contraria á la costumbre universal de la Iglesia católica, cuya sabiduría ha dictado reglas sobre este como sobre otros puntos.

Pero si el párroco se hallara en la imposibilidad de predicar, debería, con permiso del Obispo, suplir la predicación por medio de lecturas acomodadas á las necesidades de los oyentes. El quinto concilio de Milán recomienda esta práctica, y San Agustin la aconseja expresamente. San Cesáreo y San Gregorio el Grande, en el siglo VI compusieron también con igual mira instrucciones para el uso de los sacerdotes incapacitados de componerlas por sí mismos; y San Carlos Borromeo escribió sus *Homilias* en los últimos años de su vida con iguales propósitos; lo cual prueba que la Iglesia ha creído siempre que en los casos de necesidad tales lecturas podían suplir el deber de la predicación.

Los Pastores que se vieren obligados á adoptar este

sistema, hallarán saludables consejos en el cap. VI, tít. IV, de este mismo TRATADO.

III. Pretestos de parte de los superiores y compañeros.

1.º Los Pastores colocan al frente de las parroquias párrocos que no predicán.

Respuesta. Si los superiores obran de este modo, consistirá en que desconocerán quizá la negligencia de semejantes Pastores, en que no podrán darles otra colocación, ó en que escaseando el personal eclesiástico calcularán que será un mal menor para las parroquias tener estos Pastores que quedarse sin culto exterior, sin sacramentos y sin ningún auxilio religioso. Además de esto, cualquiera que sea la conducta de los superiores, los Pastores que no predicán no son por esto menos culpables: la obligación de instruir al pueblo es de derecho divino é independiente de la manera de obrar de los hombres, los cuales no tienen derecho á cambiar lo que por Dios está ordenado.

2.º Hay otros sacerdotes instruidos y muy estimados que no predicán con tanta frecuencia como lo exigen las reglas que se acaban de establecer.

Respuesta. Nadie posee más ciencia ni es más apreciable que la Iglesia y sus Doctores; y los principios que hemos sentado no son otra cosa que la doctrina de la Iglesia y de sus más esclarecidos varones. En este punto, como en todo, conviene tener presente el axioma: *Nos non exemplis sed regulis vivimus.*

Consignados los más frecuentes pretestos que se ale-

gan para excusarse de la predicación, y habiendo aprovechado en este particular el rico tesoro de la experiencia ajena y el de la propia observación, debemos decir dos palabras acerca de la necesidad de que hoy más que nunca se procure por todos los ministros del Señor dar al pueblo el alimento de la verdad desde la cátedra del Espíritu Santo.

Punto es este en el que podríamos y quizá deberíamos extendernos mucho, pues con dolor vemos que se tiene descuidado el cumplimiento de ese deber, inexcusable para todos cuando la ignorancia en materias religiosas aumenta de día en día, cuando los libros de perniciosa moral se difunden sin trabas, y se hace alarde de una despreocupación tanto más peligrosa cuanto es más irreflexiva y menos censurada.

España ha resistido por mucho tiempo el choque violento de ciertas teorías contra sus arraigadas creencias y la fé, escudo fuertísimo de sus hijos; hoy son pocos los que dejan de oír con tolerancia el error, aun cuando no le den cabida en su entendimiento y su corazón.

Las prácticas religiosas, el rosario, las lecturas piadosas, las novenas en familia... son antigüedades relegadas al olvido: si se oye misa, se busca la de menor duración; si se pide un libro de recreo, se procura hallar uno que hable á las pasiones, aunque pervierta el sentimiento y extravíe la razón.

Los que pasan por sábios ignoran los rudimentos de la creencia que profesan; los que son ignorantes aprenden ántes las blasfemias pronunciadas contra la religión y sus ministros, que los beneficios que deben al cristianismo,

que los derechos que ha conquistado la Iglesia precisamente para los desheredados, que las cadenas que ha roto la palabra del ministro del Señor.

Es preciso, pues, decir al mundo, á la sociedad, en momentos tan criticos y tan solemnes, cuál es el camino de una regeneracion provechosa, extraña á toda mira puramente humana y á toda combinacion enlazada con sucesos que á la Providencia toca regular y dirigir (1).

Este deber es casi tan imperioso en cierto sentido para el Pastor de almas, como para los demás sacerdotes, á no ser que ejerzan un cargo que les impida por sí mismo y de un modo absoluto dedicarse á este trabajo.

El deseo de la Iglesia en este punto, es que todos los sacerdotes, sin distincion, sean capaces de predicar de un modo útil y conveniente. El concilio de Trento dispone (2) que no se admitan al sacerdocio más que personas capaces de enseñar al pueblo las verdades necesarias para la salvacion. En la ordenacion se dice á los sacerdotes: *Sacerdotem oportet prædicare*, y se les coloca la estola, indicio del poder que se les confiere de enseñar. En el siglo III vemos á San Félix, siendo todavía mero clérigo, predicar muchas veces en Nola; y en el siglo V San Gerónimo censura en su carta á Nepociano la costumbre de algunas iglesias, donde el sacerdote no hablaba en presencia del Obispo; lo cual prueba que

(1) Véase la Conferencia de M. de Fraissinous sobre las causas de nuestros errores, y el Discurso preliminar del *Catecismo histórico* de Fleury.

(2) Secc. 23, c. XIV *De reform.*

con frecuencia los clérigos predicaban delante del Prelado (1).

El deber de predicar no tiene, pues, los límites que algunos le suponen; es extensivo á los ministros del santuario, y hoy que es doblemente necesario, todavía más.

Permanecer ocioso ante la gran necesidad que se siente de la palabra santa y perder el tiempo en frívolas lecturas y vanos entretenimientos, es en el sacerdote crimen imperdonable, es ser cruel con sus hermanos, es faltarse á sí mismo, á la Iglesia y á Jesucristo: *Sic peccantes in fratres, in Christum peccatis* (2).

(1) Véase á Thomassin, *Disciplina de la Iglesia*, tom. II, página 1759.—Hericourt, *Compendio de la misma obra*, 1.^a part., c. X.—Fleury, *Costumbres de los cristianos*, núm. 40.

(2) Cor., VIII.

III.

- 1.º Conveniencia de que la juventud se apreste al combate.—2.º Es preciso dar una gran importancia al estudio de la predicacion.—3.º Se refutan ciertas preocupaciones.—4.º Dos palabras á los RR. Prelados, al Gobierno de S. M. y al Profesorado.

1. Penetrados de las grandes verdades consignadas en los números anteriores; ante los males que nos amenazan por la intransigencia de los hombres, y la lucha, cada vez más calurosa, de las pasiones, en nuestro corazón germina un deseo, de nuestros labios brota un consejo :

Que la juventud se apreste al combate; que no permanezca dormida é indiferente; que estudiando los grandes deberes del ministerio sacerdotal, se prepare para llenarlos en toda su extensión sin preocupaciones y sin temores.

Esta es la primera idea que domina nuestro espíritu, esta la primera manifestación de nuestro cariño hacia los que quieren seguirnos en el transcurso de estos estudios.

Necesaria ha de ser al sacerdote toda la energía, toda la resolución de los primeros años para luchar sin tregua y sin descanso contra los enemigos que hoy tiene la re-

ligion. Preciso será que el temple de su alma corresponda á la fuerza de su voluntad, y la fuerza de su voluntad á la energía de su acción. Sin un estudio profundo, sin una preparación conveniente, el soldado de Cristo, que no puede ofrecer su pecho desnudo á los dardos enemigos, ni verter la sangre en defensa de la fé, fácil es que caiga rendido ante esos nuevos ataques tenebrosos, arteros, impíos, con que se pretende borrar el código perfectísimo, el código santo del Redentor.

Cuando era posible colocarse frente á frente de los émulos de la cruz; cuando era posible presentarse en la plaza y ante la cobardía de los enemigos del nombre cristiano, ofrecer públicamente testimonios elocuentísimos de la decidida resolución y del valor de los discípulos del Señor; cuando eran el fuego y el hierro las armas que se esgrimían contra los confesores y las vírgenes, contra los niños y los ancianos, entónces era casi más fácil luchar y vencer, que hoy salir airoso en ese combate donde á título de una mentida libertad se cohibe, se coarta é inutiliza la fuerza del sacerdocio.

Se han cerrado las puertas de los asilos del estudio y la oración; se ha reducido al Clero á la mayor miseria; se pretende despojarle de sus prerogativas y más preciados derechos; y los que esto hacen, y los que esto dicen no son monstruos despreciables, ni ciegos instrumentos de preocupaciones sangrientas; son hombres que se apellidan amantes de la ilustración y la libertad, son cristianos que no se avergüenzan de llevar este nombre.

Se trabaja mucho y en diversos sentidos por sustituir la creencia santa de nuestros mayores con un indiferentismo

mil veces peor que la muerte; se halagan las pasiones, se diviniza la razon, se encarecen privilegios que tienen su límite, y todo esto se hace sin destruir por completo la cruz, quizá parapetándose tras la cruz misma.

Hoy el ataque viene revestido de formas corteses, de promesas dulces, de halagos y seducciones; hoy no basta el buen ejemplo y la virtud; es preciso instruirse convenientemente para luchar con éxito.

La pluma y la palabra, la imprenta y la tribuna; he aquí dos palenques siempre abiertos para los agitadores públicos; el sacerdote tiene en cada templo un sitio que le reclama sin cesar: ¿Para qué? para instruir á los hombres en las verdades cristianas, en los dogmas y los sacramentos, en las ceremonias y las plegarias, en las virtudes y los mandatos.

En vez de dejaros seducir, rechazad, jóvenes, la seducción; en vez de acudir á sitios peligrosos donde hallareis falsos aplausos, id al templo; subid al púlpito, que aquella es vuestra cátedra y vuestra tribuna; tribuna santa desde la cual no deben resonar más que las enseñanzas divinas del Salvador de los hombres; tribunal augusto, según lo designaban los antiguos Padres (1). Debeis aprestaros al combate, pero no como quisieran algunos separándoos del santuario, sino uniéndoos á él con todo vuestro corazón y vuestros sentidos: allí no percibireis el griterío, siempre creciente, de los que hablan de progreso sin entenderle, de derechos sin poderlos ejercitar, de obligaciones sin tener virtud para practicarlas; allí no llegarán esas olea-

(1) Pascal, *Diccionario litúrgico*.

das del mar siempre agitado de las pasiones políticas, cuyo móvil principal, casi único, es la ambición, el orgullo y la vanidad; allí hallareis fortaleza y humildad, tolerancia y amor para vuestros hermanos; allí la verdadera sabiduría, la que proviene de Dios, la que es hija del Espíritu Santo.

El gran peligro para la juventud está en la elección del camino en los primeros pasos: si os dejais llevar de los consejos interesados de vuestros enemigos, perecereis.

2. ¿Qué medio escoger para que la juventud adquiera las grandes cualidades que necesita para ejercer dignamente el ministerio de la predicación? Instruirla con gran esmero, prepararla, evitar que se lance ántes de tiempo al combate, ó se lance sin las armas que ha menester.

Cuando hemos hablado de la educación oratoria (1), hemos dicho que es necesario hermanar la ciencia y el arte, que la juventud necesita dirección, y en este momento no está demás que aconsejemos la lectura de aquellas páginas en las cuales hemos dejado consignada nuestra opinión sobre la dirección que debiera imprimirse á los estudios en este particular.

Lo que en este momento nos conviene encarecer es la urgente necesidad de mirar con mayor cuidado el estudio de la predicación evangélica; que al desempeño del ministerio de la palabra santa no se arrojen indiscretos los que no han ensayado sus propias fuerzas ni procurado adqui-

(1) Véase la HISTORIA DE LA ELOCUCIÓN CRISTIANA, tomo I, *Introducción*, núm. III y IV

rir el caudal de conocimientos que son precisos, no para lucir en primer término, sino para no caer en ridículo y perjudicar en cualquier sentido la causa de la verdad.

No todos miran con la atención que debieran el estudio de la predicación, y por eso se oyen tan medianos predicadores.

Querer ser orador sagrado sin trabajo, sin estudio, es un delirio, y antes de ahora lo hemos demostrado. Mientras que las cátedras de oratoria no sean de preferente atención; mientras no se consagre en los últimos años de la carrera eclesiástica dos cursos por lo ménos á esta asignatura, no se conseguirá preparar suficientemente á la juventud, y será casi seguro su extravío, ó el indiferentismo y la desanimación.

Antes de escribir estas líneas, que no son una censura, pero que encierran una verdad, hemos adquirido el triste convencimiento de que el estudio de la predicación no es como debiera un objeto preferente en la educación de la juventud, y por eso nos hemos lamentado de ese mal; y amantes sinceros de la religión que profesamos procuramos combatirle, despertando la afición y estimulando á otros más hábiles y más competentes á que hagan lo que puedan por corregirle.

3. ¿Habrà quien se atreva á sostener que el estudio no es necesario para desenvolver la actividad de nuestras facultades?

Pasaron los tiempos en que se temía que ciertas clases supiesen demasiado y no se las enseñaba nada; hoy todos reconocen que es forzoso dar cierta latitud á los estudios

eclesiásticos y nosotros la pedimos muy ámplia para la elocuencia sagrada.

Y no la pedimos por egoísmo, que este libro es diminuto y nuestras fuerzas escasas para abrazar un plan perfecto de educación oratoria, en el que se hermane el precedente histórico con el didáctico, la teoría con la práctica; la pedimos por amor á la religión, por el prestigio del sacerdocio, porque su palabra haga la impresión necesaria en un siglo que pide *mucho*, con *razón* ó sin ella, al que le ha de enseñar.

Es un hecho que confirma la experiencia, que si es cierto que nunca han escaseado en España oradores sagrados de justa reputación y nombradía, no en todas épocas se ha debido esto á los trabajos del aula.

La Iglesia, hemos dicho antes de ahora, léjos de reprobar el estudio en la predicación, no solo bajo el punto de vista de la ciencia sino del arte, lo ha sublimado y encaucado: los que se muestran temerosos en este terreno desechen toda preocupación y acepten la doctrina y el ejemplo de los Santos Padres (1).

4. Bien sabemos que los Prelados trabaja cada día más por dar á los seminarios todo el brillo que los ha colocado siempre en primera línea como establecimientos de instrucción; pero no por esto queremos omitir en este momento una súplica respetuosa.

que los Ilmos. Obispos, estudiando el mejor sistema de educación oratoria, establezcan un plan general, uni-

(1) Véase el tom. I de la *Historia*, núm. III de la *Introducción*.

forme, y de comun acuerdo lo hagan observar á la vez en todos los seminarios, pidiendo para ello recursos, si es menester, á los gobiernos, que tienen el deber de facilitarlos, y acaso para este objeto no se atrevan á negarlos.

Las vicisitudes por que ha pasado el Clero en nuestro país, han hecho que la palabra evangélica se haga ménos frecuente, y es forzoso despertar á los dormidos, avivar la fé de los desesperanzados y preparar á la juventud á los sucesos por que podemos pasar.

¿Qué medio más oportuno que el que nosotros proponemos? Lo difícil es lo que se ha de intentar, lo difícil es siempre lo más urgente y necesario.

En cuanto á la educacion oratoria de las universidades, ya hemos dicho bastante en el tomo primero de la HISTORIA y ahora podemos añadir, que queriendo hacer un ensayo de nuestro plan de enseñanza, decidimos abrir una cátedra en el Ateneo científico y literario de Madrid; procuramos informarnos ántes del número de oyentes con que podíamos contar entre los escolares de la Universidad central, y desistimos de nuestros buenos propósitos, porque nuestra diligencia no fué bastante á averiguar el número de discípulos, la hora de cátedra, ni el profesor que explicaba esta asignatura.

La facultad de Teología ha pedido en diversas ocasiones que se hagan reformas en esta parte tan importante de la educacion eclesiástica, y no lo ha conseguido; ¿seremos nosotros más afortunados careciendo de toda autoridad y acaso de medios para que se oigan estas observaciones en las regiones oficiales y en el Consejo de Instrucción pública de la nacion?

Los profesores necesitan una gran fé para contrarestar tantos elementos contrarios, y nosotros con satisfaccion inmensa pudiéramos citar con elogio nombres de catedráticos, de seminarios que trabajan sin descanso por resumir en sus explicaciones lo principal de esta asignatura.

Si nuestro libro les merece alguna atencion, nosotros les rogamos nos hagan conocer su opinion, nos aconsejen y dirijan para corregir lo que la falta de experiencia ó el respeto á escritores más ó ménos concedores de nuestras necesidades nos haya hecho omitir ó indebidamente consignar.

No solo á los profesores, sino á los jóvenes, nos atrevemos á dirigirnos, pues de la ayuda, la cooperacion y el consejo de todos necesitamos para conseguir la realizacion de nuestros propósitos é intenciones.

El medio más seguro de combatir las malas doctrinas es dar á la predicacion evangélica toda la elevacion de que es susceptible: con preferencia á otros medios de hacer revivir antiguas prácticas y creencias, nosotros proponemos la educacion esmeradísima de la juventud que ha de consagrarse á la Iglesia.

El estudio de los preceptos, el análisis de los modelos, los ejercicios prácticos de lectura, de composicion é improvisacion, son medios que deben ponerse en práctica para dar una buena direccion á la juventud, y nosotros nos atrevemos á aconsejarlos, una vez echados los sólidos cimientos de una acertada direccion, en la asignatura que es objeto de nuestros trabajos.

IV.

1.º Son necesarios obreros de la viña del Señor.—2.º Las dificultades no deben ser un obstáculo para rehusar el desempeño de la predicación.—3.º Nada puede conseguirse sin convicciones profundas, sin fé, sin grandes virtudes, sin entusiasmo y valor.—4.º Ciertos temores son infundados, puesto que cada uno puede escoger y elegir el puesto que mejor le convenga.—5.º El círculo de la enseñanza es vastísimo: en las aulas los ensayos no son peligrosos: fuera de la escuela, las vacilaciones quitan autoridad, prestigio y fuerza moral al predicador.

1. Bastaría fijarnos por un momento en la variación que las ideas y las costumbres han sufrido en España de algunos años á esta parte para demostrar que hoy, más que en otras épocas, hacen falta ministros evangélicos consagrados á la defensa de las grandes verdades del catolicismo. El celo de los RR. Prelados, la asiduidad con que desempeñan sus altos destinos sobre la tierra, las visitas frecuentes que hacen á sus diocesanos, sus sábias y oportunas pastorales no bastan á contener el afán de discutir y censurar, de variarlo y trastornarlo todo que se ha apoderado de nuestros modernos pensadores. Hoy todo se discute, nada se respeta, y lo peor es que las armas que se emplean con-

tra la verdad van siempre encubiertas con hipócritas protestas de amor á la humanidad y á los legítimos y naturales derechos del hombre.

Si la voz del sacerdote, siempre majestuosa é imponente, siempre eficaz y persuasiva, no destruye esas mentidas ofertas que alucinan á los incautos, exponiendo la única doctrina capaz de hacer que reine en el mundo la honradez y el trabajo, la igualdad, la fraternidad santa de la virtud y la verdadera libertad, que no es la licencia, el desenfreno, la inmoralidad en las regiones del entendimiento y en la vida de los pueblos, como algunos sostienen, llegará un día en que esas ideas que han comenzado á infiltrarse en las aldeas y en los campos, den sus frutos naturales, frutos de perturbación y de dolor.

No pretendemos, como diremos más adelante, que el sacerdote traiga al púlpito materias de suyo ajenas á la predicación, ni que subleve y concite los ánimos, ni avive esa hoguera, cada vez más intensa, de odios y ambiciones que nos dominan, nó. El sacerdote debe combatir enseñando, debe destruir presentando soluciones prácticas, ejemplos, lecciones que obliguen á los más incrédulos á guardar silencio y sentirse impotentes para oponerse á la luz brillante de la verdad, que si se inspira en las fuentes copiosísimas de las Santas Escrituras, de los Padres y célebres maestros de la religion, no podrá ménos de brotar de sus labios y esparcir vivos resplandores en torno suyo.

Son necesarios obreros de la viña del Señor, obreros constantes, infatigables, si se ha de restablecer el equilibrio entre los adelantos materiales de que tanto nos envanecemos, y las ideas y las costumbres morales; desnivel

producido por la sed de goces que caracteriza al siglo actual y la falta de educacion verdaderamente cristiana de que se hace casi alarde y ostentacion.

«Un párroco, un buen Pastor y un fiel representante de Jesucristo en la tierra debe cuidar del mismo modo de la infancia que de la juventud, de la edad varonil y la vejez. La fidelidad y la armonia de los esposos, la piedad de los hijos, la union entre las familias, el amor al trabajo, la industria, en una palabra, la felicidad de sus feligreses, todo puede ser en cierta manera efecto de sus instrucciones, de su dulzura, de su paciencia, de su constancia. ¡Qué consuelo para un párroco ver en su pueblo una noble sencillez sin barbárie, la alegría, la actividad y las buenas costumbres en contraposicion de la rudeza, de la pobreza, de la melancolía que produce la falta de fé y de creencias religiosas!

Los párrocos pueden dar instrucciones familiares á sus feligreses en las casas, en la calle, en el campo, y acomodarse á la capacidad de cada uno, á su edad, á su genio, á su sexo, á su estado, á su profesion, á su situacion y demás circunstancias. Si saben leer, puede instruirles con ménos trabajo, distribuyendo catecismos y otros libros de piedad sólida que hagan aborrecer lecturas extravagantes y perniciosas que les aparten de aquellas vanas confianzas que hacen descuidar enteramente la reforma de sus costumbres.»

2. El cumplimiento de los deberes que desde el principio de este libro venimos consignando, no ofrece tantas y tan invencibles dificultades como algunos suponen; pero

aunque así fuese, ¿podrian esas dificultades ser disculpa bastante para eludir el desempeño de la predicacion?

A los que se muestran medrosos y llevan ese temor hasta excusarse de predicar, les recordaremos la promesa de Jesucristo: *Yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos*. Si Jesucristo está con vosotros, ¿qué podeis temer?

Ya hemos combatido los pretextos frívolos; y ¿qué se desprende de las doctrinas que dejamos consignadas? se deduce claramente que sin grandes cualidades no es posible llenar los deberes de la predicacion.

3. Sin convicciones profundas, sin fé, sin grandes virtudes, sin entusiasmo y valor, ¿qué puede prometerse la Iglesia de los operarios del Evangelio? Por esto, ántes de decidirse á predicar es muy necesario estudiarse á sí mismo, colocar la mano sobre la conciencia é interrogarla acerca de esas cualidades indispensables para ejercer dignamente el ministerio de la enseñanza, y de que más de una vez hemos de ocuparnos en este TRATADO.

Una vocacion perfecta es necesaria para abrazar un ejercicio que impone deberes tan estrechos y obligaciones tan delicadas.

La fé engendra en el alma grandes condiciones de actitud: si no se cree en la eficacia de la palabra, ¿cómo dar al discurso el calor que necesita? Un predicador no poseido de la alta importancia de su mision, que no abrigue convicciones profundisimas de la doctrina que va explicar, jamas podrá ser un buen ministro de Dios. Hablará con

elocuencia, pero no persuadirá; dirá cosas muy buenas, pero no será capaz de encender en sus oyentes un entusiasmo de que él carece.

Si necesarias son esas cualidades de que más adelante nos ocuparemos con la debida extension, y que en este momento solo nos convenia enunciar ligeramente, no ménos precisa es al orador sagrado y al escolar una vida ejemplar, grandes virtudes que predispongan favorablemente su espíritu para abrazar los imperiosos deberes de todo el que debe enseñar.

De nada servirán á los jóvenes seminaristas ni á los predicadores los talentos que hayan recibido de la mano pródiga de la Providencia, ni el estudio de la ciencia y el del arte de predicar bien, si no van unidos á una vida ejemplar, á ciertas cualidades morales que den prestigio á sus exhortaciones y consejos.

Una vida íntegra, unas costumbres puras, un corazón recto, una probidad á toda prueba, he aquí los más poderosos auxiliares, no solo para predicar con fruto, sino hasta para aprender á predicar comenzando por obtener la confianza y la estimacion pública.

Cuando el orador está poseido de verdadero entusiasmo y valor, las dificultades son un estímulo poderoso para avivar su celo y contrarestar el torrente devastador de la impiedad. Si los Apóstoles, si los Santos Padres, si los intrépidos sostenedores de la verdad no hubiesen poseido estas dos grandes cualidades en alto grado, ¿cómo hubieran logrado tan maravillosas conversiones?

La falta de entusiasmo y valor se trasmite, sin quererlo el predicador, á su persona, á sus movimientos, á sus

miradas y á su voz: el estilo no es varonil, no es decisiva y contundente la diction.

Sin entusiasmo y valor no cabe la inspiracion: el complemento de estas cualidades viene de Jesucristo; pero antes es preciso que el seminarista y el sacerdote se hagan acreedores á una gracia tan especial como necesaria.

4. Muchas veces el desorden y la confusion que reinan en las diversas condiciones de la vida provienen de que los hombres se apartan por estímulos vergonzosos del camino que deben seguir: otras porque no conociéndose á sí mismos se dejan llevar de elogios desmedidos y alabanzas exageradas.

Supuesta una vocacion perfecta para el desempeño de la mision sacerdotal, es necesario un nuevo estudio, el de las facultades de cada cual, el de sus gustos é inclinaciones, en una palabra, el de las dotes personales que le diferencian y distinguen de los demás.

Por lo comun, el mal éxito de muchos predicadores consiste en no haber sabido escoger el género á que deben consagrarse, siendo así que el círculo de la enseñanza es dilatado y extenso, y cada uno es dueño de elegir el puesto que más le convenga en la gran obra de evangelizar á los pueblos.

Cuando nos ocupemos de la manera de tratar los asuntos que son objeto de la predicacion (1) y de los diversos géneros de instruccion (2), ampliaremos estas in-

(1) Título III.

(2) Id. IV.

dicaciones que como ideas fundamentales necesitábamos colocar en la portada de nuestros estudios.

5. También hemos consignado nuestra opinión antes de ahora (1) acerca de lo peligroso que es dar principio al ejercicio de la predicación, no solo antes de estar instruido, sino antes de haber hecho repetidos ensayos entre los compañeros, ante los profesores y en el púlpito del seminario. Como parte importantísima de una buena educación oratoria, aconsejan todos los maestros que se ensayen las facultades del discípulo en el estrecho recinto del aula: allí no hay grandes motivos de temor; el auditorio es indulgente, porque se halla á igual ó muy semejante altura, y el profesor impone con su presencia el respeto que el que habla necesita por parte de los que le escuchan.

Ejercicios de lectura y declamación son absolutamente precisos en todo plan de enseñanza oratoria, y en cuanto á la elocuencia del púlpito están muy recomendados.

San Ligorio, que tanto hizo en favor de la palabra evangélica, dió siempre la más grande importancia á los ejercicios del aula: hacía escribir primero á sus discípulos instrucciones cortas y en forma de catecismos razonados, después de esto les obligaba á componer sermones corrigiéndose unos á otros, y por último, se ocupaba de la declamación de estos trabajos, guiando lentamente en tan importantes tareas á los seminaristas, hasta sondear sus

(1) HISTORIA.—Introducción, núm. III.

fuerzas, para después indicarles con seguridad el camino que habían de escoger.

Los certámenes públicos deben ser precedidos de los ensayos privados; en estos se adquiere facilidad, soltura y posesión de sí mismos, de tal manera, que cuando un joven educado con tanto esmero llega á ser enviado á una parroquia, desde el primer momento se capta la voluntad y el respeto de sus feligreses.

Solo así dispuesto es como se habla con libertad en la cátedra sagrada, no solo lo que se ha confiado á la memoria, sino lo que es hijo, lo que nace de las circunstancias: *Profert de thesauro suo nova et vetera.*

Las vacilaciones en el púlpito desprestigian al orador, le desautorizan, y sus defectos no se atribuyen á falta de costumbre, sino más bien á ignorancia y á escasez de recursos para desempeñar con éxito la predicación.

Instrucción ha menester el orador sagrado más que otro alguno, instrucción y constancia en el estudio; solo así se captará el aprecio de sus contemporáneos y logrará, más bien que cautivar, hacer verdaderas y fecundas conversiones sin violencias ni exageraciones que tanto perjudican y comprometen la causa de la verdad.

TÍTULO PRIMERO.

DE LA PREDICACION EN GENERAL.

CAPITULO PRIMERO.

ESTUDIOS NECESARIOS PARA EL DESEMPEÑO DE LA PREDICACION.—PUNTO PRIMERO. *Ciencias sagradas.* 1.º Escritura sagrada.—2.º PP. Apostólicos, Actas de los Mártires, Apologistas y SS. Padres.—3.º Historia eclesiástica y de la elocuencia cristiana.—4.º Teología.—5.º Ciencia de la vida espiritual. PUNTO SEGUNDO. *Ciencias profanas.* 1.º Idioma en que se ha de predicar.—2.º Retórica y literatura.—3.º Filosofía.—4.º Ciencia del mundo y conocimiento del corazón humano.—5.º Historia y autores profanos.

El sacerdote, para ejercer dignamente el ministerio de la predicacion, hemos dicho en tesis general que necesita ser instruido, y ahora nos toca señalar los diversos géneros de instruccion que constituyen la base de una buena educacion oratoria.

Estos estudios abrazan en primer término las *ciencias sagradas*, y en segundo las *profanas*, que podemos designar como auxiliares: entre las primeras son de absoluta necesidad la Sagrada Escritura, los Santos Padres, la Historia eclesiástica y de la palabra cristiana, la Teología y la ciencia de la vida espiritual; entre las segundas, en una

graduacion progresiva debemos enumerar el idioma, la retórica eclesiástica y los principios de la literatura general, la filosofía, la ciencia del mundo y el conocimiento del corazon humano, la historia y los autores profanos.

Sería ofender la ilustracion de nuestros lectores si nos parásemos á demostrar la conveniencia en general para el sacerdote de consagrarse á los estudios que acabamos de indicar.

Contra los oradores demasiado presurosos para salir á luz; contra los que se figuran que se puede hablar bien ántes de saber á fondo lo que debe decirse, han escrito todos los maestros, así antiguos como modernos.

Platon se lamentaba de la ignorancia de los oradores en el diálogo de Sócrates con Fédro y en el de Gorgias contra los retóricos. Ciceron la combatia tambien enérgicamente fundado en el conocido axioma de que jamás se habla bien de aquello que no se conoce y se sabe bien.

Lo que es exacto bajo el punto de vista del arte de la palabra en general, lo es aun más tratándose de la elocuencia del púlpito, hasta el punto de parecernos una gran desgracia, no solo para el predicador, sino hasta para la causa de la verdad, el que se consagren á la predicacion ciertos sacerdotes faltos de ciencia y sobrado inmodestos para hablar ante Jesucristo mismo de aquello que no entienden. Los que de este modo se desconocen, los que de tal manera se conceptúan excusados de un estudio asiduo al principio y un estudio constante despues, comprometen la causa augusta que les está confiada y llevan fácilmente la perturbacion al seno de las conciencias.

Contra la ignorancia en los ministros de la palabra santa

han tronado los Padres, y los concilios han formulado terribles penas: mas hoy esa ignorancia es doblemente dañosa y perjudicial; ha desaparecido en gran parte la sencillez de espíritu y la sumision de la voluntad en los oyentes, y hay muchos que van al templo por sacar partido de una predicacion poco sólida y descuidada. Es menester, pues, hacer acopio ántes de repartir, llenarse ántes de dar: *Infunde ut effundas* que decia San Bernardo. Pretender enseñar sin haber aprendido, es empresa vana y para la cual no basta el mayor talento: *Quod tuum est perdis, si priusquam infundaris tu totus, semiplenus festines effundi* (1). San Gregorio (2) compara á los predicadores que de tal manera se lanzan al púlpito con los tiernos pajarillos que, queriéndose remontar demasiado alto ántes de tener alas bastante fuertes para sostenerse en el espacio, caen á tierra y se matan. Tal es, en efecto, la imagen de lo que acontece á los que sin ciencia bastante suben al púlpito: sus discursos son vacios; hay en ellos muchas palabras y poca instruccion, frases vagas, lugares comunes, razones superficiales, y por lo general ideas falsas sin enlase ni solidez. Oyéndolos, es imposible dejar de conocer que se han atormentado inútilmente para poder llamar la atencion de sus oyentes; á diferencia del orador instruido, que habla porque está lleno de verdades, y estas se escapan de su alma satisfecha de propagarlas, y se traducen de un modo espontáneo en vehementes acentos por efecto natural de su plenitud. ¡Ah! ¡cuán distinta fué siempre la

(1) Serm. XI in cant. 2.

(2) *De Cur. Pastor.*, lib. III, c. XXV.

conducta de los Santos Padres! San Gregorio Nacianceno, San Basilio, San Juan Crisóstomo, ántes de comenzar á predicar permanecieron en el retiro durante muchos años ocupados incesantemente en la meditacion y el estudio. Cuando Valerio, Obispo de Hipona, trató de confiar á San Agustin el ministerio de la predicacion, asustado este grande hombre con un cargo que exige tantas luces, y no hallando ni en sus talentos naturales ni en el fondo de la ciencia que ya poseia un motivo para tranquilizarse, pidió con vivisimas instancias al Obispo tiempo para prepararse por medio del estudio, de la oracion y de las lágrimas.— Si no permitis, decia á Valerio, que me tome tiempo para adquirir lo que me falta, ¿quereis sin duda que perezca? Valerio, mi querido padre, añadió, ¿dónde está vuestra caridad? ¡Ay de mí! ¿qué contestaré al Señor cuando me juzgue? ¿Le diré que estando ocupado en destinos eclesiásticos no me ha sido posible instruirme de lo que me era absolutamente preciso para desempeñarlos bien (1)?

Tales eran las palabras con que San Agustin se excusaba del cargo que se le queria confiar, y así hablaba despues de haber escrito muchas obras sábias en defensa del catolicismo, entre las cuales podemos enumerar sus excelentes libros del *Orden*, de la *Imortalidad del alma*, del *Libre arbitrio*, del *Maestro* y de la *Verdadera Religion*. Tenia, por lo tanto, todo lo que necesitaba, tanto acaso como habia menester; pero era tan elevada la idea que habia formado del ministerio de la palabra y pensaba que un estudio tan profundo y tan largo debia preceder á su

(1) Epist. XXI ad Val.

ejercicio, que miraba como cosa insignificante todo cuanto sabía y habia hecho.

Siguiendo estos elocuentisimos ejemplos y otros muchos que pudiéramos citar, vamos á dar en este capítulo una ligera idea de los estudios más necesarios al orador sagrado, de su extension y medios de hacerlos más provechosos, con lo cual creemos prestar un gran servicio en nuestros dias á la causa del catolicismo, combatida en todos sentidos y atacada por hombres de talento, pero ciegos por desgracia ó por cálculo ante las maravillas de un culto que, léjos de rebajar y envilecer la razon, la sublima, acercándola por medio de la fé al Autor de todo lo que nos rodea y se hizo para nuestro provecho.

En buen hora que los jóvenes, despues de adquirir ciertos conocimientos en el aula y prévio un escrupuloso exámen, usen las licencias legítimas de sus Prelados para predicar; pero ántes de lanzarse á determinados sitios y tratar de ciertas materias, estudien, mediten y aprendan; si esto hicieren, se realizarán en su persona los oráculos del Espíritu Santo: *Si rapletæ fuerint nubes, imbrem fundent super terram* (1). El hombre instruido hará grandes beneficios por medio de su doctrina, y su ciencia será un manantial de vida para los que tuvieren la dicha de oírle: *Eruditus in verbo reperiet bona* (2)... *Fons vitæ eruditio possidentis*. (3).

Para desenvolver con método las materias objeto de este capítulo, las dividiremos en dos puntos: en el 1.º nos

(1) Ecles., XI, 3.

(2) Prov., XVI, 30.

(3) Id., XVI, 22.

ocuparemos de las ciencias *Sagradas* y en el 2.º de las *Profanas*: comprendiendo en unas y otras lo más importante que acerca del particular han escrito los autores más reputados, así nacionales como extranjeros.

Punto primero.

Ciencias sagradas necesarias al predicador.

1. *Escritura sagrada.* Al señalar en diversos pasajes de este libro y en nuestra HISTORIA DE LA ELOCUCION CRISTIANA (1) el origen de esa funcion sublime, de ese arte magnífico, de esa facultad divina que constituye el ministerio de la predicacion, hemos demostrado de un modo más ó ménos explícito, que sin el conocimiento de la Sagrada Escritura no hay medio de desempeñarle, ni obedecer el mandato de Jesucristo, ni esperar sus dones sobrenaturales, ni la realizacion de sus magníficas promesas.

La Sagrada Escritura es el tema que abraza todos los temas, el principio, el medio y el fin de todo discurso: porque ¿qué es la predicacion más que la palabra de Dios explicada? *Prædica verbum*, decia el Apóstol á Timoteo: la Escritura añadía: «Instruye, reprende, corrige y forma la justicia y la santidad:» «á anunciaros vine, escribia á los Corintios, el testimonio de Cristo; pues somos embajadores del Señor, y es Dios mismo quien os amonesta por nosotros.»

Sobre este punto, desde San Pablo hasta nuestros dias han escrito todos los mayores apologistas, defensores y

(1) Tom. I, cap. I.

comentadores de la verdad: el genio de los Padres ha dado á esta materia grandes atractivos, y en ellos pueden encontrarse las pruebas más inequívocas de que sin la *lectura constante*, el *estudio continuo* y la *meditacion no interrumpida* de la Escritura Santa, no es posible ser, no ya mediano, sino ni aun *verdadero predicador* (1).

La palabra de Dios es la vida del alma para el predicador y para los fieles; que el hombre, segun San Mateo, no se sostiene solo de pan, sino de palabra que emana de la boca de Dios. Es alimento, manjar y bebida todo á la vez; es medicina y lenitivo; es mandato y consuelo de Dios; expresion casta y pura, segun el Espíritu Santo, semejante al oro purificado en el crisol; regla de fé y de costumbres, dice San Agustin, cuya autoridad resplandece en todas las iglesias; atractivo admirable y seguro de los sermones; medio para mover, edificar y hacer sentir; lenguaje del cielo; manantial inagotable de amor, de caridad, de doctrina y de elocuencia; guia segurísima para no perderse jamás en el cumplimiento del ministerio sacerdotal.

El predicador, embajador de Dios cerca de los hom-

(1) Véase á S. Atan., Ep. I *ad Serapionem*.—S. Ag., Ep. 87.—S. Greg., Reg. *Past.*, 2.ª part., cap. XI.—S. Juan Crist., *Hom.* 32.—S. Basilio, *Hom.* in Psalm. 1.—S. Hilar., in lib. Psalm., Prologus.—S. Gerónimo escribió dos cartas á Paulino recomendándole el estudio de la Sagrada Escritura, y en ellas hace una ligera reseña de cada uno de los sagrados libros. Epist. *L ad Paulinum*, tom. IV, párr. II, fól. 568.

Merced á estos consejos, S. Paulino hizo grandes progresos en el conocimiento de la Sagrada Escritura; tres años despues decia de él S. Gerónimo: *Docto viro loquor, et tam divinis Scripturis, quam sæculi litteris erudito*. Epist. LI, fol. 575.

bres, debía recibir de Dios mismo las instrucciones que está encargado de anunciarles, y únicamente tomando de ese sagrado depósito todo el fondo de su predicación, tiene derecho á decir como San Pablo: *In me loquitur Christus.... Posuit in nobis verbum reconciliationis.... Deo exhortante per nos.*

Las palabras del hombre son palabras muertas, incapaces de producir frutos para la vida eterna; pero la palabra de Dios lleva en sí una virtud que mueve y persuade; es, para hablar con el Espíritu Santo, *un fuego que calienta* á los más fríos, *un martillo que rompe* las almas más empedernidas, *una espada* que penetra hasta los pliegues más recónditos del corazón; y la experiencia demuestra, que no solo hay, en efecto, una gracia especial unida á las palabras de la Escritura, sino que las verdades ligadas con ciertos trozos de los libros santos, de que el predicador se vale después de haber profundizado su sentido y hecho conocer su energía, son las que producen mayor sensación y se retienen mejor.

Pero si la Sagrada Escritura, explicada en el discurso sagrado, es muy útil para el auditorio, no es menos preciosa para el predicador; porque, como dice el Apóstol, puede servir para todos los fines de la predicación, ya para enseñar el dogma ó explicar los misterios, ya para desarrollar la moral ó atacar los vicios: *Omnis scriptura divinitus inspirata, utilis est ad docendum, ad arguendum, ad corripiendum, ad audiendum in justitia, ut perfectus sit homo Dei, ad omne opus bonum instructus* (1). San

(1) Tim., III, 16 y 17.

Agustín afirma que el predicador se distingue más ó menos en el ministerio de la palabra, según que es más ó menos hábil en la ciencia de las Escrituras: *Sapienter dicit tanto magis vel minus, quanto in Scripturis sanctis magis minuere profecit* (1).

La palabra de Dios comunica al discurso del orador evangélico una autoridad y una fuerza que no podrían darle todos los razonamientos humanos. Como el hombre lleva naturalmente en su corazón con la idea de la Divinidad un fondo de veneración hacia el Sér supremo, el estilo propio de los libros sagrados presta al discurso una afectuosa majestad que inspira la virtud y produce en el alma de los que escuchan la sumisión y el respeto. La unción del Espíritu Santo, de que la Escritura está llena, embalsama la palabra evangélica, y el amor de Dios, la abnegación en su servicio, la caridad para con el prójimo, el olvido de sí mismo y todos los sentimientos tiernos y generosos parece como que constituyen el aroma especialísimo de toda peroración sagrada.

Nunca, dice un esclarecido autor refiriéndose á los libros divinos, se ha hablado un lenguaje tan dulce; nunca la más perfecta sabiduría se ha expresado con tanta grandeza y sencillez. No pueden leerse esas sagradas páginas sin sentirse dispuestos á abrazar la virtud, porque llevan al alma el amor de su Autor y á la voluntad el deseo de cumplir sus preceptos.

Cualquiera que sea la materia que tenga que tratar el predicador, encuentra en la Escritura rasgos patéticos

(1) *De Doct. christ.*, lib. IV y V.

y llenos de interés para embellecer su asunto. Los más hermosos ejemplos de piedad resaltan en David, en Josafat y en otros ilustres personajes; los del amor paternal, el cariño filial y el afecto de familia en José, en Ruth y en Tobías; los de la resignación en Job, en Jeremías y en los Macabeos; los de una conducta noble y generosa en el modo de obrar, de Abraham para con Lot, de José para con sus hermanos y de David para con Saul; los de una vida sencilla y laboriosa en medio de la abundancia y las riquezas, en los Patriarcas, y en todos el cumplimiento del deber y la práctica de la virtud.

Agréguense á estas excelencias las bellezas oratorias que se encierran en cada página en número infinito como las estrellas del firmamento y dispuestas de modo que sirvan para enriquecer la elocuencia del predicador. Unas veces se admira la sublimidad de las ideas y la magnificencia de las imágenes, como sucede en las descripciones de la majestad de Dios que hicieron Moisés y Job, Isaías y Baruch; otras la elevación y la vehemencia que resalta en las vivas reconvenciones que los Profetas hacen á los reyes y á los pueblos; ora el afecto, la dulzura y la persuasión insinuante que brilla en las exhortaciones de Moisés á los Israelitas ántes de su muerte, en la Epístola de San Pablo á Filemon; y ya, por último, la sencillez del gusto antiguo unida con la grandeza de las ideas, que hallamos á cada paso en el Génesis, en el Evangelio, y principalmente en los discursos de Jesucristo transmitidos por San Juan.

Todos estos órganos del Espíritu Santo dejan á larga distancia á los oradores y poetas profanos, y son para el

predicador un inagotable tesoro de bellezas literarias, por medio de las cuales puede dar fácilmente á su palabra vida y calor, movimiento y fuerza.

Por esto vemos que los Santos Padres han mirado la Sagrada Escritura como el manantial fecundo de donde el sacerdote debe tomar sus ideas (1); y ellos mismos la han hecho el continuo y casi el único objeto de sus estudios. No pasaba un día sin que San Juan Crisóstomo dejara de leer las catorce Epístolas de San Pablo; y San Bernardo se hallaba tan lleno de toda la Sagrada Escritura, que casi no hay en sus trabajos oratorios una sola frase que no revele este conocimiento. Ese libro divino fué el fondo de donde aquellos grandes hombres tomaron todas sus instrucciones, desenvolvieron sus historias, sacando sentidos piadosos, explicaron sus dificultades, acomodaron á la vida cristiana sus divinos documentos; y siempre que hablaron de un vicio ó de una virtud, de allí tomaron los motivos para evitar el primero y practicar la segunda.

De la Escritura dimana la elocuencia de los grandes oradores así nacionales como extranjeros; nuestros místicos, verdaderos modelos de bien decir, sobresalen más aun por el conocimiento profundo que revelan de las sagradas letras; los oradores del siglo de Luis XIV toman como nuestros maestros de la Escritura las pruebas, las comparaciones, los ejemplos, las imágenes y los rasgos sublimes que más realzan sus sermones; y en nuestros días los más reputados oradores sagrados son los que han meditado largas horas y han aprendido de memoria los libros

(1) Ballinghen, *Præparatio ad locos communes*.

sagrados. De los Profetas han tomado la energía y la gravedad del discurso; de los libros históricos, los rasgos edificantes y las alusiones ingeniosas; de los Salmos, los sentimientos de la piedad más afectuosa; de los libros sábios, las reglas de conducta; de los Evangelios, y especialmente de San Mateo, los preceptos morales y los consejos de perfección; y de San Pablo, en fin, todo el fondo de la religión. Vedlo, jóvenes, si poneis en duda las palabras de un profano, y sus trabajos os demostrarán esta verdad.

Escribimos un libro que, sin pretensiones de abrazar todo lo que puede decirse, está consagrado á servir de guía á la juventud y de auxiliar más ó ménos eficaz para el sacerdote, y no podemos limitarnos á encarecer la necesidad del estudio de la Sagrada Escritura, sino que estamos obligados á dar á conocer las reglas más importantes que los predicadores de la verdad han revelado para poder hacer un buen uso de los libros santos en la predicación, tarea que no dudamos habrá de ser del agrado de todos nuestros lectores.

Ved, pues, cuáles son esas reglas, y no olvideis que por ellas lograron su fama y obtuvieron tan magníficos resultados en favor de la religión los que ántes de ahora han ocupado los primeros puestos en el catálogo vastísimo de los predicadores del Evangelio. (1).

1.ª Regla. Segun San Agustin, es preciso que el predicador haya leído y conozca por completo la Sagrada Escritura: *Totas legerit notasque habuerit, etsi non inte-*

(1) El P. Albert., 2.ª part., c. XXIV.—*Pastoral* de Limoges, tom. II, 2.ª part., lib. I, cap. III, párr. 3 y 4.

lectu, tamen lectione (1); no olvidando que el paraje que pudiera creerse ménos útil para el asunto que se trata, contiene á veces oportunas observaciones dignas de tomarse en consideración. También es necesario que esa lectura sea continua, pues no se trata de un libro más ó ménos útil, sino de una de esas minas inagotables, en las que siempre se hallan nuevas riquezas en proporción que más se las profundiza; ó de una de esas excelentes pinturas en que siempre se descubren nuevas bellezas en proporción que se las admira y se las estudia con más detención.

2.ª Es preciso leer la Biblia con un sentimiento profundo de religión, como una carta enviada del cielo y escrita por el Espíritu Santo: *Quid est Scriptura sacra, nisi epistola omnipotentis Dei ad creaturam suam* (2)? Una lectura superficial, ligera, no es suficiente; es preciso estudiar los libros santos con una vehemencia de fé y amor tan grande, que su lectura se grave en el entendimiento, y los trozos más culminantes se presenten por sí mismos á la imaginación en el momento de ser necesarios.

Es menester que su lenguaje se haga familiar, que se empleen las mismas expresiones del texto con frecuencia, y sobre todo que se mediten, pidiendo á Dios luz para la inteligencia. Sin el espíritu de la meditación y las plegarias, se saca de la Escritura poco fruto para sí y para los demás (3), se obtienen rasgos que brillan, pero sin calentar, que dan realce al talento, pero sin conver-

(1) *De Doct. christ.*, lib. II, VIII.

(2) *S. Greg. Mag.*, lib. IV, ep. XL ad Theod.

(3) *Guía de los que anuncian la palabra de Dios*, pág. 254.

tir los corazones. Por el contrario, el predicador de oracion y que medita los libros santos, que se apropia sus magnificencias y sus bellezas, se eleva sobre el hombre mismo, tanto por la expresion como por la idea, ó más bien el hombre desaparece, y ya no se oye mas que á Dios, cuyo lenguaje toma : *Perit in eis quodam modo mens humana et fit divina.*

El Señor fué quien dijo á Ezequiel : *Comede volumen istud et vadens loquere filiis Israel* (1) ; acerca de lo cual San Gerónimo trae este precioso comentario: «Devorad, dice, ese libro por medio de una asidua lectura, digeridlo por la meditacion, hacedlo pasar como sustancia vuestra; de otro modo no vayais á predicar á mi pueblo : *Nisi ante comederimus volumen, docere non possumus* (2).»

3.° Es menester interpretar la Escritura segun la doctrina de la Iglesia y de los Padres (3), porque estas son las autoridades que fijan su verdadero sentido. No obstante, como la Escritura es una tierra que produce sin cesar, no está prohibido dar nuevos sentidos, con tal que se hallen fundados en la letra y estén conformes con la piedad y con la analogía de la fé. No se excluyen, pues, mas que los sentidos violentos, manifestamente contrarios al natural : citar de este modo la Sagrada Escritura, sería trocarla y desfigurarla; sería tratarla, dice San Francisco de Sales, como las campanas de las torres, á las que se hace significar todo lo que queremos.

(1) III, 1.

(2) In Ezech.

(3) Véase á S. Francisco de Borja, *de Ratione concionandi*, en la *Guía de los que anuncian la palabra de Dios*, pág. 181 á 264.

4.° Si se desea probar por medio de la Escritura, no deben citarse sino aquellos pasajes cuyo sentido literal establezca la tésis de que se trate, pues este es el único medio que constituye una buena prueba. Si se quiere explicar ó explanar, pueden emplearse trozos que no convengan al asunto sino en un sentido místico ; pero en este caso debe procederse con gran precaucion y en lo posible con arreglo á la autoridad de algun Padre que haya dado el mismo sentido, á no ser que se use únicamente como punto de comparacion. Todos los sermones de nuestros místicos y de los más célebres oradores franceses del siglo de Luis XIV están llenos de bellezas oratorias sacadas del sentido místico de la Escritura.

5.° No deben citarse muchos textos, ni demasiado largos, porque aburren al auditorio y dan cierta aridez al discurso. No se necesitan sino pocos y bien escogidos, que sean cortos, claros, interesantes, fáciles de retener, propios del asunto, citados con oportunidad y nunca para probar cosas de suyo evidentes.

6.° Deben hacerse poquísimas ó ninguna cita latina, cuando se habla á oyentes que no las entienden, y aun cuando las entiendan, es menester siempre ántes de citarlas, traducirlas al castellano, despojándolas en lo posible de la construccion latina, para que no desdigan del resto del discurso, y evitando que al pasar al idioma vulgar no pierdan su gracia y su belleza, su verdadero sentido y su valor.

7.° Conviene no citar con frecuencia el libro, el capítulo y el versículo, toda vez que basta decir en general : *Como dice la Escritura, como dice San Pablo, etc.*

8.º Es menester explicar el texto, explanarlo y aplicarlo al asunto. Unas veces se comenta cada palabra para hacer valer su fuerza y energía; otras, en lugar de interpretar las palabras conviene adherirse al sentido, haciéndole resaltar, ora por los antecedentes y consiguientes, ora por el motivo, ocasion y circunstancia (1), ya por el respeto y sumision que se debe á la palabra de Dios, ya, en fin, por otros trozos de la Escritura ó por la interpretacion de los Padres.

9.º Los Santos Padres, los grandes predicadores han hecho con frecuencia un uso feliz de las alusiones á las cosas del Antiguo Testamento, como al arca de Noé á la servidumbre de Egipto, al Cordero pascual, al paso del mar Rojo, á la columna de fuego, al maná, al agua de la roca, á la serpiente de bronce y al viaje por el desierto. Estas alusiones agradan mucho á los oyentes y realzan de un modo notable un discurso sagrado (2).

10.º Para proporcionar citas los oradores sagrados,

(1) Véase en la oracion fúnebre de Enriqueta de Inglaterra cómo Bossuet comenta las expresiones de David: *Ecce mensurabilis posuisti dies meos*; y más adelante, unas palabras de Salomon.

(2) Pongamos un ejemplo tomado de Massillon; se ocupa el orador de la perseverancia en la oracion, y hace la siguiente alusion á un pasaje de los libros santos:

«Habeis orado, dice, y os habeis detenido como aquel rey de Israel, despues que hubo herido por tres veces la tierra con su dardo: más ¿por qué no continuais, os diré yo, como respondió el Profeta Eliseo á aquel príncipe imprudente? Si hubiéseis herido cinco veces, habriais acabado con la Asiria y habriais conseguido una completa victoria sobre vuestros enemigos. Dios habia señalado el momento de su gracia en una nueva peticion, y os habeis desanimado cuando estábais para recoger el fruto de todas vuestras súplicas: *Si percussissetis quinque*. Tened todavia esperanza y obtendreis lo que pedis; dad todavia un golpe á la puerta, y la puerta se os abrirá.»

pueden valerse del *Thesaurus biblicus* y de otras obras de concordancia, si bien lo más acertado es tomarlas del original.

El P. Granada, Gibert, Arnaud, Ligorio, Hamon, Longino, Cuevas, Drioux, Maury, Gaichiez, Hermosilla, Capmany, Florez, Estrada y otros muchos autores, confirman con mayor extension las reglas que para usar con éxito las Sagradas letras acabamos de compilar, evitando ser difusos ni dar una extension impropia de este libro á una materia sobre la cual podíamos haber escrito muchas páginas, en el caso de hacer uso de los varios materiales que teníamos reunidos.

2. PP. *Apostólicos, Actas de los Mártires, Apologístas y Santos Padres*. Los PP. Apostólicos, sucesores inmediatos de los discipulos del Señor, han dejado preciosos monumentos de sabiduría, dignos de ser conocidos y estudiados por el orador sagrado. El desden con que algunos miran esos escritos sencillos, candorosos, pero llenos de entusiasmo y de fé, es injusto en extremo, y contra él hemos escrito ántes de ahora en nuestra *HISTORIA DE LA ELOCUCION CRISTIANA* (1), limitándonos en este momento á recomendar la lectura de aquellas páginas.

Las *Actas de los Mártires*, que hemos calificado de sublimes testimonios de una elocucion jamás oída, y que el mundo antiguo (2) estuvo distante de presumir, son no ménos dignas de estudio por parte del orador cristiano.

(1) Tom. I, cap. 30, págs. 172 á la 183.

(2) Id. id., págs. 183 á la 188.

Las actas participan mucho del carácter del Evangelio; son narraciones sencillas dictadas por el corazón y llenas de una gran fuerza moral.

Después de estos trabajos, se nos presentan los *Apolo-
logistas*. «Restablecer la pureza del dogma, combatir
enérgicamente los errores y sofismas, hacer ver en el
orden legal la iniquidad de los procedimientos seguidos
contra los cristianos y ensalzar la doctrina evangélica,
tal es su tarea; tarea que desempeñan magistralmente
para gloria suya y bien de la Iglesia.

Esto hemos dicho antes de ahora (1), y fuera en nos-
otros olvido imperdonable dejar de recomendar á los ora-
dores sagrados, no solo la lectura, sino el estudio de las
apologías; preparacion indispensable para entrar de lleno
en el de los Santos Padres.

Cada uno de esos ilustres defensores del cristianismo
acepta una senda distinta para ir á un mismo fin, y fun-
dados en los mismos principios sacan idénticas conclusio-
nes. Si la apología no se hubiese escrito, hoy se negaría
á la religion uno de sus más gloriosos triunfos.

Los *Santos Padres* constituyen una parte importan-
tísima de la educacion oratoria del ministro de la palabra
evangélica. Al ocuparnos en la HISTORIA (2) de esos va-
rones insignes, hemos hecho conocer sus grandes cuali-
dades y los pasajes más notables de sus discursos: modelos
perfectísimos para el predicador, son al mismo tiempo
grandes intérpretes de la doctrina de Jesucristo y la luz

(1) HISTORIA, tom. I, pág. 193.

(2) Tom. I, cap. 4.º y siguientes.

viva que iluminar debe á la humanidad en su recto ca-
mino de progreso y perfeccion.

Para negar, como ántes de ahora hemos dicho (1), á
los Santos Padres sabiduría, convicciones profundas, vir-
tud, autoridad, inspiracion divina, genio y literatura, es
preciso no haber leído sus obras, ó mejor dicho, proce-
der de un modo inicuo y de mala fé: el que no admira
á los Santos Padres, diremos con el abate Fleury, no los
perjudica en nada, sino que se perjudica á sí mismo, mos-
trando que no tiene idea de la verdadera elocuencia sa-
grada. Dios es el centro de todas sus ideas y de todos sus
sentimientos: sumergidos en la inmensa luz de la divini-
dad y anegados, digámoslo así, en su amor, su palabra
enérgica es un destello sublime del cielo, les son cono-
cidos los secretos del tiempo y la eternidad: leyéndolos
una sola vez se comprende bien que su mision es esen-
cialmente divina (2), que enseñan por orden del Omni-
potente.

Esto hemos consignado al hablar de los Santos Padres,
y esto repetimos aquí por si alguno lee este TRATADO sin
conocer nuestro primer trabajo acerca de la elocuencia
cristiana: pero así como allí hallarán los retratos más ó
ménos acabados de esas colosales y gigantescas figuras
del catolicismo, aquí nos toca encarecer doble más la
necesidad de su estudio, demostrando sus excelencias y
resultados; tarea en la cual nos han precedido mu-

(1) Tom. I, pág. 468 y siguientes.

(2) La sola lectura de las obras de nuestro gran San Isidoro de
Sevilla, mostrará á quien haya manejado algo los Santos Padres, lo
mucho que aquel Santo Doctor los habia estudiado.

chos escritores sagrados, á quienes seguiremos principalmente, segun el plan que en la redaccion de este libro nos hemos trazado.

Los Padres son por excelencia los grandes maestros del púlpito (1); iniciados por su penetrante ingenio y sus estudios en el conocimiento del corazon humano y de sus inclinaciones, perfectamente instruidos en todas las reglas de hablar en público, genios elevados, llenos de grandes miras y nobles sentimientos, talentos delicados y esencialmente oportunos, han dejado á sus sucesores en el ministerio de la predicacion trazado el camino, la senda que deben seguir.

Ya hemos demostrado que se han exagerado los defectos de los Padres, especialmente de los latinos (2), defectos de estilo que dimanen de la época en que escribieron y al lado de los cuales se encuentran bellezas inimitables. ¡Qué elevacion de ideas y sentimientos se admiran en Tertuliano! ¡qué manera noble y patética, qué tono vehemente y sublime en San Cipriano! ¡qué fuerza de raciocinio y qué talento de persuasion, qué nobleza de pensamientos y qué esquisito tacto, qué lenguaje tan expresivo, tan afectuoso é insinuante en San Agustin! ¡qué energía, qué expresion tan varonil y levantada en San Gerónimo! San Ambrosio sobresale por su inimitable

(1) Véase la HISTORIA, tom. I, pasajes citados, y además el *Tratado de Estudios* de Rollin, tom. II.—*De la lectura de los Padres*, por Dargonne, IV parte, cap. 15.—*Ensayos sobre la elocuencia del púlpito*, por Maury, n. 10.—*Discurso preliminar sobre las Homilias de S. Juan Crisóstomo*, por Auger.—*Discursos de Guillon*, V. Granada, Lanza, Fleury, Bossuet y otros autores en los pasajes citados.

(2) HISTORIA, tom. I, *Conclusion*, págs. 466 y siguientes.

fuerza de persuasion y por la ternura de sus sentimientos, cuando el asunto ofrece campo al desarrollo de estas brillantes cualidades; San Leon es elevado; San Gregorio digno y San Bernardo piadoso.

He aquí, pues, las inmensas riquezas que los Padres han legado y pertenecen á la Iglesia universal; el predicador puede tomar de sus escritos las doctrinas, los razonamientos, las pruebas y hasta los giros, siendo digno de elogio aquel que prefiera á las suyas propias las ideas de estos grandes hombres; este suelo, léjos de ser extraño, es propiedad del que de él haga un uso acertado. Cualquier predicador, por escasas facultades que tenga, hallándose en medio de estas inmensas riquezas de que le es permitido tomar cuanto guste, ¿puede dejar de hablar de un modo interesante, instructivo y sólido, grande, noble y majestuoso?...

Los que no saben es porque no quieren aprender, y ya hemos consignado la terrible responsabilidad que pesa sobre el que de tal modo abandona sus deberes. La falta de orden, de método, que se observa algunas veces en los discursos de los Padres, no puede trasmitirse al predicador, porque no decimos que se transcriban íntegros sus discursos, sino que se elijan y escojan los pasajes más oportunos y referentes al punto de que se trate. Los Padres seguian otro camino; abarcaban ménos materias y no procuraban, como sucede á los predicadores de nuestros días, agotar su asunto; bastábales hablar lo que juzgaban útil para el bien de los oyentes, ó á propósito para producir el interés y sentimientos que deseaban inspirar, y suprimian de intento todo lo restante. Con arreglo á este

principio, muchos de sus escritos oratorios son, más bien que discursos perfectos, consejos ó conferencias paternales dirigidas al pueblo; explicaciones de la Sagrada Escritura, en que hacen entrar, según las circunstancias de lugares y tiempos, todas las instrucciones, reprensiones ó exhortaciones que podían convenir á la salvación de las almas confiadas á su cuidado y solícitud.

En cuanto al modo de valerse de los Padres, observaremos (1):

1.º Que no siendo posible á la mayoría de los predicadores dedicar mucho tiempo al estudio que nos ocupa, sería preferible se limitasen á la lectura y meditación de sus trabajos oratorios, y entre estos á los más notables, es decir, á los de San Juan Crisóstomo, San Basilio y San Gregorio Nacianceno, entre los griegos; y á los de San Agustín y San Bernardo, entre los latinos.

Rollin opina, que poseyendo las *Homilias* de San Juan Crisóstomo y los *sermones* de San Agustín acerca del Antiguo y Nuevo Testamento, con algunos cortos tratados de este último, se adquiere cuanto es necesario para todos los géneros de predicación.

2.º Que las citas que se hagan de los Padres deben ser cortas, vivas y enérgicas, porque largas cansarían y no producirían efecto. Deben también ser contadas en cada sermón, porque de otro modo no habría tiempo de parafrasearlas, de manera que se hiciese resaltar su ener-

(1) Véase al P. Alberto, II part., cap. 26 y 27.—*Guía de los que anuncian la palabra de Dios*, pág. 255 y siguientes.

gía, y abrumado el oyente con un gran número, quizá no conservaría ninguna en la memoria.

3.º Deben elegirse discretamente, porque hay muchas cosas que los Padres no hubieran dicho del mismo modo si hubiesen escrito en nuestros días, y corresponde al predicador tener presente las circunstancias en que escribieron.

4.º No se ha de citar siempre al mismo Padre, porque al auditorio gusta la variación; y por otra parte, cualquiera que sea el Padre cuyas palabras se tomen, es bueno confirmar con la cita de otros su autoridad.

5.º Por último, aconsejamos que se acuda para proceder sin escrúpulos y sin temores al texto de los Padres mismos con preferencia á los escritos de otros autores de más ó ménos significación é importancia.

Sacando este partido de los Santos Padres, no es dudoso adquirir facilidad en el decir y sobre todo abundancia de materia para predicar (1).

3. *Historia eclesiástica y de la palabra cristiana.*
El conocimiento de la historia en general es necesario á todo hombre de letras, pero el sacerdote no puede excusarse de hacer de la *Historia eclesiástica* un estudio especial.

Los hechos que, revestidos de una autoridad indes-

(1) Aconsejamos que los jóvenes lean el elogio que Bossuet hace de S. Agustín en particular, y de los Santos Padres en general, en su *Defensa de la tradición y de los Santos Padres*, I parte, libro IV, cap. 18; Granada, tom. I, á Maury, Belpras, Fenelon, Rollin, y Hamon en sus obras citadas.

tructible, se contienen en la historia eclesiástica, son pruebas sensibles que agradan y deleitan á la vez que instruyen y convencen. De la historia se valieron los Profetas y Jesucristo mismo.

Fenelon dice, que en la religion todo es tradicion, todo historia y antigüedad. Por medio de la historia se aprende mucho mejor la religion, su espíritu, su influencia sobre la suerte de los imperios y las naciones, la gerarquía y la disciplina: la experiencia de los siglos contribuye eficazmente al conocimiento de los hombres, y una exacta nocion de los hechos históricos revela la falsedad de las objeciones que los enemigos de la religion han querido utilizar alterando la verdad histórica.

Las vidas de los Santos, de los Mártires y Confesores, la de los Sumos Pontífices y Emperadores, los triunfos y los combates de la religion, el curso de las heregías, de las ciencias eclesiásticas y la legislacion admirable y sabia de los concilios, todo esto contribuirá á dar al predicador nuevos medios de conseguir la atencion de sus oyentes, robusteciendo de un modo interesante las verdades consignadas en la Sagrada Escritura y los Padres.

Las pruebas, las demostraciones históricas se oyen siempre con gusto, hacen retener la doctrina y hablan del mismo modo á todas las inteligencias.

En cuanto á la HISTORIA DE LA ELOCUENCIA CRISTIANA, poco podremos añadir á lo que hemos dicho ántes de ahora. No es que aspiramos á revestir de cierto carácter nuestros escritos anteriores, dándoles una fuerza superior á la que en un curso completo de educacion oratoria deben tener.

Conocer la historia de una ciencia, de un arte cualquiera, es conocer la ciencia misma; por eso la historia de la palabra santa nos parece un estudio indispensable, no solo para la juventud, sino para el sacerdocio. Despues de compuesto nuestro libro nos hemos confirmado más en esta opinion, sobre la cual no insistimos, evitando así que se nos juzgue de una manera que destruya ó aminore el mérito de haber sacrificado, solo por aficion á estos estudios, mucho tiempo y gran parte de las economías de una persona á quien jamás lloraremos bastante, porque ocupó en la tierra dignamente el puesto de nuestra madre.

Enunciada, empero, esta idea, al Episcopado, al Gobierno y al Profesorado dejamos el aceptarla con más ó ménos entusiasmo, ampliando con el estudio de la HISTORIA DE LA ELOCUENCIA CRISTIANA la educacion de la juventud que ha de ocupar algun dia la cátedra de la verdad.

Los hechos dudosos, los controvertibles, los evidentes, los tradicionales, deben presentarse tales y como son; en cuanto á los milagros debe procederse con escrupuloso cuidado, no consignando más que aquellos que no admitan la menor duda, y aun entre estos, los que conduzcan más directamente á la demostracion de las grandes bondades y el inmenso amor de Dios hácia los hombres.

4. *Teología.* Un predicador necesita ser un buen teólogo. Porque ¿qué es en realidad un buen teólogo? Un hombre, dice Gisbert, destinado por su mismo destino á hablar de Dios y de sus atributos, á exponer las verdades de la religion, á tratar de los misterios, á separar lo que es de la fé de lo que es opinable, á combatir todos los erro-

res, á enseñar la naturaleza y esencia de los vicios y las virtudes. Es un hombre para quien leer la Escritura es tan necesario como respirar, puesto que en esa atmósfera pura y divina debe vivir su inteligencia y su voluntad. Puede conquistarse con justicia, aspirarse á la fama de teólogo sin ser predicador, pero jamás se concebirá un mediano predicador sin que sea un buen teólogo.

De estas consideraciones se deduce que la teología ha de ser fundamento esencial de toda predicacion, lo cual se demuestra:

1.º Porque enseñando el predicador de parte de Dios la verdad á los hombres, no solamente no debe errar, sino estar seguro de que no yerra y que expone en toda su pureza la doctrina del Evangelio.

De aquí se deduce que sin un gran fondo de ciencia teológica, el predicador errará, ó por lo ménos vacilará en muchos puntos, y lo que aun es más grave, en materia de dogma confundirá lo que es de fé con lo que no lo es, caerá en inexactitudes en la exposicion de la doctrina, será poco sólido en las pruebas, y de este modo llegará á perturbar la fé de los oyentes, induciéndolos á lamentables equivocaciones y desvarios. En cuanto á la moral, confundirá el consejo con el precepto, lo que es de perfeccion con lo que es de obligacion, lo que puede tolerarse con lo que debe prohibirse, y falseando la conciencia de los oyentes, ó los tranquilizará de un modo inoportuno con decisiones demasiado suaves, ó los repeleirá con principios severos en extremo (1).

(1) Pastoral de Limoges, tom. II, 1.ª parte, tit. III, c. 2, párr. 2.

2.º Sin ciencia teológica, el predicador es imposible que sepa lo que ha de decir sobre cada asunto; no habrá nada exacto en su mente, ni claridad en sus ideas; y á falta de una instruccion sólida, se entregará á los extravíos de la imaginacion, se aventurará á generalidades que no dejarán ninguna idea clara en el entendimiento de los oyentes, y dirá cosas poco útiles ó impropias, no solo para ilustrar la inteligencia, sino para convertir el corazon.

El hombre sólidamente instruido es el único que puede hacer un discurso claro y lleno de doctrina: es menester saber á fondo las cosas para enseñarlas con claridad y exactitud.

El predicador debe, por lo tanto, aprender la teología, y aprenderla con el mayor empeño, porque solo de este modo podrá enseñarla. Mas aquí debemos hacer observar dos cosas: la primera es que interesa mucho metodizar en este punto los estudios de la juventud: la curiosidad que sin orden va recorriendo todas las materias de una á otra, que lo desflora todo sin profundizar nada, no recoge sino confusion y conocimientos superficiales sin orden ni encadenamiento. A fin de evitar semejante escollo, se aplicó San Francisco de Sales á la *Suma* de Santo Tomás, á quien veneraba como el mayor doctor y como el teólogo más consumado; la estudió, la meditó, la profundizó con infatigable perseverancia, familiarizándose tanto con sus principios, que en todas las circunstancias hacia de ellos una aplicacion tan feliz como decisiva: la segunda es que interesa mucho evitar en estas instrucciones un vano aparato de erudicion y de ciencia,

y alejar del discurso todo lo que, siendo superior al alcance de los oyentes, ha de presentarse confuso é ininteligible. El predicador que sabe sus deberes, tiene más cuidado en ser claro que en parecer docto. No oculta la ciencia, pero omite lo que turbaria la mente de los fieles, y no les muestra sino lo que puede estar á su alcance. De este modo el ignorante comprende, el sábio se edifica, y todos quedan satisfechos.

5. *Ciencia de la vida espiritual.* Siendo la mision del predicador convertir á los hombres, nada más necesario que conozca los medios por medio de los cuales el alma se desprende del pecado, se acomoda á los preceptos de Dios y se eleva á la perfeccion; es decir, la *ciencia de la vida espiritual*, ciencia que dió celebridad á nuestros más grandes escritores del siglo de oro de la literatura, y á los que siguiendo sus inspiraciones elevaron la tribuna sagrada francesa á su mayor altura y esplendor.

Nuestros místicos se lamentaban de que los sacerdotes tuviesen abandonado el estudio de la doctrina cristiana, la série de los destinos de Dios sobre la criatura y las reglas que conducen á la santidad y la virtud, aconsejando que cada cual formase para sí un compendio de explicacion de las cosas necesarias para la fé y para la vida perfecta. Rodriguez, en su admirable obra de *La Perfeccion cristiana*; Granada, en todas las suyas; Fleury, en el *Catecismo Histórico*; el Padre Saint-Jure, en su excelente libro *Del conocimiento y del amor de Jesucristo*, ofrecen en este particular cuanto puede desearse. Tambien podrán leerse con gran utilidad otras obras ascéticas, como

la *Imitacion de Cristo*, el *Combate espiritual*, los *Fundamentos de la vida espiritual*, por el Padre Surin; todas las de San Francisco de Sales; el *Retiro*, del Padre Judde, y los autores de instrucciones religiosas, como Lambert, Guillet, Couturier, y el *Catecismo* del Concilio de Trento.

Para estudiar con fruto estos trabajos, en los que, tanto han sobresalido los españoles, se necesita: primero, espíritu de oracion, porque la meditacion enseña más que todos los libros acerca de Jesucristo y de los misterios de la fé; segundo, un conocimiento práctico, porque la ciencia de los santos es una ciencia experimental, en la cual la práctica de las cosas ó la propia experiencia da más sabiduría que el mayor estudio y la más acertada especulacion.

Punto segundo.

Ciencias profanas necesarias al predicador.

1. *Idioma en que se ha de predicar.* El idioma es para los pueblos uno de los elementos constitutivos de su nacionalidad, al cual van unidos sus más gloriosos recuerdos, sus tradiciones y sus creencias.

Todo el que habla en público necesita poseer bien el idioma del cual se sirve, y poseerle correctamente. Nada más impropio ni más comprometido para el éxito de un discurso, muy especialmente en la época á que hemos llegado, que usar palabras impropias ó extrañas opuestas á la gramática ó á la pronunciacion.

El predicador debe ser buen gramático y buen hablanta; conocer el sentido recto y figurado que los oyentes dan

á cada palabra; saber construir las frases y los períodos de un modo correcto; dar á la idea el giro conveniente y presentarla bajo sus diferentes fases, á fin de hacerla comprender mejor.

A veces es suficiente un término impropio, una frase oscura ó un giro irregular para prevenir al público contra el predicador, desacreditarle y que se le califique de ignorante.

Para llegar al perfecto conocimiento del idioma, es preciso que el seminarista aprenda sus principios de un modo fundamental, preparándose por medio de la gramática general (1) para el estudio de otras lenguas que le son precisas, entre las cuales ocupan el primer lugar el idioma latino y el francés, siendo no ménos útiles el hebreo, el griego, y en nuestros días el alemán, como lengua sábia.

Respecto del idioma en que ha de dirigirse al público, le interesa leer continuamente los Clásicos: no dejar pasar una duda ó dificultad en sus composiciones sin aclararla, y no valerse de una autoridad en oposicion con las reglas, porque hay muy pocos autores que en el curso de una larga obra no cometan diversas irregularidades.

2. *Retórica y principios de literatura.* El estudio de las humanidades, dice Hamon, refina el gusto, despeja el entendimiento y enseña á sentir y á transmitir bien lo que se siente. Y con efecto: en la opinion de los maestros, el

(1) San Agustín encarece la importancia de la gramática en el libro II del *Orden*, c. XI, f. 1011, y reconoce en este arte una fuerza casi divina en el c. XVII, f. 1016.

arte de la retórica y los principios de la sana literatura deben formar parte de una buena educacion oratoria.

«La palabra y la razon, dice Agustín Valerio en el discurso preliminar que precede á su reputada *Retórica del predicador*, obra notabilísima y cuya lectura recomendamos (1), la palabra y la razon distinguen al hombre de los animales: la retórica se ha inventado con objeto de que por su medio se señale el hombre entre sus semejantes poseyendo tan útil distintivo.»

Un arte que los sábios consideran bastante para persuadir, y por medio del cual se consigue dar al discurso el carácter que le es más propio, no puede ser indiferente al predicador.

En esa graduacion progresiva con que se nos ofrece todo, la elocuencia fué ántes que la retórica; pero ésta se hermanó con aquella muy luego, constituyendo un todo homogéneo y necesario.

Hoy no concebimos un orador que no haya aprendido retórica y literatura, que no haya estudiado las reglas de la composicion y sepa aplicarlas con discrecion, con feliz tino y buen gusto. Capmany llama á la retórica alas y váculo del literato, creyendo que su estudio debe seguir al de la lógica y los demás estudios filosóficos.

El fin del orador es persuadir; el que no persuade, no merece el nombre de orador: por esto todo estudio que conduce á dar al sacerdote medios de mover, de excitar y persuadir, le es, no solo útil, sino necesario.

(1) Será fácil que para completar los libros de esta asignatura hagamos una traduccion esmerada de este libro. Este trabajo pende del éxito de nuestro *TRATADO*.

No nos toca en este momento otra cosa que ir marcando el camino, sin detenernos en digresiones que serian impropias del objeto de estos estudios.

5. *Filosofía.* El predicador tambien necesita dedicarse al estudio de la *filosofía*, como ciencia auxiliar para el buen desempeño de su mision.

Los Padres han expuesto la verdadera *filosofía* (1), la que conviene al sacerdote, la que abre paso á la verdad en medio de los extravíos de la razon cuando no está iluminada por la fé.

En nuestros días, á los ataques contra los dogmas y la moral cristiana se les reviste de ciertas pretensiones filosóficas, y á título de una *autonomía* mal entendida se intenta arrancar del corazon las creencias católicas para sustituirlas con un indiferentismo incapaz de producir otra cosa que la desmoralizacion, el vicio y la disolucion por más ó ménos tiempo de todo principio de progreso bien entendido y en armonía con las condiciones esenciales de nuestro modo de ser y de vivir.

San Agustin hace de la *filosofía* una descripcion que conduce á una definicion clara y exacta. La razon, dice, es la mirada del entendimiento; cuando esta mirada se extiende, *discurre* sobre los objetos, y el alma está en movimiento, que es lo que se llama *raciocinio*. El alma unas veces se examina á si misma, estudia sus propias fa-

(1) San Agustin trata de esta materia en las obras siguientes: *De Ordine*, lib. II, t. I, f. 993.—*De quantit. animæ*, f. 1035, y con especialidad el capítulo XXVII, f. 1065.—*Epist. CXX, Consentio*, etc., t. II, f. 452.—*De vera Relig.*, t. III, f. 121.

cultades y el modo con que funcionan, y otras ejerce su accion sobre objetos externos; en ambos casos se limita al conocimiento de verdades aisladas; en otras ocasiones las penetra, las desentraña, é inquiera cuanto ellas contienen: estudia sus relaciones, de unas verdades deduce otras y las distingue ó las enlaza. Este procedimiento laborioso y seguro se llama *FILOSOFÍA*: podemos, pues, definirla diciendo que es «el desarrollo y progreso de la razon;» *ut ratio sit quiddam mentis adpectus, ratiocinatio autem rationis inquisitio, id est, adpectus illius per ea quæ adspicienda sunt motio.... Ratio est mentis motio, ea quæ discuntur distinguendi, et connectendi potens.*

«El ministerio de la predicacion no se reduce, añade á este mismo propósito el Sr. Martinez y Sanz (1), á la simple enunciacion de la palabra de Dios; expositor de esta divina palabra, como le llama San Agustin, el predicador debe anunciarla y explicarla: aunque enviado de Dios, obra como hombre, y como hombres han de ser tambien instruidos y movidos aquellos á quienes predica. El proceder de la razon humana sometido á las leyes que le ha dictado el Criador, es uno solo en el hombre, lo mismo cuando explica la palabra de Dios, que cuando se ocupa en el conocimiento de cualquiera otro objeto: la diferencia específica del proceder de la razon del orador cristiano consiste en que éste se apoya siempre en la palabra de Dios revelada; de ella deduce consecuencias, las enlaza y las aplica á la conducta del hombre con relacion á la vida eterna; su razon procede, digámoslo así, racionalmente;

(1) *Lecciones de Orat. Sagr.*, obra ántes de ahora recomendada.

en su marcha se asimila cuantas verdades encuentra relacionadas con su objeto, de cualquiera orden que sean, y esto es filosofía, y filosofía divina, dice Casiodoro: *divinalis dicitur quando aut ineffabilem naturam divinam, aut spirituales creaturas ex aliqua parte profundissima qualitate disserimus.*

San Basilio distingue exactamente la teología sagrada y la natural, y llama á las dos *ciencia de las cosas divinas y humanas, y de sus causas*; ciencia que se adquiere, dice, no solo con el estudio de la palabra divina, sino tambien con la contemplacion del universo. San Juan Crisóstomo enseña que, además de la revelacion divina, hay dos libros donde el hombre puede adquirir el conocimiento de Dios; libros anteriores á la existencia de Moisés y los Profetas y aun á la invencion de las letras; libros escritos por el dedo de Dios con caractéres indelebles y tan inteligibles, que lo mismo pueden leerlos y entenderlos los sábios que los ignorantes; David estudió estos dos libros, que comentó en los más sublimes de sus salmos, y contemplándolos, decia absorto: *signatum est super nos lumen vultus tui Domine* (1): *cæli enarrant gloriam Dei* (2). El Apóstol predicó la doctrina que habia aprendido en esos dos libros, que son, dice el Crisóstomo, la conciencia ó la razon del hombre y el espectáculo de la naturaleza ó el mundo visible.

¡Oh! ¡cuánto aprendieron, continúa el Sr. Martinez y Sanz, de quien tomamos literalmente estos interesantes

(1) Sal. IV, 7.

(2) XVII, 7.

pasajes, en estos libros los Santos Padres! ¡Con cuánta elocuencia desarrollaron su doctrina! Nutridos con el pan sustancial de la palabra divina, descendian de la cumbre del Sinaí de la revelacion á contemplar la humanidad: en su propia razon veian la razon humana, y la ponian en movimiento: sondeaban el corazon del hombre y pulsaban con acierto todas sus fibras: meditaban y desarrollaban los principios de la ley natural: recorrían el mundo visible, estudiándole en sus pormenores; en todas partes veian las obras del poder de Dios, el reflejo de su sabiduría, los dones de su amor, y poseidos de entusiasmo al oír el armonioso concierto, el sublime poema, segun San Agustin, con que el universo canta la gloria de su Criador, con palabras de fuego arrebatában el espíritu y el corazon de sus oyentes, y los elevaban y unian á Dios por la fé y por el amor. ¡Qué bellas páginas, qué sublimes discursos, qué elocuentes homilias las que, inspirados por el conocimiento del hombre y el espectáculo de la naturaleza, predicaron el Crisóstomo y el Nacianceno, San Basilio, San Ambrosio y San Agustin! teólogos profundos, metafísicos eminentes, consumados moralistas, ¿podian no ser oradores elocuentísimos?

Predicadores de la palabra de Dios, concluye el autor de quien tomamos estos bellísimos trozos, para ser elocuentes necesitais la filosofía; bebedla en los escritos de los Santos Padres: como ellos, estudiad atentamente la doctrina cristiana; practicadla escrupulosamente, inculcándola con fervor; buscad á Dios en la contemplacion del mundo visible, buscadle en el hombre mismo, que es un mundo abreviado, como le llaman los Santos Padres, y

sereis profundos filósofos y oradores elocuentes, predicando una religion «cuyos dogmas y misterios ofrecen á los espíritus elevados ideas sublimes, á los corazones sensibles dulzuras inefables, á los hombres positivos demostraciones indestructibles; religion que recomienda la virtud y condena el vicio, rechaza el orgullo y acoge la buena fé y se amista suavemente con la recta razon (1);» porque lejos de nosotros el creer, decia San Agustin, que Dios aborrezca en el hombre el más precioso de los dones con que en el orden natural le ha enriquecido: *Absit namque ut hoc in nobis Deus oderit in quo reliquis animantibus excellentiores creavit. Absit, inquam, ut ideo credamus, ne rationem accipiamus sive quæramus; cum etiam credere non possemus nisi rationales animas haberemus.*»

Hasta aqui el Sr. Martinez y Sanz.

Veán, pues, esos jóvenes superficiales, que creen decir algo nuevo porque han aprendido unos cuantos textos y algunas cuantas elucubraciones impías, veán cómo los Santos Padres definieron la ciencia de la sabiduría sin apartarla de Dios, la razon sin despojarla de su necesaria sumision á las altas verdades reveladas, que solo parecen increíbles á los que no sondan su mérito y gran valor.

Entre los conocimientos que el predicador necesita adquirir, no podemos pasar en silencio el estudio de la *lógica*, por medio de la cual se distingue lo verdadero de lo falso, lo cierto de lo incierto, lo evidente de lo probable, se forman ideas precisas adquiriendo el hábito de expo-

(1) Riambourg. Escuela de Paris. Eclectismo. Paris, 1837, tom. I, pág. 317.

nerlas con claridad y método, de discurrir con exactitud y de llevar hasta sus últimas consecuencias un razonamiento, sacando del mismo sus más legítimas conclusiones. No puede ser buen orador, dice el presbítero Olivet, el que no es buen lógico. San Agustin afirma esto mismo, y con él convienen otros escritores dignos de alta estima. Ciceron daba más importancia á la filosofía que á la retórica, y deploraba el divorcio que entre una y otra reinaba en su época.

Es preciso que caminen unidas las ciencias del pensamiento y la palabra, de la mente y la lengua (1).

4. *Ciencia del mundo y conocimiento del corazon humano.* El que está llamado á dirigir los afectos, á reformar las costumbres, á dictar reglas de conducta y sentimiento, no puede vivir completamente divorciado del mundo ni de los hábitos del siglo, sin que para ello necesite infringir las reglas severas que prescriben los Cánones respecto á la vida clerical.

Debe el predicador aprender la ciencia del mundo y adquirir un perfecto conocimiento del corazon humano, no mezclándose en el torbellino ardiente de las pasiones, sino, como decia Massillon, en su propio espíritu y su propio corazon.

Las enfermedades que el orador sagrado debe curar son enfermedades morales, y por esto cual ningun otro debe aprender á sondar la verdadera fuerza y energia de las pasiones, los medios de contrarestar sus perniciosos

(1) Orat., cap. III.

efectos, los de atajar los males que su predominio sobre el hombre puede acarrear.

En el fondo de sí mismo hallará grandes recursos el orador sagrado para aprender á conocer á los demás: estúdiese á sí mismo, y no dude que sabrá adquirir esos dos conocimientos, que tan necesarios han de serle en el ejercicio de su mision evangélica.

En la escuela del demonio se aprende el amor de sí mismo; en la escuela de Dios el amor al prójimo: el predicador que ame á su prójimo será porque, siguiendo la enseñanza evangélica, vea en él un hermano; y el que de tal modo estudie la humanidad, no podrá ménos de ser un hábil piloto de la conciencia.

El ministro de Dios debe buscar al pecador, salirle al encuentro, y para esto no basta que le ame, es preciso que conozca sus debilidades y sus flaquezas, que las contemple á la luz de la doctrina purísima y santa del Redentor. El pecador duerme en su pecado hasta que le despierta la correccion, la correccion oportuna, reiterada, prudente, suave y en un todo conforme con el ejemplo del Señor.

El que reprenda los vicios debe estar exento de ellos, y el modo de huirlos es conocerlos. Tales son los medios de llegar al conocimiento del mundo y del corazón humano, medios de que más de una vez hablaremos en este TRATADO, esplanando las doctrinas que dejamos consignadas.

5. *Historia y autores profanos.* Aunque no indispensable, es útil por lo ménos que los predicadores sepan la historia general y se consagren alguna vez á la lectura de autores profanos.

Toda escrupulosidad respecto á este punto, especialmente entre los jóvenes, es escasa, y nosotros no vacilamos en dejar este punto por completo á la eleccion y consejo de maestros idóneos y prudentes directores de la conciencia.

Observaremos, no obstante, respecto á este punto:

1.º Que el predicador debe ser sóbrio en citas de autores profanos, porque el prodigarlas sería quitar al discurso sagrado su propio colorido, su color evangélico.

2.º Que ha de omitir todo lo que es producto del orgullo, de la vanidad ó de cualquier otro sentimiento poco conforme con el Evangelio.

3.º Que no es lícito hablar en el púlpito de personajes fabulosos, ni proponer por modelo las virtudes paganas que la religion no ha santificado.

4.º Que el predicador no debe consagrar sino un corto tiempo á la lectura de los autores profanos: la Escritura, los Padres y los autores cristianos deben formar siempre su principal ocupacion y estudio. San Gerónimo se reprendió mucho el haberse aficionado tanto al estudio de Ciceron, por el que abandonó en ocasiones el de la Sagrada Escritura.

5.º Que el sacerdote no debe estudiar los autores profanos por desmedida aficion á las bellas letras; este fin no es bastante elevado para una alma consagrada á Dios; debe estudiarlos únicamente con la mira de adquirir mayores recursos para ejercer el ministerio de la palabra; y al procurar imitar su elocuencia, ha de tener cuidado de adaptarla á la dignidad y verdadero carácter de la cátedra sagrada.

Léjos de haber reprobado los Santos Padres la lectura y aun el estudio de los autores profanos, lo han recomendado más de una vez: Lactancio aconsejaba que el sacerdocio se sirviese de las propias armas paganas para combatir el paganismo; San Basilio, no pudiendo evitar que los jóvenes leyeran los libros profanos, dió á estas lecturas una direccion acertada; y San Agustin, en muchos pasajes de sus obras, aduce testimonios de los apologistas involuntarios de la religion á quienes habia leído.

San Juan Crisóstomo, en varios de sus escritos, trae saludables consejos sobre el estudio de la literatura profana. La eleccion de obras depende en gran parte de los talentos del que ha de leer, del tiempo sobrante despues de cumplidas las demás obligaciones, y del fin que se proponga el lector. ; Cuántos jóvenes, con la mejor y más sana intención, ó con el pretexto de formar un lenguaje correcto, beben insensiblemente el veneno que muy pronto devora su corazon y pervierte su inteligencia! ¿Quereis condenar, se nos dirá, el estudio de las letras humanas? Nó, responderemos con San Juan Crisóstomo; lo que queremos es que ese estudio se haga con tal prudencia que no se sacrifique la educacion del corazon á la ilustracion del espíritu, con riesgo de perder la una y la otra: *Quid ergo ludosne omnes litterarios diruemus aiunt? Minime hoc dico: sed ut ne virtutis destruamus ædificium, neu vivam obruamus animam... quid vero si... præter quam quod animam perdant nihil ad eloquentiam in schola præficient.*

CAPÍTULO II.

MATERIAS DE LA PREDICACION: ESCOLLOS QUE DEBEN EVITARSE.—PUNTO PRIMERO. *¿Qué debe tratarse en el púlpito?*—1.º Verdades fundamentales.—2.º Postrimerias.—3.º Hechos, dogma, moral y prácticas piadosas.—PUNTO SEGUNDO. *¿Qué debe omitirse en el púlpito?*—1.º Falta de exactitud en la doctrina.—2.º Materias dudosas y controvertibles.—3.º Novedades peligrosas.—4.º Transacciones y respetos humanos.—5.º Soluciones políticas y formas de gobierno determinadas.

Repetidas veces hemos dicho que el fin de la palabra evangélica no es otro que la salvacion de las almas, y de aqui se deduce claramente que todo lo que conduzca de un modo más ó ménos directo á ese fin, no solo *puede*, sino que *debe* ser objeto de la predicacion.

Reservando para más adelante dar á conocer los medios de tratar los asuntos propios del discurso sagrado (1), vamos á enumerar en este capítulo las materias que entran de lleno en la enseñanza evangélica, y aquellas que por su índole especial debe el predicador omitir cuidadosamente, abordando casi en la portada de nuestros estudios uno de los temas más difíciles que el profesor ha de iniciar á los jóvenes seminaristas, y todo sacerdote debe tener muy en cuenta ántes de ocupar la cátedra del Espíritu Santo.

(1) Título III.

Como si el círculo de la enseñanza católica fuese limitado; como si dentro de él no hubiese puntos del mayor interés que tratar, hay algunos que, traspasando de buena fé los límites que marca la conveniencia, penetran en terrenos pedregosos y resbaladizos, comprometiendo el éxito de sus enseñanzas y dando pretesto á la crítica, siempre apasionada, de los enemigos de la verdad.

Pocas veces estas advertencias, esparcidas en diversas obras de reconocido mérito y nombradía, han de ser más oportunas que en nuestros días, no porque haya ministros que, desconociendo su misión evangélica, lleven al púlpito puntos de doctrina sospechosa, sino porque las pasiones sobrescitadas han llegado á viciar la atmósfera en que respiramos, porque hasta de lo más inocente se saca partido en nuestros días para combatir la religión, y toda precaución es poca para no dejarse arrastrar por la corriente que á todos nos empuja, y de la cual queremos se salve, más que otro alguno, el ministro del altar.

¿Qué sería de la sociedad, qué sería del mundo si el sacerdocio católico, *alucinado ó seducido*, no pudiese salvarse del comun naufragio? Corran los hombres en buena hora en pos de una felicidad que sueñan, de una libertad mentida que se forjan, de un progreso que no lo es; el sacerdote, con el Evangelio y la Cruz en la mano, debe hoy hablar el mismo lenguaje que ayer, predicar la misma doctrina, porque la verdad no es más que una, y él es el depositario único de la verdad.

Si no todos comprenden sus intereses, si no todos ven la luz, la luz se abrirá paso á pesar de los desesperados esfuerzos del infierno, y llegará día en que la doctrina

evangélica penetre del mismo modo en todos los corazones y se apodere por completo de todas las voluntades.

Punto primero.

¿Qué debe tratarse en el púlpito?

1. *Verdades fundamentales.* Los Misterios, el Simbolo, las Virtudes teologales, los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, los Sacramentos, la Oración dominical y los Deberes de estado, he aquí la base del edificio espiritual, y por lo tanto de la enseñanza del sacerdote (1). Este es el cuerpo de doctrina que los fieles estamos obligados á saber con toda claridad y precisión, en cuya mayor y más completa instrucción está vivamente interesada la Iglesia, imponiéndola como primer deber al ministro de Jesucristo en general, y al Pastor de almas en particular.

El Concilio de Trento dice:

Parochi.... pascant plebem sibi commissam salutaribus verbis, docendo quæ scire omnibus necessarium est ad salutem (2); deber mucho más riguroso en el día, puesto que si se exceptúan algunas parroquias, dirigidas largo tiempo por un Pastor capaz y celoso que haya tenido especial cuidado de la instrucción evangélica, los más de los cristianos ignoran estos primeros rudimentos de la religión,

(1) *Espejo del Clero*, t. II, págs. 103 á 111.—*Obligaciones de un Pastor*, c. V, párr. 2, núms. 2 y 4.—*Instrucción pastoral del Obispo de Chartres*, en Agosto de 1828, publicada en *El Amigo de la Religión* del 10 de Diciembre de 1828.

(2) Sess. 5, de Reform., c. II.

ó porque no los aprendieron bien, ó porque á fuerza de no querer oírlos repetir los han olvidado.

«Los que tienen alguna experiencia de las funciones eclesiásticas y algun celo por la salvacion de las almas, decia Fleury en el prefacio de su *Catecismo*, están profundamente afectados á causa de la ignorancia de la mayor parte de los fieles: no son solo los aldeanos y los trabajadores, sino las personas que pasan por cultas é ilustradas en el mundo, y hasta los mismos literatos, los que están mal instruidos en nuestros misterios y en las reglas de la moral.... Vemos, añade, personas devotas que han leído muchos libros espirituales y saben gran número de oraciones y prácticas piadosas, y aun no han llegado á comprender lo esencial de la religion.» Palabras oportunísimas y aplicables al estado de instruccion de la gran mayoría de los cristianos en nuestros dias.

España, que pasa, y es en efecto un país católico por excelencia, donde, á pesar de las vicisitudes por que han atravesado otros pueblos, conservamos nuestra unidad religiosa, España nos ofrece ese gran vacío de que se lamentaba el Abad Fleury en su época, y que lentamente trajo para la Francia dias de amargo llanto y de dolor.

La falta de solidez en la enseñanza católica es el origen del fanatismo que lleva á la supersticion, ó del indiferentismo que lleva á la negacion de toda verdad; y en un libro escrito para andar en manos de los ministros del altar, no debemos guardar cierto género de contemplaciones, sino decir desnuda y sin ambages la verdad. En nuestro país hay muchos *fanáticos* y muchos *indiferentes*; ni los unos ni los otros pueden ser buenos católicos, ni contrarrestar

el torrente de ciertas doctrinas que, aunque tardías y traspasadas, han comenzado á cundir con éxito entre nosotros, y darán iguales frutos que dieron en Francia, frutos que dentro de poco sería difícil, ni aun á fuerza de un gran trabajo, desvirtuar.

Los que creen sin conciencia, como si no creyeran; los que no creen por ignorancia pueden á veces disculparse, y esta acusacion es la que debe procurarse que no se justifique, por la apatía y el descuido del sacerdocio: que no suceda esto es menester, y esto pedimos ardientemente á los ministros del santuario.

Al revisar definitivamente este libro, los acontecimientos que tienen lugar nos inspiran tristes reflexiones, y quisiéramos dar alas al papel y ser dueños del tiempo para generalizar ciertas instrucciones que pueden ser muy oportunas, y que escritas hace mucho tiempo, parecen hechas para las circunstancias que en España atravesamos.

El Padre Jeune, de quien hemos hablado en nuestra HISTORIA (1), en el prefacio de sus sermones nos revela que durante cuarenta años que desempeñó el ministerio apostólico, en donde quiera que predicaba el Adviento ó sea la Cuaresma, explicaba casi todos los domingos y festividades, al fin del sermón, los misterios de la Trinidad y de la Encarnacion, de la Pasion, Resurreccion y Ascension del Salvador, todo lo que es esencial á los Sacramentos del Bautismo, la Penitencia y la Eucaristía, haciendo advertir á sus oyentes que el Hijo de Dios no fué siempre

(1) Tomo II, pág. 189.

hombre que siendo Dios desde toda la eternidad, se hizo hombre por amor á nosotros, que está en la Eucaristía en cuerpo y sangre, que la confesion no sirve para nuestro bien sin un verdadero arrepentimiento, y que es menester obtenerlo de Dios, pidiéndoselo con instancia.

Si teneis celos por la gloria de Dios y por la sed de las almas, añade este célebre misionero dirigiéndose á los predicadores, bueno sería que obráseis del mismo modo; pues si no los pueblos caerán y permanecerán en una terrible ignorancia de estos misterios, cuyo conocimiento es indispensable para la salvacion.

Gran daño origina á la Iglesia que muchos Pastores no instruyan con frecuencia á sus feligreses acerca de las *verdades fundamentales*, limitándose cuando predicán á hacer unas ligeras reflexiones morales sacadas más ó menos oportunamente del Evangelio del dia. Seguir este método, en especial donde estas verdades no están grabadas en todas las inteligencias, ni en todos los corazones, es construir un edificio sin cimientos y dejar abandonadas las almas á su eterna perdicion. Obrar de este modo es perderse á sí mismo, en sentir del Obispo de Chartres (1), y desconocer la gran deuda de los Pastores. «Nó, dice este insigne Prelado hablando á su clero, no podreis dispensaros de sentar por fundamento de vuestras instrucciones la explicacion de los artículos esenciales de la fé y de la religion. Unicamente cuando toda vuestra feligresía los coozca, podreis pasar á otro asunto. Si seguís otro sistema, dareis alimentos poco provechosos en vez de aquellos sin

(1) *Instruc. pastoral* del mes de Agosto de 1828.

los cuales no se puede pasar y cuya privacion causa la muerte. Por consiguiente, tratad primero, tratad despues, tratad siempre esas materias, profundizadlas, presentadlas bajo mil formas, porque nada más fácil que adornarlas con pormenores que las hagan agradables é interesantes; solo de este modo asegurareis á la vez vuestra salvacion y la de vuestros hermanos.»

Con arreglo á estas y otras autoridades que pudiéramos acumular en este sitio (1), se demuestra que un Pastor no puede obrar mejor que siguiendo el admirable plan de instruir á los fieles trazado por los cuidados de San Cárlos en el *Catecismo* del concilio de Trento; ó si no le parece oportuno seguir este plan, tratar al ménos en cada domingo de decir lo más esencial acerca de las verdades cristianas que tienen mayor relacion con el Evangelio del dia ó con la festividad que se celebra, segun el índice que está al fin del *Catecismo* del mismo Concilio. Este es el consejo que Bossuet daba á sus párrocos: «Os exhortamos, les decia, á explicar siempre algo del Catecismo en vuestras pláticas y sermones, y á recordar á los fieles con frecuencia los misterios de Jesucristo y la doctrina de los Sacramentos.»

A pesar de que cuando tratemos de los medios de poner en práctica estos preceptos nos proponemos insistir sobre estas doctrinas tan provechosas como necesarias, no podemos excusarnos de dar en este momento una idea

(1) S. Basilio, *Hom. in Psalm. VII.*—S. Greg. Nacienc., *Orat. I, Orat. XXXIII.*—S. J. Crisóst., *in Gen. serm. VI, Hom. LXXXVIII, in Math.; In Epist. I ad Corinth., Hom. IX; In Epist. II ad Thesalon., Hom. II.*—S. Greg. Magno, *Regula Pastor, II, pars. c. IV.*

ligera de lo que abrazar deben esas enseñanzas fundamentales tan recomendadas por los Santos Padres como por los concilios y escritores sagrados.

Por *Misterios* entendemos aquí, no solo las acciones de Nuestro Señor Jesucristo, que se relacionan de un modo inmediato con nuestra salud espiritual, como el Nacimiento, la Circuncision, la Pasion, la Resurreccion y la Ascension, sino las maravillas que Dios ha obrado en la persona de su Santísima Madre, ó sea su Concepcion inmaculada, su Natividad, la Anunciacion, la Asunsion y las acciones que esta misma Señora ejecutó por inspiracion divina, como la Presentacion, la Visitacion y la Purificacion. Olvidar los misterios equivaldria á menospreciar las riquezas más estimables de la fé cristiana: los misterios son el alimento más sólido y más útil de la piedad; forman el fondo y la sustancia de toda la religion; desconocerlos es hacer imposible la perfeccion y los medios de llegar á la verdadera práctica de la virtud.

Las *Virtudes teologales* entran desde luego en la categoria de *verdades fundamentales* de la religion, y por consiguiente en el número de las enseñanzas necesarias para conseguir la salvacion: la Fé, la Esperanza, la Caridad, constituyen, no solo grandes consuelos para el cristiano, sino reglas de conducta y de accion: excitar estos sentimientos, mover los corazones hácia estas áncoras de la gracia, encender en el alma la luz brillante que esparcen en torno suyo las Virtudes teologales, debe ser ocupacion constante del Pastor de almas y de todo predicador.

Los *Mandamientos* de Dios y de la Iglesia, como preceptos de ejecucion precisa, como órdenes cuyo cumpli-

miento obliga á los fieles, cualquiera que sea su posicion y gerarquia social, deben repetirse mucho en la predicacion evangélica y ser objeto para los Párrocos de explicaciones claras, sencillas y al alcance de todos los oyentes.

Las disposiciones que exigen, las obligaciones que imponen los *Sacramentos* son otra de las materias necesarias de la predicacion. Los Sacramentos, fuentes de vida, manantiales de gracia vivificante, son los grandes recursos que el cristiano tiene para entrar en participacion de las promesas de Dios; sin el conocimiento de sus grandes cualidades, no es posible que los fieles los admiren, ni sus aguas puras santifiquen sus almas y consoliden sus promesas y juramentos.

Por último, la *Oracion dominical* y los *deberes de estado* son esencia y vida de la fé y de la creencia cristiana.

2. *Postrimerias*. Bajo la clasificacion de fines últimos comprendemos la salud, la muerte, el juicio, el cielo y el infierno; debiendo ser, en sentir de los Padres y maestros de la verdad, las *Postrimerias* del hombre materia frecuente de la predicacion.

San Ligorio, hablando sobre este punto, dice que la predicacion sobre las *Postrimerias* es una de las que producen mayor impresion en el ánimo de los fieles, induciéndoles fuertemente á mudar de conducta y abandonar el pecado. Hablando, continúa el mismo santo, de la muerte, del infierno, de la eternidad, é interesando así la naturaleza inmortal del hombre, es como se mueven los corazones, se despiertan los remordimientos, se arrancan lágrimas, y el predicador, elevándose sobre sí mismo, se

muestra verdadero mensajero del cielo y de la justicia de Dios. En estos asuntos se habla á todas las inteligencias, se tratan sin violencia las necesidades más apremiantes de la vida y los momentos más solemnes de la existencia.

Traspassando los límites de la cárcel estrecha en que vivimos encerrados, las Postrimerías nos revelan, en efecto, el porvenir eterno que nos está reservado, llevando al corazón afligido la resignación y al alma contristada el consuelo de días venturosos y de la posesión eterna de Dios.

Las Postrimerías nos enseñan que el hombre no acaba como los demás seres de la creación, que tiene más altos destinos y ha sido criado para otra región más digna de su grandeza: la justicia de Dios, la inmortalidad del alma, la recompensa y el castigo que aquí en la tierra vemos que raras veces se cumple y que se realiza en otra vida, vida de espíritu donde la materia no tendrá entrada hasta que se halle purificada y pase por el crisol de una disolución completa.

El sepulcro abierto ante un auditorio indiferente, los instantes de la agonía, las convulsiones de la muerte, los remordimientos y la desesperación, la dulce serenidad y la sonrisa del justo al tocar el término de sus mayores ansias y ambiciones, la comparecencia ante el Juez Soberano, las palabras de Jesucristo, el libro de nuestras acciones, la balanza de nuestras obras.... todo esto ofrece un ancho campo para el orador sagrado, que no debe de modo alguno mirar con indiferencia, ni escasear.

Las Postrimerías, ha dicho un célebre orador, son la gran palanca que hace mover toda la vida cristiana, y su

recuerdo, dice el Espíritu Santo, preserva de todo mal (1). No se peca, sino porque se olvidan; si se pensara con frecuencia en ellas, no se pecaría jamás. Por esta razón, San Francisco Javier daba este sábio consejo á un compañero (2): «Dad, le decía, dad á conocer lo abominable que es el pecado; representad la ofensa terrible, la injuria que con él hace el hombre á la soberana Majestad de Dios y la fealdad de un alma manchada con un pecado mortal. Infundid en los ánimos un saludable horror, dando á conocer la terrible sentencia que en el gran día del juicio se fulminará contra los culpables convencidos; pintad de una manera viva los horrorosos tormentos del infierno; amenazad con la muerte, sobre todo con una muerte inesperada y repentina á los que no se cuidan de servir á Dios y duermen tranquilos con una conciencia manchada y abominable; aprovechad los instantes favorables para recordar á los pecadores la cruz de Jesucristo, sus heridas y su muerte; animad entónces vuestro discurso con tiernos afectos, con expresiones patéticas, apóstrofes y coloquios propios para conmover, é inspirad tal dolor del pecado, que, si posible es, corran las lágrimas y se escuchen los lamentos del pecador.»

Tal es en este sentido el verdadero retrato de una predicación provechosa.

Suele objetarse contra esta doctrina que los tiempos han cambiado, que en el día no se quiere oír hablar de asuntos terribles, y que es menester acomodarse al siglo

(1) Eccles., VII, 40.

(2) Carta del Santo al Padre Balzée, en 1549, párr. 8.

y contemporizar con su flaqueza. A esto contestaremos con Hamon :

1.° Que al ocuparse de las Postrimerías debe mezclarse con gran tino lo terrible y lo consolador, lo que consuela y atrae, con lo que espanta y horroriza.

2.° Que el predicador debe en este género de asuntos alentar despues de haber conmovido, señalar el camino del cielo despues de haber pintado la senda que conduce á una condenacion eterna.

3.° Mostrar á Dios, no siempre como juez, sino como padre afectuoso; no siempre ejerciendo actos de justicia, sino dando pruebas inequívocas de su misericordia infinita y de su amor hácia los hombres.

Por otra parte, necesario es hoy, y lo será siempre, que el sacerdote de Jesucristo levante su voz para hacer oír esas grandes verdades de que venimos ocupándonos en este capítulo: *Clama, ne cesses, quasi tuba exalta vocem tuam, et annuntia populo meo scelera eorum* (1). ¡Desgraciado el sacerdote que, disimulando las justicias del Señor, deja las almas en una falsa seguridad que cause su perdicion! *Si dicente me ad impium, morte morieris, non annuntiaverit ei... ipse impius in iniquitate sua morietur; sanguinem autem ejus de manu tua requiram* (2).

La moderacion que las personas de mundo exigen del predicador, no suele ser mas que un culpable miramiento con la relajacion de sus costumbres, con el extravío de sus principios, con los vicios de su vida y con el sueño de su

(1) Isaias, LVIII.

(2) Exeg., XXXIII.

conciencia, que teme y se espanta de ser ilustrada. Seria indigno de un ministro de la palabra de Dios ceder ante semejantes consideraciones.

3. *Hechos, dogma, moral y prácticas piadosas.* Despues de las verdades fundamentales y las Postrimerías, la materia más importante en la predicacion es el conjunto de la doctrina católica, presentando de manera que se haga caminar á los oyentes de lo más sencillo á lo más elevado, de lo más fácil á lo más difícil.

Este conjunto se compone de *hechos, dogma, moral y prácticas piadosas*, materias todas que los fieles deben conocer si han de llenar sus deberes, si han de cumplir sus obligaciones con exactitud y precision.

La exposicion de los *hechos* debe entrar como primer elemento en el conjunto de la enseñanza religiosa; porque, como hemos dicho ántes, todo es histórico en la religion, y no se comprende bien sino conociendo la historia. Los hechos establecen y consolidan la fé, explican casi todos los dogmas, dán cuenta de las principales ceremonias del culto católico, y preparan la inteligencia para comprender fácilmente la instruccion religiosa que se da en los púlpitos cristianos.

Todos los dias se está hablando al pueblo católico acerca de la Escritura, de la Iglesia, del Antiguo y el Nuevo Testamento, de las leyes, de los sacrificios, de Moisés y de Aaron, de Abraham y de Melquisedec, de los Profetas y de los Apóstoles, y es preciso que se expliquen todas estas cosas por medio de la Historia Sagrada, cuyo estudio ántes de ahora hemos recomendado. Se dice que Jesucristo es

nuestra Pascua; ¿qué valor podrá tener para los oyentes esta palabra, si ántes no saben qué era la Pascua de los judíos, con qué fin fué instituida y qué significaba? Los cristianos concurren al templo, asisten todo el año á la celebracion de los misterios y á la administracion de los Sacramentos; si no conocen en todos sus detalles la vida y muerte de Nuestro Señor, ¿comprenderán, por ventura, lo que presencian y oyen decir? Es, por consiguiente, de grandísima importancia explicar al pueblo la parte histórica de la religion; y este género de instruccion tendrá la triple ventaja de ser escuchado con mayor atencion é interés, de grabarse en la memoria de un modo más claro y más duradero, y de hacer resaltar mejor las verdades que demuestra. «De este modo, dice Hamon, la accion de la Providencia se manifestará de una manera sensible en la historia de los Patriarcas y del pueblo de Dios; la belleza y atractivos de la virtud resplandecerán en la de Ruth, de Tobías y de Estér; el temor de Dios y el horror al pecado resaltarán despues de referir la creacion, el diluvio, el incendio de Sodoma, las plagas de Egipto, los milagros del desierto, la cautividad de Babilonia y otros efectos de la justicia, poder y grandeza divinas. Dios se presentará bondadoso si se dan á conocer los inmensos beneficios que dispensó á José y Moisés, los cuidados que tuvo en el desierto con su pueblo, y principalmente la Encarnacion del Verbo, la vida y muerte de Jesucristo (1).»

(1) Véase el *Catecismo histórico* de Fleury, la *Historia de la Religion* por Lhomond, el *Compendio del Antiguo Testamento* por Mensenguy, el *Discurso sobre la Historia Universal* de Bossuet y la *Biblia* de Royaumont.—A las personas puede aplicarse lo que Fenelon dice

El *dogma* lo constituyen las verdades, así como la moral los deberes. ¿Es posible practicar sin creer? Esta sola pregunta demuestra la necesidad imperiosa de que el sacerdote se consagre á la enseñanza del dogma desde la cátedra del Espíritu Santo.

En España, los oradores dogmáticos son ménos numerosos que los moralistas, y esto de mucho tiempo á esta parte. No censuramos á estos últimos; pero recomendamos la predicacion dogmática como necesaria, hoy más que en otras épocas.

La moral tiene por base el dogma, y este es á la vez fundamento y sancion de aquella: la moral sin el dogma es esa filosofía estéril á que tan apegados se muestran los hombres pensadores de nuestro siglo; filosofía estéril é infecunda, basada en la razon fria, en el cálculo, en los hechos históricos, pero destituida de autoridad y majestad, falta de esa fuerza irresistible de gracia, que comunica á la moral evangélica el que Jesucristo la haya consagrado con sus ejemplos, y los misterios la presten un género de persuasion superior y doblemente augusta que todos los razonamientos humanos.

El verdadero fin de los misterios, dice Bossuet en el prefacio de su *Catecismo*, es inspirar el amor á Dios y á todas las virtudes; no habiendo hecho el Señor cosas tan admirables para que se conviertan en pasto de los ánimos curiosos, sino para ser el fundamento de las santas prácticas á que la religion nos obliga.

acerca de la utilidad de la Historia sagrada respecto á los niños: *Educacion de las jóvenes*, c. VI.

Los grandes maestros de la predicacion en todos los pueblos se han esmerado en la enseñanza del dogma. En la sublime region de los misterios, dice M. de Boulogne (1), es donde se han visto cernerse las águilas del púlpito; de esos depósitos sagrados han sacado las aguas abundantes de la elocuencia sagrada; en ese santo de los santos es donde, penetrando como el gran sacerdote de la antigua ley, han ido á buscar esos oráculos que las poblaciones, conmovidas y llenas de asombro, han estimado como el eco de la voz de Dios mismo; y, por el contrario, á causa de haber descuidado la parte doctrinal y misteriosa, y de haberse inclinado demasiado á la parte moral y humana, es por lo que muchos predicadores modernos han faltado al verdadero objeto de la instruccion cristiana, el de enriquecer la moral por el dogma y el dogma por la moral.

De aquí dimana principalmente la incontestable superioridad de los predicadores católicos sobre los protestantes; pues estos apoyan todos sus sermones en una razon desnuda, que al parecer se espanta de cuanto es dogma y repele todo lo que es misterio. Por lo tanto, debe tratarse á fondo el dogma, dar á conocer á Dios y sus perfecciones, á Jesucristo, sus misterios y su doctrina, la Iglesia y su autoridad infalible, la justificacion y la gracia, los Sacramentos, la necesidad y las cualidades de la oracion.

La enseñanza del dogma no excluye, ántes bien hace más necesaria la *moral*. Teniendo en cuenta que la salvacion de los oyentes, objeto especialísimo de la predicacion,

(1) Discurso sobre las causas de la decadencia de la elocuencia.

no se obtiene sino por las obras, es evidente que el predicador que se limita á la especulacion y á las consideraciones dogmáticas, falta completamente á su objeto.

Para ser útil, es preciso que el sacerdote lo refiera todo á la práctica, esto es, á la reforma de las costumbres, al ejercicio de las virtudes, hasta el punto que, aun cuando trate una materia puramente dogmática, debe siempre terminar por una consecuencia moral que propenda al perfeccionamiento del hombre. Los principales asuntos que en este género han de tratarse son los *Mandamientos de Dios y de la Iglesia*, la naturaleza de los *Vicios* y de las *Virtudes*, dando á conocer el modo de evitar los unos y de practicar las otras, el ódio al pecado y sus diferentes especies, sin olvidar las faltas del pensamiento y del deseo, las omisiones y las palabras, la necesidad de las buenas obras, con el modo de ejecutarlas cristianamente, y la extension y práctica de los *Ejercicios de la piedad*.

Entre estos asuntos han de elegirse con preferencia las grandes obligaciones del cristiano y los defectos más comunes del entendimiento y del corazon cuando se aleja de las verdades esenciales de que ya hemos hecho mencion. No es esto decir que el predicador deba descuidar la enseñanza y la *perfeccion* de los justos, pues estas almas generosas, muy queridas y muy amadas de Nuestro Señor, tienen derecho á una abundante parte en la distribucion de la divina palabra; pero por lo regular, para estas almas no se necesita mas que una frase para hacer surgir una vocacion: testigo de ello San Antonio, á quien bastó para entregarse á Dios durante su vida oír leer en la Iglesia las siguientes palabras: *Si vis perfectus esse, vade, vende quod*

habes, et da pauperibus (1). El predicador podrá cumplir con lo que debe á estas almas escogidas, ya mezclando en sus discursos observaciones acerca de las excelencias de la perfeccion y consejos evangélicos, ó tratando estas materias *exprofeso*, cuando el género de auditorio lo permita. Han de explicarse tambien á los fieles las *Prácticas de la religion*, y por ellas entendemos las ceremonias del culto público y la administracion de los Sacramentos, las oraciones de la mañana y de la tarde, en fin, las costumbres piadosas.

Todas las ceremonias tienen un sentido oculto y son una predicacion en accion. Si el fiel las comprende, le interesarán, le instruirán y edificarán; pero si desconoce su significado, asistirá á ellas con indiferencia ó hastío, sin provecho para la piedad, y aun con frecuencia serán objeto de su crítica, calificándolas de rúbricas extrañas y sin valor. Nada más grato á los cristianos que oír semejante explicacion, ora porque una instruccion referente á objetos sensibles se acoge y retiene sin molestia, ora porque todos sienten un placer natural en saber la razon de las cosas que se ejecutan á su vista.

Con igual utilidad y gusto oirán los fieles la explicacion de las oraciones de mañana y tarde: su belleza no puede pasar desapercibida, y comprendiendo su significado las dirán con más frecuencia, con mayor piedad y atencion, entrarán en el sentido que expresan, y de este modo darán á Dios un culto verdaderamente interior; mientras que, si no se comprenden las oraciones que se pronun-

(1) S. Mat., XIX, 21.

cian, estas no son mas que un simple movimiento de labios en que la inteligencia ni el corazon entran para nada, y en que, no ocupando al alma ningun sentimiento piadoso, es difícil librarse de las distracciones que son obstáculos insuperables de toda oracion.

Por otra parte, ¿quién no siente curiosidad é interés por saber el significado de palabras que pronuncia todos los dias? ¿quién conservará unas costumbres de cuya eficacia no esté persuadido? Las oraciones de accion de gracias, de alabanza al Señor, el santo rosario, la meditacion sobre la pasion y muerte del Señor, las jaculatorias á la Virgen, la visita al Santísimo Sacramento, la costumbre de oír misa todos los dias y la mayor los feriados, el exámen de conciencia, los actos de fé, esperanza y caridad, los de contricion, las cuarenta horas, la visita á la Virgen, he aquí, entre otras, las prácticas piadosas que, no solo deben recomendarse, sino explicarse en el púlpito.

El mundo calificará de comunes y triviales las instrucciones sobre estas materias; pero sus vanas críticas no deben detener al predicador que sienta verdadero deseo de salvar las almas, puesto que por tales medios se asegura la conversion de los pecadores y se consigue la santificacion de los justos. San Francisco de Sales y San Ligorio no cesaban de recomendarlas (1), manifestando ser esta casi la única parte del sermón que retienen las personas sencillas que á él asisten: olvidan las divisiones, las pruebas, los giros oratorios; pero conservan una prác-

(1) *Cartas de S. Ligorio á un religioso amigo suyo, acerca de la elocuencia y de la predicacion popular*; se pueden leer en el excelente *Método general de Catecismo*, por M. Dupanloup, t. II, pag. 44

tica piadosa que se les ha explicado y recomendado, y esto ya es mucho para su salvacion.

Otras reglas pudiéramos consignar respecto á las materias de la predicacion; pero extendernos más seria traspasar los limites de este libro, al que no podemos dar mayores dimensiones que aquellas que consiente el tiempo que en la enseñanza escolar se destina á esta asignatura.

No debemos omitir, sin embargo, algunas advertencias de San Ligorio (1). Este santo aconseja que en la eleccion de materias para predicar han de preferirse los asuntos comunes y trillados á los extraordinarios y nuevos. La razon de esto es que los asuntos comunes son los más útiles; su misma generalidad demuestra su importancia y el haberse tratado por muchos que jamás podrán hacerse innecesarios é inoportunos. Si los oyentes los han oido ya, será conveniente que los vuelvan á oír, á fin de que se penetren de ellos cada vez más y los apliquen á la reforma de su vida.

Además, los asuntos triviales tienen con frecuencia, y más en el dia, el atractivo de la novedad, ya porque muchos predicadores los desdeñan, ya porque los más de los oyentes solo tienen conocimientos superficiales en religion, hasta el punto que los asuntos comunes, bien tratados y bien profundizados, parecen nuevos á la generalidad.

Los Padres en sus homilias, Massillon y Bourdaloue en

(1) *Verdadero modo de predicar apostóticamente*, núms. 43 y 44.— El P. Segneri, *Obligaciones de los párrocos*, pág. 128.

sus sermones, no trataron asuntos extraordinarios, sino que se limitaron á tratar las verdades más triviales, porque las consideraban como las más útiles y más importantes. Por lo tanto, los predicadores modernos no obrarian acertadamente creyéndose más hábiles en la eleccion de sus asuntos que aquellos grandes maestros de la cátedra evangélica.

Todo Pastor debe arreglar sus instrucciones de manera que pueda decir como el Apóstol á los habitantes de Efeso: *Mundus sum a sanguine omnium; non enim subterfugi quominus annuntiarum omne consilium Dei vobis*; es decir, que no debe haber en la religion asunto que, al cabo de cierto tiempo, no se haya enseñado en proporcion de su importancia y de la capacidad de los oyentes.

Punto segundo.

¿Qué debe omitirse en el púlpito?

1. *Falta de exactitud en la doctrina.* Todo lo que no sirve, todo lo que no conduce á la salvacion de las almas, debe excluirse en la predicacion.

El predicador, hemos dicho repetidas veces que habla como embajador de Dios, de lo cual se deduce que solo lo que Dios ha mandado y con el espíritu de su ley santa esté conforme, debe enseñarse en la cátedra de la verdad.

Decir en nombre de Dios cosas no conformes con la verdad, es hacer á Dios autor de la mentira y herir su veracidad infinita. El que no expone exactamente el dogma, desnaturaliza la cátedra del Espíritu Santo, convirtiéndola en cátedra del error; engaña á sus oyentes, les hace ad-

quirir ideas falsas sobre la religion y corre el riesgo de hacerles perder su eterna felicidad. Si la falta de exactitud es nociva respecto de la moral, atenuarla produce males mucho mayores; si se atenúa, se falsea la ley de Dios, se altera la severidad del Evangelio y se extravían las conciencias, haciéndose el predicador responsable de todos los pecados que sean consecuencia de sus blandas doctrinas y de su condescendencia con los pecadores, que le dicen: *Loquimini nobis placentia* (1).

El que de tal manera se conduce se atrae el anatema fulminado contra los *qui consuunt pulvillos sub omni cubito manus, et faciunt servicalia sub capite universae civitatis* (2), y hasta pierde la confianza de los oyentes, cuando estos son bastante instruidos para reconocer la inexactitud de su doctrina. Si, por el contrario, el predicador exagera la moral; si presenta como mortal lo que es venial, como precepto lo que es de consejo; si reconviene con igual acritud por las faltas leves como por las graves, tomando á la letra ciertas proposiciones mal comprendidas de los Santos Padres; si reúne sin discrecion todo lo que le sugiere una imaginacion ardiente, á fin de hacer más terrible su asunto, resultará de esto que unos, desanimados, abandonarán la virtud como impracticable; otros, formándose una falsa conciencia, todas sus acciones serán un manantial de escrúpulos y acaso de faltas graves; otros, en fin, afectados con sus exageraciones, llegarán á oír con desconfianza cuanto diga el predicador, atribuyendo sus palabras á su

(1) Isaias, c. XXX.

(2) Ezequiel, c. XIII.

carácter rígido ó exaltado, á su imaginacion declamatoria, y persuadidos de que siempre hay que aminorar algo de lo que oyen, podrán llegar hasta poner en duda las máximas más incontestables de la perfeccion cristiana.

Algunos críticos censuran á Massillon por haber sacrificado algunas veces la exactitud de la moral á los impulsos de la elocuencia, de tal manera, que los asuntos más terribles en sí mismos lo son todavía más en sus labios á consecuencia de las exageraciones adonde su imaginacion le conduce. Los que de tal manera proceden se olvidan que es preferible dejar al pecador en la apatía que precipitarle en la desesperacion; que el camino del cielo es bastante estrecho por sí mismo para reducirlo todavía más, y que el rigorismo de una moral exagerada contradice las palabras del divino Maestro: *Jugum meum suave* (1).

Las exageraciones de la moral, ora por ser demasiado severa ó excesivamente suave, es tan funesta á las almas como impropia en el ministro de un Dios todo verdad; es menester, pues, con anticipacion pesar bien todo lo que debe decirse en el púlpito, no permitirse nada que no sea indudable y exacto, no indicar sino los principios que pueden seguirse en la práctica, y no ser como esos predicadores de quien se dice que se muestran severos en el púlpito y blandos en el tribunal de la penitencia: *Eloquia Domini igne examinata* (2), *eloquia Domini, eloquia casta, argentum igne examinatum, purgatum septuplum* (3).

(1) S. Mateo, XI, 30.

(2) Salm. XVII, 31.

(3) Salm. XI, 7.

2. *Materias dudosas y controvertibles.* Con no menor cuidado que la falta de exactitud en la doctrina debe evitar el predicador el tratar materias dudosas y controvertibles: con las primeras se despierta la curiosidad y con las segundas se da pábulo á que se muevan luchas reñidas en que puede peligrar fácilmente la verdad.

Por otra parte, en la religion no hay nada dudoso ni controvertible, y de aquí que los que caen en este defecto es por entregarse á lecturas profanas y libros poco meditados, aunque sean buenos.

Las objeciones desconocidas presentan tambien gravísimos inconvenientes: toda objecion desconocida es como fruto prohibido, que excita la curiosidad y promueve el apetito.

Una objecion desconocida se oye con más atencion que la que para rebatirla se dice despues, y la inquietud, el desasosiego que produce dura por mucho tiempo: esta situacion es peligrosa, y de ella puede sacar gran partido un hábil enemigo de la tranquilidad y el reposo de aquella alma en quien se ha despertado un incentivo más para caer en el error.

Tambien debe huir el predicador de imponer sus opiniones particulares: *Incertu tractari non permittant episcopi*, dice el Concilio de Trento (1). Y efectivamente, teniendo por objeto la predicacion la palabra de Dios, esta es el dogma católico y no las opiniones aisladas de cada individuo. El predicador es embajador de Jesucristo, habla en su nombre, y de aquí que deba hablar como hablaría

(1) Sesión XXV, decret. de Purg.

Dios mismo, es decir, pronunciar tantos oráculos como palabras. Si saliéndose de este terreno predica sus opiniones particulares, en este caso no habla ya como Dios, ni de una manera digna de Dios, sino como hombre, y sus palabras, lejos de ser oráculos infalibles, están sujetas á error.

El que de tal modo se conduce no tiene derecho á exigir que le crean, y ni aun puede sin temeridad, dice San Bernardo, afirmar lo que enseña: *Opinio quæ assertionem habet, temeraria est* (1). Lo que dice un dia podrá contradecirlo al siguiente, sosteniendo que él solo tiene razon; y entónces la cátedra evangélica, de donde únicamente debe descender cual suave y benéfico rocío la palabra de Dios, se convertirá en un palenque al cual los hombres llevarán resueltamente sus opiniones humanas.

«Encargado el orador cristiano de predicar la doctrina de la religion, dice el Sr. Martinez y Sanz, debe anunciarla al pueblo fiel tal cual ella es en sí misma. La religion cristiana está en relacion con el entendimiento y con el corazon del hombre; contiene verdades especulativas y prácticas, y es un sistema divino en el cual están estrechamente enlazados los misterios, el dogma y la moral: el predicador que no comprende ni explica la religion en su admirable conjunto, sino que se contenta con recoger verdades especulativas y morales en el campo de la ciencia humana, ese no piensa en la doctrina cristiana, ó por lo ménos disloca sus verdades separando lo que Dios ha unido; y la mayor fortuna á que puede aspirar es á que le re-

(1) De Consid., lib. V, c. III.

conozcan como intérprete de la razón, pero no podrá honrarse con el título de embajador de Jesucristo: *Pro Christo ergo legatione fungimur* (1).»

El ejemplo de estas verdades nos ofrecen los oradores protestantes; erigiendo en autoridad el espíritu privado, desconocen el dogma, niegan la fé y se cierran voluntariamente el vasto campo de la enseñanza católica.

No basta decir en el púlpito cosas buenas, ni bien dichas, ni agradables al oído: los que así predicán atraen concurrencia; pero los que se precipitan para llenar el templo van á oír cantos melodiosos, como dice el Profeta: *Quasi carmen musicum*; y entre tantos oyentes es fácil que el predicador no encuentre un solo discípulo: *Audiunt verba tua et non faciunt* (2). Para que el hombre guste de las dulzuras de la virtud y aborrezca el vicio, ame á su Dios y le sirva, necesita ser atraído, arrancado de la tierra; hay que elevarle sobre el mundo sensible, levantándole á las regiones del espíritu, y á esto no alcanzan los discursos humanos; esto solo se puede lograr hablándole en nombre de Dios y con la palabra de Dios: *Ecce dedi verba mea in ore tuo.... ut evellas et destruas, et disperdas, et dissipas, et edifices, et plantes* (3); con esa palabra que el Apóstol llama viva y eficaz, más penetrante que una espada de dos filos, que alcanza hasta la división del alma y del espíritu, y discierne los pensamientos é intenciones del corazón (4).

(1) II. ad Corinth., v. 20.

(2) Ezeq., XXXIII, 31.

(3) Jerem., I, 9 y 10.

(4) *Ad Hebreos*, IV, 12.

Los Santos Padres han censurado la conducta de los que predicán de una manera simplemente humana. Estos oradores, dice San Agustín, no predicarán cosas malas: *non quidem iniqua dicuntur*; pero harto mal es predicar al pueblo cristiano una doctrina pobre y sin importancia con grande aparato de palabras: *In populo gravi.... exigua et fragilia bona spumeo verborum ambitu ornantur*. La elocuencia que agrada al siglo no alimenta la fé: *Eloquentia quæ huic seculo placet, non pascit fidem*; y no es extraño, dice San Isidoro, porque los que van á oír tales discursos buscan el placer que resulta de una composición estudiada, no la verdad de la doctrina: *Magis compositionem verborum quam sententiam veritatis sequuntur*.

Materia es esta sobre la cual podíamos aducir numerosas citas, pero bastan las consignadas para guía de la juventud llamada á ocupar algún día la cátedra de la verdad.

Si de estas reglas pasamos á su aplicación, fácil es inferir que no deben tratarse en el púlpito ciertas cuestiones delicadas, como la suerte de los niños que mueren sin bautismo, ó la de los infieles que hubiesen observado la ley natural; la materia de los Sacramentos, de la Confirmación y del Orden, el ministerio del Matrimonio, la mitigación de las penas de los condenados, el título de la ley respecto al interés, las invenciones de ciertos teólogos para explicar la presencia real del Señor y otras. Observemos, no obstante, que el predicador no debe creerse obligado á decir sino verdades definidas; aunque puede y debe tratar también las verdades que sin estar decididas forman parte de la doctrina universal, por ejemplo, la unión de la divinidad con el cuerpo de Jesucristo durante los tres

dias de su muerte, la naturaleza del fuego del infierno, la materia y forma del Sacramento de la Penitencia, la noción de la indulgencia plenaria y de la parcial, las opiniones de moral recibidas generalmente en las escuelas, con tal, sin embargo, de que separe lo cierto de lo probable, los puntos definidos de los que no lo son, y que despues de exponer los principios generales admitidos comunmente, deje á los fieles, á juicio de sus directores espirituales, las aplicaciones particulares sujetas á discusion, evitando, por último, con gran cuidado dar lecciones aventuradas, fijar el limite del pecado mortal al venial, cuando la doctrina comun no lo fija, é introducir, sobre todo, en su discurso opiniones extrañas, aun cuando permitidas en las escuelas: *Ne singulares opiniones, quanquam in scholis afferantur, ad concionem adhibeat*, dice San Carlos Borromeo, *nihil quod cum probatis Ecclesiae doctoribus consentaneum non sit, proferat* (1).

3. *Novedades peligrosas.* Palabra de Dios, dice el Espiritu Santo, es la que convierte: *Lex Domini immaculata convertens animas; testimonium Domini fidele, sapientiam præstans parvulis; præceptum Domini lucidum illuminans oculos*, en lo cual se censura toda novedad y se demuestra que sería necia presuncion el creer que al púlpito debe llevarse lo que el espíritu variable de los hombres inventa á cada paso para entretener el tiempo: *Prædicate Evangelium, prædica verbum*; he

(1) Act. Eccl. Mediol., part. IV, instr. prædic. de materia sacræ concionis.

aquí el círculo en que debe encerrarse el predicador.

El Evangelio, la palabra de Dios, esta es, dice Hamon, la materia necesaria, el alma y la sustancia de la predicacion: sustituir á ellas novedades profanas, cuestiones sociales, económicas, políticas ó filosóficas; pretender que el púlpito debe sufrir á cada paso reformas en armonia con las exigencias de la época, dando á los fieles una enseñanza distinta de la de nuestros padres, más en armonia con el siglo, es desnaturalizar la elocuencia cristiana.

Convertir la tribuna evangélica en una escuela propia de filósofos entregados como los del Pórtico ó el Liceo; descender á las disputas de los hombres, á lo arbitrario de las opiniones y á la movilidad de las vanidades humanas, es contradecir á San Pablo, que lleva su ódio á la novedad hasta condenar las expresiones nuevas: *Devitans profanas vocum novitates*, es ir contra el santo Concilio de Trento, que manda á los predicadores que no anuncien sino la ley de Dios: *Divinam legem annuntiant*; es procesar á los Crisóstomos, á los Gregorios de Niza y de Nianzo, á los Basilio, quienes deberian, segun estas teorías, haber predicado de distinta manera que lo habian hecho los varones apostólicos.

Los Santos Padres no hicieron concesion alguna al siglo, teniendo por cierto que la religion, tan antigua como el mundo, no permite nada nuevo, á no ser el giro que se dé á las ideas, ese ingenioso giro que hace aparecer siempre nuevas las cosas más antiguas. Es preciso predicar á Jesucristo crucificado, por mas que, como dice un sábio Prelado, el judío se escandalice y el griego califique de locura la palabra del sacerdote.

De las anteriores reflexiones se deduce cuán reprehensible sería que los predicadores se apartasen de la Escritura, de los misterios y de las virtudes cristianas, de los vicios y las pasiones, tal y como nos las presenta el sagrado texto. El remedio único para que estos abusos no sucedan, es sentar como regla absoluta é invariable, que el lenguaje del predicador debe ser de tal modo la expresion de las ideas y sentimientos de Jesucristo, que despues de haberlo oido cada cual pueda decir: *Hæc dicit Dominus*; todo discurso que no pueda sufrir semejante prueba, tened por seguro que no es un discurso evangélico.

4. *Transacciones y preferencias, distinciones y respetos humanos.* Todos somos iguales para el sacerdote, todos necesitados, todos hijos sumisos de la Iglesia, todos súbditos de su jurisdiccion santa y espiritual.

Las *transacciones y preferencias, las distinciones y respetos humanos* dicen mal en boca del sacerdote y deben con gran cuidado evitarse en la predicacion. Los Santos Padres, modelos acabados y maestros perfectos de enseñanza evangélica, se mostraron siempre enemigos de toda distincion y preferencia respecto á sus oyentes, y hubieran considerado como una traicion á Dios y á los hombres el olvidarse de la gloria del Señor ó de la salud y santificacion de las almas por consideraciones y respetos humanos. Jamás ocultaban á los fieles, aunque les desagradase, las austeras verdades del cristianismo, pudiendo á este proposito recordar un pasaje de San Juan Crisóstomo, que es una excelente leccion especulativa y práctica. Predicó el santo Doctor contra los que comulgaban

indignamente, y algunos de los oyentes encontraron dura su doctrina; sus quejas llegaron á oidos del santo, y en la primera vez que volvió á hablarles insistió con delicadas precauciones, si, pero con el mismo vigor, en la doctrina que pocos dias ántes habia sublevado el ánimo de los descontentos, y extendióse en consideraciones oportunas acerca de la grave obligacion que tiene el predicador de anunciar la doctrina severa de la religion y las funestisimas consecuencias que trae al pueblo y al orador mismo su debilidad y cobardía, cuando, por no desagradar á ciertos oyentes, rebaja su ministerio, demostró que le deprime quien no le desempeña con la noble franqueza y santa libertad que cumple á los enviados de Dios. «Nosotros, decia el santo, no somos legisladores, ni es nuestra la doctrina que enseñamos: ministros de Dios, hemos recibido del cielo las cartas que debemos comunicar al pueblo; si leemos lo que no está escrito en ellas ó le ocultamos lo que las mismas contienen, hacemos traicion á nuestro ministerio y arriesgamos la salvacion de los fieles y la nuestra propia.»

Este solo ejemplo, unido á lo que hemos citado ántes sobre otros puntos análogos á este, llevarán seguramente la conviccion al ánimo de los jóvenes seminaristas de la necesidad de eludir en el púlpito toda distincion que menoscabe la dignidad y la independenciam sacerdotal.

5. *Soluciones políticas y formas de gobierno determinadas.* Jesucristo dijo: «Mi reino no es de este mundo;» en otra ocasion: «Dad á Dios lo que es de Dios y al César

lo que es del César.» No olvideis, jóvenes seminaristas y sacerdotes, estas dos laudables lecciones para ejercer el ministerio augusto de la predicacion en lo que toca á las *soluciones políticas y formas de gobierno determinadas*.

Balmes, ese gran pensador, ese filósofo insigne, se lamentaba de los males que la conducta de los predicadores del Evangelio podria acarrear si indiscretos entraban en sus sermones en el campo vedado de las pasiones políticas y en las teorías de los hombres acerca de la gobernacion de los Estados, proclamando el principio salvador, dogmático, evangélico, de que la Iglesia no debe hacer causa comun con ninguna forma de gobierno, ni buscar su apoyo en determinado sistema político, sino encerrarse en los grandes elementos de su vitalidad religiosa, de su universalidad católica, de su autoridad divina, y resplandecer pura, inmaculada, serena, sublime, lo mismo bajo el amparo del absolutismo austriaco que á la sombra de las banderas republicanas de Sonderburg.

Esto mismo queremos nosotros y esto recomendamos encarecidamente á los sacerdotes, con más razon, con más motivo en la época que atravesamos, en que, como dejamos dicho, nada más fácil que dejarse arrastrar por un celo mal entendido y comprometer el éxito de la palabra siempre augusta, siempre santa de la verdad. Todo lo que no se encamina á la salvacion, no es propio para proporcionarla: *Questiones... quæ ad ædificationem non faciunt est ex quibus nulla fit pietatis accessio, a popularibus concionibus secludantur*, dice el Concilio de Trento. El carácter de la palabra de Dios es la utilidad: *Ego Dominus Deus*

tuus docens te utilia, dice el Señor en Isaías (1). El sábio en el Eclesiástico enseña al pueblo; pero su discurso no contiene sino cosas útiles y llenas de verdad: *Cumque esset sapientissimus Ecclesiastes docuit populum.... quæsiuit verba utilia et conscripsit sermones rectissimos ac veritate plenos* (2). San Juan Bautista fué destinado para preparar los caminos al Mestas, pero su predicacion se resume toda entera en la ciencia de la salvacion: *Puer Propheta.... ad dandam scientiam salutes plebi ejus* (3). Jesucristo no dijo nunca en su predicacion ni una palabra que no se encaminase á la salvacion; y San Pablo tomaba por testimonio á los de Efeso de que no les habia predicado otra cosa que lo que les era útil conocer: *Scitis quomodo nihil substraxerim utilium* (4), prohibiendo á Tito que se ocupase de las disputas de genealogía, porque eran inútiles para la salvacion: *Genealogias devita: sunt enim inutiles* (5).

Siendo, pues, la salvacion el único objeto de la predicacion, todo lo que no se encamine á ella es inútil é inoportuno. Nunca, por consecuencia, se debe hablar en el púlpito ni de política, ni de negocios temporales, ni de intereses personales, ni de contiendas ó altercados particulares. Nunca ha de hacer el sacerdote intervenir en su discurso puntos de historia, de ciencia ó de arto que en nada conduzcan á la gloria de Dios y á la salvacion de las

(1) Isaías, XLVIII, 17

(2) Eccles., XII, 9.

(3) S. Luc., I, 77.

(4) Act. XX, 20.

(5) Tit., III, 9.

almas. Es menester no hacer caso de los sistemas de física, hablar del cielo y de la tierra como se hablaba ántes de Descartes y de Copérnico, y como todos hablan en el día en el lenguaje de la conversacion.

Las discusiones científicas son en el púlpito peligrosas y dan por resultado á lo más admirar la ciencia del predicador ó lisonjear la curiosidad de los oyentes; quitando al discurso su uncion y su fuerza, prolongando inútilmente su marcha y haciendo perder de vista el objeto esencial de la enseñanza evangélica. Quintiliano prohíbe que el orador se separe de lo que es útil al asunto por el atractivo de la vanagloria, y esto, por desgracia, acontece á muchos: *Cavendum ante omnia, ne, quod plerisque accidit, ab utilitate causæ presentis cupido laudis abducat* (1).

(1) Lib. XII, cap. IX.

CAPÍTULO III.

CUALIDADES ESENCIALES DE LA PREDICACION.—PRIMERA CUALIDAD.—*La predicacion debe ser adaptable al Predicador.*— Consideraciones generales.— PUNTO ÚNICO.—*El predicador necesita reunir las condiciones siguientes:*—1.^a Mision legitima.—2.^a Pureza de intencion.—3.^a Vida santa y ejemplar.—4.^a Celo.—5.^a Espiritu de oracion.—6.^a Condiciones físicas de actitud.—7.^a Constancia en el estudio; talento del púlpito.

●
De poco servirá al orador sagrado poseer los conocimientos de que ántes hemos hecho mencion, hallarse persuadido de la alta importancia de su ministerio y de las excelencias de la enseñanza católica, si por otra parte desconoce las *calidades esenciales de la predicacion*.

Para desenvolver una materia de tanto interés y recopilar los numerosos preceptos que sobre ella se hallan esparcidos en otros tratadistas, la dividiremos en las secciones siguientes:

- 1.^a La predicacion debe ser adaptable al predicador.
- 2.^a Acomodada á las condiciones y circunstancias del auditorio.
- 3.^a Eficaz para ejercer una accion directa y duradera sobre las almas; y
- 4.^a En armonía con el fin que la ha señalado el soberano Autor de toda verdad.

Solo con estos caractéres puede llamarse perfecta la

predicacion ; caractéres que son indispensables á todo discurso sagrado, y que por difíciles que parezcan no pueden excusarse, si es que se han de realizar en la persona del predicador las consoladoras ofertas de Jesucristo.

Puesto de manifiesto el orden en que vamos á exponer esta parte de la enseñanza oratoria, entraremos en materia, no sin reclamar ántes muy particularmente la atencion de nuestros lectores sobre los puntos que van á ocuparnos hasta la conclusion de este titulo.

SECCION PRIMERA.

LA PREDICACION DEBE SER ADAPTABLE AL PREDICADOR.

Consideraciones generales. Tan ostensible es la utilidad y la conveniencia de que todo discurso se acomode á las condiciones especiales del que habla (1), que nos pareceria ofensivo á la ilustracion de nuestros lectores extendernos mucho en la demostracion de esta primera cualidad, de este primer requisito de la predicacion.

Præclara sane est et elegans oratio est, dijo Sócrates refiriéndose á un discurso que Lisias le habia preparado para que hiciese su defensa, *sed non convenit á Socrates*; palabras dignas de la sabiduria de aquel gran filósofo. No satisfecho Lisias, replicó:—¿Y por qué no conviene?—Por lo mismo, contestó Sócrates, que no todo calzado sienta bien á todos los piés por sola la cualidad de estar bien hecho y ser elegante.

(1) *Providendum est ne quæ dicuntur ab eo qui dicit dissentiant... Edem aliter Cæsar, aliter Cicero, aliter Cato suadere debent*, dice Quintillano, lib. III, cap. VIII.

Por desconocer ó echar en olvido esta primera cualidad esencial de la predicacion, se han perdido y se pierden con frecuencia para el púlpito multitud de operarios útiles; y los hombres superiores que en la cátedra sagrada se han hecho notar, ha sido principalmente por seguir las inspiraciones de su genio, por no contrariar sus propios gustos, por cultivar el género para que la naturaleza les habia formado y trabajar sin tregua para sacar de él el mejor partido.

El que se aparta un poco no más de la senda que ha debido seguir, con dificultad vuelve á ella; el que se sale del círculo dentro del cual pudiera moverse, se desacredita y pierde todo mérito; el que no procura desarrollar su propio talento, el que rehusa los dones con que Dios le ha enriquecido, pronto experimenta cuán verdaderas son las siguientes palabras del poeta:

Tu nihil invita dices faciesve Minerva.

Es tan necesaria esta primera cualidad, que sin ella la predicacion se esteriliza, se pierde y llega á ser inútil. Lo que conviene á un jóven, dice mal en boca de un anciano (1); lo que se acomoda á un párroco, es por lo comun impropio de un misionero; lo que puede decir un Obispo, desdeceria en cualquier sacerdote por caracterizado que fuese.

De esta regla no se olvidaron los Santos Padres, estando acordes San Agustin (2), el Crisóstomo (3) y San Ambro-

(1) Quint., lib. XI, c. I.

(2) S. Agust., *De Doct. christ.*, l. IV, cap. VI.

(3) *Hom. XI.*

sio (1), en que á cada edad conviene un género distinto de elocuencia, lo cual equivale á decir, que el discurso debe ser hijo de aquel que lo pronuncia; que aun lo que otro escriba, si bien puede aprovecharse en cuanto á la doctrina, no por eso debe omitirse el acomodarlo al estilo y condiciones del que lo utiliza, haciéndolo suyo para que produzca los fines que debe proponerse todo orador.

Si el discurso no es preciso que revele un hombre de genio, es inexcusable que dé á conocer un hombre de gusto y de buen sentido; siendo, en dictámen de Ciceron, extravio lamentable despreciar lo que se tiene por ir en busca de lo que no se puede adquirir. Si el Crisóstomo hubiese querido ser San Agustin y este San Basilio, sus nombres hubiesen quedado oscurecidos en vez de brillar como espejos refulgentes en que todos los sacerdotes deben mirarse.

La educacion oratoria, hemos dicho ántes de ahora (2) tiene por objeto hacer posible la combinacion en la palabra de la *naturaleza y el arte*: las disposiciones naturales son tan necesarias como el estudio, pero no debe jamás echarse en olvido que lo que sale fuera de lo natural es siempre falso, fingido, amanerado, violento é incapaz de agradar y ménos de mover.

De estas ligeras consideraciones podemos deducir entre otras las conclusiones siguientes:

1.^a Que el predicador debe procurar con gran empeño conocer la extension de sus facultades, el limite de su

(1) *De Elia et jejunio*, c. XX.

(2) Introduccion á la HISTORIA, tomo I, III, pag. LII.

capacidad y su instruccion, acomodando á ellas la eleccion del asunto, el estilo, la accion, el gesto y hasta el tono de su voz, en términos de no aparentar más arte, ni más ciencia, ni más capacidad que aquella que le sea propia y natural.

2.^a Que el predicador debe conocer á fondo los diversos géneros de la enseñanza evangélica, y seguir despues aquel para el cual se sienta más dispuesto é inclinado. El desconocer esta regla ha hecho caer á muchos en el ridiculo, puesto que pudiendo consagrarse con éxito á un género, lo han abandonado para tomar otro, olvidando la conducta de David cuando le presentaron la armadura de Saul:—No puedo, dijo, caminar de esta manera ni entrar en el combate, porque no estoy habituado á tales armas: *Non possum sic incedere, quia usum non habeo*.

3.^a Que al dar principio al ejercicio de la predicacion no deben tenerse grandes pretensiones, ni hacer discursos que revelen una fatuidad impropia del ministro de Jesucristo; ántes por el contrario, deben elegirse asuntos fáciles y ser breve y modesto en toda peroracion.

4.^a Que conviene no caer en el peligro de querer imitar á los predicadores que gozan de más fama. En buen hora que se tome de ellos lo que convenga al modo de sentir y aun de decir del predicador; pero aspirar á copiarlos servilmente como hacen muchos, equivale á renunciar para siempre á ser un buen orador. Los que caen en este escollo son siempre objeto de la crítica más amarga: vale más ser mediano en un género propio, que copia desfigurada de un modelo excelente.

Con estas prevenciones fácil es conseguir un resulta-

do favorable, un éxito seguro en el ejercicio de esa misión augusta, para la cual el sacerdote necesita otras cualidades de que pasamos á ocuparnos, desenvolviendo el primer punto de vista del tema que sirve de epigrafe á este capítulo.

Punto único.

Condiciones que necesita reunir el predicador.

1. *Misión legítima.* No todo sacerdote, por solo serlo, puede decirse que reúne esta primera cualidad, ni tiene derecho á subir á la cátedra del Espíritu Santo.

La *misión legítima* no nace exclusivamente del acto de la ordenación; es preciso que el predicador obtenga expresa autorización del Obispo de su diócesis, y á más de esto el beneplácito del párroco en cuya iglesia se proponga predicar.

Esto, en sentir de Limoges, se llama *misión legítima*, y el mismo San Pablo demuestra ser necesaria para el sacerdote, cuando dirigiéndose á los Romanos les decía: *Quomodo prædicabunt nisi mittantur* (1); palabras que son la confirmación de estas otras del profeta Jeremías: *Cum non mississem eos, nihil profuerunt populo huic* (2).

La subordinación gerárquica, tan necesaria en la Iglesia, es uno de los fundamentos de la doctrina que acabamos de sentar; pues si suponemos por un momento que cada cual por solo ser sacerdote pudiera predicar la pala-

(1) Rom., X, 15.

(2) XXIII, 32.

bra de Dios sin la autorización expresa del Prelado, esto cedería en menoscabo de sus naturales prerogativas y preeminencias, viéndose por otra parte los Obispos imposibilitados para el desempeño de los deberes que les impone el doble título de custodios de la fé y Pastores de las almas.

La *misión legítima* está fundada también en la naturaleza misma de la predicación, porque siendo esta una *legación*, es necesario que el predicador sea enviado legítimamente, y no puede serlo sino por aquellos á quienes Dios ha revestido con autoridad bastante para el gobierno de la Iglesia, toda vez que en la actualidad no existe *misión inmediata* como en tiempo de los Apóstoles y de los Profetas.

De esta condición se sigue:

1.º Que el sacerdote debe ir á predicar á todas partes donde Dios le envía por mandato de sus superiores, sin alegar por excusa los recelos que la excitiva modestia suele sugerir. Una vez *enviado*, es cuando el sacerdote debe decir: *En verbo tuo laxabo rete* (1), y contar con las divinas promesas: *Vir obediens loquetur victorias* (2). *Si Dominus magnus voluerit, spiritu intelligentie replebit illum* (3). *Venit et mittan te... Ego ero tecum* (4).

2.º Que es menester no contrariar ni torcer la elección de los superiores por medios directos ó indirectos, puesto que esto equivaldría á pretender desnaturalizar por

(1) Luc., V, 5.

(2) Prov., XXI, 28.

(3) Eccles., XXXIX, 8.

(4) Exod., III, 12.

medios puramente humanos los designios de la Providencia.

3.º Que en el caso de poder escoger entre muchos púlpitos sin que los superiores los determinen expresamente, deben elegirse aquellos en los cuales se presume que la predicacion será más útil, y no donde se espere conseguir mayor gloria, ó lo que es peor, mayores rendimientos. Una mision divina, tal como la del predicador, no debe partir jamás de la vanidad ó de la avaricia, ni reconocer otro móvil que un gran interés por la gloria de Dios y la salvacion de las almas.

2. *Pureza de intencion.* Nuestro venerable Granada, hablando de esta cualidad, dice que es indispensable para desempeñar bien el ministerio evangélico, habiendo, añade, muchos predicadores, y particularmente entre los jóvenes, que se cuidan de esto tan poco, que ni aun siquiera conocen su significado y valor (1).

El fin especial del que enseña en la Iglesia, dice San Próspero (2), es hacer mejores á los que le escuchan: *Hoc specialiter doctor ecclesiasticus elaboret, quo fiant qui audiunt eum, meliores, non vana attentione fautores*; y de esto se deduce fácilmente la exactitud de lo que escribe el P. Granada explicando esta dificultad del ministerio: *la rectitud y pureza de intencion* equivale en su sentir, ó quiere decir, que olvidándose el predicador de sí mismo, de sus comodidades y hasta de su carácter, ponga fija su

(1) Ret., lib. I, cap. V.

(2) *De vita contemplativa*, lib. I, cap. XXIII.

vista en la gloria de Dios y en la salvacion de las almas; que atienda solo á estos fines, los busque, piense en ellos, los tenga ante sus ojos y jamás aparte de ellos el pensamiento para fijarlo en su persona (1).

«La fuerza, el poder de los ejércitos brillantes de que habla el sábio (2), y qué fácilmente pueden compararse á los predicadores, dice el venerable Lanuza (3), no consiste en el cuerpo, ni en las espadas y corazas; toda es fuerza del alma, rectitud y pureza de intencion, destinada á sujetar entendimientos, rendir voluntades y conquistar corazones. Fuerza que consiste en una luz llena de beneficencia y de pureza como la de las estrellas: *Siderum limpidæ flammæ, limpidum stellarum lumen*. Luces son los ministros de Dios que alumbran los entendimientos, inflaman las voluntades, limpian los corazones y rinden las almas; soldados maravillosos son estos que hermocean el cielo de la Iglesia, alumbran el mundo, proceden segun orden de Dios, y están á punto para ejecutar sus órdenes: *In verbis Sancti stabunt ad iudicium*. En las palabras del Santo, esto es, del Dios de los Santos, ejecutarán los juicios del Altísimo, iluminarán los corazones y los traerán á su amor. Estos son los soldados que sirven al Señor para la conquista del mundo y con los que alcanza sus victorias contra el inferno y el pecado.»

Textos tan elocuentes demuestran la excelencia de esta cualidad inherente á la predicacion, y sobre la cual debe muchas veces insistir el profesor. El deseo más ve-

(1) Ret., lib. I, cap. V.

(2) Ecles., XLIII, 10.

(3) *Discursos predicables*.

hemente de un ministro evangélico no debe ser otro que herir los corazones y hacer que sus oyentes prorumpán en gritos de compuncion y no en exclamaciones de entusiasmo y admiracion, entrar en su conciencia, penetrar en el alma y conquistarla para Dios.

Tal debe ser el móvil de la palabra evangélica, segun hemos dicho repetidas veces : apartar de sí cuanto pueda germinar en su pecho la vanidad de los aplausos humanos, este debe ser el trabajo del predicador ; funesta vanidad, combatida enérgicamente y anatematizada por la Iglesia.

¿Qué hay, por otra parte, más contrario á los ejemplos de Jesucristo, de los Apóstoles y los Santos Padres? *Honorifico Patrens meum*, decia el Salvador, *ego non quaero gloriam meam* (1); y San Pablo, hablando en nombre de todos los demás Apóstoles, escribia: *Non quasi hominibus placentes, sed Deo qui probat corda nostra* (2). No buscamos ni apetecemos bienes temporales, ni lisonjear nuestro orgullo, ni atraernos la gloria y estimacion de los hombres: *Neque enim fuimus in sermone adulationis, neque in occasione avaritiae, nec quærentes ab hominibus gloriam* (3). No nos predicamos á nosotros mismos, sino á Jesucristo: *Non nos metipsos prædicamus, sed Jesum Christum* (4); es decir, segun la interpretacion de Santo Tomás, no referimos nuestras predicaciones á nuestra gloria ó á nuestro interés, sino á la gloria de Jesucristo.

(1) Soam., VIII, 49 y 50.

(2) Thess., II, 4.

(3) Thes., II, 5.

(4) Cor., IV, 5.

Predicamos con toda sinceridad, hablamos de parte de Dios, en presencia suya y en el espíritu de Jesucristo: *Ex sinceritate sicut ex Deo, coram Deo, in Christo loquimur* (1).

La vanidad, dice San Gregorio Magno, es un enemigo insidioso que acecha al orador, sucediendo á menudo que quien comienza con recta intencion, decae insensiblemente y concluye como no pensaba : *Cumque placere mens utiliter studet, ad amorem laudis propriae turpiter destituit.... cumque propositae utilitatis intentio ad studia privata deducitur, horrendo modo unum idemque opus culpa peragit, quod virtus inchoavit. Saepe et ab ipsis exordiis aliud cogitatio expetit, aliud actio ostendit.*

Librarse de este enemigo es un deber indeclinable, y de aquí la doctrina que venimos exponiendo: el que no imita á Jesucristo, á los Apóstoles y á los Padres en la rectitud y pureza de intencion, se constituye en opositor del divino Fundador y de sus escogidos y hace á Dios un ultraje directo.

El predicador, repetiremos mil veces, no habla en su propio nombre, sino en nombre de Jesucristo; es enviado de Dios para volver á la virtud á los corazones extraviados, y no para hacer su propia apología y satisfaccion; es delegado de Cristo, encargado de decir á las almas que este divino Salvador desea unirse á ellas, y no para usar expresiones propias á fin de conquistarse su voluntad y sus afectos. Miserable é infeliz traidor, *miser et infelix*

(1) Cor., II, 17.

proditor (1), exclama San Juan Crisóstomo, el que de tal manera se conduce, el que se predica á sí mismo y no predica á su Dios: semejante á Judas, añade, se propone en el ejercicio de su apostolado un lucro miserable: *Fiur erat et loculos habens* (2); más miserable aun, puesto que consiste en la satisfacción mezquina de su gloria personal y encumbramiento.

El que carece de la cualidad que nos ocupa se asemeja á los falsos apóstoles de que hablaba San Pablo: *Spendo apostoli, operarii subdoli, transfigurantes se in apostolos Christi* (3): *quidam per invidiam et contentionem prædicant* (4); rebaja la grandeza de su misión hasta las bajezas del amor propio; se vale de este recurso divino para hacer pensar en su personalidad y adquirir vanos inciensos de alabanza, aplicando los talentos que Dios le diera para salvar las almas en labrar su propia ruina y condenación. Crimen es este de que el Señor se queja, dice San Bernardo (5) por estas palabras del Profeta: «Les he dado mi oro y mi plata, y los han hecho servir para el culto de Baal.»

De tal modo se corrompe y envilece la divina palabra empleándola, no en enjendrar hijos para Dios, según el designio que Jesucristo tuvo al confiarla al sacerdote, sino en enjendrar elogios para su persona, admiradores de su mérito; lo cual es, según San Gregorio, una especie de

-
- (1) Hom. XXX.
(2) Joan., XII, 6.
(3) Cor., XI, 13.
(4) Phil., I, 15.
(5) En Canti., serm. XLI.

adulterio: *Adulterare verbum Dei est ex eo non spirituales fructus querere, sed adulterinos fæctus laudis humanæ* (1); siendo este mismo sentido el de las siguientes palabras del Apóstol: *Non sumus sicut plurimi adulterantes verbum Dei* (2).

El predicador presuntuoso hace á Dios otro ultraje, puesto que si algunas almas se mueven al oírlo, se atribuye esta gloria y se apropia para sí un mérito que solamente pertenece á Dios. Porque si al hombre le es lícito plantar y regar, solo Dios hace nacer y crecer; y si el hombre puede herir los oídos, Dios solo muda los corazones: solo á Dios, que no al hombre, pertenece pues la gloria de la conversión: *Soli Deo honor et gloria*.

En la vanidad y el amor propio del predicador hay un fondo incomprensible de injusticia. ¿Qué diríamos de un padre que acudiendo para salvar á sus hijos de un gran peligro se preocupara ménos de la libertad de estos que del parecer de los espectadores, consolándose fácilmente de la inutilidad de sus esfuerzos con tal que se tributasen elogios á su destreza y habilidad? Esto casi no se concibe; pues bien, el predicador que se predica á sí mismo es aun más criminal que sería ese padre. Siendo padre espiritual de su pueblo, que acude al templo para salvarse de una muerte segura, se olvida de su salvación y de los peligros que le cercan para satisfacer su vanidad; llegando hasta el extremo de quedar satisfecho si le dicen que ha predicado bien, aunque no haya obtenido una sola conversión.

-
- (1) Moral, lib. XVI, 25, y lib. XXII, c. XII.
(2) II. Cor., II.

Semejante conducta daña en gran manera al que la sigue, y por esto insistimos tanto en esta cualidad, la más esencial, puesto que atañe al espíritu y no á la forma de la predicacion. El que prefiere su gloria á la gloria de Dios, conseguirá para su propio castigo la reputacion que ambiciona; pero esa reputacion, puramente humana, le hará perder la estimacion de Jesucristo, siendo para él ese peligroso escollo un principio de caida y de pecado: *Mitium omnis peccate superbia* (1).

Para que la predicacion no sea estéril, son necesarias por otra parte las bendiciones del cielo, la benevolencia y el fervor del auditorio, y un discurso propio para producir la conversion del pecador y la perseverancia del justo, caracteres que no es posible reuna el que se predica á sí mismo, condiciones que excluye el amor propio en toda predicacion.

Deduzcamos ya las importantísimas conclusiones que se desprenden de la doctrina que acabamos de exponer, siguiendo en este punto al célebre Hamon, que tantas veces hemos citado.

1.º El predicador debe repasar con frecuencia estos consejos que San Francisco Javier daba al Padre Barzeé en la *Guia de los que anuncian la palabra de Dios*.—Como por todas partes oigo elogiar vuestras predicaciones, le decia, temo mucho que á fuerza de agradar á todos llegueis á presumir de vos mismo. Humillaos continuamente en vuestros progresos, refiriendo á Dios los elogios que se os tributan, único Autor de vuestros talentos, por gran-

(1) Eccles., X, 15.

des que sean, y de todo el provecho que saquen de ellos vuestros oyentes. Nada os pertenece en propiedad en este ministerio, sino las faltas que en él podais cometer. Creed que si Dios da luz y fuerza á vuestros discursos, aunque seais indigno, es un favor que otorga, no á vuestros méritos, sino á las oraciones de la Iglesia y á la piedad del pueblo. No olvidéis tampoco que llegará dia en que deis á Dios severísima cuenta de los dones que os han sido confiados para bien de los demás...

Comparad el fruto de vuestras predicaciones con el fruto mucho más abundante que de ellas resultaria si no pusiérais obstáculo con vuestros pecados diarios á los designios de la bondad divina, y convencido de estas ideas, cuanto más os eleven, más debéis humillaros.

Tambien os suplico que sin demora os dediqueis á ejercicios que hagan nacer en vuestra alma un agradecimiento inmenso hácia Dios; pues si llegarais á descuidarlos ó interrumpirlos, lo temeré todo por vuestra salvacion. Acordaos de tantos predicadores como, despues de haber evangelizado á los pueblos, se han hecho réprobos solo por que carecian de humildad. Predicaron con elocuencia y aplauso, obtuvieron conversiones; pero despues de haber servido de instrumentos á las misericordias del Señor, fueron precipitados en el fuego eterno, porque se atribuyeron una gloria que solo pertenece á Dios, y alzando soberbios la cabeza, se encontraron con los rayos que Dios lanza contra los que se elevan...

A fin de evitar semejante desgracia, calculad lo que en vuestras predicaciones pertenece á Dios y lo que os pertenece á vos mismo; entónces no hallareis de qué glo-

rificaros, sino de seguro mucho de que temblar y humillaros.»

2.º Lo mismo ántes, en el momento y despues de la predicacion, es preciso estar alerta contra el amor propio: es tan difícil no sufrir sus influencias, como fácil hallar disculpas para justificarlo: San Gregorio el Grande dice de sí mismo en el último capítulo de sus *Morales*: «Si entro en mi corazón para examinar la intención que me ha llevado á componer esta obra, veo que la he emprendido con la mira de agradar á Dios; mas al mismo tiempo conozco que con esta primera intención suelen mezclarse otras miras ménos puras y cierto deseo de la gloria humana, que se apodera de mi mente como el ladrón que de improviso y en medio de un camino se arroja sobre el viajero.» El ejemplo de este gran santo enseña á los predicadores lo mucho que deben prevenirse contra tan peligroso enemigo. Nunca deben permitirse un impulso, una frase ni una palabra para hacerse notar, para excitar la admiración y que digan: ¡Qué excelente! ¡qué bien dicho está! ¡qué hermosas imágenes! Léjos de buscar tales elogios, deben humillarse cuando los oigan, porque son una prueba de que han faltado á su objeto, que es la conversión. Si los oyentes estuvieran movidos y convertidos en realidad, no pensarían en la forma del discurso, sino se ocuparían por entero del fondo de las cosas.

3.º Así como es menester olvidarse de sí mismo al predicar, de igual manera es necesario preocuparse con gran cuidado de lo que constituye el fin de la predicación ó sea de la gloria de Dios y de la salvación de las almas; no imitando á esos predicadores que solo anhelan des-

empeñar su cargo de modo que complazcan á sus oyentes, y ni aun por un momento piensan en convertir. El hombre de Dios, el verdadero predicador se diferencia en esto precisamente del que no lo es.

No se infiera de lo que hemos dicho que queremos disuadir al predicador del deseo de agradar, puesto que este es un medio de que cumpla más fácilmente con su deber. San Agustín dice que oía á San Ambrosio, atraído, no por la doctrina que predicaba, sino por la dulzura de sus palabras; y de esta dulzura se sirvió Dios para hacer penetrar la verdad en aquella grande alma. Lo que queremos con San Gregorio Magno, es, que el predicador procure agradar para que la palabra de Dios fructifique; pero que no convierta en favor suyo el gusto de los fieles, segun aconseja Santo Tomás: *Quod fit dum aliquis sic loquitur quod auditores delectet, quod non debet aliquis quærere propter favorem suum, sed ut homines alliciantur ad audiendum verbum Dei.* Así se explica perfectamente cómo el Apóstol dice unas veces que procuraba en el ejercicio de su ministerio hacerse agradable á todos, y en otras exclamaba: «Si yo agradase á los hombres, no sería siervo de Cristo.»

Guardar este justo medio es difícil. San Juan Crisóstomo, ántes de ser ascendido al sacerdocio, lo consideraba como superior á sus fuerzas; encargado de la predicación, nadie se vió tan cercado como él por la vanagloria, nadie empero la menospreció con mayor independencia y nadie fué tan elocuente. San Agustín sintió los estímulos de esta insidiosa tentación, y temblaba de tal manera ante el peligro de caer en ella, que pedía á los oyentes que con sus

oraciones le alcanzasen de Dios las fuerzas para vencerla, oraba él mismo al intento, y recomendaba al orador cristiano la oracion como medio necesario para el más fiel y acertado desempeño del ministerio.

3. *Vida santa y ejemplar.* El ministro de la divina palabra debe predicar más con la inocencia de su vida y la pureza de sus costumbres, que con sus exhortaciones y doctrina; esto dice el V. Lanuza, y acerca de una cualidad tan necesaria á la predicacion, han escrito los Santos Padres y maestros de retórica eclesiástica de todos tiempos, confirmando la doctrina evangélica sobre este punto y las continuas y frecuentes alusiones que se hallan en el Antiguo Testamento (1).

Vir bonus, dicens peritus, llamaban los antiguos filósofos al orador, y el fundamento de la elocuencia, segun Ciceron, es la práctica de las virtudes y las buenas obras que le recomiendan: el que obra en oposicion de lo que aconseja, desvirtúa el efecto; por lo cual, segun San Gregorio, la obligacion principal del orador sagrado es hacer más ruido con sus acciones que con sus palabras, y mostrar más con su ejemplo que con sus voces el camino de la virtud.

San Agustin dice que la buena y santa vida del predicador hacen mayor fuerza é impresion que la más fina y persuasiva elocuencia (2): vivir mal y enseñar bien, escri-

(1) Véase al V. Granada, *Retórica*, lib. I, cap. CL.—*Guía de los que anuncian la palabra de Dios*, id., tom. IV, primer trat., cap. VIII.—*Pastoral de Limoges*, tit. III, cap. III.—*Espejo del Clero*, tom. II.—Albert., 1.^a parte, cap. V.—*El predicador*, por Morel, cap. I y II.
(2) *De Doct. Christ.*, lib. IV, cap. XVII.

be San Próspero, no es otra cosa que condenarse con sus propias palabras (1), y lo mismo afirma el Crisóstomo (2), siendo notabilísimos sobre este particular los discursos del Apóstol y del Padre San Gregorio.

«Es verdad, dice el V. Lanuza, que la palabra de Dios es viva y eficaz, que no pierde su divina fuerza porque se derive de inmundos canales; que el Señor depositó su sabiduría en los labios del sacerdote y no en su corazon: que injustamente se desprejará una doctrina santa porque sea propuesta por un hombre lleno de defectos, y que, finalmente, el cristiano no debe poner sus ojos en la vida, sino en las palabras del sacerdote: *Nom vitam, sed verba attende.* Pero el ministro de Dios debe extremecerse á vista de su indignidad, si no lleva con honor el sagrado depósito que el Señor le ha confiado. Debe considerar que profana su sagrado ministerio con sus malas obras, que envilece la doctrina santa, que anuncia sacrilegamente las justicias de Dios y toma sin decoro en su boca su santo Testamento. Y que, finalmente, todas las amenazas que publique contra los pecadores, le comprenden con mayor motivo, y él mismo pronuncia contra sí la última y más funesta sentencia cuando contradice con sus obras lo que enseña con sus palabras.»

Habiendo Jesucristo designado á los maestros de su doctrina con los símbolos de sol de la tierra, luz del mundo, candela puesta sobre el candelero y ciudad edificada en lo alto de un monte, ha querido sin duda significarles

(1) *De Sententiis.*

(2) *Hom. XVI.*

la obligacion que tienen de elevarse sobre el nivel de los demás hombres. ¿Ha de ser, exclama Isaías, el sacerdote como el pueblo? ¿El Pastor ha de vivir como las ovejas, añade San Gregorio, pacer con ellas las yerbas del campo y balar en confuso desórden? Los ministros del verdadero Dios, dice San Gerónimo, no han de ser hombres, sino dioses: el Señor les dió este nombre y el de hijos del Altísimo. Será, pues, un mónstruo de ingratitud aquel que profane con sus malas obras su dignidad y envilezca su ministerio.

De las anteriores reflexiones se deduce claramente, y del ejemplo mismo del Salvador, como dice el V. Granada, que no es bastante al predicador reunir las cualidades de que ántes se ha hecho mencion, sino que además necesita que el conjunto de su vida y sus costumbres haya deramado de antemano entre su auditorio como un perfume de virtud y santidad que prepare la persuasion y abra á sus palabras el camino de los corazones.

Si, como dejamos dicho, los paganos colocaban la virtud en la primera categoría de las cualidades del orador, ¿cuál debe ser el grado en que necesita poseerla el orador sagrado que viene á predicar la santidad á sus oyentes? A fin de comprenderlo, bastará que nos fijemos por un momento en el predicador santo y en aquel cuya vida no es tan ejemplar.

El predicador santo obra sobre las almas, no solo con sus discursos, sino con su presencia, con sus ejemplos, con sus prácticas piadosas y con sus oraciones. Solo el ver subir al púlpito á un hombre lleno de piedad y á quien se cree un justo, despierta ideas de virtud y prepara los áni-

mos para oír religiosamente la palabra de Dios. Todos veneran en su persona la persona de Jesucristo, al enviado, al escogido del Señor, y solo en este caso se realizan por completo estos inspirados conceptos del poeta romano:

*Tunc pietate gravem ac meritis in forte virum quem
Conspexere, silent, arrectisque auribus adstant.
Ille regit dictis animos et pectora mulcet.*

Con solo presentarse en el púlpito San Ligorio, subyugaba los ánimos y se atraía las voluntades; la patética expresion de su fisonomia, su aire convencido, sus movimientos convertian á los más endurecidos pecadores, y aun á aquellos que no podian comprender de su peroracion una sola palabra (1). San Francisco de Borja, predicando en la primera misa que celebró en público, hizo anegar en lágrimas aun á aquellos de quienes no podia hacerse oír; la sola presencia del santo bastó para producir en las almas una sensacion igual á la que causaron sus palabras sobre sus más próximos oyentes. «Hemos visto, exclamaban enternecidos, hemos visto el amor divino brillando en su semblante y en todos sus movimientos, y nos hemos convertido.» Sucesos análogos se refieren de otros muchos varones insignes que pudiéramos citar; ¿pero quién no ha sido alguna vez testigo de una peroracion de este género? ¿quién no ha oido á uno de esos predicadores intachables cuyas palabras hieren en el alma y se graban profundamente en la memoria?...

(1) Esto fué lo que aconteció en Salerno, en Benevento, en Analfi y en otras partes.

El bien que un varon santo produce en las almas, es hijo de sus ejemplos y sus virtudes. Antes que diga una sola frase, su vida edificante ha probado ya que el bien es realizable; y este género de pruebas es más del gusto de los oyentes, lo comprenden mejor, es un lenguaje inteligible para todos; convence sin discutir, reprende sin ofender y quita cualquier pretesto á todo género de disculpas y cobardía. «¿Cómo podremos negarnos á hacer lo que nos pide, decian al oír á San Francisco de Borja, cuando él mismo ha hecho mucho más de lo que aconseja?»

Esta predicacion viva, insinuante, tiene la ventaja de que una vez posesionada del auditorio, no le abandona jamás. Se olvida el más elocuente discurso, al paso que el ejemplo se graba para siempre y permanece como un remordimiento en el corazon. Tales son los resultados de este género de predicacion.

Por otra parte, es un hecho comprobado que la santidad contribuye admirablemente á la elocuencia: forma parte esencial del genio apostólico; es la que inspira las grandes ideas, los sentimientos elevados, los nobles y generosos arranques y todos esos sublimes rasgos que hacen latir los corazones, llenan de admiracion y arrastran las muchedumbres. La santidad enseña á hablar de la religion, de los misterios y de las virtudes con fé, con alma, con inteligencia y con uncion. Quien ama á Dios con todo su corazon, es elocuente para decir á los otros que lo amen. Si Pedro en su primera predicacion convierte cinco mil hombres, consiste en que su alma, enteramente abrasada de amor de Dios, hizo llegar á sus labios palabras de

fuego capaces de encender los corazones de sus oyentes: *Virtute magna*, dicen las Actas de los Apóstoles, *reddebant testimonium resurrectionis Jesu Christi* (1).

Y no es esa palabra elocuente que inspira el espíritu divino el único recurso de los santos predicadores: oran con fervor, y sus súplicas puras suben al cielo y hacen descender la gracia que bendice y fecundiza todos sus discursos. Entran, segun la expresion del Profeta, en las potencias del Señor, y hacen correr de ellas una saludable lluvia que dispone las almas para comprender, creer y amar las verdades que predicán.

De tal manera y por tales medios consiguen su fin los santos predicadores. Los Apóstoles, hemos dicho que no eran hombres de ciencia á la manera que los filósofos y sábios de la tierra, pero eran santos y convertian; Simeon Estilita, San Antonio, San Francisco de Asís y otros muchos, eran hombres sin estudios; y no obstante, sería imposible contar el prodigioso número de pecadores que con sus palabras ganaron para la virtud.

Tan fecunda, tan benéfica como es la palabra del predicador ejemplar, es estéril é infecunda la de aquel que no evangeliza á los pueblos con una vida sin tacha y un proceder ajustado á las reglas de la moral; el orador sagrado que no imita á Jesucristo, como aconseja San Pablo (2), que no se limpia ántes de limpiar á otros, y se hace luz ántes de alumbrar á los demás, como enseña San Gregorio (3); el que de tal manera se conduce, no obtendrá

(1) Act. IV, 33.

(2) Corinth., 4 y 7.

(3) Philip., 4.

las bendiciones del cielo, necesarias, como hemos dicho ántes, para que produzca fruto la predicacion: *Peccatori autem dixit Deus: quare enarras justitias meas et assumis testamentum meum per os tum* (1). Las bendiciones celestiales no descienden, ni descender podrian sino sobre aquellos varones apostólicos que ponen en práctica lo que predicán, que tienen un fondo sólido de santidad y viven unidos con Dios, en cuyo nombre hablan, con nuestro Señor Jesucristo, de quien son representantes, y con el Espíritu Santo, que ilumina su entendimiento é inflama su voluntad.

Tampoco alcanzarán la benevolencia de sus oyentes; porque con solo que se sospeche que el predicador no hace lo que enseña, los que escuchan vuelven contra él todas sus instrucciones, diciéndole en su interior: *Medice, cura te ipsum* (2)... *Inexcusabilis es, o homo.... In quo enim judicas alterum, te ipsum condemnas: eadem enim agis quæ judicas.... Qui alium doces, te ipsum non doces* (3). Cuanto más insiste el orador poco virtuoso en la obligacion de arreglar las costumbres, tanto más se deshonorá si las suyas son censurables, porque cada cual le arroja al rostro los mismos dardos que lanza. Siempre es inoportuno predicar lo que no se practica; cuyo proceder, segun el lenguaje de la Escritura, equivale á edificar con una mano y destruir con otra: *Unus edificans et unus destruens; quid prodest illis* (4).

(1) Psal. XLIX.

(2) Ibid., IV, 24.

(3) Rom., II, 1 y siguientes.

(4) Eceli., XXXIV, 28.

¿Es arruinar con ejemplos lo que se edifica con discursos? *Quæd verbis prædicant, moribus impugnant*, dice San Gregorio (1); y desde luego, continúa el mismo Padre, el predicador queda sin autoridad y su palabra se envilece: *Loquendi auctoritas perditur, cum vox opere non adjuvatur: cujus vita despicitur, restat ut ejus prædicatio contemnatur*. Hallándose prevenido el oyente, se indigna contra estos nuevos fariseos que *dicen y no hacen, Dicunt et non faciunt; alligant onera gravia et imponunt in humeros hominum, digito autem suo nolunt ea movere* (2); que censuran el mundo, siguen sus máximas, que tienen sus hábitos y saborean sus placeres; que predicán la mortificacion y la penitencia, cuando son conocidos por su amor al regalo y por pasar una vida sensual y delicada; que dan lecciones de desprendimiento, mostrándose sórdidamente apegados á sus intereses, y que enseñan la dulzura con muestras de mal humor y la humildad con arranques de amor propio no disimulado.

El pueblo, que rara vez medita y piensa por sí, se atiene á lo que ve hacer, desprecia lo que se le aconseja sin la autoridad de un proceder conforme, y lo que aun es peor, dice Fenelon, se acostumbra á pensar que esa clase de sacerdotes no habla de buena fé; esto desacredita el ministerio sacerdotal, y cuando otros les hablan con un celo sincero, no pueden persuadirse de que dicen la verdad, tomando sus discursos como tema obligado, como costumbre y acaso como un oficio. Así, pues, el predica-

(1) Pastor., part. 1.^a, c. II.

(2) Matth., XXXIII, 3.

dor que no es ejemplar, no solo no obtendrá para sí la benevolencia de los oyentes, sino que su conducta dañará á sus hermanos.

Por otra parte, el que no observa el precepto que nos ocupa, jamás predicará de un modo adecuado para convertir; porque cuando no hay piedad, no es posible mover los corazones ni atraerse las voluntades; y si alguna vez se siente un momento de entusiasmo, todos conocen que es debido á un calor ficticio, como el de un cómico que desempeña su papel sin estar movido por los sentimientos que expresa. Si los predicadores hacen tan pocas conversiones, dice Santa Teresa, es porque carecen de ese gran fuego de amor de Dios que los Apóstoles tenían (1). Cuando no se ama á Dios, no se tiene en el corazón el anhelo de que sea amado, y hasta se evita el proferir ciertas verdades, ya por temor, ya por respetos humanos, y hasta por interés: *Dum timemus detractiones, irrisiones et opprobria hominum superborum, dumque metuimus perdere temporalia, minus quam oportet prædicamus æternæ* (2).

Tan necesaria es la cualidad de que venimos hablando, que no tememos en afirmar con Hamon, que la gran mayoría de los sacerdotes serían excelentes oradores si fuesen santos; porque una piedad tierna y sólida evita los extravíos del carácter y de la imaginación, rectifica el gusto y hasta suple la falta de talento. De todas estas reflexiones podemos deducir con San Gregorio, que el mayor castigo de la religión es tener, para convertir los pe-

(1) Cap. XVI de su *Vida*.

(2) S. Agust., *Hom. VII*.

adores, sacerdotes cuya vida no es edificante: *Nullum, puto, ab aliis majus præjudicium quam a sacerdotibus tolerat Deus, quando eos quos ad aliorum correctionem possuit, dare exempla pravitatis cernit* (1).

Pero se dirá que hay predicadores que nada tienen de santos, y no obstante dan al parecer felices resultados. A esto contesta un célebre escritor, que estos efectos son las más veces mucho ruido de poco ó ningun fruto, exceso de elogios y ningunas conversiones sólidas; y quizá estos buenos resultados, cuando son reales, se deben á la reputación de virtud y de santidad que sin merecerla tienen tales predicadores. Los fieles, á causa de la elevada idea que forman del ministerio eclesiástico, creen hasta que les consta lo contrario, que el predicador es el primero que practica lo que enseña, y ni aun piensan, si no tienen motivo, en sospechar de él. Pero ¡desgraciado el día en que se descubra la verdad! Y si el predicador no es como debe ser, es muy de temer que tarde ó temprano se averigüe, pues es difícil, igualmente que vil y vergonzoso, sostener constantemente el papel de una virtud que no se posee.

De lo dicho se infiere:

1.º Que el predicador debe cuidarse en todo tiempo de su conducta, de su porte, de su conversacion y del empleo de su tiempo, evitando que haya en él algo que no sea edificante (2); porque el pueblo no se contenta con una virtud mediana en los que le predicán la santidad,

(1) *Hom. XVII*, in *Evang.*

(2) *Guía de los que anuncian la palabra de Dios*.

sino exige, y con razon, que sean irrepreensibles y puedan decir como el Apóstol: *Sed imitatores míos*. Por poco que haya en el orador sagrado que desmerezca de su carácter, bien pronto le falta la confianza, precepto sublime que hizo decir á San Gregorio estas hermosas palabras: *Qui loci necessitate exigitur summa dicere, hac eadem necessitate compellitur summa monstrare* (1).

2.º Que el predicador debe abstenerse de concurrir á los festines, juegos y reuniones del mundo. Se respeta á un ministro á quien no se ve más que en el altar y en el púlpito; se menosprecia al que bebe, come, juega y se divierte como los demás: en las comidas, en los juegos y en las reuniones públicas, no es fácil sostener su dignidad á un ministro evangélico, evitar constantemente en sus palabras y modales todo lo que no corresponde á la gran idea que los fieles deben tener, y tienen en efecto, del buen predicador. Por esto vemos que el Señor encargaba á sus Apóstoles que no comiesen hoy en una parte y mañana en otra: *In eadem domo manete, edentes et bibentes quæ apud illos sunt; nolite transire de domo in domum* (2).

3.º Que el predicador debe abstenerse todo lo posible del trato con las mujeres, en especial de hablarlas á solas y aun de tenerlas demasiado tiempo en el confesonario; porque tal es la malignidad de la gente, que estas relaciones ponen casi siempre en peligro la gran reputacion de santidad que el predicador necesita.

4.º Que la bondad y dulzura que caracterizan la ver-

(1) Past., lib. II, c. III.

(2) Luc., X, 47.

dadera santidad, deberá revelarse en todas las palabras y en la fisonomia del predicador, principalmente cuando está en el púlpito; no permitiéndose reconvenciones amargas, invectivas ó reprensiones fuertes, apóstrofes despreciativos contra los pecadores, amenazas contra los incrédulos y hereges, ni altaneros retos que no pueden ser contestados. Los pueblos se persuaden fácilmente que un sacerdote que se encoleriza contra el vicio, que muestra orgullo y mal humor en el púlpito, es un hombre como cualquiera otro tan susceptible y fácil de ser dominado por las pasiones. Es preciso que el orador demuestre siempre sus virtudes sin jactancia ni afectacion; la santidad es siempre sencilla, modesta, afable, buena, amable y compasiva con los pecadores extraviados, y templada la amargura de las reprensiones necesarias con la dulzura de la caridad. Si durante el sermón se produce un ruido, se abre una puerta ó cierra una ventana, llora un niño ó produce incomodidad alguna el que llega tarde ó sale antes de concluir el sermón, el predicador debe mostrarse sufrido y sin disgusto, porque impacientándose, se escandalizarian algunos y podria defraudarse el fruto de la predicacion. Cuando en estos casos es forzoso mandar que cese el ruido, se ha de hacer con moderacion y sin altanería, limitándose á rogar con dulzura que se conserve el orden. San Francisco de Sales, en su carta al Arzobispo de Bourges, se acusa como de una grave falta por haber manifestado cierto disgusto un dia que tocaron las campanillas ántes que hubiese concluido su sermón (1).

(1) Véase sobre este asunto la *Guía de los que anuncian la palabra de Dios*.

Del mismo modo, si no hay sino un corto número de oyentes, el predicador no debe quejarse de esto con amargura, pues sería manifestarse ofendido y hacer notar á los que no lo pensaban que no está bien acompañado. Esta es regla de conducta muy útil, así como la de no querellarse por críticas que hayan llegado á sus oídos, porque sería agriar á los censores y acaso obligarles á hablar peor; sería divulgar lo que quizá muchos ignoran, y la justificación no convencería á la gente, que siempre gusta creer el mal. Hay mayor mérito y honra en imitar el silencio del Hijo de Dios: *Jesus autem tacebat*.

5.º Que los predicadores deben aplicarse á sí mismos las verdades que anuncian á los demás: estas les corresponden como á sus oyentes, y deben ser los primeros en cuidarse de su propia salvacion; porque de otra manera serán como esos canales que nada retienen, en lugar de ser como esos depósitos que al derramar sus aguas permanecen siempre llenos, porque no hacen sino dar el rico caudal y la superabundancia que les sobra.

6.º Que conviene que los predicadores se ejerciten ántes muy especialmente en la práctica de la virtud sobre la cual han de predicar: esto es lo que Mons. de la Motte, Obispo de Amiens, llamaba *hacer su sermon*. De este modo se penetrarán mejor ía de materia, hablarán de ella como personas experimentadas que conocen las excelencias de aquella virtud, sus efectos, sus dificultades y sus consue- los, y de este modo su discurso será verdaderamente práctico é instructivo.

Por no seguir estos preceptos se pierden muchos encon- sideraciones especulativas é innecesarias, se afanan inútil-

mente en subir al púlpito y se observan tan pocos resul- tados en las costumbres del pueblo cristiano.

4. *Celo*. El distintivo de la santidad es el *celo*. El celo es un gran maestro en el arte oratorio: todas las reglas de la retórica valen nada en comparacion de ese entu- siasmo, de ese ardiente deseo de que se ame á Dios y se salven las almas que constituye el celo evangélico, cua- lidad esencial en la predicacion, y no ménos importante que las que acabamos de consignar.

El celo inspira al predicador el verdadero modo de ha- cerse comprender, de mover y persuadir: el celo sugiere esas expresiones que hieren las fibras más delicadas del alma, esas figuras vehementes y esas exclamaciones enér- gicas, esas súplicas y esas reconvenções, esos atrevidos apóstrofes que solo se ven en los Profetas y en los inspi- rados del Señor. La elocuencia vivificada por el celo llega á su último límite, arroja certeros dardos, mueve y arras- tra. La elegancia del discurso puede padecer algo, pero ¿qué importa? El predicador digno de este nombre aspira á un objeto más alto: coloca bajo sus piés toda mira de amor propio, y olvidándose de sí mismo, le hasta hacer sentir al oyente á quien es menester salvar. No corre en pos del arte, pero este le acompaña, pues no hay nada comparable á las expresiones que salen de un corazon convencido, lacerado de dolor y como fuera de sí en pre- sencia de los extravíos del hombre, el desprecio que hace de la religion y el peligro en que se halla de caer en el in- fierno. El que tiene verdadero celo, intenta todos los ca- minos para insinuarse en el corazon y convertir; es fuerte,

vehemente y activo; su voz, sus gestos, sus miradas y el vigor de sus palabras, todo sorprende y penetra; se concibe que hay algo digno de admiración, que es Dios quien habla por su boca, y su voz viene á ser voz del Señor que rompe los cedros, que arroja fuego y llamas: *Vox Domini confringentis cedros, vox Domini intercidentis flammis ignis* (1).

Aun cuando el predicador fuese mediano en todo lo demás, teniendo ese ardor por convertir, producirá grandes bienes; sabrá escoger los resortes más útiles, los actos y prácticas más propias para introducir la contrición en los corazones y el amor de Dios en las almas, trasformando los pueblos donde ejerza su augusto ministerio. Por el contrario, aunque el predicador sea hábil, si no arde en su pecho ese sagrado fuego, si los fieles no ven su corazón inflamado que habla por el deseo ardiente de salvarlos, sus discursos serán estériles y no convertirán á nadie.

Para adquirir este gran celo, aconsejan los maestros:

1.º Formar un empeño decidido en predicar en el amor de Dios y de los hombres; porque el celo no es sino la llama de la caridad. Cuando uno ama mucho á Dios, no puede sufrir el verlo ultrajado, y se preocupa con el deseo de hacer cesar esos ultrajes: *Vidi prævaricantes et tabescebam* (2). *Factus est in corde meo quasi ignis exarsans, et defeci ferre non sustinens: audivi enim contumelias multorum* (3): cuanto más se ama á Jesucristo, más pena se siente al ver que su sangre es inútil para tantos pecado-

(1) Psal. XXVIII, 7.

(2) Psal. CXVIII, 158.

(3) Jerem., XX, 10.

res, que su amor se frustra para tantas almas, y empeñándose de un modo eficaz por su salvación y su dicha, hasta se siente aquella sed que en la cruz le hacía decir al Señor: *Sitio*. En fin, cuando se ama mucho al prójimo, el predicador se aflige por verlo correr á su perdición, y siente en su pecho un deseo inmenso de librarlo de una eterna condenación.

2.º El solicitar el celo de Dios por medio de la oración frecuente y fervorosa imitando el ejemplo de los santos. «Si San Vicente de Paul, San Francisco de Regis ó San Francisco Javier estuviesen en mi lugar, exclama un santo, ¿qué harían por el bien de esta feligresía? ¿con qué ardor y celo darían esta instrucción?»

3.º Conviene no confundir el verdadero celo con la presunción y el amor propio. El verdadero celo encendido por la piedad, se conoce por dos caracteres, por la caridad que es su principio, y por la prudencia que es su regla; así, el verdadero celo ama cariñosamente á los pecadores, no tiene para ellos sino conmiseración y nunca odio ni mala voluntad. Atrae con los encantos de la dulzura y hace que todos cifren su dicha en el cumplimiento de su deber: el verdadero celo no insulta los tiempos ni las personas, sabe aprovechar las ocasiones favorables para decir ciertas verdades, para acometer ciertas empresas. El mal celo, por el contrario, se enoja contra las voluntades rebeldes, se enfurece y amenaza á los pecadores, choca de frente contra la resistencia y pretende que todo ceda de un solo golpe y una sola vez.

5. *Espiritu de oracion*. La cualidad de que vamos á

ocuparnos en este momento, puede decirse que es el complemento, el digno remate de las anteriores.

Por *espíritu de oración* entienden los Padres ese santo y místico comercio del alma con Dios, esa predisposición del espíritu á replegarse á lo interior, y meditando en las verdades de la fé, encenderse en amor hácia el Autor de toda verdad, unirse á El y pedirle luz bastante para conocer lo que es preciso decir, oportunidad y acierto en las palabras que hayan de pronunciarse.

Esta fuente, este manantial, no es ménos fecundo para el predicador que los anteriores, y al recomendarlo á los jóvenes seminaristas como á los ministros del altar, no hacemos más que repetir un consejo dado por todos los maestros y que los catedráticos de retórica eclesiástica deben con grandísimo empeño inculcar.

Los antiguos Profetas no hablaban al pueblo sino después de haber consultado á Dios sobre lo que debían decir: *Audies sermonem ex ore meo*, dijo el Señor á Ezequiel, *et annuntiavis eis ex me* (1). Siguiendo su ejemplo los Apóstoles, unían la oración y la predicación como cosas inseparables, dando la preferencia á la primera como causa y considerándola como la fuente de donde la predicación debe salir: *Nos vero orationi et ministerio verbi instantes erimus* (2); y San Pablo no se limitaba á orar continuamente, según lo declara en muchos pasajes de sus Epístolas, sino que pedía á los fieles de Efeso, de Coloso y de Tesalónica que le ayudasen con sus ruegos para

(1) Ezeq., III, 17.
(2) Act., VI, 4.

que el Señor hiciese que su predicación fuese bendita: *Vigilantes in omni obsecratione pro me, ut detur mihi sermo in apertione oris meis cum fiducia notum facere mysterium Evangelii* (1)... *Orantes pro nobis*, dice en otro lugar, *ut Deus aperiat nobis ostium sermonis ad loquendum mysterium Christi* (2)... *Fratres*, dice también, *orate pro nobis ut sermo Dei currat et clarificetur* (3).

Si San Pablo, siendo un Apóstol y un hombre instruido en el tercer cielo, creyó tener tanta precisión de las oraciones para predicar con fruto, ¡cuánta mayor necesidad tendrán aquellos que no reúnen estas cualidades y distinciones!

El fervor de la oración, dice San Agustín, es más necesario al ministro de la palabra que todos los discursos del arte oratorio: *Pietate magis orationum quam oratorum facultate indiget*... Y no debe ejercerse para con los pueblos la función de predicador, sino después de haber desempeñado cerca de Dios la de suplicante: *Sit orator antequam dictor* (4). Este gran maestro de la elocuencia cristiana quiere que el predicador aumente todavía el fervor en su oración, según que se acerca el momento de hablar: *Ipsa hora ut dicat accedens, priusquam exserat proferentem linguam, ad Deum levet animam sitientem*, á fin, dice, de que su discurso sea un desahogo de los santos afectos nacidos y formados en la oración: *Ut eructet quod biberit, vel quod impleverit fundat*, y confirma con

(1) Eph., VI, 18 y 19.
(2) Col., IV, 3.
(3) II. Thess., III.
(4) Lib. IV de *Doct. christ.*, XXXII.

estas palabras tan oportuno precepto: *Quis novit, dice, quid ad præsens tempus dicere expediat, nisi qui corda omnium videt? et quis facit ut quod oportet et quemadmodum oportet dicatur a nobis, nisi in cujus manu sunt et nos et sermones nostri* (1)?

La misma doctrina se halla en los demás Padres, en una famosa capitular, donde se lee: *Hoc dicat sacerdos quod ex divina lectione didicerit, quod illi Deus inspiraverit, non quod præsumptione humani sensus invenerit*, y sobre todo en aquella excelente expresion de Santo Tomás, que afirma que toda buena predicacion dimana de la plenitud de la oracion: *Ex plenitudine contemplationis derivatur predicatio* (2).

En conformidad con estos principios, el primer consejo que á los oradores sagrados da el P. Lejeune para predicar bien, es que sepan orar bien; el segundo, el tercero, el cuarto, el quinto y el décimo, todos se reducen á que sepan orar bien. Aquellos á quienes en diferentes siglos ha sido dado recoger grandes frutos en la Iglesia por medio de sus predicaciones, han enseñado la misma doctrina, proclamando unánimes que la oracion es la verdadera clave de la elocuencia cristiana; que esta no tiene poder sino por el impulso que el Espiritu Santo la comunica; que media hora de meditacion ántes de subir al púlpito, es más útil que cuatro horas de estudio; y por último, que vale más exponerse á no saber con exactitud todas las palabras de un escrito, que faltar á llenar su alma con la

(1) Lib. IV de *Doct. christ.*, XXVII.

(2) II, 2, q. 188, art. 6.

gracia que la oracion dá para moverse á si mismo y mover á los demás.

Los santos predicadores que han practicado fielmente lo que enseñaban, han sacado siempre todas sus luces de los piés del crucifijo; orando ántes y despues de la predicacion, ocupándose en orar noches enteras, y añadiendo á la oracion rigurosas mortificaciones, es como han conseguido la corona inmarchitable de la santidad y de la gloria. Santo Domingo no subia al púlpito sino despues de haberse postrado humildemente á los piés de la Santisima Virgen, para recomendarla su predicacion y decirle: *Dignare me, laudare te, Virgo sacrata, da mihi virtutem contra hostes tuos*. San Vicente Ferrer no predicaba sino despues de dos horas de oracion; y cierto dia que descuidado este ejercicio, á fin de preparar mejor su sermón, habia hablado de un modo seco y sin uncion, exclamó gimiendo: — ¡Ay de mí! Vicente ha hablado hoy, mientras que los demás dias era Dios quien hablaba por sus labios (1).

Solo con el auxilio de la oracion se puede componer bien, recitar bien y convertir las almas. *Componer bien*: porque si un embajador debe conferenciar con su príncipe y tomar las órdenes de este ántes de ir á desempeñar su mision, el sacerdote, ántes de hablar á los hombres de parte de Dios, debe con mayor motivo elevarse hasta El por la meditacion y consultar todo lo que ha de decirles.

Habiendo Jesucristo obrado de este modo como enviado de su Padre: *Quæ ego loquor, a meipso non loquor* (2).

(1) Un hecho semejante de S. Francisco de Asís se lee en el cat. exp. del P. Surin, t. II, III parte, cap. I.

(2) *Jonn.*, XIV, 10.

Sicut docuit me Pater, hæc loquor (1); con mayor razon debe el sacerdote, á semejanza del ángel de la escala misteriosa, subir desde el pueblo á Dios por la oracion, para bajar de Dios al pueblo por la predicacion. En el recogimiento de una profunda meditacion es cuando Dios esclarece el alma con sus celestiales luces, cuando la llena de uncion y la penetra y la abrasa con el sagrado fuego que vivifica su palabra. De la oracion brotan excelentes impulsos sin buscarlos, porque son dardos de fuego que salen por sí mismos; es el lenguaje natural de un corazon movido y al que le sería difícil hablar de otro modo.

Sin la oracion, nunca los más aventajados talentos producirán un verdadero discurso evangélico: podrá hacerse una composicion brillante de ingenio y rica de imaginacion, más no será un *sermon*, porque le faltará la uncion que va al corazon y la piedad que convierte. Esta uncion y esta piedad no dimanán sino del sentimiento interior de las cosas de Dios; si el corazon no las siente ni las gusta por la meditacion, no producirá más que palabras frias privadas del espíritu de vida, y los trozos mismos de la Escritura ó de los Padres más adecuados para mover, resultarán pálidos y sin fuerza.

Esta es la razon por qué el predicador no debe escribir, en cuanto sea posible, sus discursos, sino en esos felices instantes en que por medio del estudio robustecido con el espíritu de oracion el alma se llena de uncion; entónces está santificada la fuente de las expresiones, y bajo la

(1) *Ibid.*, VIII, 28.

inspiracion divina se escribirá una instruccion capaz de mover los corazones.

Recitar bien: inútil será que el predicador haya sido hombre de oracion al componer un discurso, si no lleva al púlpito un corazon profundamente penetrado de su asunto por medio de una larga meditacion hecha antes de predicar. La voz, cuando no la reanima el sentimiento, es un metal que suena; las facciones del hombre que no está conmovido, no tienen expresion; su gesto falso ó teatral carece de naturalidad y de energia, y por consiguiente las mejores máximas dichas sin el espíritu conmovido, no ofrecen resultado. Mas si el predicador sube al púlpito penetrado de su asunto, desde su aparicion en la tribuna santa excita las miradas de todos y se apodera de los corazones por ese aire profundamente recogido que indica más bien un ángel que un hombre; es otro Moisés que acaba de hablar con Dios en el monte, y en cuya frente se descubre un reflejo de la gloria del Señor.

La presencia sola del sacerdote viene á ser un magnífico exordio que dispone todos los espíritus para las impresiones de la gracia. Si én el curso de la peroracion no abandona al predicador ese aire compungido, un vivo sentimiento de fé anima y dirige su voz, sus facciones y sus gestos, la uncion de su palabra hace pasar á las almas las sensaciones que experimenta, y la gracia que las ha hecho nacer en el orador continúa animándolas en el oyente; el amor divino que arde en el interior de aquel se trasmite con la velocidad del rayo, y de sus labios brotan conceptos y expresiones llenas de fuego, en las que ni aun habia pensado al componer, pero que van derecha-

mente al corazón; y como las personas apasionadas hallan sin estudio un modo enérgico de expresar sus ideas, del mismo modo, dice San Francisco de Sales, el predicador que siente vivamente las cosas divinas porque las ha meditado, tiene cierta retórica del alma que supera en mucho á las más acertadas combinaciones del arte oratorio.

Conversion de las almas: sin la oracion, no se concibe ni se explica la facultad de convertir. La fé nos enseña que la conversion no es obra del hombre; no puede ser producida sino por la gracia de Dios, y aquí más que en cualquier otro punto, tienen aplicacion estas palabras del Redentor: *Sine me nihil potestis facere*. Inútilmente se planta, inútilmente se riega si el Espíritu Santo no hace crecer; inútilmente se entretienen los oidos con el sonido de palabras más ó ménos artísticamente dispuestas, si la gracia no obra sobre los corazones con esa omnipotencia de accion que le es propia, para arrastrar al hombre de sí mismo, de sus deseos, de sus júbilos, de lo que formaba su vida y su dicha, y darle valor para ser y manifestarse abiertamente cristiano. De esto se infiere que es necesario orar, porque en el curso ordinario de la Providencia, la gracia no se concede sino á la oracion y á los gemidos del corazón.

De estas reflexiones deduce Hamon:

1.º Que la composicion de un sermón no debe considerarse como una obra literaria, sino como un ejercicio religioso, una ocupacion santa á la que se entrega el predicador delante de Dios, despues de consultar su voluntad y reclamar su ayuda con piadoso recogimiento.

2.º Que ántes de subir al púlpito el predicador, debe

postrarse delante de Dios árbitro y dueño de todos los corazones, rogándole que bendiga la simiente que va á esparcir, á fin de que produzca el céntuplo.

Los santos sacerdotes se han complacido muy particularmente y recomendado la práctica de la oracion, unas veces con la virtud omnipotente del santo sacrificio ofrecido con este objeto, otras con frecuentes visitas al Santísimo Sacramento, todo lo cual era el gran recurso del Apóstol de las Indias (1); otras con la intercesion de los ángeles y los santos, y muy principalmente con la proteccion de la Santísima Virgen, á quien los predicadores españoles invocan como auxilio de los cristianos y refugio de los pecadores, poniendo todo lo que deben decir bajo el patrocinio de su inmaculado corazón, habiéndose verificado por este medio de un modo evidente y en todos los siglos innumerables conversiones.

A medida que se acerca, que se aproxima el momento de subir al púlpito, el ministro de Dios debe aumentar sus ruegos, y aun despues de llegar á él, todavía necesita rogar con frecuentes elevaciones de corazón, acordándose de las palabras de Nuestro Señor: *Non enim vos estis qui loquimini, sed Spiritus Patris vestri qui loquitur in vobis* (2); y de estas otras de Judith: *Memores estote Moysi servi Dei qui Amalec non ferro pugnando, sed precibus sanctis orando dejecit*.

(1) «Más conversiones se consiguen, decía S. Francisco Javier, orando al pié del altar, que pronunciando en el púlpito los mejores trozos de elocuencia.»

(2) Matth., X, 20.

6. *Condiciones físicas de actitud.* Poco tenemos que decir acerca de este punto, sobre el cual algunos preceptistas han dado reglas demasiado minuciosas y por lo común inaplicables.

El ejercicio del ministerio apostólico exige que el predicador posea una voz perceptible, igual, sostenida; que la edad y la constitución física correspondan á las tareas que se imponga, pues no sería grato á los ojos de Dios esforzarse en contrariar la falta de robustez y de ciertas cualidades personales que el estudio ni la educación oratoria pueden vencer.

Confiada por Dios á los Reverendos Prelados una autoridad inexcusable sobre los predicadores, á los Príncipes de la Iglesia toca vigilar de cerca este sublime ejercicio, impidiendo que lo desempeñen personas que, no obstante su cualidad de sacerdotes, pudieran causar irreverencia ó motivos de ansiedad por parte del auditorio.

7. *Constancia en el estudio; talento del púlpito.* No son suficientes las lecciones del aula ni los primeros trabajos á que por lo común suelen dedicarse los jóvenes sacerdotes: el ministro del altar necesita consagrarse al estudio constantemente, á cultivar sus facultades y enriquecerse con nuevas instrucciones para corresponder á la alta posición que ocupa en la sociedad.

También, dice Hamon, es necesario al predicador un fondo de talento propio para dedicarse á las tareas apostólicas. Este fondo de talento se distingue por un carácter

especial, *el buen sentido* (1); cualidad mucho más rara de lo que comunmente se cree y preferible á la inteligencia, á la memoria y á la imaginación.

El buen sentido hace que el orador diga lo que es menester, y lo diga del mejor modo; pone orden, claridad, precisión y exactitud en todo; clasifica la materia en divisiones exactas, prueba todo lo que supone con razonamientos seguidos y convincentes, y mezcla con tino y prudencia reflexiones juiciosas y aplicaciones prácticas.

Con el buen sentido se agrada siempre; porque lo que es natural y está fundado en la recta razón, gusta en todas partes y es de todos los tiempos; tanto los grandes como los pequeños, los sábios como los ignorantes, todos aplauden lo que revela la cualidad que nos ocupa.

Cualquiera que sea el grado de talento que para la predicación reuna el sacerdote, tiene obligación de cultivarle y sacar de él el mejor partido posible. Esto lo exige el respeto debido á la palabra de Dios, el interés de las almas y hasta su propia salvación; porque esta se obtiene á medida que sabemos emplear en gloria de Dios y provecho nuestro los talentos que se nos han concedido.

El predicador sería tan culpable abandonándose en su modo de predicar, como digno de censura por amilanarse y desconfiar de la protección de Dios. Dispuesto está por la Providencia que haya predicadores capaces por el temple de su talento de encumbrarse á las regiones más elevadas de la inteligencia, así como otros están destinados á

(1) *Et eloquentiæ, sicut reliquarum rerum, fundamentum sapientia.* Cic., de Orat., c. VIII.

la instruccion de los ignorantes y de los sencillos; estos forman en todos tiempos el mayor número, y son tambien los que por regla general producen con su palabra mayores frutos, porque Dios no tiene reservado á los talentos superiores el éxito de un discurso. Así como es Jesucristo quien bautiza, tambien es Jesucristo quien predica; y cuando halla en el ministro, que es órgano suyo, rectitud de intencion, piedad y celo, convierte con la sola unción, y da á la sencillez la misma fuerza que á la ciencia y á las brillantes dotes de un talento deslumbrador. Dios suple con su gracia lo que falta al discurso del sacerdote. Cuando se logra convertir, hay siempre bastante talento: una vez obtenido el objeto y el fin de la predicacion, ¿qué importa no predicar mejor? La vanidad se lastima pronto, el que confia en Jesucristo, aquel, aquel será con ménos talento el mejor predicador.

CAPÍTULO IV.

CUALIDADES DE LA PREDICACION.—SEGUNDA CUALIDAD.—*La predicacion debe acomodarse á la CAPACIDAD, á las NECESIDADES y á las DISPOSICIONES del auditorio.*—CONSIDERACIONES GENERALES.—PUNTO PRIMERO. La predicacion debe acomodarse á la *capacidad* del auditorio.—1.º Es obligatoria esta cualidad.—2.º Medios de acomodar el discurso á la *capacidad* de los oyentes.—PUNTO SEGUNDO.—La predicacion debe acomodarse á las *necesidades* del auditorio.—1.º Es obligatoria esta cualidad.—2.º Medios de acomodar el discurso á las *necesidades* de los oyentes.—PUNTO TERCERO.—La predicacion debe acomodarse á las *disposiciones* del auditorio.—1.º Es obligatoria esta cualidad.—2.º Medios de acomodar el discurso á las *disposiciones* de los oyentes.

Enteramente de acuerdo los maestros de la elocuencia profana y los autores de retórica eclesiástica en que el discurso debe acomodarse á la *capacidad*, las *necesidades* y *disposiciones* del auditorio, deducen de este principio reglas importantes que vamos á consignar.

Ciceron aconseja que el orador adapte sus pensamientos y hasta su lenguaje á las circunstancias de los que han de escucharle (1). Quintiliano consagra un libro entero al desenvolvimiento de esta materia (2), que San Agustín (3), San Gregorio Nacianceno (4), San Juan Crisóstomo

(1) Orat., LXXI.

(2) Lib. XI, 1.

(3) *De Catechizandis Rudibus*, cap. XV.

(4) Lib. III.

mo (1), San Isidoro de Sevilla (2) y otros, han mirado respecto de la oratoria sagrada con especial predilección.

No es posible, en efecto, recoger fruto alguno de la enseñanza evangélica sin tener muy en cuenta este saludable aviso del Espíritu Santo: *Sermo opportunus est optimus*; debiéndose en gran parte á su olvido que sean tan escasas las conversiones sinceras y tan rápidos los progresos de la impiedad en nuestros días.

Cuando la sinceridad, la fé y el respeto á la doctrina constitulan las disposiciones principales del auditorio, era más fácil llenar estas cualidades esenciales de la predicación; hoy, que no solo las costumbres sino las ideas han cambiado, es doblemente oportuno recomendar á los jóvenes mediten acerca de las reglas contenidas en este capítulo.

No es bastante que el orador sagrado reúna en sí las condiciones de que hemos hecho mención antes de ahora; es preciso que descienda al auditorio, que estudie atentamente sus circunstancias y amolde á ellas sus instrucciones.

Cada localidad, cada pueblo tiene sus tradiciones, sus recuerdos, sus costumbres; cada púlpito requiere distintas enseñanzas; y hasta podemos decir que cada época del año y cada día exige del orador sagrado determinados medios de persuasión.

Lo que en la ciudad es oportuno, no lo es en el campo; lo que es inteligible para un pueblo de labradores, no

(1) *Cur in Pentecostes acta.*

(2) *Sent., lib. III.*

produce impresión en una ermita, en un santuario de marineros; y esto que parece trivial, que no es en último término más que un axioma aconsejado por el buen sentido, se hace preciso recomendarlo en un libro didáctico, porque son pocos los que en la práctica tienen presente su aplicación.

El ministro del Evangelio debe atemperarse á todos, y en esto consiste una de las mayores dificultades de la elocuencia sagrada. Un auditorio ignorante hace por lo común inútiles los mejores discursos; un auditorio distraído esteriliza las más sábias peroraciones: no debe, como principio absoluto, medirse el concepto del predicador por el juicio del vulgo; pero como el sacerdote se dirige á los unos y á los otros, de aquí la cautela con que debe proceder en este punto y la gravísima responsabilidad si por su culpa se llega á perder la semilla de la verdad.

Orígenes aconseja que en todas ocasiones se use la forma ordinaria de hablar como medio de hacerse entender; regla oportunísima y que rogamos á los jóvenes mediten en toda su extensión.

Para evitar los inconvenientes gravísimos que lleva consigo el que el predicador se divorcie del auditorio y este del predicador, vamos á reasumir en este capítulo los consejos de los maestros, esperando que el celo del profesorado suplirá aquello que por nuestra parte podamos omitir involuntariamente en punto de tanto interés.

Punto primero.

La predicacion debe acomodarse á la capacidad del auditorio.

1. *Es obligatoria esta cualidad.* Predicar en términos de no hacerse comprender por el auditorio, es, segun Hamon, abusar lastimosamente de la palabra, separarse de los preceptos del arte, olvidar el ejemplo de Jesucristo y de los santos, infringir los deberes del ministerio, no predicar, ó peor aun que si no se predicase; cometer, en fin, una falta inexcusable (1).

Nada más inoportuno que el proceder de los discipulos de Sócrates, que envejecian en las escuelas, y á quienes Caton solia criticar diciendo que la elocuencia que aprendian era buena para servirse de ella en el otro mundo.

En todas las cosas se ha de guardar un prudente medio; la verdadera elocuencia reprueba, dice Capmany, las locuciones afectadas, las sentencias enmarañadas y oscuras, las frases revueltas y forzadas.

Hay predicadores que deseando parecer profundos se hacen ininteligibles; otros, que afectando una brillantez estudiada, se apartan de la natural simplicidad, y muchos

(1) *Contingit multis concionatoribus, dice Rollin en el prefacio de las INSTITUCIONES DE QUINTILLIANO, quia non satis cogitant plerisque audientium, etiam inter eos qui in ceteris eruditi videntur, saepe in rebus divinis infantes esse et novitios, contingit illis, inquam, ut dum magna et sublimia affectant, facti velut aes sonans aut cymbalum tinniens, nihil præter canoros strepitus edant, quibus non pasti, sed illusi, plerique vacui et inanes integram et jejunam famem domum referunt. Parvuli petierunt panem, et non erat qui frangeret eis.*

que aspirando á ser breves se muestran demasiadamente sutiles y concisos, hasta el punto de que nadie comprenda sus ideas ni pueda retener sus enseñanzas.

Los que de este modo se conducen hacen traicion, desnaturalizan y abusan en efecto de la palabra concedida al hombre para la trasmision de la idea y del sentimiento, viniendo á convertirse voluntariamente en extranjeros dentro de su propia patria.

No basta que las ideas sean claras si la expresion no es enérgica y despejada. La pureza, la correccion, la naturalidad que recomiendan los maestros del arte, no tienen otro objeto que evitar este escollo en que caen muchos, perdiendo su voz sin provecho, como dice San Agustin (1), y olvidándose que es preferible mil veces guardar silencio que hablar en términos de no poder ser comprendido por el auditorio, *loquendi omnino nulla causa, si quod loquimur non intelligunt ii propter quos ut intelligant loquimur.*

Se separa de las reglas del arte el predicador que no acomoda el discurso á la capacidad de sus oyentes, porque destinada la elocuencia á ilustrar el entendimiento y mover la voluntad, claro es que requiere en el que habla, no solo la magnificencia, la solidez y la verdad del pensamiento, sino su feliz expresion; de nada sirve la razon si falta el sentimiento y la expresion. Es preciso reunir grandes cualidades para hablar en público, pero

(1) *De Doct. ohris., lib. IV, 10.—An scire atque intelligere neminem vis, quæ dicas. Quidni, homo inepte, ut, quod vis, abunda consequaris, taces? Aulo Gelio, I, 10.—Nonne satius et mutum esse quam, quod nemo intelligat, dicere? Cic., Philip., III, c. IX, n. 22.*

conviene huir de los resultados de una educacion artistica exagerada que destruya la verdadera inteligencia que debe haber entre el que habla y el que escucha, lazo de union que, una vez roto, dificilmente se consigue reanudar (1).

La conducta de Jesucristo y la de los santos ha de ser la norma á que ajuste la suya el predicador. El divino Maestro acomodó siempre el fondo y la forma de sus instrucciones á la capacidad de sus oyentes: *Prout poterant audire*, dice San Marcos (2), *adhuc habeo multa dicere vobis, sed non potestis portare modo*, añade San Juan (3); y por nuestra parte al ocuparnos en la HISTORIA de la predicacion de Jesus, hemos procurado hacer resaltar en ella esta cualidad de un modo especialísimo. Jesucristo, hemos dicho, es el modelo acabado y perfecto del orador sagrado, como es el bello ideal, el tipo santísimo de todo cristiano.... Jesucristo no formula su enseñanza en *lecciones* como los filósofos antiguos, para que solo puedan comprenderle sus adeptos; nó: las pronuncia de un modo que fácilmente se graban en el corazon y las comprende y retiene la multitud. Siendo la doctrina católica la única verdadera, su Autor no la reviste de una forma dogmática, sino que la presenta llena de una majestuosa sencillez: viniendo á ser «leche para los niños, á la vez que pan para los adultos.... habla con *naturalidad*, y lo que *posee* sin me-

(1) *Apud populum qui ex pluribus*, dice Quintiliano, *constat indoctis, secundum communes magis intellectus loquendum*; leccion útil y provechosa que debe apresurarse á recoger el orador sagrado.

(2) IV, 33.

(3) XVI, 12.

didá lo reparte con ella para que nuestra debilidad pueda soportarlo.... La sencillez, la dulzura, la suavidad y la conviccion son los caracteres distintivos de la predicacion del Redentor.... nadie ántes de El ni despues de El habló del hombre con más conocimiento del hombre.... (1)» Esto hemos dicho acerca de la necesidad de imitar á Jesucristo, y esto repetimos en este momento con doble oportunidad.

En cuanto á los Apóstoles y á los santos predicadores de todas las épocas, tambien hemos hecho notar de qué manera, siguiendo las huellas del divino Maestro, acomodaron sus discursos á la *capacidad* de los oyentes (2). No he podido, dice San Pablo á los Corintios, no he podido hablaros como á personas espirituales; viéndome precisado á daros la leche de la doctrina elemental como niños que sois en la piedad, y á reservar el sólido alimento de una enseñanza más elevada, porque no hubiérais sido capaces de comprenderla ni de gustarla (3); San Basilio habla siempre de tal manera, que se hace comprender de los ignorantes y admirar de los sábios; San Juan Crisóstomo, que comenzó á predicar en estilo elevado, nos dejó en sus *Homilias* los más acabados modelos de una sencilla predicacion (4); y San Agustin, este genio elevado, águi-

(1) HISTORIA DE LA ELOCUENCIA CRISTIANA, tom. I, cap. II, páginas 94 á la 127.

(2) Por estos y otros motivos recomendamos como preparacion para el estudio de la oratoria la lectura de nuestra HISTORIA DE LA ELOCUENCIA á la juventud.

(3) 1.^a Cor., III.

(4) Véase el juicio y exámen de sus trabajos oratorios, HISTORIA, tom. I, cap. V, págs. 268 á la 305.

la de la inteligencia, desciende hasta los marineros y tratantes de Hipona, les instruye, les agrada y conmueve, sin perder por esto la fuerza y la energía que caracterizan sus trabajos oratorios (1).

¡Qué claridad se respira en los discursos de San Gregorio el Grande! Este Pontífice ilustre, último de los oradores sagrados que prolongaron el siglo de oro de la elocuencia cristiana, tenía tal nombradía, que el pueblo se agolpaba á las puertas de los templos para escuchar sus instrucciones (2), y se debía esto principalmente á que en todas ellas sabía acomodarse á la capacidad del auditorio, poniendo en práctica lo que él mismo escribía, comentando estas palabras de Job: *Super illos stillabat eloquium meum* (3). «El que instruye á los otros, decia este predicador insigne, debe acomodarse á la flaqueza de sus oyentes, no dejar caer sobre ellos sus instrucciones sino poco á poco y gota á gota, segun son capaces de recibirlas, absteniéndose de todo lo que es demasiado elevado por el temor de no llegar á ser útil; obrar de otro modo, es buscar la gloria ántes que el bien de las almas.» Todos los santos sacerdotes, todos los santos misioneros que han hecho grandes conquistas para la Iglesia, han repetido el mismo principio y dado el mismo ejemplo. San Francisco de Sales insiste en él de un modo especial en su carta al Arzobispo de Bourges; San Vicente de Paul no cesaba de recomendar á sus misioneros la

(1) Véase el juicio y exámen de sus trabajos oratorios, *HISTORIA*, tom. I, cap. VII, págs. 395 á la 438.

(2) *HISTORIA*, tom. I, cap. VIII, págs. 460 á la 465.

(3) Job, XXIX, 22.

mayor sencillez en las ideas y en su expresion, como el medio más propio de instruir á los fieles y convertirles. En fin, San Ligorio escribió un tratado acerca de este asunto (1). «Si el vulgo, dice, no ha de comprendernos, ¿para qué llamarlo á las iglesias? desde luego la palabra de Dios será inútil, y todo el trabajo que el predicador se tome en el púlpito se perderá para la gran mayoría de los oyentes.... En cuanto á mí, añadía este santo Obispo, no tendré que dar cuenta á Dios de mis sermones, porque siempre he procurado predicar de modo que me haya entendido la mujer más sencilla é ignorante.» Luego es indudable que no poner el discurso al alcance de los oyentes, es olvidar los ejemplos de Jesucristo y de los santos.

Es asimismo infringir los deberes del ministerio olvidarse de la cualidad que nos ocupa; pues siendo el sacerdote embajador de Jesucristo para con los hombres, tiene obligacion de conducirse como tal, explicando claramente y haciendo comprender la voluntad de su Señor á aquellos cerca de los cuales es enviado. Todo predicador tiene el deber de instruir á los pueblos y de excitarlos á la conversion; por consiguiente, el que no acomoda sus discursos al alcance de los fieles, ni instruye, ni convierte, siendo indudable que un discurso que no se comprende hace indigno al orador sagrado del elevado puesto en que la misericordia de Dios le ha colocado (2).

(1) *Del verdadero modo de predicar apostólicamente.*

(2) San Ligorio, hablando de los predicadores de Cuaresma que llevan sus discursos en la memoria sin cambiar una sola frase ni un solo periodo, cualquiera que sea el auditorio, refiere que el Car-

Inútilmente se alegará como excusa que algunos comprenden; porque el predicador es deudor de su ministerio á todos los fieles, lo mismo á los ignorantes que á los instruidos, á los ricos que á los pobres, y aun á estos últimos con mayor motivo, puesto que en todas partes están en mayoría, al paso que las personas de letras son contadas y en menor número.

Predicar en términos de no poder ser comprendido, es aun peor que si no se predicase: ¿qué se diría, escribe Hamon, de una nodriza que en vez de dar leche al niño confiado á su cuidado le tratase de alimentar con manjares que no pudiese comer ni digerir? ¿Qué se diría de un padre que en vez de cortar el pan en pequeños pedazos á sus hijos para que puedan comer, colocara sobre la mesa un pan entero que las criaturas no pudiesen partir? Esa nodriza y ese padre serian reputados delante de Dios y de los hombres como verdaderos homicidas. Tal es, en efecto, la imágen del Pastor que no acomoda sus instrucciones á la *capacidad* de sus oyentes: les da alimento, pero alimento que no pueden tomar ni digerir. Necesitando como niños en la fé la leche de la doctrina elemental, les presenta un manjar sólido que solo conviene á los

denal Pignatelli, Arzobispo de Nápoles, recomendaba cierto día á los sacerdotes que salian para una mision, que pusiesen sus discursos al alcance del pueblo, puesto que todo sermón que no está al alcance de los que deben oirlo, es un sermón inútil. — Acaso me dirán, añadia este Prelado, que la receta está hecha, pero en este caso replicaré: ¡desgraciados de los enfermos! Este Príncipe de la Iglesia, continúa San Ligorio, tenia razon; porque ¿qué provecho podría esperarse de una receta que el médico hubiese escrito anticipada y ántes de conocer la dolencia que estaba llamado á asistir y curar?

fuertes; necesitando que les partan á trozos el pan de la palabra evangélica, esto es, que se la expliquen hasta en sus más minuciosos detalles, les dicen generalidades que no pueden comprender, dejándolos por su negligencia sumidos en su anterior ignorancia.

Es, por último, semejante conducta una falta más inexcusable aun que si omitiese toda enseñanza, por el daño que una predicacion oscura produce siempre, por las distracciones á que da lugar y por las críticas justificadas que de ella se hacen.

Los que de tal manera creen evangelizar al pueblo, ocupan evidentemente el puesto de un predicador útil, y por lo tanto, no solo no dan á los fieles el pan de la divina palabra que necesitan, sino impiden que otro se lo reparta con más oportunidad. Ofrecen tambien un funesto ejemplo á sus compañeros, que tomando por bueno su estilo, acaban á veces por adoptarlo. En fin, la carencia de toda predicacion seria un mal de que el Pastor resultaria responsable, de que el pueblo se quejaria, pero al que los superiores pondrian correctivo; mientras que la predicacion que por lo recargada no está al alcance de los pueblos, es el velo que oculta el mal, es el paliativo de una ignorancia ó un orgullo criminal con el cual se engaña á los fieles, á las autoridades eclesiásticas, y aun con frecuencia hasta la misma conciencia del predicador que llega á creerse á cubierto de toda responsabilidad.

La falta de esta cualidad indispensable de la predicacion no admite excusa; porque ¿qué puede alegarse para justificar semejante abuso de la divina palabra? Es, dicen algunos, porque puede haber en el auditorio cierto número

ro de personas instruidas... como si un discurso sencillo, claro y sólido no agradase á todas las inteligencias.

Por otra parte, es un deplorable abuso no predicar sino para el cortísimo número de personas ilustradas que pueda haber en la iglesia, y á veces para granjearse la estimacion de uno ó dos sacerdotes cuya crítica se teme y á quien se desea tener propicios. ¿Dónde está en semejante conducta la pureza de intencion, el celo por la gloria de Dios y la salvacion de las almas de que hemos hablado? ¡Pues qué, para contentar á unas pocas personas se ha de privar á todo un pueblo de la instruccion que necesita! Semejante conducta no puede hallar disculpa para con Dios, ni aun delante de las personas que tienen sentido comun, porque al oír aquel discurso deben decirse: *Non erat hic locus*; este lenguaje es un contrasentido delante de tal auditorio.

Se alega tambien que no poder decir sino lo que suelen comprender las personas sencillas y sin letras, sería herir de muerte la elocuencia del púlpito: á tan extraño pretesto contestaremos, que si este género de elocuencia no pudiera conservarse sino con perjuicio de la salvacion de las almas, valdria mil veces más verlo desaparecer. Pero no es exacto que la elocuencia del púlpito sea incompatible con el género sencillo, pues San Vicente de Paul y otros en sus discursos familiares son patéticos y se hallan en ellos rasgos que harian honor á los más grandes oradores. «Únicamente los oradores de mal gusto, dice Quintiliano, son los que creen que tienen mucho talento, cuando se necesita, y bien grande, para poderlos entender: *Tunc demum ingeniosi si ad intelligen-*

dos nos opus sit ingenio (1). Por el contrario, el único discurso bueno, añade este príncipe de los retóricos, es el que resulta claro para los ignorantes, sin que los sábios hallen en él nada que censurar: *Sermo doctis probabilis et planus imperitis* (2); pudiendo afirmar que cuando la mayoría de los oyentes carecen de bastante talento para comprender un discurso, es porque semejante discurso es malo (3).»

2. *Medios de acomodar el discurso á la capacidad de los oyentes.* Por no tener en cuenta las condiciones que debe reunir un discurso sagrado para estar al alcance del pueblo, se esteriliza mil veces la predicacion. Se cree por el orador que los demás comprenden lo que él ha comprendido, que es claro para los otros lo que aparece sencillo á su inteligencia, olvidando la inmensa distancia que existe entre la capacidad de un talento cultivado y la de un entendimiento incapaz de comprender toda idea, todo giro ó expresion que no se presente con suma claridad (4).

Otro error no ménos comun es el de creer que ponerse al alcance del pueblo consiste en usar un lenguaje trivial, ordinario y tosco, sin tener en cuenta que la palabra

(1) In Præm., lib. VIII.

(2) Id.

(3) *Otiosum (seu vitiosum) sermonem dixerim, quem auditor suo ingenio non intelligit.*

(4) Refieren algunos autores que Moliere leía á su sirvienta las piezas que componia para el teatro, y que juzgaba malo todo cuanto no estaba claro para ella, ni le hacía una sensacion análoga á la que el grande escritor se habia propuesto. ¡Cuánto habria que reformar en los sermones si se sometiesen á una prueba análoga!

de Dios debe ser siempre tratada con decoro, que la sencillez de la expresion no excluye la nobleza del fondo, y que el modo de hablar de la religion no debe excitar jamás la risa ni el desprecio de los fieles, sino su respeto y veneracion.

Se figuran algunos que la manera más acertada de hablar á los fieles es decir las cosas como se presentan á la mente y sin haberse preparado: extraña ilusion, que tendremos oportunidad de combatir más adelante. En este momento bastará que hagamos constar que, cuanto más toscos é ignorantes son los pueblos, más preparacion necesita el predicador para hacerse inteligible. Fácilmente nos hacemos comprender por una persona de talento: *Intelligenti pauca*; pero instruir á una muchedumbre que carece de preparacion, tener que poner á su alcance nociones espirituales del orden más elevado y extrañas al círculo comun de sus ideas, esto es realmente empresa difícil y comprometida, y para la cual hace falta una gran preparacion, muchísimo tacto, gran paciencia y reflexion.

Para conseguir acomodarse á la capacidad del auditorio, los autores proponen varios medios: 1.º elegir un género y un asunto propio para los oyentes; 2.º disponer el todo del discurso con orden; y 3.º enunciarlo con claridad.

Conviene en efecto elegir un género y un asunto propio para los oyentes, lo cual quiere decir, que si la mayor parte son poco versados en el conocimiento de la religion y en el cultivo de las letras, la instruccion *familiar* y *catequista* es el género que más les conviene; pero si por

el contrario, conocen ya las verdades de la fé y han recibido cierta educacion, entónces el sermon es lo más oportuno; si, por último, se conoce que hay diversidad de instruccion en los oyentes, entónces es preciso adoptar un término medio propio para hacerse comprender á un mismo tiempo de los más ignorantes y de los más sábios.

En cuanto al asunto ó al fondo del discurso, es necesario elegir para los auditorios comunes materias sencillas y accesibles á todas las capacidades, no emplear al tratarlas pruebas que estén fuera del alcance de la generalidad, ni razones difíciles de comprender, usando comparaciones familiares, ejemplos sensibles, citas de historia, principalmente de la Sagrada Escritura, y omitiendo todos los recursos que no puedan ser apreciados sino por talentos de antemano dispuestos para ello.

Un asunto sencillo, tratado con sencillez y naturalidad por un predicador mediano, produce más fruto las más veces que un trabajo esmeradísimo pronunciado por un celebrado predicador; en el primer caso todo redundando directamente en provecho de las almas, segun la observacion de Aristóteles, el cual escribe que los hombres poco eruditos son más propios que los sábios para persuadir al pueblo, porque no siendo capaces sino de cosas comunes, se hallan por lo mismo más á nivel de sus oyentes: *Magis idonei ad persuadendum sunt ineruditi quam eruditi inter vulgares, quia communia dicunt.*

Es preciso disponer con orden todo el discurso, esto es, que todas las partes se hallen en su lugar, que la materia esté bien dividida, los pensamientos perfectamente coordinados y tan bien unidos entre sí, que al parecer

nazcan sin estuerzo los unos de los otros; es menester que la inteligencia sea siempre conducida por un sendero recto y natural de lo conocido á lo desconocido, de lo más conocido á lo que es ménos, sin que haya pasajes violentos. Con este orden se consigue que el auditorio comprenda con facilidad y halle á su alcance las materias más difíciles y complicadas.

Es absolutamente preciso expresarse con claridad, es decir, de un modo tan inteligible, que la idea enunciada pase al punto y sin estuerzo á la inteligencia de los oyentes, y que á la manera que el sol hiere nuestra vista sin que lo notemos y casi á pesar nuestro, el discurso no solamente se comprenda á causa de su claridad, sino que no pueda dejar de ser comprendido (1). Esta, que es una cualidad fundamental en todo discurso, dice Quintiliano, *prima virtus perspicuitas* (2), debe serlo con mayor motivo en la predicacion.

En el discurso sagrado se necesita siempre ser claro por lo mismo que el auditorio ni interroga, ni contradice, ni impugna, ni aun da muestras de complacencia ó desagrado: toda falta en este punto es gravísima y debe pecarse más por claridad que por confusion; esto mismo aconsejaba Quintiliano tratando de los discursos públicos, y añadia: *Vitandum sermonis genus quod otiosum fortasse lectorem minus fallit, audientem transvolat, nec dum re-*

(1) *Id in consilio est habendum.... Multis eum (auditorem), frequenter cogitationibus avocari, nisi tam clara fuerint ea quæ dicimus ut in animam ejus oratio, ut sol in oculos, etiamsi non intendatur, incurrat. Quare non ut intelligere possit sed, ne omnino possit non intelligere curandum.* Quint., lib. VIII, II.

(2) *Id.*

petatur expectat (1). Tal es, tratándose del discurso sagrado, el parecer de San Próspero: *Tam simplex et apertus... sermo debet esse, dice, ut ab intelligentia sui nullos quamvis imperitos excludat* (2).

Sentados estos precedentes, que pueden en las cátedras ampliarse por el profesor, he aqui las reglas que de ellos deducen los maestros y que conviene aprenda de memoria la juventud:

Primer grupo.—Reglas relativas al empleo de las palabras.

REGLA 1.ª Conviene evitar en la predicacion: 1.º los términos de la escuela y aquellos que por su índole especial no pueden estar al alcance del vulgo; 2.º las palabras técnicas y científicas propias del lenguaje artístico y de los sábios; las derivadas del griego y otros idiomas, que solo pueden apreciar los que conozcan estas lenguas; 3.º las voces abstractas, los términos demasiado generales, como *sensualismo, espiritualismo, misticismo*, etc., y todas aquellas expresiones que la mayoría de los oyentes no puedan entender; 4.º todas las palabras anticuadas ó caídas en desuso, y así mismo todos los neologismos ó palabras nuevas que no pueden ser comprendidas sino por los literatos, y para cuya inteligencia sería necesaria una larga explicacion puesto que no están autorizadas por un uso constante: *Tanquam scopulum, sic fugias insolens verbum* (3);

(1) Quintil., lib. IV, c. II.

(2) Lib. I de *Vit. contemp.*, c. XXIII.

(3) Aulo Gelio, lib. I, X.—Quintiliano dice en igual sentido: *Consuetudo, certissima loquendi magistra utendumque plane sermone, ut nummo, cui publica forma est.* Lib. I, IV, 3.

5.º las expresiones que carecen de naturalidad, fectadas, hinchadas, enfáticas ó pomposas. Nada es tan opuesto á la claridad como semejante manera de expresarse, siendo oportuno recordar á este propósito las siguientes expresiones de la Bruyère:—Quereis decirme que hace frio, ¿por qué pues no me decís sencillamente: «hace frio?» ¿Es por ventura un mal ser entendidos cuando hablamos, y hablar como los demás? 6.º Las expresiones tomadas del lenguaje místico que el pueblo no comprende, como la *vida espiritual*, el *hombre animal*, el *hombre viejo* y el *hombre nuevo*, la *abnegacion*, la *regeneracion* y otras palabras de la Sagrada Escritura, alegóricas ó metafóricas, que aluden á hechos antiguos poco conocidos de los oyentes.

2.ª Cuando para expresar ciertas ideas no se han usado expresiones propias, sino palabras que se sospecha que los oyentes no han debido comprender, es preciso explicarlas con perfecta claridad y no dejar pasar nada oscuro sin esplanarlo. Tambien debe evitarse en lo posible poner demasiadas palabras en el discurso, ó explicar con excesiva extension las que lo necesitan; porque las explicaciones muy repetidas y muy largas hacen decaer el interés, interrumpen la marcha y quitan la vida al discurso.

3.ª Cuando los términos usados vulgarmente hacen más fácil la comprension de una idea, no hay motivo para rehusar el emplearlos, aunque no estén conformes con la severidad de las reglas. Lo esencial es hacerse comprender ántes que obtener la aprobacion de los gramáticos; *Melius est ut reprehendant nos grammatici quam non intellegant populi*, dice San Agustin; y el mis-

mo santo Doctor afirma que en Africa, donde los ignorantes comprendian mejor el barbarismo *ossum* que la palabra latina *os*, no tenia dificultad en emplearlo cuando los instruía: *Cur doctorem pietatis pigeat imperitis loquentem ossum potius dicere quam os* (1). Esto no quiere decir que se empleen palabras bajas, ridículas é impropias de la dignidad del lugar y la persona que habla.

Segundo grupo.—Reglas relativas al giro de las frases.

REGLA 4.ª Han de evitarse los periodos demasiado largos cuyo sentido queda en suspenso por mucho tiempo ó cuyos miembros no tienen una trabazon fácil de comprender. Los periodos largos fatigan la atencion de los oyentes y hasta ofuscan muchas veces su inteligencia. «Es menester precaverse de los *quamquam*, dice San Francisco de Sales, y de los periodos largos, tan frecuentes en las personas de distincion; todo esto es nocivo en la predicacion.» Vale más dividir las frases demasiado largas, pero tampoco debe caerse en el exceso contrario, no ménos ridiculo y peligroso, dando lugar á un estilo entrecortado y por consecuencia flaco, seco y sin dignidad.

2.ª Han de evitarse los rodeos, las frases incidentales, las expresiones ó epítetos inútiles, en fin, los ornatos supérfluos que, sofocando la verdad entre un lujo de palabras y de imágenes, hacen oscuro el discurso y distraen, ó al ménos preocupan sin utilidad la atencion de los oyentes. Nada favorece más la claridad que el hablar con sencillez y exactitud, no empleando las palabras sino

(1) De *Doct. christ.*, lib. IV, XXIV.

en cuanto son necesarias para verter la idea, y separando sin reparo todas aquellas que puedan omitirse sin que el auditorio pierda por esto nada de lo esencial é indispensable.

3.^a Ha de eludirse la colocacion de palabras que no sean naturales, los giros de frases embarazosas, los enmarañados, lentos y oscuros, que á primera vista no presentan un sentido claro y manifiesto, sino por el contrario, ambiguo y dificultoso.

4.^a Es menester estudiar el modo con que el pueblo á quien el predicador se ha encargado de instruir, ve las cosas y forma sus ideas, las figuras y las comparaciones que le son más comunes, los giros que le son más familiares, y acercarse á su modo de comprender y de hablar en cuanto lo permita la dignidad del púlpito. Nada más propio que este método para poner la predicacion al alcance del auditorio.

5.^a Cuando, con el fin de hacerse comprender mejor, es preciso sacrificar las gracias y aun la pureza del lenguaje, debe el predicador hacerlo sin vacilar y preferir el giro ó modo que sea más inteligible para dar á entender lo que se quiere decir, que aquel que más lisonjee los oidos y parezca más ajustado á los preceptos del arte: *Evidentiae appetitus*, dice San Agustin, *aliquando negligit verba cultiora, nec curat quid bene sonet, sed quid bene indica quod ostendere intendit* (1). Y en efecto, añade este santo Doctor, ¿de qué sirve la exactitud de vuestra frase, ni la pureza de vuestro estilo, si el oyente no comprende, ni

(1) De *Doct. christ.*, lib. IV, XXIV.

hablamos en términos de hacernos entender? *Quid prodest locutionis integritas quam non sequitur intellectus audientis* (1)? ¿De qué me sirve, continúa valiéndose de una comparacion, de qué me sirve una llave de oro si no abre el sitio donde quiero entrar, y qué inconveniente puede haber en que la llave sea de madera si me es útil para el objeto que me propongo: *Quid prodest clavis aurea si aperire quod volumus non potest, aut quid obest lignea, si hoc potest* (2)?

Y no se crea que semejante modo de hablar resulta falto de talento ni de arte; pues es tanto más esmerado, dice Ciceron, cuanto ménos lo parece, *negligentia est diligens* (3); revelando un hombre más atento á las cosas que á las palabras, más ocupado del bien de los otros que de su propia reputacion. Observemos, no obstante, que este modo de hablar no debe nunca llegar á convertir el discurso en bajo y rastrero; porque al ponerlo más claro y más inteligible, debe siempre conservarse en él la dignidad: *Hæc sic ornatum detrahit ut sordes non contrahat*, dice á este propósito San Agustin (4).

Tercer grupo.—Reglas relativas á la marcha general del discurso.

REGLA 1.^a Es menester marcar perfectamente las divisiones, los razonamientos, las principales ideas y los diferentes documentos y resoluciones que se quieren inculcar en el ánimo de los oyentes. Si no se hablara más que á personas instruidas, capaces de descomponer un discurso

(1) De *Doct. christ.*, lib. IV, XXIV.

(2) Id., lib. IV, XXVI.

(3) *Orat.*, LXXVII y LXXVIII.

(4) De *Doct. christ.*, lib. IV, XXVI.

y de advertir sus razonamientos y sus partes esenciales ó más importantes, esta regla carecería de aplicación; pero la experiencia demuestra, por el contrario, que los más de los oyentes no saben discernir ni las divisiones de un discurso, ni los puntos que es más útil retener; y aun frecuentemente se adhieren á una idea incidental, á cosas de menor interés y pasajeras, olvidando lo más importante y más esencial. Por lo tanto, no debemos vacilar en aconsejar que se diga: *Ved en primer término tal verdad, en segundo esta otra y en tercero la que os voy á manifestar... ó hareis primeramente tal cosa, en segundo lugar tal otra y en tercero la que os acabo de indicar... ó adviértase esto bien, póngase atención á estas palabras ó he aquí el principal fruto que de este discurso debéis sacar, etc...* Semejante método despierta la atención, excita la inteligencia y graba la instrucción en la memoria de los oyentes.

2.^a Cuando se trate de cosas difíciles de comprender ó de que importe persuadir al auditorio, es menester representar la misma idea bajo diversas expresiones, ofrecerla de varios modos y á veces repetirla en los mismos términos; esto es necesario para suplir la corta inteligencia ó la falta de atención de muchos oyentes.

3.^a El predicador debe, al pronunciar su discurso, ir leyendo en los semblantes y la actitud de los oyentes si es comprendido; y si nota que no lo es, debe volver á lo dicho y dar á su idea giros diferentes, hasta que comprenda que ha sido entendido (1).

(1) *Solet motu significare utrum intellexerit cognoscendi avida multitudo: quod donec significet, versandum est quod agitur multiformi varietate dicendi.* S. Aug., de *Doct. christ.*, lib. IV, XXV.

Esta regla es impracticable para los que aprenden sus sermones palabra por palabra y los recitan como un escolar dice su lección; pero más adelante veremos el modo de librarse de esta tímida conducta, por otra parte disculpable en los que comienzan.

Cuarto grupo.—Reglas relativas á los diversos medios por los cuales el predicador debe procurar hacerse entender.

REGLA 1.^a Antes de hablar en público es menester darse cuenta á sí mismo del asunto que se va á tratar y estudiarlo hasta poseerlo perfectamente, es decir, hasta tener de él una idea clara, precisa y luminosa.

La falta de comprensión en las ideas es la causa más frecuente de la oscuridad en la expresión: porque cuando no se sabe bien lo que se quiere decir, ó se tiene de ello una idea confusa, no es fácil explicarlo á los demás. Quintiliano decía, cuanto más mediano es un escritor, es más oscuro; y por la inversa, cuanto mayor instrucción y genio tiene, es más claro y más fácil de comprender (1).

2.^a Al componer un discurso ha de considerarse el predicador, primero como un padre vivamente interesado en que sus hijos se libren de una gran desgracia, hablándoles, por consiguiente, con el mayor empeño para ser bien comprendido, y segundo como un amigo que, deseando ilustrar á personas queridas acerca de los peligros que las amenazan, procuran por todos cuantos medios están á su alcance hacerse entender, sin perder de vista un solo instante que, no habiendo estudiado la generalidad

(1) Lib. II, c. V.

de las personas, no pueden comprender sino cosas muy sencillas.

El predicador que tuviere para con sus oyentes entrañas de padre y de amigo, será por precisión claro, metódico, expresivo, porque olvidándose de sí mismo, no pensará sino en el bien de aquellos á quienes habla en nombre del divino Autor de esta creencia santa que tanto debe envanecernos.

5.ª Después de preparado el discurso es preciso detenerse á estudiar todas sus partes, ponerse en lugar del auditorio y examinar el trabajo con la imparcialidad y la buena fé del que con él anhela la salvación de aquellos á quienes se propone recitarle.

Con estas reglas cuidadosamente recogidas por Hamon y otros escritores que hemos consultado, la predicación se adaptará seguramente á la *capacidad* de los oyentes, llenando satisfactoriamente esta cualidad, no ménos indispensable que las otras dos de que vamos á ocuparnos en este mismo capítulo.

Punto segundo.

La predicación debe acomodarse á las necesidades del auditorio.

1. *Es obligatoria esta cualidad.* El médico que demuestra conocer los síntomas todos de la enfermedad que ha de curar, que se adelanta á destruir sus funestos efectos y aplica oportunos lenitivos al dolor, fácilmente se capta las simpatías del paciente, llevando á su abatido espíritu un rayo de esperanza que le sostiene y le hace ejecu-

tar sin violencia cuanto por su bien se le prescribe y manda.

Lo mismo sucede con el predicador que demuestra conocer las necesidades de sus oyentes, los males que afligen su alma, los remordimientos que atormentan su conciencia y los temores que perturban su corazón. Dueño desde el primer momento de su voluntad, se le escucha como á un oráculo, se desean sus instrucciones y se obedecen sin violencia sus mandatos.

El sacerdote que al ejercer el ministerio de la predicación cumple con esta regla de conducta aconsejada por los maestros, siempre sube á la cátedra del Espíritu Santo con utilidad de sus oyentes y suya propia (1). Por el contrario, el predicador que no adapta sus discursos á las necesidades de su auditorio, lejos de facilitar el camino de la virtud, le hace más difícil y escabroso, llegando á ser inútiles sus consejos, ó lo que es aun peor, nocivos y perjudiciales por lo mismo que son inoportunos.

¿Hay nada más falto de buen sentido, por ejemplo, que predicar contra el lujo en un pueblo donde todos son pobres, ó contra los sistemas filosóficos antiguos y modernos donde estos no tienen ni un solo partidario, ó contra las ambiciones desmedidas donde todos se contentan con su manera de ser y posición social? Pues esto, que á primera vista se concibe ser inoportuno é inconveniente, se oye á cada paso, y es con justa razón motivo de crítica hasta entre las personas ménos inofensivas y más respetuosas.

(1) Véase al P. Albert, II part., c. XVI, XXXVII y XXXVIII; Granada, *Retórica*, lib. II, c. XI y XII.—*Obligaciones de los párrocos*, c. VII, art. I.

Por otra parte, aunque la materia convenga á los oyentes, es preciso hacer de ella aplicacion á sus necesidades. Los fieles, dice un escritor contemporáneo, se hallan por lo comun poco dispuestos á entrar en sí mismos, á sondear su corazon, y es necesario que el orador sagrado les despierte descendiendo á pormenores prácticos que aviven su fé y exciten su arrepentimiento; se dirija á sus oyentes en términos tan precisos y terminantes, que cada cual se crea aludido y retratado; de otro modo escucharán las instrucciones como una peroracion puramente especulativa, de la cual ninguno sacará conclusiones prácticas, ni nadie se dirá: *Tu es ille vir*.

Aunque el predicador no tenga mas que un talento mediano, si desciende á estos pormenores, si retrata al oyente con un parecido exacto, obligándole á confesarse descubierto en sus más recónditos pensamientos, en sus acciones más íntimas, en sus costumbres, sus ideas y sentimientos, comprendiendo lo que debe abandonar y conservar, sus instrucciones serán acogidas con extraordinario éxito y grandes resultados.

Estas reglas, aconsejadas por la experiencia de los más grandes oradores, son esenciales y constituyen deberes indeclinables en el ejercicio de la predicacion.

Todo el que, temeroso de parecer demasiado sencillo, no se ocupa de llenar en este punto sus deberes, hace traicion á su elevada posicion y defrauda lastimosamente las esperanzas de la Iglesia, haciendo un uso contrario del sagrado depósito de la doctrina que se ha puesto en sus manos.

La predicacion que no se acomoda á las necesidades

del auditorio, puede llegar á ser hasta funesta y perjudicial. Si tratando, por ejemplo, del pecado mortal, el orador no cita sino grandes crímenes; si fulminando anatemas contra el orgullo cita á Aman y á Nabucodonosor como tipos de ese extravio lamentable de la razon, sus tiros pasarán por cima de la cabeza de los que le escuchan, y no creyéndose reos de tan grandes infracciones, ni responsables de tan graves faltas, hasta podrán llegar á creerse más perfectos de lo que son, midiendo el largo camino que aun les falta que recorrer en el camino del vicio y del pecado.

Este defecto es muy comun y contra él debemos muy especialmente llamar la atencion de la juventud; muchos de nuestros más célebres predicadores han caido en él llevados de su celo por la salvacion de las almas, y en nuestros dias son muchos los que, lanzando desde el púlpito rayos y truenos, léjos de interesar asustan, ó lo que es mil veces peor, suelen hasta excitar la hilaridad de los oyentes.

Moderacion en todo es preciso en la cátedra sagrada, y solo en un justo medio está el más exacto cumplimiento del deber del sacerdocio en el ministerio de la predicacion.

2. *Medios de acomodar el discurso á las necesidades de los oyentes.* Fijada la regla de conducta, el precepto, ó sea la cualidad esencial de la predicacion que nos ocupa, pasemos á señalar los medios más conducentes para facilitar el camino á los que han de practicarla.

Hamon dice que para que el discurso se adapte á las necesidades de los oyentes, es preciso: 1.º Conocer bien

el pueblo á quien se predica. 2.º Abarcar el mayor número de necesidades de las personas que formen el auditorio. 3.º Fijarse muy particularmente en combatir las pasiones dominantes, los abusos más generalizados y los desórdenes más comunes de la feligresía.

Daremos sobre estas materias algunas explicaciones.

San Francisco Javier, dirigiéndose á sus compañeros de apostolado, les aconsejaba que donde quiera que fuesen llamados á predicar por más ó ménos tiempo, preguntasen cuidadosamente á las personas sensatas y de experiencia la clase de vida y costumbres de la mayoría de las gentes... «Creed, añadía el santo, creed en mi experiencia, que no hay conocimiento mas útil y provechoso (1).» Para adquirir la ciencia del mundo, que nosotros hemos incluido entre los conocimientos necesarios al predicador, es preciso poner tanto empeño como para aprender la teología ó la filosofía, toda vez que es tan útil y provechosa para hacer buenos discursos. Por su medio, dice el mismo San Francisco Javier, se sabe en lo que conviene insistir, cómo se han de manejar las inteligencias, ganar las voluntades y adquirir autoridad y prestigio en cada localidad.

Muchos desoyen las instrucciones de los ministros del santuario, porque estos revelan falta de conocimiento de lo que sucede en la vida real, porque no se hacen cargo de los deberes que impone la sociedad y la condicion y calidad de las personas: todo esto ha de tenerse muy en cuenta para predicar.

(1) Carta al P. Barzée, escrita en Marzo de 1545.

En armonía con tan oportunas y prudentes observaciones, el predicador debe estudiar con cuidado el pueblo á quien se propone evangelizar: si es forastero, informándose por el Pastor de la feligresía, y si se trata del párroco, adquiriendo el conocimiento de su grey por las observaciones diarias á que da lugar un contacto prudente con unos y otros; acérquese sin ser indiscreto á todos, no se haga molesto en sus visitas, ni esquivo y uraño en su proceder, y estudie sobre todo su propio corazon, el mejor libro donde se puede aprender á conocer los hombres, segun la célebre expresion de Fontenelle: «Cuando quiero conocer á los demás, me estudio á mí mismo (1).»

El tribunal de la penitencia es otro de los medios de adquirir el conocimiento de los vicios más frecuentes, de los errores más inveterados, de las preocupaciones más arraigadas: úsese con prudente reserva de esta enseñanza, cuidando mucho de no lastimar á nadie, ni dar lugar á que uno solo de los oyentes sospeche que se falta al sigilo de su conciencia. Con este método, observa San Francisco, se harán discursos más útiles que si se explicasen al pueblo bibliotecas enteras.

El Padre Barzée escribe á este propósito: «Emplead la mayor parte de vuestros discursos en hacer una viva pintura del estado interior y del trastorno de los pecadores: véase cada cual en nuestros discursos como en un espejo, y reconozca la inquietud de sus planes, la frivolidad de sus ideas, la nada de sus esperanzas y la gravedad de los

(1) Acerca de la ventaja de estudiarse á si mismo para conocer á los demás, véase al Cardenal Maury: *Ensayos sobre la elocuencia del púlpito*, t. I, p. 56.

fraudes que medita en su mente. Nada oyen los hombres con mayor atención que las cosas cuya verdad les hace conocer el íntimo testimonio de su conciencia. Hacedlos un fiel retrato de todo lo que en ellos pasa, y á este fin examinadlos cuidadosamente; observad, profundizad, estudiad esos libros vivos, y así enseñareis con utilidad, adquirireis gran imperio sobre los pecadores para atraerlos á Dios, separarlos del mal camino y hacerles gustar la verdad y la virtud.»

Penetrado de estos sábios consejos el predicador, debe abarcar en sus discursos las necesidades de las diferentes clases de oyentes á quienes se dirige; pues si se limita á tratar de las de una sola, su discurso carecerá de interés y de utilidad para el resto del auditorio; dará á unos el alimento que les conviene, dejando en ayunas á los demás. Todos tienen igual derecho á la distribución de la divina palabra, y colocados alrededor del púlpito, son como aquellos enfermos del Evangelio que se situaban cerca de la piscina. El predicador es el ángel enviado de Dios para curar todo género de dolencias morales; médico de todos, se debe á todos, á los ciegos para hacerles ver la luz, á los débiles para fortalecerlos y animarlos, á los que han caído para levantarlos, y á los que están en pié para mantenerlos y asegurarlos. Debe, por consecuencia, atender á todo género de necesidades (1), recordando al efecto que en casi todos los pueblos hay tres clases de pecadores, los que pecan por debilidad ó ignorancia, los que pecan por hábito, aunque todavía no han sofocado los remordimien-

(1) Véase la *Retórica eclesiástica* del P. Granada, lib. II, c. XII.

tos, y los pecadores endurecidos; que hay también tres clases de justos, los que comienzan á dedicarse á Dios, los que ya han hecho algunos progresos en la virtud, y los que están muy adelantados; en fin, personas de estados y condiciones diversas á quienes hay que evangelizar del mismo modo.

«Si el predicador trata de un vicio, combatirá con todo el poder de su palabra los pecados graves que el mismo hace cometer, hablará con compasión de los que caen por debilidad, con energía de los que se habitúan al mal, y con mayor vigor contra los endurecidos; censurará después los menores defectos, aun las imperfecciones relativas á aquella materia, y prescribirá, en fin, los medios de corregir ó de evitar aquel vicio, indicando sucesivamente los que son de necesidad ó de precepto, y los que son materia de perfección. Si, por el contrario, trata de una virtud, se fijará en inspirar un gran horror á los pecados opuestos, propondrá en seguida las ventajas comunes de la misma virtud, y por último, dará á conocer las prácticas más autorizadas y eficaces, y de este modo satisfará todas las necesidades del auditorio, recibiendo cada clase de pecadores y de justos su propio remedio, y sacando todos un gran provecho de la predicación.

En cuanto á los diversos estados ó profesiones de sus oyentes, inculcará con frecuencia en sus discursos el principio general de que los deberes de estado son, entre todos, los más esenciales, y á pesar de ello los que más se descuidan y cuya infracción ménos se vitupera. En seguida, á imitación de San Juan, que fijaba de un modo muy exacto las obligaciones de cada condición, de los sol-

dados, de los publicanos, y aun de Herodes mismo, explicará con claridad y segun las circunstancias, las obligaciones de los ricos y de los pobres, de los amos y de los criados, de los padres y de los hijos, igualmente que la de los diversos estados que hay en la feligresía; cuidando muy especialmente de no denigrar ninguna profesion honrada, si se ejerce con exactitud y religiosidad; de no esplanar los deberes ni mezclar las obligaciones reciprocas, á fin de no hacer creer que se lisonjea á los unos perjudicando á los otros; de no dirigir, en fin, reconvenciones ni consejos públicos acerca de un estado ó un ejercicio cualquiera cuando en la feligresía no hay sino dos ó tres personas que se ocupen de él, porque es evidente entónces que en la opinion de todos esto equivaldria á una reprension personal ofensiva.

Al abarcar de este modo las diversas necesidades de su auditorio, se fijará en especial el predicador en combatir las pasiones dominantes, los abusos ó principales desórdenes del pueblo donde predique; pues por lo mismo que aquellos vicios dominan en aquel punto, son los mayores obstáculos para la salvacion, las enfermedades á que es más urgente poner remedio y las llamadas á producir más víctimas en el negocio de la salvacion.»

Tal era la práctica de los Santos Padres, y de la observacion de estos preceptos provienen esos multiplicados discursos de San Ambrosio contra la usura, de San Juan Crisóstomo contra el lujo y la aspereza para con los pobres, de San Agustin contra la embriaguez, hasta el punto de que, como hemos visto en sus trabajos oratorios, si trataban otros asuntos, procuraban siempre inter-

calar algunas palabras contra el vicio más dominante. Tal era tambien el consejo que daba San Cárlos á los predicadores, encargándoles que persiguieran en sus discursos, hasta extinguirlos, los desórdenes y desarreglos más comunes del pueblo en que predicasen: *Cum ad concionandum aliquo concionator venerit, accurate illius loci morum corruptelas conquiret, quas, ut occasio feret, constantissime usque adeo exagitabit ut funditus, quantum in se est, extirpet* (1). Las ciudades y las poblaciones, dice *Cornelio-Lapide*, citado por Benedicto XIV en su Institucion XXVII, número 19, permanecen sumergidas en los mismos desórdenes, sin que los discursos sagrados produzcan gran fruto, porque los predicadores, ocupándose de los asuntos generales de la religion, no persiguen ni atacan los vicios particulares del punto donde predicán. Muden de método los que de tal modo se conducen, añade este sábio, si tienen en su corazon los intereses de Dios, de su conciencia, de la Iglesia y los de sus oyentes (2).

Reasumamos en diversas reglas los consejos que acabamos de consignar, á fin de que con más facilidad se graben en la memoria de los jóvenes:

(1) Act. Eceles. Med., tom. I, pág. 104.

(2) *Concionatores communem tramitem explicandi evangelia sequuntur, peccatoribus commendant passionem Christi, misericordiam Dei et cultum B. Virginis, quod illa qui cultores non sinat perire; nec descendunt ad vitia huic illive loco propria, ut contra ea tonent et fulminent eaque extirpent: unde urbes et populi manent in iisdem vitiis nec ullum vel exiguum earum concionibus omnibus fructum referunt. Mutent ergo modum concionandi, si Deo, conscientiae, Ecclesiae et auditoribus consulere satagunt.*

REGLA 1.^a El predicador no debe reconvenir de un modo acre á sus oyentes: el verdadero celo es dulce, tierno y compasivo con el pecador que se extravía. La invectiva, la amenaza exaspera y no corrige; el único medio de hacer una reconvencion provechosa, es separar de ella cuanto pueda ser ofensivo, revistiéndola con toda la dulzura del lenguaje, con todos los atractivos de la caridad, y principalmente con las amables maneras que el gran arte de las precauciones oratorias enseña, y del cual hablaremos ántes de terminar este capítulo.

2.^a No deben pintarse los desórdenes como más graves ni más frecuentes de lo que son, procurando hacer algunas salvedades á fin de no confundir á los inocentes con los culpables.

Se deben combatir muy especialmente los vicios más comunes, porque estos se dispensan más fácilmente y conducen de un modo lento, pero seguro, á los pecados más graves. Así, por ejemplo, si se habla de la salvacion, el predicador no debe limitarse á censurar la conducta de los que no se ocupan de ella, sino de aquellos que se ocupan alguna que otra vez, y con esto se dan por satisfechos. Si se predica sobre el orgullo, el orador no debe ocuparse sino incidentalmente de las grandes vanidades de los sábios y los poderosos, y en cambio censurará esos arranques, al parecer insignificantes, que nos separan del pobre, que nos hacen rechazar su compañía y faltar á la caridad y al amor que debemos todos á nuestros hermanos y muy principalmente á los necesitados.

3.^a Al hacer la pintura del vicio, debe tenerse especial cuidado en no ser demasiado enérgico ni recargar

las tintas del cuadro: es preciso huir de esas pinturas delicadas y vivas que dejan al error sus atractivos, esas descripciones más propias para hacer amar al mundo que para apartarse de sus peligros, de esos pormenores que indican en el predicador un hombre perfectamente instruido en lo que es moda, en la clase de atavíos, de diversiones y de juegos que censura.

No conviene que el sacerdote aparezca demasiado conocedor de ciertas cosas del mundo, pues su mérito, según observa oportunamente Gaichez, consiste en que digan de él que las ha adivinado. Nada, en fin, nada de esas locuciones que, aun cuando los términos sean castos, despiertan en la imaginacion cierta inquietud capaz de alarmar el pudor; y aun cuando se cubran con un velo ciertas materias, estas serán siempre demasiado transparentes y peligrosas para las almas inocentes y puras, dando margen á que algunos se escandalicen y crean que el predicador no se halla exento de los vicios de que habla con tanta minuciosidad.

4.^a Han de evitarse estos tres defectos en los retratos ó pinturas de las costumbres: el primero hacerlos con malicia ó mal humor; el que pinta con malignidad ó dando muestras de intransigencia, no será bendecido por Dios: el segundo descender á pormenores demasiado bajos hasta hacerse vulgar; así, por ejemplo, será indigno proferir las palabras y representar las posturas de dos mujeres que riñen, imitar las maneras ridículas de un hombre ébrio, ó citar los desvaríos que la pasion inspira; siempre se ha de conservar en el púlpito una gran dignidad, dando á la palabra de Dios la debida majestad: el tercero

permitirse la más pequeña persona (1), esto es, cualquier reconvencion que por su naturaleza ó por la interpretacion que pueda dársele, sea aplicable de tal modo á ciertos individuos, que se la deba considerar como una verdadera difamacion. Este género de reconvenciones agria al culpable conduciéndolo á mayores excesos, introduce en las feligresías la division y el trastorno, hace perder al predicador la estimacion y la confianza, al ménos de un gran número de personas, y revela en él una secreta animosidad contraria á la dulzura evangélica, un espíritu exagerado, satírico y vengativo. A fin de no caer en tal defecto, conviene hacer las reconvenciones en términos generales y de modo que de ninguna manera puedan personalizarse, procurando llenar este requisito con más cuidado cuanto más reducidos sean los parajes donde se predica, puesto que en estos casos las personalidades son más fáciles y peligrosas.

5.ª Al paso que se pintan y se deploran los desórdenes, es preciso indicar los medios de corregirlos. Los hay generales y particulares. Los remedios generales son el retiro, la oracion, la meditacion, las lecturas piadosas, el ayuno, la mortificacion y la limosna. Los particulares varían segun los defectos ó disposiciones de las personas, y deben ser presentados por el predicador, no de una manera vaga, sino con tanta exactitud y claridad, que todos comprendan puntualmente lo que tienen que hacer; y del mismo modo que en detalle se les ha mostrado lo que son, debe igualmente mostrárseles en detalle lo que

(1) Véase la carta de S. Francisco Javier al P. Barzée en 1549.

deben ser, las prácticas y los diversos medios por los cuales pueden corregirse, las obligaciones que tienen que cumplir y la nueva vida en que deben entrar. El mejor método para conseguir este fin, es presentarles sus deberes puestos en accion, bajo la forma de una narracion en la que su vista pueda seguir en cierto modo y paso á paso al cristiano, cumpliendo con todo lo que se ha dicho en la instruccion y con todo lo que de la misma se desprenda.

Supongamos, por ejemplo, que se predica sobre el respeto debido á las iglesias; debe decirse á los oyentes estas ó parecidas palabras:—Mirad al verdadero cristiano: desde su entrada en el lugar santo, revela en su exterior la viva fé de que se halla poseido; toma con respeto el agua santa que la Iglesia ha bendecido, y traza sobre sí religiosamente la señal de la cruz. Su paso es modesto, su aire edificante y sus miradas recogidas; ved cómo se postra delante de la majestad de Dios, con cuánto recogimiento eleva al cielo sus plegarias, cómo asiste á la procesion, etc. Como estos ejemplos pudiéramos citar otros muchos que nuestros lectores hallarán á cada paso en los pasajes más notables que de los oradores cristianos hemos trascrito en la primera parte de esta obra, ó sea en la HISTORIA DE LA ELOCUCION CRISTIANA.

Punto tercero.

La predicacion debe acomodarse á las disposiciones del auditorio.

1. *Es obligatoria esta cualidad.* No es ménos necesario adaptar el discurso á las *disposiciones* de los oyentes que las demás cualidades de que acabamos de

hacernos cargo en el presente capítulo. Ciceron considera como una de las más importantes condiciones del orador esa finura, esa delicadeza natural y perfeccionada por el ejercicio, que sabe discernir las ideas y sentimientos de su auditorio y acomodar á ellos su lenguaje: *Acuto homine opus est natura usuque callido, qui sagaciter pervestiget quid ii quibus aliquid dicendo persuadere velit, cogitent, sentiant, opinentur, expectent: teneat oportet venas cujusque generis, ætatis, ordinis, et eorum mentes sensusque degustet* (1). El buen sentido que sabe hacer estas distinciones, dice en otro lugar, es el fundamento de la elocuencia: *Est eloquentiæ fundamentum sapientia* (2); y Quintiliano, por último, escribe hablando de este particular: *Res in oratore præcipua consilium est....* (3) *Illud dicere satis habeo nihil esse in orando prius consilio* (4).

Y en efecto, gran parte del éxito de un discurso depende de estas circunstancias principalmente. Si presentamos á los oyentes la verdad de un modo que les convenga *ita ut veritas placeat*, segun la hermosa expresion de San Agustin; si por medio de ciertos rodeos hábiles dominamos sus disposiciones y nos granjeamos su benevolencia, entónces es seguro conseguir agradar al auditorio; mas si por el contrario, chocamos de frente y sin miramientos contra sus preocupaciones, sus pasiones favoritas y su carácter; si, en una palabra, les desagradamos, no haremos más que exasperar los ánimos sin producir nin-

(1) *De Orat.*, lib. I, CXXIII.

(2) *Orat.*, LXX.

(3) Lib. II, XIV.

(4) Lib. VI, V.

gun bien; porque es tal la susceptibilidad humana, que siempre recibe mal las cosas mejores si no se le presentan de un modo oportuno y conveniente.

Una palabra, una sola frase inoportuna que lastime ó desagrade, puede hacer fracasar el mejor discurso. Nunca se choca impunemente con un auditorio delicado y sencillo; por cuya razon los mayores oradores llevaron hasta el escrúpulo el temor de desagradar á sus oyentes. Pericles, segun dice Quintiliano (1), cuando se disponia á hablar en público hacia formal empeño de que no saliese de sus labios una sola palabra que pudiera ofender al público, y al subir á la tribuna se decia á sí mismo:—Recuerda, Pericles, que vas á hablar á hombres, á Griegos y Atenienses. Ciceron, no ménos escrupuloso en la observancia de este gran principio del arte oratoria, no escaseaba ni reflexiones ni desvelos para lograr conocer perfectamente las disposiciones, la manera de ver y los más íntimos sentimientos de sus oyentes, á fin de acomodar á ellos sus discursos: *Omni mente in ea cogitatione cura que versor*, nos dice (2), *ut odoror quam sagacissime possim, quid sentiant, quid existiment, quid expectent, quid velint, quo deduci oratione facillime posse videantur*. Roscio decia acerca de su arte:—El punto capital está en saber observar lo que conviene: *Caput esse artis decere* (3).

Las doctrinas que acabamos de exponer y que más adelante tendrán su natural desenvolvimiento, son tanto

(1) Lib. XII, 9.

(2) *De Orat.*, lib. II, CLXXXVI.

(3) *Id.*, lib. I, CXXXII.

más trascendentales, cuanto que en primer lugar abrazan en sí todas las partes de la retórica, *invencion, disposicion, elocucion, tono y gesto*; en segundo, que la naturaleza nos inclina á seguir una marcha distinta, no sintiéndonos dispuestos, por regla general, cuando una cosa nos desagrada á violentar la vehemencia de nuestro carácter y nuestro amor propio; y tercero, que para alcanzar esos miramientos se necesita un gran estudio y una gran reflexion: *Nihil difficilius quam quid deceat videre* (1).

2. *Medios de acomodar el discurso á las disposiciones de los oyentes.* El arte de acomodar el discurso á las disposiciones de los oyentes, es casi idéntico á ese exquisito tacto con que en la vida social procuramos evitar todo cuanto lastima y desagrada, no solo en nuestras palabras, sino en nuestros movimientos y más pequeñas acciones. El hombre de educacion esmerada no olvida nunca las atenciones y deferencias que debe á las personas á quienes se dirige, y de este modo se gana su voluntad.

La cualidad que nos ocupa en lo que dice relacion con la elocuencia del púlpito, consiste en esa perfecta inteligencia de los hombres y del modo de ganarlos para el cielo, que es hija de la prudencia sobrenatural que el espíritu de Dios comunica á los predicadores, y de esa sabiduría que proviene de lo alto y ha sido prometida solemnemente á los heraldos del Evangelio: *Unctio ejus docet vos de omnibus* (2). *Dabitur vobis in illa hora quid loquamini* (3).

(1) Ciceron, *De Orat.*, LXX.

(2) Joan., II, 27.

(3) Matth., X, 19.

Para adelantar en este difícil arte que contiene los más raros secretos y los más profundos misterios de la elocuencia sagrada, hay que comenzar por estudiar y conocer á fondo el estado moral de los oyentes, los sentimientos que los animan, sus caprichos, sus preocupaciones, sus pasiones y sus afectos; en una palabra, lo que tendrán gusto en oír y aquello de que seguramente se ofenderán. No es bastante que este estudio sea superficial, es necesario detenerse en él mucho tiempo ántes de subir al púlpito. Esta materia hemos dicho que abraza casi todos los deberes oratorios, y en efecto, ella alcanza tanto al predicador como á los oyentes, al lugar como al tiempo en que se habla y al asunto de que se trata (1).

Los deberes oratorios prescriben al predicador que se atempere á su edad, á su posicion y á las circunstancias en que se encuentra; que se presente sin fausto y sin pretensiones, sencillo y modesto, honrado y benévolo, y sobre todo que no hable de sí mismo sino rara vez y cuando á ello se vea obligado (2).

Esos mismos deberes prescriben al orador sagrado que guarde á todos sus oyentes los más grandes miramientos y las más exquisitas atenciones, acomodando su discurso á su sexo, edad y carácter más culminante: «No respondais, decia San Pablo, con severidad á un anciano; habladle con humildad, dulzura y respeto como si fuera vuestro padre: aconsejad á los jóvenes como si fuera á vuestros hermanos; á las mujeres de edad como lo hariais á vues-

(1) Véase á Granada, lib. V, cap. XVIII.

(2) El *yo* es odioso, dice Pascal; es el mayor enemigo y desearia ser el tirano de todos los demás. *Pensamientos*, c. XXV.

tras madres, y á las de menos edad como si fuesen vuestras hermanas.» El mismo Apóstol recomendaba á Timoteo se dirigiese con dulzura á los de Efeso, y escribía á Tito que tratara con rigor á los de Creta: *Increpa illos dure, argue cum omni imperio*, decia á este. *Increpa in omni patientia*, escribía al otro.

Hablad con sencillez á los sencillos, con rigidez á los altivos, con sabiduría á los sábios; esta regla es absoluta.

Acomodad vuestro lenguaje al sitio en que os encontréis, no predicando de igual manera en una ciudad que en un pueblo, ante una comunidad religiosa que en un colegio; y no olvideis tampoco lo que se debe al día, á la festividad que se solemniza y al espíritu con que le aconseja la Iglesia.

Guardad, en fin, todas las precauciones relativas al discurso, pronunciando de distinto modo una plática que un sermón, una homilía que un panegírico.

Reasumamos, en fin, ó concretemos la doctrina que acabamos de exponer en diversas reglas, que si, como dice Hamon, no llenan por completo cuanto podría decirse sobre esta parte, una de las más difíciles del arte, por lo ménos podrán facilitar al que principia los medios de no extraviarse y perder para siempre toda esperanza de predicar bien y con fruto respecto de su auditorio.

REGLA 1.ª En el lenguaje del púlpito debe resaltar un fondo de buen sentido unido á las más inequívocas muestras de estimación y de afecto para con los oyentes. Este gran fondo de buen sentido de que hablamos aquí, consiste en presentar la verdad que se predica como una cosa tan justa, tan sabia y tan conforme con la recta razón, que el

auditorio no pueda dejar de aprobarla. San Francisco de Sales describe la devoción con tanto juicio y verdad (1), que al mismo tiempo, dice Bossuet, que el religioso más austero pueda conocerla, el más melindroso cortesano, si no le concede su afecto, no puede negarle su estimación (2).

En conformidad con este y otros ejemplos, el predicador debe presentar la religión y la virtud como soberanamente razonables, y de este modo sus palabras serán perfectamente acogidas; porque es difícil al hombre rebelarse contra el buen sentido, sobre todo cuando se le habla con sinceridad y con moderación. Sin embargo, es importante añadir á este buen sentido pruebas de estimación hácia los oyentes, evitando el suponerlos culpables de los excesos que se censuran, y aparentando más bien prevenirlos contra un mal futuro, que corregirlos de un mal presente. Lisonjead el corazón con la estimación que se le muestra, escucha con favorable prevención y aun sufre gustoso las reprensiones que se le dirigen, sobre todo si reconoce en el orador ese amor tierno y esas dulces efusiones de caridad de que el Apóstol San Pablo dió en sus *Epístolas* innumerables testimonios: *Os nostrum patet ad vos, o Corinthii, cor nostrum dilatatum est. Non angustiamini in nobis* (3)... *Non ut confundam vos hæc scribo, sed ut filios meos charissimos moneo* (4)... *Filioli, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis* (5)....

(1) Introducción á la *Vida devota*.

(2) *Panegírico* de S. Francisco de Sales, 1.ª parte.

(3) II. Cor., VI, 11.

(4) I. Cor., IV, 14.

(5) Gal., IV, 19.

Testis est mihi Deus, quomodo cupiam omnes vos in visceribus Jesu Christi (1). *Cupide volebamus tradere vobis non solum Evangelium Dei, sed etiam animas nostras, quoniam charissimi nobis facti estis* (2). Un corazón que ama tanto, tiene derecho para decirlo todo, sin que se ofenda el oyente; porque se comprende que todas las palabras salidas de la boca de un amigo son inspiradas por el amor que le profesa y por un vivo deseo de su bien; y aun cuando fuesen tan sensibles para su corazón como el vino sobre la herida, la caridad, al modo de un dulce aceite, sabría templar su acritud.

2.º Es menester colocarse en el puesto de los oyentes y preguntarse á sí mismo:—Si estuviese en su lugar, ¿en qué términos desearia que me hablasen? Si me hallare dominado por tal preocupacion, imbuido en tal error, ciego por tal espíritu de partido ó afectado con tal sentimiento, ¿por qué medios podria ser convencido y arrastrado? Es preciso estudiarse á sí mismo, si se quiere conocer á los demás: *Intellige quæ sunt proximi tui ex te ipso*, dice el Espíritu Santo (3).

3.º Es menester comenzar por penetrar en el ánimo y en los sentimientos de los oyentes, y hacer de sus disposiciones como el punto de partida para conducirlos al fin que uno se propone. Esta era la táctica que seguía el Abate Polignac en sus conferencias con el soberano Pontífice Alejandro VII. *Siempre comenzais pensando como yo*, le decia el Papa, y *acabais haciéndome pensar como*

(1) Philip., I, 8.

(2) I. Thess., II, 8.

(3) Eccles., XXXI, 18.

vos (1). Excelente modelo para el predicador, cuando tiene que combatir preocupaciones ó tratar ciertos asuntos delicados. Por la misma razon, si el sacerdote se propone consolar á sus oyentes afligidos, debe guardarse de parecer alegre y de invitarlos á la alegría desde el principio de su discurso, porque sería ofenderlos y desagradarlos; pero si se muestra triste como ellos y aparenta el mismo dolor, fácilmente les conducirá á los sentimientos de consuelo, que son el fin de su peroracion.

4.º Si se ha de hablar de hechos que puedan lastimar el amor propio, chocar con las preocupaciones ó con el espíritu de partido, debe escogerse el lado ménos sensible ó más excusable, imitando el artificio de aquel pintor que, para no mostrar la deformidad de un rostro, inventó el arte del perfil.

5.º Si hay que tratar verdades morales que tengan una parte penosa para el oyente, ó que hacer reconvencciones y dar consejos delicados, es preciso suavizar lo que hay que decir, no alterando la verdad, lo cual sería un crimen, sino proponiéndola bajo una forma grata ó ménos amarga.

Hay para esto diferentes medios: unas veces convenirá suavizar la leccion con un cumplimiento delicado, como lo verificó San Pablo en su admirable discurso al Areópago, en el cual halló hasta en la idolatría de los Atenienses materia digna de elogio y una disposicion para el Evangelio en el carácter religioso de sus oyentes, for-

(1) Luis XIV decia tambien de este orador: Acabo de hablar con un jóven que siempre me contradice y jamás deja de agrardarme.

mando de esto, por medio de una transición tan fina como natural, ocasión para predicarles á Jesucristo, al Dios desconocido que ellos adoraban. Otras podrá convenir trocar la reconvención en un elogio disfrazado, como hizo Demóstenes cuando, queriendo censurar á los Atenieses porque no se mostraban dignos de sí mismos, después de haber vencido en Salamina y Maraton, exclama: «Diariamente venís á la plaza á preguntar ¿qué hay de nuevo? ¿Y qué más nuevo puede haber que ver á un pueblo, tal como el de los Atenieses, á punto de ser invadido por Filipo?» Otras convendrá colocarse en el número de aquellos á quienes se intenta corregir y aplicarse el orador á sí mismo la lección sin dirigirse al auditorio en particular. Algunas veces interesa mezclar las excusas con las reconvenciones, medio seguro de conseguir que los culpables se condenen á sí mismos; San Pedro nos presenta en este particular un buen ejemplo: *Et nunc, fratres, scio quia per ignorantiam fecistis sicut et principes vestri* (1).

Tales son las reglas más importantes que hemos creído oportuno reasumir, facilitando por su medio la comprensión de una de las cualidades más importantes de la predicación, de que nos hemos ocupado con la posible extensión, dadas las condiciones de este libro.

(1) *Act. Apost.*, III, 17. Véase acerca del modo de hacer tales reconvenciones las precauciones oratorias que recomienda S. Francisco de Borja en la *Guía de los que anuncian la palabra de Dios*, y S. Francisco Javier, id.

CAPÍTULO V.

CUALIDADES DE LA PREDICACION.—TERCERA CUALIDAD.—*La predicación debe instruir y agradar.*—PUNTO PRIMERO.—*La predicación debe ser instructiva.*—1.º Necesidad de instruir y de probar.—2.º Medios de instruir relativos al fondo y á forma en general.—3.º Medios de probar.—4.º Medios de refutar.—PUNTO SEGUNDO.—*La predicación debe ser agradable.*—1.º Necesidad de agradar.—2.º Medios de agradar.

Uno de los caracteres distintivos de la predicación en España, ha sido en todas épocas el ser más bien instructiva que excesivamente esmerada en lo que dice relación á la forma y accidentes externos del discurso. Nuestros predicadores, consagrados con preferencia á la lectura y al estudio de ciertas obras, se han señalado comunmente por su sabiduría, más que por su buen gusto; y por esto, encarecer entre nosotros la *necesidad de instruir* desde la cátedra sagrada, es casi innecesario, porque rara vez se asiste á un templo á oír la palabra divina que no tengamos que admirar más el fondo que la forma de la predicación.

No obstante, pudiera suceder muy bien, y motivos hay para abrigar este temor en nuestros días, pudiera suceder que esta cualidad decayese con los vientos superficiales de una crítica apasionada é injusta, y conviene inculcar en el ánimo de los jóvenes este saludable aviso, este

precepto, cuya necesidad encarece San Agustin, diciendo: *Docere necessitatis est* (1); y Ciceron le recomienda muy especialmente, añadiendo que el orador se ha de proponer enseñar cual si no hubiera otro objeto: *Ut nihil aliud, nisi docere, velle videamur* (2).

Punto primero.

La predicacion debe ser instructiva.

1. *Necesidad de instruir y de probar.* Cualquiera que sea el aspecto bajo el cual consideremos la predicacion, ya sea como el ejercicio de un arte santificado por Dios para difundir la verdad entre los hombres, ya como precepto inexcusable del ministerio sacerdotal, fácil es comprender que debe ser instructiva si ha de ser eficaz, si ha de ser útil, si ha de corresponder, en fin, á los altos destinos que ántes de ahora hemos procurado encarecer.

La predicacion, considerada bajo el aspecto oratorio, debe acomodarse á las reglas que la experiencia ha sancionado como buenas y la razon misma reconoce como indispensables en todo discurso. Si la palabra no instruye, carece de objeto; puede ser una armonía agradable, pero su impresion será pasajera y fugaz.

Las ideas sólidas, las grandes verdades de que el orador está lleno, traen en pos de sí expresiones convenientes:

Verbaque provisam rem non invita sequentur.

(1) *De Doct. christ.*, lib. IV, cap. XII.

(2) *De Orat.*, lib. II, n. LXXVII.

El gran secreto de la elocuencia, segun el juicio de Horacio, consiste en hallarse bien instruido en el asunto y conocer á fondo la doctrina; pensar bien, sirve seguramente para hablar bien.

Scribendi recte sapere est principium et fons (1).

A esta primera consideracion podemos agregar otra, tomada de Ciceron: *Una res, pro nobis est ferenda, ut nihil aliud nisi docere velle videamur* (2). Es decir, que al paso que la instruccion forma el fondo del discurso, lo demás es accesorio, es el medio de hacer agradable la doctrina y enseñar los medios de practicarla. El mismo orador romano explica esta idea con una comparacion oportuna: Instruir á fondo á los oyentes, dice, acerca del punto de que se trata, desenvolver y hacer resaltar las verdades que ha de encaminarlos á la virtud, es lo que en realidad forma el cuerpo ó sustancia del discurso: las otras partes de la elocuencia, que consiste en *agradar* y *mover*, no deben intervenir en él sino como la sangre en las venas, diseminadas y como circulando en cierto modo en el cuerpo de la instruccion: *Sicuti sanguis in corporibus, sic illæ in orationibus fusæ esse debent* (3); á lo cual, añade Quintiliano, que dichas cualidades no tienen derecho para mostrarse, sino para acudir en auxilio de la instruccion y hacerla valer (4).

Puede darse un discurso agradable sin ser instructivo,

(1) *Art. poet.*

(2) *De Orat.*, lib. II, CCCX.

(3) *Id.*

(4) *Quint.*, V, 8.

pero jamás una peroracion instructiva dejará de ser oida con interés, y más aun con inmediatas consecuencias y resultados.

Lo esencial para hablar es decir cosas útiles, y estas son siempre el resultado de la sabiduria, sin cuyo auxilio, dice Capmany, no se piensa ó se piensa erradamente. «Nada desdora más, continúa este erudito escritor, el lustre y la autoridad de la elocuencia, como esos discursos tan vacíos de ideas como de sentido y de razon... Para poseer la gracia de la elocucion y la alteza de las ideas, es menester juntar, como Platon, el arte de decir y el de pensar.»

Si los arranques oratorios no son traídos y preparados por la instruccion, esto es, por una exposicion clara del asunto y un tejido de sólidas pruebas, no serán sino vanas declamaciones, juegos de imaginacion sin objeto, fulgores inoportunos, como dice Longino, ó actos de un hombre ébrio entre oyentes en ayunas, segun la feliz expresion del orador romano: *Vinolentus inter sobrios* (1). Estos productos de la elocuencia, separados de la instruccion, se comparan por algunos á un vestido hermoso colocado en un maniquí, ó á una bella decoracion á la que le falta un escenario en que ser colocada. Por esto vemos en los grandes oradores, así antiguos como modernos, esos rasgos brillantes y sólidos traídos por las pruebas y engendrados, digámoslo así, por las razones y por los hechos. Solo despues de argumentos muy nutridos es cuando los grandes oradores conmueven y arrastran al oyente con

(1) *Orat.*, X, CLX.

la fuerza de sus arranques, que de otro modo no tienen razon de ser y sorprenden sin producir efecto alguno cuando más el del asombro y la admiracion. ¡Asombro pasajero, admiracion infecunda y que muy pronto dá pábulo á la más severa censura por parte de los mismos que la han sentido con mayor intensidad!

Bajo otro punto de vista, el deber de predicar no es más que la *obligacion de instruir*: Jesucristo, dirigiéndose á los Apóstoles, les decia: *Docete omnes gentes... Docetes eos servare omnia quæcumque mandavi vobis*; y San Pablo, su más fiel intérprete, escribia á Timotco: *Doce et exhortare... Attende lectioni et doctrinæ*. Predicar, pues, sin instruir, no es predicar; es eludir la obligacion, no es cumplirla. El que no instruye puede hacer ruido, pero no sacará fruto; puede hacerse admirar, pero no será útil: *Qui tantum verba sectatur, nihil habebit*, dice el Espiritu Santo (1). Lo cual inspiró á San Agustin estas palabras: *Docere necessitatis est... Populi prius docendi quam movendi* (2).

Y en efecto, por poco que se reflexione acerca de las verdaderas necesidades de los pueblos, se comprenderá cuán indispensable es para ellos la instruccion. Consiste esta en explicar con claridad la doctrina cristiana y en probarla sólidamente. Negadme, si podeis, que los cristianos no han menester la instruccion que aquí recomendamos.

Necesitan que se les explique claramente la doctrina cristiana; porque no teniendo la mayor parte otro medio

(1) Prov., XIX, 8.

(2) *De Doct. christ.*, lib. IV, c. XII.

de aprenderla sino el de las instrucciones de su Pastor, no la sabrán nunca, si este no la explica en el púlpito; ó no tendrán de ella mas que nociones confusas, inexactas ó falsas acerca de sus dogmas, sus preceptos, de la práctica de las virtudes y la verdadera y sólida piedad. Si observais en una feligresía que los cristianos concurren diariamente al templo y sin embargo no están instruidos acerca de la religion y acerca de sus deberes, decid sin vacilar que el Pastor no ha explicado bastante la doctrina, ó ha supuesto un fondo de instruccion de que sus feligreses carecen. De aqui procede que muchos no tengan religion, ó si la tienen, mal comprendida; de aqui que muchos sean indiferentes ó superticiosos; de aqui el progreso de ciertas teorías; de aqui la confusion de lo temporal y lo eterno; de aquí... pero nó, no nos cansemos. El sacerdote, para ser útil, es preciso que instruya, é instruya sólidamente, al pueblo cristiano.

No es ménos indispensable probar la doctrina cristiana. Hay sin duda verdades tan generalmente admitidas, que seria inútil y aun peligroso insistir en su demostracion (1); pero á excepcion de esta clase de verdades, es necesario apoyar con pruebas sólidas todo cuanto se enseña: 1.º Dice Hamon, porque los oyentes, cuando no están convencidos, no consideran al predicador como inspirado, ni dan á sus palabras un carácter infalible, siendo frecuente hasta que le escuchen con prevenicion y no se entreguen fácilmente á sus consejos sino

(1) *In rebus apertis argumentari tam stultum quam in clarissimum solem mortale lunem inferre.* Quint., lib. V, c. XII.

ante la fuerza de las pruebas, y esto si se entregan, porque la pasion, conociendo los sacrificios que se la exigen, procura eludir con frecuencia la conviccion por todos los recursos imaginables. 2.º ¿Quién ignora que la conviccion es lo único que queda? Las conmociones son pasajeras, las resoluciones inconstantes y las sensaciones fáciles de borrar. Todo esto, si una profunda conviccion no lo sostiene y lo reemplaza, vendrá á ser un edificio construido sobre arena, que los primeros vientos de las tentaciones derribarán, que el primer soplo del respeto humano le harán caer, que el primer impulso de la pasion ó el hastio natural destruirá sus resultados. 3.º Siendo el hombre un sér racional, quiere y debe ser conducido por la razon, quiere y debe comprender las cosas y el motivo de ellas; de otro modo ó no las adopta, ó no creyéndolas sino débilmente, se deja arrastrar con facilidad por los deslumbradores argumentos de la impiedad, por el atractivo de ciertas conversaciones y ciertos libros, ó ya, en fin, por las tentaciones que el demonio ó su propia imaginacion le sugiere.

Ved, pues, por qué hemos dicho que la predicacion que no instruye falta completamente á su objeto; y por el contrario, la que instruye lo llena admirablemente. Consúltese la experiencia, compárense dos parroquias, una donde habitualmente se pronuncian hermosos discursos llenos de fuego y aun de cierta elocuencia, pero vacíos de doctrina; y otra donde el Pastor instruye sencillamente, pero con claridad y solidez. En la primera de estas parroquias, la religion será poco conocida y ménos practicada; en la otra, por el contrario, reinará una pie-

dad ilustrada, una virtud verdadera y bien entendida.

No hay, pues, motivo para aterrarse ante el deber de predicar. Aunque el sacerdote no haga más que exponer las verdades cristianas, la religion es tan hermosa por sí misma que fácilmente se la conoce, y no puede conocerse sin amarla: basta mostrar la doctrina católica tal cual es para dar lugar á la conversion, mucho más cuando la gran mayoría de las almas no están fuera del camino sino por ignorancia. Bossuet ha logrado más conversiones con su EXPOSICION DE LA DOCTRINA CATÓLICA, que con todos sus libros de controversia; y los Santos Padres, segun observa el Concilio de Trento (1), han convertido frecuentemente á los infieles, sometido á los hereges y confirmado á los católicos en la verdadera fé, solo por medio de sencillas explicaciones de las verdades de la religion.

Las inteligencias extraviadas podrán quizá resistir los impulsos oratorios y se rebelarán contra los resortes de la elocuencia; pero una exposicion de la religion sencilla, clara, metódica y llena de paz y sosiego conquistará su afecto; el amor de lo bello, de lo justo, de lo grande y de lo sublime de que el alma humana no puede desprenderse, no las permitirá resistir á ese conjunto tan bello, tan puro y tan divino que forma el dogma santo de la religion del Crucificado.

Y si la sencilla exposicion de las verdades cristianas es tan útil, ¿cuánto no debe serlo si á esa exposicion van unidas las pruebas sólidas de todo lo que se ha alegado? Entónces es cuando, asociándose una profunda convic-

(1) Sess. III, de Symbolo.

cion á una perfecta inteligencia de la religion, el oyente queda persuadido, capaz de dar cuenta de su creencia y de defender sus prácticas religiosas contra cualquiera que se atreva á vituperar su conducta; entónces es cuando la voluntad abraza generosamente el partido de la virtud, y sus resoluciones son durables, porque descansan sobre la piedra firme de la conviccion.—Y no se crea que las pruebas no están hechas sino para los talentos cultivados; porque las personas más sencillas tienen luz natural, se muestran inteligentes en lo que les interesa y son capaces de comprender, ya que no razonamientos profundos y sutiles, al ménos demostraciones claras y sencillas y tales como la religion las ofrece. Cualquiera que se acerque al modo de ver y de razonar del auditorio, enseñará fácilmente á motivar su creencia y sus actos, hará razonable su fé, ilustrará su piedad, y de este modo asegurará su fidelidad al triunfo del cristianismo (1).

2. *Medios de instruir.* Para hacer un discurso verdaderamente instructivo, no es preciso comenzar violentando la imaginacion, ni discurriendo arranques oratorios y figuras rebuscadas: esto equivaldria á querer hacer un vestido ántes de conocer la talla y formas del cuerpo á que se destina.

Es necesario comenzar estudiando la materia de que se va á tratar, ver lo que acerca de la misma enseñan la teología y los buenos autores espirituales, y formarse ideas

(1) Fenelon, *Carta VI* sobre la religion, núms. 1 y 2. *Espejo del clero*, t. II, p. 112.—Fleury, *Discurso Prelim. del cat. hist.*

claras y precisas sobre ella, observar sus diferentes relaciones y abrazar el conjunto. Después de haberla estudiado para sí, es indispensable estudiarla para los demás; porque una cosa es saber para sí, y otra saber para enseñar. El orador que mejor posea una materia, necesita todavía reflexionar mucho para hallarse en estado de exponerla con claridad, con método y de un modo conveniente á las disposiciones y capacidad de su auditorio.

En este estudio el orador debe, según hemos dicho antes de ahora, proponerse dos cosas: la primera explicar bien la doctrina cristiana, y la segunda probarla sólidamente, es decir, abarcar los medios relativos al *fondo* y los que se refieren á la *forma*, de los cuales vamos á ocuparnos, siguiendo casi fielmente al A. Hamon, que ha reasumido en este y otros puntos todo lo más importante que han escrito los maestros de la predicación.

Medios relativos al fondo.

REGLA 1.^a Es necesario suponer pocas cosas como sabidas anteriormente, no dejar nada que adivinar y esclarecer todo lo que se sospecha que no está perfectamente definido en el ánimo de los oyentes. Menor inconveniente es decir demasiado para las personas de talento, que exponerse á no decir lo bastante para la generalidad: además de que en la religión todo es enigmático para el pueblo si no se le explica con gran minuciosidad. Circunscrito á los sentidos y abismado en los intereses materiales, no ve por lo general las cosas espirituales sino de un modo confuso, como percibimos los objetos colocados á gran distancia de nuestra vista; por consiguiente, es me-

nester acercárselos á su inteligencia y mostrarlos con toda claridad.

2.^a En estas explicaciones es hasta un deber de conciencia el ser muy exacto, discernir bien los preceptos de los consejos, las disposiciones esenciales de lo que es de perfección, y principalmente adherirse á la práctica más que á la teoría, á lo que puede hacer recibir bien los Sacramentos, más que á lo que puede causar su admiración. El valer de estas reglas se confirma por la experiencia.

Medios relativos á la forma.

REGLA 1.^a Para que la explicación sea clara, es menester no olvidar las reglas que hemos dado en los capítulos anteriores acerca del modo de adaptar el discurso á la capacidad de los oyentes; pero sobre todo es preciso definir, dividir ó ilustrar la materia por medio de comparaciones y ejemplos, por definiciones exactas y cuyos términos todos se expliquen sin dificultad, llevando por grados la inteligencia de los oyentes, procediendo *a magis noto ad minus notum*, y dando á conocer la verdadera naturaleza de aquello de que se habla.

Una división exacta hace distinguir las diferentes partes ó ramificaciones de un asunto, impide la confusión de las ideas y puntualiza el sentido de las palabras. En fin, las comparaciones y los ejemplos hacen sensible lo más difícil, y por decirlo así, materializándolo, lo ponen al alcance de todos los talentos y de todas las inteligencias.

2.^a Después de haber explicado la verdad considerada en sí misma, es preciso deducir las consecuencias prácti-

cas que de ella dimanar, hacer su aplicacion á las necesidades de los oyentes, segun hemos dicho, determinar de un modo claro las resoluciones que deben tomarse, es decir, lo que ha de hacerse en determinadas circunstancias y la manera de conducirse supuestas estas ó las otras disposiciones: en una palabra, hacer comprender que para ser fieles á la ley santa, es preciso pedir á Dios sus dones con fervorosas súplicas y recordar sus preceptos diariamente por medio de la oracion y el exámen de la conciencia.

Medios de probar.

REGLA 1.^a Nunca deben proponerse pruebas que no sean suficientemente sólidas y convincentes.

Presentar una prueba cuya falsedad se conoce, es carecer de probidad, es dejar expuesta la religion á la burla de los impíos, es, en fin, perjudicar á todo el discurso, porque una prueba débil ó mal presentada hace sospechar que todo él no es bastante sólido é inspira el deseo de contradecirlo. Además, esta parte débil es la única que por regla general se conserva en la memoria y de la cual se habla por lo comun con más insistencia. Vale más dar pocas pruebas y que todas ellas sean convincentes; las pruebas no se cuentan, sino que se pesan, y muchas razones débiles no equivalen á una concluyente.

2.^a No se deben dar sobre una cosa misma todas las pruebas que existan, sino aquellas que se acomoden más á las condiciones del auditorio.

Anunciar muchas pruebas sin alegarlas, equivale á hacer sospechar al auditorio que se trata de deslumbrarle más que de convencerle. Además, sería imposible ex-

plicar con toda claridad un gran cúmulo de pruebas; únicamente se podrian enumerar, y desde luego causarían poca sensacion; en vez de que un número regular y que se hace resaltar oportunamente, alcanza con mucha más facilidad la conviccion. Por otra parte, son pocos los oyentes capaces de seguir una série demasiado larga de demostraciones y de argumentos, y además, un discurso recargado de pruebas se hará necesariamente seco y poco á propósito para conmovier; no habrá en él nada para el corazon, nada para esos grandes arranques oratorios que exaltan, arrebatan y se hacen por completo dueños de la voluntad. Exceptúanse de esta regla ciertas verdades muy contradichas, tratándose de las cuales, no solo es preciso convencer, sino abrumar al adversario: entónces es cuando conviene acumular mayor número de pruebas que en los discursos ordinarios.

3.^a Tratándose de la eleccion de pruebas, deben preferirse aquellas que el oyente comprenda con mayor facilidad, que más puedan interesarle y hayan de producirle mayor sensacion. Las pruebas más fuertes en sí mismas no son siempre las mejores, y aun puede decirse que nada valen relativamente si exceden la inteligencia de los oyentes, ó si no son capaces de llamar su atencion. Por consiguiente, el orador debe estar muy prevenido contra la propension que todos tenemos á suponer que los demás han de comprender las demostraciones que á nosotros nos satisfacen, evitando ante un auditorio vulgar el uso de razonamientos profundos y el empleo de pruebas extraordinarias. Las pruebas comunes son, por regla general, las mejores; puesto que si se han hecho comunes es á fuerza

de ser verdaderas, y el oyente las escucha siempre con gusto si se acierta á darlas un giro nuevo y agradable.

4.º El fondo principal de las pruebas empleadas en el púlpito debe tomarse de los motivos de la fé, de la Sagrada Escritura, de los Padres, de los concilios y de los ejemplos de los santos. Hablando el predicador en nombre de Dios y como enviado suyo, debe hacer valer sobre todo la palabra divina y la doctrina de la Iglesia. Intérprete de esta palabra, sería degradarse fundar su discurso sobre razones profanas, como lo haria un académico. Sin embargo, no deben desecharse en la predicacion las pruebas de razon, porque son un recurso útil para las que se toman de la revelacion, y tienen la ventaja de que suelen excitar más vivamente la atencion y el interés. El oyente se complace en comprenderlas, y el espíritu soberbio del siglo queda más satisfecho con esta concesion.

No solo se desean las pruebas demostrativas, sino las razones de conveniencia, que hacen al parecer más fáciles los misterios de la religion, ilustran lo desconocido y cómo que destruyen las contradicciones aparentes. El predicador debe guardarse de dar, en calidad de pruebas, razones de conveniencia, sondear temerariamente los misterios, y ménos aun materializarlos para procurar hacerlos más fáciles de comprender.

5.º A fin de cerciorarse del valor de las pruebas, basta considerar: 1.º si propuestas friamente en la conversacion, convencerian á un hombre sensato; 2.º si en caso de que el orador estuviese en el lugar del pecador á quien quiere convertir, le convencerian de un modo concluyente; y 3.º si reducidas á silogismos, resultarían de

ellas dos premisas claras y una consecuencia evidente, una vez deducida la proposicion misma que se quiere probar. Despues de haber sometido las pruebas á estas prevenciones, es cuando deben adaptarse sin dificultad.

6.º Una vez fijada la eleccion de las pruebas, es menester disponerlas de modo que el discurso vaya creciendo siempre, que cada prueba asegure la anterior, y que las últimas sean las más sólidas y concluyentes, las más propias para mover al oyente, á fin de dejarlo sin réplica y bajo el dominio de una conviccion profunda. Varios retóricos son de opinion que en un discurso deben colocarse en medio las pruebas ménos fuertes (1) y observar el siguiente orden: *fortiora, fortia, fortissima*; este dictámen, sin ser decisivo, puede sin embargo aplicarse con éxito segun las circunstancias (2).

7.º Despues de disponer las pruebas en los términos indicados, deben esplanarse, teniendo en cuenta: 1.º La conveniencia de ocultar las formas de la argumentacion con las gracias del lenguaje. El silogismo es respecto al discurso lo que son los huesos y nervios respecto del cuerpo humano: si los viéramos desnudos, presentarían á la vista un espectáculo repugnante; igualmente el silogismo, si se presenta en toda su desnudez, no forma sino el esqueleto del discurso, vigoroso tal vez, pero descarnado y sin gracia. De aquí se infiere que es menester revestir el

(1) Cic., lib. *ad Heren*, núm. 18.

(2) *Argumenta, prout ratio causas cujusque postulabit, ordinabuntur, uno excepto, ne a potentissimis ad levissima decrescat oratio.* Quint., lib. V, c. XII.

discurso con los atractivos de la elocucion (1), pero no disimulando los argumentos de tal modo que escapen al discernimiento de los oyentes. Para esto es necesario, despues de haber probado sólidamente la *mayor*, repetirla á fin de demostrar su trabazon con la *menor*, y despues de haber probado esta última, reunir las dos premisas para hacer resaltar la conclusion y la fuerza del razonamiento. Por no proceder de este modo muchos predicadores, hacen discursos completamente defectuosos. Para probar, por ejemplo, que es necesario amar á Dios, enumeran sus beneficios en el órden de la naturaleza y en el de la gracia y no pasan de aquí. 2.º Deben evitarse los razonamientos demasiado concisos y excesivamente apiñados; estos se hacen oscuros y requieren una atencion excesiva por parte del oyente; colocado este en la penosa disyuntiva de no querer perder una parte de la predicacion sin perder tambien todo el discurso, apenas si puede respirar ni permitirse algun descanso. Por esta razon el orador debe diluir sus ideas más que el teólogo. No predicó San Agustin como escribió Santo Tomás, y San Juan Crisóstomo hubiera interesado ménos siendo más conciso. 3.º Es preciso evitar los razonamientos que encierran muchas proposiciones, puesto que cada uno requiere una prueba separada.

(1) *Orationem confertam esse enthymematum stipatione minime velim.... nisi delectatione allucimus et viribus trahimus, ipsa quæ justa ac vera sunt tenere non possumus. Locuples et speciosa vult esse eloquentia.... Feratur igitur non semitis, sed campis; non uti fontes angustis fistulis colliguntur, sed ut latissimi amnes, totis vallibus fluat.... Multum ad fidem adyuvat audientis voluptas.... his tamen habendus modus, ut sint ornamento, non impedimento.* Quint., lib. V, cap. XIV.

Cuando el orador se entrega con exceso á la *dialéctica*, resultan dos inconvenientes: el primero, fatigar al auditorio, que desea se le ahorre el trabajo de seguir tan léjos el hilo de la argumentacion; y el segundo, quitar al discurso soltura, espontaneidad y calor. Es preferible dar de ménos á la inteligencia que al corazon, puesto que un sentimiento vivamente expresado arrebatá al oyente y triunfa mejor dé su voluntad que los más sólidos racionios. 4.º Aunque por regla general conviene no esplanar demasiado las pruebas, suele ser oportuno presentar bajo diversas fases y en distintas ocasiones un argumento perentorio, una razon decisiva, ya porque la variedad de los giros estimula y despierta á los que la vez primera escucharon sin interés, ya porque muchos han podido estar distraidos y perder de este modo lo más importante del discurso. 5.º Como los ejemplos enseñan mejor que los preceptos, será utilísimo que el catedrático haga ver la aplicacion de estas reglas en los grandes oradores, prefiriendo los nacionales á los extranjeros.

4. *Medios de refutar.* No es bastante que en un discurso se presenten las pruebas con la mayor claridad y el mejor método; es preciso que la *refutacion* sea tan enérgica, tan valiente, tan eficaz, tan directa, que los enemigos del error, acorralados, no tengan más remedio que huir y declararse vencidos.

El auditorio que está dispuesto, que está suficientemente aleccionado de otras veces, apetece las pruebas como medio para adquirir mayor persuasion; pero el que se cree seguro dentro de un sistema equivocado ó una pre-

ocupacion inveterada, ese necesita que se le busque, que se le hostigue, poniéndose en íntima relacion con él por medio de un severo diálogo lleno de naturalidad y destreza, pero sin mordacidad ni nada que le pueda ofender. Este género de refutacion tiene mucho interés cuando se hace con tacto y discernimiento.

Por regla general, la refutacion se coloca en el discurso despues de las pruebas, aunque no obstante convendrá algunas veces colocarla ántes para destruir preocupaciones que impidan comprender el cuerpo del discurso, y hasta se puede intercalar entre los diferentes medios de la prueba, si así se conceptúa preferible.

Lo principal que en tales refutaciones debe observarse, es elegir bien las objeciones que se desea rebatir y abstenerse de aquellas en que el orador no esté tan seguro de poderlas refutar victoriosamente y sin réplica. El pecador se afirma en sus desórdenes si á los pretestos con que los cubre se oponen razones débiles. Cuando la eleccion se ha hecho, el mejor medio de presentar estas objeciones es ponerlas en boca del oyente y manifestarlas con franqueza y sin disfrazarlas para herir con ellas el verdadero punto de vista de la dificultad. Por tales medios se cautiva el interés y se encadena y asegura la curiosidad de los oyentes.

Enunciada la objecion, hay muchos medios de refutarla; en la imposibilidad de consignarlos todos, expondremos los más principales:

1.º Mostrar la falsedad del principio en que el error se apoya.

2.º Diferenciar bien en un principio que puede te-

ner un doble sentido, cuál es el verdadero y el falso.

3.º Hacer ver la inexactitud de una consecuencia que no proviene de un hecho ó de un principio verdadero.

4.º Negar el principio falso y mostrar sus consecuencias.

5.º Las refutaciones más punzantes son aquellas en que, como si se reuniesen en un haz, se presentan muchas objeciones que se rebaten una tras otra con respuestas incisivas tan lacónicas como fuertes. Estos rasgos breves y luminosos de una dialéctica severa y nerviosa, de una claridad llevada al más alto punto de evidencia, son como dardos que van á clavarse en el corazon del adversario, y que cayendo sobre él por todas partes, no le dejan medio alguno de evadirse.

Muchos ejemplos pudiéramos presentar de las reglas que dejamos expuestas, pero esta tarea corresponde íntegra al profesorado, y á su celo y discrecion la dejamos.

Si despues de haber herido al adversario el orador lo alza con amor y reanima sus abatidas fuerzas con la verdad, entónces nosotros nos atrevemos á asegurar un éxito sorprendente á su predicacion.

Punto segundo.

La predicacion debe ser agradable.

1. *Necesidad de agradar.* Materia es esta de sumo interés y acerca de la cual se han dado por los autores soluciones encontradas y algunas veces no muy exactas.

El gran orador romano entendia por arte de agradar el de saber dar armonía y brillantez á los periodos de un dis-

curso. Arrastrado Fenelon y algunos otros por el peso de esta autoridad, han desechado la doctrina más constante de los retóricos, que impone al orador el deber de *instruir, agradar y mover*, y exagerando el elogio de las gracias del discurso, dan á estas mayor valor que tienen en realidad, sustituyendo al arte de agradar el de describir ó pintar, que es más secundario y de diversa índole que la cualidad esencial de la predicacion de que en este momento vamos á ocuparnos.

El A. Hamon, procediendo con el mejor método en este punto, comienza por definir lo que el predicador debe entender por arte de agradar. Segun este ilustrado escritor, el agradar no consiste en saber dar cadencia á los períodos de un discurso: el arte de agradar es real y verdaderamente *el secreto de hacerse escuchar con placer, interés y confianza*.

Esta definicion abraza todo cuanto se puede desear, y demuestra que el medio de conseguir tan brillante resultado estriba en que el predicador agrade por sus costumbres, por el fondo de las cosas que dice y por la manera de decirlas.

Para agradar por las costumbres es preciso que la virtud y el carácter atraigan el respeto y la estimacion de los oyentes, en términos de que se hallen dispuestos, no solo á escuchar con gusto, sino á prestar crédito y obediencia al orador.

No hay auditorio, por desfavorable que sea, que resista el acento inimitable de la virtud. Esa expresion natural, sencilla, de las más excelentes costumbres que se respira en los discursos de San Francisco de Sales, de San Vicente

de Paul, de San Vicente Ferrer y de otros varones de reconocida virtud, ha tenido, tiene hoy y tendrá siempre un encanto indefinible, un atractivo seguro, que es casi más de una mitad del don especial que estos oradores tuvieron en alto grado de mover, de agradar y persuadir. La confianza en el predicador es necesaria en primer término, y sin ella, ántes de ahora lo hemos dicho, no es posible ejercer con fruto el ministerio de la palabra evangélica.

Agradar por el fondo de las cosas que se dicen, no es tanto acomodar el discurso al carácter, gustos, preocupaciones y sentimientos de los oyentes, de modo que no haya nada que los contradiga ó desagrade, como saber presentar la verdad con una claridad tan bella y tan seductora, que los fieles no puedan negarla su estimacion y su cariño: *Ita ut veritas placeat*, dice San Agustin; es, en suma, observar en todas las palabras y en todos los movimientos el decoro y las precauciones oratorias.

Agradar por el modo de decir, es presentar las ideas y sentimientos con la elocuencia ó gracia que conviene al auditorio á quien se dirigen, y este es en realidad el punto más delicado de la cuestion. ¿Debe adherirse el predicador á las gracias de la elocuencia, ó despreciarlas como indignas de la sencillez del Evangelio y de la santidad de la cruz? El pró y el contra en este asunto se hallan sostenidos por varones igualmente recomendables por su ciencia y su virtud.

Nosotros hemos tratado este punto más ó menos incidentalmente en el trascurso de nuestros trabajos, decidiéndonos siempre porque el predicador debe embellecer sus discursos con las galas del ingenio y los atractivos de

una verdadera elocuencia en armonía con la santidad y la elevación de su ministerio.

No nos arrepentimos de haber proclamado esta doctrina (1) que no es nuestra, sino la que teórica y prácticamente han enseñado en todas épocas los maestros de la oratoria sagrada.

Conviene, no obstante, advertir que en este punto la más pequeña exageración envuelve grandes peligros que el buen juicio del predicador debe cuidadosamente evitar (2); haremos, sin embargo, sobre este punto algunas reflexiones:

1.º Para tener el sacerdote una seguridad completa de corresponder á su misión augusta como intérprete y embajador de Dios, le bastará consultar con fruto é imitar en lo posible los grandes modelos de la predicación, es decir, á Jesucristo y á los santos. Cómo predicaron, más de una vez lo hemos dicho: el Salvador pudo, á ser esta su voluntad, embellecer sus instrucciones con cuanto el ingenio tiene de más fino y delicado; en sus discursos, no obstante, es tan sencillo y popular en la forma, como elevado y profundo en el fondo; los Apóstoles predicaron del mismo modo, pudiendo decir como San Pablo: *Prædicatio mea non in persuasibilibus humanæ sapientiæ verbis, ut fides vestra non sit in sapientia hominum, sed in virtute Dei. Misit me Christus evangelizare non in sapientia verbi,*

(1) Véase la HISTORIA, tom. I, Introduc., n. III, pág. LXI y siguientes.

(2) Véase la *Pastoral* de Limoges, lib. II, 1.ª parte, tit. V, cap. II, párr. 3.º, y tit. VIII, c. I y IV.—Al P. Alberto, 2.ª parte, cap. XV, 3.ª parte, cap. X y XI.—*La Guía de los que anuncian la palabra de Dios*, págs. 351 y 352.—Id., págs. 195, 257 y 258.

ut non evacuetur crux Christi (1). El mismo método siguieron los santos predicadores de todos los siglos y los varones apostólicos de todos los países: estos consumados maestros en el arte de anunciar la divina palabra, habituados al buen éxito de una elocuencia varonil y vigorosa capaz de conmover todos los corazones, desdeñaron como recursos indignos de la oratoria sagrada los adornos estudiados del ingenio y los de una elegancia afectada.

Un género contrario al que adoptó la sabiduría de Jesucristo y de los santos, al que la experiencia de los siglos ha demostrado ser el mejor, debe desecharse como opuesto á los intereses de la Iglesia y á los destinos de la predicación.

2.º Tampoco es lícito al predicador hacer de la palabra santa un motivo de vanidad personal y de elogios mundanos: la verdadera elocuencia del púlpito consiste en una palabra poderosa, agradable y llena de doctrina, sin ser demasíadamente esmerada como la de un académico. Hacer alarde de ingenio con expresiones sutiles, es debilitar el discurso (2), como se debilita una columna á medida que se la desgasta para recargarla de adornos. Además, un adorno excesivo empalaga á los oyentes sin mostrarles otra cosa que la superficialidad del que lo usa.

3.º Quintiliano (3) se lamentaba de que el deseo desmesurado de agradar hubiese invadido el foro, hasta el punto

(1) I. Cor., I y II.

(2) *Cultus muliebris et luxuriosus non corpus exornat, sed detegit mentem. Similiter illa translucida et versicolor elocutio res ipsas effæminat quæ illo verborum habitu vestiuntur.* Quint., lib. VIII in Proæmio. (*Legantur sequentia.*)

(3) Lib. IV, c. II, *versus finem.*

que en los procesos más graves, en aquellos en que se hallaba interesada la vida y la fortuna de los ciudadanos, se desatendía lo principal, y solo procuraban los oradores aparecer agudos é ingeniosos para hacerse aplaudir: *In ipsa capitis aut fortunarum pericula irrupit voluptas*. Era este sin duda gran extravío del sentido comun; como lo sería que un médico colocado á la cabecera de un enfermo de sumo peligro, se entretuviese en verter elegantes frases é iniciar ideas ingeniosas para mostrar su talento, en vez de prescribir con prontitud el remedio necesario para salvar al paciente.

No es sembrando de flores el camino de los pecadores como se les inspira el santo temor de Dios y se conmueven sus corazones hasta hacer brotar las lágrimas de un sincero arrepentimiento. Cuando el fuego amenaza consumir una casa, dice Santo Tomás de Villanueva, ¿le ocurre á nadie un periodo estudiado para pedir auxilio; ni se busca, añade San Ligorio, agua de rosa para apagarlo?

3.º El excesivo cuidado de agradar que manifiestan algunos, es, además de lo que llevamos dicho, indigno del sublime ministerio evangélico. Predicar de esta manera, es poner la palabra de Dios al servicio de la elocuencia humana, en lugar de hacer servir la elocuencia humana á la palabra de Dios, como muy perfectamente aconseja San Agustín: *Non doctor verbis serviat, sed verba doctori* (1); es llevar al púlpito, en vez de las grandes miras de la eternidad, de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas, las reducidas aspiraciones de una ridícula vanidad y los mi-

(1) *De Doct. christ.*, lib. IV.

serables intereses de un desmedido amor propio; es degradarse hasta tomar por objeto de sus esfuerzos el placer de los oídos, cuando por el contrario, es absolutamente preciso despertar los corazones, arrancarlos del placer y hacerles abrazar la penitencia. Los que de esta manera envilecen el púlpito, dice San Ligorio, son enemigos de Jesucristo, traidores á la palabra de Dios que profanan, y su conducta es una ofensa al santo ministerio que le está confiado. Aparentan que van á reconciliar el siglo con la divina palabra y hacer gustar la religion á las personas del mundo; ¡miserable pretesto con el cual intentan cubrir la vanidad que llena su corazón!

San Pablo no quiso emplear este medio, ni aun para hacer simpática la religion, á las personas ilustradas de Corinto y de Atenas. Era elocuente, pero no elegante. Un orador cristiano debe ser superior á su siglo y no dejarse dominar por él; ser juez de sus oyentes, y no aceptarlos por árbítritos; hablarles como maestro, y no hacerse su esclavo.

No ha de ocuparse, pues, el orador sagrado en halagar los oídos, sino en conmover los corazones, en distraer á sus oyentes enfermos, sino en curarlos; y si por ventura hace entrar en su discurso los ornatos que se presentan por sí mismos y que casi trae la naturaleza del asunto, no debe buscarlos, ni ménos hacerlos resaltar: *Fertur impetu suo, et elocationes pulchritudinem, si occurrevit, vi rerum capit, non cura decoris assumit* (1); aprovécheles como de paso y solo porque le vienen á la mano, pero desdénelos si perjudican la libertad de su acción, lo patético de

(1) *De Doct. christ.*, lib. IV, XLII.

sus impulsos ó no convienen á la limitada inteligencia de sus oyentes.

4.° El abuso que combatimos es perjudicial para el éxito de la predicacion, no siendo posible que Dios bendiga las palabras de estos predicadores que se predicán á sí mismos; y como toda palabra del hombre es estéril, si Dios no la bendice, se deduce de aquí que en el campo de la Iglesia tales predicadores podrán ser plantas de hermosas flores, pero sin fruto.

Aun considerando estas observaciones dentro de los preceptos del arte, cuando el predicador pone demasiada atencion en el giro de las frases, en la eleccion de la expresion y en la armonía del período, su composicion forzosamente será ménos animada, ménos libre, ménos apasionada y ménos patética; el ingenio perjudica al corazon, y las palabras á las cosas. De un modo muy distinto se logra el fin deseado, cuando sin detenerse en un vano lujo de ingenio, que no hace sino perturbar y detener la marcha oratoria, el sacerdote se encamina derecho al fin que se propone.

Añádase á lo dicho que la mayor parte de los oyentes no pueden comprender esos largos períodos, esas frases poéticas, esas frecuentes y atrevidas metáforas, esos epítetos acumulados, esas palabras nuevamente inventadas, ó esas otras trasnochadas y viejas rejuvenecidas con que esta clase de predicadores se congratula en rellenar sus discursos; la predicacion llega á ser en estos casos inútil por la dificultad de ser comprendida; y aun cuando se la comprendiera, no produciría fruto, porque siendo inspirada por un espíritu enteramente profano, más bien retórico

que evangélico, léjos de producir impresiones de gracia en los corazones, pierde su vigor y su varonil energía, su nobleza y su dignidad. No es ya esa espada de la palabra que *penetra hasta la médula de los más secretos pensamientos*, porque los ricos tapices con que se cubre su filo impiden su accion sobre las almas.

Por otra parte, muchos oyentes se escandalizan con esa vana ostentacion de hablar bien, con esas pretensiones de amor propio tan impropias del ministerio sagrado; otros se distraen oyendo esa clase de discursos sin ningun fin de conversion, como si fuese un discurso profano, como si fuese un concierto de música, únicamente por el placer de los sonidos, segun lo que Dios decía á Ezequiel: *Es eis quasi carmen musicum* (1); palabra que divierte y admira á los espectadores, pero que al concluir los deja en profundísima oscuridad. De aquí proviene que la predicacion se convierta para ciertas gentes en un espectáculo, en un ejercicio académico, adonde concurren para aplaudir ó censurar, y no para hacerse mejor, donde se busca, no sermones que den lugar á la compuncion, sino discursos que encanten por la armonía de los períodos. De aquí dimana la perdicion de los pueblos y sus frecuentes extravíos, dice San Juan Crisóstomo (2).

5.° Los autores distinguen dos géneros de elocuencia, clásica y romántica. La clásica es la que se acomoda á las

(1) XXXIII, 32.

(2) *Subvertit ecclesias, quod vos non queritis sermonem qui compungere possit, sed qui oblectet, quasi cantores audientes; et idem fit ac si pater videns puerum ægrotum, illi quæcumque oblectent porrigat: talem non dixerim patrem.* Hom. XXX in Act. Apost.

reglas dadas por los grandes maestros en el arte de hablar, tales como Aristóteles, Ciceron y Quintiliano, y que tiene por caracteres distintivos planes bien ordenados, dónde todo se sigue y encadena, explicaciones terminantes, definiciones exactas, pruebas sólidas, una marcha lógica y siempre clara, un estilo corriente y natural, expresiones propias y sin afectacion, impulsos oratorios bien traídos y sábiamente dirigidos.

El género romántico, por el contrario, rechaza toda clase de trabas y de preceptos; no quiere reducirse á un orden regular de razonamientos y de ideas, á explicaciones sencillas de la religion, de sus ministerios y preceptos: le parece que todo esto oprime el genio y lo sujeta con ligaduras enojosas, y de aquí que los que siguen esta clase de elocuencia se entreguen á los arránques de la imaginacion, corriendo con entera libertad por medio del asunto, amontonando confusamente toda especie de razones y de recursos, recargando cuanto dicen con ornatos, imágenes y palabras vertidas con profusion, sin discutir seriamente su oportunidad y su conveniencia. Usan los neologismos, las construcciones forzadas, las ideas vagas y sin exactitud; en fin, es lo opuesto á los escritores de los siglos del buen gusto: los románticos no quieren hablar como estos, ni tener como los mismos un estilo corriente y natural, porque creerian rebajarse.

Puntualizadas de este modo las nociones de lo clásico y de lo romántico, establecemos que el predicador debe más bien inclinarse á la escuela clásica que á la romántica.

Muchas razones justifican nuestra opinion; algunas de

ellas están consignadas en pasajes distintos de nuestro libro.

El romanticismo ha perdido mucho, y casi entre nosotros no se ha conocido felizmente sino por poco tiempo y en púlpitos muy contados.

No obstante algunas de las consideraciones que contra este defecto trae Hamon y otros autores, podemos aplicarlas á ese espíritu ciego de innovacion que se apodera de algunos, y hasta de esa monomanía de imitar servilmente la predicacion de otros países.

Sabemos bien que los adelantos no son patrimonio de un pueblo, que lo bello, lo bueno, allí donde se encuentra debe aprovecharse; pero entre esto y lo que hacen algunos hay una diferencia inmensa. Si la imitacion prudente y juiciosa es digna de elogio, la traduccion servil es censurable. Rara vez un discurso extranjero, ni un libro extranjero, ni una obra de arte extranjera responden á las necesidades, á los usos, á las costumbres de la localidad en que se pronuncian ó traducen; es menester gran tacto y gran conocimiento para aprovechar materiales extraños, y de aquí proviene que tantas obras, que bien utilizadas serian meritorias, pasen desapercibidas ó se hallen en abierta oposicion con las tendencias, los gustos y las necesidades de nuestro pueblo.

6.º No por lo que llevamos dicho debe inferirse que el orador sagrado deba desechiar los atractivos de una elocuencia sólida y verdadera. Existe en el corazon humano un secreto é involuntario aprecio hácia el hombre elocuente, que cautiva la atencion, despierta el interés y tiene á todo el auditorio suspenso de los labios del orador que

sabe aprovechar oportunamente los recursos del arte y las disposiciones de su ingenio.

Es, por otra parte, imposible sostener el interés del auditorio sin cautivar su atención. El estilo patético se sostiene difícilmente todo el discurso, y de aquí que el mismo Platon, á pesar de la injusta severidad con que rechaza la retórica, encargase á Xenócrates que se sacrificase por las gracias y dijese á Dion que el agrandar á los hombres era condicion precisa para conseguir un éxito lisonjero (1).

El orador sagrado que, á diferencia del orador político, no se dirige á las pasiones para halagarlas, sino para combatir las; que impone deberes difíciles de cumplir, necesita con doble motivo agrandar al auditorio con todos los encantos de la verdadera y sólida elocuencia, con todos sus recursos y con todos sus artificios legítimamente sancionados por la experiencia y adoptados por los maestros. Es preciso que la doctrina, si es penosa por sí misma, sea por lo ménos amable en su atavío y en su modo de presentarse; que la suavidad de la forma haga disimular la aspereza del fondo, y que satisfecha la inteligencia, abra á la verdad la puerta del corazón. Si aun por estos medios es difícil ganar al auditorio, ¿qué sucederá si el discurso es seco y sin agrado? Ciertamente es que algunos oyentes bien dispuestos suelen poder acoger con benevolencia todo cuanto se les dice y de cualquier modo que se les diga, porque únicamente se adhieren al fondo de las cosas, pero estos son siempre en escaso número.

(1) Carta IV.

La experiencia y el estudio del corazón humano demuestran que los más necesitan ser ganados por formas atentas, y atraídos por el cebo del placer: *Illum qui est delectatione affectus, facile quo volueris duces*, dice San Agustín; *nemo flectitur si moleste audit* (1). Para que los oyentes oigan con fruto, añade en otro punto este mismo Padre, es menester que oigan voluntariamente, *libenter*. ¿Cómo, pues, escucharán por su gusto, si no se les habla de un modo interesante y con cierta gracia? *Quis eum velit audire, nisi auditorem nonnulla suavitate detineat* (2)? No se llega al corazón sino por el entendimiento, y para conmover al uno es preciso agrandar al otro (3).

Véase cómo en el foro, en la tribuna, en los periódicos y en los teatros se ponen en juego todos los recursos del arte para dar interés á la palabra humana y por medio de ella conseguir ruidosos triunfos. Los oradores aspiran á poseer un lenguaje puro, brillante y enérgico; los escritores á componer hermosas páginas; los actores á estudiar sus libretos, sacrificando su reposo para saber y pronunciar bien su papel, no permitiéndose un tono de voz inconveniente ni un gesto inoportuno: ¿no sería vergonzoso que mientras una palabra de ficción y de mentira se maneja con tanta habilidad, la palabra de Dios fuese tratada con descuido, presentada en un estilo bajo, rastrero y trivial, y recitada fría y torpemente?

(1) *De Doct. christ.*, lib. IV, XXV.

(2) *Id.*, LVI.

(3) *Vitæ præcepta*, dice Quintiliano, *etiãsi natura sunt honesta, plus tamen ad formandas mentes valent, quoties pulchritudinem rerum claritas orationes illuminat*, lib. II, cap. XVII.

Los más santos predicadores nos han dado en esta materia el ejemplo y el precepto. Uno de los autores que mejor han estudiado la tradición sobre este punto, el sábio Thomassin (1), dice que durante los tres ó cuatro primeros siglos de la Iglesia, juzgando los más de los Obispos suficientemente reemplazados los recursos del arte por el don de los milagros, entónces muy frecuente, se contentaron con dirigir al pueblo instrucciones familiares en un género muy sencillo, y con derramar de la plenitud de un corazón lleno del Espíritu Santo las palabras de luz y de gracia que habían sacado de la oración; pero cuando el don de los milagros se hizo más raro, los más santos Obispos creyeron deber suplirlo con los recursos del arte, y vieron en este medio un auxiliar poderoso para ganar las almas á Dios. Esto es lo que por nuestra parte hemos hecho notar en los Padres griegos y latinos.

Entre los Padres griegos vemos á San Gregorio Nacianceno (2) profesar, en medio de su desvío hácia la colocación de las palabras y vanas delicadezas del lenguaje, que no sirven sino para halagar los oídos, una estimación grandísima hácia cuanto la sólida elocuencia puede ofrecer de útil y aceptable. En su tercer discurso nos dice que, á fin de adquirir el talento de la palabra, había viajado por mar y tierra; y «no me arrepiento, continúa, de las penalidades y fatigas á cuyo precio he comprado un talento tan útil que desearia poseerlo en toda su fuerza.... Todo lo he abandonado por Dios, añade más ade-

(1) *Antigua y nueva disciplina*, tom. II, lib. III, cap. LXXXIII.

(2) *HISTORIA*, tom. I, cap. IV, pág. 244.

lante, y este es el solo bien que me ha quedado.... Me adhiero únicamente al arte de hablar, hago de él mi patrimonio y no lo abandonaré nunca (1).» En otro discurso (2) dice que se había formado en la elocuencia por medio del estudio de los autores profanos, pero que había conseguido ennoblecer estos primeros conocimientos con la lectura de los libros sagrados y con el vivificador madero de la cruz, recursos bastantes para despojarles de la amargura que tenían, añadiendo que por su parte no aceptaba la opinión de los que suponen que es bastante un discurso seco sin ornato y sin elevación, ó que cubriendo su pereza ó su ignorancia con un desdeñoso desprecio de las reglas, pretenden imitar en este punto á los Apóstoles, sin considerar que los milagros y prodigios ocupaban muchas veces en estos inspirados varones el lugar de la elocuencia.

San Basilio, contemporáneo y amigo de San Gregorio, se aplicó no ménos que esté al arte de hablar bien; y en el púlpito de Cesárea, como hemos dicho al hablar de este orador insigne (3), desplegó todos los recursos del arte que anteriormente le había valido tantos aplausos en el foro. Poco despues de estos dos grandes hombres apareció San Juan Crisóstomo (4), que no contento con cultivar la elocuencia, enseñó como invariable principio en su excelente *Tratado del Sacerdocio*, que el deber de un Pastor es adquirir el talento de la palabra en el más alto grado de que la naturaleza lo haya hecho ca-

(1) Disc. XII.

(2) Disc. XXVII.

(3) *HISTORIA*, tom. I, cap. IV, pág. 255.

(4) *Id.*, *id.*, cap. V, pág. 268.

paz (1), porque de esto depende la salvacion de la mayor parte de las almas que le están confiadas; deduciendo lo mucho que se engañan los Pastores que no teniendo ni las virtudes de San Pablo, ni el don de los milagros, descuidan los auxilios de la elocuencia que este gran Apóstol en cierto sentido no desdeñó.

La misma doctrina se halla en los Padres latinos. San Ambrosio (2) enseña (3) que el discurso del orador cristiano, aun desechando la elegancia afectada, debe conservar la amenidad y la gracia: *Non affectata elegantia, sed non intermissa gratia*; y él mismo observaba admirablemente este principio, porque segun afirma San Agustin (4), predicaba con tanta gracia y encanto, que sus oyentes estaban como en una santa embriaguez, arrebatados y absorbidos y como fuera de sí. «Quizá, dice este santo, no me hubiera convertido nunca si no hubiese sido atraído á las instrucciones cristianas por la elocuencia de Ambrosio, en las cuales buscaba mucho ménos el fondo de las cosas que el modo con que este las decia. Pero la verdad es que entonces tenia yo en poco la doctrina, la cual entraba en mi mente con los atractivos del discurso, que era lo único que apetecia. No me era posible separar estas dos cosas, y mientras creia no abrir mi corazon sino á la hermosura de la dición, lo cierto es que ella entraba al mismo tiempo y se hacia dueña de mi inteligencia.»

A ejemplo de San Ambrosio, empleó más tarde San

(1) Lib. IV y V.

(2) HISTORIA, tom. I, cap. VI, pág. 361.

(3) *De officiis*, lib. I, cap. XXII.

(4) *Confess.*, lib. V, cap. XII y XIV.

Agustin en el púlpito todos los recursos de la elocuencia, y encargaba á los predicadores que la cultivasen; porque, decia, que acontece con la palabra lo que con el alimento; ambos deben estar sazonados para ser recibidos con placer y por consiguiente con agrado: la delicadeza de los hombres lo exige y es preciso conceder algo á su gusto. Sin duda, añade, sería mucho mejor no querer en las palabras sino las cosas, pero esta cualidad es rara, y si mostramos la verdad desnuda y sin gracia, conmoveremos pocas personas (1). Con este objeto cumpuso el gran Doctor su libro IV de la *Doctrina cristiana*, donde trazando con mano hábil las reglas de la predicacion, no hace sino aplicar al orador cristiano los principios que los antiguos retóricos, y principalmente Aristóteles y Ciceron, habian enseñado para el orador en general. San Gerónimo expone la misma doctrina en su *Carta al orador Magnus*, y en ella hace una larga enumeración de los escritores sagrados y autores eclesiásticos que emplearon la elocuencia humana en defensa del cristianismo, haciendo advertir en particular que San Pablo citó los poetas griegos para establecer su doctrina; porque, segun dice el santo Doctor, habia aprendido de David á arrancar á los enemigos sus propias armas para abatirlos y á cortar la cabeza de Goliath con su propia espada.

Queda, pues, demostrado que el predicador necesita agradar, no precisamente por agradar, sino por hacer gustar la verdad á los hombres y obligarlos con este inocente atractivo á aceptar más fácilmente los divinos documentos

(1) *De Doct. christ.*, lib. IV, XXVI.

y á practicar más fielmente sus saludables lecciones: *Ornatu non jactanter, sed prudenter utamur, non ejus fine contenti quæ delectatur auditor, sed hoc potius agentes ut ipse ad bonum quo persuadere volumus, adjuvetur* (1). El Espíritu Santo dice que la lengua de los sábios embellece lo que saben, y que el atractivo de sus discursos es dulce para el alma como un panal de miel lo es para la boca. *Lingua sapientium ornat scientiam* (2). *Favus mellis composita verba* (3).

Si se nos objeta que la sencillez del lenguaje es el gran atractivo de los primeros expositores sagrados, contestaremos con Hamon: 1.º que bastándoles para convertir á los pueblos el don de los milagros y una eminente santidad, podían dispensarse de un recurso necesario para los que carecen de medios tan poderosos de conversion: 2.º que el lenguaje sencillo y casi trivial de los Evangelistas al referir los misterios más propios para mover, tiene un carácter sobrehumano que impresiona vivamente, que interesa y atrae: 3.º que en la Sagrada Escritura, al lado de páginas escritas con sencillez, existen modelos acabados de todos los géneros de elocuencia que han causado la admiración de los literatos antiguos y modernos. Si en los libros santos no aparece el arte, no es porque no exista, dice San Agustín (4), sino porque los autores no se ocupan en mostrarlo: *Non quia non habent, sed quia non ostentant*, es que han llegado á la perfección del arte, la cual

(1) *De Doct. christ.*, lib. IV, XXV.

(2) *Prov.*, XV, 2.

(3) *Id.*, XVI, 24.

(4) *De Doct. christ.*, n. 10 y 14.

consiste precisamente en dar á los más hermosos adornos del discurso tanta naturalidad que no se sospeche su artificio (1). Es cierto, y ántes de ahora lo hemos dicho, que San Pablo se llama *imperitus sermone*; más esto no quiere decir que fuese ignorante en el arte de defender la verdad hábilmente, porque poco despues añade: *sed non scientia*, y hemos hecho ver que reunió en altísimo grado todas las cualidades que constituyen un gran orador. Sus palabras son, ó una concesión gratuita que hace por modestia á sus adversarios, ó que, como originario de Tarso, hablaría el griego corrompido de los judíos helenistas para hacerse más fácilmente entender.

Si á lo que hemos dicho se nos opusiese que pretender convertir por los medios humanos, dirigiéndose á la imaginación y á las pasiones, es amenguar la importancia de la cruz de Jesucristo, quitarla su gloria y emplear recursos indignos de un orador sagrado, contestaremos: 1.º que aunque la conversion de las almas es obra del Espíritu Santo, siendo el hombre el instrumento de que este Espíritu divino se vale para ejecutarla, debe hacer todo cuanto esté en sus facultades para ayudar su acción: *Dei enim sumus adjutores*. De la misma manera que no dejan de emplearse los remedios que la medicina prescribe, aunque su efecto dependa únicamente de Dios, de igual suerte deben ponerse en práctica todos los medios de la elocuencia, aunque la palabra del hombre no tenga efecto sino cuando la gracia mueve los corazones; 2.º que la imagi-

(1) *Desinit ars esse, si apparet*, dice Quintiliano, lib. IV, c. II, *ad finem*.

nacion y las pasiones son dones excelentes del Criador, que empleados segun sus miras, pueden servir para su gloria y para nuestra perfeccion. ¿No se dirigia Nuestro Señor á la imaginacion, á esta facultad que tenemos de concebir las cosas bajo imágenes sensibles, cuando mezclaba en sus discursos tantas parábolas, imágenes y figuras? ¿No experimentó El mismo las pasiones, estos impulsos del alma que la dirigen con ardor hácia algun objeto? Lloró por Lázaro y por Jerusalem, se indignó en el templo y estuvo triste en el jardin de las Olivas. Luego si es posible abusar de la imaginacion y de las pasiones, igualmente puede el predicador valerse de ellas para el bien.

De los principios que acabamos de establecer se deducen las reglas siguientes:

REGLA 1.ª El predicador debe poseer bien los preceptos del arte oratorio y saber servirse contra la mentira de las mismas armas de que la mentira se vale con frecuencia para combatir la verdad.

2.ª El predicador debe preparar y perfeccionar cuidadosamente sus discursos, y procurar agradar á sus oyentes, al mismo tiempo que eleva su espíritu á Dios pidiendo y procurando su conversion.

2. *Medios de agradar.* Siguiendo el mismo orden establecido al tratar de los motivos por los cuales el predicador debe procurar hacerse oír con agrado de sus oyentes, debemos consignar que á la vez necesita agradar por sus costumbres, por el fondo de las cosas que diga y por la manera de decir las.

El primer medio exige que el orador sagrado imprima á

sus palabras, á su accion, á sus miradas y á su fisonomía en general el sello de la virtud y de la santidad, tan indispensables para el buen desempeño de su ministerio: que se muestre cariñoso, amable, no por medio de expresiones lisonjeras, sino por su interés, por su caridad y sus ardientes simpatías hácia los que le escuchan. El orador que manifiesta un afecto sincero, gana nuestro corazon y se hace dueño por solo este medio de nuestra voluntad.

Para agradar por el fondo de las cosas que se dicen, ya hemos dado reglas en este mismo título suficientes para conseguirlo: esta cualidad consiste en un gran tacto para no lastimar, para no decir más que lo que conviene decir, y decirlo de un modo que se haga gustar la verdad que se predica.

Para agradar, en fin, por el modo de decir, el predicador necesita evitar cuidadosamente todo cuanto pueda atribuirse á ignorancia ó menosprecio hácia el auditorio. Por sencillo y hasta ignorante que este sea, no debe hablarse ante él con descuido, ni desaliño, ni falta de orden y método, ni repitiendo á cada paso, ni mostrándose trivial, frívolo y rastroero en el pensamiento, en el estilo y la accion. Hasta en la sencillez es preciso hacerse agradable: *Nulumus fastidiri, etiam quod submisse dicimus*, dice San Agustin (1). La dificultad mayor para agradar, está en saber ocultar que se desea agradar.

El uso de las palabras, la construccion de las frases, la locucion, el estilo, la imaginacion, la retórica, el gusto....

(1) *De Doctr. Chist.*, lib. IV, LXI.

he aquí los principales medios que deben ponerse en juego para conseguir agradar.

No entra en nuestro plan extendernos sobre ciertas materias elementales que suponemos estudiadas por el lector; pero recapitularemos las reglas más importantes relativas á cada uno de estos puntos, que el catedrático, atendidas las necesidades de los discípulos y según su celo y su experiencia, podrá ampliar si lo juzga conveniente.

Primer grupo.—Reglas sobre el uso de las palabras.

REGLA 1.ª Componiéndose toda sentencia de palabras y expresando cada palabra una idea, el orden gramatical de estos signos ha de seguir el natural de la sucesión ó filiación de las ideas.

2.ª A pesar de la regla anterior, es lícito algunas veces variar el orden riguroso de las palabras en obsequio de la mayor armonía, de la elegancia y del mejor gusto en la construcción.

3.ª Cada idea requiere un término que sea propio, y el uso de los sinónimos debe ser muy moderado. César sentaba por principio que el origen de la elocuencia consistió en la elección de las palabras (1); y la Bruyère observa que, si hay pocos escritores superiores, proviene de que es rarísima la ciencia de usar la palabra propia y que conviene á la expresión única de cada idea. El que no posee esta ciencia, añade no es más en realidad que un talento mediano.

(1) *Recte et vere dicebat Cæsar delectum verborum esse originem eloquentiæ.* Muret, *Orat.*, XIII.

4.ª No basta que la expresión sea exacta, sino que es preciso que sea digna y conveniente; esto es, que ha de evitarse en la predicación todo término bajo y trivial, toda palabra no autorizada por el uso en el sentido en que se la emplea (1) é impropia de la fé, como el *destino*, la *fatalidad*, la *suerte*, el *hado*.

5.ª Las palabras deben guardar un orden lógico y en armonía con la acción y la naturaleza de las cosas. En el uso del adjetivo cabe alguna libertad; *la vida buena* es la vida virtuosa; *la buena vida* es la vida regalada; *papeles varios* se dice por papeles de diversos asuntos, y *varios papeles* por ser muchos ó algunos.

6.ª Del buen uso de las palabras resultaba en gran parte la claridad, la corrección y la armonía, la pureza y la propiedad: *ea sunt (verba) maxime probabilia quæ sensum animi nostri optime promunt atque et in animis auditorum, quæ volumus efficiunt* (2).

Segundo grupo.—Reglas sobre la construcción de las frases.

REGLA 1.ª Una frase es una reunión de palabras que forman un sentido completo.

La extensión de la frase debe acomodarse á la naturaleza de la idea y el pensamiento que con ella se quiere inculcar.

2.ª Las cualidades esenciales para que una frase sea

(1) Cic. *Orat.*, 153.

(2) Véase á Capmany, *Filosofía de la elocuencia*, art. 1.º, 1.ª parte.—Al P. Albert, III part, cap. VIII y IX.—*Arte de hablar*, de Hermosilla, anotado por D. Antonio Alcalá Galiano y D. Vicente Salvá.

perfecta y un periodo redondo, es la claridad, la unidad, la fuerza y la armonía.

3.^a La construcción de las frases debe acomodarse al orden de las ideas, y es preciso evitar que sean desagradables al auditorio.

Tercer grupo.—Reglas sobre la locucion.

REGLA 1.^a La locucion debe ser pura (1). Las mejores cosas desagradan si se expresan mal, y el lenguaje descuidado tiene el triple inconveniente de distraer la atención, de provocar la crítica y de deshonorar el ministerio.

2.^a La locucion debe ser natural y exenta de toda afectación. En la locucion no debe darse á conocer estudio ni trabajo, en términos que los oyentes crean que el orador se expresa de la manera más fácil que le es posible (2). Las figuras que adornan la locucion y los movimientos que la animan, deben nacer del fondo mismo del asunto, acomodarse á él y pintarlo todo con tanta verdad, que no se piense ya en la figura; pues si se da lugar á que piense en ella, de seguro es mala.

3.^a La afectación é hinchazón del discurso son los defectos más reprobables y menos tolerables del lenguaje; las expresiones pomposas que indican vanidad y un esmerado prurito de elegancia, son también opuestas á una buena locucion.

4.^a Proceder bien y con naturalidad es lo que más

(1) Véase al P. Albert, III part., c. I, XII y XVI.—*Tratado de Estudios*, de Rollin, t. II.—*Pastoral de Limoges*, t. II, 1.^a part., tit. VIII.—Granada, lib. V.

(2) Quint., IV, 1.—Cic., Orat., 77.

agrada al auditorio. Quedan siempre fascinados los oyentes cuando por la sencillez y aire natural del discurso se persuaden de que no se piensa en agradarlos. Y no se crea que semejante sencillez dispensa el trabajo de detenerse en la primera idea que se presenta, en imprimirla el giro bajo el cual se muestra, en expresarla sin elección de términos y en colocarla donde las circunstancias la traen sin violencia.

5.^a Para ser natural y sencillo se necesita mucho trabajo; solo el que á fuerza de estudio se ha hecho dueño de su asunto y de su lengua, puede disponerlo y decirlo todo en ese orden natural que disimula el arte, que parece natural, sencillo, y se desliza como un apacible río cuyo lecho es recto y bien unido.

6.^a La locucion debe ser noble: *Oratio sit plena gravitatis et ponderis*, dice San Ambrosio (1). Lo que se ha pensado bien pierde su mérito si no se expresa dignamente, como un diamante luce menos cuando se halla mal engastado (2). La locucion de la cátedra sagrada es el vestido de la verdad, y este vestido debe ser grave como el cuerpo á quien cubre. Corresponde por otra parte á la dignidad del sacerdote hablar en el púlpito siempre noblemente, con una suave y modesta majestad incompatible con toda bufonada, con toda manera de hablar susceptible de hacer reír, con toda palabra de lisonja hácia cualquiera, aunque sea rey ó príncipe, con todo elogio indirecto de sí mismo, con toda expresion poco digna de un hom-

(1) *De Offic.*, lib. I, c. XXII.

(2) Gaichiez.

bre grave, con todos los dichos y proverbios del vulgo, con toda palabra punzante ó injuriosa, viva, colérica é inspirada por la acritud ó por el desprecio.

7.^a La locucion no debe hallarse exenta de adornos: Los adornos son necesarios al discurso para despertar la atencion y dar á la verdad un vivo colorido que la haga más aceptable y disponga en favor de la conversion los corazones. La retórica designa estos adornos bajo el nombre de *figuras*, porque revisten el pensamiento de diversa forma, y le dan, dice Quintiliano, hermosura y fuerza: *Vim rebus adjiciunt et gratiam præstant* (1); medio único de que una idea comun se haga grande y magnífica.

8.^a Las figuras ú ornatos son útiles al predicador; mas no obstante, deben usarse con gran moderacion. Ya hemos observado que es peligroso querer adornar con exceso lo que se dice; porque esta superabundancia de adornos sale fuera de lo natural, distrae del fondo de las cosas al oyente y le impide que se conmueva; esa prodigalidad de figuras disfraza el pensamiento en lugar de embellecerlo, descubre la ostentacion y desagrada. Con los adornos acontece lo que con un bordado, que no debe cubrir todo el fondo (2).

He aquí los principios que deben dirigir su uso: 1.^o Es preciso no servirse de las figuras, ó abandonar la expresion sencilla por la figurada, sino cuando la frase deba resultar ó más clara ó más fuerte, ó más á propósito

(1) IX, 1.

(2) Gaichiez.

para hacer entrar en el alma del oyente la idea ó el sentimiento que se desea inspirar. 2.^o Las figuras no deben aplicarse mas que á las circunstancias en que lo requiera el discurso y estar sostenidas por el fondo de las cosas ó en relacion con ellas. Una prosopopeya, un apóstrofe, una exclamacion, serian ridiculas si el asunto de que se habla no fuese propio para inspirar este género de arranques. Nada es más inoportuno que ser grande ó sublime sin venir al caso. 3.^o Deben las figuras usarse con arte, especialmente las que se hallan destinadas á producir grandes movimientos, sostener las metáforas y evitar sus incoherencias, desechar todas las que tuvieren algo impropio y trivial, igualmente que las figuras forzadas de mucho esmero y que tienen un aire afectado; y por último, aquellas que es de temer que aparezcan algo duras ó demasiado atrevidas, á las cuales conviene añadir: *si puedo expresarme así: si me es lícito hablar de esta manera...*

9.^a La locucion debe ser más ó ménos culta, segun el auditorio ante quien se habla. Efectivamente, el buen sentido dice que debe predicarse de otro modo delante de un auditorio compuesto de sábios ó de eclesiásticos, que en una exposicion de la doctrina ó ante un auditorio vulgar. El estilo familiar que convendria en este último caso, estaria fuera de su sitio en el otro, donde el solo sentimiento del decoro enseña el estilo que el auditorio reclama. Por esta razon, San Carlos, que habitualmente predicaba al pueblo en lengua vulgar con la mayor sencillez y con la abundancia de su corazon, hablaba en latin á los sacerdotes, escribiendo y aprendiendo

de memoria lo que tenía que decirles (1); y Fenelon, no obstante su prodigiosa facilidad y su larga costumbre de improvisar, creyó también deber escribir y aprender de memoria su discurso para la consagración del elector de Colonia; y por último, Bossuet mismo, que en la última parte de su vida hablaba habitualmente sin escribir, escribió sus Oraciones fúnebres.

Cuarto grupo.—Reglas sobre el estilo (2).

REGLA 1.ª Es necesario que el estilo varíe, según las diversas partes del discurso y según los asuntos de que se trata: *Variare orationem maxime oportebit*, dice Cicerón (3). Una uniformidad y monotonía exagerada engendra el hastio: *Omnibus in rebus similitudo satietatis est mater* (4); y tratándose de la oratoria cristiana, en ninguna otra manifestación de la palabra es más necesario que el orador acomode el estilo á las ideas y le dé diferente color, según la naturaleza de las cosas de que se trata; lo cual Quintiliano llama *apte dicere* (5).

2.ª El estilo debe ser *sencillo* y *firme* en la exposición de los principios, *fácil* y *corriente* en las narraciones, *fuerte* y *nervioso* en las pruebas, *vivo* y *rápido* en los impulsos. Los discursos de sentimiento no admiten un estilo encajado en largos períodos, sino animado y patético; los de imaginación requieren un estilo flo-

(1) Sæxi præfat in *Hom.* S. Car., XIII y XIV.

(2) Albert, III part., c. XIII y sig.

(3) *De Invent.*, lib. I, 76.

(4) Id.

(5) Lib. XI.

rido y gracioso, pintoresco y abundante en imágenes.

3.ª En los asuntos sencillos es menester que el estilo sea sencillo, sin períodos y casi sin figuras, hermo-seado con las solas gracias de la verdad cuyo carácter tiene.

4.ª En los asuntos grandes requieren un estilo elevado, que tome su origen en la grandeza de alma y en la elevación de los sentimientos, que despliegue todas las riquezas de la más perfecta elocuencia, los nobles arranques, el brillo de las ideas, la vehemencia de las pasiones y las bellezas del arte.

5.ª En los asuntos medianos es menester un estilo que no se eleve sino á la altura conveniente, ese estilo templado que gusta por sus encantos sin deslumbrar con su brillo, que tiene gracias, pinturas deliciosas y llenas de verdad, aunque sin esos grandes impulsos que arrebatan y admiran. La perfección del arte oratorio, dice San Agustín (1) apoyándose en Cicerón (2), consiste en saber emplear oportunamente estos tres géneros de elocuencia: *Ipse romani auctor eloquii dixit: is igitur erit eloquens qui poterit parva submisse, modica temperate, magna granditer dicere.*

Quinto grupo.—Reglas sobre el modo de presentar el asunto.

REGLA 1.ª Es preciso subordinar el arte de agradar á los demás deberes del orador y hacer servir estos deberes al arte de agradar; porque *agradar* no puede ser nunca un fin para un ministro del Evangelio, sino un medio,

(1) *De Doct christ.*, lib. IV, XXXIV.

(2) *Orator*, 100, *et de oratore*, lib. III, 96 y siguientes.

miéntras que los demás deberes del orador, que consisten en *instruir, convencer y persuadir*, constituyen el verdadero fin de la predicacion. De esta regla se deduce que el predicador no debe dedicarse á agradar sino como consecuencia de esos deberes, es decir, para hacer gustar la instruccion, hacer llegar la conviccion á las inteligencias y la persuasion á los corazones.

Aun cuando los demás deberes del orador no bastan por sí solos para agradar, contribuyen á ello de un modo decisivo. El orador sagrado gusta cuando explica con pureza y claridad la doctrina evangélica, porque lo que es claro, puro y natural se oye siempre con placer, el cual se aumenta aun más cuando lo que el orador dice es grande y magnífico, de suma importancia y de utilidad infinita, como lo son las verdades cristianas. Tambien gusta que se pruebe sólidamente todo lo que se ha enunciado.

Por otra parte, el corazon del hombre, hecho para la verdad, experimenta un placer en oír razonar con exactitud, en ver la verdad invenciblemente demostrada y fuertemente defendida: *Unde acclamatur ita dicentibus*, advierte San Agustin, *nisi quia veritas sic demonstrata, sic defensa, sic invicta delectat* (1).

Agradar es conmover, puesto que el corazon conmovido está siempre satisfecho.

Agradar es disponer todas las partes de un discurso con un orden perfecto, pronunciándolo de un modo natural, grave, piadoso, modesto y paternal. Esta manera de obrar

(1) *De Doct. christ.*, lib. IV, c. XXVI.

agrada incomparablemente más que todas las figuras de la retórica y todas las gracias del estilo.

2.^a Para presentar el asunto de modo que agrade, es menester *pensar bien, sentir bien y expresar bien*. Tal es el secreto y hasta la medida de toda buena composicion.

Pensar bien, es hacer uso de pensamientos verdaderos, exactos y naturales, claros y puros, que vengán bien al asunto, é interesar al oyente, ya por su elevacion, su grandeza y su fuerza, ya por su vivacidad, su delicadeza y sus gracias. A veces se piensa bien por más que se deje al entendimiento, no el embarazo de comprender, sino el fácil placer de adivinar, ó se usen medios nuevos que llamen la atencion y sorprendan al auditorio. Sentir bien, es tener el alma afectada por el asunto, y este sentimiento debe ser siempre al orador verdadero, natural y acomodado á las circunstancias, mostrándose lleno de delicadeza ó de fuego, de energia ó de grandeza, segun las circunstancias y condiciones del discurso.

Expresar bien, es decir las ideas y sentimientos de modo que penetren en el alma de los oyentes por la verdad y por la fuerza, por la gracia y por la exactitud de la expresion, y hasta á veces por el poder de una palabra colocada con oportunidad; y para esto no basta revestir bien la idea ó el sentimiento, sino expresar la idea misma con su forma, presentando el alma al exterior, segun observa un hábil literato (1): lo cual hace decir á Montaigne, que cuando se ven vigorosas formas de explicarse, muy vivas y muy profundas, no debe decirse que esto es

(1) Mr. Villemain.

hablar bien, sino sentir y pensar bien; y que en todas las grandes obras de literatura y de arte han de verse las pinturas dirigidas, no tanto por la destreza de la mano como por haber tenido el objeto vivamente marcado en el alma.

3.º Debe evitarse la demasiada extension en los discursos predicables y propender más bien á acortar que á añadir (1). La excesiva extension hastía y cansa; y los murmullos de los oyentes y á veces su salida de la iglesia, son los tristes resultados de una fatigosa predicacion (2).

De las reglas acabadas de exponer podemos deducir las reflexiones siguientes: 1.º la plática del domingo no debe exceder nunca de veinte minutos, y será mejor si no dura más que quince: traspasar estos limites, es disgustar á los que no tienen bastante espacio ó devocion

(1) *Memorias* de M. de La Motte, t. I, p. 257.

(2) Poco y bueno, era la máxima de S. Francisco de Sales (*Guía de los que anuncian la palabra de Dios*, pág. 81): pocas cosas, pero útiles y bien escogidas. «Cuanto menos dijéreis, decia este santo Obispo, más aprovecharán los oyentes; cuanto más dijéreis, menos recogerán, porque á fuerza de cargar la memoria del auditorio se la destruye, como se apagan las lámparas cuando se les echa demasiado aceite y se sofocan las plantas regándolas excesivamente... Siempre que un discurso es demasiado largo, añadia, el fin hace olvidar el medio, y el medio el principio.»

De la misma opinion era el P. Granada. «Así, que los que nos están oyendo, dice, comienzan á cansarse y no ponen ya atención á lo que decimos, llegan hasta á perder el gusto y el recuerdo de lo que ántes habian oido con placer.» Vemos tambien que las Homilias de los Santos Padres eran cortisimas, y Fenelon se queja de que se haya creído obrar mejor predicando más extensamente. «Ahora, para que se diga que un predicador lo ha hecho bien, es indispensable que al salir del púlpito esté todo empapado en sudor, faltarle aliento é incapaz de hacer nada lo demas del dia: los antiguos Obispos no gastaban tantas ceremonias.»

para permanecer por tan largo tiempo en la iglesia, tanto más, cuanto que no pueden prescindir de semejante instruccion, porque está intercalada en la misa; 2.º los sermones ó discursos de visperas serán siempre bastante largos si duran media hora; tres cuartos de hora es mucho, y una hora es el *nec plus ultra*.

Sesto grupo.—Reglas sobre la imaginacion, el gusto y el ingenio.

Imaginacion.

REGLA 1.º La imaginacion consiste en una combinacion ó reunion de imágenes no conocidas y en su exacta conformidad con el afecto que queremos excitar en los demás.

2.º En nada es tan peligroso abusar de la imaginacion como en la oratoria sagrada.

3.º Muchas veces la imaginacion es tan necesaria al orador como la razon misma, puesto que ella produce el entusiasmo, la riqueza, la esplendidez, el colorido y la animacion, recursos todos necesarios al orador.

4.º La imaginacion fuerte profundiza los asuntos, la débil los toca superficialmente: los rasgos pintorescos, cuando son obra de un grande ingenio, causan asombro en el auditorio y le colocan más fácilmente en disposicion de sentir.

5.º El primer deber de la imaginacion es presentar las verdades de la inteligencia bajo formas sensibles: la imaginacion fortifica el espíritu y comunica á los objetos cualidades vivas y capaces de impresionar (1).

(1) Véase á Andosio, Blair, Hermosilla, Capmany, Girard, Arnaud, D'Aguerreau y Drioux, obras citadas.

Gusto.

REGLA 1.^a Todo lo que es correcto, puro, fácil, hermoso y natural, se acomoda al buen gusto.

2.^a El buen gusto es necesario al predicador: no basta decir buenas cosas si con ellas no se acierta á agradar.

3.^a El buen gusto ha sido siempre señal de buena educación oratoria. La facultad de sentir, discernir y apreciar las bellezas que deben emplearse, y el talento de distinguir lo que debe agradar á los oyentes, he aquí en lo que estriba la cualidad que nos ocupa.

4.^a La perversion del gusto ha esterilizado á muchos predicadores: en el dia, el mal gusto produce más fatales y funestas consecuencias.

Ingenio.

REGLA 1.^a El ingenio no se adquiere, es un don de Dios.

2.^a La falta de ingenio se suple, pero esto siempre se hace notar.

3.^a El ingenio jamás se desarrolla con acierto sin la educación.

4.^a El ingenio suhyuga, domina, arrastra y conmueve; pinta, hiere las pasiones y hace hablar hasta el silencio mismo.

5.^a El ingenio no es, como algunos han supuesto, la extensión de la memoria.

6.^a Conviene evitar cuidadosamente en el púlpito los extravíos del ingenio.

Todas estas reglas hallarán más adelante más amplia confirmación.

CAPÍTULO VI.

CUALIDADES DE LA PREDICACION.—CUARTA CUALIDAD.—*La predicacion debe mover, convencer y persuadir.*—PUNTO ÚNICO.—1.^o Necesidad de mover, convencer y persuadir.—2.^o Medios de conseguirlo.—3.^o Manera de dirigir los movimientos oratorios.—ULTIMA CUALIDAD.—*La predicacion debe acomodarse al principio de unidad esencial á toda composicion.*—PUNTO ÚNICO.—1.^o Es necesaria esta cualidad.—2.^o Medios de dar unidad á la predicacion: plan del discurso: manera de llenarlo.

SECCION TERCERA (1).

LA PREDICACION DEBE SER EFICAZ PARA EJERCER UNA ACCION DIRECTA Y DURADERA SOBRE LAS ALMAS.

Punto único.

La predicacion debe mover, convencer y persuadir.

1. *Necesidad de mover, convencer y persuadir.* Entre las cualidades esenciales de la predicacion, debemos contar la de saber agitar en el fondo del alma las pasiones, la de herir los afectos más íntimos del corazón, la de in-

(1) Por un olvido involuntario se ha omitido indicar dónde principia la *Seccion segunda*, por lo cual advertimos que corresponde al espacio en blanco de la pagina 191, y comprende los capítulos IV y V de este Tratado, relativos á la necesidad de que la predicacion se acomode á las condiciones y circunstancias del auditorio.

clinar, en fin, la voluntad por medio de la elocuencia á adoptar las resoluciones que el orador desea, los sentimientos que le conviene dominen en su auditorio.

Mover, dice San Agustin, es conducir al oyente á amar la dicha que se le ofrece, á temer el castigo con que se le amenaza, á odiar el mal que se le reprende y á abrazar el bien á que se le inclina: *Flectitur si amat quod polliceris, timeat quod minaris, oderit quod arguis, quod commendas amplectatur* (1).

Mover no es solo convencer y mostrar la luz, persuadir y enseñar, es arrastrar la voluntad, es arrancar al oyente de sí mismo, á fin de ganarlo para la virtud. Cualidad relevante es esta y que más que otra alguna necesita poseer el ministro del Evangelio. Al orador forense y al político les basta excitar sentimientos del momento para conseguir el triunfo á que aspiran; mientras que el predicador habla para cambiar el corazón de un modo definitivo y duradero.

Esta cualidad la han poseído en alto grado nuestros más famosos oradores, y á ella se han debido en todo tiempo las más positivas conversiones, el que aun después de muchos siglos los trabajos que dichos predicadores nos han legado conmuevan y persuadan de un modo seguro y eficaz.

Muchos ejemplos pudiéramos citar de los maravillosos efectos de la cualidad que nos ocupa; indicaremos algunos para que mejor se comprenda.—San Agustin, siendo todavía un humilde sacerdote, mereció, según hemos dicho

(1) *De Doct. christ.*, lib. IV, XXVII.

antes de ahora, que el Obispo de Hipona le designase para sustituirle en la cátedra del Espíritu Santo, y en su primera predicación se ocupó muy especialmente de combatir los suntuosos festines y las demostraciones de júbilo con que el pueblo celebraba el día de San Leoncio. La contradicción fué el inmediato resultado de sus saludables consejos. Pronuncia el joven sacerdote su primer discurso y no producen efecto sus palabras; sube de nuevo al púlpito, muestra todo el dolor que la caridad le inspira, ruega, pide y suplica por las humillaciones y los padecimientos de Jesucristo, por su corona de espinas, por su cruz, por la sangre que derramó; apela al respeto y cariño que sus oyentes profesan al Obispo, les habla de su ancianidad, del vivo interés que siente por su salvación; recurre, en fin, á los castigos con que Dios puede escarmentarles, y estos acentos conmueven al auditorio, que se anega en llanto y prorrumpe en gritos de dolor: San Agustin se afecta entonces visiblemente, llora como ellos, y alcanza un triunfo completísimo.... la costumbre quedó abolida para siempre. —El mismo santo Doctor llega á Cesárea y predica contra los restos del paganismo, que se mezclan hasta en las más grandes solemnidades religiosas, y el pueblo abandona sus espectáculos que ocho años después nadie recordaba.

San Juan Crisóstomo desarmó, según Flaviano, la cólera de Teodorico contra los moradores de Antioquia, y los santos todos han trasformado el mundo con sus lágrimas, con sus sollozos y sus patéticas exhortaciones.

Demóstenes es también, respecto de la elocuencia profana, un vivo ejemplo del orador que posee en gran manera la cualidad de mover. Fenelon hace de este insig-

ne repúblico un vivo retrato en el *Diálogo XXXI de los muertos*, poniendo en su boca estas palabras, referentes al orador romano:—Tú distraías con los rayos de tu talento; yo hería, abatía y distraía como un rayo: tú hacías exclamar: «¡Qué bien habla!», y yo hacía decir: «Vamos, marchemos contra Filipo.» He aquí una perfecta idea del talento de conmovér.

El orador que observe á su auditorio bastante tranquilo para ocuparse de su elocucion y sus maneras, no debe estar satisfecho: el que note en los semblantes de los que escuchan pintada la emocion; el que contemple á los que le oyen dominados por su palabra y subyugados bajo el poderoso influjo de sus instrucciones, ese debe arrodillarse al llegar al presbiterio y dar gracias á Dios.

Aunque no siempre la predicacion propenda á mover de un modo preferente, debe tener siempre este carácter; por qué, ¿de qué servirá, pregunta Limoges, instruir y agradar, si no se inclina el oyente á obedecer y practicar? *Victoriæ est flectere*, dice á este propósito San Agustin (1), *quia fieri potest ut (auditor) doceatur et delectetur, et non assentiatur: quid autem illa duo proderunt, si desit hoc tertium?* Para que el oyente llegue hasta el deseo de creer y practicar, es preciso herir su corazon, centro de la voluntad y las resoluciones generosas, dominarlo con ayuda de las pasiones y de los impulsos oratorios, que son los resortes por los cuales se gana con toda certeza y seguridad. La voluntad sin pasion, dice Plutarco, es un buque que aguarda para partir que el viento llegue á hinchar sus velas.

(1) *De Doct. christ.*, lib. IV, XXVII.

El corazon del hombre tiene por lo comun escasa aficion á la virtud; no se le decide á abrazarla sino hablándole con alma y sentimiento; es frio para el bien y no se le determina á él sino animándolo con ardientes y apasionadas palabras.

De aquí que para el predicador sea poco dar luz al entendimiento, dice San Francisco de Sales, puesto que necesita tambien dar calor á la voluntad; así como es poco para el oyente salir del sermón convencido de que debe ser virtuoso, sino que es preciso que salga ya reformado, ó por lo ménos con firme resolucion de verificarlo. Si el sol no tuviera mas que luz sin calor, sería de todos modos el más hermoso adorno del universo, mas no sería su vida y el principio de todas las hermosuras de la naturaleza: del mismo modo un discurso que deja frio al oyente, que no le mueve el corazon, ni le hace tomar grandes resoluciones, puede ser ingenioso y abundante en bellezas, mas no será ciertamente un buen discurso, porque le falta la condicion esencial que exigia San Agustin: *Flectendus auditor ut moveatur ad agendum* (1).

Si, por el contrario, el predicador logra mover los corazones, todo está conseguido. Agradará, porque siempre se agrada cuando se mueve, y se agrada más en proporcion que más se mueve; sus pruebas se considerarán buenas, porque el entendimiento no piensa en contradecir cuando el corazon se ha entregado: si la conmocion arastra, entónces la victoria es positiva. Moviendo, mucho más que razonando, es como se logra convertir; apoderán-

(1) *De Doct. christ.*, lib. IV, XXVII.

dose de los hombres por el corazón, es como se les domina mucho más que apoderándose de ellos por el entendimiento; porque en la mayor parte el asiento del mal reside más bien en la voluntad que en el entendimiento, y esto explica por qué los discursos medianos en la composición, pero patéticos y afectuosos, han producido en todas épocas más seguros resultados.

El sentimiento es el alma de la elocuencia, y lo patético, expresión del sentimiento, es lo que verifica las conversiones, las restituciones y las reconciliaciones; por medio de los impulsos se triunfa del corazón y se consigue de él todo lo que se quiere. En esto consiste todo el secreto del buen éxito en la peroración. El discurso que no hiera el corazón, ni lo mueve, ni lo toca, es un discurso sin efecto, y por más que se pruebe, por ejemplo, que hay un juicio final y un infierno, el oyente no se convertirá, si por giros vivos y por medio de apasionados impulsos no se le inspira el temor de ambos destinos.

Por otra parte, siendo el cristianismo una religión toda de sentimiento, la unción que sale del corazón y se dirige á él, debe ser el carácter esencial y como el alma de la elocuencia sagrada. Hablar del cristianismo con frialdad y sin alma, no es mostrarse su ministro, es olvidar lo que se debe á Dios, á sus hermanos y á sí mismo: á Dios, porque es su causa la que se litiga y su gloria la que se defiende; á sus hermanos, porque se trata de los grandes intereses de su eternidad feliz ó desgraciada, y á sí mismo, porque las verdades que el predicador anuncia le corresponden del mismo modo que á sus oyentes, y si estos no se salvan por su culpa, él será responsable delante de Dios.

Apártense del púlpito esos predicadores cuyas frías palabras indican que están plenamente resignados con la reprobación de su auditorio. Ocupándose de la elocuencia profana, dice Quintiliano, que los arranques son la parte esencial del arte oratorio, el alma que da vida al discurso, el cual sin esto es seco, frío, lánguido y muerto: *Hoc opus, hic labor est, sine quo cætera nuda, jejuna, infirma et ingrata sunt* (1).

Ahora bien. Si los retóricos exigen tales arranques en los discursos profanos, ¿cuánto más necesarios serán estos, tratándose de un discurso cristiano, en el cual es preciso hacer predominar contra todas las resistencias de la naturaleza, intereses tan legítimos y tan propios para conmover? Agradar sin mover en tales materias, puede granjear á un predicador la fama de ingenioso, mas nunca el título de apóstol y de hombre de Dios, porque este es privilegio exclusivo del predicador que mueve.

2. *Medios de conseguir esta cualidad.* Partiendo de la definición que hemos aceptado, de que *mover* es lo mismo que agitar las pasiones que se arraigan en el corazón humano dirigiéndolas hacia el bien, claro es que el estudio de los arcanos del alma, el de los afectos, las pasiones y los vicios, es indispensable al orador sagrado. El libro II de la *Retórica* de Aristóteles, y el IV y V de la *Investigación de la verdad*, escrito por el P. Mallebranche, son muy á propósito para este fin.

La comprensión de sí mismo, el dominio de las incli-

(1) Lib. VI, II.

naciones viciosas y los arranques apasionados, son tambien de gran utilidad para el predicador.

Los maestros señalan diferentes medios para producir grandes impulsos y la manera de dirigirlos.

1.º Para producir en el auditorio cristiano esos grandes impulsos oratorios que mueven y cambian los corazones, dice el P. Albert que es indispensable *edificar* y *orar*. Edificar, porque los pueblos no se dejan mover por hombres cuya conducta es enteramente contraria á sus palabras; y orar, porque la gracia sobrenatural de Jesucristo es la única que puede ejecutar en las almas esos maravillosos cambios que en pocos instantes trasforman á un hombre completamente.

2.º Es tambien necesario estudiar las disposiciones de los oyentes, porque estas varían segun las personas, lugares y circunstancias. En un punto se moverá con cierto género de consideraciones que no harian efecto alguno ante otro género de auditorio. El amor y los afectos tiernos y expresivos ganarán á unos, y otros solo se mostrarán sensibles á las ideas de temor. Si el predicador no sabe discernir las fibras del corazon que debe agitar, imposible es que mueva; mas si lo sabe, su tarea se allana y el éxito le será muy fácil.

3.º El predicador debe hallarse profundamente identificado con el asunto, poseerle y sentirle: *Cor sapientis*, dice el Espíritu Santo, *erudiet os ejus, et labiis ejus addet gratiam* (1). Únicamente un corazon movido es el que puede mover á los demás, lo cual es una verdad compro-

(1) Prov., XVI, 23.

bada por la experiencia. «He ensayado, dice Ciceron (1), todos los medios de conmoover, procurando llevarlos á la mayor perfeccion; pero confieso que debo ménos mis felices resultados á los esfuerzos de mi entendimiento, que á la vehemencia de las pasiones que me agitan y me sacan fuera de mí cuando hablo en público.... Con esta vehemencia hice callar á Hortensio, cerré la boca á Catilina y obligué á Curion á que se sentase sin poderme contestar una sola palabra, creyendo que le habia hecho perder la memoria con determinados sortilegios (2).» «Si queremos, añade Quintiliano (3), mover mucho á nuestros oyentes, es preciso que ántes nos halleemos movidos por el sentimiento que queremos inspirarles: *A tali animo proficiscatur oratio qualem facere (auditorem) volet*. ¿Cómo he de enternecer si mis palabras prueban que nada siento? ¿Cómo animaré si estoy frio? ¿Cómo haré derramar lágrimas si tengo secos los ojos? Esto es imposible: no se enciende sino con lumbre, no se humedece sino con algo húmedo, y ninguna cosa da á otra el calor que no tiene.»

Recordemos á este propósito el dicho de Horacio:

..... *Si vis me flere, dolendum est
Primum ipsi tibi.*

La razon de este principio es fácil de comprender; porque cuando el orador se halla profundamente penetrado de su asunto, la conmocion interior comunica á sus pala-

(1) *Orator.*, CXXXII.

(2) *Id.*, CXXIX.

(3) *Lib.* VI, II.

bras, á sus miradas, á su gesto, á su aire y á todo su aspecto una accion apasionada que ejerce sobre los oyentes un poder irresistible. Testigo de esta verdad es San Ignacio, en cuya historia se refiere que, á pesar de la gran sencillez con que exponia las verdades de la religion, lo verificaba con una conviccion tan profunda, hablaba de tal modo, que siempre lograba mover á los oyentes hasta hacerles derramar lágrimas: la vehemencia del sentimiento le hacía elocuente.

Si no tenemos, pues, en el alma el sentimiento que deseamos inspirar, inútilmente intentaremos aparentarlo, porque todo lo que no sale del corazon no va á él, y nada se hace más insoportable que un orador que desea mover á los hombres sin estarlo él en realidad. Clama con fuerza, gesticula excesivamente, se agita en diversos sentidos; pero todos estos arranques que no van dictados por el corazon, no sirven sino para hacer sufrir á los oyentes. Nunca lo que no es natural ha logrado hacer derramar una sola lágrima; y en este mismo sentido, dice San Francisco de Sales (1), que «para mover es preciso estar muy enamorado de su asunto; que las palabras se hallen inflamadas, no por gritos, ni por desmesurados ademanes, sino por el afecto interior, y que salgan del corazon más que de la boca. Por más que se diga, añade, el corazon es el único que habla al corazon, y la lengua no habla sino á los oidos.»

Esto nos explica el poco fruto que producen ciertos predicadores de mucho talento; sus discursos brillan con

(1) Carta al Arzobispo de Bourges, cap. V.

todo el esplendor del estilo, nada falta en ellos, ni la vivacidad, ni el atrevimiento, ni el uso acertado de las figuras; mas al oír tan hermoso lenguaje se conoce que le orador no se halla penetrado de los sentimientos que expresa, que sus palabras no salen del corazon, y de aquí que no veamos en él en último resultado mas que un frío declamador. Esto tambien nos hace comprender por qué muchos hombres que hablan perfectamente en los momentos que están afectados, son tan inferiores á sí mismos cuando escriben en el silencio del gabinete.

Es, pues, condicion indispensable para todo el que desee mover, penetrarse bien de su asunto; ¿pero cómo se consigue esto? se nos preguntará. Es fácil á los que han recibido del cielo una alma tierna y sensible, porque sin grandes esfuerzos sienten, se penetran mucho y les es natural ser elocuentes. Las grandes ideas, igualmente que los grandes sentimientos, nacen del alma; solo es fácil derramar en los corazones de los otros lo que siente nuestro propio corazon.

Esta exquisita sensibilidad es la que esparce tantos atractivos sobre los escritos del V. Lauza, del P. Granada y de otros oradores de que nos hemos ocupado: la que en tiempos antiguos inspiró á San Bernardo trozos sublimes y llenos de un patético perfecto, como el discurso acerca de la muerte de su hermano Gerardo, y á San Juan Crisóstomo tantas obras maestras de elocuencia. El que carece de sensibilidad, nunca será orador; porque no sabiendo enternecerse á sí mismo ¿cómo ha de enternecer á los demás? Por esta razon, los que han recibido del cielo ese don precioso, deben trabajar mucho para desarrollarlo, y

aquellos á quienes la naturaleza no ha criado sensibles, deben empeñarse en conseguirlo.

Para los unos y los otros hay un medio seguro, que es la práctica diaria y fervorosa de la meditacion; si la meditacion por sí sola no conmueve bastante, puede leerse con atencion cualquier autor bueno sobre la materia, notar los impulsos oratorios y las consideraciones más propias para mover, empeñarse por medio de la oracion y piadosos afectos en traspasarlas al alma y formar un verdadero propósito de comunicarlas á sus oyentes y conseguir su salvacion. Por este medio el sacerdote sentirá en su corazon impulsos tiernos y llenos de sensibilidad, propios para mover al auditorio.

4.º Despues de hallarse penetrado del asunto, no queda más que pintar bien los sentimientos que se experimentan. La viva pintura de las cosas, dice Fenelon, es el alma de la elocuencia; el verdadero orador no se contenta con enunciar lo que desea decir, sino que lo pinta; y cualquiera que no tuviere ese talento no conseguirá nunca conmover. El sentimiento se trasmite por el tono de la voz, la mirada, el gesto, la fisonomía y todo lo que exteriormente anuncia que se está conmovido.

Para pintar es preciso valerse de la imaginacion, de la retórica y del gusto.

La *imaginacion* da á los objetos inanimados, á la idea y al sentimiento cuerpo y vida: por su medio se consiguen esos cuadros, esas imágenes que arrebatan y mueven al auditorio. La verdad desnuda es como un cadáver, y rara vez afecta los corazones: revestida de cualidades sensibles por medio de la imaginacion, se la ve respirar y

existir, hierre los corazones, los interesa y enternece. La elocuencia es solo corazon ó imaginacion: el sentimiento es preciso, la imaginacion indispensable; sin sentir no se hace sentir, sin pintar no se anima ni se conmueve al que escucha. Tal es el parecer de los maestros.

La *retórica* es un gran auxilio para el sentimiento y la imaginacion. Sus saludables avisos, sus reglas predisponen el espíritu y enriquecen el entendimiento. La retórica despierta además las disposiciones naturales, que permanecerian dormidas de otro modo, enseñando cuál debe ser el camino que conduce á puerto seguro de salvacion.

Las figuras retóricas son muy propias para expresar los impulsos del alma, pudiendo entre ellas indicar la *exclamacion*, principalmente la que se dirige á Dios por rodeos suaves y tiernos, que al parecer lo hacen presente en el discurso; la *interrogacion*, que es, entre todas las figuras oratorias, la más rápida y la más dominante; el *diálogo*, que pone al sacerdote en relacion con el auditorio, siendo muy á propósito para animar el discurso; el *monólogo*, por medio del cual el oyente entra en sí mismo, se reprende el pasado, se anima para el presente ó toma resoluciones para el porvenir; el *apóstrofe* ó juramento oratorio, que consiste en tomar por testigos los seres animados ó inanimados, el altar, la cruz, los tribunales de la penitencia, las paredes del templo, las personas; el *deseo*, que consiste en ardientes impulsos de convertir á su auditorio, de hacer amar á Dios, aunque para esto sea menester dar hasta la última gota de su sangre, y á veces tambien, aunque en casos muy contados, las interrupciones, los puntos suspensivos ó frases imperfectas.

Añádase á estas figuras todo lo que un corazón penetrado de una fé viva puede inspirar á un orador lleno de su asunto. Una corta oración, una aspiración, una mirada hacia el cielo, un ademán, un suspiro bastan muchas veces para dar á las reflexiones más comunes una fuerza capaz de hacer verter lágrimas abundantes y provechosas. En fin, á la imaginación y la retórica debe unirse el *gusto*, ese instinto puro y delicado que aprecia lo que es bello en realidad y distingue lo verdadero de lo falso, que expresa la idea y el sentimiento con una identidad perfecta sin nada de más ni de ménos.

Privada de toda regla la imaginación, se lanza á los mayores extravíos, y la retórica prodiga sus flores sin oportunidad ni discreción. Por el contrario, con el auxilio del gusto ambas se mantienen en los límites donde deben encerrarse y se encaminan al punto á que conviene dirigir las: los colores se distribuyen con sabiduría, cada cosa está en su sitio, no hay exageración y todo es como debe ser.

Esta facultad tan importante se cultiva y se depura por el estudio de los grandes modelos, por el hábito de la reflexión y por la severa discusión de las propias composiciones, como si fuesen obras de un extraño sometidas á nuestra crítica y apreciación.

3. *Manera de dirigir los movimientos oratorios.* Para evitar los grandes inconvenientes que lleva consigo el no dirigir con acierto los movimientos oratorios, vamos á establecer las reglas más importantes, que los profesores se encargarán de explicar según las necesidades y los adelantos de sus discípulos.

REGLA 1.^a Todo impulso oratorio debe estar en armonía con la magnitud y la importancia del asunto sobre que verse el discurso: hay asuntos que por su poca importancia no admiten movimientos oratorios, y otros, por el contrario, adquieren su mayor realce por este medio. Véase á este propósito el discurso final de San Efrén, que casi íntegro hemos traducido en la primera parte de este libro (1).

Hay asuntos que requieren impulsos suaves y tiernos; por ejemplo, el amor de Dios ó del prójimo, el cielo, la confianza, la paciencia, la limosna; y aun se podrían colocar en este grupo los más de los asuntos predicables, porque no siendo el fondo de la religión sino caridad y amor, la dulzura es más propia que la violencia para ganar los corazones, y el auditorio se fatigaría muy pronto con los impulsos vehementes, si estos se presentaran con demasiada frecuencia. De esto puede deducirse que el género dominante del púlpito debe ser la *unción*, esa expansión suave, piadosa y sensible de un corazón lleno de Dios, la cual se insinúa en el alma sin estrépito, despierta sentimientos muy cariñosos, gana y subyuga todas las potencias por medio de una victoria, que se hace cada vez más agradable y más halagüeña cuanto es más dulce, más tierna y apasionada.

Es más frecuente el abuso, que el buen uso de los movimientos oratorios, siendo en extremo sensible que muchos predicadores no comprendan su verdadera significación, é impulsados por una imaginación viva y ardiente,

(1) HISTORIA, tom. I, cap. V, pág. 308.

empleen á cada paso grandes arranques, vivas pinturas, figuras atrevidas, palabras vehementes, aun en los asuntos que exigen el más dulce y más afectuoso lenguaje: de este modo desnaturalizan la religion, ocultan á los pueblos cuanto esta tiene de amable y simpática, y fatigan á sus oyentes. Aun cuando se traten en el púlpito asuntos terribles, deben emplearse en el exordio movimientos dulces, en la peroracion vehementes y apasionados, y por último, en el cuerpo del discurso una mezcla prudente de unos y otros.

2.^a Todo impulso debe ser traído sin violencia, es decir, que es preciso que venga por grados, que se prepare poco á poco á los oyentes por medio de la exposicion de las razones y de las pruebas, y se llegue siempre á él como si fuese una consecuencia inevitable de lo que se ha dicho.

Si el orador se arroja bruscamente y sin preparacion á estos impulsos, se sale de la naturaleza y toca fácilmente en el ridículo. Esta precaucion es más necesaria aun cuando los oyentes se hallan en disposiciones contrarias á los sentimientos que se desea dominen en el auditorio; entónces, segun ya hemos indicado ántes de ahora, es menester comenzar por apoderarse de sus ideas y conformarse con su situacion para llegar despues poco á poco á tranquilizar las pasiones que se oponen al objeto de la peroracion, y excitar, en fin, las que son convenientes.

Si los impulsos no están preparados y conducidos de este modo, es imposible que con ellos se logre el objeto que se desea.

3.^a Todo impulso oratorio debe sostenerse. De nada sirve llegar al corazon y conmoverlo, si se deja imperfecta la emocion comenzada pasando repentinamente á otra cosa.

No sosteniendo el impulso, el oyente se persuade que era ficticio, que no salia del fondo del alma, y basta esto para destruir su efecto. Además, el oyente que habia comenzado á ser conmovido, que se preparaba á seguir la emocion, siente que se le defrauden sus esperanzas y se le haga caer en la frialdad.

Es, por consiguiente, carecer de tacto y de gusto el dejar un impulso á medias: cuando este comienza á excitarse, es preciso continuarlo y conducirlo á su perfeccion, desenvolviéndolo por medio de giros enérgicos que puedan mover y penetrar más.

4.^a Los impulsos oratorios no deben ser llevados demasiado léjos; es decir, que es menester saber pararlos oportunamente y no hacerlos durar demasiado tiempo.

Los impulsos no deben reinar en el discurso sino por intervalos, porque nada de lo que es violento puede ni debe de ser duradero; y si el orador tiene bastantes pulmones para estar aturdiendo á voces por espacio de todo un sermon, el corazon de los oyentes no está formado jamás para sufrir semejante exceso de agitacion; se fatiga, y esos impulsos, demasiado frecuentes ó demasiado prolongados, dejan de causarle la sensacion que se desea (1).

Nos acostumbramos á lo que se prolonga mucho: el alma se endurece como el cuerpo con los reiterados golpes,

(1) *Lacrymis fatigatur auditor... Non patiamur frigescere hoc opus, et affectum, cum ad summum perduxerimus, relinquamus.... Quidquid non adjicit prioribus detrahere videtur, et facile deficit affectus qui descendit.* Quintil., lib. VI, c. 1.

y todo el interés se resfria. Por otra parte, sostener demasiado tiempo una viva conmoción, es salir de lo natural y cansarse fuera de propósito. Cuanto más fuerte es el impulso, ménos extensión debe tener; y á este propósito se dice de un predicador que, cuando habia conmovido al pueblo hasta hacerle verter lágrimas, solia abandonar repentinamente el púlpito dejando al auditorio consternado con su emoción: *Commotis animis*, dice Ciceron (1), *diutius morari non oportebit: lacryma enim nihil citius arescit*.

Júzguese por lo dicho lo mucho que se equivocan ciertos predicadores de viva imaginación, que creen hacer maravillas acumulando descripciones, figuras, arrebatos é impulsos de toda especie: los que así se conducen tienen fija la vista en un falso efecto y se salen de lo natural. Observemos, sin embargo, que si los grandes impulsos no deben existir sino á intervalos, no hay ninguna parte del discurso que no deba estar animada con este suave calor, con esos moderados movimientos que dan interés y vida á todo cuanto se dice.

5.º Debe separarse de los impulsos oratorios todo lo que es extraño ó afectado; lo que es ajeno al impulso, da á la palabra un aire falso que la convierte en ridícula y fria. Cuando estamos muy afectados por cualquier objeto, no pensamos en otra cosa, porque el alma se halla toda entera en lo que la conmueve. Por otra parte, lo que es forzado falta enteramente á su fin, y suele con frecuencia hacer reir á aquellos á quienes se quisiera arrancar lágrimas, segun observa Quintiliano: *Nihil habet ista res me-*

(1) *De Inventione*, lib. I, 110.

dium, sed aut lacrymas meretur aut risum (1). El corazón, si desea entregarse, jamás acepta el ser violentado.

Por lo dicho podemos inferir lo fácil que es extraviarse ensayando el patético; y esto mismo hizo escribir á Quintiliano que no se debe intentar arrancar lágrimas al auditorio cuando no se posee el talento necesario para conseguirlo: *Ne quis, sine summis ingenti viribus, ad movendas lacrymas aggredi audeat.... Metiatur ac diligenter aestimet vires suas, et quantum onus subiturus sit intelligat* (2).

6.ª Los grandes impulsos oratorios no permiten un estilo castigado, minuciosamente exacto, florido y periódico. La naturaleza conmovida se ofrece siempre desnuda, y no se piensa en distraer cuando se intenta conmover. Ocupado el orador en lo que conmueve y no en la manera con que se expresa, tiene cierto desorden en su estilo; su expresión, su voz y su gesto no están regulados sino por su conmoción, y esto produce excelente resultado. El soldado que bate al enemigo hasta el extremo, se cuida poco, dice Gaichiez, de si los espectadores están satisfechos de su gracia, porque está contento con tal de vencer. Estas elocuentes irregularidades son muy propias del sermón cuando el predicador atiende ménos á la perfección que al mayor fruto de su discurso.

No ha de creerse por lo que hemos dicho que la naturaleza conmovida no tenga ni sus preceptos ni sus pre-

(1) Lib. IV, cap. I.

(2) Id., cap. VI, núms. 1 y 4.

cauciones: conviene colocar al final con un resto de emoción lo que en medio del discurso se ha tratado con desorden y natural imprecaución.

De cuanto hemos dicho se deduce sin violencia:

1.º Que mover, enseñar, convencer, agrandar y persuadir, son los grandes resortes que el análisis ha hecho descubrir á los retóricos como agentes poderosos de la elocuencia en general, y que son aplicables á la oratoria del púlpito en particular. Las tres acciones que el orador está llamado á ejercitar sobre sus semejantes, las tres artes que hacen al hombre poderoso por la palabra, las resume San Agustín y las inculca con estas expresiones tan cortas como llenas de sentido: *Veritas pateat, veritas placeat, veritas moveat*.—*Veritas pateat*, este es el elemento lógico que instruye; *veritas placeat*, este es, hablando según Aristóteles, el elemento político que capta la benevolencia y hace gustar la verdad; *veritas moveat*, este es el elemento estético ó patético que conmueve las pasiones y arrastra la voluntad.

2.º Que si no siempre, al ménos las más veces se observa y hace notar la acción de los elementos indicados en todas las operaciones por las cuales debe pasar el trabajo oratorio.—En la *invencion*, porque hay en ella una prueba, elemento lógico; costumbres, elemento político; pasiones, elemento patético.—En la *disposicion*, porque el exordio requiere el elemento político, ó sea el arte de agrandar; el cuerpo del discurso, el elemento lógico; y la peroracion el elemento patético.—En la *locucion*, porque este triple elemento constituye la base y la distinción de los tres estilos.—Y por último, en la *accion*, porque el

tono y el gesto deben variar según que el orador instruye, mueve ó agrada.

3.º Que el concurso de los referidos elementos no es siempre necesario para que haya verdadera elocuencia. Cuando basta instruir y probar y se instruye y prueba, cuando es suficiente conmover y se conmueve, puede decirse sin vacilar que en estos casos se han llenado los deberes del orador.

4.º Lo más común es que sea preciso incluir los elementos indicados en un discurso, y en este caso deben promediarse dando la preferencia á aquel que sea más necesario atendido el asunto y las condiciones del auditorio.

SECCION CUARTA.

LA PREDICACION DEBE ESTAR EN ARMONÍA CON EL FIN QUE LE HA SEÑALADO EL AUTOR DE TODA VERDAD.

Punto único.

La predicacion debe acomodarse al principio de unidad esencial á toda composicion.

1. *Es necesaria esta cualidad.* La unidad á que en este momento vamos á referirnos consiste, tratándose de una composicion literaria, en que exista, no solo en las miras, sino en los medios empleados por el orador.

Hay *unidad de miras*, cuando todo en el discurso tiene de á un fin común, que es como el centro á donde todo se encamina, el foco á donde todo converge; cuando no hay una frase que no se dirija á este objeto, que no sea necesaria ó útil para realizarlo en términos que lo sienta y

perciba el oyente; cuando, en fin, desde este objeto, como desde un punto central se distingue de una sola ojeada el sermón entero, igualmente que desde la plaza pública de una ciudad vemos en toda su longitud las calles que vienen á parar en ella, si son rectas y están colocadas con simetría.

Hay *unidad de medios* cuando todas las partes del discurso están coordinadas y dispuestas de modo que siempre se va avanzando sobre una misma línea de concepciones progresivas, formando un tejido de ideas y de sentimientos que se siguen y se engendran y forman un todo regular. Cuando cada cosa está colocada en su sitio, cada verdad prepara, trae consigo y apoya otra verdad que necesita su auxilio, y todas contribuyen á encaminar al oyente al objeto, llevándolo por una trabazón de ideas de modo que nada puede quitarse sin romper su marcha, ni nada puede ponerse fuera de su sitio sin debilitar la fuerza del discurso ó sin descomponer su armonía, entónces se dice que hay *unidad*, carácter esencialísimo en toda obra de arte.

Decimos, pues, que esta *unidad* se requiere para toda buena predicación, que es necesaria en todo discurso, y vamos á demostrarlo siguiendo á los pocos escritores que se han ocupado con alguna detención de un punto tan importante:

La *unidad de miras* es necesaria:

• Porque todo lo que en un discurso no se dirige á la realización de los designios que el orador se ha debido proponer, es un verdadero despropósito, una inconveniencia que contribuye á la falta de claridad, de precisión y de armonía.

Aun cuando en un discurso haya rasgos de genio, si no hay *unidad de miras*, esos mismos rasgos descomponen la obra, desconciertan su economía, siendo, en sentir de Horacio, semejantes á cintas de púrpura cosidas sin orden unas sobre otras, que recuerdan sin querer la conducta del estatuario inhábil que trabaja bien los pormenores y no sabe componer un conjunto (1), ó la del pintor ignorante que une al cuerpo representado en el lienzo un miembro que no le corresponde.

Los pensamientos detenidos distraen al oyente, fatigan su inteligencia y llegan hasta ofenderle, no viendo en el orador más que un viajero extraviado que ya toma este ó el otro camino, sin acertar jamás con aquel por el cual debía ir, perdiéndose en su consecuencia todo el fruto del discurso.

La *unidad de medios* se necesita:

Por la misma razón que un edificio hermoso no es un conjunto de piedras y materiales sin trabazón, ni un ejército una muchedumbre de soldados. Lo que hace fuerte y vigoroso al cuerpo humano, dice á este propósito Quintiliano, es la *unión* y perfecta correspondencia de todos sus miembros. Póngase un miembro en lugar de otro, y tendremos un mónstruo; sepárense, aunque sea un poco no más, los músculos y los nervios, y dejarán de desempeñar sus funciones.

Lo mismo acontece con el discurso; lo que constituye su fuerza, igualmente que su hermosura, no son bellos

(1) *Infelix operis summa, quia ponere totum Art. peset Nesciet. De Art. poet.*

trozos diseminados, sino la íntima relación y perfecta conveniencia del todo con cada una de las partes entre sí; la colocación oportuna de cada prueba, de cada movimiento y de cada idea; la serie y enlace de los pensamientos que se disponen y se ligan hábilmente entre sí; el orden, en fin. Cuanto más orden hay, más perfecto es el discurso. Todo el que no admira este bello conjunto, es ciego, dice Fenelon (1). Si, por el contrario, cada verdad no está puesta en su sitio; si el orador dice al principio lo que no debía decir sino en el medio ó en el fin; si acaba por donde debía comenzar; si no tiene sucesión en las ideas, ni conjunto, ni marcha regular, su discurso será esencialmente malo; carecerá de *unidad*, de principio y forma, dice San Agustín, de todo lo que es bello: *Omnis pulchritudinis forma unitas est* (2). Sin unidad no hay orden, y sin orden solo quedan tinieblas y confusión.

2. *Medios de dar unidad á la predicación.* Para que el discurso sagrado reúna la unidad de miras y la unidad de medios de que hemos hablado, es necesario ante todo proponerse un fin muy exacto y con toda claridad designado. Muchos predicadores se venían muy embarazados para contestar, dice Limoges, si se les preguntase qué objeto, qué fin se proponen con sus discursos: van á la ventura, marchan al acaso, y así se figuran, equivocadamente, llenar su cometido. San Francisco de Sales dice que es necesario tener mucho cuidado de no subir al púlpito sin

(1) *Carta á la Academia.*

(2) I. *Epist. XVIII.*

el designio particular de reedificar algún trozo de las murallas de Jerusalén; es decir, que el ministro de la palabra santa debe proponerse siempre un fin útil para la salvación de las almas, la estirpación de un vicio, la práctica de una virtud, la destrucción de un abuso ó el establecimiento bajo bases sólidas de una obra buena (1).

Conviene, pues, para conseguir dar *unidad* al discurso: 1.º Sujectarle de antemano á un plan oportuno; y 2.º seguir este plan sin desviarse del objeto ni destruir el conjunto.

Plan del discurso.

Los antiguos llamaban *disposición* á lo que hoy se designa por los autores con el título del *plan del discurso*.

El plan del discurso consiste en determinar el objeto á que se dirige el orador: fijar el plan de un discurso cuesta por lo común más tiempo que el componerlo.

Sin un plan perfectamente concebido, la *unidad* es imposible: podrán reunirse frases y períodos, pero reinará en el discurso el desorden y la confusión.

Con un plan acertado todo se encadena, todo se liga

(1) Bellez refiere á este propósito que San Francisco de Sales le preguntaba muchas veces cuál era el objeto particular de su sermón, y le aconsejaba que no se limitase nunca al designio de convertir los pecadores y santificar á los justos sin tener siempre otro objeto particular. Y el P. Albert asegura que nunca se hará un buen discurso, si antes de comenzar no se procura fijar la verdad que se va á inculcar á los oyentes, comparando esta intención ó propósito á una mira, que lleva las pruebas en línea recta, é impide que el orador se extravíe en cosas inútiles.

y enlaza, formando un todo armónico y regular, bello en su forma, convincente, persuasivo y eficaz.

El plan del discurso puede llevarse á cabo por dos medios, por una division puesta de manifesto ó sin division. Los oradores antiguos, los Padres de la Iglesia y los predicadores del Evangelio de casi todas las naciones, se abstenerian frecuentemente de dividir sus sermones, proponian su objeto y lo llevaban hasta el fin, sin distinguir las partes de su peroracion. Esta debe imitarse: 1.º Cuando un solo punto se crea bastante para todo el discurso; pues es ridiculo anunciar muchos puntos, reservándose decir despues que no hay tiempo de tratarlos: ¿para qué prometer al oyente lo que no se ha de cumplir? 2.º Cuando la trabazon de las materias guia por sí misma el entendimiento, sin que sea preciso anunciar la division de lo que se va á decir: algunas veces es tambien conveniente ocultar la armonia y el orden, como en una homilia ó en una exhortacion, 3.º Cuando el discurso debe ser muy corto, como una felicitacion, alocucion ó arenga; porque el indicar la division en tales circunstancias, dañaria al efecto y probaria un talento minucioso y un corazon frio.

A excepcion de estos casos, es más oportuno enunciar el plan con el auxilio de las divisiones. El uso constante en esta materia forma casi una ley: separarse de él, será por lo comun una singularidad de mal gusto, bastante á frustrar la esperanza de los oyentes y á disgustarlos. Por otra parte, la práctica de las divisiones tiene otras ventajas; es útil al predicador para ayudar su memoria, pero sobre todo para dirigirlo en su composicion. El genio necesita ser guiado en su camino; la regla que le evi-

ta los extravios, le sirve de norma, y nunca es más firme ni más grande que cuando marcha con un orden ilustrado por la razon y el gusto. La division es útil al oyente, porque, segun Quintiliano (1), derrama gran claridad sobre toda la marcha del discurso; sirve para separar los asuntos principales de los incidentales que pueden oscurecerlo, y para hacer resaltar las ideas capitales á que se refieren todos los pormenores; alivia la inteligencia con los descansos que la proporciona, disponiendo al auditorio para renovar su atencion; excita el interés por el deseo que inspira de ver cómo se cumplirá el plan enunciado; en fin, dice San Carlos, es un hecho comprobado por la experiencia que todos comprenden y retienen con mayor facilidad un sermón cuyas partes son muy claras; porque sabiendo á dónde se quiere conducirlos, siguen el discurso con mayor placer y sacan mayor provecho.

Conviene advertir, que cuando el objeto del discurso es una proposicion compuesta, ó lo que es lo mismo, cuando el orador ha necesitado establecer muchas proposiciones, segun acontece en la mayor parte de los sermones, todos los oradores, así antiguos como modernos, y tanto sagrados como profanos, han empleado las divisiones, aun cuando ostensiblemente no las hayan enumerado, segun

(1) *Orationi plurimum lucis et gratia confert. Neque enim solum id efficit ut clariora fiant quae dicuntur, rebus velut ex turba extractis; sed reficit quoque audientem certo singularum partium fine, non aliter quam facientibus iter, multum detrahunt fatigationis notata inscriptis lapidibus spatia. Nam et exhausti laboris nosse mensuram voluptati est, et hortatur ad reliqua fortius exequenda seire quantum supersit.* Quintil., lib. IV, c. V.

vemos en los discursos de Ciceron *pro Milone* (1), *pro Archia poeta* (2), *pro lege Manilia* (3), *pro Murena* (4), en la arenga de Demóstenes contra Aristócrates y en muchos discursos de San Juan Crisóstomo, de San Basilio y de San Gregorio Nacianceno; de donde se deduce lo falsa que es la asercion de varios autores modernos, que suponen que el método de las divisiones fué desconocido de los antiguos, y es solo una invencion del escolasticismo. Verdad es que este las hizo más comunes, pero existian mucho tiempo ántes.

Fenelon objeta que las divisiones pausadas entre cada parte dan sequedad al discurso y lo echan á perder, destrozan la accion del orador y el efecto que esta debe producir, quitan la unidad formando al parecer como dos ó tres discursos diferentes. Convenimos en que hay divisiones viciosas que pueden producir esos malos efectos, y tambien en que hubo época en la cual el abuso en este género fué llevado hasta el ridículo; pero deducir del abuso de las divisiones que es menester suprimirlas todas, es un sofisma que Fenelon refuta con su misma conducta, porque dividió su sermon del dia de la Epifanía y su excelente discurso destinado á la consagracion del elector de Colonia. Lo que no debe olvidarse, es que es preciso conocer y observar bien las reglas de la division.

Estas reglas pueden reducirse á cinco, aplicables á las divisiones y subdivisiones:

- (1) C. 2.
- (2) Id.
- (3) Id.
- (4) Id. 5.

REGLA 1.^a La division debe ser *clara*, porque su objeto es derramar luz y claridad sobre todo el discurso; ¿y cómo derramarla si la division no es clara (1)?

Debe, segun esta regla, estar concebida la division en términos tan terminantes y exactos y presentarse con tanta claridad, que aun los talentos más limitados la comprendan y nadie pueda equivocarse.

2.^a La division debe ser *exacta*, esto es, debe abrazar toda la extension del asunto en términos que un punto no entre en el otro, que las diversas partes se refieran á un todo, de modo que presenten esa *unidad* que hace gustar la proporcion de aquellas, y por último (y en lo que es posible), que el primer punto sea un grado para subir al segundo, y este confirme al que le sigue, de manera que siempre el interés vaya en aumento.

Sería exponerse á faltar á la exactitud que recomendamos querer dividir siempre el discurso en dos ó tres puntos. Es preciso no ser esclavo de ese número, sino atenerse á las partes indicadas por la naturaleza del asunto.

3.^a La division debe ser *breve y compendiada*, porque si los puntos de la division no se proponen con brevedad, será difícil retenerlos; y si son demasiado numerosos, por ejemplo cuatro ó cinco, no podrá tratárseles bien á fondo sin dar al discurso proporciones interminables.

Igual sucede con las subdivisiones; multiplicadas perjudican los impulsos oratorios y hacen el discurso seco y

(1) *Quid turpius quam id esse obscurum ipsum quod in eum solum adhibetur usum ne sint caetera, obscura?* Quintil, lib. VI, c. V.

excesivamente didáctico: *In eadem obscuritatem incidunt contra quam partitio inventa est*, dice Quintiliano (1).

Lo que se divide demasiado se debilita, y las partes de un discurso muy fraccionadas dejan de ser miembros enteros de un cuerpo fuerte y vigoroso, convirtiéndose en trozos como disecados: *Auctoritati plurimum detrahunt illa non membra, sed frustra*, añade Quintiliano (2).

Si del asunto nacen al parecer muchas subdivisiones, es preciso, ó verterlas en el discurso como pruebas ó apéndices de las subdivisiones enunciadas, ó si esto no puede ser, omitirlas enteramente. Sin embargo, las divisiones y subdivisiones, á pesar de su brevedad, deben ser fecundas; porque si el orador se limitara á cortos juicios, la elocuencia se perdería. Es necesario, pues, elegir asuntos vastos; mas no obstante, á fin de no abrazar demasiadas materias, lo cual obligaría á desflorarlas sin profundizarlas, hay que limitarse á las relaciones más útiles y dar sobre ellas las explicaciones convenientes.

4.ª La division debe ser *sencilla*, tanto en sí misma como en su exposicion. En sí misma, lo cual quiere decir que no deben buscarse planes extraordinarios; porque siendo los más comunes los más naturales, son los mejores. El talento y el genio se muestran más bien en el modo de llenar un plan que en el plan mismo. Por otra parte, desdeñar los planes comunes y los caminos trillados, es imitar al viajero que abandona la via pública para

(1) Lib. VI, c. V, n. 2.

(2) Id.

meterse por sendas extraviadas y desconocidas. La division debe ser sencilla en su exposicion, esto es, que han de evitarse esas divisiones nacidas de afectadas antítesis y de repeticiones estudiadas; es preciso enunciar la division lo más sencillamente posible, á fin de fijar bien el ánimo del auditorio sobre el asunto que se va á tratar, sin distraerlo con un vano juego de palabras, con una pueril afectacion de repetir lo mismo de tres ó cuatro maneras diferentes.

5.ª La division debe ser *práctica*, es decir, que en general los miembros de la division han de mostrar lo que se debe hacer ó evitar; de manera que el auditorio, reteniendo únicamente la division, sepa el fruto que del sermón ha de sacar. En el título segundo de este TRATADO veremos el modo de hacer prácticas las divisiones sobre toda clase de asuntos y el motivo de esta cualidad que en este sitio debíamos inculcar en el ánimo de la juventud.

El plan sin division debe presentar los mismos caracteres que la division misma; debe ser *claro*, es decir, que ha de disponer todas las partes del asunto de manera que de una ojeada se comprenda su totalidad y sus relaciones, separándolas sin aislarlas, reuniéndolas sin confundirlas y dando á cada cual el puesto que le pertenece: *exacto*, esto es, abrazar el asunto en toda su extension, pero sin ir más allá, no omitir nada de lo que le es propio, ni mezclar lo que es extraño: *fecundo*, esto es, presentar al orador gran abundancia de ideas, como un hermoso punto de vista desde cuya altura descubre el viajero mil objetos que le encantan: *sencillo*, esto es, en fin, que todo el asunto ha de reducirse á un corto número de ideas ó proposiciones generales que lo abracen todo entero.

Las divisiones pueden sacarse unas veces de la Sagrada Escritura, que es su mejor fuente, porque entonces tienen la autoridad del Espíritu de Dios, cuyos divinos documentos no se hace sino comentar; otras veces de los escritos de los Padres, pues la autoridad de estos eminentes varones les da grandísimo interés; otras, en fin, del fondo mismo del discurso, según las indicaciones que daremos en el título inmediato: por consiguiente, si se habla de una virtud, puede aceptarse esta división: *Motivos y medios de practicarla*; si de un misterio: *Excelencia del misterio y frutos que de él deben sacarse*; si de una acción ó una obra que se recomienda: *Motivos para practicarla y modo de verificarlo*.

Modo de llenar el plan.

Una vez trazado el plan de un discurso, es preciso:

1.º Elegir con especial cuidado y discernimiento los pensamientos propios para llenarlos, no admitiendo sino los que se encaminan directamente al fin del discurso. En proporción que estos se presentan al entendimiento en la meditación preparatoria del asunto, es menester sondear su oportunidad y conveniencia. El predicador continuará su trabajo, teniendo siempre fija la vista en el fin que se propone, acomodando á él todo el discurso.

Si el sermón tiene muchas partes, por ejemplo, si es una instrucción sobre la penitencia, puede dividirse de este modo: *Es menester hacer penitencia; no debe diferirse la penitencia; es preciso que la penitencia sea rigurosa*; discerniendo el orador estos tres puntos de vista, no dirá nada en la primera parte que se refiera á la prontitud ó

al rigor de la penitencia, nada en la segunda que se refiera á la necesidad ó al rigor de la misma, ni nada, en fin, en la tercera que tenga relación con su necesidad ó con su prontitud, pues de otro modo sus pruebas no serían *ad rem*.

2.º No es bastante que todos los pensamientos vayan claramente al objeto, sino que también es indispensable coordinarlos juntos, lo cual explica Horacio suficientemente (1).

Una idea colocada detrás de otra que prepara los ánimos y los dispone en cierto sentido una buena acogida, hará un efecto excelente; la misma idea arrojada de pronto sin ninguna precaución, será inoportuna y disgustará, ó por lo ménos no producirá bien alguno. Una prueba que colocada al principio no hubiera producido efecto, será decisiva si el predicador la reserva para otro momento en que el oyente se halle preparado por medio de oportunas consideraciones para sentir toda su eficacia; una palabra que ha encontrado con oportunidad su sitio, pone la verdad de manifiesto; hasta tal punto es importante coordinar bien todas las partes del discurso, á fin de que marchen juntas hácia el objeto, como un ejército que marcha en ordenadas filas y en excelente orden de batalla.

A fin de determinar el puesto exacto de cada idea, es menester ser dueño del asunto, saber discernir el primer anillo de esta cadena de pruebas, de razones y de senti-

(1) *Ordinis hæc virtus erit, et venus, aut ego fallor,
Ut jam nunc dicat jam nunc debentia dicit,
Pleraque differat et præsens in tempus ommitta.*

mientos, despues el segundo que sostendrá al primero, y para el cual este habrá preparado los ánimos, y así sucesivamente hasta el final, de modo que todas las pruebas y todos los sentimientos se ayuden entre sí, el discurso vaya siempre creciendo y el oyente sienta cada vez más el peso de la verdad. No es tampoco indiferente conocer el orden con que se agitan con más seguridad las pasiones; porque es menester comenzar por las que pueden excitarse desde luego más fácilmente y servir de precedente á las demás.

3.º Coordinadas de este modo las diferentes partes del discurso, es menester ligarlas entre sí por medio de transiciones naturales (1). Sin esto, el discurso parecerá desunido, compuesto de piezas y trozos que, aproximados, no se unen nunca, y sucediéndose no se continúan ni forman un cuerpo jamás. Tales transiciones no deben ser tampoco una mera aproximacion de palabras, sino una série en el raciocinio ó en el sentimiento, manejada con tanto arte, que no se perciban ni esfuerzos ni intencion alguna de conseguir dicha trabazon.

A fin de llegar á conseguir estos secretos del arte oratorio, es menester estudiar bien las relaciones que unen entre sí las diferentes partes del discurso; y si no se puede conseguir hallar buenas transiciones, vale más omitirlas, porque las que no son buenas, descomponen el discurso en lugar de adornarlo.

(1) Véase al P. Albert, III parte, c. VII y VIII.

TÍTULO SEGUNDO.

DEL DISCURSO Y DE LA ACCION.

Las excelencias, los destinos, las cualidades y caracteres de la predicacion han sido hasta ahora el tema de nuestros estudios. Todo cuanto es necesario para penetrarse de la sublimidad y grandeza del ministerio evangelico, lo que constituye la parte *fundamental* de la educacion del seminarista, ha sido objeto de nuestras atenciones. Vamos á penetrar en otro terreno, vamos á facilitar en lo que es posible la aplicacion *práctica* de los principios que hemos sentado, seguros de que si la juventud ha comprendido toda la extension de sus deberes, y conociéndola abraza resuelta la enseñanza católica, sabrá llenarlos con entera sujecion á los grandes modelos que la historia de la elocuencia nos ofrece, contribuyendo á la santificacion de los hombres y al bienestar y la felicidad de los pueblos.

No es tan difícil como algunos suponen el ejercicio de la predicacion. Si en vez de lanzarse, como hacen algunos, á la cátedra del Espiritu Santo sin la debida preparacion, se va por grados y se adquiere, no solo la conciencia del

deber, sino la seguridad de poderlo llenar medianamente, casi todo el camino está recorrido y el cimiento echado.

La persuasión, el convencimiento, esto hemos pretendido arraigar en el ánimo de los jóvenes hasta aquí; desde este momento, aceptando el compromiso contraído con los lectores que nos han honrado con su benevolencia, vamos á contemplar al orador sagrado en su gabinete, á seguirle hasta la Iglesia, á subir al púlpito en su compañía, y á no abandonarlo hasta que por sí solo pueda caminar sin grandes tropiezos con entera conciencia de ser útil á la religion y al estado en que está constituido.

Cuando hemos hablado de los ensayos que ofrecen peligro, nos hemos referido á los que se hacen sin preparacion alguna en la cátedra de la verdad, no á los que deben hacerse en el aula, sin más auditorio que el profesor y los condiscipulos, y más adelante en la capilla del seminario, dando entrada á personas notoriamente piadosas é ilustradas.

La educacion oratoria, limitada al estudio de la retórica eclesiástica, es incompleta: el catedrático debe tomar de la mano al seminarista, y previo el estudio elemental científico, y las explicaciones indispensables para que comprenda sus sagrados y graves compromisos, acompañarle en sus primeros ensayos, facilitándole el modo de practicarlos sin recargar su memoria con numerosas reglas que ordinariamente se olvidan, sin confundirle, ni atemorizarle, sino ántes bien separando cuidadosamente todos los obstáculos que se le ofrezcan. Este método, este sistema dará excelentes resultados y es el que por nuestra parte hemos procurado seguir en este libro.

Desde este, ahora nuestro trabajo adquiere un doble interés bajo el punto de vista didáctico; es el desenvolvimiento de la doctrina que ya hemos expuesto, es, mejor dicho, la misma doctrina puesta en acción.

En este título vamos á ocuparnos de la *Preparacion remota y próxima* para predicar, que no debe confundirse con los estudios previos de que ántes hemos hablado; de la *Composicion* en general, y el modo más oportuno de preparar las *Instrucciones*; de las *Partes del discurso*, de su objeto y proporciones; de la *Predicacion de memoria y de concepto*, del *Uso de los sermonarios*, de la *Accion oratoria*, de su importancia, de sus cualidades, de sus obstáculos, de las partes en que se divide, y por último, hasta de lo que el orador sagrado debe hacer despues de pronunciar su discurso.

Se ve, pues, que si el título anterior ha podido ofrecer un gran interés, este no es ménos importante: recomendamos, pues, su lectura, y al profesorado que acepte en mayor ó menor escala nuestros trabajos, supliendo con su ciencia y su bondad lo que involuntariamente podamos haber omitido ó en lo que pudiéramos faltar.



CAPITULO PRIMERO.

PREPARACION PARA PREDICAR.—PUNTO PRIMERO.—*Preparacion remota.*
—1.º Lecturas.—2.º Apuntes.—3.º Ensayos de composicion.—PUNTO SEGUNDO.—*Preparacion próxima.*—1.º No solo es necesario, sino obligatorio, preparar los sermones.—2.º Diversos medios de llenar esta obligacion: ¿Conviene escribir los sermones?—¿Deben escribirse integros?—¿Conviene escribir palabra por palabra?—¿Conviene escribir sumarios?—¿Deben escribirse simples bosquejos?—¿Basta para predicar un momento de reflexion?—¿Conviene predicar sermones ajenos?

Punto primero.

Preparacion remota.

. La *Preparacion remota* consiste en ciertos medios de formarse para la predicacion, basados en los estudios previos de que ántes de ahora hemos hecho mencion.

Los autores enumeran diversos medios, que por nuestra parte vamos á resumir en tres: *Lecturas*, *Apuntes* y *Ensayos* de composicion.

1. *Lecturas.* San Juan Crisóstomo compara la locucion que no está nutrida de sólidos pensamientos, á una espada cuya empuñadura fuese de plata y la hoja de plomo. Los pensamientos son el alma y nervio de la elocuencia; sin ideas, todo discurso es frívolo y sustancial; el saber no nace con el hombre, es preciso adquirirlo por la medi-

tacion, con *lecturas escogidas* y con un continuo ejercicio de ver, de comparar y componer.

Solo por estos medios se adquiere, dice Capmany, aquella discrecion, aquel tino y acierto en la eleccion de palabras, en la fuerza y verdad de las sentencias, en la solidez y eficacia de las razones y en el movimiento de los afectos que caracteriza á los grandes oradores y literatos.

Las *lecturas* han sido siempre consideradas como un poderoso auxiliar, como un elemento y un gran recurso para desarrollar las facultades del orador. Los maestros han trazado las reglas y los preceptos del estilo; pero en los autores es donde se hace preciso buscar su aplicacion. Los consejos, las enseñanzas de la escuela no pueden, á pesar de su inmensa utilidad, ser bien comprendidas si no se estudia su aplicacion en los buenos modelos.

Las lecturas despejan el entendimiento, ensanchan los horizontes de la razon y forman el gusto. El sacerdote necesita leer mucho, estar leyendo siempre; ¡se ha escrito tanto que debe saber! La mision del sacerdote es mision de consejo, de direccion, de enseñanza: á todas horas se le pregunta, se le revelan nuevas necesidades y se le ofrecen ocasiones de hacer útil aplicacion de su saber y su experiencia.

Un célebre escritor clasifica en dos grupos las lecturas necesarias al orador sagrado: las que corresponden al primero tienen por objeto formar el gusto y desarrollar las disposiciones naturales del orador; las que corresponden al segundo, adquirir ideas y materiales para la composicion.

Nos ocuparemos en este momento de las lecturas ge-

nerales, por ser las que únicamente podemos considerar como pertenecientes á la *preparacion remota*, reservando para más adelante reseñar las que corresponden al segundo grupo.

Tan cierto es que la lectura de los buenos modelos es uno de los medios más directos para prepararse á desempeñar con acierto el ministerio evangélico, que sin ella no concebimos al sacerdote hombre de meditacion y de estudio, no de negocios ni de sociedad. El camino de los preceptos, dice Séneca, es largo; el de los ejemplos, es corto y fácil: *Longum iter per praecepta, breve et efficax per exempla* (1).

He aquí las reglas más autorizadas para que pueda sacarse de las lecturas generales necesarias al predicador el fruto que aconsejan los Santos Padres y los maestros de bien decir.

REGLA 1.ª Conviene, antes de que se haya formado el gusto, dedicarse á la lectura de obras clásicas, y estas en reducido número, para que su estudio sea más sostenido y eficaz (2).

La razon de esta regla se comprende fácilmente, puesto que leyendo obras medianas es muy fácil dejarse seducir y hasta tomar por verdadera elocuencia la que no lo sea, adquiriendo resabios y defectos para toda la vida. Por otra parte, limitando las primeras lecturas á un corto número, y este escogido, será como únicamente pueda el sacerdote penetrarse de su espíritu, de su estilo, y hasta de

(1) Lib. IX, cap. 1.

(2) *Diu nonnisi optimus quisque et qui credentem sibi minime fallat, legendus est.* Quintil., lib. X, cap. 1.º

los giros, haciéndolos propios y naturales sin que se conozca ni sospeche su procedencia.

El que lee muchos libros corre el riesgo de no sacar gran fruto ni positivas ventajas de su lectura.

2.^a En la elección de las obras de lectura, el seminarista, y aun el sacerdote joven, no deben fiar demasiado de su propio juicio; procurando consultar hombres de un gusto reconocido, y no admitir sino obras autorizadas por el fallo de los siglos ó colocadas en primera línea por una opinión cierta é invariable. Tales son entre los autores profanos, Demóstenes y Cicerón, á quienes San Carlos y el P. Segner y leían con frecuencia, teniéndolos, con razón, por grandes modelos del arte de bien decir; entre los PP. á San Juan Crisóstomo y á San Agustín; las obras de Santo Tomás son una riquísima mina á que debe acudir todo predicador: el estudio de la Escritura, especialmente de los Santos Evangelios, las Epístolas de San Pablo y nuestros grandes oradores de la edad media desde Osio hasta el P. Estella (1), ofrecen un ancho horizonte cuya lectura debe abarcar entre nosotros todo buen predicador.

El orador sagrado debe abstenerse en un principio de leer las obras notoriamente exageradas y defectuosas, aunque correspondan en otro sentido al objeto con que fueron escritas (2).

3.^a Es menester leer poco y reflexionar mucho (3).

(1) Véase la HISTORIA, tom. 2.^o, lib. II, caps. II, III y V, libro III, cap. II y III.

(2) Véase la *Bibliografía católica* sobre este particular.

(3) *Multum legendum, non multa: Lecciones de elocuencia*, tom. 1, lec. VIII.

Cuando se lee demasiado, la inteligencia se fatiga, desflora sin profundizar, y no se recoge nada claro y con exactitud: la excesiva lectura es como lluvia de tempestad, que únicamente moja la superficie y se desliza sin penetrar en la tierra.

El Sr. Lopez dice á este propósito que el hombre se forma poco á poco sobre lo que con más frecuencia hiere sus sentidos... «Pero no basta leer, añade; es necesario entregarse á un trabajo mental muy detenido, para ir dando diferente giro á todos los períodos de la obra que se lee, procurando cambiar su fisonomía, y si es posible, mejorarla. En cada uno de estos ensayos desempeñados en el laboratorio de la inteligencia, se nota que se van rompiendo las trabas y dificultades en que tropezaban nuestra razón y nuestra lengua, y que empiezan á crecer las alas que permiten ensayar algun corto vuelo.»

Lo esencial, pues, para que las lecturas aprovechen, es reflexionar mucho acerca de lo que se lee; estudiar el plan, la conducta y el conjunto del discurso; seguir el encañamiento y trabazon de sus partes; darse á sí mismo cuenta de los razonamientos y de las pruebas, despojándolas de todo el brillo exterior que las rodea y del que es preciso no dejarse deslumbrar; pesar estas razones y estas pruebas para ver si son sólidas, si se dirigen al asunto y si están en su sitio; en fin, hacer entrar en su mente toda la economía del trabajo del autor, hasta poder decir: —Aquí quiere probar tal cosa, y la prueba con tales razones; aquí explica tal verdad, y la explica en tales términos á su auditorio.

Después de haber descompuesto de esta manera el

discurso y de haberlo reducido á su más sencilla expresión, conviene examinar de qué modo el autor ha ensanchado y embellecido aquellas primeras ideas revistiéndolas con tan magníficos colores; por qué figuras y giros oratorios ha realizado las pruebas, y con qué arte ha aplicado las reglas y los preceptos de la retórica. Por este método es fácil con gran provecho propio sorprender el secreto del autor sobre el arte de escribir (1).

Para fijar mejor estas reflexiones, será también oportuno analizar por escrito los discursos que se leen, es decir, redactar su plan, las divisiones y subdivisiones con sus principales puntos. El hábito de estos análisis acostumbra el entendimiento á la reflexión, lo familiariza con el método y el orden, graba en la memoria las bellezas de la obra que se lee y hace insensiblemente contraer la facilidad de escribir y de expresar sus ideas.

4.º Al leer los autores, es preciso tener el talento bastante elevado y bastante extenso para apreciar todas las bellezas que en ellos se encuentran; pero esto sin mostrarse parcial con los que se acomodan á nuestros gustos, y excesivamente severos con los que los violentan en esto ó el otro sentido.

2. *Apuntes.* El que no recoge en la juventud no atesora para la vejez; el que desaprovecha los mejores años de su vida, después se halla obligado á mendigar extraños

(1) También da este sábio consejo el P. Jouveney: *Vide, dice, cum eloquentem locum legis audisve, quid te moveat, quemadmodum moveat, cur moveat, ut se insinuet orator, ut reluctantem animum nunc fragat vi, nunc astu capiat, ut spe, odio, timore accendat.*

auxilios, siempre ineficaces y por lo comun inoportunos.

El V. Granada aconseja que se tomen apuntes por orden de materias de todo cuanto se lee y encierra algun concepto notable ó se aprende en el trato con los hombres sábios. «Con este cuidado y diligencia, añade, poco á poco va creciendo nuestro tesoro, y al cabo de muchos años se levanta con estos acrecentamientos un monton considerable de noticias exquisitas.» San Carlos escribe: *Locos sibi comparavit, quibus auditorum animi commoveri solent ad amorem Dei.*

Anotando con especial tino y cuidado todo lo más sobresaliente que se lee ú oye, que nos llama la atención ó nos conmueve, se crea para el porvenir un inestimable acopio, que más adelante proporciona de que hablar sobre cualquier materia, evitando indagaciones difíciles y por lo comun infructuosas; los apuntes hacen provechosa la lectura para todo el resto de la vida, y nada es perdido para el que con inteligente precaucion lo guarda todo para el día de la necesidad; al paso que si en la juventud se descuida el hacer estos apuntes, se deja perecer el fruto de las lecturas, de las reflexiones ó impresiones que se experimentan y hasta la mayor parte de los estudios que se hacen.

En el momento de la composición suele recordarse mil veces un trozo, una idea que se ha leído ú oído leer, y es necesario precisar.... pero ¿cómo, si el sitio, el concepto, la idea, todo aparece confundido? En otro tiempo se nos ocurrieron ciertas consideraciones sobre el mismo asunto, y bajo la impresión de un mismo sentimiento hubiésemos escrito páginas llenas de vida y de calor; mas en el día no estamos ya movidos, ó lo estamos tan poco, que la falta de

sentimiento nos priva de crear nada. Hallarse, pues, en tal estado, es encontrarse en completa indigencia y desprovistos de todo recurso; si el pasado no nos ha dejado nada útil para el presente, ¿no es esta una deplorable pérdida?

También la autoridad y la práctica deponen en favor de la ventaja de los apuntes. El sábio Pontífice San Dámaso miraba como tiempo perdido toda lectura de la cual no se sacaban apuntes: *Lectioem sine atylo somnium puta*; San Carlos compuso para su uso numerosos apuntes, y en el prefacio de sus *Homilias* (1) confiesa que sacaba de ellos grandísimas ventajas para escribir y dar variedad á sus instrucciones. M. Tronson no leía nada notable de que no formase apunte, y de ellos procede su famosa obra titulada *Forma cleri*. Las reglas de la Compañía de Jesús prescriben que se hagan apuntes por los predicadores (2); San Francisco de Borja y el P. Aguaviva los recomiendan muy encarecidamente (3); y San Francisco Javier habla de ellos al P. Balzée en los términos siguientes: «Tened en cuenta, le dice: 1.º que lo que se confía al papel, se imprime más fácilmente en el entendimiento, porque el cuidado y el tiempo que se invierte en escribirlo contribuye á grabarlo en la memoria; 2.º que las cosas que más nos llaman la atención se olvidan fácilmente, si mientras que las ideas están todavía recientes no las escribimos en cuadernos donde podamos volverlas á hallar, como la gente del mundo conserva en sus archivos los títulos y documentos que

(1) *Prefat. in Hom.*, págs. 8 y 10.

(2) *Guía de los que anuncian la palabra de Dios*, pág. 148.

(3) *Id.*, págs. 192 y 268.

pueden serle necesarios. El provecho que despues produce la lectura de estos cuadernos es muy parecido al de los mineros que vuelven á encontrar una veta de metal que habian perdido, porque trabajándola obtienen nuevas riquezas del filon que por espacio de algun tiempo no pudieron explotar. Por último, convencido de la misma verdad el P. Mabillon, juez muy experimentado en materia de estudios, deseaba que los jóvenes comenzasen los apuntes de que vamos hablando desde los primeros años de su carrera y los continuasen hasta los últimos de su vida (4).

El modo de hacer estos apuntes es muy sencillo: 1.º Se forma un cuaderno en el cual se designan á la cabeza, ó sea en lo más alto de cada hoja y por orden alfabético, ciertos títulos, como *abstinencia, bautismo, caridad, esperanza, fé, etc.*, y bajo estos títulos se abren varias páginas sobre todo lo notable referente á ellos, en proporcion que se va leyendo en la Sagrada Escritura ó en otros libros, se oye en las predicaciones ó en la conversacion, se presenta al entendimiento cuando este reflexiona, ó tambien en los instantes más inesperados, como un paseo, una noche de insomnio, etc.... 2.º En estos apuntes no ha de ponerse sino lo que tiene relacion con la predicacion, y formar si se quiere notas separadas para la teología ó para las demás ciencias; porque de otro modo al cabo de algun tiempo se haria ininteligible el propio trabajo y la confusion de las ideas sería inevitable. 3.º No han de escribirse con toda su extension los trozos de la Sagrada Escritura ó de los Padres, sino limitarse á indicar algunas palabras, señala-

(1) *Tratado de los estudios monásticos*, 2.ª parte.

lando el libro y capítulo, donde en caso necesario podrá hallarse el texto en toda su extensión. La relación completa del texto sería una pérdida de tiempo y haría demasiado extenso y abultado el cuaderno. 4.º En estos apuntes no han de ponerse sino los trozos verdaderamente dignos de ser notados en particular; y cuando se tiene motivo para creer que se halla uno deslumbrado por un falso brillo, es prudente aguardar que pase el primer fuego del entusiasmo, á fin de juzgar con más juicio si aquello merece ser apuntado. 5.º Cuando el trozo ó la reflexión que se desea consignar en los apuntes mueve y entusiasma, es útil aprovechar aquel instante de inspiración para escribir lo que se siente y las consecuencias prácticas que entonces se descubren á nuestro pensamiento. Nunca somos más elocuentes que en esos instantes en que estamos vivamente penetrados y llenos de una idea ó de un asunto. Observaremos por último que es menester ocuparse de escribir lo que se siente, más bien que lo que se desea hacer sentir á los demás, y aplicarse el sacerdote sus mismos apuntes más bien que á un auditorio, que pueda fraguarse en la imaginación, según el capricho del amor propio y cual nunca habrá de ser quizá el que pueda escuchar al predicador.

El *Thesaurus biblicus* y el *Thesaurus Patrum* presentan modelos de apuntes, aunque no diapiasan al orador sagrado de hacerlos por sí, puesto que nada puede amoldarse á nuestra inteligencia ni á nuestras facultades como lo que gustamos y sentimos nosotros mismos.

Cada cual, dice M. Vêtu, debe formarse por medio de apuntes una biblioteca manuscrita especial, que contenga

todo lo que su propia experiencia le enseña y se aprende en los ejercicios del aula ó en el de la predicación.

El mismo autor aconseja que se forme un cuaderno de *apuntes teológicos*, otro de *escritura*, ó sea de *dogma* y de *moral*, otro de *principios* ó *reglas de literatura cristiana*. Por último, conviene, en sentir de otros varios escritores, que el orador sagrado se ocupe de la composición de un *Curso de sermones y de instrucciones familiares, de conferencias y exhortaciones*, que le coloquen en disposición de hallarse prevenido para ejercer con fruto y al cabo de cierto tiempo sin gran trabajo el ministerio de la predicación (1).

3. *Ensayos de composición*. Este es otro de los medios más eficaces, más seguros de prepararse para ejercer el ministerio del púlpito: las lecturas, los apuntes enriquecen el entendimiento, predisponen la inteligencia, pero los ensayos de composición enseñan á hacer uso de esas riquezas. Cicerón dice á este propósito que el mejor de todos los maestros para escribir bien, es escribir mucho (2).

Los autores proponen diferentes métodos para estos ejercicios previos y que en realidad corresponden á la *preparación remota*, puesto que no se trata de composiciones acabadas y perfectas, sino de sencillos ensayos hechos bajo la

(1) Nosotros recomendamos la lectura de la enciclopedia ó *Manual eclesiástico* del A. Migne como modelo de estos apuntes.

(2) *Caput est... quam plurimum scribere. Stylus optimus et præsantissimus dicendi effector ac magister. De Orat*, lib. I, cap. XXXIII, núm. 150.

direccion del catedrático y destinados á ser leídos y analizados en el aula.

He aqui los medios que hallamos en diversos pasajes de las obras de Hamon, Limoges y otros escritores didácticos:

1.º Despues de haber procurado descomponer por medio del análisis y estudiado á fondo un discurso, será utilísimo intentar volverlo á componer sin tener á la vista el original y solo los apuntes que se han formado.

La comparacion del nuevo trabajo con el primitivo puede ser de provechosa enseñanza y gran medida para sondear nuestras propias fuerzas.

Nada más oportuno que este ejercicio para despejar el entendimiento, perfeccionar el gusto, hacer comprender la aplicacion de las reglas y grabarlas en la memoria con indelebles caracteres.

2.º Otro ensayo de composicion no ménos útil, aunque más sencillo, es leer con atencion una ó dos páginas perfectamente escritas, ya en castellano, ya en cualquier otra lengua viva ó muerta, de modo que se retengan todos sus principales pensamientos; y cerrando despues el libro, expresar estos pensamientos por escrito lo mejor que se pueda, empenándose en reproducir las figuras, los impulsos y los giros del autor, imitar sus formas y su carácter, su gracia, su exactitud y su energia. Vuélvase en seguida á coger el libro y compárese la copia con el modelo. Por medio de esta comparacion se notan sin dificultad los defectos de la composicion y los giros que se deberian haber tomado, comprendiendo en general cuál es la mejor entre las muchas maneras que pueden adoptarse para expresar un pensamiento.

5.º Los maestros del arte recomiendan como ejercicio importantísimo para aprender á predicar el traducir y hacer pasar al idioma patrio las bellezas, ora de los principales libros de la Sagrada Escritura, como Job, Isaías, los Salmos; ora de los Santos Padres, como San Juan Crisóstomo y San Basilio entre los griegos, San Agustin y San Gregorio el Grande entre los latinos. Los esfuerzos que es preciso hacer para verter exactamente el original y conservar su gracia, su entonacion y su colorido, obligan al entendimiento á penetrarse de sus bellezas, á pensar y á hablar como el modelo, á apropiarse su estilo y sus giros, á luchar, en fin, y en esta lucha á tener que recurrir á todos los recursos de la lengua, de lo cual nace una maravillosa fecundidad de ideas, de giros y de expresiones.

Ciceron dice (1), que el método que halló preferible para prepararse á ser elocuente, fué traducir á su idioma los más excelentes trozos de los grandes oradores de Grecia. Fenelon se dispuso para la composicion del Telémaco por la traduccion de la Odisea, de la que tomó el espíritu, las gracias y la abundancia; y nuestros místicos y grandes hablistas adquirieron por la traduccion de los clásicos antiguos ese vigor y esa energia de estilo que constituye el carácter propio de sus obras. Este es, pues, un excelente método; pero es menester elegir bien el autor ó el trozo del autor que se quiere traducir, porque de otro modo es fácil pervertir el gusto.

4.º Otro de los métodos para aprender á escribir bien es la imitacion, la cual consiste en trasladar á sus propios

(1) *De Orat.*, lib. 1, 155.

escritos las imágenes, los sentimientos y las ideas de otro autor disfrazándolas con ingenio ó embelleciéndolas. Una buena parte del arte, dice Quintiliano (1), consiste en imitar lo que en otros hallamos perfecto, la abundancia y riqueza de sus términos, la variedad de las figuras y el modo de componer. Virgilio se formó imitando á Homero; Ciceron se inspiró leyendo á Demóstenes; Píndaro fué imitado por Horacio, el cual á su vez lo fué por otros escritores así nacionales como extranjeros.

A fin de progresar en la imitacion, conviene: 1.º (2) Elegir los modelos más perfectos y más puros, aspirar á llegar á ellos y aun á disputarles la victoria, sin nunca desesperar de igualarlos; porque, dice Quintiliano, *altius ibunt qui ad summa nitentur, quam qui desperatione quo velint evadendi, protinus circa ima substiterint* (3). 2.º Llenarse perfectamente de sus sentimientos é ideas, de sus expresiones y giros, en términos de poder disponer de ellos como de una cosa que sale de nosotros mismos con soltura y libertad, sin ser esclavos del modelo, sin arastrarse servilmente sobre sus huellas; de modo que se pueda decir que es de uno lo que se reproduce, porque nos lo hemos apropiado por la manera de expresarlo. 3.º Conservar cada cual su genio y su carácter particular, no tomando sino lo que acomoda al género propio, transformándolo y asimilándolo en términos de poder expresar mejor una buena idea mal presentada, rejuvenecer una

(1) *Neque enim dubitari potest quin artis pars magna contineatur imitatione*, lib. X, c. II.

(2) *De Orat.*, 156.

(3) Lib. I, in *Præmio*, II.

forma antigua, ó aplicar á otra materia una forma enérgica. 4.º Evitar siempre el copiar, pues esto es caer en plagio, y en todo escritor es censurable.

Observemos para concluir que, aun cuando la imitacion tiene sus ventajas, es preciso no obstante saberse pasar sin ellas. El genio se debilita y se apaga cuando nos obstinamos en sustituirle un genio extraño; porque entonces se acostumbra á no producir nada de su propio fondo, pierde su giro original, no puede ya marchar sin guia, y cuando los modelos le faltan se encuentra detenido en medio de su camino, acaso para no volver á poder marchar.

Punto segundo.

Preparacion próxima.

Sin entrar en ciertos detalles relativos al discurso, de que debemos ocuparnos más adelante, examinaremos en este momento la necesidad y la obligacion de preparar las instrucciones y los diversos medios de cumplirlas, recursos de carácter perentorio, pero que algunos autores colocan entre las reglas de los sermones, produciendo la natural confusion entre lo que podemos llamar la parte filosófica en la enseñanza práctica, y la material ó relativa á la construccion artística de los trabajos oratorios en particular.

Por otra parte, la obligacion de preparar las instrucciones es inexcusable, y no todos siguen en este punto las prescripciones de la experiencia y los preceptos de los maestros.

Consignar bajo un método sencillo y lógico lo que facilita de un modo más ó ménos directo la composicion, no

de un discurso determinado, sino de los discursos en general, preceder estas consideraciones á los preceptos más concretos del discurso en particular, nos ha parecido excelente medio ir abriendo claros horizontes ante la vista ofuscada por lo comun del seminarista y el escolar.

Poseer la convicción, la seguridad del alto ministerio de la enseñanza católica; haber hecho los estudios previos para acudir con fruto á las cátedras de oratoria; conocer las materias, los puntos que son objeto de los discursos sagrados y las cualidades generales de la predicación, es hallarse dominado quizá bajo la presión de una idea capaz de hacer abandonar la resolución más firme y la vocación más perfecta.

Tratemos de aplanar la senda que conduce al púlpito, y ya que hemos dicho cuál método es mejor para enriquecer el entendimiento y facilitar la posibilidad de componer, entremos en la necesidad de preparar las instrucciones y en los medios más útiles en tésis general para conseguirlo, reservando para el capítulo inmediato las reglas de *componer* y de *aprender*, no sin repetir que si hay algo que merezca modificarse lo dejamos á la elevada inteligencia de los RR. Prelados y los profesores, á quienes principalmente sometemos la crítica y apreciación de nuestro trabajo.

1. *No es solo necesario, sino obligatorio, preparar los sermones.* Hablar sin preparación, es materia imposible dentro de las condiciones naturales del orador sagrado; y no solo es esto cierto, tratándose de la preparación *remota* de la ciencia, de las lecturas, del estudio y de las reglas, sino de la preparación *inmediata*.

Para subir á la cátedra del Espíritu Santo, el sacerdote no debe estar jamás desprevenido procurando atraer sobre sí las gracias del Altísimo por medio de la aplicación al estudio y la práctica de la virtud. A más de esto, la predicación requiere, cada vez que ha de ejercitarse, una preparación próxima más ó menos extensa, según la capacidad y los conocimientos del orador.

No es bastante, pues, y he aquí una regla de conducta digna de no echarse en olvido, estar preparado en general, sino prepararse en particular para pronunciar un discurso sagrado.

Cuando el orador no se prepara especialmente, por lo comun habla sin orden y sin solidez; repite, se extravía, se confunde, y extravía, confunde y cansa á su auditorio por regla general. No hay improvisador, por elocuente que sea, que no corra el riesgo de hablar mal y de perderse de un modo ostensible á los que le escuchan. Conviene advertir que hay instantes de esterilidad en que el talento más fecundo no halla recurso alguno: para esto basta por lo comun una variación en la temperatura, en la salud ó en el humor; y aun fuera de estos accidentes desgraciados, mil causas pueden turbar y hacer perder el hilo de las ideas; un oyente desatento ó una circunstancia imprevista, una imagen poco clara, un pensamiento oscuro ó inoportuno, un suceso cualquiera turba al más sereno; y aunque por otra parte se pudiera siempre desempeñar el cargo, no sería, al menos habitualmente, sino dando vueltas en el mismo círculo de ideas y repitiéndose á sí mismo, cuando ese círculo se concluye.

Establecido este axioma, fácil es deducir de él la obli-

gacion de prepararse; porque si el orador no se prepara, se expone á desacreditarse, y lo que es más grave aun, á comprometer su ministerio. El pueblo sabe discernir en general lo que es bueno y lo que es malo; y aun cuando se le pudiera fascinar, casi siempre se encuentra en todas partes alguno que critique. Sus censuras se transmiten á los demás y se llevan tras sí la voluntad de los que han escuchado.

El orador sagrado que no se prepara se hace culpable de irreverencia para con la palabra de Dios, porque esta divina palabra, digna, segun San Agustin, de iguales respetos que el cuerpo mismo de Jesucristo, no debe ser presentada á los pueblos sino bajo formas propias para atraer su veneracion, y conviene no echar en olvido que un buen sermón es una obra difícil que requiere mucho tiempo y cuidado, reflexiones y paciencia. Aun los que cuidadosamente preparan lo que deben decir, no logran siempre hablar tan dignamente como seria menester; ¿cómo, pues, desempeñará este cargo el que lo hace sin ninguna preparacion?

La negligencia en este punto es una falta para con Dios. En efecto, un embajador que no representa dignamente á su príncipe ni pone todo su empeño en el éxito de la negociacion que le está confiada, será mirado justamente por su señor como un mal mandatario. El predicador es en el púlpito el representante de la Majestad divina, encargado de tratar los grandes intereses de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas, y por lo tanto, no solamente deshonra con su negligencia su embajada sublime, trata á la ligera y se expone á hacer fracasar los inte-

reses eternos y divinos de que está encargado, sino tambien tiente á Dios, contando con un milagro para suplir su pereza, esto es, para instruir y mover los pueblos con un discurso que nada tiene de instructivo ni de patético, que carece á la vez de claridad y de orden, de solidez y de uncion propias para producir esos efectos de santidad y de gracia; tentacion que Navarro no teme en calificar de pecado mortal, al ménos cuando es habitual.

Verdad es que el éxito de la predicacion viene de Dios y no del discurso; mas no es ménos cierto que en el curso ordinario de la Providencia, Dios, á fin de producir aquellos frutos, se vale, como de causas secundarias, de discursos sólidos, claros y patéticos, propios para causar saludables sensaciones en los oyentes.

La negligencia en la preparacion que nos ocupa, es una falta de miramiento para con el auditorio; pues este, lo mismo en la más humilde y reducida aldea que en la más populosa capital, tiene derecho á ser respetado. Los que escuchan son todas almas inmortales, rescatadas con el precio de la sangre de Jesucristo y destinadas para reinar en los cielos: por consecuencia, es menester hablarles siempre de un modo conveniente. San Juan Crisóstomo explica esta verdad por medio de una hermosa comparacion: «Si en la casa del rico, dice, magnificas antorchas alumbran todos los salones y en la habitacion del pobre no hay más que una miserable lamparilla para alumbrar todos los aposentos; si en las grandes ciudades hermosas fuentes adornan todas las calles, miéntras que en los pueblos no hay sino una fuente para todos los habitantes, es gloria de la Iglesia que la casa de Dios, la ciudad santa, esté

alumbrada aun en sus más reducidos lugares por una predicacion que brille como una magnífica antorcha, y que esté regada en todas direcciones por fuentes ricas y puras de ese agua que brotará siempre hasta la consumacion de los siglos. Los hijos de Dios deben ser tratados con honor en todas partes.»

Descuidar la preparacion próxima, es incurrir en una responsabilidad terrible; porque es atraer sobre su cabeza este anatema formidable: *Maledictus qui facit opus Dei negligenter* (1); porque nada se asemeja más á las obras de Dios que la predicacion. Es cargar su conciencia con la condenacion de las almas, á quienes habria salvado un discurso mejor preparado; y si Quintiliano apellida pérfido y traidor al abogado que no prepara su defensa todo cuanto puede, porque su descuido compromete los intereses de sus clientes: *In suspecta causa perfidi ad proditoris est pejus agere quam possit* (2), ¡cómo no deberá ser calificado el predicador que, por no preparar su instruccion todo lo posible, compromete, no la fortuna, el honor y la vida de los particulares, sino los intereses infinitamente superiores de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas! Cada cual, dice el Apóstol, recibirá segun su trabajo: *Unusquisque propriam mercedem accipiet secundum suum laborem*; y á la manera que el buen sacerdote que se haya preparado mejor recibirá la más hermosa corona, aun cuando no hubiese tenido ningun éxito, el que no se haya preparado será castigado en proporcion de su negligencia.

(1) Jer., XLVIII, 10.

(2) Lib. XII, IX.

Y no se diga que los que no se preparan predicán apostólicamente; pues esto es profanar una expresion tan santa, es afirmar lo que se ignora; porque si bien ciertos varones apostólicos recogen fruto con discursos sencillos y poco esmerados, consiste en que poseen virtudes que hacen disculpable esta falta; consiste en que Dios, viendo que carecen de tiempo ó de medios para prepararse mejor, bendice su buena voluntad.

Los mismos santos se han preparado siempre. San Agustin, este maestro habilísimo en el arte de hablar, preparaba con grandísimo esmero sus instrucciones, aun despues de haber predicado todos los domingos durante treinta años, segun nos lo dice al final de su cuarto discurso sobre el salmo 103 (1).

San Juan Crisóstomo no convidaba á nadie á comer en su mesa, á fin de tener más tiempo para preparar sus instrucciones, aplicándose estas palabras de los Apóstoles: *Non est equum nos derelinquere verbum Dei et ministrare mensis* (2). En tiempos más recientes, San Carlos Borromeo, no obstante la facilidad adquirida con largos estudios y frecuentes ejercicios, no creyó nunca poder descuidar semejante preparacion (3); y Fenelon tampoco juzgó poder dispensarse de ella, á pesar del prodigioso y fecundo talento con que se hallaba dotado. En fin, San Ligorio, no obstante la sencillez de sus preceptos,

(1) *Magno labore quæsitæ et inventæ sunt, dice, magno labore multiplicatæ et disputatæ sunt: sit labor noster fructuosus vobis et benedicet anima nostro Domini.* Act. VI, 2.

(2) Act. VI, 2.

(3) Pref. in Hom. VII.

no consentía que sus sacerdotes subieran al púlpito sin haber escrito ántes todo lo que debían decir, á no ser que su talento fuese bastante experimentado para no necesitar escribir, y aun entónces exigía que hubiesen meditado profundamente el asunto y se hubiesen formado de él un bosquejo completo.

Si despues de semejantes ejemplos fuera útil añadir otros, podríamos citar á los paganos mismos. Pericles no hablaba al pueblo sin estar sumamente preparado y sin haber pedido á los dioses, ántes de salir de su casa, que no consintieran se le escapase una palabra indigna de su auditorio. Ciceron, á pesar de su habilidad, no arengaba nunca al pueblo sin ir dispuesto con grandísimo esmero: *Ad illam causarum operam, nunquam nisi paratus et meditatus accedo* (1). Luego si el interés de la reputacion, si el deseo de un éxito efímero pudo hacer tan laboriosos á los paganos, ¡qué celo para prepararse no debe inspirar al predicador el considerar que de su palabra pende en cierto modo la salvacion eterna de las almas, que debe ser, como ya hemos dicho, el objeto de todos sus discursos!

De estas consideraciones se deducen las reglas siguientes:

REGLA 1.^a Que el sacerdote encargado de instruir debe tomarse tiempo para preparar sus instrucciones, porque si aguarda á la vispera ó á la antevispera, tendrá poquísimo espacio para pensar bastante la materia, para encontrar las reflexiones más oportunas y el mejor modo de exponerlas; y aun con frecuencia este corto tiempo le

(1) Lib. I *De Leg.*, XII.

será arrebatado por trabajos inesperados y por funciones imprevistas de su ministerio. El único medio de evitar todos estos inconvenientes es comenzar al punto á preparar la instruccion siguiente concluida que sea la anterior.

2.^o Que el sacerdote encargado de anunciar al pueblo la palabra de Dios, debe abstenerse de todo pasatiempo, de toda visita, y aun de todo estudio y de toda lectura de periódicos ó libros curiosos que no estuviesen en armonia con la esmerada preparacion de sus pláticas ó instrucciones; y si á pesar de esto no se preparase bastante por falta de tiempo, debe subsanar esto con la frecuente oracion y la constante meditacion en las cosas de Dios.

2. *Diversas maneras de preparar los sermones.* Hemos dicho que por regla general no siempre se acierta á cumplir con el precepto impuesto á todo predicador, de preparar próximamente sus instrucciones: para conseguirlo se emplean por lo comun diferentes medios, que los autores reasumen en seis: el 1.^o consiste en escribir por completo el discurso, recitándolo palabra por palabra; el 2.^o en escribirlo sin sujetarse despues al texto literal del mismo; el 3.^o en escribir todo el fondo del discurso sumariamente, anotando las ideas que deben entrar en él, el orden de su exposicion, las transiciones de una á otra, los movimientos ó afectos propios para cada sitio del discurso, las principales expresiones y las más notables figuras, pero sin fijarse en las palabras que deben expresar cada idea; el 4.^o consiste en limitarse á formar un bosquejo del sermón, sus divisiones, subdivisiones y principales pruebas; el 5.^o en no escribir nada y reflexionar solo algunos ins-

tantes antes de hablar; el 6.º, en fin, en aprender y recitar sermones ajenos.

¿Qué debe pensarse acerca de estos seis modos de preparacion? expondremos sencillamente nuestras opiniones conformándonos en su mayor parte, con los preceptos que traen San Francisco de Borja, Granada, Limoges, La Motte, Dinouart, Collet, Fenelon, Hamon, Lopez, Capmani, Maury y otros escritores ilustres que nos han servido para la redaccion de este libro, y que por no hacernos cansados no repetimos á cada momento.

1.ª *Proposicion.* ¿*Conviene escribir integros los sermones?* Importa mucho comenzar siempre por escribir integras las instrucciones que se han de predicar, hasta tanto que se hayan tratado la gran mayoría de las verdades de la religion, y el entendimiento, lleno de ideas y de sólida doctrina, haya adquirido la robustez necesaria para adoptar otro método sin gran dificultad.

La costumbre de escribir integros los discursos sagrados tiene sus inconvenientes; estos no se nos han ocultado al consignar esta primera proposicion, que por otra parte, como medio de comenzar á componer y aun á predicar, es la más segura y más en armonía con las prescripciones de los maestros.

Procediendo de lo más fácil á lo más difícil en el ejercicio de la predicacion, el método que aconsejamos es el más útil y racional, ofreciendo ventajas positivas, toda vez que por su medio el orador adquiere en primer término materiales preciosos para el resto de su vida, y en segundo perfeccionando su talento, logra para lo sucesivo hablar con método, conexión y naturalidad.

El que no escribe sus primeros trabajos oratorios, pierde para más adelante todas sus vigiliass y sus estudios, y á cada sermón se ve precisado á emplear el mismo tiempo y acaso más. Sujetándose á escribir las ideas, se reflexiona, se puntualiza, se coordina y se consigue mayor posibilidad de agradar por la pureza del estilo, el buen método y la claridad en la elocucion.

El método opuesto cuando se principia tiene graves inconvenientes que nos deciden á declarar como proposicion ó regla invariable que no se adopte por la juventud, hallándolo ménos al alcance de la generalidad: por lo comun son contadas las personas que tienen un talento bastante superior para tratar dignamente en un principio sin escribir los sermones, la palabra de Dios. Los que de un modo prematuro se lanzan al púlpito sin saber ántes palabra por palabra lo que van á decir, hablan sin precision, sin orden ni exactitud, frecuentemente sin plan, ó si tienen alguno se separan de él muchas veces sin poderlo evitar. Las más se hacen prolijos hasta fatigar al auditorio; otras, á fin de hallar los pensamientos ó las expresiones, muestran un embarazo que quita á la pronunciaciön el tono conveniente, convirtiendo el discurso en un ensayo, tanto más estéril en el fondo y en la forma, cuanto es ménos provechoso á los oyentes é indigno de la palabra de Dios.

Por otra parte, aunque se tenga bastante talento para hablar bien, se hablará siempre ménos bien que si se hubiese escrito y preparado cuidadosamente la materia. El entendimiento no puede hallar en la improvisacion tantas ideas y razones, ó al ménos tan buenas como las hu-

biese encontrado reflexionando maduramente y fijando las ideas sobre el papel.

Y por cierto, si alguno fuera capaz de hablar bien despues de una preparacion no escrita, seria sin duda Fenelon; pero se observaba que á veces improvisando era inferior en el púlpito á lo que habia derecho para exigir, tanto de su reputacion como de su dignidad. Se necesita, por consiguiente, escribir todo lo posible.

Si se alega que no hay tiempo para ello, contestaremos: 1.º que tal pretexto no puede justificar la conducta de los que le tienen para hacer visitas y conversar con otros inútilmente, para la detenida lectura de periódicos, de folletos políticos ó literarios, ú otros libros profanos, ni para los que no tengan orden en la distribucion de sus dias, y olviden que la falta de orden consume el tiempo y el orden lo multiplica; 2.º que cuando se impone el predicador la ley de escribir, no se le exige por los maestros que dedique largas horas para repasar y pulir sus composiciones, segun lo haria un académico, que no tiene, por lo comun, mas que un discurso que hacer; y 3.º que si verdaderamente no hay tiempo para escribir una plática para todos los domingos, bastará escribir una para cada quince dias ó para cada mes: el interés que excitarán al ménos estas instrucciones esmeradas, cubrirá y hará perdonar las faltas de las instrucciones improvisadas; además se ejercitará la memoria aprendiéndolas, y se creará para el porvenir un caudal de conocimientos que irá siempre creciendo; al paso que si no escribe nunca, es fácil habituarse á hablar mal y á perder la memoria.

2.ª Proposicion. *Al recitar el discurso ¿ conviene su-*

jetarse á la composicion escrita de un modo literal ó como suele decirse palabra por palabra (1)? Los principiantes, á quienes la timidez no deja suficiente tranquilidad de espíritu y presencia de ánimo bastante para decir una frase no escrita, ó que todavía no saben manejar convenientemente su idioma, deben, en nuestra opinion, sujetarse á lo que han escrito; pero conviene procurar ir librándose poco á poco de semejante esclavitud, suplir las palabras que faltan y aun dejarse llevar de los impulsos del momento y arrebatarse de vez en cuando por los sentimientos que las circunstancias inspiran.

El método de recitar un discurso palabra por palabra tiene grandes inconvenientes: el primero es que exige mucho tiempo, mucha fatiga y gran valor para sobrellevar el aburrimiento y el hastio inseparables de sujetarse á aprender todo un discurso de memoria. El predicador que no sepa predicar sino palabra por palabra, carecerá muchas veces del tiempo, de paciencia y del valor necesario para tomarse un trabajo tan penoso, y fácilmente llegará á descuidar el deber de la predicacion. El segundo inconveniente es la gran exposicion á perderse y afectarse en el púlpito, porque aun cuando se haya aprendido con seguridad, bastará una distraccion ó el olvido de una frase para hacer perder el hilo del discurso y reducir al orador á no saber qué decir. En tercer lugar, semejante sujecion á las palabras disminuye necesariamente la naturalidad, el fuego y la vehemencia de la recitacion; es

(1) Véase al P. Larue, prefacio de sus *Sermones*.—A Fenelon, *Diálogo sobre la elocuencia*.—Y á Duguet, en una de sus *Cartas*.

un orador que declama, un estudiante que recita, más bien que un hombre que habla y á quien inspira la convicción; la acción es en tales casos violenta y hasta la vista revela que la memoria trabaja, lo cual perjudica el éxito de la predicación; pues no es así como se arrebatá y se persuade, se llama la atención y se enternece. Por último, cuando no se sabe decir sino lo que se ha escrito, no se pueden seguir los impulsos que el espíritu de Dios inspira durante el sermón, ni modificar este según las circunstancias, mezclando oportunos pensamientos, ni acomodar su lenguaje al alcance de los oyentes. «Los predicadores de esta clase, dice San Ligorio, llevan sus discursos en la memoria, y hablen á ignorantes ó á personas instruidas, jamás cambian una palabra; si advierten que el auditorio no los comprende, no aclaran un pasaje, ni dan la más pequeña explicación, porque no está así escrito en la lección que llevan prendida con alfileres.»

Hemos indicado, pues, los inconvenientes de predicar palabra por palabra. Pero aun hay más: las personas más hábiles y más experimentadas en esta materia, se oponen todas al método de recitar palabra por palabra. Quintiliano declara que aborrece la esclavitud de las palabras, que es un tormento que apaga el fuego de la imaginación, que perjudica la naturalidad y la rapidez de la acción (1). Cicerón exige que el orador tenga gran presencia de ánimo para enriquecer su discurso según la inspiración del momento ó según lo que requieran las circunstancias; y

(1) «*Abominanda hæc infelicitas, quæ et cursum dicendi refrænât et calorem cogitationes extinguit: miser enim et pauper orator est, qui nullum verbum æquo animo perdere potest.*» Lib. VIII, in præcæmio.

este gran maestro consignó últimamente en sus arengas muchas cosas improvisadas en el fuego de la improvisación. Igualmente obraban los Santos Padres, quienes con frecuencia modificaban la primera composición por todo lo que les era inspirado en el instante de recitarla; y San Agustín desea, que cuando se habla en público se discierna por los movimientos del cuerpo y por el aire del semblante, si el orador hace comprender y si se conmueve, presentando el asunto de diferentes maneras hasta que se haya conseguido fijar el interés, lo cual no pueden hacer, añade el santo Doctor, aquellos que no saben sino decir palabra por palabra lo que tienen preparado (1).

Por las anteriores reflexiones hemos procurado demostrar hasta qué punto es peligroso predicar palabra por palabra el sermón escrito; pero no por eso dejaremos de aconsejar á los jóvenes que se ejerciten en estos trabajos aun después de salir del aula, á no ser que en la misma, lo cual es difícil, hayan adquirido la necesaria facilidad para emplear otro método de los que hemos indicado y se consideran útiles en todas partes y en todos los países, no solo para predicar, sino para hablar en público.

Debemos insistir, no obstante, en la necesidad de que se vaya procurando destruir la timidez, la inseguridad, para poder abandonar cuanto antes el método de recitar palabra por palabra los sermones, que es el que ofrece más inconvenientes para asegurar el éxito de la predicación.

Para conseguirlo, los autores proponen los medios siguientes: 1.º Proceder por grados en las manifestaciones

(1) *De Doct. christ.*, lib. IV, XXX.

espontáneas del sentimiento y en los impulsos del momento ó la inspiracion. Para esto es preciso saber á fondo la religion, ser dueño de sí mismo, conocer el auditorio, haberse ejercitado en hablar de un modo correcto y natural y tener el hábito de reflexionar y razonar con oportunidad. 2.º Escribir el discurso en estilo sencillo y propio; porque si se emplea un estilo extremadamente limado y culto, elegante y acompasado ó servilmente copiado de otro, lo que se improvisa formará un raro contraste. Y 5.º aprender primero el manuscrito con juicio y reflexion sin fijarse en las palabras, dándose cuenta de todas sus partes y del orden de las ideas, y ejercitándose muchas veces en el cuarto de estudio en recitarlo con expresiones, gestos y pronunciacion convenientes. Despues de esto se aprenderá, en cuanto sea posible, como si se tuviere ánimo de decirlo palabra por palabra, sobre todo el principio, y las divisiones y trozos más culminantes.

3.ª *Proposicion.* ¿Conviene escribir sumarios? Cuando se han escrito durante cierto tiempo los sermones y adquirido la facultad de recitarlos con soltura; cuando se tiene un conocimiento profundo de la religion y se ha adquirido un caudal bastante de doctrina, entónces es preferible escribir sumarios (1).

Paso á paso es como se llega al término, como de la predicacion de *memoria* se pasa á la predicacion de *concepto*, la más útil, la más conveniente y que produce mejores resultados.

Este método sigue inmediatamente al que ántes he-

(1) *Guía de los que anuncian la palabra de Dios*, págs. 194 y 268.

mos explicado, y cuando es posible ponerlo en práctica, comunica por sí solo al discurso nueva vida, nuevo calor, nuevos encantos y animacion.

El estilo y la pronunciacion tienen, con solo la libertad que el predicador adquiere, una espontaneidad que granjea y atrae las voluntades: el auditorio se fija ménos en la forma que en el fondo de la instruccion; y las figuras, los símiles, las comparaciones nacidas en el momento son siempre oportunas y de más seguro resultado: el discurso se acomoda al efecto que se conceptúa más enérgico y vehemente, y se repite y aclara lo que se comprende que no ha sido bien entendido por los oyentes.

La dicción podrá perder en un principio algo de su conexión, algo de la claridad que tendría, habiéndose redactado íntegro el discurso; pero estos inconvenientes proporcionarán otras ventajas que compensarán con usura el nuevo adelanto del orador, que podrá olvidarse más de sí mismo para pensar en la salvacion y en el bien de los que le escuchan.

Este método tiene también otra ventaja, y es que requiere ménos tiempo y trabajo por parte del predicador. Cuando este se ha habituado á no decir nada que no ha escrito de antemano, suele abandonar todas las demás obligaciones del ministerio, y más aun, si despues de haber escrito no tiene tiempo para aprender de memoria su trabajo y se ve precisado á no poder decir nada. ¿Hay cosa más triste que ver á un Pastor que no sabe ó no puede hablar de Dios á su pueblo, si con anterioridad no ha colocado todas sus palabras y aprendido de memoria su leccion como un estudiante? No acontece de este modo

al que sigue el método de que hablamos, porque necesita mucho menos tiempo para prepararse y para aprender, y de esta manera puede dedicarse al cumplimiento de todas sus obligaciones sin descuidar ninguna. Este método es también el que aconseja Fenelon, y el que siguieron la mayoría de los varones apostólicos y [más célebres predicadores así nacionales como extranjeros.

Observaremos, sin embargo: 1.º Que por mucha costumbre que se tenga de hablar en público, hay ciertos asuntos importantes, ciertas predicaciones solemnes que deben escribirse por entero. Fenelon mismo escribió los discursos para la consagración del elector de Colonia y para la festividad de la Epifanía. 2.º Que aun en los discursos menos importantes hay ciertos puntos más delicados ó más difíciles, que deben escribirse tales como se han de pronunciar, no dejando á la improvisación sino las explicaciones fáciles y que seguramente pueden ocurrirse en el calor de la predicación.

4.ª *Proposición.* *¿Deben escribirse bosquejos?* Es poco común que sea bastante en un principio escribir un simple bosquejo ó borrador con la indicación de las divisiones, subdivisiones y principales pruebas de un sermón.

En efecto, el sacerdote no debe, pudiendo, dejar de conducirse con mayor detención, evitando el tratar la divina palabra de una manera poco digna y poco útil para la salvación de las almas; á lo cual se expone el que se contenta en un principio con el sencillo bosquejo de que acabamos de hablar.

Poquísimos predicadores hay que puedan asegurar que con una preparación tan corta podrán hablar sólida y cla-

ramente y dar á sus discursos el orden, el interés y la fuerza que requieren la dignidad de la palabra de Dios y el interés de los oyentes.

No vacilamos en afirmar con Hamon, que los que así se conducen se exponen á experimentar una esterilidad de ideas, una sequedad de sentimientos, una ausencia de impulsos que perjudicará todo el efecto de sus discursos; de donde se deduce que no debe permitirse semejante modo de preparación, sino cuando es absolutamente imposible obrar de otra suerte, ó se ha adquirido una gran superioridad.

5.ª *Proposición.* *¿Basta para predicar un momento de reflexión?* Cuando ha llegado el caso de poder predicar sin escribir la instrucción, no basta reflexionar algunos momentos antes de subir al púlpito, sino que es necesario determinar clara y precisamente la materia, el plan y la marcha de todo el discurso.

Aquí podemos aducir los mismos razonamientos que en la proposición anterior. Desviarse del principio enunciado, es exponerse evidentemente á carecer de materias y de ideas, de orden y de exactitud; es tratar sin respeto la palabra de Dios y comprometer la salvación de las almas.

Lo ménos que debe hacerse cuando no se puede escribir nada, es prepararse lo bastante para hallarse en estado de exponer con orden el discurso, de decir cosas sólidas y patéticas, de apoyarlas con trozos de la Sagrada Escritura y de no excederse de los límites más allá de los cuales el auditorio forzosamente ha de fatigarse.

Por esto, cuando Fenelon, en sus *Diálogos* sobre la elocuencia del púlpito, se muestra partidario del predicador

que habla sin haber escrito, no solamente supone un hombre instruido y que tiene facilidad para expresarse, sino tambien que ha meditado en gran manera todos los principios del asunto que debe tratar y en toda su extension, que se ha formado un orden en su mente, que ha dispuesto todas las pruebas y preparado cierto número de figuras patéticas y las más fuertes expresiones, por las cuales quiere hacer sencillo el asunto, que sabe todo lo que debe decir y el sitio donde debe poner cada cosa, de suerte que no le quede en la ejecucion otra cosa que hallar las expresiones adecuadas que deben formar, no el cuerpo sino el traje exterior del discurso. Esta es á la verdad una grande y excelente predicacion que puede suplir al sermón escrito, y casi equivale al modo de escribir sumariamente un discurso, de lo cual hemos hablado en la segunda proposicion.

Es muy cierto que varios santos no llevaban al púlpito una preparacion tan esmerada, porque se limitaban á meditar algunos instantes su asunto y se entregaban en seguida al espíritu de Dios: mas estos ejemplos no destruyen la regla general, y hasta sería ofender á Dios querer obrar en esto como los santos, sin tener su larga práctica del ministerio de la palabra, su union con Dios, su oracion habitual y las extraordinarias gracias con que estaban enriquecidos por su virtud.

6.^a *Proposicion.* *¿Conviene predicar sermones ajenos?* Hay casos en que no es lícito al sacerdote, y otros en que puede tolerarse el que se prediquen sermones ajenos.

Este punto se desarrollará de un modo más completo y extenso en el capítulo inmediato cuando tratemos del

uso de los sermonarios, limitándonos en este momento á recomendar: 1.^o Que no deben predicarse sermones ajenos, aunque se posean con título legitimo, habiendo tiempo y facilidad para componerlos propios. 2.^o Que valerse de este medio para predicar, hace casi imposible el buen uso de las reglas establecidas. 3.^o Que los sermones ajenos rara vez responden á la capacidad y circunstancias del auditorio; y 4.^o Que descubierto este medio de predicar, el orador sagrado perderá gran parte de su prestigio y reputacion.

Será lícito en casos dados valerse de discursos ajenos, pues es evidente que vale más que los fieles sean instruidos por este medio, que permanezcan en la ignorancia por falta de predicacion ó reciban una poco oportuna ó descuidada. Así lo aconseja San Agustin (1).

De este mismo dictámen son muchos Prelados de los primeros siglos, quienes hacian leer y aun pronunciar en las parroquias los sermones que habian compuesto, á fin de instruir á los fieles dada la falta de sacerdotes, ó de muchos cuya ciencia no les ofrecia la suficiente seguridad. La plática del RITUAL y las instrucciones sobre las principales fiestas que se consignan en el mismo son restos de esta antigua costumbre.

Hay ocasiones, pues, en que puede ser lícito y tolerarse la costumbre de predicar sermones ajenos guardando

(1) *Sunt quidam, dice S. Agustin, qui bene pronuntiare possunt, quid autem pronuntiant excogitare non possunt. Quod si ab aliis sumant eloquenter sapienterque conscriptum, memoriae que commendent atque ad populum proferant, non improbe faciunt.* Lib. IV De Doct. christ.

las precauciones siguientes: 1.º No deben escogerse discursos conocidos y sobre todo trozos notables que al punto descubrirían el plagio, ni formar una extraña mezcla de trozos discordantes cogidos de una y otra parte sin unidad ni gusto; es preciso elegir discursos adaptados al auditorio y separar los pormenores que no convengan; observacion tanto más esencial, cuanto que la mayor parte de los sermones que se publican están compuestos para las grandes poblaciones y más solemnes festividades, y están escritos en un lenguaje por lo regular elevado para el pueblo, censurándose en ellos vicios é ideas que probablemente no se conocen en los pueblos y aldeas. Al mismo tiempo que estos discursos han de convenir al auditorio, deben tambien hallarse en armonía con el carácter y la ilustracion del predicador; porque un discurso lleno de fuego sería una contradiccion para un temperamento frio; un discurso tranquilo, para una imaginacion ardiente; un discurso de estilo lleno y con largos períodos, para un pecho enfermo y una voz débil; en fin, un discurso pomposo y elevado, para un talento conocido por sencillo y de cortos alcances. 2.º Es necesario penetrarse bien de los sentimientos y afectos que el discurso expresa, á fin de apropiarse á ellos la entonacion y forma de pronunciarlo y hasta el modo de ver y sentir las cosas del orador, pues es difícil que una composicion extraña se acomode perfectamente al talento y al corazon del que se apodera de ella.

Se debe, pues, procurar vencer la dificultad y corregir por sí mismo, ya que otra cosa no se haga, el discurso ajeno, á fin de acomodarlo á las condiciones del orador y á las necesidades de los oyentes.

CAPITULO II.

MANERAS DE COMPONER Y DE APRENDER.—IMPROVISACION Y USO DE LOS SERMONARIOS.—PUNTO PRIMERO.—*Maneras de componer y de aprender.*—1.º Eleccion del asunto.—2.º Meditacion del asunto.—3.º Desenvolvimiento y explanacion del asunto.—4.º Redaccion del discurso.—5.º Revision y correccion del discurso.—6.º Necesidad y medios de aprender el discurso.—PUNTO SEGUNDO.—*Improvisacion y uso de los sermonarios.*—1.º Improvisacion.—2.º Uso de los sermonarios.

Las reglas, los preceptos que hemos consignado en el capítulo anterior tienen una íntima relacion con los que vamos á reasumir en el que en este momento comenzamos. Bien mirado, todo nuestro trabajo se dirige exclusivamente á facilitar el ejercicio de la predicacion; pero en la imposibilidad de presentar bajo un punto de vista cuanto conviene saber, al sacerdote corresponde la tarea de decidir el instante oportuno de hacer aplicacion de los medios que, siguiendo las huellas de los más hábiles y reputados escritores y bajo un plan más ó menos perfecto, vamos presentando.

Las lecturas, los apuntes, los ensayos de composicion son elementos poderosos de preparacion remota; la manera de componer con éxito, con seguridad, con aplomo, con libertad, es vária segun los temperamentos, las capacidades y la mayor ó menor instruccion del predicador.

El catedrático de oratoria va colocando en el camino

por donde guía al discípulo diversos pilares que marcan no solo el espacio recorrido, sino el que falta que andar; la dificultad está en no producir con esos pilares confusión y extravío; por lo demás, conviene tener en cuenta que no siempre es dable ser tan lógico, tan preciso, tan concreto, que se vaya de deducción en deducción al término deseado y apetecido.

Suponemos en este momento al lector perfectamente dispuesto para componer, poseído de los altos destinos de la elocuencia sagrada y adornado de las dotes que ha de reunir el predicador; y aun antes de entrar en las divisiones del discurso, y lo que en cada una de ellas debe proponerse, necesitamos prevenirlo contra ciertos escollos que la inexperiencia ocasiona, y que solo la educación oratoria suele salvar, ó al ménos evitando contrariedades de importancia y consideración.

Punto primero.

Maneras de componer y de aprender.

Hemos dicho antes de ahora de qué modo se ha de conducir el seminarista, y aun el predicador joven, para no fracasar de una manera sensible en los ensayos del aula, ó en los primeros trabajos á que una vez investido de la facultad de instruir al pueblo cristiano debe consagrarse.

Complemento de los consejos que hemos dado al lector, son los que en este momento vamos á recopilar sobre las diversas *maneras de componer y de aprender*.

Se ha escrito mucho sobre este punto, pero nosotros no hallamos nada superior á lo que en este particular dice nuestro V. Granada (1), por lo cual vamos á permitirnos hacer nuestra su doctrina, como en otros muchos pasajes de esta obra lo hemos verificado (2).

La composición puede dividirse en cinco partes; partes que nunca se presentan por su orden en la práctica, pero que el espíritu de observación de los maestros las ha sorprendido y clasificado con admirable exactitud.

El plan de un discurso, una vez decidida su composición y dadas las condiciones intelectuales, morales y físicas de actitud que hemos dicho necesita reunir el orador, se presenta á la mente tal y como lo sugiere el deseo y la voluntad, y una vez concebido, el meditarlo, explanarlo, redactarlo y revisarlo pueden ser actos consecutivos ó coetáneos; esto es, pueden realizarse por su orden, ó constituir una rápida y sola operación.

Cualquiera que sea el método que se adopte, la marcha que se debe seguir para componer un discurso sagrado consiste en elegir bien el asunto, en meditarlo, en explanarlo, en redactarlo, y por último, en revisar atentamente su redacción.

De tal manera reducida la composición á una operación artística y mecánica en lo que es posible, presenta

(1) Lib. VI, cap. XIII.

(2) La circunstancia de ser la *Retórica* del V. Granada el libro de texto de la asignatura en los seminarios, aparte de su reconocida y justa dombrada, nos ha decidido desde un principio á no omitir ninguno de los sábios y oportunos consejos que se hallan en ella, seguros de agradar con su recuerdo á los que puedan favorecernos leyendo nuestro trabajo.

ménos obstáculos, y penetrado el orador de su mecanismo, puede prometerse mejores resultados.

Nos ocuparemos, pues, de cada uno de estos medios desenvolviéndolos con la posible concision, cualidad necesaria en un libro que se destina principalmente á servir de auxiliar ó guia á la juventud.

1. *Eleccion del asunto.* Casi todo el éxito de la predicacion pende de la buena eleccion del asunto. La religion ofrece ancho campo al orador sagrado en este particular; todas las materias son igualmente grandiosas y sublimes, pero á pesar de esto debe aspirarse á tratarlas con oportunidad, lo cual por sí solo ya presenta alguna dificultad.

Antes de componer un sermon es preciso hacer indagaciones respecto de la localidad, del dia, y la ocasion en que se ha de pronunciar: esto importa tanto para la eleccion del asunto, que sin ello no se concibe que llegue á ser conveniente y acertada.

Para conseguir la realizacion de este medio de componer, convendrá tener muy presentes las reglas siguientes:

REGLA 1.ª Importa mucho no seguir en la eleccion del asunto los consejos del amor propio, por lo comun apegado á tratar siempre aquellos que más se prestan á conquistar los aplausos y los elogios del auditorio: esto es impropio del espíritu de abnegacion que debe distinguir al orador sagrado del abogado y el tribuno.

La eleccion del asunto se ha de hacer consultando la mayor utilidad de los oyentes, pues el medio de conseguir

más resultados de una instruccion evangélica, ya hemos dicho que consiste en acomodarla á las circunstancias del tiempo, del lugar, de la capacidad, las necesidades, disposiciones y el carácter del auditorio.

2.ª Entre los asuntos útiles deben elegirse aquellos que interesan al mayor número. De esta regla se deduce que un asunto que no interesa sino á una parte del auditorio, no puede constituir el fondo del discurso, sino únicamente entrar como parte accesoria y secundaria: el tema principal debe convenir á todos, ó al ménos á la gran mayoría de los oyentes.

Entre estos asuntos ocupan un preferente lugar las postrimerias, las virtudes teologales y cardinales, los sacramentos y los mandamientos de Dios y de la Iglesia; tambien deben tratarse las grandes verdades de la religion que interesan esencialmente á todos los hombres, como la desgracia de un alma sumida en el pecado y por ello expuesta á los más terribles castigos, la pertinacia de aquel á quien ni los juicios de Dios, ni una eternidad de padecimientos, ni la pérdida de una dicha infinita bastan á horrorizar; el olvido de los beneficios de la redencion; la dignidad del cristiano, la providencia, la obligacion de perdonar las injurias, de huir las ocasiones del pecado, la de orar y dar limosna; el respeto humano, el abuso de las gracias, la pérdida del tiempo, y otros de no menor interés, deben ocupar con preferencia al orador sagrado.

Y no se nos diga que estos asuntos se han tratado muchas veces, porque en primer lugar esto demuestra su utilidad; y en segundo, fácil es darlos una forma nueva: *Non debemus dicere nova, sed nove.*

3.° Entre los asuntos útiles para el mayor número pueden elegirse aquellos que más se acomoden al talento y al carácter del orador. Deben evitarse los asuntos que por su extensión pueden llegar á ser fatigosos y los que por su sencillez no se prestan á ser bastantes para servir de tema exclusivo de un sermón.

4.° Elegido el asunto, conviene fijar las relaciones ó puntos de vista bajo las cuales puede ser más útil el presentarle y el objeto práctico á que debe dirigirse, tal como la reforma de un vicio, ó la enseñanza de una virtud.

Hay ciertos modos de presentar la virtud que la hacen parecer erizada de dificultades, desagradable y repugnante, y hay otros que la muestran por el contrario sumamente razonable, hermosa, grande y noble; interesa mucho aceptar por lo común este último aspecto, examinando lo que convendrá mejor para las disposiciones de los oyentes, los lados de la cuestión que les agradarán con más seguridad y los que podrán parecerles mal. Después de esto debe puntualizarse el asunto, preguntándose adónde se intenta llevar á los oyentes y qué es lo que el orador se propone conseguir con su discurso.

2. *Meditación del asunto.* Meditar un asunto, es estudiarlo cuidadosamente y profundizarlo, mirarlo bajo todos los puntos de vista que puede ofrecer, desentrañarlo, en fin, para poderlo presentar de manera que instruya, convenza, mueva y edifique á los oyentes.

Para instruir, es necesario formarse ideas claras, exactas, precisas acerca del asunto capital y los incidentales

del discurso, procurando hallar la forma más conveniente para transmitirlo á la inteligencia de los demás.

Para convencer es preciso sondear el género de argumentos y pruebas más sólidas, no solo para persuadir á los otros, sino para que el orador mismo se penetre de las verdades que trata de inculcar.

Ilustrada la inteligencia y convencida la voluntad, se pasa de la parte doctrinal á la del sentimiento, procurando averiguar qué medios son los más seguros para herir los corazones, qué impulsos oratorios son los más oportunos para enternecerlos, excitarlos y ganarlos completamente para la práctica de la virtud.

La Sagrada Escritura, los escritos de los Padres, los ejemplos de los santos, las consideraciones de la fé, el estudio del corazón humano y los recursos del arte, todo esto es útil para conseguir tan magníficos resultados.

Para edificar hace falta sondear la manera más práctica de exponer la materia: los retratos de costumbres, los actos de virtud y de oración, y los recursos, en fin, de que hemos hecho mención al tratar de las cualidades de la predicación, son necesarios para este objeto.

La meditación del asunto es indispensable, y el orador que no practique esta regla será superficial, incoherente, frío y difuso por necesidad. La meditación hace al orador dueño de la materia que va á tratar, y solo por este medio se le presenta clara ante la inteligencia y convincente á los ojos de la razón. Después de meditar el asunto es cuando el entendimiento escoge las mejores pruebas, el corazón los más hermosos impulsos, la imaginación las más ricas pinturas, el estilo se hace fluido, terso y natural, y

las bellezas brotan sin violencia del fondo del tema:

....*Cui lecta potenter erit res,*

Nec facundia deseret hunc, nec lucidus ordo (1).

Reduzcamos á reglas los principios que acabamos de consignar.

REGLA 1.^a Deben aplicarse á cada asunto los preceptos especiales que nos proponemos consignar en el título III y último de este TRATADO.

2.^a Debe leerse con detencion cualquier obra conocidamente útil sobre la materia; pues raro es el orador que tiene por sí mismo bastante ciencia para sacar de sus propios recursos todo su discurso.

La lectura enseña lo que se ignora, facilita el recuerdo de lo que se sabe, despierta la imaginacion y la fertiliza, excita el celo y comunica unción, inspira conceptos vigorosos y pone en juego el espíritu de invencion.

Las obras de los grandes maestros, dice Longino, son como otros tantos focos sagrados donde se encienden los talentos más frios. Bossuet leía siempre ántes de preparar cualquier composicion un capítulo de Isaias y varias páginas de San Gregorio Nacianceno. No es ménos útil leer y meditar algun pasaje excelente de un autor oratorio ó ascético sobre el asunto que se quiere tratar, proponiéndose: 1.º Conocer á fondo la materia para hallarse en estado de dar una instruccion sólida y completa á los fieles. 2.º No buscar solamente ideas, trozos y aplicaciones para valerse de ellas, sino observar con mayor esmero el orden

(1) *Art. poét.*

del discurso, ajeno el modo con que las cosas son traídas, presentadas y ligadas con lo que antecede y con lo que sigue; las imágenes, las comparaciones, las expresiones vivas y luminosas que ponen en relieve el pensamiento, en fin, todo lo que forma el nervio, la fuerza y el buen gusto del modelo. Y 3.º Estimularse el corazon y la imaginacion, sintiendo en cierto modo un fuego vivo producido por la posesion del asunto que se desea tratar.

3.^a Despues de la lectura que acabamos de aconsejar es preciso que el orador sagrado se recoja en lo más íntimo de su alma para meditar delante de Dios lo que ha leído, apropiárselo y hacerlo como suyo propio: de esta manera se consigue eliminar todo lo que no conviene al asunto, y se recoge lo que á él se refiere, se funde en las propias ideas, se penetra de ello, y el orador lo hace suyo por medio del sentimiento y la reflexion.

4.^a Es menester escribir en el instante mismo en que el orador se halla posesionado de lo que el talento, el corazon, la imaginacion y la sensibilidad le hayan inspirado acerca del asunto que acaba de estudiar.

Las mejores inspiraciones se desenvuelven segun las tendencias del momento, sin olvidar, si es posible, la perfeccion y el orden en el estilo. Mientras se escribe, la imaginacion funciona, y lo que muchas veces no ocurre reflexionando, ocurre escribiendo. Escribir, en último término, es improvisar; con la diferencia de que si en esa improvisacion falta la correccion, el buen método, despues en la revision se pule y arregla lo que se ha escrito.

El orador sagrado debe, pues, aprovechar esos momentos solemnes de feliz inspiracion en los cuales, llena el

alma de un asunto, necesita que se la alivie del peso que al parecer la agobia y oprime. A veces es una luz repentina que sorprende, una fé viva, una ardiente caridad que brota en la oracion hecha al pié del altar ó ante la imágen del Crucificado la que inspira al sacerdote; otras es la lectura de un trozo sublime ó patético, la vista de una ceremonia imponente, algun gran recuerdo, alguna rica imágen la que promueve la inspiracion. Estimulado el corazon en estos instantes, compone sin darse cuenta de lo que se hace; la pluma no puede seguir la rapidez del pensamiento, y lo hecho bajo la impresion de semejante sensacion vale más que las composiciones más estudiadas; teniendo que resultar infinitamente más persuasivo y eficaz para los oyentes á poco que se trabaje en metodizarlo suprimiendo lo que parezca perjudicial para el momento de recitarlo.

3. *Desenvolvimiento y explicacion del asunto.* A las operaciones que dejamos indicadas como medios de facilitar la composicion de un discurso, debemos añadir la necesidad de coordinar el tema bajo un plan general, de modo que resulte conforme con el principio de unidad que hemos recomendado en el título anterior; procediendo acto continuo á las explicaciones oratorias.

Cuando estos trabajos están dirigidos con prudencia y habilidad, obran siempre, en sentir de los maestros, sobre el pensamiento y aun en la expresion del mismo, como la sávia sobre un gérmen en sazón, haciendo crecer y tomar cuerpo sensible aquello que parecia más oscuro y ménos perceptible. Las explicaciones oratorias derraman la

claridad del astro del día sobre todas las partes del plan, adornan y realzan la verdad por los diversos giros que muestran sus diferentes fases; y de lo que no era al principio sino un descarnado esqueleto, hacen un cuerpo nutrido y lleno de robustez: dan vida á lo que carecia de animacion, movimiento á lo que era lánguido; de modo que con verdad puede decirse que las explicaciones son las que explican las cosas y las hacen comprensibles, las demuestran y hacen creibles; consistiendo en ellas, segun dice Quintiliano, toda la fuerza y la energia del orador (1).

Si el que habla tuviera que dirigirse exclusivamente á inteligencias elevadas y corazones virtuosos, la mera exposicion de los hechos sería suficiente; pero teniendo la mayor parte de los oyentes miras tan poco elevadas, en especial sobre las cosas espirituales, no es posible que el predicador se haga comprender sino á fuerza de explicaciones minuciosas. Oponiéndose por otra parte á la práctica de la virtud tantos errores, preocupaciones y afectos que apegan el corazon á los falsos bienes de este mundo, no se puede triunfar sino con explicaciones llenas de lucidez, de fuerza y de calor, que muestren claramente á los fieles dónde están los verdaderos males que deben temer y los verdaderos bienes que deben desear. Limitarse á decir en el púlpito las verdades sin ninguna explicacion, es pronunciar palabras perdidas que ningun resultado suelen dar.

Todos los grandes predicadores han hecho tambien un

(1) Lib. VIII, c. III.

uso especial de estas reglas del arte oratoria, y á ello se deben sus más legítimos triunfos.

Tres son las principales fuentes de donde, segun varios autores, puede hacer el predicador sus explicaciones: la 1.^a los lugares comunes de la predicacion; la 2.^a los de la retórica, y la 3.^a los pormenores de las costumbres y las diversas consecuencias prácticas que dimanen de la instruccion.

En la 1.^a no solo debemos comprender la Sagrada Escritura, los Padres, los Concilios y las numerosas obras que se han dado á luz en materias de religion y de doctrina, sino tambien, y muy especialmente, las grandes verdades que vienen en apoyo de los asuntos de moral, como son la muerte, el juicio, la eternidad, el amor divino, la pasion y muerte de Jesucristo, las consideraciones generales sobre los beneficios de Dios, sobre las virtudes ó los vicios, sobre los sacramentos ó la oracion, y otras que más adelante explicaremos.

Para que los lugares comunes contribuyan á realzar el discurso, es preciso que no entren sino como accesorios, pues si se extendieran demasiado absorberian el asunto principal, desviarían la atencion y molestarían al auditorio; y tambien que se acomoden de tal suerte al asunto, que parezcan hechos para él expresamente y sin que á ninguno le ocurra cuál es el lugar comun.

La 2.^a fuente de las explicaciones hemos dicho que se halla en los lugares comunes de la retórica, la cual muestra los medios de hacer resaltar las cosas de que se habla por sus causas ó principios, por sus efectos, por la enumeracion de las partes de que se compone, por las contra-

dicciones, que consisten en decir lo opuesto de lo que es, á fin de venir mejor en conocimiento de lo que se desea demostrar, por las circunstancias de lugar, de tiempo, y otras contenidas en el sabidísimo verso:

Quis, quid, ubi, quibus auxiliis, cur, quomodo, quando;

en fin, por las comparaciones, los ejemplos y las parábolas.

Como la retórica explica estas materias, nos limitaremos en este momento á indicar ciertas reglas sobre las *comparaciones*, los *ejemplos* y las *parábolas*, pues por una parte son puntos de principal importancia en la predicacion, y por otra la elocuencia del púlpito debe mirarlas bajo un aspecto que les es propio y no se halla explicado en los libros didácticos que tratan del particular.

La *comparacion* es una figura, es un recurso oratorio de uso muy frecuente que da al discurso claridad, fuerza, armonía é interés. Es un adorno que conviene á todos los géneros de elocuencia, que aumenta la belleza del estilo y hace comprensibles las cosas más difíciles á las personas más sencillas; siendo á la vez agradable á los talentos más elevados.

La *comparacion* es una luz que ilumina y embellece el asunto de que se habla, recurso muy frecuente empleado por los Padres (1).

(1) Pueden verse modelos de bellas y delicadas comparaciones en los lugares que vamos á citar: S. Atanasio, de *Incarnatione*, n. 32, t. I; S. Basilio, *Epist. CCCXLII*; Lybanio, t. III; S. Hilario, *Tractat. in psalm. II*; S. J. Crisóst., in *Joann.*, *Hom. II*, n. 4, t. VIII; In *Epist. ad Corinth.*, *Hom. VII*, n. 1 y 2, t. X; In *Epist. ad Rom. Hom. XX*, n. 4, t. IX; S. Agust., *Serm. CCCLI*, t. V; Enarrat., in psalm.

La comparacion tiene algunos puntos con la metáfora: si hablando, por ejemplo, de un gran ministro se dijese *es la columna del Estado*, haríamos una metáfora; pero si en vez de esto decimos *que sostiene el Estado de la misma manera que una columna sostiene el peso de un edificio*, haremos una comparacion.

Las comparaciones sirven para adornar el discurso y para explicar el tema, aclarar los pensamientos y fortificar las pruebas: *Similitudines sunt aliæ quæ probationis gratia inter argumenta ponuntur, aliæ ad exprimendam rerum imaginem compositæ* (1).

Las comparaciones son de más á ménos, de ménos á más, de igual á igual.

Para que la comparacion produzca sus naturales efectos, conviene no echar en olvido las prescripciones siguientes: 1.^a No deben sacarse sino de objetos muy conocidos de los oyentes, pues de otro modo en vez de esclarecer el discurso lo harian más confuso é ininteligible. El Espiritu Santo nos muestra innumerables ejemplos de comparaciones del cuerpo humano, del mosquito, de la hormiga, del perro, del árbol, de la semilla, de la siega,

LXV, n. 12, t. IV. En su *Sermon. CXCLIX*, entre otras bellezas encontramos la siguiente comparacion, hablando de los judios que señalaron á los Magos el lugar del nacimiento del Señor: *Facti sunt eis tanquam lapidee ad milliaria: viatoribus ambulantiibus aliquid ostenderunt, sed ipsi stolidi atque immobilis remanserunt*, n. 2, t. V. La misma comparacion usa en el sermon CCCLI, para explicar la conducta errada de los que, sin aprovecharse de la buena doctrina, fijan su atencion en la conducta, acaso poco arreglada, de los que la anuncian.

(1) Quint., lib. VIII, cap. 3.

de la vid, del pastor, del labrador, etc. 2.^a En los símiles es preciso guardar cuidadosamente la decencia y nobleza del lenguaje que conviene al púlpito: la invencion proporciona las imágenes, el buen sentido las hace exactas, y al talento elevado corresponde ennoblecerlas. 3.^a Es menester por lo comun ser cortos en las comparaciones y no acumular unas sobre otras, puesto que las cosas no se asemejan sino bajo ciertos aspectos. Pueden ser más extensas y más frecuentes en un discurso tranquilo; pero en proporcion que el orador se anima, deben ser más concisas: en el patético no deben aparecer sino súbita y repentinamente. 4.^a Las comparaciones tomadas de la Historia Sagrada son hermosísimas y pueden admirarse muy especialmente en San Basilio, San Gregorio Nacianceno, y sobre todo en San Juan Crisóstomo. Granada, Lanuza y San Francisco de Sales ofrecen bellísimas comparaciones tomadas de los libros santos.

Los *ejemplos* se emplean para dar más dignidad al discurso, para convencer más fácilmente y para aclarar puntos dudosos: es un recurso útil usado con prudencia y discrecion. Los ejemplos antiguos hacen por lo comun una viva impresion, los tomados de sucesos recientes suelen retenerse con mayor facilidad.

El predicador debe imitar la conducta del Salvador, de los Apóstoles y de los Padres, los cuales se sirvieron de ejemplos en sus instrucciones. Los ejemplos persuaden en ménos tiempo, de un modo más insinuante y siempre al alcance de los oyentes.

Las *parábolas* son historias que se inventan é imaginan para ilustrar el discurso. Las parábolas son de un gran

resultado en la enseñanza religiosa: Jesucristo las empleó con frecuencia para enseñar su doctrina á la multitud.

Las parábolas sostienen el interés, reaniman la atención del auditorio, haciéndole sentir de un modo más enérgico y más vivo la verdad. Este medio de instruir está al alcance de los niños y del pueblo, gusta á los grandes, á los sábios, dando á todos saludables lecciones bajo una forma que las quita su aspereza y su amargura.

Estas ficciones no son mentiras reprehensibles, sino saludables avisos dignos de una especialísima atención.

La 5.^a fuente de las explicaciones son, siempre que el asunto lo permita, los pormenores de las costumbres que ponen á la vista de los fieles las obligaciones relativas á la materia de que se trata y las faltas por las cuales las violan, los medios de corregirse, y en fin, las diferentes consecuencias prácticas que de la instrucción dimanar.

Tales son las fuentes principales de que el predicador debe tomar sus explicaciones; pero de poco le serviría este conocimiento, si á la par no supiera las reglas que ha de seguir para explicar bien, lo cual nos resta que exponer para completar esta materia.

REGLA 1.^a Conviene no explicar más que lo necesario para hacer el discurso ó más claro, ó más sólido, ó más patético. Si el pensamiento está desarrollado más allá de los justos límites, las cosas buenas aparecen confundidas bajo la muchedumbre de las supérfluas y la abundancia hace nacer la oscuridad. De aquí dimana que una gran facilidad se convierte con frecuencia en un gran defecto, porque es descuidada y deslize demasiado cuanto dice. A

fin de evitar este escollo, es menester eliminar todo lo que es difuso ó inútil.

2.^a Al amplificar no deben acumularse palabras y frases, sino multiplicando su sentido con las ménos expresiones posibles, y añadiendo siempre cosas nuevas á lo que se ha dicho. ¡Sepárense del púlpito esas ampliaciones propias del charlatanismo y la ignorancia, y que por lo comun no son más que la repetición de unas mismas ideas en términos diferentes!

3.^a Conviene que se dispongan las explicaciones de tal suerte, que el discurso vaya siempre creciendo, es decir, que en proporción que adelanta sea más claro, más animado, más fuerte y más enérgico.

4.^a Es útil imaginarse que se está en presencia de un adversario dirigiéndose á él hasta acorralarle con toda la fuerza del razonamiento y con la vehemencia del celo, hasta conseguir ganarlo para la virtud.

4. *Redacción del discurso.* Después del estudio del plan y los diversos giros que deben dársele, resta únicamente tomar la pluma y expresar bien cuanto se ha pensado y sentido; tarea decisiva y en la cual se han de poner en práctica todos los preceptos que hemos consignado hasta aquí. No llaman ménos la atención las cosas que se dicen como la manera con que se dicen, y en la redacción es donde el orador ha de poner su mayor esmero habituándose á ser correcto en el estilo, claro, preciso y armónico, exacto en las comparaciones, verídico en las pinturas, enérgico, sin dejar de ser caritativo, persuasivo, edificante y oportuno.

Por regla general, lo que se siente mal se expresa mal, y lo que mal se dice jamás persuade, ni instruye, ni agrada, ni se retiene, ni mueve. De aquí la necesidad absoluta de que el sacerdote se consagre desde los primeros años de su carrera á escribir, y á escribir mucho; este ejercicio habrá de proporcionarle grandes ventajas, no solo para dedicarse al púlpito, sino para las conferencias, los ejercicios de oposicion y otros trabajos que contribuirán á captarle el aprecio y el respeto de los hombres, asegurando su porvenir en la carrera eclesiástica.

En todas las épocas, el sacerdote necesita amoldarse en cierto sentido á los gustos, los hábitos y costumbres de sus contemporáneos: en el dia, la facilidad de escribir, y de escribir con correccion y galanura, es una necesidad casi para los hombres de ciencia y de bufete. El sacerdote que desde los primeros años de escuela se habitúa á ejercitarse en escribir bien, conseguirá grandes ventajas y alcanzará, no solo merecidos aplausos, que sin excitar su vanidad contribuyan á captarle la estimacion pública, sino que si se consagra á la enseñanza en el púlpito, ó á la direccion de las almas en el confesonario, hará grandes conquistas para la virtud.

Resumamos en todo lo posible las reglas que dan los maestros para progresar en este género de trabajos.

REGLA 1.ª No se debe escribir sino cuando se está en disposicion de hacerlo sin violencia, cuando la cabeza está firme y el corazon se halla dispuesto para expresar lo que le preocupa y llena. Pretender escribir en ciertos momentos de esterilidad en que no hay nada en nuestro interior que responda á nuestro deseo y á nuestros propósitos, es

tomarse un trabajo inútil, es fatigarse con la certeza de no obtener resultados.

Tan rápida como corre la pluma cuando, atraidos del mundo físico que nos cerca, nos encontramos en nosotros mismos, y léjos de imponernos un sacrificio tenemos un placer en consignar lo que sentimos; tan trabajoso es violentar la inercia del entendimiento, la sequedad del alma y la torpeza de la razon.

Hablamos en este punto por experiencia propia, y podríamos dar saludables consejos en esta materia. Consagrados hace muchos años á la vida periodística, hemos tenido que hacernos esa violencia que el sacerdote no ha menester, y sacrificar no pocas veces nuestras convicciones en aras del capricho de una persona, no siempre superior á nosotros, por más que sean escasos los recursos de nuestro talento y limitada nuestra instruccion.

Por otra parte, el género de vida á que por deber está destinado el sacerdote, es de estudio y meditacion. Sin lazos de familia que destruyan mil veces el curso de sus reflexiones, sin grandes exigencias sociales, sin penosos compromisos, el ministro del santuario tiene mucho adelantado para componer, y componer bien.

El rezo, la meditacion, la visita al enfermo, la asistencia al moribundo... todos son gérmenes fecundos de inspiracion en armonía con lo que el sacerdote debe escribir y enseñar; esto ya es una ventaja inmensa para que no pase por el mundo sin dejar algo que lleve su nombre y la santidad de su ministerio á la posteridad.

Es, pues, regla absoluta que no puede escribirse bien sin estar inspirado, *fervente calamo*; esto es, bajo el im-

pulso de un corazón tan lleno del asunto, que sea una necesidad desahogarlo trasmitiendo á otros lo que de un modo tan vehemente le conmueve y hace latir.

2.^a En la oracion y la meditacion debe inspirarse el sacerdote y procurar encender su corazón.

3.^a Si la oracion no basta para mover el espíritu y despertar la imaginacion, desistase por entónces de escribir, dilatándolo para un momento más oportuno.

Esta regla necesita alguna ampliacion: el peligro de su observancia está en que se confunda la esterilidad involuntaria con la que proviene de la pereza, que debe combatirse enérgicamente por el sacerdote. Por no vencer muchas veces la inaccion que proviene de uno mismo, se esterilizan hombres que serian de un gran valor.

Combátase, pues, la pereza, adquieranse nociones claras del asunto puntualizándolas, léase un libro, búsqese un consejero ó procúrese una conversacion en que se discuta el punto que debe tratarse, y mucho se habrá conseguido.

La propia experiencia nos asegura el buen resultado de estos estímulos para escribir, estímulos á que hemos apelado muchas veces con éxito pronto y satisfactorio.

4.^a Partiendo de los principios, de las doctrinas que acabamos de establecer, diremos que la redaccion de un discurso sagrado debe distinguirse por tres caracteres: la claridad, la variedad y la pureza.

La *claridad* es una cualidad del estilo, que hace que sin esfuerzo alguno el auditorio pueda comprender el pensamiento del orador.

Es indispensable que la redaccion sea clara, esto es,

en perfecta armonía con las reglas de la buena elocucion: la palabra ha de ser luz que ilumine y disipe toda oscuridad. La claridad, en sentir de Quintiliano, es la primera cualidad del lenguaje: *Nobis prima sit virtus, perspicuitas*. Ciceron y Horacio y los más ilustres retóricos establecen esta misma regla, de la cual nosotros hemos hablado al tratar de las cualidades de la predicacion en general.

Una redaccion *pura* es la que en sus expresiones, en sus términos y en sus giros se acomoda á los preceptos del arte.

No hay en este particular medio más oportuno que acomodarse á los ejemplos de los grandes maestros, de los más reputados oradores y escritores del país.

Una redaccion *variada* es la que modula su entonacion y modifica su estilo, segun las cosas que se dicen y atendidas las diversas partes del discurso. La variedad nace naturalmente mientras subsiste la inspiracion: cuando esta cesa, el estilo se hace monótono y frio; es preciso entónces volver á meditar, y solo así el pensamiento recobrará su impulso, su carácter y su color.

5.^a Durante la redaccion es menester cuidarse mucho de no entorpecer el entendimiento y la imaginacion preocupándose demasiado con las reglas de la elocuencia, de la cultura, del estilo y de la eleccion de las palabras; por el contrario, conviene abandonarse al fuego de la pasion y del sentimiento, procurando ir siempre creciendo, y alimentar desde un principio en el fondo del alma un ardiente deseo de conseguir la gloria de Dios y la salvacion de los pueblos. Cuando este deseo penetra al orador, lo inflama, lo anima y le sugiere unas veces excelentes impulsos, otras útiles

reflexiones, y casi con seguridad el modo de hacerse comprender y mover.

5. *Revisión y corrección del discurso.* Una vez compuesto el discurso según las reglas y los principios que dejamos establecidos, es preciso *revisarlo* y sujetarlo á una escrupulosa y detenida *corrección*.

El primer trabajo, por más que sea feliz, está siempre lleno de imperfecciones; si en un principio se disimulan estas faltas, van en aumento, y el mal, al cabo de cierto tiempo hace imposible su corrección. Es menester, por lo tanto, volver sobre lo que se ha hecho, corregir las construcciones y los enlaces, los giros y las figuras, y aun las expresiones que presenten algo impropio, incorrecto ó irregular; añadir las imágenes, los impulsos ó giros capaces de causar sensación; acortar lo que está de más, suplir lo que falta, trasladar lo que no se halle en su sitio y modificar lo que tenga necesidad de alguna alteración.

De este modo estudiado el discurso, es útil revisarlo de nuevo á los pocos días, y esta revisión del manuscrito hará al principiante descubrir relaciones no vistas hasta entonces, felices desarrollos y nuevos giros. También es útil sacar muchas copias; de este modo cada vez se notan nuevos defectos, se corrigen, se perfeccionan, unas veces agregando lo que falta á la frase, otras separando lo que le sobra.

No ménos útil y oportuno es retocar el discurso al aprenderlo, porque este ejercicio despierta la atención sobre muchas faltas, y aun volverlo á corregir después de haberlo predicado. Al pronunciarlo es cuando mejor se

nota lo que hay en él de defectuoso, lo que podía estar más reducido; en fin, al cabo de cierto número de años es conveniente revisarlo de nuevo, porque entonces la reflexión y la experiencia han madurado el juicio, se ha enfriado cierto cariño que ciega respecto á lo que se acaba de componer, y se pueden ver y modificar mejor las inspiraciones de la juventud.

A estas excesivas correcciones al parecer, invitaba Quintiliano á los que le consultaban, según refiere Horacio: «Corregid, corregid esto, les decía; creedme, corregid de nuevo, corregid más. Si ya lo habeis intentado y no podeis hacerlo mejor, no os desanimeis; intentadlo otra vez y volved á poner sobre el yunque los puntos que os parezcan más defectuosos (1).» Unicamente con estos ejercicios se puede conseguir escribir bien; y toda composición que no sea sometida durante mucho tiempo á correcciones severas y frecuentemente repetidas, suele presentar grandes motivos para la crítica.

... *Carmen reprehendite, quod non
Multa dies et multa litura coeruit, atque
Præsectum decies non castigavit ad unguem.*

No es bastante corregirse á sí mismo; es conveniente hacerse corregir por un hábil maestro, por un amigo caritativo é inteligente y ser dócil á sus advertencias (2). «Con-

(1) *Quintilio si quid recitares, corrige, sodes,
Hoc, cebat, et hoc: melius te posse negares,
Bis terque expertum frustra, delere jubebat
Et male tornatos incudi reddere versus. (Art. poét.)*

(2) Véase la *Guía de los que anuncian la palabra de Dios.*

denará este, dice Horacio, los sitios débiles ó duros de vuestras composiciones, borraré de una plumada los que estuvieren hechos con descuido, separará los adornos afectados, esclarecerá lo que sea oscuro, fijará lo que sea equívoco y señalará lo que deba ser mudado. Este será Aristarco y no dirá:—«¿Para qué molestar con bagatelas á ese jóven? Estas bagatelas te darán sus resultados en una edad más madura; pues lo que se disimula hoy, te parecería más adelante objeto de desprecio y de risa (1).» En fin, despues de todas estas correcciones, debe ponerse en limpio el trabajo, y al copiarlo darle el último repaso.

Concedemos que todas estas correcciones son lentas, difíciles y laboriosas, mas esa lentitud es precisamente la que garantiza el resultado; y las dificultades vencidas son las que al cabo de cierto tiempo dan la facilidad y la celeridad que hace contraer el hábito de escribir bien. «Encargo á los que comienzan, dice Quintiliano, la lentitud y una especie de cuidado al componer: lo esencial es empezar escribiendo todo lo bien que es posible, pues la celeridad nacerá del hábito. Escribiendo deprisa, no se aprende nunca á escribir bien; pero escribiendo bien, se llega á aprender á escribir deprisa: *Cito scribendo non fit ut bene scribatur: bene scribendo fit ut cito* (2).» Todos los

(1) *Vir bonus et prudens versus reprehendet inertes, Culpabit duros, in comptis allinet atrum Transverso calamo signum; ambitiosa recidet Ornamenta; parum claris lucem dare coget; Arguet ambigüe dictum; mutanda notabit; Fiet Aristarchus, nec dicet: Cur ego amicum. Offendam in nugis? Hæ nugæ seria ducent In mala derisum semel exceptumque sinistre.*

(2) X, V.

grandes escritores no se han formado sino de este modo, y los más ilustres Doctores de la Iglesia no han conseguido anunciar dignamente la divina palabra sino despues de muchos preparativos y dificultades. Muchos se ocuparon en revisar sus escritos hasta su muerte; ¿y cómo es posible, segun esto, que predicadores que están léjos de tener los mismos talentos naturales y el mismo fondo de ciencia, crean poderse dispensar del esmero y los trabajos de que los maestros más hábiles no se creyeron excusados?

6. *Necesidad y medios de aprender el discurso.* Una vez compuesto y corregido el sermón, resta únicamente, ántes de subir al púlpito, *aprenderlo bien* (1).

Un sermón bien aprendido, aunque sea mediano, parece bueno; y si es bueno, parece excelente. Cuanto más se sabe un discurso se está en mejor disposición para animarlo y darle el atractivo de la improvisación, disimulando el arte y recitándolo con naturalidad. Habiendo preguntado á Massillon cuál era su mejor sermón, contestó:—*El que sé mejor*; palabras notables, puesto que cuanto más se acerca el discurso á la improvisación, produce mayor y más seguro efecto.

El orador que no sabe un discurso, vacila, tartamudea y cae: preocupado con lo que ha de decir, no se cuida de lo que está diciendo, y bien pronto demuestra que anda sin firmeza y seguridad apareciendo ante el oyente como un estudiante que lleva mal aprendida la lección. Semejante

(1) Véase al P. Albert, III parte, c. XX.—*Deberes de un pastor*, c. V, núm. VIII.—*Guía de los que anuncian la palabra de Dios*, y Quintiliano, lib. XI, cap. II.

situacion, sobre ser fatigosa y comprometida, es impropia del ministerio sacerdotal.

Conviene que el orador esté seguro de su memoria y que aprenda el discurso de tal manera, que pueda sin dificultad abandonarse sin perderse ni turbarse.

Para conseguir este resultado, el mejor medio es dar orden á la composicion; que las ideas nazcan unas de otras y los pensamientos se encadenen con naturalidad.

El ejercicio de la memoria es el medio mejor de aprender con facilidad; las notas y los números marginales auxilian poderosamente el estudio del sermon. Sobre esto es difícil dar consejos; sin embargo, algunos autores se detienen en este particular y recomiendan que se subrayen las palabras primeras de un periodo, que se divida en partes el discurso y á cada punto se designe con una letra ú objeto material (f).

Al estudiar el sermon, no debe aprenderse sino un párrafo á la vez, reuniéndolo al siguiente y repasando ambos en seguida por tres ó cuatro veces: despues se aprende una subdivision, y en fin, todo un punto. En este ejercicio es necesario abstenerse de declamar y limitarse á leer con la vista ó en voz muy baja: el interés de la salud exige semejante precaucion.

Tambien es utilísimo recitar el discurso por la noche ántes de dormirse. La experiencia demuestra que á favor del silencio de la noche y del sueño, las impresiones se graban mejor en la memoria. No obstante, es menester repararlo todavía por la mañana, y sobre todo dos, ó tres

(1) Ciccr. *ad Heren*, III, 29.

horas ántes del sermon, sin confiarse en lo que se ha recitado la víspera en el gabinete de estudio.

Si á pesar de todas estas precauciones llega á faltar la memoria, ó son unas cuantas palabras las que se borran, entónces es menester suplirlas, sin alterarse, por otras equivalentes. Y si es un texto ó una frase de lo que el orador no se acuerda, en este caso debe omitirse y continuar sin demostrar turbacion. Lo esencial es no pararse, no repetirse y disimular el embarazo. Si estos recursos no salen bien, vale más acudir humildemente á un apunte que bajar del púlpito dejando el discurso sin concluir.

Habrà ménos exposicion para semejante accidente cuando, segun lo hemos dicho, pueda el orador limitarse á aprender de memoria el exordio, los textos y citas, las transiciones, descripciones é impulsos, ciertas figuras ó giros propios para producir efecto, en fin, la peroracion; y entregarse para lo demás á la inspiracion del momento, despues, no obstante, de haber clasificado el orden de sus ideas y fijado toda la marcha del discurso.

Punto segundo.

Improvisacion.—Uso de los sermonarios.

Gran número de preocupaciones existen acerca de la *improvisacion* y el *uso de los sermonarios*; preocupaciones que desde luego hemos decidido combatir separadamente por su trascendencia en el porvenir de la juventud.

Al ocuparnos de la predicacion de *memoria* y de *concepto*, hemos dicho que es preciso caminar lentamente en los ejercicios prácticos de composicion, y ahora añadimos

que solo siguiendo el plan que dejamos trazado puede llegarse á dominar la palabra y hacer de ella un poderoso elemento de propagacion y defensa de la verdad.

En cuanto al uso de los trabajos ajenos, tambien hemos dado reglas y consejos; pero no será inútil que así por nuestra parte como por la del profesor se procure estirpar el lamentable abuso que se hace de los *sermonarios*; composiciones por lo comun escritas para determinados auditorios é inaplicables á los pueblos, donde con más frecuencia se emplean con grave daño de la instruccion religiosa y moral de los eristianos.

1. *Improvisacion*. Nada más fácil que confundir la facilidad de hablar mucho con el don de *improvisar*. El hombre de estudios sérios y reflexivos, el hombre de profunda meditacion cuando habla de improviso, lo hace mediante largas preparaciones, de lo cual deducimos que en materias científicas no hay verdadera improvisacion, al ménos en el sentido extricto de esta palabra.

En la época en que vivimos es muy frecuente designar con el pomposo título de orador al que habla mucho: los elogios se prodigan con sobrada facilidad, y hasta han llegado á convertirse, no solo en favores corrientes de una ligera amistad, sino en especulacion productiva y en sistema constante de adulacion.

El jovén que se sienta con esa facundia propia de ciertos caractéres; el predicador nuevo que se ve elogiado ántes de merecerlo, porque ha sabido á lo más pasar por brillante en una reunion favorablemente dispuesta á dejarse agradar, más que interesada en ser instruida, ese

jóven y ese ministro del santuario corren el peligro de esterilizar en flor sus mejores cualidades.

Contra ese género de seducciones debe el profesorado prevenir cuidadosamente á los escolares. La predicacion de concepto es preferible siempre á la predicacion de memoria; pero para llegar á la primera es preciso ejercitar mucho el talento de la palabra en las aulas, en las conferencias, en las enseñanzas privadas y públicas: es necesario recoger ántes el fruto de largas vigalias y haber manejado mucho los libros santos y leído mil veces los expositores sagrados.

Hora es de que prediquen los que saben; hora que el sacerdocio preparándose para la lid no se aleje de ella, ántes bien se esfuerce en vencer cuantos obstáculos se le presenten para subir al púlpito; pero no se eche en olvido que para predicar bien es preciso ántes todo estudiar mucho, y para *improvisar* en cuanto al órden, á los movimientos de pasion, de circunstancias, de espectáculo y de impresiones.... únicos sentidos en que podemos admitir la improvisacion en materias científicas, es forzoso pasar ántes por las graduaciones que hemos marcado en el capítulo primero de este mismo título.

Un buen teólogo que maneje á Maldonado, á Natal Alejandro y á Lapide, podrá exponer el Evangelio hasta con deleite de los cristianos; pero querer ser un buen maestro de enseñanza cuando aun no se sabe, cuando no se ha adquirido una sólida instruccion; confundir la facilidad de hablar mucho con la *improvisacion* que es dable en materias científicas, en materias de enseñanza y de doctrina, esto es en extremo sensible y censurable.

Para improvisar es preciso conocer á fondo la materia y haber reflexionado mucho sobre ella: la memoria es, segun Quintiliano, el gran auxilio para improvisar, lo cual justifica lo que acabamos de exponer. La improvisacion es un trabajo rápido de la inteligencia y la voluntad, trabajo que ha de estar basado en la lógica y el buen sentido; así es que no cabe crítica más amarga contra el que habla mucho que poderle demostrar que no sabe lo que se dice.

La improvisacion requiere método, claridad y energía, y sin estas cualidades, hablar con facilidad equivale á no saber hablar; al ménos tratándose de la predicacion, punto exclusivo á que debemos concretarnos en este momento.

Subir al púlpito sin haber pensado ántes lo que se ha de decir y el cómo se debe decir, será siempre la mayor insensatez. Acostumbrarse á dominarse á sí mismo, á dominar la cátedra de la verdad, dejándose llevar de los impulsos de la conviccion y del sentimiento, esto es laudable, á esto se debe aspirar, pues la predicacion espontánea, libre en sus formas externas; la predicacion que nace del fondo de la instruccion y del fuego que se siente dentro del alma, es la más provechosa para el auditorio y el orador mismo.

Lejos de rechazar la *improvisacion* en el púlpito, deseamos que se llegue á ella: lo grave en este particular es anticiparse. Un sacerdote que reúna un talento superior, una instruccion sólida, un fondo suficiente de erudicion eclesiástica, dotes de elocucion fácil y dominio sobre sí mismo, puede lanzarse con gran fruto á improvisar; pero sin reunir estas cualidades, cuando apenas se ha salido del seminario, cuando lo que se sabe es por lo comun de un

modo imperfecto y truncado, cuando se carece de experiencia, de gusto, de costumbre, de conocimiento del corazon humano y de los hábitos de los pueblos, es de todo punto imposible.

Ni en la aldea más reducida podrá improvisarse con éxito sin haber ántes predicado en los términos que gradualmente dejamos indicados. La plática más sencilla debe meditarse mucho por lo menos, cuando no escribirse ántes de adquirir, no solo el hábito, sino la persuasion de que se ha de decir bien.

Los Santos Padres casi siempre predicaron de concepto; pero ¿cuándo lo hicieron? cuando eran dueños de sí mismos y de la gran ciencia que enseñaban á los pueblos. El mismo consejo damos por nuestra parte á la juventud.

2. *Uso de los sermonarios.* No ménos perjudicial que lanzarse ántes de tiempo á improvisar, es acostumbrarse á valerse para predicar de los *sermonarios*; costumbre que algunos adquieren desde el principio de su carrera y que por lo fácil no abandonan jamás.

Conocemos el gran mérito de los trabajos oratorios que se han escrito de algunos años á esta parte entre nosotros; diremos más, son dignas del mayor aplauso las colecciones de D. Juan Gonzalez Troncoso, los panegíricos y los sermones dedicados á la Virgen, de Garnica; los discursos de Frayle, de D. Juan Gonzalez, de Moreno Cebada, y otros que pudiéramos citar; grande tambien es el servicio de la *Biblioteca de Predicadores* del conocido editor D. Leocadio Lopez; pero todos estos trabajos como arsenales de doctrina, como lectura provechosa para el orador,

no creemos que tengan el objeto á que se los destina. La propiedad de estos sermones pertenece á sus autores, y plagiarlos es vestirse con ropaje ajeno y atentar contra el derecho de propiedad: tomar de ellos un sermón íntegro como hacen muchos, es tener poquísimo amor propio y gran abandono en el cumplimiento de la misión sacerdotal: tomar retazos de aquí y allí es destruir su mérito y desvirtuar su bondad.

Rara vez un sermón ajeno, no escribiéndose expresamente por persona hábil y entendida, enterada de las condiciones del predicador y de la localidad en que se ha de pronunciar, es útil, es oportuno y conveniente: solo en la explicación del Evangelio y en determinados panegíricos en alabanza de la Reina de los Angeles y de ciertos santos, concebimos que pueda aprovecharse con algún resultado un sermón pronunciado en esta ó la otra festividad.

Los sermonarios escritos por los grandes oradores sagrados, son útiles en diversos sentidos; como *tipos de imitación*, porque ya hemos dicho que en la elocuencia son más eficaces los buenos modelos que los más hábiles preceptos; como *auxiliares* para adquirir el hábito de ordenar y metodizar un discurso, y como *iniciadores* del buen gusto, que á veces se extravía por falta de dechados perfectos á quienes seguir ó imitar. En las aulas, los ejercicios de análisis, los ejemplos, las comparaciones, pueden sacarse de estos trabajos; minas riquísimas y explotables para adquirir el talento de la palabra; vasto campo lleno de rosas cuyo aroma es lícito aspirar; pero del cual el predicador no debe servirse sino como la abeja se sirve de las flores: estos industriosos animalillos

vemos que toman de su cáliz la materia primera de que se sirven, y solo después de un largo y penoso trabajo la ofrecen al hombre convertida en un rico y sabroso manjar.

El Sr. Martínez y Sanz recomienda oportunamente que se lean y estudien los sermonarios, más no en el momento crítico de la preparación para predicar, cuando la atención debe reconcentrarse en la materia del discurso, porque en estos momentos toda distracción perjudica, y este es el primer daño que ocasionaría tan inoportuna lectura (1).

Tan grandes inconvenientes ofrecen los sermonarios, y la experiencia nos demuestra el abuso que de ellos se hace. Aunque el arte sea uno, la práctica del mismo es personalísima y debe acomodarse, como ántes de ahora hemos indicado, al lugar, al momento y las circunstancias de cada caso en particular. De otro modo se corre un gran riesgo de que sea estéril la palabra de Dios.

(1) «Ciceron siendo jóven aprendia de memoria pasajes selectos cuyas ideas procuraba reproducir libremente; pero cuando se esmeraba en servirse de los términos más propios y de mayor adorno, tenia que repetir literalmente los temas que habia aprendido: ¡tan sojuzgado quedaba su espíritu! Esta experiencia bastó para hacerle desistir de semejantes ejercicios; sucedíale además que cuando se esforzaba en buscar expresiones de su mismo caudal, le parecian impropias y su trabajo le desagradaba. Si esto aconteció á Ciceron, teman los jóvenes que la lectura de composiciones escogidas en el momento de prepararse para predicar, les infunda el decaimiento de ánimo que enerva el espíritu; y más aun teman que ese abatimiento se convierta en desesperacion conduciéndoles, como á otros, al extremo de hacerse plagarios; en cuyo caso les será, si no absolutamente imposible, por demás difícil predicar con elocuencia.»

(*Lecciones de oratoria*, v. IV.)

Todos los dias se oyen discursos integros ó grandes fragmentos de sermones muy conocidos, y cuyo contenido disuena en los que de ellos se sirven y en el lugar en que se pronuncian; contra este abuso tan lamentable se han escrito innumerables pastorales, y continuamente claman en este sentido los amantes del esplendor del púlpito (1).

(1) «Los principios de la ciencia ideológica, dice el Sr. Sanz, la teoría del arte de la elocuencia y la práctica de los grandes oradores cristianos antiguos y modernos, se compendian en estas palabras de Fr. Luis de Granada, cuando, aconsejando al orador que predique sus propias composiciones, dice:—Las cosas que son nuestras las tratamos con más affluencia y valentia, como armas ajustadas á nuestras fuerzas y á nuestro cuerpo. San Cipriano se servia de otro simil muy expresivo, y á los que le pedian que les enviase tratados compuestos sobre determinadas materias, se limitaba á enviarles una suma de pasajes de la Sagrada Escritura, diciéndoles:—No os envío un tratado, sino materia abundante para que vosotros le compongais. ¿Qué haria yo, decia á Fortunato, con remitirte un tratado compuesto por mí y á mi gusto? esto equivaldria á enviarte, para que te ataviases, un vestido hecho á la medida de otro hombre de diferente figura y de otra talla que la tuya: *Nam si confectam et paratam jam vestem darem, vestis esset mea, qua alius uteretur, et forsitam non pro habitudine staturæ et corporis res alteri facta minus congruens haberetur... tunicam tibi pro voluntate conficies, et plus ut in domestica tua atque in propria veste lataveris, et cæteris quoque ut conficere et ipsi pro arbitrio suo possint, quod misimus exhibebis.*»

CAPÍTULO III.

DIVISIONES DEL DISCURSO.—1.º Necesidad y uso de las divisiones.—2.º Cualidades generales de la division.—*Partes del discurso.*—1.ª EXORDIO.—Ideas generales: cualidades del exordio: diversas reglas para su composicion: clases de exordios: texto é invocacion.—2.ª PROPOSICION.—Su objeto y cualidades: narracion y division.—3.ª CONFIRMACION.—Grande interés de esta parte del discurso: pruebas, cualidades distintivas, orden de colocacion, enlace y deducciones.—4.ª PERORACION: cualidades, excelencias é importancia de la peroracion.—*Partes que comprende.*—1.ª Resumen ó recapitulacion.—2.ª Consecuencias prácticas.—3.ª Exortacion.—Y 4.ª Súplica.—*Cuadro sinóptico de un sermón.*

1. *Necesidad y uso de las divisiones.* Autores de justa nombradía se han declarado enemigos de toda division, al paso que otros, no ménos exagerados, han llegado en este punto con sus reglas y preceptos hasta esclavizar al talento, cortar al genio sus alas y disputar á la inspiracion sus más preciosas y legítimas prerogativas.

Nosotros aceptamos resueltamente como una necesidad el buen uso de las divisiones; no sujetándolas á los caprichos de una intolerancia escolástica, sino en armonía con los consejos de la razon, con las leyes del buen gusto y las necesidades y conveniencias de cada caso en particular.

En este sentido las divisiones, léjos de ser un mal, son un gran recurso para componer, para conservar en la memoria lo que se ha escrito ó pensado decir, y para hacerse comprensible á los que escuchan al orador.

Las divisiones dan luz y esplendor al discurso, segun Ciceron (1) y Quintiliano (2); pudiendo añadir con el gran maestro de la elocuencia sagrada (3), que la ciencia de dividir y partir no ha sido inventada por los hombres, sino que está basada en la naturaleza de las cosas: *Scientia... dividendi atque partiendi... neque ad hominibus instituta, sed in rerum ratione comperta.*

No por esto puede asentarse, dice el Sr. Martinez y Sanz, como tésis general, ni la necesidad de dividir todos los discursos, ni que las divisiones perjudiquen á la elocuencia. La decision ha de ser tan varia como los casos; la única regla general que puede establecerse es que, siendo la division un auxilio para las operaciones del entendimiento, será más conveniente en los discursos, cuyo fin principal es la instruccion de los oyentes, que en los de naturaleza esencialmente afectiva ó encaminados á la mocion de afectos, aunque indirectamente tambien instruyan. Se puede apelar en este punto con confianza al testimonio de los que acostumbran componer sermones: la experiencia les habrá hecho conocer la exactitud de la doctrina que dejamos expuesta. Pero no siempre que sea conveniente dividir, hay necesidad de anunciar la division; á veces es útil disimularla, ya para ocultar el arte, ya porque los puntos que han de anunciarse podrian sorprender ó desagradar al auditorio, proponiéndolos sin preparacion alguna.

Conviene no obstante conformarse con las prácticas

(1) *De Invent.*, lib. I, n. XXII.

(2) Lib. IV, c. I y II.

(3) S. Agustin.

recibidas, porque en estas materias la costumbre llega á ser ley y es siempre expuesto singularizarse. El método, dice San Francisco de Sales, es útil en todo; el orden, no por ser de antemano establecido, es ménos eficaz, y el sistema actual de dividir, por más que no sea muy antiguo, no por eso deja de ofrecer ventajas ostensibles y fáciles de apreciar.

Captarse la atencion, la docilidad y las simpatías del auditorio, exponer con claridad el asunto, probar las verdades que se han anunciado, conmover, excitar y persuadir á los oyentes, son cualidades indispensables en todo discurso, segun San Agustin; y para llenarlas no conocemos mejor medio que tener en cuenta las divisiones que marcan los autores y la práctica tiene adoptadas casi por regla absoluta y general.

El *Exordio* que prepara los espíritus, la *Proposicion* que expone el asunto, la *Confirmacion* que lo prueba y la *Peroracion* que concluye, abarcan en toda su extension no solo los límites naturales de un discurso, sino el fin, el objeto de toda oracion: hablamos en este momento en tésis general; pues ¿por qué rechazar de un modo sistemático una division que tan en armonía está con los destinos de la predicacion? No por seguir el camino que la experiencia ha trazado como bueno se sujeta el entendimiento y esclaviza la voluntad; quizá en determinados casos llegue á ser lícita la absoluta libertad que proclaman los enemigos de toda division de antemano trazada por el arte; pero no se nos podrá negar ni aun por estos mismos, que el hábito de dividir observado en un principio con vigor, facilitará esa misma libertad sin hacerla peligrosa é inconveniente.

Seigneri, entre los italianos, Fenelon, Gisbert y La Bruyere, entre los franceses, han escrito largamente en contra de las divisiones del discurso, y en sus trabajos oratorios vemos que no pudieron prescindir de las que el uso tiene establecidas (1). Los Padres de la Iglesia convienen en que dividir es natural en el hombre, y muchas veces por más que se crea lo contrario hicieron uso de las divisiones, aun cuando en la mayor parte de ellas no lo anunciaban (2).

Las divisiones sirven entre otras cosas para dar mayor interés al discurso, y de esto nos ofrecen innumerables ejemplos los mismos trabajos oratorios de los Santos Padres. San Atanasio dividió en dos partes su discurso contra los gentiles (3): San Basilio, sobre las palabras de San Pablo: *semper gaudete, sine intermissione orate, in omnibus gratias agite*, compuso dos homilias, la segunda continuacion de la primera. San Juan Crisóstomo dividió en dos partes su discurso V contra los judíos, y las mismas divisiones se observan en el de *Libello repudii* y en las homilias *Quales ducendæ uxores*, y la que versa sobre estas palabras *Vino modico utere*: San Agustin, en fin, dividió

(1) En los pocos sermones que se conservan de Fenelon, se ve que se sirvió de la division en el predicado con motivo de la consagracion del Elector de Colonia; en el de la vocacion de los gentiles, en el de la Asuncion de Nuestra Señora, en el de San Bernardo y en el de Santa Teresa de Jesus. Además, en los planes que se han conservado de sus sermones, tambien se observa que hacia uso de las divisiones. Véase el tomo XXVIII de la coleccion de oradores sagrados de Mr. Migne.

(2) Sto. Tomás, I, pars. q. LVIII.—S. Agustin, *De Doctr. chris.*, lib. II, c. XXXV.

(3) *De Incarnatione verbi Dei*, n. 1.

igualmente muchos de sus sermones; pudiendo citar entre otros el que trata del *Oficio de predicar*, el que compuso sobre el *cap. IX de San Lucas*, v. 57 y 62 y el de la *Vocacion de Marta y Maria*.

Queda, pues, demostrado que los Santos Padres dividian sus discursos, á pesar de que en sus trabajos oratorios ocultaban casi siempre el arte bajo las inestimables prendas de la sencillez y la naturalidad (1).

2. *Cualidades generales de la division. Disposicion* es aquella parte de la retórica que enseña á colocar en un órden oportuno los medios de persuadir dispuestos por la invencion.

Quintiliano (2) y el V. Fray Luis de Granada (3) comparan la oracion perfectamente dividida al cuerpo humano cuando no carece de ninguno de sus miembros: el universo, añaden, no se mantiene más que por el órden, y sin el órden, todo lo que existe pereceria.

Una buena division necesita reunir diferentes cualidades para ser aceptable, para que no caiga de lleno dentro de la crítica de los que de un modo absoluto condenan el uso de las divisiones. En este supuesto decimos que debe ser *sencilla y natural, justa y oportuna, de regulares dimensiones, progresiva y práctica*.

La division debe ser *sencilla y natural*; con las cualidades opuestas, léjos de contribuir á que el auditorio se

(1) Véase la homilia *In illud Ego Dominus Deus feci lumen ad tenebras*.

(2) L. VII, *præm.*

(3) Lib. IV, cap. 1.

fije de un modo claro y evidente en el objeto del discurso, contribuirá á hacerle más intrincado y ménos agradable. Algunos predicadores, cuidándose ménos de la edificacion de las almas que del placer de sorprender á sus oyentes y atraerse una admiracion estéril y pasajera, se esfuerzan en idear planes nuevos é intrincados, formando un verdadero laberinto en que ellos mismos suelen perderse: esto es contrario á los principios de la sana razon.

Si en la construccion de un edificio se olvidan las principales reglas de la arquitectura, las que están basadas en la naturaleza de los cuerpos, en los principios de la solidez y de la trabazon de las partes, el edificio, sea pequeño ó grande, una choza ó un palacio, jamás llegará á su término: del mismo modo sucede con un discurso; si se comienza bruscamente, si se olvidan los principios de una graduacion natural, si se deja de enlazar una idea con otra, un período con otro, en este caso el discurso no se construye, ó si se construye es de un modo imperfecto y por lo tanto contrario á los preceptos generales de una buena predicacion.

La division debe ser *justa y oportuna*, es decir, no abrazar ni más ni ménos que lo que prudentemente puede conservarse y resulte la materia de que se trate; procurando que las divisiones constituyan un todo armónico. La confusion es en este particular un defecto bastante para desvirtuar las mayores bellezas de un discurso sagrado.

Si la division no se acomoda á las buenas reglas de la *proporcion*, si no se *encadena* y distingue por una tendencia *práctica*, es seguro que el orador se fatigará sin resultados.

De la unidad debe bajarse á la division, y con los extremos en que se ha dividido la materia ha de resultar la unidad, que es el *componendo* y *dividendo* de que habla Santo Tomás: «De aquí deduce con grande oportunidad el Sr. Martinez y Sanz, que las divisiones más perfectas son aquellas cuyas partes van creciendo en interés, porque su primer extremo es una preparacion para el segundo, y este una confirmacion del primero. Este perfecto orden guardó San Basilio en su homilia *Quod Deus non est auctor malorum*, la cual dividió en estos términos: 1.º Nada nos acontece que no sea por la voluntad de Dios. 2.º Nada de lo que nos acontece es un mal verdadero. Y 3.º Todo lo que nos acontece es lo mejor que nos puede suceder. Plan fecundo que facilitó al santo Doctor un desarrollo siempre progresivo en fuerza y en interés. San Juan Crisóstomo en el elogio de San Ignacio le presenta: 1.º Como obispo. 2.º Como obispo apostólico. Y 3.º Como obispo apostólico y mártir. San Agustin conservó perfectamente la unidad en esta triple division: 1.º Hay un amor humano que es lícito. 2.º Un amor humano que es ilícito. Y 3.º Un amor divino que es perfecto.

El olvido de estas reglas y el abuso de multiplicar excesivamente las partes del discurso, fué sin duda lo que, respecto de la elocuencia sagrada, hizo renacer en el siglo XVII la cuestion agitada entre los antiguos, sobre si el método de dividir es útil ó perjudicial. Fleury y Fenelon, en los tiempos modernos, han renovado esta discusion condenando las divisiones.

Demostrada la necesidad de hacer uso de las divisiones, y aunque ligeramente consignadas las cualidades in-

dispensables de una acertada division, vamos á ocuparnos de las *partes del discursu* dividiéndolas en cuatro secciones: en la 1.^a hablaremos del *Exordio*, comprendiendo bajo esta division el texto, la introduccion general, el anuncio del asunto y de las partes, la invitacion y la invocacion ó *Ave Maria*; en la 2.^a nos ocuparemos de la *Proposicion*, parte primera del cuerpo del discurso; en la 3.^a de la *Confirmacion*, parte indispensable en todo discurso; y por último, en la 4.^a de la *Peroracion*.

PARTES DEL DISCURSO.

EXORDIO.

El *Exordio* es aquella parte del discurso que tiene por objeto disponer el auditorio para oír favorablemente lo que se va á decir, ó lo que es lo mismo, ganar su benevolencia, excitar su interés y fijar su voluntad: *Reddere auditores benevolos, attentos, dociles* (1).

El *Exordio* no siempre es necesario, pero nunca es inútil si está bien dispuesto y preparado; la gran dificultad está siempre en saber comenzar: el que comienza mal no acaba nunca bien; el que consigue en un principio captarse las simpatías de los que han de escucharle, tiene mucho adelantado; pues la razon misma enseña que tal debe ser el primer propósito del orador si pretende que su palabra tenga un feliz resultado.

(1) Ciceron, *De Inventione*, lib. 1, n. XV, tom. I, p. 18.—*Oratoria partitiones*, n. VIII, t. I, p. 408.—*De Orat.*, lib. II, n. XIX, t. II, p. 116.

Si el orador produce en los primeros momentos la vacilacion, la duda ó el desagrado, si no se capta las simpatías de los oyentes es perdido, y de aquí la oportunidad de este consejo de Ciceron: *Vestibula honesta, aditusque ad causam faciet illustres*.

Es preciso que el orador se presente con modestia, que observe, en fin, las reglas del arte con el tino y la prudencia que siempre hemos aconsejado. La vanidad, la pretension, ese aire de satisfaccion con que algunos suben á la cátedra de la verdad, son impropios del carácter elevado de sus funciones y previene de un modo muy influyente en contra del predicador. La modestia revela el talento y la virtud, imprime al discurso un carácter de sencillez que abre el camino á la persuasion, excita el interés, atrae el afecto y la benevolencia, pone en relieve la consideracion que se tiene con el auditorio; y contento el oyente con ser respetado, se dispone á escuchar de una manera favorable (1). Debe evitarse, segun estos principios, el hablar de sí mismo en el *Exordio*, porque hablar para alabarse es vanidad, hablar para excusar la cortedad del talento, es un refinamiento de amor propio, es casi un olvido de la dignidad del ministerio evangélico.

Bajo el *Exordio* se comprenden, como ya hemos dicho, distintas partes que los retóricos enumeran por lo comun

(1) *Omnis sui jactatio*, dice Quintiliano en el libro XI de sus Instituciones, cap. I, *affert audientibus non fastidium modo sed odium; habet enim mens nostra natura sublime quiddam et erectum et impatiens superioris; ideoque abjectos aut summittentes se libenter allevamus, quia hoc facere tanquam majores videmur, at quoties discessit æmulatis, succedit humanitas. At qui se extollit, premere ac despiciere creditur, nec tam se majorem quam minores ceteros facere.*

con demasiada minuciosidad: al señalar las reglas los preceptos á qué debe someterse esta parte del discurso, sabe hacer mérito de esas mismas partes que le componen.

Bajo este supuesto y aspirando siempre á ser breves para que en vez de allanar dificultades este libro las aumente á juicio del lector, diremos que el Exordio debe ser *corto, sencillo, claro, exacto* y en *armonía*, no solo con el asunto, sino con las *disposiciones del auditorio*.

1.º Debe ser *corto*, esto es, debe ir pronta y directamente á su objeto, que es anunciar y exponer en globo la materia del discurso. No requiere ni pormenores, ni argumentos, ni pruebas, ni digresiones y pensamientos accesorios. Cuando más, pueden insinuarse sentimientos análogos al asunto, ó si es un panegirico, hacer un bosquejo del héroe que se va á ensalzar.

Un Exordio largo fatiga al oyente, le previene contra todo el resto del discurso, dejando adivinar que será interminable, gastando anticipadamente su atención y también hasta el vigor y la inteligencia del orador, que debe reservarse para el cuerpo del discurso.

La demasiada brevedad no es ménos dañosa y debe evitarse con no menor cuidado: la regla es que debe haber proporcion entre el Exordio y la serie del discurso, como entre la cabeza y el resto del cuerpo, entre el vestíbulo y el conjunto del edificio (1).

2.º El Exordio debe ser *sencillo*, esto es, han de evitarse en él el brillo y la pompa de las figuras, los impulsos vehementes y la magnificencia de los giros oratorios. En

(1) Cic., *De Orat.*, lib. II, 320.

la tranquila situación en que todavía se halla el oyente necesita un lenguaje pacífico, una exposición breve, sencilla y modesta del asunto; y si se admiten impulsos oratorios, que sean estos dulces y apacibles. El día más hermoso no principia por un sol brillante, sino por una claridad tibia y tan débil, que participa en gran parte de la oscuridad de la noche (1); por la misma razón es menester no elevarse sino por grados á los grandes efectos de la elocuencia. Mucha dignidad y muy poco brillo y adorno, tal es, según Ciceron, el carácter del Exordio: *Gravitate plurimum, splendoris et concinnitatis minimum* (2).

Si el orador descubre desde el primer momento un gran artificio, desde luego demuestra que aspira á conquistar aplausos más que á lograr conversiones, cuya sospecha le hará perder toda la consideración y respeto á que debe aspirar.

Hay, no obstante, excepciones en cuanto á la sencillez del Exordio: este podrá ser brillante cuando los oyentes estén penetrados de grandes sentimientos ó inspirados por las circunstancias, ó cuando estas exigen un Exordio *repentino* y apasionado, en cuyo caso deberá ser patético y sostenido por grandes impulsos. También debe considerarse como una excepción, tratándose de la sencillez del Exordio, cuando el asunto es de tal magnitud y tan conocido, que el auditorio no necesita ser conducido gradualmente á los grandes impulsos y conmociones. Un ejemplo de esto nos presenta el Exordio del famosísimo discurso de San Juan Crisóstomo, que íntegro hemos colocado en la pri-

(1) Cic., *De Orat.*, lib. II, 317.

(2) Lib. I *De Invent.*, XXV.

mera parte de este trabajo (1) y que como modelo recomendamos á la juventud estudiosa.

No estará fuera de lugar que aconsejemos en este punto la mayor sobriedad, pues más vale reservarse para el lleno del discurso, que decaer visiblemente conforme el orador se va aproximando al final.

3.º El Exordio debe ser *claro*, esto es, presentar el asunto del discurso bajo un aspecto luminoso, con precisión y exactitud, de una manera fácil de comprender y retener; pues de lo contrario el oyente camina á tientas, sin saber á dónde quieren llevarlo: esta oscuridad disgusta y previene desfavorablemente contra el orador.

4.º El Exordio debe ser *exacto*, porque ninguna parte del discurso es escuchada con mayor sangre fría ni más atención. Desde el Exordio se comienza á apreciar el mérito del predicador, y el juicio que en esta parte se forma influye sobre el que ha de conceptuarse decisivo al final, porque está en la naturaleza del hombre hallarse propenso á dejarse llevar en sus juicios de sus primeras impresiones.

5.º Debe *acomodarse á las disposiciones de los oyentes*, esto es, armonizarse con los sentimientos del auditorio en términos que todos queden satisfechos y dispuestos á oír con gusto la materia que se les anuncia. Para esto es menester mostrarse político y afable, aunque con dignidad, no herir de frente ciertas preocupaciones, mostrar una gran benevolencia y un gran celo por el bien de los oyentes, sin hacer ostentación, como cier-

(1) HISTORIA, tom. I, cap. V, pág. 295.

tos predicadores que con frecuencia repiten: *mi celo*.

Conviene asimismo que el aspecto y las palabras del predicador revelen que se halla persuadido y lleno de las verdades que se propone enunciar y probar. Nada predisponen como el acento de la persuasión, porque entónces se tiene la convicción de que al hablarles no mueven al sacerdote sino miras de fé y motivos más elevados que los intereses de la tierra.

No es ménos oportuno mostrar el asunto por los lados que ofrezca mayor interés, haciendo resaltar su importancia, sin imitar por esto á esos predicadores que cada vez anuncian que van á tratar la materia más excelente, y al hacer ciertos elogios de la elección del estudio rebajan de un modo más ó ménos directo todos los demás. El predicador prudente es más modesto, y se contenta con presentar la importancia de la verdad que va á tratar.

6.º El Exordio *debe estar en armonía con el asunto*, esto es, que debe conducir á él por una relación necesaria y tener con el cuerpo del discurso una conexión esencial, como la cabeza con el cuerpo (1). Un Exordio vago que puede aplicarse á toda especie de materia ó ser separado sin perjudicar el discurso, es vicioso. Por otra parte, todo pensamiento que no va directamente al asunto, que no se dirige pronto al hecho ni hace pensar en él á los oyentes, es un extravío censurable. En vano se pretenderá conquistar de nuevo la atención despues de haberla extraviado, por lo que en semejante digresión hay no solo un abuso, sino un peligro.

(1) Cic., *De Orat.*, lib. II, 325.

A fin de evitar estos inconvenientes, aconseja Cicerón (1) que no se haga el Exordio sino despues de todo el resto del discurso, porque entónces conociendo á fondo todo el asunto, es más fácil hacer salir de él el Exordio como una flor de su tallo y no poner nada que no tenga con él una íntima relacion.

A pesar de ser consejo de un maestro, nos parece un poco aventurado: supuesto el sistema de componer un discurso, que por nuestra parte hemos aconsejado, y debiendo preceder la eleccion, la meditacion, el estudio del tema, el exámen de las partes en que puede dividirse, parécenos más seguro comenzar por la composicion del Exordio para de él deducir sin violencia las demás partes del discurso.

Pretender hacer un buen Exordio cuando se ha construido el discurso, nos parece tarea algo difícil y expuesta á que ó la cabeza no corresponda al resto del cuerpo, ó el cuerpo disuene de un modo notable de la cabeza.

Inspirado, convencido, poseido el orador, no tema el dar principio á la composicion por el Exordio; esto es lo más lógico, lo más sencillo y natural.

Los autores distinguen diversas clases de Exordios, *sencillo, insinuante, pomposo y vehemente*: el 1.º consiste en exponer con brevedad, con claridad y sin estudio la materia de que se va á tratar; el 2.º se emplea siempre que se conceptúa que existen en el auditorio disposiciones poco favorables que es menester destruir gradualmente, y en estos casos el orador necesita apelar á las buenas reglas

(1) Cic., *De Orat.*, lib. II, 315, núms. 318 y 319

de la persuasion; el 3.º consiste en desplegar desde el primer momento cuanto da de sí un asunto brillante, un tema de antemano conocido, como el panegirico de un santo ó la oracion fúnebre de un personaje ilustre; y el 4.º, en fin, es, cuando supuestas ciertas condiciones en el auditorio, se comienza llamando su atencion de repente y con calor; en estos el orador necesita tener un gran ascendiente con su auditorio.

Hecha esta division, el buen sentido debe ser la guia del predicador; meditando el Exordio con detenimiento, pues del modo de comenzar pende, como hemos dicho, casi todo el éxito de la predicacion: *Dimidium facti qui cepit habet*, dice Horacio.

El Exordio abraza dos partes principales de que nos conviene hacer especial mencion: el *texto* y la *invocacion*.

Examinemos con alguna detencion estos dos puntos.

TEXTO. En los primeros siglos de la Iglesia se introdujo el uso de colocar á la cabeza de las instrucciones orales que se daban al pueblo un pasaje ó *texto* del Evangelio. Los judíos apoyaban sus enseñanzas en los Profetas, y hasta Jesucristo mismo sancionó esta costumbre (1), que los Apóstoles (2) y los Padres siguieron por su parte como conveniente para evitar que la atencion del auditorio se fatigase demasiado; teniéndose que fijar en todos los pasajes que ofrecen ó presentan los libros santos, aun tratándose de una misma materia.

(1) S. Lucas, cap. IV, v. 15.

(2) *Hechos apostólicos*, cap. XII, v. 15.

Con posterioridad se abusó del texto, hasta el punto de vernos precisados á confesar con un autor de reconocida sabiduría (1), que esta costumbre ha perdido para muchos su verdadera significacion, tomándose sin gran cuidado textos á la aventura y olvidando que la perfeccion en este particular consiste en que el texto sea tal, que contenga, por lo ménos, la idea general y dominante en el discurso.

« Parece á muchos cosa difícil, dice el Sr. Martínez y Sanz, encontrar textos oportunos; pero esta dificultad procede, en nuestro juicio, de que se invierte el orden natural de la predicacion; fijanse *a priori* en una materia y para explicarla recurren á la Sagrada Escritura, y quizá, hablando con más propiedad, rebuscan lugares de los libros sagrados, cuando lo que debieran hacer es estudiar la Sagrada Escritura, fijarse en alguno de sus pasajes y explicarle al pueblo, sirviéndose al efecto de sus propias facultades y de los recursos del arte, en cuyo caso es indudable que los textos serían, y no podrían ménos de ser, oportunos.

Este era el método de los Santos Padres, quienes deducian de las palabras de los libros santos sus sólidas y admirables instrucciones. La palabra divina, dice San Juan Crisóstomo, es como el incienso, siempre despide buen olor, pero si cae sobre las ascuas difunde su aroma á larga distancia; así también la Sagrada Escritura, con el fuego de la meditacion se desarrolla y manifiesta toda su riqueza: ni una sola palabra hay en los libros santos que carezca de profundo sentido y de grande enseñanza. Co-

(1) Sr. Martínez y Sanz. Obra citada.

nociarlo así este gran santo por experiencia: profundamente versado en la ciencia de las divinas Escrituras es, entre los oradores cristianos, quien las ha expuesto con mayor solidez y elocuencia: de estas palabras *vino modico ulere; salutato priscillam et aquilam; acta Apostolorum* y otras parecidas que solemos leer mil veces sin que digan nada á nuestro espíritu distraído, ha deducido con verdad y naturalidad algunas de sus más sólidas y elocuentes instrucciones. Tan cierto es, que al orador cristiano que estudie y medite los libros sagrados no le faltarán textos oportunos y temas fecundos para sus composiciones. »

Es por otra parte oportuno y conforme al carácter de la elocuencia sagrada el uso del texto y el que un discurso relativo á la religion comience con palabras de la religion misma.

De aquí las reglas que acerca del texto deben tenerse presentes, segun los maestros de la palabra cristiana:

1.^a El texto debe comprender en sustancia todo el asunto del discurso y contener al mismo tiempo division, ya en términos formales, ya en consecuencias fáciles de inferir. Debe ser como un tema cuyo desarrollo ha de venir despues, ó más bien debe ser todo el discurso en compendio, de suerte que despues de haberlo oído pueda ya preverse sin la menor dificultad cuál será la materia del sermón.

2.^a El texto debe estar naturalmente en relacion con la materia del discurso, pues un sentido forzado desde el principio chocaria en extremo á los oyentes y contribuiria á extraviarlos.

Conviene asimismo que sea literal, porque si el texto fuera alegórico, su aplicación sería por lo general oscura ó al menos larga y forzada, y no se podría llegar á ella sino por un largo rodeo que la brevedad del exordio no permite. Hay no obstante casos en que la aplicación literal de la Escritura es menos necesaria, y á veces tambien no es posible; por ejemplo, en los panegíricos y oraciones fúnebres, en los discursos de circunstancias y en ciertas materias de moral. De aquí proceden los textos empleados por Flechier en la oración fúnebre de Turena, por Bossuet en la oración fúnebre de la reina de Inglaterra (1), por Massillon en su discurso sobre la excelencia del sacerdocio, y otros que pudiéramos citar.

3.^a El texto no debe ser ni demasiado largo ni demasiado corto: demasiado largo, porque no se retendría en la memoria; demasiado corto, porque sería extraño. En otro tiempo un predicador inició este texto: *Siluit*, y se calló; los oyentes no pudieron menos de mirarse unos á otros con extrañeza.

4.^a Es preciso hacer del texto una traducción sencilla y fiel, sin paráfrasis, amplificaciones ni redundancias: todo esto sería extemporáneo.

5.^a El libro del Eclesiástico, por los infinitos elogios que contiene del héroe del Antiguo Testamento, es una riquísima mina que el orador sagrado puede y debe aprovechar en el panegirico de los santos del Nuevo. Todos los libros sagrados son igualmente canónicos y dictados por el Espíritu Santo, por lo cual todos ellos son fuentes abundantes

(1) *Histórico*, tom. II.

á que para la elección del texto debe acudir en todo tiempo y circunstancias el predicador.

INVOCACION. Es una costumbre digna del mayor elogio, no solo comenzar los discursos sagrados con la señal de la cruz, sino invocando la protección de la Santísima Virgen, interponiendo su valimiento y sus méritos para obtener las luces que son necesarias al predicador y las disposiciones que para escucharle con fruto deben tener los oyentes.

Entre todas las saluciones á la Reina de los Angeles, ninguna tan tierna y expresiva como el AVE MARÍA. La época en que se introdujo esta costumbre tan laudable como piadosa no es posible fijarla con exactitud, si bien se cree que á principios del siglo XV, siendo practicada por San Vicente Ferrer: su objeto, segun dicen algunos, fué para contrarrestar las atrevidas afirmaciones de los hereges en contra de las altas prerogativas de la Madre de Dios (1). Despues se introdujo como un uso comun en todos los sermones.

Nada más natural, dice Hamon, que cuando el sacerdote se propone destruir el reinado del demonio reclame confiado los auxilios de la que destrozó su cabeza; cuando se dispone á explicar el dogma invoque á la que ha destruido todas las heregias; cuando ha de hablar de la salvacion emplee palabras celestiales y acuda á la que es el refugio de la humanidad, su consuelo y el canal por donde nos llegan los beneficios todos de Dios.

Algunas veces al final del exordio y ántes de la invo-

(1) *Lamis Reth.*

cacion se suele dirigir un elogio ó saludo de cortesía hácia el personaje que preside la fiesta, como el Obispo, un rey ú otra persona de distincion: por nuestra parte no vacilamos en desechar tales cumplidos como contrarios al lugar y á la presencia de Dios. El púlpito no es lugar de alabanzas para los mortales, y en el templo todos son igualmente acreedores á las atenciones y respetos del predicador. «No os tributaré alabanzas, decia un célebre orador á Luis XIV, porque no las he hallado en el Evangelio.»

En este punto han fracasado grandes oradores, y por eso nos parece que solo en casos muy contados y cuando así lo exija la etiqueta, podrá hacerse un cumplido tan rápido, tan comedido, que no hiera á los demás, no excite la vanidad de aquel á quien se dirige ó contriste su modestia y contrarie su virtud.

Por último, diremos con un autor moderno, que las principales reglas á que el orador sagrado debe ajustar la preparacion del exordio, se encierran en un consejo de San Ambrosio, aplicable á las demás partes del discurso, pero muy especialmente á las que se dirige á atraer la atencion, la benevolencia y la docilidad de los oyentes: *Oratio sit pura, simplex, dilucida, atque manifesta; plena gravitatis et ponderis; non affectata elegantia, sed non intermissa gratia.*

PROPOSICION.

La *proposicion* hemos dicho que tiene por objeto exponer el asunto que se va á tratar. En la *proposicion* puede decirse que comienza en realidad el cuerpo del

discurso; es como la puerta de entrada, y las ideas dominantes en el exordio deben, segun la opinion de un escritor contemporáneo, terminar como líneas convergentes en la *proposicion*; esta ha de nacer espontáneamente de aquel y formar su resúmen claro y sencillo. Con este fin observa Quintiliano (1) que alguna vez se omite la *proposicion* porque en el exordio ó narracion va suficientemente declarado el objeto del discurso, y esta misma correspondencia ha de existir entre la *proposicion* y el discurso; pues como dice el V. Granada, es la que brevemente comprende el estado y suma de toda la causa (2); y Quintiliano añade: *Mihi autem propositio videtur omnium confirmationis initium* (3); todo lo cual ha expresado Fnelon en esta cláusula: *El discurso es la proposicion explanada*; la *proposicion* es el compendio del discurso (4).

Libre el orador de toda traba, conquistada la voluntad, el interés y la benevolencia del auditorio, no debe hacer uso en la *proposicion* de digresiones impertinentes, de nada que distraiga la atencion y aparte á los fieles del fin que se propone, de la enseñanza que desea inculcar en su ánimo y la verdad que ha de dominar su entendimiento y mover más tarde su corazon.

La *proposicion* ha de ser *una, clara y útil*; una, porque de esta cualidad pende el éxito del discurso; clara, esto es, expresada en términos sencillos y naturales, sin tropos,

(1) L. IV, c. IV, t. I, pág. 247.

(2) L. IV, c. I, §. III, pág. 239.

(3) L. IV, c. IV, t. I, pág. 247.

(4) Carta á la Academia francesa sobre la elocuencia, etc., n. IV. pág. 122.

ni figuras; y útil, porque se ha de dirigir al bien espiritual é instruccion de los fieles.

«La proposicion, dice el Sr. Martinez y Sanz, no es necesaria cuando se ha declarado suficientemente el objeto del discurso en el exordio ó en la *narracion*. Esta no tiene lugar determinado en el discurso; mas cuando se use de ella, sea en el exordio, ó inmediatamente despues de la proposicion, ó en la confirmacion, segun los casos, debe ser conducida de tal manera que ilustre el discurso y predisponga favorablemente el ánimo de los oyentes para vencerlos y persuadirlos; debe ser por lo tanto clara, breve y probable, esto es, que corresponda á la naturaleza y propiedades del objeto: segun San Isidoro, *Narrantum est ita, ut breviter atque aperte loquamur*. Son interesantísimas por su claridad, brevedad y naturalidad las narraciones de la vuelta de Tobías á la casa paterna (1), y la de Pedro á la casa de María, madre de Juan, en la noche en que el Angel le sacó de la cárcel (2). Sobresalen en este género San Atanasio y el Nacienceno, quien por ejemplo, en su oracion *In laudem magni Basilii*, nos ha dejado narraciones admirables.

No se crea que la narracion, continúa el autor antes citado, versa siempre sobre hechos, en cuyo caso se llama HISTÓRICA: alguna vez se designa con el nombre de *narracion* la aclaracion de la doctrina, con el objeto de fijar su sentido y excitar la atencion de los oyentes: en este caso recibe el nombre de DOCTRINAL. Los Santos Padres han so-

(1) C. XI.

(2) *Art.* cap. XII.

bresalido en uno y otro género; su predicacion versaba sobre las verdades de la religion, la que, segun observa San Basilio, se enseña en gran parte con la historia: pues, como dice tambien Fenelon, todo en ella es tradicion, todo historia y antigüedad (1). Exponiendo el Génesis, los Salmos, los Profetas y otros libros santos, gran parte de su predicacion debió consistir en narraciones, unas veces doctrinales y otras históricas: comenzaban explicando los pasajes del texto sagrado donde se contenia la doctrina y la exornaban con narraciones de una y otra especie; así excitaban la atencion de los fieles y la fijaban en el objeto de sus discursos.»

La narracion forma parte integrante de la proposicion y sirve en toda la sucesion del discurso de punto continuo de partida y de referencia: en los discursos sagrados la narracion es poco frecuente.

Tambien la *division* forma parte de la proposicion, y esta ha de presentarse con la mayor naturalidad, en términos que los fieles presuman que se han hecho subdivisiones más en su obsequio, que como medio artístico de explanar ó esclarecer un punto que ya le ha sido presentado con toda claridad y precision. Si las subdivisiones revelan estudio y artificio, el oyente no ve en el predicador mas que al retórico, y en esta persuasion ni se mueve ni se persuade.

Tampoco es necesario anunciar de antemano y á cada punto las subdivisiones: basta indicarlás en proporcion que se van presentando.

(1) *Dial.* II sobre la elocuencia.

CONFIRMACION.

Una vez presentado con toda precision y claridad el asunto del discurso, es preciso ocuparse con gran esmero en probar las verdades que se han expuesto; tal es el objeto de la *confirmacion*, parte importantísima en los trabajos oratorios destinados á la cátedra de la verdad.

Por bien dispuesto que se encuentre el auditorio, por más que se haya conseguido llamar su atencion, preocupar su espíritu y hacerle entender perfectamente las verdades enunciadas en la proposicion, el discurso será un plano excelente, pero no el edificio que por él se ha debido construir.

En la confirmacion debe poner el orador un gran esmero; esta parte toca mas bien en su esencia á la lógica que á la elocuencia; sin embargo, la elocuencia no solo tiende á *mover*, como hemos dicho ántes de ahora, sino á *convencer*, y las *pruebas* son las que sirven de base á las convicciones, luego que la emocion se pasa.

Un discurso desprovisto de pruebas, es un cuerpo sin alma, un edificio sin cimientos: el fin que el orador sagrado se propone es siempre establecer una verdad, proclamar un deber, destruir un vicio, asegurar el imperio de una virtud y la obediencia á los mandatos de Dios; si no demuestra lo que afirma, la duda penetra en el alma de los fieles y cual veneno mortífero destruye la inclinacion natural, que segun San Agustin, tiene el hombre á la verdad: *Amant homines veritatem lucentem, oderunt eam re-*

dargentem. Un sermón que no descansa sobre una serie de proposiciones bien coordinadas entre sí y dirigidas sin violencia á una conclusion lógica, no es mas que una masa de carne sin músculos y sin huesos, un globo lleno de aire.

El orden religioso, el racional, el intelectual, el de sentimiento y el histórico, son un abundante arsenal, una mina riquísima, siempre explotable para sacar pruebas abundantes, para *demostrar* y *rebatir*, que ambas cosas entran dentro de la confirmacion.

El orden, el método, la variedad y la claridad son necesarias á la confirmacion. El talento del orador entra por mucho para acertar á llenar estas condiciones de una buena exposicion de las pruebas. Ciceron aconseja que se empiece y concluya por las más fuertes, haciendo que las más endebles se deslicen siempre entre otras menos poderosas y decisivas (1). Quintiliano examina esta cuestión y sostiene que la naturaleza y las necesidades de la causa que se defiende determinan por sí solo la disposicion de las pruebas: *Semper augeatur et crescat oratio* (2). Fenelon sustenta los mismos principios (3).

Esta progresion recomendada por los maestros, es muy propia del discurso sagrado, en el cual no hay un contrario que obligue á alterar el plan de antemano concebido en la disposicion de las pruebas.

El orador sagrado debe procurar con gran esmero no

(1) *De Orat.*, lib. II, núms. 313 y 314.

(2) Lib. V, cap. XII.

(3) *Diálogo sobre la elocuencia*, II.

caer en la controversia y convertir el discurso en una lección teológica. Después de haber presentado una verdad, debe procurar grabarla profundamente en el alma del auditorio, apelando ántes al sentimiento que á su demostración; esta viene naturalmente después: el orador sagrado debe proceder en este punto á la inversa del abogado; debe descender de lo general á lo particular y elevarse de lo particular á lo general, enlazando hábilmente las máximas y los hechos, en términos que no se trasluzca un gran trabajo en este encadenamiento.

El gran maestro San Agustín dice, que el predicador que estudie la doctrina bajo todos sus aspectos y en todas sus relaciones, ese sabrá hallar razones convincentes y pruebas desivas: *Scribendi recte sapere est principium est fons.*

El predicador necesita la dialéctica, porque ella es la disciplina de las disciplinas, la que enseña á aprender y á enseñar: *Docet docere, docet discere*; pero cuide mucho el orador sagrado de abusar de la dialéctica, olvidándose del poderoso influjo de los afectos en las decisiones de la vida y en los movimientos de la voluntad y el corazón.

San Agustín hace una verdadera distinción entre el dialéctico y el orador: *Verus disputatur si late diffuseque faciat eloquenter facit, alioque tunc censetur augeturque vocabulo, ut dictor potius quam disputatur vocetur... si autem presse atque constricté, magis eum disputatorem, quam dictorem appellare consueverunt.* La dialéctica es concisa en sus formas, la elocuencia ámplia en su expresión, según el tan sabido símil de Zenón: *Hæc... latior...*

illa... contractior, dice Cicerón (1). La dialéctica es al discurso lo que al cuerpo humano son los nervios y los huesos; la elocuencia es como la piel y carne que los reviste y la sangre que los anima: esta comparación, común entre los maestros del arte, es tan propia como expresiva; un discurso sin dialéctica carecería de fuerza, y sin adorno oratorio no tendría animación.

Interesa mucho á los predicadores hacer un buen uso de la razón.

«No es bastante, dice un antiguo y reputado escritor (2), el ejercicio del pensamiento en la invención del asunto, en las transiciones, en la organización del discurso y en otras cosas de este género. Las pruebas sacadas del fondo de la materia, los motivos que se han reflexionado, los principios ya combinados, los lugares comunes artificiosamente aplicados, todo esto es necesario para hacer valer la autoridad de las Escrituras y de los Padres, para que el predicador adquiera también el crédito conveniente y para multiplicar las instancias, á fin de que resulten buenos efectos.

Una oración, apoyada solo en el simple testimonio de la autoridad, aunque esta sea terminante, con todo deja la verdad en especulación y como en abstracto. Es cierto que se fija en el espíritu; pero para persuadir y para que el oyente se convenza es necesario recurrir á la combinación y á la armonía de la autoridad, la razón y la verdad con hechos prácticos; es preciso penetrar hasta lo más

(1) *Orat., Homilia XXXII.*

(2) El Obispo de Beja, *Memorias históricas del ministerio del púlpito.*

oculto del corazón y arrancar el secreto de entender bien lo que se haya en él sofocado por la malicia, lo cual se consigue únicamente con el buen uso de una elocuencia apurada y sólida (1).

Nunca será bastantemente encarecido el elogio que se debe al uso de la elocuencia, siempre que esta se practique con la fuerza de que es capaz. Esta propiedad podrá poseerla aquel predicador que se interesase en el objeto que ha de proponer y de promover. El hombre que se halla alucinado ó para dejar de conocer, ó para justificar los objetos diversos que le ocupan y arrastran: este hombre ¿de cuántas maneras no pide se le presente la razón que lo debe desengañar y persuadir? Esta razón conducida bien, es la que vigoriza y hace valer la verdad, es la que excita la deliberación para la enmienda en aquel que tenazmente la resiste, y es la que pinta y hace horribles las pasiones en el mismo tiempo que estas embelesan y atraen. Las voces con que la razón se explica y significa, dispone á los insensibles y obstinados para un movimiento saludable: la oración elocuente desenvuelve y entresaca de la autoridad de un Padre y de un texto sagrado los secretos que se ocultan á aquellos que la proponen simplemente: ella descubre la grandiosidad y fecundidad de doctrinas ocultas y las insinúa. Nada hay sin la gracia y sin el trabajo de aquel que planta; y por eso es un medio acertado, para que sea esta gracia correspondida, un discurso activo que vaya penetrando la tierra árida, para

(1) San Carlos en las *instrucciones In concione autem, quam habiturus est, illud sibi potissimum*. S. Juan Crisóstomo, *Homil. XV in cālamit Antioch. Propterea ratiocinationes hominibus...*

que reciba el rocío celestial dispensado para formar la herencia del Señor. »

De tal modo se expresa el sábio Obispo portugués, y en efecto que sus consejos merecian ser reproducidos cuando las ediciones de su libro se han agotado por completo. La bondad de las pruebas es una cualidad necesaria al discurso sagrado, su conformidad con la razón conveniente siempre y hoy más que en otras épocas. El saber ordenar las pruebas y presentarlas es obra no solo de arte, sino de ingenio y oportunidad.

La confirmación es el lugar propio de la amplificación, de la dialéctica, de las figuras, las transiciones, los símiles, los ejemplos, los antítesis, los apóstrofes y cuantos recursos ofrece la retórica (1).

El enlace de las pruebas no es lo más fácil ni lo que pide ménos artificio. Depende en parte de oportunas é imperceptibles transiciones, que hacen un paso natural de una á otra: así forman un enlace como el de los eslabones de una cadena; de lo que resulta un todo ordenado en sus partes. «No basta, dice Rollin, haber encontrado pruebas sólidas: esto pertenece á la invención, ni haberlas ordenado y unido bien, que este es cargo de la disposición. Conviene saberlas desentrañar, para sentir su fuerza. Esto es lo que se llama amplificación, y en esto consiste la fuerza de la elocuencia y el arte de la oratoria (2)».

(1) Acerca de este punto véase la *Retórica* del V. Granada; por nuestra parte sería apartarnos de nuestros propósitos entrar en estos detalles propios de la preparación que suponemos en nuestros lectores.

(2) *Método de estudios de retórica*, cap. III, art. 2.

Las pruebas se han de tomar del texto, de la autoridad y de la razon. Si el sermon es de algun santo, se ampliarán sus heróicas acciones, sus virtudes. En esto faltan muchos predicadores, que componen sus discursos bajo la impresion de lugares comunes y mostrándose poco instruidos en la materia de que se proponen tratar.

Dadas las pruebas de la primera subdivision, se sacan las conclusiones y se entra en las aplicaciones de la verdad á los oyentes, á los sentimientos é impulsos oratorios, si ya no se ha entregado á ellos el orador al presentar las pruebas. En seguida conviene disponer el paso á la subdivision siguiente por medio de una transicion tan natural que apenas se perciba, cuidando sin embargo de no ocultar la marcha del discurso, cuyo método y análisis, por la inversa, es bueno hacer sentir, mostrando, en proporcion que se adelanta, las relaciones y la marcha progresiva de las diferentes partes, para conducir á la conviccion por medio de la claridad.

El mismo método debe seguirse para la segunda y tercera subdivision; en seguida se concluye la primera parte, recogiendo y agrupando juntas todas las subdivisiones, para hacer comprender al oyente todo el peso de estas fuerzas reunidas. Este es el momento oportuno de los impulsos oratorios, terminándolos con la última parte del discurso, de la cual vamos á ocuparnos.

PERORACION.

La *peroracion* es la conclusion general de todo lo que se ha dicho; instante supremo y decisivo del discurso,

momento solemne en la predicacion, que el sacerdote debe aprovechar en beneficio de las almas, poniendo en juego todas sus fuerzas, todos los recursos de su experiencia, de su saber, de su talento y su sensibilidad, llenando por estos medios los sublimes destinos de la palabra cristiana y de su mision augusta.

Esta parte del discurso que abraza la *recapitulacion*, la *deduccion ó consecuencia práctica* y la *exhortacion*, no admite nada que sea lánguido y frio: en este periodo del discurso se dirigen los tiros al corazon, no debiendo omitirse nada que no tienda á conmovérle é interesarle: el orador debe alzarse gigante y llenar con su palabra todos los ámbitos del templo. Ya no se trata de razonar, ni de probar, sino de sentir; es el sentimiento el último recurso para hacerse dueño de la voluntad, del deseo, del ánimo y del corazon del oyente. Si en estos momentos el auditorio se siente frio, si se arrodilla maquinalmente y obedeciendo más á una costumbre que á un deseo, entónces es señal de que el predicador no ha acertado á herir las cuerdas sensibles del alma.

No es difícil que pase desapercibido para el orador, si en este punto ha llenado sus deberes; ¿pero cuándo se conoce esto? cuando se ha guardado silencio, cuando se ha concluido, cuando ya no es dable encender de nuevo una llama que uno mismo ha apagado. Es esta una contrariedad angustiosa que no se puede ocultar, que nosotros hemos visto pintada en el rostro de oradores notables y que quizá, aunque en otro terreno, nos ha contristado á nosotros mismos como abogados más de una vez.

Por solo lo que acabamos de decir se deduce fácil-

mente cuán alta es la importancia de esta última parte del discurso sagrado y con cuánto esmero debe prepararse (1); ella es el momento decisivo, el postrer esfuerzo que marca la victoria ó la derrota. En la peroracion debe estrecharse fuertemente al auditorio para que se entregue, tanto á las pruebas como á las conclusiones que se le han dado; aquí es preciso arrancar lágrimas de compuncion, hacer que se formen resoluciones generosas y obtener conversiones sinceras y durables: todo debe ser vivo, fuerte y penetrante: *Quæ excellunt servantur ad perorandum*, dice Ciceron (2); y Quintiliano: *Hic, si usquam, totos eloquentiæ fontes aperire licet* (3). Aquí es menester que la pasion se inflame y reuna todos cuantos recursos proporcionan los impulsos rápidos, impetuosos y ardientes, los giros animados, las expresiones enérgicas, las figuras atrevidas y las imágenes patéticas, teniendo hasta la prevision de reservarse para este momento y no olvidarse que él necesita mayor vida, mayor energía, más voz y más calor oratorio.

La peroracion debe contener, si no siempre, al ménos las más veces, cuatro partes, que son como los elementos de que se compone.

La 1.^a es un RESÚMEN ó recapitulacion sumaria de los puntos del discurso y de las principales razones que se consideren más propias para arrancar la persuasion, á fin de que todas las fuerzas reunidas de este modo y dispuestas en orden, yendo á caer juntas sobre las inteligencias

(1) Véase al P. Albert, 2.^a parte, cap. XXXIX.

(2) *De Orat.*, lib. II, 314.

(3) Lib. IV, c. 1.

y sobre los corazones, consigan la victoria que quizá hasta entónces no ha sido tan completa y decisiva: *Si per singula minus moverat, turba valet*, dice Quintiliano (1); mas para que esta recapitulacion produzca su efecto, es menester: 1.^o que sea corta, rápida, casi imperceptible para el oyente, que se fastidiaría seguramente con oír repetir las mismas cosas, y por lo tanto ajena de todo lo que pudiera parecer repeticion y prologacion: *Ut memoria, non oratio renovata videatur*, dice Ciceron (2). A no ser así, no llenaria su objeto; pues no se trata ya de probar, sino de hacer querer lo que se ha demostrado que es preciso querer; 2.^o que sea enérgica, calurosa y variada en sus giros: puede invocarse en estos momentos á Jesucristo, á los santos.—*Si el soberano Juez se presentara en esta reunion, ¿qué alegaríais por excusaros? Se os ha demostrado que... etc.*—*Si la religion y la Iglesia hablasen en este instante, podrían deciros: hijos rebeldes, sabéis que... etc.* Otras veces convendrá trasladar al oyente á su lecho de muerte, al último juicio, á la eternidad.—*¿Qué pensaríais entónces de tal pretesto, de tal objecion? ¿No juzgaréis, segun acabo de demostraros, que... etc.* También puede comprometerse al oyente á que se arroje lleno de fervor á los piés de un crucifijo y á hacer por sí mismo el resúmen de todo el discurso.—*¡Oh Dios mio! ahora comprendo... etc.* Ya, por último, se puede recordar sencillamente el fondo del discurso por medio de estas fórmulas ú otras parecidas:—*Abramos al fin los ojos, y*

(1) Lib. IV, c. I.

(2) *De Inventione*, lib. I, 100.

comprendamos que... ¿Cómo tardais todavía en convertirnos, ni qué falta á vuestras convicciones? Habeis visto que.... etc.

La 2.^a parte de la peroracion debe contener el fruto del discurso, ó sea *las consecuencias prácticas* relativas á las costumbres que de él se desprenden. San Ligorio encargaba de un modo especial estas resoluciones á sus sacerdotes, dándoles entre otros consejos oportunos, que las enunciaran en un acto de contricion pronunciado con el acento más vivo de dolor y con todo el fuego de que fuesen capaces: este, segun el mismo santo, es el momento crítico en que han de correr las lágrimas ó prorumpir en sollozos los asistentes.

El tercer elemento de la peroracion consiste en una *exhortacion patética y vehemente* que vaya al fondo de todos los corazones, determine las voluntades y complete la victoria. Para este lugar, que forma uno solo con el anterior de que hemos hablado, han de reservarse las más vivas emociones, y aquí es donde se han de poner en juego todos los recursos de la sensibilidad y dar los mayores golpes.

En fin, la 4.^a y última parte de la peroracion es una *súplica* fervorosa dirigida á Dios ó á los santos, á fin de que nos concedan la gracia de permanecer en el camino del bien, en la senda de la virtud (1).

La costumbre de dirigir preces al Altísimo despues del discurso sagrado, es muy antigua: las *Constituciones*

(1) Puede verse la HISTORIA, tom. 2.º, pág. 324, donde se marcan ejemplos de *exordio* y *peroracion* tomados de los discursos de Bosuet.

apostólicas ya la determinan: *Deinde cuncti pariter con-surgentes, et in Orientem spectantes, egressis catechumenis, et pœnitentibus, precentur Deum* (1). Los Santos Padres terminan del mismo modo muchos de sus sermones (2); San Agustin concluia sus sermones con una deprecacion piadosa que se halla al fin de los Comentarios sobre los salmos: en España ha habido y aun se conserva la costumbre de rezar en comun, y esto en lo antiguo se practicaba en alta voz ó cantando.

Pedir misericordia en la terminacion del discurso, es consejo del IV Concilio Toledano: *Ideo oportet eodem die mysterium crucis, quod ipse Dominus cunctis nuncian-dum voluit, prædicari, atque indulgentiam criminum clara voce omnem populum postulare* (3). En el siglo XVI era ya en España muy frecuente pedir misericordia al final del discurso sagrado.

La paráfrasis de un punto de la Sagrada Escritura imprime una gracia especial á la súplica, y aun puede formar por sí sola una peroracion muy patética. Nada hay superior como modelos acabados perfectos de las partes del discurso que los Santos Padres, y en ellos deben buscarse los ejemplos que el orador sagrado debe seguir é imitar (4).

Para que la paráfrasis produzca el efecto que puede

(1) Lib. 2, cap. 52.

(2) S. Juan Crisóstomo, *Homilia* 3.^a *De Incompr. Dei Nat.* y San Basilio, *Homilia* 4.^a *In hex.*

(3) Can. 7.

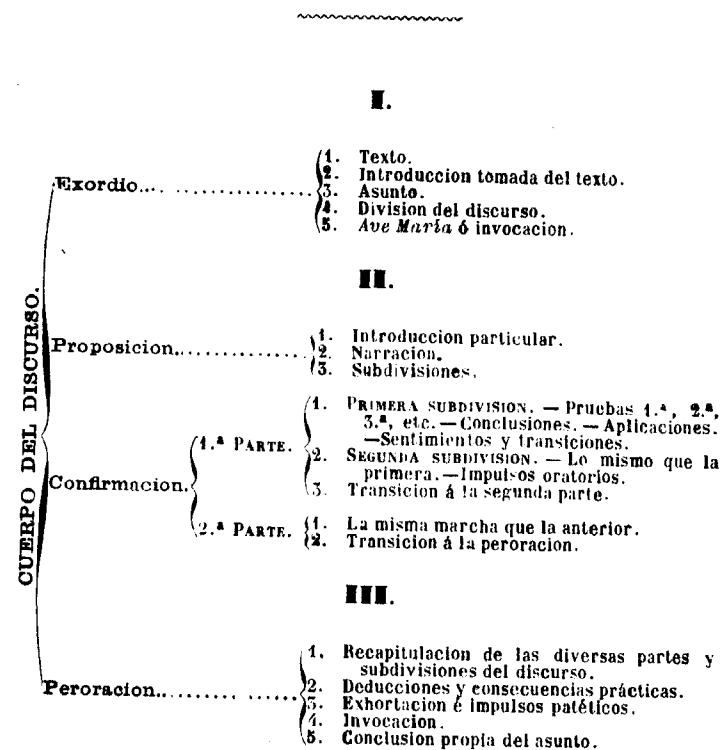
(4) En las *Enarraciones* de S. Agustin sobre los salmos abundan ejemplos de estos afectuosos movimientos.

desearse, es conveniente: 1.º que cada versículo comentado presente una rápida variedad de ideas y de sentimientos, de impulsos y de imágenes propias para excitar un interés siempre creciente en el auditorio; 2.º que haya pocos textos y que el comentario sea corto, porque de otro modo los oyentes se cansarían de oír repetir las discusiones como en el cuerpo del discurso; 3.º que el predicador sepa convertirse en intérprete de todos los razonamientos, y cada cual halle en sus palabras el lenguaje secreto de su conciencia.

No conviene terminar el discurso de un modo brusco y repentino: es preciso conducirse con gran tino para concluir, de modo que el auditorio prevea y no le sorprenda la conclusión. Tampoco es prudente ni debe olvidarse nunca llenar de esperanza el corazón más empedernido hablando como un padre afligido, para que las últimas frases hagan en todos segura y duradera impresión.

Concluiremos este capítulo recapitulando en un *cuadro sinóptico* las reglas ó preceptos que dejamos establecidos para facilitar más aun su ejecución, siempre que el discurso sagrado por su índole especial no exija otras condiciones de que hablaremos más adelante en el título III y último de este TRATADO.

CUADRO SINÓPTICO DE UN SERMON.



CAPITULO IV.

DE LA ACCION.—PUNTO PRIMERO.—*De la accion en general.*—1.º Definicion.—2.º Importancia de la accion.—3.º Cualidades de la accion.—4.º Obstáculos.—PUNTO SEGUNDO.—*Diversas partes de la accion.*—1.º Pronunciacion.—2.º Cualidades de la pronunciacion.—3.º De la voz.—4.º De los movimientos del cuerpo, de los brazos, de los ojos, del semblante, posicion de la cabeza, traje y actitud del orador sagrado.

Punto primero.

De la accion en general.

1. *Definicion.* No cumpliríamos ciertamente el compromiso que tenemos contraido de no abandonar al orador en sus trabajos respecto á la composicion y á la pronunciacion del discurso, si á pesar de lo mucho que se ha escrito sobre estas materias omitiésemos hablar de la *accion oratoria*, materia de la mayor importancia tratándose de la elocucion, puesto que viene á ser en último término la parte corporal de la misma elocucion.

Ciceron define en estos términos la accion oratoria: *Est actio quasi quædam corporis eloquentia, cum constet motu et voce*; definicion con la cual estamos enteramente de acuerdo, por lo mismo que abraza lo que dice relacion con la *pronunciacion* y lo que propiamente debe entenderse por *accion*, ó sea la voz, el gesto, la mirada, el mo-

vimiento de los brazos, la posición de la cabeza y hasta el traje y la manera de llevarlo.

La palabra *eloquentia* colocada en la anterior definición, la completa por sí sola. La vida que resulta del acertado empleo de la voz y de los movimientos es lo que en este terreno constituye el talento de mover y persuadir.

San Agustín daba una gran importancia, entre los demás sentidos, al de la vista y el oído, puesto que por ambos percibe el alma los pensamientos, cuyo vehículo son la voz y el gesto; y en la palabra y la acción es, por otra parte, donde la inteligencia se refleja de un modo más enérgico y perceptible.

La voz humana se convierte en palabra y el gesto en acción, cuando por su medio se expresan los pensamientos del hombre, en términos que no hay palabra, según el santo Doctor, si la voz, al propio tiempo que lleva el sonido a los oídos, no lleva también el pensamiento al alma: *Nisi aliquid significet, nisi aliud ad aures ferat, aliud menti inferat, verbum non dicitur.*

2. *Importancia de la acción.* La importancia de la acción está de tal manera basada en la naturaleza, que todos los siglos y todos los pueblos la han proclamado unánimes como una parte constitutiva, esencial, del discurso: sin la acción no se concibe la grandísima influencia en los destinos de los pueblos, en la marcha de las sociedades, de ese elemento poderoso que hace al hombre dueño de los demás hombres, que subyuga las voluntades y mueve los corazones.

El modo de decir las cosas importa tanto como las co-

sas mismas: *Non tam refert qualia sint quæ dicas, quam quomodo dicantur* (1); y de aquí el gran cuidado con que los antiguos se ocuparon de esta parte tan importante de la educación oratoria. La perfección del talento es lo que ha producido la perfección de los preceptos, y en la naturaleza misma basaron los grandes maestros de Grecia y Roma las reglas que nos han legado respecto de la acción, que ellos cultivaron con tan brillantes resultados. Acerca de estas materias no debe escribirse mucho, la práctica es el todo, y por nuestra parte la aconsejamos dentro y fuera del aula.

Hay, por lo común, excesiva minuciosidad en este particular en las obras clásicas; pero esto mismo demuestra cuán persuadidos estaban sus autores de lo mucho que importa que el orador posea los medios de dar a sus discursos el colorido que deben tener por medio de la pronunciación y la acción oratoria. Los jóvenes deben dedicarse a ejercicios prácticos, y nadie ser admitido, como sucedía antes, a hablar en público sin haberse ensayado asiduamente y por espacio de muchos años.

Preguntado Demóstenes, dice San Agustín para confirmar estos preceptos, cuál era la parte principal en la acción oratoria, contestó que la acción; preguntado de nuevo cuál era la segunda y cuál la tercera, contestó siempre del mismo modo; significando por este medio que en ella estriba el secreto más importante del arte de hablar.

De igual manera se expresa Cicerón sobre este punto. «La acción, dice, es el lenguaje y la vida del cuerpo... Es

(1) *De Orat.*, III, 23.

la reina del arte de bien decir... Sin ella, el mayor orador es nulo, y con ella un orador mediano se eleva sobre los más hábiles (1).»

La accion da fuerza á los preceptos y robustez á las pruebas; sin ella todo se debilita y pierde importancia é interés; las ideas, los conceptos, los movimientos oratorios, si la accion no les da colorido, si no las imprime el claro oscuro, la energia, la ternura, en una palabra, la expresion que deben tener, se esterilizan y no producen efecto alguno.

Conformes los Santos Padres con los preceptos de los antiguos maestros, aconsejan á los oradores sagrados que se cuiden mucho de la accion en sus discursos (2). San Francisco de Sales escribia al Arzobispo de Bourges: «Decir maravillas y no saberlas decir, no es nada: decir poco y bien, es mucho;» y persuadido el P. Granada de esta misma verdad, considera el libro VI de su *Retórica eclesiástica*, en el cual se ocupa de esta materia, como la más importante y de mayor utilidad.

La accion, cuando es oportuna, natural, viva, enérgica y animada, tiene, en efecto, sobre las almas una grandísima influencia y ejerce un poderoso influjo. El famoso Roscio desafiaba públicamente á Ciceron á que expresase sus ideas con mayor perfeccion y más deprisa que él con solo el auxilio del gesto, y Hortensio, muy inferior al gran

(1) *De Orat.*, LV.

(2) San Agustin, *De catech. rudibus*, cap. III; *De fide et symb.*, cap. III, y *Confes.*, cap. VIII, lib. I.—San Ambrosio, *De officiis*, cap. XIII, lib. I, y cap. XVIII.—San Bernardo, *Epist.* LXVI, y otros pasajes.

orador romano, fué su rival por solo el mérito especial de su pronunciacion y su manera de recitar. ¿De qué proviene, pregunta á este propósito un escritor contemporáneo, que entre tantos discursos como admiramos en el púlpito hay tan pocos que merezcan imprimirse? La razon es siempre la misma: consiste en que la accion comunica á todo lo que se dice un mérito que no se descubre, que desaparece cuando le falta la vida de la accion oratoria, capaz por sí sola de ocultar grandes defectos y hacer pasar por admirable un discurso que resistiria difícilmente un exámen crítico, detenido y concienzudo.

¿En qué consiste, pregunta Hamon, que los actores del teatro interesan en tan alto grado, y hasta el punto de hacer pasar al alma de los espectadores los sentimientos y las diversas pasiones que ha colocado el poeta en su composicion? La perfeccion en el modo de recitar es la única causa, de lo cual se deduce que si con auxilios profanos y puramente imaginarios, desempeñando el papel de personajes fingidos, ó simulando una pasion que no se siente, se pueden por medio de la accion producir tales efectos, ¿qué no podrá la accion bien dirigida del predicador, que en los asuntos sublimes que trata, como enviado de Dios, tiene tan poderosos medios de conmovér, de excitar la ternura y el llanto, los temores, la esperanza y el amor?

El poder de la accion es, por otra parte, un hecho cuya razon es fácil de comprender. Siendo los sentidos el camino por donde la verdad llega al entendimiento y de ahí pasa al corazon, claro es que la accion que habla al exterior tiene una grandísima importancia como elemento poderoso de inculcar la verdad; y cuanto más perfecta

sea, cuanto más revele la convicción profunda del que aconseja, dirige y enseña, tanto más impresionará en los ánimos y más seguros y duraderos serán sus resultados. La gran mayoría de los que oyen un sermón no conocen el mérito de su estructura ni la riqueza de la doctrina que encierra; pero todos están en disposición de apreciar si el sacerdote habla ó no como un hombre persuadido, y si su acción es natural ó afectada, enérgica ó débil, oportuna ó inconveniente: el juicio de la mayoría es hijo siempre de las impresiones del momento, de lo que está á su alcance y para lo cual no es necesario más que un buen criterio y una regular capacidad.

Una acción verdaderamente oratoria halaga el oído, deslumbra los ojos, lleva la admiración al entendimiento y el encanto al corazón; el placer conmueve el alma, y del placer nace la persuasión: *Splendore voces et dignitate motus fit speciorum et illustre quod dicitur*, dice Cicerón (1).

De lo dicho podemos inferir que es un deber para el predicador poseer bien los principios del arte oratorio y ejercitarse en ellos hasta hallarse completamente formado. «La conciencia me dice, escribe Hamon, que no puedo como sacerdote descuidar una cosa de la cual depende el éxito de la predicación, y que si, para perder mil veces las almas, los actores del teatro se esfuerzan con tanta solícitud en llegar á la perfección de la acción, para salvarlas debo trabajar con un celo por lo ménos igual, ya que no sea mayor y en proporción del alto objeto que me pro-

(1) *Bruto*, 250.

pongo. Por ventura, ¿será dable á los ministros de Dios debilitar por el vicio de su acción la fuerza de cuanto dicen, mientras que los ministros de Satanás, por la belleza y los encantos de la acción misma realzan la vanidad de sus discursos y hacen germinar las malas pasiones en el pecho de los que les escuchan! Esto, añade, sería una vergüenza para el clero y un ultraje á la palabra de Dios.»

Si se pretende demostrar que el arte es inútil, que la naturaleza por sí lo enseña todo, puede contestarse con Quintiliano: *Nihil licet esse perfectam nisi ubi natura cura juvatur*. Todos los talentos permanecen incultos si el arte, si los preceptos no los hacen salir á luz y no les dan ese bruído que constituye su mérito. Demóstenes hemos dicho que había recibido de la naturaleza pocas disposiciones para hablar en público, mas el ejercicio y la aplicación le hicieron conseguir la que aquella le había negado.

Si se dice que los Apóstoles no aprendieron las reglas de la acción, contestaremos que habían recibido el don de los milagros, sobradamente capaz de suplir á la elocuencia humana, y además los auxilios directos del Espíritu Santo, bastantes por sí solos para anunciar dignamente el Evangelio; que inspirados por este Espíritu divino supieron ser elocuentes, así en acción como en palabras; y por último, que San Pablo en medio del Areópago no hubiese sido escuchado, si por medio de una acción exterior unida á la sublimidad del lenguaje, no hubiera sabido cautivar la atención de aquel pueblo educado por los más perfectos oradores.

3. *Cualidades de la accion.* Para que la accion corresponda á su objeto, para que llene satisfactoriamente todas las exigencias del arte, es preciso que sea *natural, edificante, variada, expresiva, acomodada al asunto y al auditorio.*

Nada hay tan hermoso como la naturaleza; la accion *natural* es preferible á la accion más hábilmente estudiada, puesto que reúne encantos que la ciencia no puede dar, y solo ella posee el secreto de estos excelentes instantes, de esos momentos sublimes que seducen y arrebatan. La accion cuando es el producto del arte, no llega nunca á los movimientos dirigidos por una pasion real y positiva que domina al orador. Un hombre penetrado de dolor ó lleno de sorpresa acciona sin pensar, y sus movimientos son naturalmente expresivos, porque la naturaleza es quien impulsa sus manos y hace que sus ojos se muevan y se module su voz. La naturaleza es hermosa en la inmovilidad, y un orador, aun permaneciendo en una misma actitud, si esta significa el reposo de un poder que le domina, produce una gran impresion en los que le contemplan y siguen sus movimientos con creciente ansiedad.

Por el contrario, todo lo que traspasa los límites naturales, todo lo que no es producto de una posesion completa de sí, de la materia y el auditorio, desagrada y daña la peroracion. Nada hay más peligroso que el sacerdote pretenda parecer en el púlpito lo que no es, variar la voz, el gesto ó la manera ordinaria de accionar, tomando un tono declamatorio, enfático ó compungido: esto es bastante para desvirtuar muchas veces un buen sermon. En ese

tono enfático, presuntuoso, altanero ó ridículamente sentimental, impropio de la severa majestad de la elocuencia sagrada, hay grandes escollos y el oyente puede llegar á ver un hombre donde anhela adivinar un enviado de Dios.

Es, pues, de todo punto preciso que el seminarista se aplique á ser *natural*, es decir, á no dejar traslucir ni torpeza ni arte en su accion, en términos de que todos sus movimientos parezcan y sean hijos de la *espontaneidad*, libres y producidos por las sensaciones que dominen su corazon: es menester *hablar* al auditorio y no declamar, conservar la voz propia no intentando hacerla aparecer más dulce y más delicada, ó más fuerte y más llena de lo que es en sí misma.

Tan léjos han llevado y aun más sus consejos los maestros del arte; observaciones oportunas, pero que exigen por parte del catedrático más amplias explicaciones. Por lo que hace á nosotros, pudiéramos haber aglomerado en este sitio multitud de reglas, ¿y para qué? estando persuadidos que la enseñanza oratoria en este punto es necesario que sea más bien práctica que didáctica, el catedrático, despues de dictar ciertos principios fundamentales, es el único que puede dirigir al discípulo con arreglo á sus facultades, á su capacidad ó inteligencia.

Por falta de ensayos vemos tan medianos predicadores; por no dirigir prácticamente á los jóvenes, se esterilizan y pierden tantos en el ejercicio de la predicacion: en este terreno nuestros consejos son innecesarios tratándose de los seminarios, pero no así respecto de las universidades, donde la enseñanza oratoria está completamente desatendida y olvidada.

Si nuestra voz llega á los Consejeros de instruccion pública del reino, nosotros les pedimos encarecidamente que promuevan sin tregua la creacion de cátedras de oratoria en la facultad de teología y en la de jurisprudencia: acaso un solo catedrático podria explicar esta asignatura, á la cual deberian concurrir en los dos últimos años de la carrera los alumnos de ambas facultades. La historia de la elocuencia en general, los preceptos fundamentales del arte y los ejercicios prácticos, debieran ser las tres grandes divisiones de esta asignatura: sometemos esta idea á la ilustracion del consejo, seguros de que este sabria enriquecerla con mayor acierto y llevarla á feliz término con oportunidad.

Hechas estas indicaciones y volviendo al tema que nos ocupamos, debemos reasumir las siguientes reflexiones respecto de la naturalidad:

1.º Que el predicador no debe violentar su género para conseguir imitar á otro, ni separarse en lo más mínimo del círculo de sus facultades. En la elocuencia sagrada no se trata de que los oyentes se fijen en el orador, sino en obligarles á que sondeen su conciencia y abracen resueltos el camino del bien, la sonda de la virtud.

2.º Que la accion debe partir del corazon; sentir lo que se dice, es el fundamento y el secreto de una declamacion perfecta; y esto es lo que aun sin pensarlo, da á la voz el tono que conviene, al cuerpo el ademan, á las manos la postura, á los ojos el movimiento, al semblante la expresion y á la cabeza la posicion que necesita adoptar.

En este punto, así como sucede tratándose del arte de escribir, es necesario no olvidar que *pectus est quod di-*

sertos facit. Un gesto, una mirada, una inflexion propia, inspiradas por el sentimiento, sorprenden al oyente y lo persuaden. Sin embargo, no debe excluirse el arte en este punto tan esencial.

El arte corrige y enmienda á la naturaleza en aquellos en quienes el sentimiento no está bastante desarrollado; forma y perfecciona el gusto, y encamina á la naturalidad al orador que de ella se extravía. En acertar á estudiar con fruto la naturaleza y seguirla, estriba el gran secreto del arte.

La accion hemos dicho tambien que debe ser *edificante*, esto es, que el predicador necesita ostentar un exterior grave, modesto, penetrado de la santidad de su ministerio y de la verdad que predica. Este aire evangélico, este exterior de profeta, esta especie de uncion cristiana que santifica todos sus modales y se derrama sobre todo su exterior, llama la atencion, sorprende y habla al corazon, disponiéndole para las impresiones de la gracia. Con este sencillo resorte convertia San Carlos á los pueblos, aun cuando tenia una voz débil y hasta una elocuencia sencilla. San Francisco de Sales no era ménos notable en este sentido, y bastaba verle en el púlpito, segun M. de Belley, para que aun cuando no hubiere dicho nada, se adivinasen sus propósitos é intenciones. De Massillon se dice (1), que así que aparecia en la cátedra sagrada, su aire recogido y penetrado demostraba la grandeza é importancia de las verdades que iba á anunciar. «Aun no habia abierto sus labios, y el oyente estaba ya sorprendido:

(1) Prefacio de la pequeña Cuaresma, por el P. Jannart.

comenzaba al fin, y parecia no poder contener dentro de sí las verdades de que estaba lleno. Hubiérase dicho que un fuego interior lo devoraba, y que era una necesidad para su alma manifestarlo exteriormente. Entónces todo hablaba en él, todo persuadia, todo llevaba al auditorio la conviccion y el sentimiento: decia las cosas con fuerza y energía, porque las sentia del mismo modo, haciendo consistir todo el mérito de la accion en aparecer plenamente persuadidos de las verdades de que queria convencer á los demás.»

3.º Que deben evitarse los desordenados gestos de ciertos predicadores que gritan, se alteran, se atormentan y aparentan siempre un aire inoportuno de indignacion. El espíritu de Dios es majestuoso y tranquilo; se revela por la dulzura de la recitacion acompañada de una noble sencillez, y esta dulzura edifica tanto como agrada, va al fondo de los corazones y triunfa de los obstáculos que encuentra. Por el contrario, la accion inmoderada perjudica segun su exceso, y rompe esa majestuosa calma que sienta tan bien delante de los altares.

4.º Que el predicador debe evitar todo aspecto amanerado, como llevar con demasiado esmero la sobrepelliz, coger y tomar el pañuelo con aire elegante y estudiado, afectar una emocion que no se experimenta, y todo aire altanero, miradas atrevidas y orgullosas sobre su auditorio, adoptar un tono de mando y modales presuntuosos; sino, por el contrario, debe expresar en todo su exterior la sencillez y modestia de un varon de Dios.

5.º Que una misma accion no conviene á todos los predicadores. Los jóvenes deben adoptar una accion más

humilde y más modesta que los ancianos, una accion casi tímida; los inferiores no deben imitar ni á los Prelados ni á los ancianos venerables, ni á los predicadores célebres, á quienes es permitido derramar sobre su exterior un poco de ese aire de autoridad que conviene á su rango, á su edad y á su reputacion. Edificarian mal los jóvenes adoptando un acento de imperio que dice mal con su inexperiencia y falta de representacion.

6.º Que la accion debe ser variada, esto es, debe crecer con los progresos de las pasiones que animan, excitarse segun la magnitud de los obstáculos que se tratan de destruir y calmarse con oportunidad. Decirlo todo con igual tono y con el mismo gesto, sería ser más bien un estudiante que dice la leccion, que un orador que habla, y atraer sobre sí el ridículo de aquel mal tocador de arpa que siempre tocaba una misma cuerda.

.....*Ut citharædus*
Ridetur, chorda qui semper oberrat eadem (1).

Sería probar que no se habla con conviccion, y aun frecuentemente hacer ininteligible su frase, porque una misma palabra tiene un sentido del todo diferente, segun el tono con que se pronuncia. Seria, en fin, hablar contra la naturaleza y formar un continuo contrasentido; porque siendo la voz el intérprete del corazon, debe tomar tantos tonos como afectos hay en el alma, como ideas ó sentimientos se expresan en el discurso (2), esto es, que debe

(1) Horat., *Art. poét.*

(2) Cicer., *De Orat.*, lib. III, 216 y sig.—224 y sig.—*Orator.*, 55 y siguientes.

variar casi continuamente, porque cada palabra presenta una idea nueva, modifica la ya presentada ó la liga con la que le sigue. Nada desagrada tanto á los oyentes como el desacuerdo entre la palabra y el pensamiento: esta falta de armonía destruye el interés y echa á perder todo el mérito del discurso.

Si la recitacion, por el contrario, va acompañada con esa variedad de gestos y de tonos que forma lo que se llama *acento oratorio*, entónces todo el discurso adquiere vida, camina con libertad, franqueza y naturalidad; el oyente se interesa, se identifica, se une con el que habla, entra en sus ideas y sentimientos, porque los halla reflejados con claridad, caracterizados en los impulsos, en el semblante, en los ojos, en las manos y en la voz del orador, los cuales se modifican constantemente segun el sentido y colocacion de las palabras y segun el giro de los períodos y cadencias del estilo, unas veces graves y lentas, otras ligeras y rápidas, otras dulces y conmovedoras. En este terreno acontece como con la música, donde toda la belleza consisté en la variedad de los tonos acomodados á los sentimientos que expresan. En los sitios donde no se hace sino instruir, referir ó insinuar, la accion debe ser sencilla y modesta; donde es preciso apoyar, debe tener algo de firme y decidido, y donde el discurso se amina y se excita debe mostrarse viva, impetuosa y patética. Tratando así la vehemencia se produce la sorpresa y la conmocion del auditorio, mucho más notables cuando la accion se eleva á un entusiasmo repentino. Cuando no se sabe reservar la fuerza, el orador se gasta ántes de tiempo, viéndose obligado á decir con debilidad lo que exigiria una

vehemente accion; cayendo en el doble ridículo de recitar de un modo animado las cosas poco importantes ó escritas sin calor, y de un modo lánguido palabras llenas de vigor y de sentimiento.

La accion debe ser *expresiva*, esto es, debe reflejar las ideas y los sentimientos, todas las pasiones esparcidas en el discurso, todas las figuras con que está adornado, como las interrogaciones y las respuestas, las exclamaciones y los apóstrofes; y en este particular conviene que sea tan verdadera, tan clara y caracterizada, que todos la comprendan, y que muchas veces supla lo que no se puede ó no se quiere decir. La accion es mala si es oscura ó equívoca, pues cada impulso debe tener una significacion clara, así como en el lenguaje cada palabra debe tener un sentido; y aun estos impulsos, así como las diferentes partes del discurso, deben estar ligados entre sí por felices transiciones que proporcionen el paso de uno á otro sin dejar ningun vacío.

Cuando la accion tiene este carácter, la riqueza de la elocucion saca de ella nueva gracia, el pensamiento más energia, el sentimiento mayor fuerza, y movido el oyente entrega su alma á los prestigios de la elocuente recitacion. Mas si, por el contrario, la accion carece de expresion, paraliza todo el efecto del discurso; pues cierto aire del semblante, una mirada, un sonido de voz, un gesto que no estén en relacion con lo que se dice, bastan para descubrir al predicador que no se halla penetrado de su asunto, y todos los oyentes le aplican entónces las palabras de Ciceron á Calidio, quien con aire frio, con voz lenta y con un gesto descuidado acusaba de envenenamiento á Galio:

«Si estuvieras convencido de lo que supones, ¿lo dirias de ese modo?» *Tu nisi fingeres, sic ageres* (1).

La accion debe *acomodarse al asunto*, en términos, dice Hamon, que si se trata de una plática ó instruccion familiar, debe ser fácil y sencilla, distinta del género patético ó elevado que conviene al sermon ó discurso solemne. El predicador es en el primer caso un padre que exhorta á sus hijos, y debe hablarles de una manera natural y tranquila, cariñosa y atenta, que indique la autoridad sin hacerla sentir. Si se habla de las postrimerías, la accion debe ser firme y vehemente; el que predica ha menester el aire y la voz de un profeta; todo debe indicar la terrible majestad de un Dios vengador y el sobresalto del orador que teme por sus prójimos y por él mismo. Si se predica sobre los vicios ó sobre la corrupcion de costumbres, la accion debe ser unas veces viva, fuerte é insinuante, y otras tierna, llena de dolor y de compasion. Si se trata de los padecimientos y muerte de Jesucristo, la accion debe ser triste, lenta, interrumpida, propia para excitar los gemidos y el arrepentimiento; á veces conviene mezclarla con cierto desórden á causa del exceso de dolor ó del amor; si se toma el crucifijo en la mano para mostrarlo al auditorio y hacerlo anegar en lágrimas, es preciso, en cierto modo, estar seguro del éxito; porque faltando el efecto, el predicador se pondrá fácilmente en ridiculo. Cuando se predica un panegirico, la accion ha de ser brillante y suave, pero sin vehemencia. En la oracion fúnebre es menester que la accion sea grave y seria y que inspire el do-

(1) *In Bruto*, 277 y sig.

lor, el pesar y la veneracion sobre el héroe. Si, en fin, se predica sobre los misterios, es necesaria una accion noble, variada y sostenida.

La accion debe, por último, *acomodarse á los oyentes*. Delante de los grandes, dice Hamon, es menester hablar con dignidad, delante del pueblo con autoridad; en el campo se puede permitir el predicador, aunque hasta ciertos límites, el aparecer vehemente y terrible en su accion, gritar y alterarse, porque el pueblo se persuade más con una voz poderosa y con ademanes impetuosos que con la fuerza del razonamiento ó con la belleza de la diction: en las ciudades es menester mayor reserva, moderacion y modestia; es preciso hablar y no gritar, es necesaria una accion noble y culta, una voz dulce y grata, un gesto grave, impulsos moderados y un exterior siempre respetuoso, en términos que el aire de autoridad del ministro esté templado con el aire modesto del hombre.

Tales son las cualidades de una buena accion oratoria. El público las conoce por instinto, es juez supremo en esta materia, y no es posible por mucho tiempo sorprenderlo ni extraviarlo. Si los oyentes se mueven con impaciencia sobre sus asientos; si dirigen sobre la reunion miradas desatentas y distraidas; si las palabras más patéticas los dejan frios é indiferentes, puede asegurarse que la recitacion es defectuosa. Mas si el predicador les cautiva la atencion, si los sorprende y los mueve, si los ve inmóviles en su puesto, con la vista fija sobre él, siguiendo todas sus ideas y sentimientos, su accion entonces es positivamente buena y llena su fin.

4. *Obstáculos.* No siempre los obstáculos que se oponen á que la accion corresponda á la perfeccion del discurso se deben á que el predicador desconozca los preceptos que dejamos consignados; muchas veces el amor propio, la falta de sensibilidad, una idea equivocada de la mision evangélica, la timidez ó el no haber aprendido bien el discurso, cohiben, entorpecen, desnaturalizan y violentan la accion.

De esta materia han tratado muy ligeramete los autores, y esto sin duda porque han dejado á los profesores el trabajo de señalar esos escollos en los ejercicios prácticos, ocasion oportuna en efecto de que los consejos de la experiencia se graben en el corazon de la juventud.

Por esta razon nosotros, que de la mayor parte de estos obstáculos nos hemos ocupado con más ó ménos extension ántes de ahora, creemos excusado entrar en minuciosas consideraciones que alargarian indebidamente esta parte de nuestro libro.

El amor propio lleva en pos de sí la afectacion, el excesivo estudio, y de aquí la falta de naturalidad y de verdad en el orador. Una humildad franca y sincera y la costumbre de hablar huyendo de toda afectacion, corrigen este escollo ó le evitan en su mayor parte.

Si el predicador es frio ó está poco movido de lo que dice, es imposible que tenga una buena accion: para evitar esta falta de calor hemos dado reglas ántes de ahora, y conviene que advirtamos en este momento cuán oportuno será que el orador frio por temperamento ó carácter evite todo movimiento exagerado y repentino, conservando un calor siempre suave y sostenido.

Una fé viva, una persuasion íntima de la grandeza y sublimidad del ministerio evangélico, lleva consigo grandes ventajas para accionar bien: por el contrario, si el sacerdote no se persuade de las excelencias de su magisterio, en este caso su accion decaerá visiblemente, será indigna de la grandeza de Dios.

El predicador tímido no puede ser natural en sus movimientos ni expansivo en su accion. Toda energia, toda variedad, toda flexibilidad y desahogo es imposible si el discurso no se sabe, si la materia no se posee, ó si los sucesos extraños é inesperados bastan á perturbar al orador.

A evitar estos obstáculos debe encaminar sus esfuerzos la juventud, y de ello jamás tendrá motivo para arrepentirse en el trascurso de su vida.

Punto segundo.

Diversas partes de la accion.

1. *Pronunciacion.* Bajo este nombre se comprende en casi todas las obras de oratoria la *recitacion* de un discurso, ó sea la accion oratoria en general.

Por *pronunciacion* entendemos nosotros en este momento la manera de articular las letras y las sílabas. La buena pronunciacion es una parte esencialísima en la educacion oratoria: no pronunciar bien, indica grandes defectos de que un sacerdote no puede sin desdoro ser censurado.

El acento provincial desagrada, sobre todo si difiere

mucho: es difícil evitarle cuando se tiene desde la niñez; pero debe moderársele cuanto sea posible. San Agustín decía de sí mismo, que á pesar de lo mucho que había trabajado para perfeccionarse en este y otros puntos, todavía le censuraban los italianos cierto deje en la pronunciación: *Adhuc in multis verborum sonis Itali exagitant; «y yo á mi vez, continúa, tampoco encuentro su pronunciación libre de vicio; que una cosa es poseer el arte, y otra estar exento de lo que es peculiar á cada pueblo: Aliud est enim esse arte, aliud gente securum.»*

La pronunciación es en realidad la parte más importante de la acción: nada expresa tanto ni mueve con más energía las pasiones que la voz: *Ad actionis usum atque laudem, maximam sine dubio partem vox obtinet, dice Cicerón (1)*. La pronunciación presenta en relieve los lugares sublimes, da interés á las cosas más sencillas y hace derramar lágrimas donde la lectura dejaría el alma en completo reposo. El tono patético mueve con frecuencia más que las expresiones más vehementes; la pronunciación tiene en especial un prodigioso imperio sobre la muchedumbre que no comprende el fondo del discurso, pero se deja arrastrar por el tono persuasivo del orador; en esto estriba en gran parte la poderosa influencia de las misiones.

Sin el auxilio de una buena pronunciación, toda elocuencia es perdida; porque un discurso mal pronunciado no puede nunca producir efecto. El oído, este sentido por medio del cual las palabras llegan al entendimiento, es de

(1) *De Orat.*, lib. III, 224.

extremada delicadeza, dice Cicerón: *Aurium est iudicium superbissimum (1)*; lastimarlo equivale á hacer olvidar y tener en nada los atractivos de una buena elocución.

Todos los sentimientos languidecen si la voz no ejerce su influencia; todos los afectos del alma se apagan si la pronunciación no los anima, y las pruebas mismas pierden su fuerza si no están presentadas con un tono de seguridad que demuestra la convicción.

2. *Cualidades de la pronunciación.* Para que la pronunciación corresponda á su objeto, para que siendo la parte más importante de la acción ejerza una influencia directa en el mejor éxito de la palabra cristiana, se requiere en primer término que sea *natural*. La naturalidad parece á primera vista que no debía ser recomendada en un libro didáctico, y no obstante son muchos los que predicán de un modo distinto de como hablan: este es un defecto capital que debe corregirse desde los primeros ensayos que hacen en las aulas.

La pronunciación debe ser *clara*, esto es, perceptible para todos, completa, distinta, ni veloz, ni pausada, sostenida, pronta y moderada: lo que no se oye sino con gran dificultad desagrada, y el trabajo de querer oír distrae y preocupa en términos que no deja lugar á la reflexión. Es indispensable que el predicador se haga oír fácil y perfectamente por todo su auditorio, no esforzando la voz hasta la violencia, sino sosteniéndola á un tiempo sonora y capaz de llegar hasta los últimos que le escuchan:

(1) *Orator.*, 150.

para esto es necesario articular las sílabas pronunciándolas según su cantidad, detenerse en cada una de ellas lo que exige su expresión y apoyar principalmente las finales.

La pronunciación debe ser *pura y correcta*, es decir, no ha de estar en oposición con las reglas de la gramática ni con los preceptos de la buena sociedad: ha de evitarse con cuidado todo acento vicioso ó provincial, el deje ó tonillo de las gentes sencillas y cuanto decida de la gravedad de la tribuna sagrada.

La pronunciación debe ser *decorosa*, es decir, no ha de ser chocarrera, rústica, afectada ni torpe, evitando el que cuando se predica aparezca que se están estudiando los tonos que se han de dar á cada palabra.

3. *De la voz.* En cuanto á la voz debe evitarse con gran cuidado que resulte áspera, ronca, poco flexible ó afeminada, La voz demasiado llena y extensa que revela un tono enfático ó magistral, la voz lenta que, arrastrándose sobre las palabras, fatiga y disgusta al oyente, y la voz demasiado precipitada que no deja tiempo para comprender y gustar lo que se dice, coloca al orador en situación análoga á la del estudiante anheloso por descargar el peso de su lección, y por otra parte es enteramente opuesta á la gravedad de la cátedra sagrada, donde las palabras del Evangelio deben correr como un majestuoso río y no precipitarse como un torrente.

La perfección de la voz consiste en ser clara y sonora, flexible y natural, siempre llena de dignidad, tanto cuando es dulce como cuando es severa; la voz debe contener-

se siempre en un justo medio, distando tanto de la precipitación como de la lentitud; de este modo la pronunciación contribuye á dar mayor importancia al discurso, hace sentir su fuerza y armonía, produce sonidos más llenos, alivia la garganta facilitando sus reposos, y ayuda poderosamente á conservar el imperio sobre sí mismo sin turbarse nunca en el curso de la peroración.

Una pronunciación siempre igual, una voz semejante al martilleo de un herrador, y un tono que todo lo confunde y forma un caos capaz de disgustar al oyente más atento, hace que las palabras hieran su oído sin llegar nunca hasta su corazón. Si se quiere mover, es necesario que haya conformidad entre la naturaleza de la idea ó del sentimiento y el modo con que la una y el otro se expresan. La voz tiene para esto infinitos recursos, y no hay ideas ó sentimientos que no puedan expresar un acento particular; este es uno de los más preciosos dones con que la Providencia nos ha favorecido.

Lo lamentable en este punto es que este género de talento, el más digno de ser cultivado, es entre todos el que más se descuida y se desconoce: unos adoptan tonos insignificantes que nada expresan; otros emplean acentos falsos, resultado del mal gusto ó de la falta de inteligencia de lo que dicen; y no pocos, en fin, adoptan un tono exagerado y violento, fruto de una imaginación demasiado ardiente ó de una sensibilidad demasiado viva y exquisita.

No es fácil reunir las numerosas reglas que para acomodar la voz á las exigencias del discurso público han dado los maestros. Siguiendo al A. Hamon y Migue, cree-

mos llenar esta parte tan importante de la enseñanza oratoria.

El tono que debe adoptarse al hablar en público conviene medirlo por la extensión del auditorio: es preciso elevarlo á un grado tal que el oyente más retirado pueda con facilidad oír: elevarlo mas allá de este término, sería fatigarse en vano y fatigar al oyente mismo. Algunos observan que el tono general de la voz debe ser en *fa*, el tono más alto en *la* y el más bajo en *re*. Por encima del *la*, la voz resulta falseada y el tono entónces se hace desagradable: por debajo del *re*, no se oye. Otros aconsejan que para hacerse oír bien es preciso: 1.º estarse en medio del púlpito sin dar vueltas á derecha é izquierda; puesto que tales movimientos dividen el sonido y lo disipan, dando todo á unos y nada á los otros; 2.º hacer de modo que la voz vaya á herir directamente la pared ó columna que está frente del púlpito, á fin de que desde allí los sonidos se reflejen por todo el auditorio.

Fijado así el tono más comun de la voz, es preciso que se modifiquen sus inflexiones segun lo exijan las diversas partes del discurso, la naturaleza del asunto y el sentido de las frases, los sitios donde es menester insistir y donde es útil el descanso.

Primer grupo.—Reglas relativas á la voz en las diferentes partes del discurso.

REGLA 1.º La voz no debe irse resbalando por todas las partes del discurso como sobre una superficie lisa: en el exordio debe ser tranquila, moderada y respetuosa. Gritar

desde luego sería ir contra la naturaleza, porque no es natural hallarse de antemano exaltado; el calor no viene sino por grados y poco á poco. Dar grandes voces en el exordio sería violentar la naturaleza de esta parte del discurso, que segun hemos dicho tiene por objeto insinuarse en el ánimo de los oyentes por la modestia y tranquilidad del lenguaje: *Quid insuavises, dice Ciceron, quan clamor in exordio. Aprincipio clamare, agreste est quiddam*: sería, en fin, ponerse en condiciones desfavorables para elevar la voz en el texto del discurso cuando la índole del mismo lo exigiera; por último, reservando el ardor desde su principio para no manifestarlo sino con oportunidad, se causa una gran impresion.

2.º Al enumerar las divisiones ó subdivisiones del discurso es menester ser doblemente claro, evitando con gran cuidado la precipitacion ó confusion de los sonidos; porque cuando el oyente no ha comprendido bien esta parte del discurso, se disgusta y con dificultad se interesa en lo que ha de oír despues.

3.º Las definiciones oratorias exigen una exquisita exactitud de lenguaje; no se debe omitir ninguno de esos rasgos que caracterizan lo que se define y han de presentarse todos con una fuerza y un interés igual.

4.º En el cuerpo del discurso cuando se narra ó se expone, la voz debe ser un poco más elevada que en el exordio, pero sentada y sencilla, libre y sonora; más animada al referir una accion generosa; más afectuosa y más patética al contar un hecho tierno; siempre diversa en términos que represente la cosa de que se trata.

5.º Cuando se sienta una proposicion ó se pregunta, la

voz debe ser casi natural ú ordinaria en la conversacion, aunque algo más elevada.

6.^a Lo que es argumentacion debe decirse con tono fuerte, firme y decisivo; observando no obstante que conviene pronunciar con voz ménos acalorada los argumentos ménos fuertes, y con un acento mucho más enérgico de conviccion los argumentos más concluyentes.

7.^a La refutacion debe tener un carácter de razon superior que no permita suponer la posibilidad de la réplica y como un aire de triunfo que arrastre al oyente.

8.^a En todo lo que es impulso se necesita el tono animado y persuasivo, pero observando dos cosas: la primera, notar bien dónde comienza y acaba el patético, á fin de no aplicar en falso el tono propio de este género, lo cual sería ridículo; la segunda, no pasar violentamente del tono tranquilo al apasionado, ni del tono exáltado á una voz glacial, sino proporcionar el paso de uno á otro, porque el sentido no nace ni se extingue de repente.

9.^a Es necesario, en fin, reservar la voz para la peroracion; este momento es decisivo, las impresiones que en él se reciben quedan casi solas y se borran con frecuencia todas las demás. En la peroracion es donde debe desplegarse una voz poderosa, patética y persuasiva que vaya derecha al fondo de los corazones.

Segundo grupo.—Reglas acerca de la voz atendida la naturaleza del asunto y el sentido de las frases.

REGLA 1.^a Cada asunto requiere un tono particular. Si se exhorta, la voz debe ser fuerte y apremiante; si se ruega, dulce y sumisa; si se consuela, tierna y compasiva; si

se aconseja ó se promete, grave y sostenida. Las cosas que den pena requieren un acento triste y lastimero; las palabras de paz ó de consuelo, una voz dulce y animada; y si se habla de las grandezas de Dios, de la hermosura de la religion y de sus misterios, la voz debe tomar por sí misma un tono de majestad y de grandeza. Cualquiera que sea el asunto, el tono de verdad con que cada frase debe ser pronunciada se presentará sin violéncia, siempre que el predicador esté persuadido de lo que enseña.

2.^a Las ideas comunes deben decirse con un tono tranquilo y moderado; las vivas, que semejantes á un rayo de luz iluminan el entendimiento y lo hieren de pronto, con un tono decisivo; mostrarse frio al enunciarlas, formaría un contrasentido y sería desnaturalizar su objeto, que es producir un sacudimiento momentáneo. En las ideas fuertes, propias para causar impresiones profundas, adoptará el orador un tono grave é imponente. Expresará los pensamientos atrevidos con una especie de audacia; los pensamientos grandes, nobles y sublimes, con majestad. Sobre todo, el orador debe esforzarse en adoptar las diversas inflexiones de la voz á las diferentes pasiones é impulsos del alma que su palabra está llamada á expresar.

3.^a Cada pasion tiene un tono que la distingue y la caracteriza. En el dolor, la voz es triste y lastimera, llena de lágrimas é interrumpida con suspiros en momentos determinados, grave y más uniforme cuando en estos casos no se requiere aparentar debilidad; el júbilo exige cierta vivacidad; el amor un tono tierno y afectuoso; el odio es severo, y si llega hasta la indignacion, se expresa con violentos arranques. Si se quiere inspirar cierta resolucion,

la voz es alta y firme; si se teme, tiembla ó vacila, ó se procura excitar la compasion, es lastimera y cariñosa. Las figuras por las cuales se expresan las pasiones, como la interrogacion, el apóstrofe, la ironía y la exclamacion, tienen tambien su tono particular que la naturaleza y el sentimiento enseñan.

El objeto de las figuras se perderia si no se las diese una entonacion oportuna. Se pueden dar entre otras estas reglas que el profesor necesita explicar.

La *repeticion* exige que la voz se eleve sobre la palabra que ya se ha dicho, haciendo ver que se ha repetido con marcada intencion.

La *graduacion* exige que la voz se fortifique gradualmente hasta llegar al último miembro del período, que debe pronunciarse con más fuerza que los precedentes.

La *conjuncion* exige que se marque distintamente la partícula conjuntiva.

La *metáfora* que se apoyen las expresiones figuradas, marcando lo que tienen de atrevidas y de apropiadas.

La *hipérbole* pide un tono elevado.

La *antitesis* que se marque visiblemente en los tonos la misma diferencia y oposicion que se encuentra entre los pensamientos y los objetos que el orador desea hacer contrastar entre sí.

La *subjecion* obliga á distinguir el valor de las objeciones que se propone el orador á sí mismo y las respuestas que supone debieran dar.

La *correccion* exige un tono grave, sostenido y animado.

La *interrogacion* requiere un tono vivo y expresivo: la

voz debe expresar la variedad de afectos que se expresan.

El *apóstrofe*, en especial cuando se dirige á Dios, á los santos y las cosas inanimadas, requiere que se alce la voz más que cuando se habla á los hombres.

La *exclamacion* pide un tono apasionado, expresivo, elevado, pero variable segun los sentimientos que se intentan transmitir.

La *imprecacion* debe ser vehemente, enérgica y decisiva.

En el *diálogo* es preciso pronunciar respuesta con un tono diferente de la pregunta, y mudar la voz, aunque no tanto como si dos personas estuvieran hablando. Si en el discurso se introduce alguna persona que delibere consigo misma, ha de bajarse la voz como si no se quisiera ser oído, pero haciendo que el pasaje se perciba perfectamente.

La *reticencia* debe expresarse en un tono de voz más bajo que en las palabras que la preceden.

La *ironía* debe adoptar un tono que deje entrever y manifieste los sentimientos del alma.

Quintiliano dice, que no solo las diversas partes de un discurso, sino hasta los miembros de un período, requieren diferente entonacion.

Comprendemos toda la dificultad de conservar estas reglas, pero deben darse, y sobre todo en los ejercicios prácticos del aula hacerse notar su uso por el catedrático.

Tercer grupo.—Reglas concernientes á la voz en determinados pasajes del discurso.

REGLA 1.ª Hay ciertos pasajes del discurso que es menester señalar y distinguir con un tono de voz más lleno y majestuoso, llamando sobre ellos por este medio la atención del auditorio. El modo con que esto se consigue es preparándose ántes: cuando el orador se entrega al impulso del momento, se engaña con frecuencia y el efecto queda frustrado. Es esencial no multiplicar demasiado estos pasajes, porque muy frecuentes cansarian y no producirian efecto. A fin de determinar los puntos donde es menester colocar estos pasajes, casi no hay otra regla que estudiar el sentido y fuerza de las ideas y de los sentimientos: el tacto y el gusto deciden con arreglo á este estudio cuál debe ser la conducta del orador en este particular.

2.ª Por medio de un ligero cambio de tono en estos pasajes, se separan las frases incidentales y se apoya la voz con fuerza sobre los primeros términos de un sentido contrario ó que expresan una consecuencia.

3.ª Cuando el periodo contiene una interrogacion, es preciso apoyar sobre las palabras que hacen resaltar esta interrogacion y sobre la última sílaba. Pongamos un ejemplo: *¿Hasta cuándo, cristianos, abusareis de la bondad de Dios y de su inagotable paciencia?* En este pasaje es menester apoyar el tono de voz en el *cuándo*, en *abusareis*, y aun más todavía en la palabra *paciencia*, y pasar rápidamente sobre las demás frases.

4.ª Deben marcarse con un tono lleno ó con una especie de énfasis las palabras que expresan algo grande, y con una voz débil las que señalan la debilidad ó el dolor. Así pues, en esta frase: *Si penetro en vuestros corazones ¿pensais que hallo en ellos una fé viva, fuerte y poderosa? Temo no encontrar esa fé, ó hallarla débil, defectuosa y lánguida.* Es menester apoyar con tono lleno, firme y elevado sobre estas palabras: *viva, fuerte y poderosa*, y con tono lastimero, doloroso y ménos elevado sobre estas: *débil, defectuosa y lánguida.*

5.ª Cuando hay antítesis en una frase, es preciso marcar de diverso modo sus diferentes miembros, á fin de hacer resaltar el contraste de las ideas por el diverso tono de la voz.

Cuarto grupo.—De la voz en el reposo.

No son ménos interesantes las reglas que dan algunos autores, y entre ellos Hamon, acerca de la voz en el reposo. Segun este escritor, se distinguen dos clases de reposo: los primeros son los *descansos expresivos* que se colocan en la série de un pensamiento importante sobre el cual se pretende fijar la atención del auditorio; los segundos son los *descansos naturales* que indican la division de los periodos y permiten que el orador tome aliento. Los primeros, dispuestos con oportunidad, dejan al oyente espacio para gustar lo que se le dice, comprender las pruebas, entrar en los sentimientos que se le sugieren y alivian la voz del orador: *Intervalla vocem confirmant et auditori spatium cogitandi relinquunt*, dice Ciceron (1). El

(1) *Ad Herem*, lib. III, XXI.

arte de colocar los segundos constituye uno de los resortes más delicados y esenciales de la recitación. Si se hacen con inoportunidad y en el momento que son necesarios, si en la recitación se forma un todo de lo que debe estar dividido ó se divide lo que debe estar separado, en este caso se quita al discurso su verdadero colorido y entonación.

Tres son las causas que determinan los *descansos naturales*. La primera es la necesidad de respirar combinada con el sentido. Entre uno y otro periodo debe hacerse una pausa corta, teniendo cuidado de comenzar el segundo un grado más bajo que el anterior, á excepción de las circunstancias en que la naturaleza de las cosas indica la conveniencia de hacer lo contrario: los periodos cortos deben pronunciarse con un solo aliento, y con diversas interrupciones los más largos. Conviene asimismo economizar el aliento para tener siempre recursos y posibilidad de recobrarlo repentinamente cuando se prevee que no se puede pronunciar de una sola tirada el miembro de un periodo. No deben hacerse pausas sino cuando el ánimo hace sus descansos, y estas deben ser más largas al concluir un sentido entero, más cortas al fin de un miembro de frase, más cortas todavía en los pequeños intervalos de cada miembro, evitando con sumo cuidado toda pausa capaz de hacer creer al oyente que el sentido ha concluido cuando no lo está todavía.

La segunda causa que determina los reposos es la puntuación; todos conocen sus signos, pero quizá no conocen sus reglas. La coma se usa más bien en consideración á la debilidad del órgano del orador ó de la inteligencia del

oyente, que para señalar una división real en el sentido de la frase; de aquí se sigue que es menester detenerse poquísimo en ella, pues de otro modo perjudicaría la verdad y unidad del pensamiento: el punto y coma se emplean para dividir las principales partes de una proposición, y por consecuencia permiten al orador detenerse más aun para recobrar aliento, aunque no por demasiado tiempo: los dos puntos indican que la frase está gramaticalmente completa, pero en realidad se halla subordinada á un objeto principal, como en este ejemplo: *Hay en el hombre dos principios opuestos: el amor propio que nos inclina hácia nosotros, y la benevolencia que nos impulsa hácia los demás....* en este caso el uso de los dos puntos requiere un reposo más señalado, una caída de voz más expresiva: el punto indica el fin de un sentido entero, y por lo mismo exige un reposo decisivo, una caída de voz plenamente caracterizada.

En fin, la tercer causa que determina los reposos es el juicio del entendimiento y del oído, y en estos casos el gusto es el que discierne lo que exige la fuerza de la expresión ó del pensamiento, y la armonía ó el número oratorio.

Quinto grupo.—Reglas para mejorar y conservar la voz.

La voz es el principal instrumento de la acción (1): este instrumento se fortifica si se le cultiva, pero si se le abandona se pierde (2).

(1) Cic., *De Orat.*, lib. III, núm. 224.

(2) Quint., lib. XI, c. 3.

Los medios más oportunos para ejercitar la voz, son las lecturas en alta voz, la declamación de trozos de discursos y poesía recitados de memoria en lugares espaciosos, y si es posible en la soledad de los campos (1).

Un timbre de voz simpático y armonioso, es un don que se debe á la Providencia, que el arte no puede otorgar; pero hay sin disputa medios de corregir los defectos naturales de la pronunciación. Demóstenes es un ejemplo vivo de esta verdad: tenía la voz aspera é ingrata, su articulación era embarazosa y su pronunciación difícil, y todos estos defectos desaparecieron con una constancia sin límites inspirada por el amor á la gloria. Conviene economizar la voz y no fatigarla ni en el púlpito con gritos demasiado violentos, con predicaciones excesivamente largas, ni fuera del púlpito con conversaciones inútiles, cantares de puro pasatiempo, contestaciones ni réplicas sostenidas y acaloradas.

Los médicos aconsejan como medios de conservar la voz, un régimen alimenticio, suave y fortificante, acostarse temprano, moderación en el estudio, fragilidad, paseo oportuno y sin exceso; y miran como contrario á la voz el uso demasiado frecuente de las nueces, del queso y de bebidas ó alimentos ásperos para la garganta.

4. *De los movimientos del cuerpo: de los brazos: de los ojos: del semblante: posición de la cabeza: traje y actitud general del orador sagrado.* El gesto es la expresión del pensamiento por medio de los movimientos del cuerpo. El

(1) Véase el *Arte de leer en alta voz*, de Dubroca.

alma ejerce un poder igual sobre todos nuestros músculos, imprimiéndoles una acción continuada hasta con independencia de nuestra voluntad.

A más de estos movimientos espontáneos, *naturales* del cuerpo, hay otros que constituyen el lenguaje del gesto. Relacionados como los primeros de una manera íntima con los afectos del orador y en armonía con la expresión del lenguaje, ó sea la palabra, facilitan de un modo notable la transmisión de las ideas é importan sobremanera para el buen éxito de la elocuencia en general.

Un aspecto digno, un continente exento de toda afectación impresiona á todos los oyentes y es el más bello atractivo para disponer favorablemente los corazones.

Respecto de la actitud y movimientos del cuerpo, deben tenerse presentes las reglas siguientes:

REGLA 1.^a Ha de tenerse el cuerpo derecho: *Status erectus et celsus*, dice Cicerón (1); evitando echarse hacia atrás con orgullo, ó permanecer demasiado recto como esos hombres de una sola pieza de que habla Epiceto: *Incedunt quasi veru deglutissent* (2).

2.^a El cuerpo no debe balancearse á derecha é izquierda, ni encorvarse, evitando el orador apoyarse sobre los codos, hacer ruido, dar golpes con el pié, ni permitirse aires de coquetería y afeminación, ni cierto abandono que indique á las claras un hombre sin sujeción, ni tener el cuerpo inmóvil, lo cual hace la acción fría y cansada, ni agitarse demasiado, lo cual rebaja la dignidad del púlpito.

(1) *Orat.*, LIX.

(2) *Arrian.*, lib. I, c. XXI

3.^a El predicador debe permanecer descubierto cuando el Señor está expuesto, y si no hay manifiesto, descubrirse al nombrar á Jesucristo, y cuando se hace una invocacion á Dios, á su Santísima Madre ó á los Santos, y á veces en la peroracion. En todos estos casos deberá tener el bonete en la mano izquierda para accionar con la derecha, absteniéndose de accionar con la mano en que tiene el bonete.

Acerca del movimiento de los brazos y las manos (1), conviene advertir que estos son para el hombre como una segunda lengua, por medio de la cual sin hablar explica sus ideas y da á conocer sus sentimientos. Su ademán anima la elocuencia, sostiene el discurso, y no hay impulso del alma, dice Ciceron, que no tenga en ellos su expresion.

Conviene en este punto guardar las reglas siguientes:

REGLA 1.^a Es preciso ser sóbrio de ademanes, saber decir ciertas cosas tranquilamente y no mover los brazos sino cuando el discurso debe ser animado; porque es contra la naturaleza gesticular mucho al decir cosas sencillas, y donde la pasion no se interesa nada, el movimiento de los brazos no tiene tampoco nada que expresar. Un gran sentimiento nos deja inmóviles. Ciertas pasiones se expresan más con el juego de la fisonomía, con una mirada ó un movimiento de cabeza que con ademanes de los brazos y de las manos, los cuales servirían para debilitar-

(1) Véase el *Arte de leer en alta voz*, por Dubroca.—Cic., *De Orat.*, lib. III, 220.

las. Una persona elevada es siempre digna y comedida en su accion.

2.^a Los ademanes deben preceder siempre á la palabra, porque el alma siente mucho ántes lo que la voz va á decir, y el ademán es mucho más pronto que la frase; la palabra necesita momentos para formarse y llegar al oido, al paso que el ademán **résalta** en el mismo instante en que el alma experimenta el sentimiento.

3.^a Los ademanes deben estar siempre en armonía con la voz, seguir su graduacion y progreso, y caer con ella al fin de los periodos; es decir, armonizarse perfectamente con el sentido de las palabras, de modo que parezca que la naturaleza solo los forma sin ningun estudio, y que el arte no tenga ninguna participacion sino para restituirlo al estado natural.

4.^a En un principio deben escasearse los ademanes, y no multiplicarlos sino en proporcion que el discurso se anima. Conviene alzar la mano en la exclamacion y en la admiracion, echarla hácia fuera para repeler, acercarla á sí mismo para atraer, extenderla inmóvil para pedir atencion, para indicar ó imponer silencio, replegarla sobre sí para señalar la reflexion ó el remordimiento, y llevarla al corazon para expresar el calor del sentimiento. Las manos juntas indican sumision, cuando se las baja adoracion, respeto y súplica cuando se las eleva, y dolor profundo cuando el orador las tiene delante de sí. Refieren de Massillon que solia cruzarlas sobre la frente con admirable efecto. Los brazos extendidos y abiertos indican la bondad que acoge; un brazo tendido é inmóvil caracteriza el poder y la fuerza.

5.ª La mano derecha debe siempre dominar el gesto; su movimiento comienza por el lado izquierdo y acaba en el derecho; mientras está en acción, la otra mano debe apoyarse en el púlpito ó hallarse extendida sobre el pecho. La mano izquierda no debe accionar casi nunca y nunca sola; no debe intervenir sino para acompañar á la derecha, para obedecer á los impulsos que esta la exige, para testimoniar la aversión ó mostrar el sitio de los réprobos.

6.ª El índice extendido y los tres últimos dedos cerrados sobre el pulgar, tienen algo de seguro, vivo y fuerte que sienta bien en las reconvenciones y en los argumentos severos, pero que estaria mal en el exordio.

Conviene no ménos que seguir estas reglas, evitar los defectos de la acción.

Un ademán demasiado regularizado sería una falta en ciertos sitios del discurso: los impulsos patéticos requieren una especie de desórden y no permiten una regularidad muy esmerada.

Al gesticular ha de evitarse alzar las manos sobre los hombros ó los ojos, bajarlas por bajo de la cintura, á no ser para descansarlas sobre el púlpito, abrir los dedos, encorvarlos, moverlos con ligereza, presentar el puño cerrado y cubrirse con la mano el semblante ó la boca.

No deben frotarse las manos una contra otra, ni dar porrazos en el púlpito, ni hacer enumeraciones con los dedos, ni imitar las acciones de aquellos á quienes se habla, por ejemplo, de un tocador de instrumento, de uno que se ejercite en la esgrima, de un hombre ébrio, de un hombre ó de una mujer que estén enfurecidos. Si se represen-

ta á Jesucristo en la cruz, no se le debe hacer juntar las manos para decir: *Pater, ignoso illis*, ó hacerle señalar á San Juan con el dedo para decir: *Mulier, ecce Filius tuus*.

Ha de evitarse el extender los brazos con vehemencia como un luchador, dejarlos caer por su propio peso ó que cuelguen con descuido, moverlos mucho y agitarlos, lo cual es poco digno de la majestad del púlpito; en una palabra, hacer gestos violentos y forzados.

Acerca del *movimiento de los ojos* debemos indicar que son como un espejo donde el alma se pinta toda entera; son la lengua del corazón, y como otra boca por la cual todas las pasiones hablan el lenguaje que les es propio: *Oculos natura nobis ad motus animorum declarandos dedit*, dice Cicerón (1). Si los ojos animados echan una mirada con oportunidad, es bastante para que el discurso deje una sensación profunda. El arte de arreglar el movimiento de los ojos y saberlos jugar siempre en armonía con el discurso, es uno de los grandes secretos de la elocuencia y uno de los más poderosos medios de obtener en el púlpito un buen resultado.

La alegría da al ojo vivacidad, la tristeza lo cubre con una nube; en la indignación aparece ardiente é inflamado; en la reconvención severo; en el terror extraviado. Si el orador deplora el estado del pecador, sus ojos se muestran compasivos y vierten lágrimas; si amenaza con las venganzas divinas, aparecen terribles, arrojan rayos y centellas; si admira, se elevan; si quiere expresar la vergüenza y el arrepentimiento, están bajos y como oscurecidos.

(1) *De Orat.*, lib. III, 222.

Las principales faltas que en este punto deben evitarse son el fijar la vista ya sobre ciertos lados del auditorio, ya sobre ciertas personas; tener los ojos cerrados y como dormidos, demasiado abiertos, ligeros é inconstantes, ó trémulos y tímidos, ó espantados y soberbios, ó afeminados y lánguidos, ó vizcos y despavoridos, ó continuamente agitados. Es indispensable pasearlos modestamente por todo el auditorio y hacerles tomar las formas que requieren las diferentes partes del discurso, dejándoles siempre, sin embargo, el conveniente carácter de gravedad y de modestia.

El *semblante* tiene, como los ojos, su lenguaje propio: *Sunt in ore omnia*, dice Ciceron (1). Todas las pasiones desempeñan en él su papel; es como un lienzo en el que la naturaleza expresa los sentimientos del alma.

Todos los países, sin distincion de idiomas, todos los hombres, ignorantes ó ilustrados, saben leer en el semblante la alegría ó la tristeza, la cólera ó la compasion, la amistad ó la aversion, la humildad ó el orgullo, la devocion ó la disipacion.

Suele tambien hablarse con el semblante con mayor eficacia que el más elocuente discurso (2). Un semblante que indica la piedad, el candor y la modestia, interesa y llama la atencion; una frente en la cual brilla la majestad, atrae y exige el respeto; y ¡con cuánta mayor atencion y placer presta oidos el oyente cuando ve marcados sobre el semblante del que habla los sentimientos que sus palabras expresan! Todo lo demás, por mediano que sea, parece ad-

(1) *De Orat.*, lib. III, 221.

(2) *Non tam affectus exprimit escribens digitus quam vultus*. San Bernardo, *Epist.* LXVI.

mirable; el discurso entra fácilmente en las inteligencias y gana con rapidez todas las almas.

Siendo de tal importancia las facciones del semblante, es preciso saber bien estas reglas:

REGLA. 1.ª Al comenzar, el semblante debe mostrarse dulce, afable y tranquilo, y no animarse sino por grados.

2.ª Nunca debe ser imperioso ni excesivamente severo.

3.ª Siempre debe acomodarse al asunto y hacer sentir ó adivinar los movimientos del alma: han de pintarse en él todas las pasiones.

4.ª No se debe arrugar la frente para afectar austeridad, ni frotarla con la mano para recordar una palabra que se olvida.

5.ª *Corrugare nares, inflare et movere et digito inquietare, impulsu subitu spiritum excutere et diducere scapius et plena manu resupinare indecorum est*, dice Quintiliano (1).

6.ª Es preciso dejar que los labios se muevan naturalmente sin violencia, no mordérselos ni pasar la mano sobre ellos, no tenerlos excesivamente hendidos, demasiado sacados, muy cerrados ni tan abiertos que dejen ver los dientes, ni caidos con negligencia, como si no se dignaran prestarse para ayudar á la expresion general.

7.ª Ha de evitarse escupir, sobre todo con excesiva frecuencia, y siempre arrojar la saliva con fuerza, bostezar, hipchar las mejillas ó respirar como un atleta fatigado.

La *posicion de la cabeza* interesa para el conjunto que vamos analizando. 1

(1) Lib. XI, cap. III.

Así como la cabeza ocupa el primer rango entre las partes del cuerpo, igualmente le ocupa en el gesto, dice Quintiliano (1). La cabeza del orador debe estar derecha y en una postura natural: se levanta con modestia cuando se dirige á Dios ó á los Santos, cuando se habla del cielo y de todo lo que inspira júbilo; se debe inclinar en la tristeza, en las narraciones lúgubres, en la confesion de las propias debilidades, evitando, no obstante, cuando se alza imitar el movimiento de las aves.

Se debe mostrar firme cuando se afirma, se exhorta ó se reconviene; se debe volver para rehusar, para mostrar horror ó aversion.

Importa mucho que el predicador no tenga la cabeza demasiado alta, porque esto sería señal de orgullo y de petulancia; ni inclinada, porque sería muestra de indolencia; ni habitualmente baja, porque esta posicion quita toda la dignidad; ni muy derecha é inmóvil, pues esta postura tiene algo de desagradable y repugnante. Ha de evitarse tambien hacer con la cabeza movimientos descompuestos ó aparentar quererla ocultar entre los hombros ó sostenerla con la mano, lo cual daría un aire de abandono.

Respecto del *traje* nos conviene hacer constar que este debe ser el habitual, el que se usa comunmente en el punto ó país donde se predica: singularizarse en este punto nos parece mal.

La *actitud general del orador sagrado* debe estar en completa armonía con las reglas que acabamos y de dar,

(1) Lib. XI, cap. VIII.

que no dudamos hallarán su completo desarrollo en las explicaciones del profesor.

Luego que el sacerdote ha pronunciado su discurso, le resta (1):

1.º Rogar por sus oyentes, á fin de que se aprovechen de la instruccion, y por sí mismo, para conseguir la gracia de practicar lo que ha enseñado.

2.º Anotar en un cuaderno los pensamientos ó giros de mayor importancia que el calor de la recitacion le ha inspirado, y las modificaciones que le han sugerido, tanto sus propias observaciones como las ajenas. «Predicando cinco ó seis veces un discurso y corrigiéndolo inmediatamente despues, dice el Cardenal Maury (2), es como se juzga perfectamente, así el efecto como el conjunto, y como se puede fortalecer los impulsos, suprimir lo que sea largo y multiplicar y perfeccionar las bellezas.»

3.º Aplicarse á cualquier lectura ó á otra ocupacion, para distraerse ya de la vana complacencia cuando cree haber tenido buen éxito, ya de la tristeza cuando juzga haber salido mal.

4.º Debe humillarse con tranquilidad delante de Dios por las faltas que ha tenido en la recitacion, sin excusarse de ellas delante de los hombres, sin inquietarse ni procurar informarse de lo que piensan y dicen los oyentes: no mendigar elogios, y si los recibe, no complacerse con ellos, sino preguntarse lo que acerca de esto pensará en la hora de la muerte, en el juicio final ó en la eternidad.

(1) *Guia de los que anuncian la palabra de Dios.*

(2) *Ensayo sobre la elocuencia del púlpito*, c. LXXVIII.

TÍTULO TERCERO:

**De la manera de tratar los asuntos predicables
y de los diversos géneros de instruccion.**

No basta penetrarse de la sublimidad y grandeza de los asuntos propios del discurso sagrado. Es indispensable que el sacerdote se fije en la manera de tratarlos en los púlpitos cristianos. No es suficiente conocer las reglas generales del discurso y de la accion, es preciso saber aplicarlas á los diversos géneros de instruccion.

He aquí lo que va á ser objeto de este último título de nuestro libro, relacionado íntimamente con los anteriores, y como ellos, del mayor interés para el más acertado desempeño de la mision evangélica.

El recuerdo inmediato de las consideraciones y precedentes que sirven de base á los preceptos que vamos á consignar, pertenece al profesorado; detenernos mucho en este título sería dar mayores dimensiones de las que nos hemos trazado y las que consiente el tiempo escaso que se consagra á esta asignatura, así en los Seminarios como en las Universidades.

A los que hayan leído el prospecto de esta publicación, debemos advertirles que razones poderosas nos han decidido á reasumir en un solo título lo que en un principio teníamos proyectado tratar en dos; sin que por esto defraudásemos en lo más mínimo nuestras ofertas, ántes bien en este como en los anteriores títulos nos hemos excedido, añadiendo un gran número de puntos que no estaban comprendidos en nuestro primer programa.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA MANERA DE TRATAR LOS ASUNTOS PREDICABLES.—1.º Verdades fundamentales en general.—2.º Perfecciones de Dios, beneficios y postrimerías.—3.º Misterios de Nuestro Señor Jesucristo y su Santísima Madre.—4.º Virtudes y vicios.—5.º Sacramentos.—6.º Oraciones.

Antes de ahora hemos dado á conocer las materias que constituyen la enseñanza evangélica; ántes de ahora hemos dicho lo que debe tratarse en los púlpitos cristianos (1): nos falta tan solo consignar los preceptos generales que deben tenerse presentes para desenvolver con acierto los temas de la predicación; empresa difícil, y para cuyo desenvolvimiento la mayoría de los autores no nos auxilian sino con escasas indicaciones, creyendo, sin duda, este punto ajeno de unas *Instituciones oratorias* destinadas á servir de guía á la juventud.

1. *Verdades fundamentales.* Bajo esta clasificación hemos comprendido los Misterios, el Símbolo, las Virtudes teologales, los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, los Sacramentos, la Oración dominical y los deberes de estado, cuerpo de doctrina que constituye la base, el fundamento de la enseñanza cristiana.

(1) Véase el cap. XI, tit. I.

Dos maneras existen de tratar las *verdades fundamentales*: la 1.^a haciendo resaltar su certeza por medio de pruebas sólidas que aseguren ó despierten la fé en el auditorio; y la 2.^a considerándolas bajo su aspecto moral y deduciendo reglas de conducta para alcanzar fácilmente la salvacion.

Ambos medios son, en sentir de Limoges, de una utilidad positiva é inmediata, puesto que nada hay más propio para despertar en los fieles un gran entusiasmo por la verdad, que la misma verdad puesta al alcance de todas las inteligencias y basada en sus inalterables y sólidos fundamentos. El cristianismo es en realidad un vasto edificio cuyas piedras están marcadas visiblemente con el dedo de Dios: separar cualquiera de ellas, es destruir una religion que de un modo tan evidente proviene del cielo.

Avivad la fé, ministros del Señor, despertadla en las almas tibias ó los corazones indiferentes, y habreis realizado el objeto principal de la predicacion. La fé muerta, la fé sin obras, sin energía para el bien, no es verdadera fé; animada por sólidas pruebas, sostenida por demostraciones evidentes, es como da por resultado la virtud, es como produce maravillas de abnegacion y rasgos heroicos de caridad y de amor. La falta de pruebas en toda creencia la hace repulsiva, el olvido de esas mismas pruebas entibia el entusiasmo y conduce á la indiferencia.

No es ménos necesario considerar las verdades cristianas bajo el punto de vista moral, presentando ante los fieles las consecuencias prácticas que de ella se derivan. Estas verdades son para el alma que las medita un manantial inagotable de instrucciones útiles, de afectos piado-

sos y de resoluciones santas y religiosas. Cuanto más las profundiza el cristiano se hace mejor, siendo imposible considerarlas con fé sin comprender el error que se padece, y sin sentirse dispuesto á practicar la virtud. Las verdades fundamentales son por otra parte el más sólido fundamento de toda la moral, porque á la vez contienen su motivo, su sancion y su ejemplo; y aun puede decirse que constituyen su mayor atractivo, porque por su medio halla el hombre una complacencia santa en padecer, en humillarse y morir.

A fin de tratar convenientemente bajo estos dos puntos de vista las verdades fundamentales, conviene tener en cuenta las reglas siguientes:

REGLA 1.^a Al establecer el predicador las verdades fundamentales, no debe dar á entender que entre aquellos á quien se dirige puede haber inteligencias capaces de dudar de la verdad que propone.

La razon de esta regla es, que como los que no creen apenas concurren al templo, la reconvencion sería estéril; y como por otra parte en casi todos los auditorios hay un gran número de almas sencillas para quienes la duda parece imposible, conviene no destruir una idea que es en su mente como la prueba fundamental ó más bien el atractivo de su fé.

2.^a No debe decirse nunca abiertamente que se trata de probar tal verdad, sino que conviene disimular el plan bajo una forma que permita de un modo hábil y natural la exposicion de todas las pruebas.

Los oyentes á quienes el predicador se dirige son almas sencillas y llenas de candor ó personas que no creen. En

el primer caso, el predicador que dice vengo á probaros tal cosa, produce un escándalo; y en el segundo, todo ataque de frente dirigido contra el error previene los ánimos, los hace recelar del predicador, y teniendo la humillacion de ser vencido en el combate, obliga al incrédulo á abandonar el templo ántes de oír al orador. Por esto sin duda San Francisco de Sales, cuyo juicio en esta materia es decisivo, afirma que nunca le salieron bien esos ataques directos; su método consistia en exponer sencilla y claramente las verdades de la fé, mostrarlas en su majestuosa hermosura, sin ninguna expresion que hiciese traslucir el ánimo de contradecir, y así es como todo sacerdote debe conducirse en este particular.

3.^a Las pruebas deben presentarse como consecuencia natural de la exposicion y desarrollo de la verdad que se quiere establecer, evitando todo lo que se asemeje á argumentacion y á controversia.

Esta regla se halla fundada en los motivos de la anterior.

4.^a Es preciso ser muy severo en la eleccion de las pruebas, muy claro y muy lógico en su exposicion.

Para la explicacion de esta regla basta recordar lo que ya hemos dicho acerca del modo de probar (1).

5.^a No conviene proponer objeciones, ni aparentar que pueden existir contra la verdad de que se trata; toda duda, todo sofisma, toda contradiccion debe resolverse con valentía y anticipándose á los enemigos de la verdad: *Non ita proponantur argumenta ut simpliciores offendi possint;*

(1) Cap. V, tit. I.

sed eo pacto res exponatur ut illi ex data explicatione solutionem eorum quæ sibi in mentem venerint aut ab aliis audiverint, facile colligant (1).

6.^a A las pruebas han de agregarse todas las consideraciones propias para hacer resaltar la hermosura, majestad y santidad de la doctrina cristiana sobre el punto de que se trata, mostrando la conformidad que existe entre el dogma católico y la bondad de Dios, su misericordia, sabiduría y todos sus demás atributos.

Las pruebas descarnadas hallarán con frecuencia el ánimo prevenido contra dogmas difíciles de creer, ó que tienen por consecuencias preceptos penosos; pero si estos dogmas aparecen dignos de admiracion y de ser amados, el más empedernido experimenta una simpatía irresistible y duradera.

7.^a Si con arreglo á las circunstancias se juzga oportuno que se debe hablar en el púlpito acerca de los que no participan de la creencia santa del orador, es indispensable en estos casos usar de expresiones caritativas, dulces y tolerantes.

Los apóstrofes, las invectivas y las reconvenciones, las palabras picantes, los retos y amenazas dirigidas á los adversarios del cristianismo, no pueden obtener las bendiciones de Dios, porque revelan siempre más orgullo que caridad; á lo cual debe añadirse que los adversarios no pueden defenderse en el momento. Nunca, decia San Vicente de Paul, he visto ni oído decir que ningun herege se haya convertido de otro modo sino con dulzura y humil-

(1) *Regulæ societatis Jesus.*

dad. Lo mismo acontece con los incrédulos y con los pecadores: para volverlos al seno de la gracia es menester procurar ganarlos y no confundirlos, presentarse ante su vista, no como un adversario que quiere conseguir la victoria, sino como un padre que ama á todos del mismo modo, y si los reprende é ilustra es solo porque los ama. Existe en el fondo de todas las almas un secreto orgullo que previene contra la verdad que los demás nos descubren, y este orgullo exige por parte del orador sagrado algunos miramientos.

8.^a Despues de haber expuesto las reglas, es preciso deducir siempre afectos piadosos y sacar consecuencias prácticas á propósito para mejorar á los oyentes.

Tales afectos sirven de un modo admirable á la persuasion y graban la verdad, no solo en el ánimo, sino en el corazon, asiento de la fé, que resulta por estos medios justificada: *Corde creditur ad justitiam*. Por otra parte, llevando consigo toda verdad religiosa obligaciones que desempeñar, el predicador se detendria en medio del camino si no condujera á este fin á su auditorio. Ilustrar el entendimiento, no es sino un medio para inclinar la voluntad á vivir mejor; y es perder, al ménos en gran parte, el fruto de un discurso sagrado no concluir con una exhortacion que obligue á reformar las costumbres y á practicar la virtud.

2. *Perfecciones de Dios, beneficios y destinos ó positiverías del hombre*, son los tres principales puntos á que pueden referirse todas las verdades cristianas (1).

(1) Las verdades que no entran en esta division, son relativas á

PERFECCIONES DIVINAS.

Uno de los deberes más inexcusables del orador sagrado, es el ocuparse frecuentemente de las perfecciones de Dios y mostrar á los fieles que estas son el principio de todas sus obligaciones y el motivo de todas las virtudes. Dios no es bien conocido, y esta es la causa de los grandes males que afligen la humanidad. Sin conocer á Dios los pecadores no le temen y los buenos no le aman ó le aman poco: Jesucristo dijo, que el conocimiento de Dios es la *llave de la vida eterna: Hæc est vita æterna ut cognoscant te solum Deum verum*. A fin de tratar dignamente un asunto tan grande, consignaremos algunas reglas que el catedrático de oratoria deberá ampliar en sus explicaciones.

REGLA 1.^a El orador sagrado debe cuidarse de un modo preferente de hacer que los pueblos formen una idea perfecta de Dios, hablando siempre de este divino Señor con un profundo respeto, ya se traten *exprofeso* las grandezas divinas, ó se hable de ellas incidentalmente en las instrucciones.

Una alta idea y estimacion de la majestad infinita, cuyo nombre nunca oia Newton sin descubrirse, convencerá á los pueblos y les hará ver lo mucho que importa adorar y humillarse delante de Dios; les hará ser dóciles á sus mandatos, sumisos á su Providencia, respetuosos en

los misterios ó á las virtudes, á la oracion ó á los sacramentos, de que hablaremos más adelante en este mismo capitulo.

su presencia y atentos para con sus ministros, á los que tributarán honor y deferencia. *Quis ut Deus?* Dios es todo, y todo debe hacerse con tal de agradarle. Es, por consiguiente, de grandísima importancia inspirar á los pueblos esta soberana estimacion de Dios, lo cual se conseguirá exponiendo con frecuencia en la cátedra sagrada con acento compungido y con un sentimiento profundamente religioso, su omnipotencia, su grandeza, su santidad, su eternidad, todas sus perfecciones incomprendibles, porque son infinitas, y sus atributos, en fin, describiendo la sumision de los ángeles ante su trono y el respeto de los santos en su presencia real.

2.ª A la vez que el predicador da á los pueblos una idea elevada de Dios, debe fijarse en mostrárselo como infinitamente amable é infinitamente digno de ser temido.

El amor y el temor son los dos sentimientos más vivos que el corazón del hombre experimenta: el amor debe servir al sacerdote para atraer á los fieles á Dios, y el temor para ahuyentar las pasiones que pudieran apartarles de la senda de la virtud.

3.ª Al tratar el orador de las perfecciones divinas, deberá convencer á los fieles de la posibilidad y el deber de ajustar su conducta al modelo perfecto y santísimo de la vida cristiana, que es Jesucristo nuestro Señor. Y esto, porque habiéndonos criado Dios á su imagen, es propio de la religion inculcar en nuestras almas esta semejanza divina. Por otra parte, siendo hijos de Dios debemos mostrarnos dignos de nuestro Padre; todo lo cual ofrecerá al predicador ocasion de exponer á su auditorio la misericordia de Dios con todos sus arcanos, diciéndoles

con Jesucristo: *Estote misericordes sicut et Pater vester misericors est* (1); su santidad, añadiendo con Dios mismo en el Levítico: *Sancti estote quoniam ego sanctus sum* (2); su paciencia, que tolera todos los pecados de los hombres; su dulzura, que no se turba ni se enoja con los ultrajes que recibe; su bondad, que devuelve bien por mal, colma de beneficios á todas las criaturas y es para nosotros tan entrañable como una madre; sus perfecciones, en fin, deduciendo de estas consideraciones con el divino Maestro que estamos obligados á imitar en todo lo posible á este divino modelo: *Estote perfecti sicut et Pater vester caelestis perfectus est* (3).

4.ª Las perfecciones divinas se pueden tratar de dos modos: 1.º estableciendo la perfeccion de que se trate en el primer punto, el cual será entonces puramente dogmático, y explanándola en el segundo, que entonces será del todo moral, deduciendo los frutos que de la virtud se pueda sacar; 2.º incluyendo los frutos, afectos y prácticas en la enunciacion misma de las perfecciones de Dios; por ejemplo: *La presencia de Dios en todas partes es un poderoso motivo para evitar todo pecado*, primer punto; *¿á qué nos obliga esta presencia de Dios en todo lugar?* segundo punto; ó tambien: *Hay una Providencia que vela sobre cada cual de nosotros*, primer punto; *¿cuáles son nuestros deberes para con esta Providencia?* segundo punto. Este método parece más útil que el primero, porque descubre mejor á los pueblos los frutos que deben sacar del discurso,

(1) Luc., VI, 36.

(2) Lev., XI, 44.

(3) Matth., V, 48.

indicando en cada proposicion de la division lo que debe hacerse ó lo que debe evitarse (1).

BENEFICIOS.

No es ménos útil y necesario predicar con frecuencia acerca de los beneficios de Dios, haciendo resaltar la gratitud á que estos beneficios nos obligan. «Os comprometo, escribia á este propósito San Ligorio á un misionero, á hablar con frecuencia del amor que Jesucristo nos ha hecho patente en la institucion del Santísimo Sacramento y del que nosotros debemos tener hácia nuestro amable Redentor. Todo lo que se hace por temor de los castigos y no por amor, es poco duradero.»

Hay aquí, como hemos dicho al tratar de las perfecciones, dos modos de tratar este asunto, 'ambos igualmente útiles.

El primero consiste en mostrar en un primer punto la grandeza del beneficio, y en el segundo las obligaciones que de él resultan; es decir, la gratitud que debemos tener y los frutos que de ella debemos sacar.

A fin de realzar la grandeza del beneficio, puede considerarse bajo tres puntos de vista: el beneficio en sí mismo, la persona que lo hace y la criatura que lo recibe.

Para tratar del beneficio en sí mismo se demuestra su

(1) Acerca de las perfecciones divinas puede consultarse: 1.º la Sagrada Escritura, y especialmente los Profetas; 2.º Bossuet, en *Las grandezas de los misterios*; 3.º Avillon, en sus *Reflexiones sobre los atributos de Dios*; 4.º Lafosse, *Tractatus de Deo et divinis attributis*, y sobre todo á nuestros místicos.

valor haciendo ver cuán excelente es en sí, lo útil que nos es, quizá hasta necesario, y si hay ocasion, lo mucho que se ha multiplicado y hasta muchas veces reiterado. Para ocuparse de la persona que lo hace, conviene hacer resaltar por un lado la infinita dignidad del bienhechor que se digna extender sus beneficios hasta nosotros; y por otro lo que le cuesta este beneficio y el afecto más que paternal con que nos lo da. Para hacer ver quién recibe, basta considerar que es una persona que, bajo ningun concepto lo merece, habiéndose hecho muchas veces indigna de él, tanto por los ultrajes ocasionados á su bienhechor, como por la insensibilidad despues de recibirlo. Estas tres consideraciones pueden desarrollarse bajo este ú otro tema parecido:

Quis, quid, ubi, quibus auxilium, cur, quomodo, quando.

Quis? Cuanto más elevado es el bienhechor, más grande es el beneficio: la donacion de un rey á un súbdito es más apreciable que una donacion de igual á igual. *Quid?* ¿Cuál es el beneficio en sí mismo y en sus consecuencias ó ventajas? *Ubi?* ¿En quién ha sido depositado este beneficio, esto es, á quién ha sido dado? A un nadie rebelde é ingrato, conocido anteriormente como tal. *Quibus auxilium?* ¿No suponen una inefable bondad los medios empleados para conferir este beneficio? *Cur?* Por puro amor, puesto que el bienhechor ningun interés reporta del beneficio que hace al hombre, en quien todo conspira para su daño y condenacion. *Quomodo?* Las circunstancias que acompañan á este beneficio y el modo con que es dado, realzan todavía el cariño y generosidad del bienhechor. *Quando?*

El tiempo en que recibimos este beneficio es una nueva prueba de él.

Para decir despues á lo que obliga este beneficio, puede hacerse ver: 1.º que es necesario amar al bienhechor y darle las gracias frecuentemente, temer ofenderlo y procurar agradarle en todo, y desear, si se pudiese, corresponderle de igual suerte, hacer por él tanto como ha hecho por nosotros; 2.º que es menester conservar preciosamente el beneficio, darle toda la estimacion que merece y sobre todo el uso para el cual nos ha sido dado.

El 2.º medio de tratar los beneficios de Dios, consiste en incluir la moralidad en los preceptos mismos de la division. Por ejemplo, si se quiere predicar sobre la creacion, se podrá señalar estas proposiciones: *Por la creacion, Dios es el autor de mi ser, debo, pues, obedecerle*, primer punto; *me ha hecho para El, debo dirigirme á El*, segundo punto; *me ha hecho á su semejanza, debo imitarle*, tercer punto; ó de otro modo: *Dios por la creacion es mi dueño, debo servirlo*, primer punto; *es mi Padre, debo amarlo y honrarlo*, segundo punto; y para explanarlos se observan los medios de amplificacion que hemos indicado al exponer el primer modo.

Tal es, entre otros, el método que puede seguirse para tratar de todos los beneficios de Dios, como la Providencia, la Encarnacion, la Redencion, la Gracia, la Eucaristía, la Confesion, etc.... Fijándose el predicador en estas indicaciones, esté seguro de hacer siempre una instruccion útil.

POSTRIMERÍAS.

Ya hemos dicho ántes de ahora (1) lo importante que es predicar con frecuencia sobre las postrimerías, siendo una de las principales causas de la corrupcion de las costumbres el que no se predica bastante ó se predica mal sobre estas graves materias. A fin de tratarlas con utilidad, es necesario que el predicador se penetre bien de ellas aplicándoselas á sí mismo, para presentarlas en el púlpito con una fé tan viva, que todas las expresiones, los movimientos, las facciones del semblante y hasta el acento de la voz persuadan á los oyentes que el sacerdote es el primero que experimenta los grandes sentimientos que les quiere inspirar: hablar de estas verdades con frialdad, es quitarlas todo su efecto; dejar traslucir indiferencia, es un verdadero escándalo.

Interesa mucho asimismo, al tratar de las postrimerías, proponerse un fin práctico al cual se encamine el discurso, porque llevar el terror á las almas no es un propósito digno de un ministro del Evangelio; y si la palabra aparece terrible, no debe serlo sino para contribuir al perfeccionamiento de los hombres.

Bajo el nombre de Postrimerías se comprende la salvacion, la muerte, el juicio, el infierno y el cielo. Sobre cada una de estas materias haremos varias observaciones,

(1) Cap. V, tit. I, pág. 119.

que creemos serán útiles á los jóvenes en sus primeros ensayos de composicion.

Salvacion. Por regla general se observan, segun Limoges, tres defectos en las predicaciones sobre esta materia. El 1.º es que el predicador suele convertirse en historiador fatigoso de las obras de Dios, desde el Paraiso terrenal hasta el Calvario, y muchas veces yendo aun más allá. Bueno es, sin duda, mostrar á los fieles lo que Dios ha hecho por la salvacion, á fin de hacer resaltar la importancia que esta debe tener á sus ojos; pero semejante pintura debe hacerse con brevedad, á grandes rasgos y siempre mezclada con oportunas reflexiones que muevan al auditorio. La salvacion, por ejemplo, puede decirse es la última de vuestras atenciones, ó más bien no es ninguna para vosotros, al paso que veis que Dios hace de ella su único asunto, al cual subordina todo lo demás; de donde se deduce ó que Dios carece de razon, ó que es vuestra conducta la irracional é irreflexiva. Decís que son demasiado penosos los sacrificios que la salvacion exige, y estais viendo á Jesucristo en el huerto de las Olivas, atado á la columna, expuesto á la burla de la plebe y clavado en una cruz.—El 2.º defecto suele ser hacer una larga descripcion del cielo y del infierno. Estas descripciones tienen varios inconvenientes: el de ser casi siempre débiles é imperfectas, porque son materias demasiado vastas para no ocupar sino un punto del cuadro; el de ser inoportunas, porque no se trata, por lo comun, de describir el cielo ni el infierno, sino de instar con fuerza y energia á sus oyentes para que pongan todo su conato en trabajar por su salvacion.—El tercer defecto consiste en hablar con poca discrecion del

corto número de escogidos, de la impenitencia final, del riesgo de aplazar la conversion, de las consecuencias, de las recaidas en el pecado, del imperio, de los malos hábitos y de otras materias semejantes.

Por estos medios se consigue desanimar y desesperar á los pecadores, que solo contemplan excesivas dificultades para lograr su salvacion, y causar la turbacion de los justos, alterando la paz de que gozan y les es muy necesaria. San Francisco de Sales tenia en este punto una práctica muy distinta, procurando siempre hacer ver que con un poco no más de buena voluntad todos sus oyentes podian salvarse. Los predicadores nunca deben olvidar tan excelente modelo.

Todo sermón sobre la salvacion debe contener explicita ó implicitamente estos dos puntos: *Los fieles deben ocuparse por completo y desde hoy de su salvacion*, primer punto; *¿qué se necesita para salir bien en un negocio tan grave?*—En el primer punto debe el predicador demostrar palpablemente que la salvacion es un negocio importante, lo cual puede atestiguar con los réprobos, con los santos y con Dios mismo: *In alterutram æternitatem eadã necesse est*; personal, puesto que no se trata de nuestros bienes ni de nuestro honor, sino de nosotros mismos, y en este asunto cada cual hace para sí exclusivamente urgente, puesto que la demora es peligrosa y digna de todos nuestros desvelos pensando que los requiere y los merece.—En el segundo punto debe mostrarse la necesidad de recobrar ó conservar con esmero el estado de gracia, de subordinarlo todo á la salvacion, acciones, proyectos, eleccion de estado y destinos, uso de las cosas de este mundo, todo, en

fin: *Quid hoc ad æternitatem?* y por último, el principio y regla de conducta que todos deben adoptar como consecuencia del sermón (1).

Muerte. En las predicaciones sobre esta materia hay tres defectos muy frecuentes. El 1.º es probar por la Sagrada Escritura, por la tradición, por la experiencia y por la razón, la certeza de la muerte y la incertidumbre del momento de esta, cosas consideradas como positivas por todo el mundo. Bueno es, sin ninguna duda, hacerle reflexionar al pecador que debe morir y que no sabe cuál es el instante; pero es ridículo tratar de probárselo como se probaría un asunto susceptible de controversia. El 2.º es pintar los remordimientos, las angustias y la desesperación del pecador moribundo. Semejante pintura era verdadera y útil en los siglos de fé, más en el día fracasaría por completo. La experiencia demuestra que muchos pecadores mueren muy tranquilos, sin que las más vehementes exhortaciones del celo eclesiástico despierten en ellos la menor inquietud. El 3.º consiste en aventurar la imposibilidad de morir bien cuando se ha vivido mal.

Hay, entre otros, cuatro principales modos de presen-

(1) Sobre esta materia pueden consultarse el *Tratado sobre la importancia de la salvación*, del P. Rapin; la *Guía de pecadores*, lib. II, cap. I; al P. Giroust en su Adviento y Cuaresma; y entre los Padres de la Iglesia á San Juan Crisóstomo, en las *Homilias* 22 y 58 al pueblo de Antioquia; y á San Agustín, *Serm. 64 de Verbis Domini*.— Si en vez de tratar acerca del empeño de la salvación se quisiera hablar del descuido de los hombres hácia este asunto, convendría demostrar hasta qué grado semejante descuido es injurioso á Dios, indigno de un hombre sensato; y para esto se hallarían bellas y excelentes consideraciones en los caps. VIII y XII del primer tomo del *Ensayo sobre la indiferencia*, por M. de Lamennais.

tar este asunto: 1.º Si se quiere instar á los fieles á que se preparen para la muerte, se puede dividir de esta manera el sermón: *Es menester prepararse para la muerte*, primer punto; *¿cómo ha de ser esta preparación?* segundo punto. El primer punto se prueba por la desgracia de morir sin preparación, desgracia inmensa é irreparable; por el evidente peligro de incurrir en semejante desgracia cuando se vive sin pensar en ella; por la dificultad de prepararse cuando se aguarda al último momento. Para el segundo punto puede intentarse demostrar que es preciso establecer desde aquel mismo instante el método que se quisiera tener puesto á la hora de la muerte; hacer cada acción como si se debiera morir en seguida; no permanecer nunca en un estado en el cual se temiera morir. 2.º Si se pretendiera por el orador separar de la tierra los corazones para llevarlos á la santidad, puede proponerse: *La certeza de la muerte debe separarnos de todas las cosas de este mundo*, primer punto; *la incertidumbre del momento de la muerte debe inspirarnos una continua vigilancia que nos conserve siempre dispuestos á comparecer delante de Dios*, segundo punto. 3.º Si se quiere formar á los oyentes para la práctica de las virtudes cristianas, se les puede presentar la idea de la muerte como motivo de humildad, como regla infalible de prudencia cristiana, como medio eficaz de fervor. Estos tres puntos darán lugar á utilísimas explicaciones.

Si se deseara por el predicador destruir en los oyentes ese excesivo temor de la muerte, tan indigno de un alma cristiana, se les puede decir que en la muerte del verdadero cristiano todo es suave y consolador, el pasado, el

presente y el porvenir. El *pasado*, porque el verdadero cristiano deja sin pena lo que ha poseído sin afición, y se ve con regocijo santo libre de las miserias de esta vida y sobre todo del peligro de pecar. El *presente*, porque se considera como el viajero que llega al término de un largo viaje, el marino que entra en el puerto. El *porvenir*, porque se le abren los cielos y va al fin á gozar de la dicha eterna para que fué criado (1).

Juicio. Muchos predicadores cometen, segun Limoges, la falta: 1.º de no tratar casi nunca del juicio particular, materia sin embargo muy interesante y muy propia para mover; 2.º de tratar del juicio general, deteniéndose en descripciones de pura imaginacion, cuando no deberian hacer uso mas que de la palabra de Dios; y 3.º de no hablar sino del juicio de los pecadores, y nunca del de los justos, en oposicion con el ejemplo de Jesucristo, quien, en el Evangelio, reúne casi siempre este doble juicio, y en interés de los oyentes, que necesitan ser animados y consolados por el juicio de los buenos tanto como horrorizados con el de los malos (2).

(1) Sobre esta materia se pueden consultar al P. Pallu, en su *Tratado de las cuatro postrimerias del hombre*, los *Ensayos de moral* de Nicoles, tomo IV, sobre los fines del hombre; el *Retiro* del Padre Nouet para prepararse á la muerte; á Belarmino en sus *Opúsculos*, tomo V; á Bossuet, Bourdaloue y Massillon entre los sermones modernos, y entre los Santos Padres á S. Ambrosio de *Bono mortis*, á S. Agustin en el libro *Speculum peccatoris*, á S. Basilio *Admonitio ad filium spiritualem*, y á S. Gregorio Papa en el libro sétimo de sus *Morales*, cap. XIV, y por último, al P. Ventura en las *Parábolas* de Nuestro Señor.

(2) Convencido de esto mismo el P. Brydaine, compuso un largo sermón dedicado únicamente al juicio de los buenos.

Si se quiere tratar del juicio particular, se puede mostrar el alma al abandonar el cuerpo y colocarse delante del tribunal de Dios. *Si es justa, ¡qué consuelo!* primer punto. *Si es culpable, ¡qué desesperacion!* segundo punto. Para el primero todo es consuelo al justo, su juez, sus pecados, sus buenas obras, su porvenir: su juez es su mejor amigo; sus pecados, ¡qué alegría en verlos perdonados todos y cubiertos con la sangre de Jesucristo! sus buenas obras, ¡qué placer leerlas todas hasta las menores inscritas en el libro de la vida! su porvenir va á ser eternamente dichoso. Para el segundo punto se puede mostrar al pecador lleno de espanto al acabar de salir de este mundo colocado delante de su Juez, ¡pero qué Juez! un Juez irrito, un Juez que lo sabe todo; acusado de los pecados cometidos, de los callados en confesion, del olvido de los beneficios... convencido por su conciencia, por el demonio y por su juez; condenado y ejecutada al punto la sentencia.

Esta instruccion se podria concluir muy útilmente con el consejo del Apóstol: *Si nosmetipsos disjudicavimus, non utique judicavimus*. Si se quiere tratar acerca del juicio universal, se puede hacer la historia de las circunstancias que precederán ó acompañarán el juicio, y del juicio mismo, procurando resaltar todo lo que este último día tendrá de consolador para el justo y de espantoso para el pecador. Podrá asimismo demostrarse en dos puntos distintos las alegrías del justo y las angustias del pecador, ó reducir el asunto al pecador solo, y mostrar como en aquel día será acusado, convencido y condenado (1).

(1) Sobre este asunto se puede consultar al P. Pallu y los *Ensa-*

Infierno. Muchos predicadores, segun Limoges, cometen en este punto varios defectos. El 1.º consiste en consultar, al describir el infierno, más bien su imaginacion que la palabra de Dios ó la enseñanza de la Iglesia, y suponer muchísimas cosas sin pruebas, ó al ménos sin pruebas sólidas. Este defecto, grave en todas épocas, lo es mucho más en el presente siglo de incredulidad; porque hallándose mal dispuesto el oyente, deduce que todos los horrores que se le quieren hacer del infierno son imaginarios, y se endurece en el pecado. Por consiguiente, es esencial apoyar todo lo que se dice con pruebas sólidas, con razonamientos exactos, y hasta prevenir, en cuanto sea posible, las objeciones que pueden nacer en el ánimo de los oyentes contra la bondad de Dios, contra su justicia y sabiduría. El 2.º consiste en describir los padecimientos de los condenados con cierto tono que indica que nada teme uno para sí y que está muy poco compadecido de la desgracia de los que los sufren, tanto, que al oír á ciertos predicadores se diria que se complacen en esas horrosas pinturas del suplicio de sus hermanos.

No acontece esto al varon de Dios, porque sufre con la sola idea de los padecimientos de sus hermanos; no habla de ellos sino con el acento de la compasion, y confundiendo con la reunion de los fieles en un temor comun, tiembla al pensar que puede él quizá mismo experimentar

yo de moral de Nicole. Además, entre los predicadores á Bourdaloue y Massillon, y entre los Padres, á S. Juan Crisóstomo, *Sermo de secundo adventu Filii Dei*, hom. 5, in Epis ad Rom., 10, in secundam ad Cor., 8, in Epis, ad Thessal., 3, in secundam ad Timoth., et S. Bernard., ser. 27 in Cantic.

algun dia los males de que á los demás habla.—El tercer defecto es no sacar de tan gran asunto consecuencias prácticas para llevar á sus oyentes á una conversion pronta, á una penitencia severa, á la vigilancia, á la oracion y al celo por su salvacion.

No es siempre oportuno describir detalladamente las penas del infierno. La fé de ciertos auditorios es demasiado débil para sobrellevar esta pintura, y podria ser censurada. Entónces puede el predicador contentarse con generalidades y decir, por ejemplo: *Hay otra vida donde será castigado todo pecado mortal no espiado en este mundo*, primer punto; *estos castigos serán eternos*, segundo punto; *es locura en el hombre exponerse á esto*, tercer punto. En los auditorios más cristianos se describirán los cuatro tormentos del infierno, el fuego devorador, la pérdida de Dios, el gusano roedor, y todo esto por toda la eternidad; pero siempre será preciso añadir los medios de evitar el infierno ó los frutos que han de sacarse de la instruccion.

Otras veces convendrá, en vez de tratar del infierno, predicar sobre el pensamiento del infierno y mostrar lo muy propio que este pensamiento es para inspirar á los fieles un gran valor para vencer todas las dificultades que se oponen á la salvacion, una vigilancia continua y una profunda humildad, etc. (1).

(1) Sobre esta materia se puede consultar al P. Pallu en sus *Cuatro postrimerias del hombre* y en uno de sus sermones; á Bourdaloue, á Segaud, á Cambaceres, al P. Ligny; y entre los Santos Padres, á S. Gregorio Papa, lib. 9 in *Job.*, á S. Agustin, lib. 3 de *Spiritu et anima*, á S. Bernardo, *serm.* 16 in *Cantic.*, y principalmente á San Juan Crisóstomo, hom. 24 in *S. Matth.*, 10, in *2 Cor.*, y el libro de *Providentia Dei*, donde demuestra que Dios debia á su bondad eria

Cielo. Esta materia es difícilísima de tratar y ha sido el escollo de muchos y muy grandes predicadores: el hombre en este valle de lágrimas conoce tan poco la dicha, que faltan puntos de comparacion para dar á entender la felicidad con que Dios embriaga á sus escogidos. Los escritores no indican más que dos modos de tratar este asunto: el 1.º es describir la dicha del cielo, primer punto, y mostrar los medios de llegar á él con el segundo; el 2.º es traer la moral á la parte dogmática y decir por ejemplo: *La fé del paraíso debe arrancar de los corazones todos los bienes de este mundo*, primer punto; *deben los fieles inflamarse y consagrarse al servicio de Dios*, segundo punto; *llenarse de paciència y de valor en medio de las pruebas de la vida*, tercer punto (1).

3. *Misterios de Nuestro Señor y su Santísima Madre.* Se deben comprender, segun Albert y Limoges, por misterios, no solamente las acciones de Nuestro Señor que tienen una relacion inmediata con nuestra salvacion, como el Nacimiento, la Circuncision, la Pasion, la Resurreccion y la Ascension, sino tambien las maravillas que Dios ha obrado en su Madre Santísima, su Concepcion inmaculada, su Natividad, su Anunciacion, su Asuncion, y hasta lo que esta Señora ejecutó en el mundo para que se cumpliera la voluntad divina, como la Presentacion, la Visita-

el infierno, porque sin este nadie hubiese tenido valor para hacer los sacrificios necesarios á fin de ir al cielo.

(1) Sobre esta materia se puede consultar al P. Pallu en su *Tratado de las cuatro postrimerias del hombre*, al abate Poulle, al P. Giroust; y entre los Padres de la Iglesia, á todos los indicados en la biblioteca de los Padres de M. Guillon.

cion y la Purificacion. El ministro evangélico debe formar un gran empeño en dar á conocer y hacer amar estos misterios: su talento hallará un inmenso campo en este sentido para ejercitar su celo y un rico tesoro de las más sublimes consideraciones y los impulsos más excelentes. Los Padres y Doctores de la Iglesia, los oradores eclesiásticos más célebres de todos los países han explotado esta riquísima mina sin haberla agotado, porque constituye en realidad las manifestaciones constantes de la sabiduría y la bondad de Dios.

Por otra parte, los misterios son el más sólido y más útil alimento de la piedad cristiana; son el fondo y la sustancia de la religion, y sin conocerlos no se la conoce bien. Los misterios hablan al corazon, le mueven y abrasan. Imponer sacrificios, prácticas de virtud sin estar basadas en la esencia, es inútil; olvidar las intenciones de la Iglesia al establecer sus más grandes solemnidades, es una falta imperdonable respecto del orador.

Para predicar con fruto acerca de los misterios, es preciso darlos á conocer bien: San Francisco de Sales dice que para esto es muy útil considerar estos tres puntos: ¿quién? ¿por qué? y ¿cómo? Ejemplo: ¿quién ha nacido? El Hijo de Dios hecho hombre. ¿Para qué? Para salvarnos. ¿Cómo? Pobre, desnudo, frio y en un establo. ¿Quién resucito? El hombre Dios, que habia muerto por nosotros. ¿Para qué? Para su gloria y para nuestro bien. ¿Cómo? Glorioso é inmortal. Este método, aunque bueno en sí mismo, no es en realidad bastante explicito.

Otros escritores proponen: 1.º Que se explique perfectamente el interior y el exterior del misterio. 2.º Que se

hagan resaltar las perfecciones de Dios, de Jesucristo y la Santísima Virgen. Y 3.º que se manifiesten las ventajas que del misterio resultase al género humano (1). Este método es más completo, si bien puede sufrir modificaciones sin perder su oportunidad y su importancia.

Al mismo tiempo que se ilustra la inteligencia de los oyentes sobre el fondo de un misterio, es preciso hablar á su corazón y procurar hacer revivir en el alma los afectos y sentimientos piadosos que el misterio de que se trata es á propósito para inspirar. El predicador faltaría completamente á su fin, si convirtiéndose en un disertador frío y especulativo, no hablase en este género de sermones más que á la razón y á la inteligencia. Estos sentimientos varían según el misterio, pero casi siempre hay materia para los que vamos á indicar: 1.º al de la gratitud y el reconocimiento por las gracias que el misterio proporciona; 2.º al amor por la bondad divina que en él se manifiesta; 3.º á la admiración y el elogio por la grandeza, sabiduría y poder que brillan en él; 4.º al respeto y veneración por la excelencia del misterio en sí mismo; 5.º al deseo y firme propósito de una vida mejor y más perfecta, más retirada del mundo y más humilde; 6.º á la alegría ó á la compasión. Desarrollando estos diferentes sentimientos, es como el predicador da unión á sus instrucciones y derrama en ellas una especie de perfume de piedad que mueve los corazones; de otro modo aparecerá seco, frío, poco interesante y sus discursos tendrán bien escasa utilidad.

(1) Santo Tomás en la *Suma* (3.ª parte), y Suarez en su *Teología*, desarrollan admirablemente estos puntos de vista de los misterios.

Habiendo Jesucristo instituido los misterios para que fueran en la Iglesia fuentes copiosísimas de virtud y de gracia, el predicador debe procurar que estas se aprovechen por los cristianos, mostrando las lecciones de perfección y de virtud que contiene ya el exterior, ya el interior del misterio, é invitando á que los oyentes pongan en práctica estas lecciones, ayudados con el amparo de Jesucristo y con la asistencia de María Santísima. Es evidente que la gracia que ayuda á hacer el bien brota siempre de cada misterio al mismo tiempo que la lección que de él se desprende.

Conviene, tratándose de los misterios, que se divida el discurso, pudiendo tratar en el primer punto la doctrina del misterio, y en el segundo manifestar el fruto que de ella debe sacarse. En conformidad con este principio se podrá decir: *Excelencia y grandeza del misterio*, primer punto; *modo de honrarlo y de participar de él*, segundo punto; ó de otro modo: *Lo que Dios ha hecho por nosotros en el misterio*, primer punto; *lo que debemos hacer por Dios*, segundo punto; ó también: *Adorables designios de Dios en el misterio*, primer punto; *sentimientos que el misterio debe inspirarnos*, segundo punto; ó por último: *Gloria que resulta á Dios en el misterio*, primer punto; *ventajas que de él resultan al hombre*, segundo punto.

El segundo método que proponen los maestros, es unir bajo una misma enunciación la doctrina y los frutos del misterio: según esto, podrá decirse: *Jesús en el establo de Belén es para nosotros un bienhechor á quien debemos amar*, primer punto; *un doctor á quien debemos escuchar*, segundo punto; *un modelo que debemos imitar*, tercer

punto; ó tambien: *María en su purificacion nos enseña que debemos practicar hasta las menores circunstancias de la ley*, primer punto; *aun cuando no exista mas que consejo sin obligacion rigorosa*, segundo punto; *aun cuando sea preciso sacrificar lo que tengamos por estimable y de más valor* (1).

4. *Virtudes y vicios.* Para instruir con fruto acerca de las virtudes y los vicios, convendrá dividir el discurso en tres partes: en la 1.^a se manifestará en qué consiste la virtud ó el vicio de que se va á tratar; en la 2.^a los motivos que deben hacérnosla amar ó aborrecer; y en la 3.^a manifestar los medios de practicarla ó conseguir su estirpacion; ó bien dividir la instruccion en dos puntos: 1.^o importancia de la virtud; 2.^o medios de adquirirla.

Lo que acabamos de indicar es aplicable á todas las obligaciones del cristiano, ó sea á los mandamientos de Dios y de la Iglesia, al buen uso del tiempo y á otros asuntos que no creemos preciso enumerar. Hay entre los mandamientos dos que presentan especiales dificultades, y son el sexto y el noveno: sobre este particular toda discrecion y prudencia será escasa (2).

5. *Sacramentos.* La excelencia de los Sacramentos,

(1) Para completar estas indicaciones, los jóvenes hallarán amplios materiales en el P. Nouet, en Granada, en todos nuestros escritores ascéticos, en muchos sermonarios, y principalmente en Bossuet, que sobresale en este particular.

(2) Entre los autores que han tratado mejor estas materias, podemos designar á Granada, S. Francisco de Sales y á Rodriguez, en las obras ántes citadas.

su necesidad, sus ventajas, las disposiciones que requieren, los defectos que los desnaturalizan, las obligaciones que imponen y el significado de las ceremonias con que se confieren, son reflexiones que en una instruccion sobre esta materia conducen á la realizacion de los fines augustos de la predicacion, pero acerca de los cuales necesitamos mucho espacio para poder decir cuanto nos sugiere nuestro buen deseo y el empeño de ser útiles con este libro á la juventud.

Para hacer resaltar la excelencia de los Sacramentos, basta considerar que no son de institucion humana como las demás ceremonias de la Iglesia, venerables, no obstante, por muchos motivos. Los Sacramentos son presentes del cielo, tienen por autor al mismo Dios, y por su medio se nos comunican todas las gracias que han de hacernos partícipes de la bienaventuranza.

Un poco de agua, de aceite ó pan bastan para santificarlos. ¡Oh maravilla insigne en la cual se armoniza la grandeza de Dios y la pequeñez de la criatura!

La necesidad de los Sacramentos abraza tres puntos de vista: 1.^o necesidad de medio, 2.^o de precepto, y 3.^o accidental. La necesidad de medio consiste en que el Sacramento sea por institucion divina el único recurso de purificacion para el que se halla en pecado: el bautismo y la penitencia son de este orden, al cual se agrega la extrema-uncion como complemento de la penitencia. Para hacer resaltar la necesidad del precepto, conviene patentizar: 1.^o que la bondad de Dios no se limita ni está circunscrita á ofrecernos sus tesoros, sino que su amor es tan grande, que nos obliga con una ley á recibirlos: ¡qué ingratitud si

los rehusamos! y 2.º que desobedeciendo á Dios en un precepto tan amoroso, lo ultrajamos del modo más sensible, hiriéndole en el corazón, si puede decirse así, y obligándole á causa de nuestra malicia á amenazarnos con castigos eternos. En fin, el predicador hará resaltar la necesidad accidental de los Sacramentos, mostrando que son para muchos un socorro necesario para vencer sus malos hábitos, resistir á las tentaciones y lograr su salvacion; ¿cuántos se mantendrian en la virtud si quisieran confesarse y comulgar con frecuencia! Pero privándose de este socorro, abandonados á su propia flaqueza, son incapaces de abandonar la senda de su inevitable condenacion.

Para que se amen los Sacramentos es preciso exponer sus ventajas, ó sea la gracia santificante y la sacramental que de ellos resulta al que los recibe dignamente.

Las disposiciones que son necesarias vienen despues como complemento de los puntos anteriores, debiendo clasificar las próximas y las remotas, las necesarias y las útiles, añadiendo una explicacion clara que haga conocer en qué consiste cada disposicion, los medios de adquirirla y la posibilidad de perderla.

Todos los Sacramentos llevan consigo obligaciones particulares: la primera es la de agradecer los beneficios que con él se reciben; la segunda la de conservar cuidadosamente la gracia recibida, velando sobre el corazón para no dejársela arrancar por el pecado; la tercera la de hacerla fructificar por una correspondencia exacta á las miras que Dios se propone al dárnosla; la cuarta la de cumplir perfectamente los deberes de estado que por medio del Sacramento nos ha sido conferido. El predicador debe ex-

plicar todas estas obligaciones y hacerlas notar con fuerza, mostrando que todos los fieles tendrán que dar rigurosa cuenta de su proceder en este particular.

Las ceremonias de los Sacramentos son una de las más útiles materias de la predicacion, pues todas tienen un sentido moral muy instructivo para quien sabe comprenderlas; siendo deber inexcusable de todo Pastor de almas explicarlas á los fieles, explanar todo lo que tienen de piadoso, de patético y de oportuno para excitar la fé y mantener la devocion, haciendo ver de qué modo facilitan la inteligencia ó sea el sentido oculto ó misterioso de los Sacramentos, recuerdan los beneficios de Dios, honran su grandeza y realzan su culto.

Si el sacerdote debe limitarse á la sencilla instruccion de un Sacramento, podrá dividirla del siguiente modo: *Excelencia del Sacramento*, primer punto; bajo cuya enunciacion se comprende su excelencia propiamente dicha, su necesidad y sus ventajas; *disposiciones que requiere*, segundo punto; *obligaciones que impone*, tercer punto; y al tratar estos dos últimos, se indicarán las ceremonias como prueba de la doctrina en general (1).

En cuanto á las instrucciones ó pláticas que se acostumbra en el acto de administrar los Sacramentos, es muy importante hacer que el jóven seminarista se persuada de su oportunidad y conveniencia.

Una alocucion instructiva y piadosa es de la mayor importancia en tales casos, los Sinodales de casi todas las diócesis la prescriben, y el sacerdote no tiene, por lo co-

(1) Véase el *Catecismo* del concilio de Trento.

mun, ocasion más favorable para anunciar la palabra de Dios.

Este género de instrucciones han de ser breves, concisas, pero llenas de expresion y de vida, oportunas, aplicadas á las circunstancias y capaces de conmovier.

6. *Oracion.* Por oracion debe entenderse el homenaje que se hace á Dios por los inmensos favores que de él hemos recibido. Hay pocos asuntos sobre los cuales sea más esencial instruir á los fieles; porque hallándose obligado el hombre á tributar á Dios el homenaje de su adoracion y de amor, y teniendo, por otra parte, tantas gracias temporales y espirituales que pedir, necesita muy particularmente conocer á fondo todo lo que corresponde á esta importante obligacion.

Conviene que nos fijemos en este momento en los tres temas que pueden ser objeto de este género de instrucciones: 1.º los motivos que deben movernos á orar; 2.º lo que debe pedirse en la oracion; y 3.º las condiciones y cualidades de la buena oracion.

Los motivos de la oracion pueden reducirse á tres: la necesidad, la eficacia y los consuelos de la oracion.

Aun cuando la oracion no fuese tan absolutamente necesaria como lo es en realidad, le está prometida tanta eficacia, que esto solo deberia bastar para excitarnos á orar. Si un rey llegase á prometer que concederia todo lo que se le pidiera, ¿se necesitaría mucho para excitar á sus vasallos á que le dirigieran súplicas? Esto es precisamente lo que Dios ha prometido al que le ruegue y pida con fervor; estas promesas se hallan reiteradas en cien

pasajes de la Escritura, tienen en su apoyo la autoridad del juramento: *Amen, amen dico vobis* (1), abrazan todo lo que cristianamente se puede desear: *Quodcumque volueritis petetis et fiet vobis* (2); se refieren á todos sin distincion de grandes ni pequeños: *Principi aures paucis patent*, dice San Juan Crisóstomo: *Dei vero omnibus volentibus*. No excluyen ni aun á los mayores pecadores; como lo prueba el publicano de la puerta del templo, por lo cual dijo el Apóstol «que Dios es rico para con todos los que lo invocan.» *Dives in omnes qui invocant illum* (3). Dios, por consiguiente, ha comprometido su palabra, no puede negar nada á la oracion, y hasta le hace violencia, segun la expresion de San Juan Climaco: *Oratio vim Deo infert*. Unicamente debe hacerse observar á los fieles que Dios no falta á su promesa cuando no hace en el mismo instante lo que pedimos; ya porque con frecuencia nuestras oraciones no tienen las cualidades debidas, ya porque el favor que solicitamos unas veces no es el mejor para nosotros, otras nos será concedido con mayor utilidad más adelante; de suerte que Dios sirve mejor nuestros intereses no haciendo al punto lo que pedimos, y esto es escucharnos en un sentido más excelente: la demora misma tiene con frecuencia la ventaja de excitar en nosotros el deseo y la estimacion de los bienes de Dios y provocar-nos á orar con mayor fervor.

Los consuelos de la oracion son un nuevo motivo para aplicarnos á este santo ejercicio: la experiencia demues-

(1) Joann., XIV, 12 y sig.

(2) Id., XV, 7.

(3) Rom., X, 12.

tra que en la oracion es donde el alma afligida halla verdadero consuelo, el alma fervorosa los más puros goces de la vida, el alma cristiana la tranquilidad de las pasiones, el gusto de la virtud y la dicha propia de la inocencia. Al explicar estas ideas será oportuno que el predicador recomiende la práctica de las oraciones jaculatorias que proporcionan tantas gracias al alma y unen con Dios.

Después de haber expuesto de esta manera los motivos de orar, ocurre otra pregunta: ¿qué podemos pedir en nuestras oraciones? Podemos pedir: 1.º todo lo que es necesario y útil para nuestra alma; 2.º el alivio de los males temporales, en cuanto esto es conveniente para nuestra salvacion; 3.º lo que necesitamos para llenar los deberes de nuestro estado y posicion social; 4.º los mismos beneficios para el prójimo, para el bien de la Iglesia y de la sociedad; en fin, todo lo que interesa á la gloria de Dios y propagacion del reino de Jesucristo.

Expuestos los motivos y el objeto de la oracion, no queda otra cosa que enumerar sus cualidades. Estas son: 1.º el respeto exterior é interior hácia la majestad de Dios, y por consiguiente la atencion al sentido de las palabras que se pronuncian, ó al ménos á algun pensamiento piadoso propio para honrar á Dios; 2.º la humildad inspirada por un sentimiento profundo de nuestras miserias y por una fé viva de las grandezas de aquel á quien hablamos; 3.º la confianza en la misericordia divina y en las promesas hechas á los que oran como es debido; 4.º un gran deseo de ser escuchado; y 5.º la perseverancia en la oracion.

La gran mayoría de los cristianos no dan una gran

importancia á la oracion dominical, á la salutacion angélica, á los actos de las virtudes teologales, á las súplicas de la mañana y de la noche, y aun á la señal de la cruz; de esto proviene sin duda que se digan tales oraciones sin piedad y sin atencion; su culto es enteramente maquinal, solo se reduce á un movimiento de labios, no es, en fin, un culto en espíritu y en verdad.

Para evitar estos males ó corregirlos, importa mucho dar instrucciones sobre las oraciones particulares más comunes para la generalidad de los fieles, y he aquí las reglas que en esta materia pueden tenerse presentes:

REGLA 1.ª Debe explicarse el sentido de todas las palabras de la oracion, de suerte que no quede una sin comprender por los oyentes.

2.ª Es necesario hacer notar la excelencia y hermosura de la oracion de que se trate.

3.ª Es preciso indicar los sentimientos piadosos y santos afectos que deben acompañar á su pronunciacion.

4.ª Es preciso invitar á los cristianos á que repasen con frecuencia en su mente las explicaciones dadas, repitiendo con lentitud aquella misma oracion y deteniéndose en gustar lo que cada palabra bien comprendida les inspira de más útil y fervoroso.

CAPITULO II.

DE LOS DIVERSOS GÉNEROS DE INSTRUCCION.—1.º Del sermon.—2.º De la homilía.—3.º Del panegírico de los santos.—4.º De la oracion fúnebre.—5.º De las conferencias.—6.º De las pláticas y avisos morales.—7.º De las misiones y retiros, alocuciones y lecturas públicas.

DEL SERMON.

Antes de ahora hemos dicho que el *sermon* propiamente hablando, es la explicacion más solemne de la doctrina católica, reservada para las grandes fiestas y acontecimientos notables de la Iglesia, para las épocas de Adviento ó de Cuaresma, las misiones y retiros.

Dicese comunmente sermon á toda predicacion sagrada, y esto es un error, disculpable para la generalidad, pero inadmisibile en las escuelas.

En circunstancias extraordinarias, un sermon bien preparado, lleno de fuerza y uncion, pronunciado con celo y con calor producirá grandisimos beneficios en una feligresía; así como el abuso en este género de composiciones, su repeticion puede hasta llegar á ser en extremo inoportuna é impropcedente. El pueblo ha menester por regla general de una predicacion más sencilla, de explicaciones breves del catecismo, de ejemplos, comparaciones y pormenores que el sermon no admite y corresponden ó entran de lleno en otros géneros de instruccion.

Los Santos Padres usaron rara vez del sermón, forma más frecuente en las grandes ciudades, y que por lo general está muy por cima de la capacidad de la mayoría de los cristianos.

Del sermón se hace entre nosotros demasiado uso, lo cual no podemos menos de atribuir al empleo de los sermonarios, colecciones de discursos sagrados pronunciados en su mayor parte en la corte y ante auditorios muy ilustrados.

Esas digresiones históricas, esas excursiones á los sistemas filosóficos y teorías científicas, esos ejemplos sacados de las costumbres y la vida de los poderosos de la tierra, son siempre ineficaces é ininteligibles para el pueblo; no pudiendo menos de protestar contra ese género de predicación por sus lamentables resultados.

¿De qué sirve á un orador sagrado el aplauso de una ó dos personas que le oigan con admiración en un pueblo si los demás no le entienden? El orador debe pensar más en los demás que en sí mismo; no sube á la tribuna del Espíritu Santo á recoger aplausos, sino que su deber es hacer conversiones; tal debe ser su mira, poniendo en Dios el éxito de sus buenos propósitos.

Muchas veces hemos lamentado del fondo de nuestra alma la ineficacia de ciertos sermones predicados en los pueblos y el mal ejemplo que se da á los fieles con semejante género de instrucción. Habitados á oír frases campanudas, períodos intrincados y llenos de sutilezas, rechazan luego una predicación sencilla y que pone más en relieve la fealdad de sus costumbres.

La gran mayoría de los sermones, no tememos decir-

lo, no corrigen, no enseñan á la mayoría; por esto pedimos y aconsejamos que se escaseen, especialmente por los párrocos, á quienes por otra parte suele por lo común faltar tiempo para prepararse con la detención que requiere un sermón.

DE LA HOMILIA.

He aquí el género de predicación más oportuno, más conveniente, más necesario en nuestros días.

A la homilía debe consagrarse con preferente atención el sacerdocio en la época actual; siglo indiferente, porque ignora las grandes verdades de la fé y huye de toda instrucción religiosa, como si el ser cristiano fuese un obstáculo para desarrollar los poderosos estímulos de la actividad humana.

De este género de predicación se han ocupado preferentemente el P. Granada (1), el P. Albert (2), Limoges (3) y el A. Auger (4), dándole la importancia que en sí tiene como medio general, propio de todos los pueblos, de todos los países y lugares para enseñar la verdad.

La homilía es una explicación sencilla y piadosa, una especie de paráfrasis del Evangelio ó de la Epístola, de donde se sacan reflexiones morales para la edificación de los fieles. Este género de instrucción es el más antiguo de que se ha valido el sacerdocio para difundir la

(1) *Retórica*, lib. IV, c. VI.

(2) Part. III, cap. VIII, IX y X.

(3) *Pastoral*, tomo II, part. II, tit. II, cap. VII.

(4) *Prefacio* sobre S. Juan Crisóstomo.

luz del Evangelio. En los primeros siglos el lector leía al principio de las ceremonias y durante cierto tiempo las Sagradas Escrituras; acto seguido el Obispo tomaba la palabra, comentaba la lectura que acababa de hacerse, deduciendo instrucciones prácticas acompañadas con pormenores de costumbres llenos de interés y con elocuentes rasgos contra los vicios de la época. Unas veces era suficiente un solo versículo, otras se agrupaban varios, según que las verdades contenidas en ellos requirieran mayor ó menor explicación. Por lo común se observaba un orden riguroso en semejantes instrucciones, volviendo á tratar siempre el punto que había quedado pendiente el día anterior, y no dejando parte de un libro de la Sagrada Escritura sin haberlo explicado con gran minuciosidad.

Tal era el método de los antiguos; preferíanle con razón á cualquier otro por exigir ménos trabajo, y porque la composición de los sermones, tales como en el día se predicaban, hubiera sido incompatible con el laborioso ministerio de los Obispos en los tiempos antiguos.

Aun cuando sea necesaria en efecto ménos preparación para la homilía que para un discurso elevado, no obstante, es indispensable siempre detenerse en su composición, á no condenarse voluntariamente á predicar homilías frías, insustanciales, lánguidas é infructuosas. Hamon indica como mejor el siguiente método:

Debe comenzarse por estudiar con cuidado el texto que debe explicarse, meditarlo bien, penetrarse de él, y elegir con discernimiento los puntos sobre los que se haya de insistir; porque no es oportuno detenerse en todas las

circunstancias, ni pretender agotar el asunto, lo cual daría á la homilía una extensión molesta.

En este estudio hay que observar cuatro cosas: 1.º el sentido literal; 2.º el moral; 3.º el espiritual, y 4.º las aplicaciones prácticas y las exhortaciones análogas.

Para la explicación del sentido literal es menester indicar el tiempo, la ocasión y demás circunstancias de los hechos ó máximas contenidas en el texto, explicar las palabras que no son claras por sí mismas, y si hay lugar, los usos de la antigua ley cuyo conocimiento sería necesario para la inteligencia del texto; en fin, no dejar nada oscuro sin esclarecerlo. Si es una parábola, no es indispensable explicar su letra sino para explicar su espíritu y hacer resaltar su designio más bien que las circunstancias históricas, de las que muchas suelen ser un accesorio ajeno al asunto. Si el texto se acomoda, pueden unirse reflexiones dogmáticas, rara vez consideraciones físicas, pero nunca discusiones críticas, á ménos que nazcan del asunto y sean útiles á los oyentes.

Para la explicación del sentido moral y espiritual deben elegirse las consideraciones más sencillas y más naturales, más piadosas y más acomodadas á las necesidades de la feligresía, evitando las interpretaciones forzadas y las alegorías tomadas de muy lejos, según se encuentran en San Gregorio Papa y en San Agustín; tal era el gusto de aquella época, pero si tan insignes varones viviesen en nuestros días hablarían de otro modo.

Para las aplicaciones prácticas es menester conformarse con lo que acerca de este asunto hemos dicho ántes de ahora en este libro acerca de los medios de aco-

modar la predicacion á las necesidades de los oyentes.

Respecto de las exhortaciones análogas al asunto, deben ser vivas, fuertes, patéticas, acompañadas con afectos y con impulsos piadosos.

En cuanto á la parte material de la composicion, á la estructura de este género de discursos predicables se emplean diversos métodos.

El primero consiste en reducir todo el Evangelio del dia á un solo asunto y á una division regular, cuando esto puede conseguirse sin forzar el sentido. De esta manera en el Evangelio del Hijo pródigo se podrá mostrar: 1.º la desgracia del pecador que ha abandonado á su Dios; 2.º los sentimientos con que es preciso dirigirse de nuevo á Dios; 3.º la bondad de Dios para con el pecador que se convierte. Del mismo modo se puede considerar en el Evangelio de la Magdalena, su pecado, su penitencia, su perfecta reconciliacion con Dios: en el de la Cananea, los motivos de orar, las cualidades de la oracion, los frutos de la oracion: en el de la Samaritana, lo que hace Jesus por ella, lo que ella hace por Jesus: en del mal Rico, sus pecados, que consisten en ser vano, fastuoso y sensual, y su castigo: en el Evangelio del Fariseo y del Publicano, los efectos del orgullo y de la humildad: en la parábola de la Semilla, la necesidad y la utilidad de la palabra de Dios, los obstáculos que impiden su fruto y lo que debe hacerse para aprovecharla.

El segundo método consiste en tomar dos ó tres puntos del Evangelio relativos á una virtud ó á un vicio, tratarlos uno en pos de otro, y explanarlos segun lo que hemos dicho al tratar de las virtudes y los vicios.

El tercer método se reduce á explicar en un primer punto el Evangelio del dia todo entero, y deducir en el segundo las consecuencias prácticas: este es el método usado comunmente por San Juan Crisóstomo.

El cuarto método consiste en explicar todas las frases del Evangelio y sacar de cada una de ellas, en proporcion que se explican, los afectos y moralidades que de ellas dimanar. Cambiando de materia casi en cada versículo, hay proporcion de atacar muchos vicios, enseñar muchas virtudes, recomendar muchas prácticas útiles, y por medio de esta variedad cada cual halla en la instruccion un socorro á sus necesidades y un remedio á sus flaquezas. Sin embargo, este método tiene por otra parte el inconveniente de que al querer explicarlo todo es difícil profundizar nada, mover y tocar los corazones, porque apenas hay tiempo de desflorar las materias.

Si á causa de lo largo de los officios ó por cualquier otra causa ciertos domingos no se pudiese dar una instruccion extensa, no debe omitirse jamás el dar una brevísima idea del Evangelio, y por espacio de cinco ó seis minutos sacar una ó dos reflexiones interesantes. Si estas reflexiones se exponen de un modo claro y afectuoso, los oyentes las escucharán sin perder una sola frase y á veces hasta con más provecho que un largo discurso (1).

(1) Pueden consultarse como modelos de homilía entre los Padres latinos las de S. Ambrosio y S. Gregorio el Grande; entre los Padres griegos, las de S. Juan Crisóstomo, en especial sobre San Mateo.

DEL PANEGÍRICO DE LOS SANTOS.

La frecuencia con que se emplea en la Iglesia este género de composiciones, exige que nos detengamos en sus condiciones especiales y cualidades más culminantes.

El panegírico se ha considerado por muchos autores como el gran escollo, como el peligro mayor para los oradores sagrados: es en efecto muy difícil componer un buen panegírico.

Y sin embargo, este género de discursos es de un efecto seguro si se maneja con acierto: excita el interés, conmueve los ánimos, se oyen y retienen las particularidades que se refieren, se hacen analogías, símiles, comparaciones que se graban profundamente en la memoria, y esto es muy útil y provechoso para la enseñanza y edificación del pueblo cristiano.

Es preciso, dice Hamon, distinguir bien el panegírico de un santo de la historia del mismo. Esta se reduce á dar á conocer todas las acciones y circunstancias de su vida; mientras que el panegírico se eleva á mayor altura y solo trata de lo que es objeto de edificación. El panegirista indica de paso las acciones que han hecho célebre á su héroe é insiste en los medios que lo han santificado; muestra á los pueblos cuán digno es de un culto público y solomne, les hace comprender en qué consiste la verdadera santidad, la prueba que pueden y deben adquirirla, y excitándolos por lo que hay más poderoso sobre el corazón del hombre, el ejemplo y la recompensa, contribuye á su salvación.

De esta idea del panegírico es fácil inferir sus grandes

ventajas; pues los ejemplos de piedad y de virtud se escuchan con más gusto, excitan mayor interés, causan mayor sensación en los corazones y se retienen mejor que las más atinadas reflexiones. Con frecuencia personas á quienes las más vehementes exhortaciones hallan insensibles, se convierten por medio de los grandes ejemplos de los santos. Mostrar prácticamente el camino del bien, es siempre oportuno: *Quod isti cur non ego?* La solución á esta pregunta está al alcance de las inteligencias ménos cultivadas.

El panegírico es muy antiguo entre los cristianos: especialmente los Santos Padres se complacen sobremanera en este género de composiciones. San Cipriano hizo los panegíricos de los primeros mártires y desplegó una elocuencia que en nada cede á Ciceron ni á Demóstenes. San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Juan Crisóstomo y San Agustín, nos han dejado también muchos panegíricos, y este ejemplo es digno de imitación.

Por otra parte, siempre que la Iglesia honra á un santo con un culto solemne, es conveniente tomar por materia de la predicación el panegírico de este santo; porque cualquier otra materia sería contraria al espíritu de la Iglesia, frustraría la esperanza de los fieles, afligiría su piedad y sería ménos provechosa. También es oportuno elegir de vez en cuando, como objeto de la instrucción del domingo, el panegírico del santo más notable que hay en la semana. Es tan propio de la naturaleza de todos los hombres el gustar oír referir historias, que este género de predicación no puede dejar de ser tan agradable como útil á los oyentes.

Para componer bien un panegírico es indispensable

conocer: 1.º las fuentes de donde se saca el elogio de los santos; 2.º la manera de presentarlo; y 3.º los adornos que permite este género de trabajos oratorios.

La posicion que ocupó el santo, sus acciones, el objeto ó fin que con las mismas se propuso, las palabras que la tradición ha conservado, la comparacion ó paralelo con los demás hombres, son fuentes seguras para componer con acierto el panegírico de un santo.

La posicion de un personaje cualquiera á quien se trata de retratar es indispensable: cuando se hace el panegírico de un santo, olvidar la posicion que ocupó en el mundo, su rango, su destino, su ocupacion, empleo ú oficio, es una falta imperdonable. La posicion hace resaltar las más veces cual ningun otro recurso las virtudes del santo, bien porque en razon de esta ó las otras circunstancias la virtud les haya sido mucho más difícil y exigido de ellos mayor valor, ya porque disfrutando ó pudiendo disfrutar ventajas temporales de linaje, de fortuna y de talentos, hicieron de ellas un santo uso ó un generoso desprecio colocando en primera línea su santificacion y mirando con indiferencia todo lo demás.

Elegir las principales acciones sacrificando los rasgos de menor importancia, ó al ménos tocándolos ligeramente; fijarse mucho más en lo imitable que en lo admirable, en la edificacion de los pueblos que en la gloria de los santos, en las acciones de virtud que en los hechos milagrosos que asombraron el universo, son preceptos que consignan los maestros y al catedrático toca explicar; conviene empero no olvidar que el mayor mérito de los santos no consiste tanto en las acciones exteriores que

ejecutaron, que en cierto modo son la corteza de la virtud, sino mucho más en las intenciones ó disposiciones interiores que animaron estas acciones é hicieron de ellas obras santas. Esto es lo que constituye el verdadero mérito á los ojos de Dios: *Homines vident ea quae parent, Deus autem intuetur cor*. El panegirista debe por consiguiente penetrar en las disposiciones interiores de los santos, darse cuenta de sus intenciones, de sus miras de fé, de su gran deseo de complacer á Dios en todo, y manifestar á los fieles estos hermosos arcanos de su alma.

Las palabras que dijeron los santos ó que pueden aplicárseles, pueden servir muchísimo para su elogio. Tienen siempre cierta gracia particular y como un aroma de piedad que se trasmite y lleva consigo uncion y luz, reteniéndose con tanta facilidad como placer. El predicador puede por lo tanto enriquecer útilmente con ellas su discurso, y hasta aplicar frecuentemente á su héroe las palabras de la Escritura ó de la tradicion, en lo cual se ejercitaron los Santos Padres.

Las comparaciones y paralelos son un rico manantial de elogios, y el panegirista no puede hallar nada más adecuado para hacer resaltar las virtudes de su héroe. Estas comparaciones pueden hacerse de tres maneras: ó por oposicion, ó por semejanza, ó por desemejanza.

Acerca de la manera de presentar el elogio de los santos, conviene distinguir el fondo y la forma.

En cuanto al fondo es preciso hacer resaltar en el santo á quien se honra las virtudes que los oyentes pueden practicar más fácilmente, allanando más bien que dificultando el camino de la gracia. Interesa no ménos hacer

ver que el héroe cumplió siempre sus menores obligaciones llegando por grados á la santidad.

Puede darse al panegírico la forma moral ó la histórica: la 1.^a consiste en dividirlo en las dos ó más virtudes en que el santo sobresalió, ó bien fijándose en la más culminante de las que forman su elogio y el mérito de su gloria; la 2.^a consiste en dividir el panegírico en las diversas épocas ó estado de la vida del santo.

De lo dicho se infiere:

1.^o Que cualquiera que sea la forma de panegírico que se adopte, es preciso no multiplicar ni extender más de lo necesario las reflexiones morales; pues de ese modo se ofuscaría y hasta se haría como desaparecer la vida del santo bajo dichas reflexiones. Vale más poner ante el auditorio al héroe hablando y obrando por medio de una narración de sus ilustres acciones, concisa, compendiada, viva y llena de impulsos; esto es lo que da cuerpo y fuerza á un elogio, lo que instruye y lo que mueve. Cuando la materia del panegírico es fecunda en acontecimientos, la moral no debe nacer sino de la narración misma sin interrumpirla.

2.^o Que no se debe temer entrar en los pormenores de la vida del santo que pueden edificar á los oyentes, porque estos pormenores hacen más útil el discurso. Únicamente se debe evitar mostrar á los pueblos una perfección más admirable que imitable, porque sería desesperarlos y perjudicar el fruto del panegírico.

3.^o Que no es preciso atenerse con demasiado rigor al orden cronológico, el cual enfriaría la narración sacrificando la marcha oratoria al cálculo de las fechas; ni desviarse de estas muy visiblemente de modo que se halle

obligado á volver atrás, pues esto es de malísimo efecto.

El panegírico admite el estilo elegante y florido, y aun el estilo elevado y pomposo como inspirado por el santo entusiasmo del predicador que ha meditado en su héroe, y viene con piadosa ostentación á comunicar á sus oyentes la admiración de que se halla penetrado.

El elogio es una corona, por lo que es permitido adornarla con flores y aun con diamantes si es posible. Sin embargo, no todo debe estar sembrado de adornos cuando es oportuna la variedad; un discurso en que todo brillase acabaría por deslumbrar y desagradaría á fuerza de tonos de luz: se necesitan sombras para hacer mejor resaltar las facciones que deben llamar la atención. Las grandes acciones requieren muchos adornos; las que son menos importantes necesitan estar menos adornadas, pero siempre es menester una santa dignidad que corresponda á la vida grave y edificante del héroe, una elocuencia noble apartada de toda afectación que deba su excelencia más bien á las cosas que á las palabras, más bien á la materia tratada que al talento del orador.

Tal puede ser el panegírico, mas no es rigurosamente necesario que así sea; y aunque es permitido emplear en él todas las riquezas de la elocuencia, se le puede también presentar en el más sencillo lenguaje. Porque, dice San Basilio (1), la escuela del cristianismo no sigue en esta

(1) Si el sacerdote ó el escolar desea modelos para formarse en este género de instrucción, la antigüedad se le presentará muy magníficos en S. Basilio, S. Gregorio Nacianceno y S. Juan Crisóstomo; y el púlpito francés, en Flechier, Bourdaloue, Bossuet, Segaud y Larue.

parte los preceptos ni las reglas de los retóricos: las virtudes de los santos no necesitan los adornos ni las flores de la elocuencia humana, porque brillan bastante por su propio esplendor, y la narracion sencilla y sin arte que de ellas hace el predicador basta para elogiar al héroe cristiano, asi como para edificar á los oyentes: *Sacra Schola*, dice el santo doctor, *præcepta rhetorum aut instituta non sequitur: nudam rerum expositionem pro encomio habet, quam sanctis et nobis satis esse existimat.*

Segun este principio, un buen sacerdote, por ocupado que esté en los trabajos del ministerio, puede dar frecuentemente por instruccion á su pueblo los panegíricos de los santos.

DE LA ORACION FÚNEBRE.

No debemos creer que la costumbre de hacer el elogio de los hombres grandes despues de la muerte sea invencion exclusiva de la vanidad humana. ¡Enseña tanto! ¡dice tanto para el espíritu, para la inteligencia y el corazón la vida de un personaje ilustre, de un hombre esclarecido!

La oracion fúnebre tiene sus precedentes en la Sagrada Escritura, y los Santos Padres hicieron el elogio de los emperadores, de los príncipes y hasta de las damas ilustres por su rango y su virtud.

Este género de composiciones debe escasearse, y en nuestros dias ofrece grandes peligros de no interpretarse rectamente las intenciones más sanas del orador.

Despues de haber leído á Hamon (1) á Jarry (2) á Laharpe (3) y á otros muchos (4) que se han detenido en este género de discursos, deducimos que conviene que el orador esté á una gran altura para atreverse á hacer una oracion fúnebre: confiar este género de trabajos á un orador novel, sería muy comprometido.

Tambien importa mucho mantener con el mayor rigor la disciplina, que en este punto prohíbe se hagan elogios fúnebres sin permiso del Obispo.

En la oracion fúnebre el sacerdote se ha de proponer la gloria de Dios en primer término, y en segundo la edificacion de los oyentes: la gloria de Dios celebrando la accion de la Providencia ó de la gracia sobre el difunto; la utilidad de los oyentes sacando de la vida y muerte de su héroe lecciones de virtud y de celo por la salvacion, de desprecio hácia el mundo y hácia todo lo pasajero, de suerte que el elogio no aparezca en el discurso sino como medio de hacer glorificar á Dios y de santificar á los fieles.

El sacerdote debe elegir un texto que ponga en relieve la vida y carácter del héroe y que sea en realidad un elogio compendiado. Y si encuentra alguno que pueda ponerse en los labios del difunto, de modo que los oyentes se lo representen pronunciándolo él mismo, será esto de un mérito especial. El exordio debe ser entrecortado con gemidos y lamentaciones sobre la fragilidad de las cosas humanas; porque el dolor mismo es quien debe hablar y

(1) Obra citada.

(2) Dissertation sur les oraisons funebres.

(3) LITTERAT, t. II, pág. 272.

(4) Audosio, Marmontel, Papon, Marcel y Gaichiez.

estallar en pesares. La division podrá estar ménos marcada que en el sermon, pues basta que una proposicion la indique sin que el orador la señale para la atencion.—El cuerpo del discurso debe revelar el celo que anima al predicador por la gloria de Dios y el bien de las almas; requiere un estilo noble, digno, fuerte y sobre todo natural, segun conviene al órgano del dolor público, el cual en cierta manera no hace sino prestar su voz al pueblo conternado.—Al llegar el final, el predicador debe remontarse, dar al acento del dolor mayor energía, una tristeza más majestuosa y descargar sus mayores golpes para dejar en las almas profundas sensaciones de gracia y de salvacion, que deben ser el fruto de aquella lúgubre ceremonia. Cierta desórden elocuente en estos momentos es oportuno, y las circunstancias de una muerte edificante, ó unas pocas palabras del difunto presentadas con rasgos y colores convenientes, podrán ser digno remate del discurso.

DE LAS CONFERENCIAS.

Este género de instruccion religiosa es muy antiguo, pero solo está en uso en contadas localidades, ó mejor en el recinto de los seminarios.

En los primeros siglos los Obispos preguntaban al pueblo y eran preguntados por este; los religiosos en especial hacian de este método un uso frecuente, segun se ve por los escritos de Casiano y de San Basilio. Actualmente, las conferencias entre nosotros no tienen lugar, mas sin embargo, su utilidad es indudable: el pueblo asistiría á ellas

con placer, las oiria con gusto y las seguiria con mucha facilidad, porque las preguntas que entrecortan la instruccion despiertan el interés y sostienen la atencion, dando márgen á explicar la doctrina de una manera nueva y que excitaria vivamente la curiosidad.

Dejamos la oportunidad de esta idea á los Reverendos Prelados, si bien no se nos oculta las dificultades con que tropezaria su celo para ponerla en ejecucion.

Omitimos dar reglas sobre este género de composiciones por circunscribirnos en lo posible á las condiciones editoriales de esta publicacion y atendido á que no tendrían una inmediata aplicacion.

DE LAS PLÁTICAS Y AVISOS MORALES.

La plática es una instruccion breve y sencilla que se da á los fieles por lo comun en la misa parroquial.

Se diferencia de la homilía en que se limita á un asunto sin ser la paráfrasis de la Escritura.

Encarecer la conveniencia, la oportunidad de la plática, fuera ofender á los que lean este TRATADO.

Conviene que no se olviden las siguientes reglas que traen los maestros para que este género de instruccion contribuya á la perfeccion del pueblo cristiano.

REGLA 1.^a Es necesario preparar la plática cuidadosamente tomándose para ello muchos dias. Es gran ilusion creer que basta pensar en ella la vispera, pues la claridad de la instruccion, los pormenores de las costumbres y la unioin de la piedad no se improvisan.

2.^a La materia de las pláticas abraza todos los deberes

de la vida cristiana, y es importante irlos examinando sucesivamente en el curso del año.

3.^a En cuanto al modo de componer la plática, no se requiere ni texto ni exordio ni preámbulo, sino puede desde luego y sencillamente comenizarse á tratar el asunto despues de la lectura del Evangelio, y las divisiones pueden ser toleradas en ella, aunque no son necesarias. Los razonamientos elevados serian inoportunos, porque no se necesitan sino pruebas sencillas, aunque siempre sólidas, muchas comparaciones y ejemplos; los grandes impulsos oratorios no tienen cabida, pero en su lugar son indispensables explicaciones claras, exhortaciones fuertes para corregirse y pormenores de costumbres en que cada cual se reconozca.

Debe evitarse un estilo descuidado y trivial, afectado ó magnífico, empleando uno corriente, natural y que presente la verdad tan á las claras, que los más ignorantes no puedan dejar de comprenderla, y una elocuencia enteramente popular, aunque siempre digna de la majestad del púlpito.

4.^a La plática se termina indicando ciertas prácticas piadosas, ciertos actos de virtud para la santificación de la semana, é invitando á los oyentes á reflexionar con frecuencia de un domingo á otro sobre el asunto tratado y á hablar de él en familia. La plática es como el alimento distribuido á la grey para toda la semana, á fin de que aquella la rumie y se vaya alimentando cada dia. El pastor debe despues, en las visitas que hace, cerciorarse por medio de discretas preguntas si le han comprendido bien y si han sido fieles á las prácticas celebradas.

Los *consejos ó avisos morales* dados con celo y oportunamente por un Pastor solícito por la salvacion de sus feligreses, son un poderoso medio de hacer el bien (1). Frecuentemente causan mayor sensacion que los sermones y pláticas, se escuchan con más atencion, quedan los oyentes más movidos, los retienen mejor y se complacen en hablar de ellos fuera de la iglesia y en su casa. Todas estas ventajas hacen que puedan servir de plática cuando han tenido cierta duracion, y entónces se pueden concluir diciendo que para no detener demasiado tiempo á los oyentes, no se tratará aquel dia sino de unas cortas reflexiones sobre el Evangelio.

Para que los consejos produzcan aquellos felices frutos, es preciso reflexionarlos bien ántes de darlos y preguntarse: 1.^o si el asunto vale la pena, porque un consejo dado sobre minuciosidades cae fácilmente en ridículo; 2.^o si hay motivos para esperar que aquel consejo será bien recibido, porque si no hay fruto que aguardar de él es mejor callarse; 3.^o cómo se dispondrán las expresiones para que el consejo sea justo, exacto y claro, porque si carece de justicia y de exactitud no se pensará sino en criticarlo, y si carece de claridad no será comprendido, se le desfigurará y resultará mayor mal que bien; 4.^o en fin, convendrá que el sacerdote hable como si estuviese en lugar de los oyentes, á fin de que reciten aquel consejo con placer y con fruto.

Los avisos morales ó consejos no deben ser demasiado frecuentes, *assueti vilescent*; y para darlos han de elegir-

(1) Véase el Método de Besanzon, tom. II.

se las ocasiones oportunas, esto es, el tiempo en que es probable que se recibirán mejor, el tiempo en que pueden ponerse en práctica: *Hic et nunc*; en fin, las ocasiones más á propósito son, por ejemplo, una muerte repentina, una enfermedad contagiosa, una época de aflicciones ó de calamidades, el año nuevo, la llegada del Carnaval, el principio de Cuaresma ó del tiempo pascual, el domingo de Ramos, los domingos anteriores de Rogativas, la festividad del Corpus, la época de las siegas y de las vendimias, la entrada del invierno para prevenir los peligros de las veladas, cualquier grande solemnidad, la festividad del patrono ó de algun otro santo, de quienes se citarán algunos rasgos patéticos.

MISIONES Y RETIROS, ALOCUCIONES Y LECTURAS PÚBLICAS.

Una mision es un gran retiro; por eso bajo un solo epigrafe deben comprenderse estos dos poderosos medios de instruccion cristiana y acerca de los cuales no nos es licito hacer mas que brevisimas indicaciones (1).

Desde el origen del cristianismo se han hecho misiones en la Iglesia: los Apóstoles eran misioneros, segun lo dice su nombre; y despues de ellos, ¿quién ha convertido sucesivamente al Evangelio todas las naciones? ¿quién las convierte en la actualidad sino los misioneros? ¿qué han querido ni hecho desde su origen las muy ilustres órde-

(1) Véase á S. Ligorio, *De la utilidad de las misiones y del verdadero modo de predicar apostólicamente*; y al mismo en la *Instruccion práctica para los ejercicios de la mision*.

nes de Santo Domingo y de San Francisco? San Vicente de Paul formó para esta obra gigantesta una congregacion de sacerdotes, segun lo indica el nombre que tienen de *sacerdotes de la mision*, y San Ligorio creia no poder multiplicar nunca demasiado las misiones en su diócesis, y las reiteraba lo más posible en todas las parroquias (1).

Para hacer bien las misiones y retiros hay que observar muchas reglas.

RECLA 1.^a Se debe orar mucho para atraer las bendiciones de Dios sobre estos trabajos: todo lo que en otra parte hemos dicho acerca de la necesidad de la oracion para el éxito de la predicacion, se aplica oportunamente á este lugar. Un misionero debe ser por excelencia un hombre de oracion, á ejemplo de los Apóstoles, estos grandes misioneros que convirtieron el mundo á fuerza de orar y predicar siempre: *Nos vero oratione et ministerio verbi instantes erimus*.

2.^a Es menester edificar á los pueblos á quienes se quiere evangelizar.

Se espera ver en los misioneros unos varones de Dios llenos de abnegacion y de fé, dispuestos á inmolarse y á dar hasta la última gota de su sangre por la conversion de los pecadores; si algo bastaria á frustrar en ellos esta esperanza, seria un escándalo, y la mision quedaria inútil. Deben, por consiguiente, dar en todas partes santos ejemplos, no ir á comer ó á distraerse como lo hacen los particulares, mostrarse siempre dispuestos á confesar á los que se presentan, siempre modestos, reservados y piadosos en

(1) Véase la HISTORIA.

su conducta, siempre animosos y aun alegres entre las mayores fatigas de su difícil ministerio.

3.° Las predicaciones de las misiones ó retiros no deben tener por objeto verdades aisladas, sino un sistema completo de las grandes verdades de la religion, para que sosteniéndose unas con otras y prestándose fuerza mutuamente, todas esas instrucciones, dirigidas hácia un mismo fin, compongan como un cuerpo de ejército bien ordenado y bien dispuesto para dar el asalto al pecador y vencer la resistencia de las pasiones.

Lo más comun es comenzar por exponer la importancia de la mision ó retiro y el modo de aprovecharlo; en seguida se trata de la importancia de la salvacion, de la necesidad de una conversion sincera, y en qué consiste esta, del pecado, de su malicia y efectos, de las cuatro postrimerías, de las disposiciones para la confesion, á saber: el exámen, la contricion, el firme propósito, la integridad de la confesion y la infundada vergüenza, la confesion general, el huir de las ocasiones y la demora de la conversion; pasando de aquí á las virtudes y vicios, se trata del amor de Dios, de la caridad con el prójimo, del amor de los enemigos, del perdon de las injurias, de la restitution, de la paciencia en las cruces, y despues de los vicios más comunes en la feligresía, como el juramento, la embriaguez, etc.... En seguida se trata de los medios para mantenerse en la piedad, que son la oracion, la frecuentacion de los Sacramentos y la devocion á la Santísima Virgen; en fin, se exponen los peligros y el crimen de la recaída, los medios de evitarla ó de repararla, y se concluye por la perseverancia, cuya obligacion y medios se expli-

can. Tal es con corta diferencia el sistema de predicaciones de que se compone una mision ó un retiro.

4.° En cuanto á la manera de tratar estas verdades, es preciso haberlas meditado y estar sumamente penetrados de ellas, hablar un lenguaje que todos puedan comprender bien, ser sólido en las pruebas y razones, fuerte y vehemente en los impulsos. El género patético sienta bien en todos los discursos de mision: las grandes imágenes, las figuras de efecto, como la suposicion, el apóstrofe, la interrogacion en qué uno se contesta á sí mismo, en una palabra, todo lo que puede despertar la atencion, herir la imaginacion y mover el corazon halla su sitio en este género de discurso.

Tambien se puede ser sencillo, lleno de naturalidad y ménos esmerado en el estilo; porque á un misionero se le disimulan muchas negligencias en la expresion á causa de su celo y de sus grandes trabajos.

5.° Con todos estos medios de éxito deben unirse consejos dados oportunamente; así pues, si se predica un retiro en una comunidad, es menester insistir desde el principio y hablar, siempre que sea necesario, sobre el silencio y sobre la regla, dos medios esenciales para los frutos del retiro. Si es en una mision, debe recomendarse la asistencia y puntualidad á los ejercicios, el recogimiento en la iglesia, etc.... Las circunstancias dan á conocer los otros consejos que es más útil dar.

6.° Un año despues de la mision sería de desear que se pudiese dar en la parroquia un retiro de ocho dias para reanimar á los que se entibian, volver á llamar á los que se han extraviado y sostener á los buenos. Sería tam-

bien utilísimo predicar con regularidad un retiro todos los años y una nueva misión cada cinco años para dar nuevo impulso á todas las almas. Cuantos conocen la facilidad del hombre en relajarse comprenderán la importancia de estos medios de salvacion.

Respecto de las *alocuciones y lecturas públicas* no necesitamos añadir mucho.

Las primeras no necesitan exordio ni division ni peroracion; no consienten largos razonamientos, ni grandes períodos, ni impulsos violentos, ni figuras vehementes, ni vivos apóstrofes, porque el tiempo que duran es demasiado corto para que haya lugar á emplear tales recursos; pero cada una de ellas, segun su objeto, debe tener un género especial y un particular colorido.

Las lecturas públicas son un medio de instruir y de exhortar muy precioso, que reúne muchas grandes ventajas. Pueden, en primer lugar, suplir á la predicacion en muchas ocasiones en que los trabajos y ocupaciones del ministerio, el pormenor del gobierno y los cuidados que requiere la práctica de cada domingo no dejan tiempo para preparar una exhortacion conveniente, por ejemplo, en las oraciones de por la noche durante el Adviento y la Cuaresma; dan tambien variedad á la instruccion, evitan el hastio que engendra el hábito de oír siempre á la misma persona, y son un remedio contra esa especie de insensibilidad que encuentra muchísimas veces en nosotros una vez con que estamos familiarizados; en fin, tienen más autoridad que ciertos discursos sobre la gente del pueblo, porque cuando un Pastor les hace ver que no es él quien condena tal abuso, sino el libro mismo, y un libro com-

puesto por hombres de talento y de mérito, un libro aprobado por los Obispos, semejante consideracion estimula singularmente á esas toscas inteligencias y no tienen ya nada que replicar.

Mas á fin de que esas lecturas sean útiles, hay que observar varias reglas:

REGLA 1.^a Es menester elegir lecturas claras, sencillas, adaptadas á las necesidades de los oyentes y proporcionadas á su inteligencia. Para esto ha de prepararse con anticipacion lo que se debe leer y omitir, sin dejarlo notar, lo que no conviene.

2.^a Es preciso hacer estas lecturas con un tono de voz natural, articulando muy claramente, pronunciando con asiento, con gravedad y con el interés de una persona que siente lo que lee. Una lectura hecha con frialdad y con cierto aire de abandono no puede interesar, porque el corazon no oye sino el lenguaje del corazon. Igual inconveniente tendria tomar un tono de compuncion desde que se abre el libro ó en las cosas que nada tuvieran patético, porque la sensibilidad simulada enfria tanto ó más que la insensibilidad misma.

3.^a Es necesario hacer resaltar lo que hay más útil ó más notable en las lecturas por medio de reflexiones cortas, pero bien presentadas, y por aplicaciones prácticas á los oyentes. Tales reflexiones y aplicaciones deben haber sido previstas; porque si no se dicen sino cosas vagas y débilmente presentadas, se ocasionaria mayor mal que bien y se debilitaria el efecto de la lectura en lugar de corroborarlo.

4.^a Es preciso evitar las lecturas demasiado largas que

fatigarían á los oyentes, y hacer de modo que siempre concluyan por alguna idea notable, por algun rasgo que vaya al corazon. Cuando se encuentran estos excelentes trozos debe terminarse en ellos la lectura, aunque debiera ser mucho más larga; porque vale más detenerse que, continuando, debilitar una saludable sensacion producida.

CAPÍTULO III.

DEL CATECISMO.—1.º Su difinicion y su importancia demostrada por su excelencia, su necesidad y sus ventajas, tanto respecto del catecismo como del catequista.—2.º De las cualidades que se requieren para enseñar bien el catecismo; ciencia, piedad, dulzura, celo evangélico, prudencia.—3.º De lo que es necesario enseñar en el catecismo.—4.º De la preparacion que exige.—5.º De las cualidades que debe tener la instruccion del catecismo.—6.º De los diversos modos de presentar la enseñanza del catecismo.—7.º De la santificacion de los niños por medio de la enseñanza de la doctrina cristiana.—CONCLUSION.

Para completar nuestros trabajos, para dar cima á nuestras tareas acerca de la historia y la enseñanza de la *oratoria sagrada*, vamos á ocuparnos en este último capítulo de una materia que, aunque sencilla al parecer en sí misma, es de una gran importancia para el ejercicio del ministerio sacerdotal. Nos referimos á la enseñanza de la *doctrina cristiana*, hecha de manera que sea comprensible á las inteligencias más tiernas, más humildes y menos cultivadas. Esta es la gran mision que desempeña el que está encargado de la instruccion del catecismo, tarea que á primera vista parece humilde, pero que envuelve no pocas dificultades, porque en ella hay que armonizar la sublimidad de la doctrina con la sencillez de la forma y la explicacion más clara unida á la más rigurosa exactitud.

1. *Definición é importancia del catecismo.* La palabra *catecismo* viene de dos voces griegas, *kata ekon*, ó sea *secundum sonum*, que significan *instrucción de viva voz*, pues en la primitiva Iglesia regía la ley del secreto respecto de las instrucciones sobre los Sacramentos y misterios para que no cayesen en manos de los paganos y pudieran ser adulteradas. En virtud de esta severa ley, la doctrina cristiana apenas se transmitía más que por la tradición oral; y las instrucciones á los catecúmenos, con cortas excepciones, se daban todas de viva voz. De aquí proviene el nombre que se le ha dado de *catecismo* ó *catequesis*. El catecismo es por lo tanto «una instrucción familiar sobre los elementos de la doctrina cristiana,» la cual por lo comun se hace en forma de diálogo entre el catequista y sus oyentes.

Se llama también *catecismo* un libro que en forma muy breve contiene las verdades elementales de la religión, colocadas en orden por preguntas y respuestas, y escritas en cuanto es posible al alcance de los niños, á quienes se les hace aprender de memoria. El uso de libros de este género cuenta lo ménos trescientos años, época en que San Ignacio de Loyola y sus hijos hicieron renacer la costumbre de catequizar á los niños. Tres consideraciones nos darán á conocer la importancia del catecismo: 1.^a su excelencia; 2.^a su necesidad; 3.^a sus ventajas.

Es un error mirar la función del catequista como humilde ó poco digna de un hombre de talento; por el contrario, en el ejercicio del ministerio eclesiástico quizá no hay nada más excelente ni que más honra proporciona. ¿Qué hay superior á esa función que fué la de Jesucristo

durante su vida, la de los Apóstoles y la de todos los varones apostólicos, la de los mayores Doctores y más santos Obispos? Jesucristo bajó del cielo á la tierra, no para hacer discursos oratorios, sino para enseñarnos la doctrina santa. El Evangelio nos refiere lo mucho que deseaba estar rodeado de los niños, estrecharlos en sus brazos y bendecirlos (1).

Los Apóstoles catequizaron el universo á ejemplo de su adorable Maestro. Porque si convirtieron el mundo, no fué con grandes discursos (2) sino con explicaciones sencillas sobre los elementos de la nueva religión que predicaban; se mezclaban entre el pueblo para explicarle la verdad como á niños pequeños (3). A ejemplo de los Apóstoles, los genios más excelentes y los mayores Obispos se han honrado con la función de catequistas: San Cirilo de Jerusalem, San Gregorio Niceno, San Agustín, no solamente explicaron el catecismo, sino escribieron acerca de este ministerio obras notables. San Jerónimo hasta en sus últimos días se ofreció á enseñar el catecismo al hijo de Leta, matrona romana (4). Aun puede decirse que por espacio de muchos siglos la enseñanza en forma de catecismo fué el único modo de instruir que empleaban tanto los Obispos como los Pastores. En tiempos más inmediatos á los nues-

(1) *Smite parvulos venire ad me, et ne prohibueritis eos.... et complexens eos, et manus imponens super illos, benedicebat eis.*

(2) *Non in sublimitate sermonis, non in persuasibilibus humana sapientia verbis.*

(3) *Facti sumus parvuli in medio vestrum tamquam si nutrix foreat filios suos.*

(4) *Ipsa me magistrum spondeo, dice, et balbutientia senex verba formabo.*

tros, vemos á San Ignacio de Loyola llamar alrededor de sí grupos de niños para enseñarles el catecismo; y como para separarle de esta ocupacion le dijese que apenas acudirian á oirlo, contestó: «Aunque venga solo uno, será un auditorio bastante grande.» Cuando fué nombrado general de la Compañía, comienza el ejercicio de su cargo por ir á explicar el catecismo á una iglesia de Roma durante cuarenta dias, obligándose él y los suyos por voto á este santo ministerio. San Vicente Ferrer, San Francisco Javier y San Francisco de Regis, recorren las provincias y reinos explicando el catecismo; el Cardenal Belarmino desempeña por sí mismo esta funcion en su metrópoli de Cápua y en otras parroquias de su diócesis. Clemente XI se detiene en las calles de Roma para hacer preguntas á los niños que encuentra al paso y distribuir medallas ó rosarios á los que responden mejor; San José Calasanz y sus sucesores en esa órden respetada por la revolucion, San Francisco de Sales, en fin, cifran sus delicias en catequizar á los niños, haciéndose niños con los niños para formar hombres perfectos segun Jesucristo.

¿Puede darse cosa más excelente que inculcar en el alma sencilla de los niños los primeros rasgos de la religion cristiana, enriquecer su naciente inteligencia con la celestial doctrina de Jesucristo, hacer gustar á su corazon las cosas de Dios y de la eternidad, mantener de este modo en la inocencia almas puras á quienes el soplo del pecado no ha marchitado todavía, conservar para el Espiritu Santo esos santuarios donde se complace en habitar, y preparar para la comunión á esos templos nuevos cuyas primicias quiere para sí Nuestro Señor, y á quienes la pureza del

bautismo hace aptos para la piedad y para todas las virtudes? El tiempo de la infancia ó de la primera juventud es el más propicio para corregir los malos hábitos, que arraigados es más difícil estirpar. Por otra parte, la excelencia de una funcion se aumenta en proporcion de la sublimidad y utilidad de su objeto; ¿qué hay, pues, más sublime ni más útil que la enseñanza del catecismo? Por medio de ella se ponen al alcance de los más humildes talentos las más altas verdades; se les enseña en poco tiempo con entera certidumbre y se populariza la única sabiduría. El niño, cuya razon apenas acaba de manifestarse, conoce á Dios y á su ley, la religion y sus misterios, el vicio y la virtud, los Sacramentos y las disposiciones que requieren, las penas y recompensas de la vida futura; y sabiendo una sola página de su catecismo, sabe más verdades de las que contienen todas las obras de los filósofos juntos.

Para comprender la necesidad de los catecismos basta saber que la Iglesia los manda, la caridad los recomienda y la justicia los considera como un deber para todos aquellos que tienen cura de almas (1).

(1) En efecto, el concilio de Trento en su sesion XXIV, capítulo IV, impone á los Obispos la obligacion de velar porque los Pastores expliquen el catecismo á los niños por lo ménos todos los domingos y dias festivos, y que en caso necesario les obliguen por medio de censuras eclesiásticas. *Episcopi SALTEM dominicis et aliis festivis diebus pueros in singulis parochiis fidei rudimenta diligenter ab iis ad quos spectabi doceri curabunt. ... et si opus sit, etiam per censuras eclesiásticas compellent.* Y á fin de evitar las falsas interpretaciones que la negligencia pudiera dar á estas palabras, Clemente XI hizo expedir en 1713 por la congregacion del concilio un decreto prohibiendo expresamente todas las vacaciones para los catecismos, y aun

La caridad cristiana exige además enseñar al que no sabe; y ¿qué más sublime y más importante enseñanza que la de las verdades fundamentales de la religion, en las que estriba nuestra posible felicidad en esta vida y nuestra eterna salvacion en la otra? ¿Qué mision más augusta, qué estudio más útil, qué ocupacion de más trascendencia en la vida del hombre que la de enseñar y

la interrupcion de un solo domingo del año. La misma congregacion renovó el mencionado decreto en 1744 en tiempos de Benedicto XIV, añadiendo que aun cuando no asistiera al catecismo sino un solo niño, era indispensable darlo igualmente, *etiamsi nullus nisi unus ad audiendum accedat*. Segun otro decreto de la misma congregacion, ningun párroco puede enviar á los niños de su parroquia al catecismo de las parroquias vecinas, por inmediatas que estén; porque está obligado á explicarlo en la iglesia, ya por si mismo, ya por sus coadjutores. Así es como la congregacion interpretó las palabras del concilio de Trento, y los Obispos no las han entendido en un sentido rigoroso.

San Carlos, en sus famosos concilios de Milán, no se contenta con recordar frecuentemente á todos los Pastores la obligacion del catecismo; sino que cuando los niños, á causa de la distancia de los parajes ó de la dificultad de los caminos ó de la intemperie de las estaciones, no pueden concurrir á la iglesia, el párroco ó su vicario van á explicarles el catecismo separadamente á cualquier pueblo más inmediato, donde reunirán á todos los niños de los alrededores.

Benedicto XIV, siendo todavía Arzobispo de Bolonia, publicó tres cartas pastorales sobre esta importante obligacion, y elegido Pontífice, dió sobre la misma materia dos encíclicas recordando las de otros muchos de sus predecesores y recomendando con vivisimas instancias á todos los ministros de la Iglesia que se dediquen expresamente á una obra de celo tan esencial.

Clemente XI desde su elevacion al pontificado reunió á todos los párrocos de Roma para recordarles que el primer deber de ellos era catequizar con exactitud los niños.

En fin, los estatutos ó sinodales de todas las diócesis hacen de este cargo una ley rigorosa; y aun muchos imponen suspension, *ipso facto*, á todo Pastor que durante un mes falte dos domingos á esta obligacion.

aprender esa doctrina que Jesucristo vino á anunciar hace diez y ocho siglos y medio al mundo y la cual es fuente de toda vida, de toda verdad y de todo bien?

Pero no es solo un deber de caridad, sino un precepto de justicia. En las predicaciones ordinarias no se explican por lo comun las verdades elementales ni los hechos que son el fundamento de nuestro dogma, porque se supone este conocimiento en los oyentes.

Se necesitan, por lo tanto, los catecismos, y se necesitan, notémoslo bien, en la primera edad de la vida, ya porque el Pastor es deudor de la instruccion religiosa á esta edad como á las demás, ya porque si se llega á la juventud sin conocer la religion, es probable que ninguno se dedique á estudiarla como es menester.

La enseñanza del catecismo reporta innumerables ventajas, no solo al mismo catecúmeno, sino tambien al catequista. Además de que la manera familiar con que se explica produce mayores resultados para la enseñanza del Evangelio que las grandes predicaciones; además de que muchas veces proporciona por medio de los mismos niños la conversion de sus padres al camino de la virtud y de la fé, reporta tambien grandes ventajas al mismo catequista si despues pretende dedicarse á la predicacion, porque le da la facilidad de hablar en público y le prepara en el ánimo de los pueblos la estimacion y la confianza necesarias para el buen éxito de sus palabras (1).

(1) Por otra parte, independientemente de las preciosas indulgencias que la Sede apostólica ha concedido, se ganan las magnificas recompensas prometidas á los que instruyen á otros en la justicia: *Qui ad justitiam erudiunt multos; fulgebunt quasi stellæ in perpetuas*

2. *Cualidades que se requieren para enseñar bien el catecismo.* Podemos decir que las cualidades que principalmente debe tener el catequista se resúmen en las cinco siguientes: ciencia, piedad, dulzura, celo y prudencia, sobre las cuales, á pesar de haber hablado ántes de ahora, vamos á hacer en este momento algunas breves indicaciones.

La *ciencia* del catequista indudablemente no es necesario que sea la de un profundo teólogo, aunque si la requiere la composicion de un catecismo; basta reunir una sólida instruccion, ideas claras, seguras y exactas sobre las partes esenciales del dogma y de la moral, es decir, sobre el símbolo, los sacramentos, los mandamientos de Dios y de la Iglesia, los vicios y virtudes. Es menester tambien que todas estas materias sean familiares al catequista, que las haya meditado y leído en las obras de más importancia y naturalidad, y que posea tambien conocimientos variados para poder interesar á los niños por medio de historias, comparaciones, símiles y ejemplos. El ca-

aterritates; la expiacion de sus pecados, segun Santiago: *Qui converti fecerit peccatorem ab errore viæ suæ, operiet multitudinem peccatorum*; palabras ricas de consuelo y de esperanza para el catequista, quien por medio de los cuidados que tiene con los niños saca á unos del estado de pecado, preserva á otros y abre á todos el camino de la salvacion. Se ganan tambien las gracias propias de la más excelente misericordia espiritual, porque aqui se aplican en todo su literal vigor las palabras de Jesucristo: *Qui suscepit unum parvulum talem in nomine meo, me suscepit.... Quandiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis.* Se ganan, en fin, las gracias especiales que obtienen las oraciones de los niños en favor del que los instruye.

Benedicto XIV concede cada vez 7 años y 7 cuarentenas y una indulgencia plenaria cada mes.

tequista que carece de este grado de ciencia incurrirá por necesidad en grandísimas faltas: enseñará quizá sin sospecharlo errores y heregias, alterará el depósito de la fé y dará á los niños ideas falsas que acaso acibararán todo el resto de su vida.

Si la ciencia es indispensable al catequista para formar niños instruidos, la *piedad* es una cualidad de que no puede prescindir para formarlos virtuosos. Para mover al hombre hácia la virtud es preciso más que la palabra humana, es menester la gracia de Dios, que se obtiene por medio de fervorosas oraciones, despojándose el hombre de su propio espíritu y uniéndose con el de Dios para ser animado y dirigido por él; todo lo cual no hace el catequista que no es piadoso, porque no aguardando nada sino de sí mismo, cumple su celestial mision de una manera puramente humana.

El catequista poco piadoso carece de gracia para mover los corazones, habla con frialdad, todos los niños conocen que no está movido, y por consiguiente es imposible que mueva, y mucho más si da señales de disgusto ó de cansancio.

Por el contrario, el catequista piadoso que no habla sino despues de haberse postrado á los piés del crucifijo ó en el fervor de la oracion, consigue una uncion celestial que revela al varon divino, y de su alma ardiente se escapan palabras de fuego que penetran y conmueven las almas. Su tono, su ademan, su gesto, su mirada contribuyen no ménos que su palabra á persuadir y conmover, y no hay niño que no sienta y comprenda este lenguaje.

Tambien se comprende que es necesaria la *piedad* al

catequista, porque las prácticas exteriores son indispensables para hacer, no solo en el corazón del niño sino en el del hombre, que se desarrolle la fé y la virtud. Solo el catequista piadoso sabe apoderarse de las almas en una edad tan tierna.

Recomiéndase también muy particularmente al catequista la *dulzura*, porque el único medio de lograr el fin es comenzar por ganar el corazón de los niños y hacerse amar de ellos. La dulzura de la caridad es la llave de los corazones que los abre, es el imán que los atrae. San Pablo recomienda que se instruya al prógimo con un espíritu de dulzura: *Instruite in spiritu lenitatis* (1). San Agustín nos dice que él mismo fué atraído á la religión de este modo y que debió el principio de su conversión á las bondades de San Ambrosio: *Cæpi amare hominem non ut doctorem veritatis sed at benevolum in me* (2). También nuestro Señor Jesucristo quiso en esto, como en todo lo demás, darnos el ejemplo: *Et complexens eos et imponens manus super illos, benedicebat eis* (3).

Ha menester el catequista *celo evangélico* y *prudencia*, de cuyas cualidades hemos hablado extensamente ántes de ahora.

3. *De lo que es necesario enseñar en el catecismo.* No debe tratarse en el catecismo sino de lo que se refiere á la fé y á las costumbres, abstenerse de cuestiones sutiles

(1) Salat., VI, 1.

(2) Conf., lib. V.

(3) Marc., X, 16.

ó de pura curiosidad que no sean interesantes para la salvación, de las opiniones problemáticas cuyo conocimiento importa poquisimo á los niños, y de las objeciones contra la religión, á ménos que sean vulgares y conocidas de todos.

Deben enseñarse con particular cuidado las primeras verdades y especialmente los principales misterios, repetirlos con frecuencia para imprimirlos de un modo duradero en el ánimo de los niños, y hacerles repetir no ménos frecuentemente los actos de fé, esperanza y caridad, con la explicación bien clara y bien comprendida del motivo de cada acto.

Han de explicarse todas las verdades cuyo conocimiento es de necesidad de precepto, como los sacramentos, los mandamientos de Dios y de la Iglesia, el modo de bautizar, las obligaciones del cristiano, haciendo advertir lo razonables, fáciles y ventajosos que son aun para la vida presente, los pecados interiores que se cometen por pensamientos, por deseos, por resoluciones, por intenciones, por disposiciones del corazón, obrando contra su conciencia; y para evitar las ilusiones comunísimas en todos estos puntos, es esencial hacer comprender bien que frecuentemente se peca aunque no haya ningun acto exterior, que el acto exterior mismo es más ó ménos grave en razón de las disposiciones interiores con que se hace, y que, por consecuencia, debe preguntarse frecuentemente ¿cuál es el motivo que me hace desear, decir ó hacer tal cosa?

Debe explicarse bien en qué consisten las virtudes cristianas, pues nada es ménos conocido en el mundo,

aun entre las personas que hacen profesion de piedad.

Es menester formarse una ley de perfecta exactitud en la doctrina, sin permitirse jamás la menor exageracion.

A. De la preparacion que exige. Es preciso estudiar bien la letra ó texto del catecismo, á fin de hallarse en estado de explicar claramente todas sus palabras y fijar los puntos sobre los cuales sea preciso insistir y aquellos en que baste exponer; leer los mejores autores sobre la leccion que se ha de explicar, por ejemplo, el catecismo del concilio de Trento, los de Constanza, los de Ripalda, de Fleury, los tratados especiales del P. Avila, de Granada, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesus, Fr. Luis de Leon, Feijóo, el catecismo de Belarmino, que Clemente XI, Benedicto XIV y otros muchos Pontífices han recomendado muy eficazmente, expresando el deseo de que fuese el único que se enseñase en toda la Iglesia católica (1).

Al hacer estas lecturas se va extractando en un cuaderno lo que se halla en ellas de más útil; en seguida se compendia, se pone en orden asimilándolo lo mejor posible con la leccion que se ha de explicar y procurándose penetrar bien de su contenido.

Despues que se ha preparado del modo referido lo que

(1) La *Explicacion del catecismo de Ginebra*, por Duclot; la *Ciencia práctica del catequista*, por M. Cossart; el *Catecismo explicado* por 400 tratados de historia, por M. Guillois; los de Montpellier, Couturier, Collot; el *Catecismo de la fé y de las costumbres*, por M. de Lantages, son muy útiles, y nuestros autores de teología.

debe decirse, es menester preparar la manera de decirlo, buscando los medios de verter las ideas con claridad para instruir, con piedad para mover, con agrado para interesar, y eligiendo anticipadamente las comparaciones, los ejemplos y las historias más propias para hacerse oír sin cansancio.

5. Cualidades que debe tener la instruccion del catecismo. La instruccion del catecismo debe ser breve, clara, sólida y mezclada con comparaciones, parábolas y ejemplos.

Quintiliano dice que deben enseñarse pocas cosas á un tiempo á los niños si se quiere que las retengan (1). San Francisco de Sales añade que se apagan las lámparas cuando se les echa demasiado aceite, se pierden las plantas cuando se riegan con exceso y da la vid ménos fruto cuando produce muchos sarmientos (2). En la cabeza de los niños, dice Fenelon, no deben introducirse muchas cosas, porque un depósito tan pequeño y tan precioso no debe contener sino un corto número de cosas exquisitas; á esa edad no se debe derramar en las inteligencias sino lo que se quiere que permanezca en ellas durante toda la vida (3). Por eso la instruccion del catecismo debe ser breve.

La brevedad no debe perjudicar en lo más mínimo á la claridad, que es la segunda circunstancia que requiere la

(1) Lib. I, cap. III *De publicis scholis*.

(2) *Guia de los que anuncian la palabra de Dios*.

(3) *De la educacion de los jóvenes*.

instruccion del catecismo, y esta debe referirse á las ideas, á las expresiones y al método.

Es indispensable la *claridad en las ideas*, porque se habla á niños de inteligencia aun no desarrollada, y con frecuencia que reciben escasisima instruccion por sus familias; así que es menester herir su imaginacion de diversos modos, á fin de que puedan comprender lo que se les dice. Y de aquí que se necesite *claridad en la expresion*, evitando el hablar en lenguaje figurado, giros oratorios, perifrasis, etc., y cuidar de repetir varias veces la pregunta y la respuesta para cerciorarse de que los niños lo han comprendido bien. Por último, la *claridad en el método* exige que la instruccion sea de manera que no deje confusion en la inteligencia, cualesquiera que sean las verdades que se inculquen en ella, y procurando que haya íntimo enlace con las materias que se van tratando.

A las anteriores circunstancias debe acompañar la *solidéz*.—Grave error sería creer que todo es bueno para los niños, y que importa poco que lo que se les dice sea rigurosamente verdadero, exacto y sólido: el catecismo es la palabra de Dios; por consiguiente el sacerdote no puede permitirse nada que no sea verdadero y que no pueda sostenerse delante de las personas más sábias y más sensatas. Se enseña públicamente y á la faz de los altares, por lo tanto no debe decirse nada que no sea digno de la majestad de la religion.

Por último, hemos dicho que la enseñanza del catecismo debe estar mezclada con *comparaciones, parábolas, ejemplos ó historias*, medios que contribuyen por una

parte á cautivar su atencion, y por otra á aclarar los conceptos que se les explican.

Las *comparaciones* tomadas del estrecho círculo de ideas que ya tienen los niños ó de objetos sensibles que les han llamado la atencion, son uno de los medios más seguros para hacerse comprender. El objeto tomado por punto de comparacion excita su interés, habla á su imaginacion, detiene la movilidad de su inteligencia y el uso que de él quiere hacerse, excita la curiosidad muy natural de sus cortos años, de suerte que cuando se llega á la aplicacion, la sensacion que se advierte en los semblantes de todos da á conocer su júbilo y sorpresa.

6. *De los diversos modos de presentar la enseñanza del catecismo.* Tres modos hay de presentar la enseñanza del catecismo á los niños: el 1.º consiste en exponer la doctrina por medio de un discurso seguido; este método es poco adecuado para sostener el interés y la atencion de una edad tan tierna. El 2.º consiste en hacer repetir á los niños cada explicacion y cada demostracion despues que se ha dado; este método les obliga á tener atencion y les hace oír la instruccion dos veces sin que lo noten, pero es preciso tener cuidado de que la repeticion sea viva é interesante, sin lo cual resultaría pesada la enseñanza. El 3.º consiste en reducir las demostraciones á preguntas y hacerlas á los niños, rectificando en seguida y explanando sus respuestas. Este método es el que más obliga é escuchar, que demuestra mejor si se comprende bien, que excita más su emulacion y procura mayor claridad á su inteligencia.

Sobre la instruccion por preguntas debemos reunir las siguientes reglas, que son de suma importancia y hallamos en varios autores:

REGLA 1.ª Deben evitarse preguntas ociosas y tambien las que puedan hacer nacer en el ánimo de los niños ideas peligrosas ó poco dignas de las cosas santas.

2.ª Debe variarse el modo de proponer las preguntas, porque si no se cansan los niños y pierde su interés la explicacion de la doctrina cristiana: *Identitas est mater lædii.*

3.ª Es menester excitar á los niños á que busquen por si mismos la contestacion de lo que se les pregunta, aparentando que se quiere aprender de ellos lo que se les va á enseñar, no preguntándoles nada que no esté á su alcance y diciéndoles que la respuesta es fácil.

4.ª A cada pregunta es preciso observar si comprenden bien y si lo que se les dice les hace impresion, lo cual se conocerá fácilmente por el tono, el aire, la expresion del semblante y la actitud.

5.ª Cuando se refieren hechos ó se quiere excitar la admiracion por un relato cuyo efecto depende del conjunto, es menester mezclar muy poco las preguntas, encaminar á los niños á la idea principal, al objeto esencial, á fin de impedir que se fijen en lo accesorio, como con frecuencia acontece.

6.ª En las explicaciones ó preguntas no conviene guiarse por el más inteligente ó por el más torpe, sino acomodarse á la mayoría del auditorio.

7.ª Al tratar los asuntos de moral no debe limitarse á enunciar la doctrina, sino que debe explicarla práctica-

mente mostrando y poniendo á la vista el modo con que se debe conformar á ella su conducta.

7. De la santificacion de los niños por medio del catecismo. El catequista que se limite á instruir á los niños sin ocuparse en hacerlos mejores, no desempeñará más que la mitad de su deber. Porque al mismo tiempo que ilustra su inteligencia debe trabajar en convertir su corazon y en formarlo para el bien; pues es triste y muy digno de observar que el niño desde los primeros albores de su razon está lleno de vicios nacientes. Hállanse en él por lo comun: 1.º el orgullo y el egoismo, porque todo lo refiere á si mismo; quiere que nada resista á sus caprichos; la menor negativa ó demora le irrita ó le hace llorar; se excusa con mentiras, que á veces sostiene con obstinacion; echa á otros la culpa de sus faltas, y procura las caricias y los aplausos; 2.º la avaricia, porque se aficiona á lo que le agrada y no consiente ser privado de ello; 3.º la envidia, porque quiere todo lo bueno que ve en los demás; 4.º la gula, porque come sin discrecion ni medida por satisfacer sus desordenados apetitos, devora con la vista cuanto ve sobre una mesa, llora si le niegan lo que le sentaría mal, y cuando está harto dice que aun tiene hambre para conseguirla lo que ansia; 5.º la ira, porque se enoja fácilmente, devuelve los golpes que recibe, ó es el primero que los da, y se pone contento cuando cree que ha hecho daño; 6.º la pereza, porque en nada quiere molestarse, no conoce otras reglas que la frivolidad, la inconstancia, el capricho, el entorpe, la obstinacion y la curiosidad, y se vale de combinaciones, de rodeos y arti-

ficios para ahorrarse la molestia, la contradicción y el dolor, y satisfacer sus cortas pasiones. ¿Dónde, pues, estarían el celo y la caridad del catequista, si al ver tan enfermo el corazón de los niños no trabajase para curarlo?

Es preciso, por lo tanto, acudir en auxilio de estos infelices seres, tan dignos de compasión como de ser amados, y el catequista que tuviere el celo necesario para esta buena obra recibirá el consuelo de hallarlos, al menos en la mayor parte, capaces de todas las buenas y santas impresiones; sembrará en el alma de los niños el germen de la virtud, que irá creciendo, se desarrollará, producirá frutos y sofocará el del vicio. Contraído ya el hábito del bien, les hará por consecuencia fácil la virtud; arraigado fuertemente el sentimiento de la vergüenza, les hará profesar aversión hacia todo cuanto es malo; no tendrán más que seguir la marcha de las primeras impresiones recibidas, hacer por elección (y por principio de fé) lo que ántes hacían por costumbre; de este modo les será fácil la salvación, y el catequista habrá depositado en el alma de ellos la más poderosa y más dulce de las semillas espirituales.

En cuanto á los medios que el sacerdote puede emplear para conseguir estos resultados, dependen todos de su prudencia, y es muy difícil dar reglas determinadas sobre ellos, puesto que habrán de modificarse en cada caso particular. Sin embargo, desde luego se comprende que es menester que empiece el catequista por dar ejemplo de ser un modelo de virtudes y de piedad para que los niños instintivamente traten de imitarle. A la edificación en este sentido es menester acompañar la piadosa prác-

tica de sacar de todos los asuntos que se tratan reflexiones morales que propendan á hacer mejor al hombre.

Por último, es preciso habituarlos á las prácticas religiosas, imponiéndoles como obligación precisa de la enseñanza de la doctrina las oraciones que deben rezar por la mañana y por la noche, el examen de conciencia y acto de contrición, la asistencia á la santa misa y la comunión en las principales festividades ó una vez al mes.

CONCLUSION.

Dos palabras tan solo para concluir: Nos impusimos una tarea superior á nuestras débiles fuerzas; la hemos llenado quizá con mejores deseos que resultados.

A la indulgencia de los RR. Prelados, á la de los profesores y sacerdotes seminaristas sometemos estos estudios, recapitulacion de hermosísimas lecturas que han hecho mucho bien á nuestra alma, que nos han consolado en rudas aflicciones sufridas durante la publicacion de este libro.

Hemos invertido mucho tiempo y hecho sacrificios que al Clero toca recompensar; pero faltáramos á un deber de consecuencia, colocaríamos una losa de olvido imperdonable si en la última hoja de este libro no depositásemos un sentimiento que llena toda nuestra alma: el de la *gratitud*.

Agradecidos estamos á los que, confiando en nuestras promesas, se suscribieron á esta obra, y todos sin impaciencia han aguardado su conclusion.

Agradecidos estamos á los M. RR. Prelados de Toledo, Santiago, Tuy, Jaen, Murcia, Oviedo, Vich, Gerona, Barcelona, Sevilla, Plasencia, Segorbe, Cuenca, Vitoria, Córdoba, Almería, Orihuela, Sigüenza, Urgel y Jaca, que han

adquirido ejemplares ó nos han ofrecido su ayuda para la conclusion de esta obra.

Agradecidos estamos al señor Censor eclesiástico por su bondadosa tolerancia y sus elogios, hijos de su saber y su competencia en materias de predicacion.

Agradecidos estamos á la Real Academia de Ciencias morales y políticas por su dictámen, corona superior á nuestras esperanzas y merecimientos.

Hay nombres que estampáramos gustosos en este momento si esto no nos estuviese prohibido: D. Florentino Zarandona y Santa María, vice-secretario del R. Obispo de Jaen; el Sr. D. José Fernandez de Casanova, párroco de Gotor; nuestro particular amigo el Sr. Diaz Quintana, director de *El Amigo del clero*; el Sr. Ruiz Benitúa, abogado del colegio de Madrid, y el Sr. D. Lorenzo Arcos de Ordeña, muerto en la flor de sus esperanzas, me han alentado y ayudado con sus consejos.

Empero superior á esos nombres hay uno que habla más alto á mi alma, uno que reúne deudas de amor, beneficios inmensos, enseñanzas y direccion, sacrificios constantes, proteccion directa y eficaz para la publicacion de esta obra.... por eso, PADRE MIO, quiero que tu nombre sea el último, como fué el primero que estampé en este libro, acaso el único que me atreva á escribir, y en el cual he procurado consignar los sentimientos y las ideas que has sabido inspirarme desde la infancia.

Entre tú y dos ancianas venerables que ya han muerto, me hicisteis amar la religion de Jesucristo, única verdadera. Falto de una madre que el cielo nos arrebató, á ti en la flor de tus afectos más intensos y más puros, á mí

cuando aun no sabía querer y amar mas que como aman y quieren los niños, te debo todo, te debo más aun, te debo el porvenir de los hijos que pido al cielo con lágrimas que anublan mi vista me conserve, ya que hace un año llamé á sí al que tú y todos amábamos tanto.

Compensen estas líneas que desordenadas dicta mi corazon todos los sufrimientos que te hecho sufrir; y si, como creo, al leerlas lloras tanto como yo al escribirlas, todos nuestros votos llegarán al cielo y se cumplirán.

Madrid 27 de Diciembre de 1865.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TRATADO.

	Págs.
Portadas, censura y aprobacion de la autoridad eclesiástica.	
Dictámen de la Real Academia de Ciencias morales y políticas sobre la HISTORIA DE LA ELOQUENCIA CRISTIANA (1. ^a parte de este libro).	
Introduccion.—Ideas fundamentales.	
I.	
<i>Excelencias de la predicacion.</i> Se demuestran:	
1. ^o Por la sublime mision del predicador.....	7
2. ^o Por la majestad de su palabra.....	8
3. ^o Por la elevacion de los asuntos que trata.....	10
4. ^o Por el fin que se propone.....	13
5. ^o Por sus resultados en bien de la sociedad y del orador mismo.....	14
II.	
<i>Necesidad de la predicacion.</i> Se demuestra:	
1. ^o Por la obligacion de predicar impuesta á los Pastores de almas.....	22
2. ^o Por la extension de este deber.....	29
3. ^o Por la frivolidad de los pretextos alegados para eludirle.....	35
El deber de la predicacion es en el dia más urgente que en otras épocas para todo Pastor de almas, y en general para todo ministro del Señor.....	50

III.

1.º	Conveniencia de que la juventud se apreste al combate.....	54
2.º	Es preciso dar una gran importancia al estudio de la predicacion.....	57
3.º	Se refutan ciertas preocupaciones.....	58
4.º	Dos palabras á los RR. Prelados, al Gobierno de S. M. y al Profesorado.....	59

IV.

1.º	Son necesarios obreros de la viña del Señor. . .	62
2.º	Las dificultades no deben ser un obstáculo para rehusar el desempeño de la predicacion.	64
3.º	Nada puede conseguirse sin convicciones, sin fé, sin grandes virtudes, sin entusiasmo y valor. .	65
4.º	Ciertos temores son infundados, puesto que cada cual puede escoger el puesto que mejor le convenga.....	67
5.º	El círculo de la enseñanza es vastísimo: los ensayos en las aulas no son peligrosos; fuera de la escuela, las vacilaciones quitan autoridad, prestigio y fuerza moral al predicador.....	68

TÍTULO PRIMERO.

De la predicacion en general.

CAPITULO PRIMERO.

Estudios necesarios para el desempeño de la predicacion.

PUNTO PRIMERO.—*Ciencias sagradas.*

	Introduccion.....	71
1.º	Escritura sagrada.	76
2.º	Padres Apostólicos, Actas de los Mártires, Apologístas y Santos Padres.	87
3.º	Historia eclesiástica y de la Elocuencia cristiana.	93
4.º	Teología.....	95

5.º	Ciencia de la vida espiritual.....	98
-----	------------------------------------	----

PUNTO SEGUNDO.—*Ciencias profanas.*

1.º	Idioma en que se ha de predicar.....	99
2.º	Retórica y literatura.....	100
3.º	Filosofía.....	102
4.º	Ciencia del mundo y conocimiento del corazón humano.....	107
5.º	Historia y autores profanos.....	108

CAPITULO II.

Materias de la predicacion.—Escollos que deben evitarse.

PUNTO PRIMERO.—*¿Qué debe tratarse en el púlpito?*

	Introduccion.....	111
1.º	Verdades fundamentales.....	113
2.º	Postrimerías.....	119
3.º	Hechos, dogma moral y prácticas piadosas.....	123

PUNTO SEGUNDO.—*¿Qué debe omitirse en el púlpito?*

1.º	Falta de exactitud en la doctrina.....	131
2.º	Materias dudosas y controvertibles.....	134
3.º	Novedades peligrosas.....	138
4.º	Transacciones y preferencias, distinciones y respetos humanos.....	140
5.º	Soluciones políticas y formas de gobierno determinadas.....	141

CAPITULO III.

Cualidades esenciales de la predicacion.—PRIMERA CUALIDAD.—La predicacion debe adaptarse al predicador.

Consideraciones generales..... 146

PUNTO ÚNICO.—*El predicador necesita reunir las condiciones siguientes:*

1.ª	Mision legítima.....	150
2.ª	Pureza de intencion.....	152
3.ª	Vida santa y ejemplar.....	162

	Págs.
4. ^a Celo.....	175
5. ^a Espiritu de oracion.....	177
6. ^a Condiciones físicas de actitud.....	186
7. ^a Constancia en el estudio; talento del púlpito...	id.

CAPITULO IV.

SEGUNDA CUALIDAD.—*La predicacion debe acomodarse a la capacidad; NECESIDADES y DISPOSICIONES del auditorio.*

PUNTO PRIMERO.

Primer requisito: 1.º Es obligatorio.....	192
2.º Medios de acomodar el discurso á la <i>capacidad</i> de los oyentes.....	201

PUNTO SEGUNDO.

Segundo requisito: 1.º Es obligatorio.....	212
2.º Medios de acomodar el discurso á las <i>necesidades</i> de los oyentes.....	215

PUNTO TERCERO.

Tercer requisito: 1.º Es obligatorio.....	225
2.º Medios de acomodar el discurso á las <i>disposiciones</i> de los oyentes.....	228

CAPITULO V.

TERCERA CUALIDAD.—*La predicacion debe INSTRUIR y AGRADAR.*

PUNTO PRIMERO.

1.º Necesidad de instruir y de probar.....	236
2.º Medios de instruir.....	243
3.º Id. de probar.....	246
4.º Id. de refutar.....	251

PUNTO SEGUNDO.

1.º Necesidad de agradar.....	253
2.º Medios de agradar.....	272

CAPITULO VI.

CUARTA CUALIDAD.—*La predicacion debe MOVER, CONVENCER y PERSUADIR.*

PUNTO ÚNICO.

1.º Necesidad de mover, convencer y persuadir....	287
2.º Medios de conseguirlo.....	293
3.º Manera de dirigir los movimientos oratorios....	300

ÚLTIMA CUALIDAD.—*La predicacion debe acomodarse al principio de UNIDAD esencial á toda composicion.*

1.º Es necesaria esta cualidad.....	307
2.º Medios de dar unidad á la predicacion.....	310

TITULO II.

Del discurso y de la accion.

CAPITULO PRIMERO.

PREPARACION PARA PREDICAR.—PUNTO PRIMERO.—*Preparacion remota.*

1.º Lecturas.....	325
2.º Apuntes.....	330
3.º Ensayos de composicion.....	335

PUNTO SEGUNDO.—*Preparacion próxima.*

1.º Es obligatorio preparar los sermones.....	340
2.º Diversas maneras de preparar los sermones....	347

CAPITULO II.

MANERAS DE COMPONER Y DE APRENDER Y USO DE LOS SERMONARIOS.

PUNTO PRIMERO.

1.º Eleccion del asunto.....	364
2.º Meditacion.....	366

	Págs.
3.º Su desenvolvimiento y explanacion.....	370
4.º Redaccion del discurso.....	377
5.º Revision y correccion.....	382
6.º Necesidad y medios de aprender el discurso....	385

PUNTO SEGUNDO.

1.º Improvisacion.....	388
2.º Uso de los sermonarios.....	391

CAPITULO III.

DIVISIONES DEL DISCURSO.

1.º Necesidad y uso de las divisiones.....	395
2.º Cualidades generales de la division.....	399

PARTES DEL DISCURSO.

Exordio.....	402
Peroracion.....	414
Confirmacion.....	418
Peroracion.....	424
Cuadro sinóptico de un discurso.....	431

CAPITULO IV.

DE LA ACCION.—PUNTO PRIMERO.—*De la accion en general.*

1.º Definicion.....	433
2.º Importancia de la accion.....	434
3.º Cualidades de la accion.....	440
4.º Obstáculo.....	450

PUNTO SEGUNDO.

1.º Pronunciacion.....	451
2.º Sus cualidades.....	453
3.º De la voz.....	454
4.º De los movimientos del cuerpo, etc.....	466

TITULO III.

De la manera de tratar los asuntos predicables y de los diversos generos de instruccion.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA MANERA DE TRATAR LOS ASUNTOS PREDICABLES.

	Págs.
1.º Verdades fundamentales.....	479
2.º Perfecciones de Dios, beneficios y postrimerias.	484
3.º Misterios de Nuestro Señor Jesucristo y su Santa Madre.....	500
4.º Virtudes y vicios.....	504
5.º Sacramentos.....	id.
6.º Oraciones.....	508

CAPITULO II.

DE LOS DIVERSOS GÉNEROS DE INSTRUCCION.

1.º Del sermon.....	513
2.º De la homilia.....	515
3.º Del panegirico de los santos.....	520
4.º De la oracion fúnebre.....	526
5.º De las conferencias.....	528
6.º De las pláticas y avisos morales.....	529
7.º De las misiones y retiros, alocuciones y lecturas.	532

CAPITULO III.

DEL CATECISMOQ.

1.º Su definicion é importancia.....	540
2.º Cualidades que se requieren para su ensenanza.	546
3.º De lo que se debe ensenar.....	548
4.º De la preparacion.....	550
5.º Cualidades de este género de instruccion.....	551
6.º De sus diversos modos.....	553
7.º De la santificacion de los niños.....	555
Conclusion.....	558

Sig. 251(09)Bra
R. 3826